



JULES VERNE

La isla misteriosa

Introducción de CONSTANTINO BÉTOLO



Durante la guerra civil americana, cinco hombres logran escapar del asedio de Richmond en un globo aerostático que finalmente acabará estrellándose en una isla desierta de los Mares del Sur. Los cinco compañeros no tienen nada salvo su ingenio para sobrevivir en una isla que muy pronto se mostrará llena de secretos, misterios y enigmas que jamás hubieran podido imaginar.

Jules Verne quizá lograra con *La isla misteriosa* su novela más intrigante y entretenida. La presente edición, en magnífica traducción de Teresa Clavel, se completa además con la introducción de Constantino Bértolo, uno de los críticos literarios más prestigiosos de las letras hispánicas contemporáneas.

Arthur C. Clarke dijo...

«La razón por la cual Verne sigue leyéndose hoy en día es simplemente porque fue uno de los mejores narradores que jamás ha existido.»



Jules Verne

La isla misteriosa

Penguin Clásicos

ePub r1.1

Titivillus 18.10.16

Título original: *L'île mystérieuse*
Jules Verne, 1875
Traducción: Teresa Clavel
Comentarista: Constantino Bértolo Cadenas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

LA CONQUISTA DE LO INVEROSÍMIL

Si en cierto modo puede hablarse de Jules Verne como el autor con que cientos de lectores adolescentes se han adentrado en la lectura y en la literatura, cabe señalar que, en contraste a lo que sucede con la obra de otros autores que se mueven en una onda semejante, leer a Verne es un encuentro que no se desvanece con el paso de los años, sino que permanece y retorna una y otra vez a lo largo de cualquier biografía lectora. Hay un misterio Verne: el misterio de una literatura tan pegada como pocas a las circunstancias históricas que la vieron nacer y, en paralelo, tan intemporal en su disfrute y tan enigmática en sus interpretaciones, a pesar de la aparente transparencia de su pulso narrativo. La vigencia del autor de *Un capitán de quince años* o de *Escuela de robinsones* parece avisarnos de que sus sueños siguen siendo nuestros sueños y de que sus temores siguen ocupando un lugar de relieve en el repertorio de nuestros miedos. No es *La isla misteriosa*, al menos en comparación con otros títulos, su novela más popular ni la que más favores ha despertado en el ámbito de la literatura juvenil, pero es sin duda, de entre todas sus novelas, aquella que más atención ha recibido por parte de críticos, escritores o estudiosos. Autores tan profundamente interesados en desentrañar las claves de lo literario como Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad, H. G. Wells, Antonio Gramsci, Maurice Blanchot, Miguel Salabert, Roland Barthes, Pierre Macherey o Edward G. Said han volcado su interés en ella intentando descubrir las claves que den razón del especial atractivo intelectual que la novela plantea. *La isla misteriosa*, haciendo honor a su título, ha dado lugar a interpretaciones de muy variado signo

que enriquecen su lectura sin llegar a agotarla. Acaso en esa cualidad poliédrica resida gran parte de la seducción que provoca. La ocasión de esta nueva reedición podrá ser feliz circunstancia para que nuevos o viejos lectores asistan, inquietos, atentos y fascinados, a esa aventura de la inteligencia que sus páginas encierran.

Cuando más me entusiasmaba a favor de la vida marinera era cuando describía los momentos más terribles de sufrimiento y desesperación. Mis visiones predilectas eran las de los naufragios y las del hambre, las de la muerte o cautividad entre hordas bárbaras; las de una vida arrastrada entre penas y lágrimas, sobre una gris y desolada roca en pleno océano inaccesible y desconocido.

EDGAR ALLAN POE,
La narración de Arthur Gordon Pym

Una isla, según nos dice la geografía, es una extensión de tierra rodeada de agua por todas partes. La literatura no niega esta definición aunque a veces la desplace simbólicamente hacia cualquier espacio incomunicado o alejado —aislado— de la civilización, pero lleva años y novelas insistiendo en que es también, desde una óptica literaria, otra cosa: un escenario narrativo privilegiado. Si hacemos un pequeño inventario, la hipótesis se confirma: *Utopía* de Tomás Moro, *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, *La isla del tesoro* de Robert L. Stevenson, *La isla de coral* de Robert M. Ballantyne, *La isla de los pingüinos* de Anatole France, *La isla del Doctor Moureau* de H. G. Wells, *El señor de las moscas* de William Golding, *La isla de cemento* de J. G. Ballard. La isla como polo de atracción narrativo. Un naufrago, según el diccionario de la RAE, es aquel que ha padecido naufragio, y aplica a naufragio el concepto de pérdida o ruina de la embarcación en el mar o en río o lago navegables. También la literatura nos avisa de que la definición va más allá. El naufragio como soledad, como destierro, como exilio. Baste recordar los libros citados y sumar la *Odisea* de Homero, *La tempestad* de William Shakespeare, *El lobo de mar* de Jack London, *El*

canto de la tripulación de Pierre Marc Orlan, *Relato de un naufrago* de Gabriel García Márquez, *El naufragio de la Medusa* de Corread y Savigny, *Foe* de Coetzee, o *Vida de Pi* de Yann Martel. El naufrago como el ser que renace de las aguas. El naufragio como final y principio, como página en blanco. Como muerte y como resurrección.

Cuando isla y naufragio se unen, la fuerza metafórica de ambos motivos da lugar a una verdadera institución literaria que tiene, sin duda, en el *Robinson Crusoe* de Defoe su centro de gravedad y, flotando a su alrededor, toda una galaxia narrativa. Una institución que se remonta a la antigüedad clásica —recordemos las aventuras de Ulises o de Simbad el Marino—, y que encuentra un primer momento propicio en esa etapa de la expansión española hacia las Américas del que da buena cuenta literaria el excelente libro *Naufragios y comentarios*, de Alvar Núñez de Vaca, va a desarrollarse en plenitud durante el transcurso histórico donde se abrazan el desarrollo del género narrativo y la avalancha comercial e imperialista del colonialismo europeo hacia África, Asia y las remotas islas de la Polinesia. Desde mediados del siglo XVIII hasta bien avanzado el siguiente, colonización, exploración, comercio y literatura parecen embarcarse en una misma singladura, dando lugar a la aparición de muchos de esos títulos en los que el naufragio y la isla, en conjunción complementaria con el mar y el viaje, son ingredientes constantes. Unos elementos narrativos dotados con una capacidad estructural tan fértil y eficaz desde el punto de vista de lo narrativo que facilitan y explican su permanencia y uso literario más allá del marco histórico en que se constituyen, prolongando así su presencia hasta nuestros tiempos, ya con tintes simbólicos, ya epigonales o ya adaptándose hacia escenarios de la modernidad. Llegue con recordar la inteligente utilización narrativa que de tales materiales se encuentra en obras como *La cuarentena* de J.-M. Le Clézio, su decisiva aportación en novelas claves de nuestra contemporaneidad como *Foe* de Coetzee o *Viernes* de Michel Tournier, o su capacidad mutante para reconvertirse con éxito en santo y seña de realizaciones tan representativas de la posmodernidad como la serie de televisión *Perdidos*. La visualización, nada casual, en una de las escenas de esta famosa serie televisiva, de la portada de la novela *La invención*

de Morel, del escritor argentino Adolfo Bioy Casares, que uno de los personajes aparece leyendo, puede y debe ser entendida ya no como un guiño cómplice hacia ese título concreto, sino como un homenaje de reconocimiento a toda la estirpe de novelas a las que nos hemos venido refiriendo.

Desde ciertas concepciones formalistas se ha propuesto una concepción de la literatura en la que predomina su contemplación como un juego de influencias, préstamos, repeticiones o rechazos, mediante el cual las obras literarias a lo largo de la serie histórica construyen su pertinencia, sus señas de identidad, su individualidad. La literatura es vista así como un espacio intraliterario generado por el diálogo, en armonía o en discrepancia, entre lo ya dado, literariamente hablando, y lo nuevo, entendiendo por tal la respuesta innovadora que surge de esa interlocución e interrelación continua entre obras y autores de toda la serie literaria. Esta visión, aun cuando nos parezca que descansa sobre la vana pretensión de separar las formas de los contenidos y reduzca, en buena medida, la dimensión social y cultural que actúa sobre la propia entidad de lo literario, expresa de manera significativa las relaciones que se establecen, de modo consciente o inconsciente por parte de sus autores, entre obras literarias pertenecientes a un mismo género o familia, y ayuda así a su entendimiento e interpretación, máxime si las obras comparten una misma «vocación de sentido», se alzan sobre un núcleo de representación semejante y combinan unos ingredientes simbólicos o materiales retóricamente próximos.

Que *La isla misteriosa* de Verne contiene una voluntad de dialogar con el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe es uno de los rasgos que la crítica literaria ha venido señalando con reiteración. Un diálogo en el que Verne participa desde una posición de claro acatamiento de la incuestionable jerarquía que el Robinson ocupa en el territorio literario en el que Verne se introduce. Un acatamiento reconocible en el mero hecho de seleccionar la isla y el naufragio como elementos compositivos básicos de su novela, sin que esto impida que el autor de *El Chancellor*, otra novela de mar y naufragio, proponga su obra como un diálogo hasta cierto punto antagónico. Si, como se ha dicho, *Robinson Crusoe* ocupa, por méritos de antigüedad y calidad literaria, el centro de la galaxia

narrativa anteriormente definida y de la que debe ser considerado como núcleo germinador, *La isla misteriosa*, aun sin entrar en disputas de jerarquía, más allá de las innegables influencias y ecos, puede entenderse, hasta cierto punto o, mejor, al menos hasta un cierto momento dentro de la narración que luego explicitaremos, como una obra que cuestiona, si no su potestad, sí su autoridad patriarcal en tanto dominio que impide la emancipación y autonomía de sus herederos. Desde esta óptica, Pierre Macherey ve *La isla misteriosa* como la «contestación» o réplica a un personaje simbólico, Robinson, y la considera, pues, «una novela sobre una novela» en la que «el otro Robinson, el de Defoe, aparece entre todas las líneas del libro de Julio Verne, abrumado, negado». Por otro lado, y ya de forma explícita, en *Los hijos del capitán Grant*, la obra que junto con *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La isla misteriosa* completa la llamada trilogía del capitán Nemo, tal relación de acatamiento y rebeldía se hace manifiesta de forma directa:

—Querido señor Paganel —respondió Lady Helena—, de allí de nuevo su imaginación que lo transporta a los campos de la fantasía. Pero creo que la realidad es bien distinta del sueño. ¡Usted no piensa sino en esos Robinsones imaginarios, cuidadosamente lanzados en una isla bien escogida y a quienes la naturaleza trata como niños consentidos! ¡Usted no ve sino el lado hermoso de las cosas!

—¿Qué? ¿Señora, no piensa usted que se puede ser feliz en una isla solitaria?

—No lo creo. El hombre está hecho para la sociedad, no para el aislamiento. La soledad no puede engendrar sino la desesperanza. Es una cuestión de tiempo. Es posible que al comienzo las preocupaciones de la vida material, las necesidades de la existencia, distraigan al infeliz apenas salvado de las aguas, que las necesidades del presente le oculten las amenazas del futuro. Pero luego, cuando se siente solo, lejos de sus semejantes, sin esperanza de volver a ver su tierra y a quienes ama, ¿qué debe de pensar, cuánto debe de sufrir? El islote es el mundo entero.

La condición humana como social, sociable, frente a la versión robinsoniana del hombre como individualidad autosuficiente, se nos va a ofrecer, por el simple hecho de haber seleccionado como protagonistas a una comunidad de náufragos rompiendo el topos del náufrago solitario, como la principal línea de discrepancia que la novela de Verne opone a la novela de Defoe. La historia de

Ayrton y de la degradación humana que le ha causado su aislamiento es más que una réplica anecdótica a la versión idílica que Defoe propuso en su novela. Pero el juego de espejos entre una y otra obra es constante y abarca muy diversos campos y temas. Aun antes de que el naufragio tenga lugar, la novela de Verne ya anuncia que se va a mover en un territorio «moral» radicalmente distinto, pues, si en la novela de Defoe el protagonismo recae sobre quien no deja de ser «un comerciante», alguien que se lanza al riesgo y la aventura en su afán de enriquecerse —y culpable, por tanto, de haberse dejado arrastrar por una ambición, dudosa desde el punto de vista moral, que va a actuar como primera y remota causa de las desgracias que le sobrevienen—, en el texto de Verne la acción narrativa va a descansar sobre una pluralidad de protagonistas, cada uno con su peculiar relevancia, que deben ser caracterizados por su condición de víctimas accidentales, sin responsabilidad moral alguna sobre la situación en que se hallan, pues si en todo naufragio las causas materiales provienen de elementos del azar (tempestades, extravíos, accidentes), el sentido del «viaje», ingrediente propio del género, marcará narrativamente una de las posibles líneas de interpretación presente, más allá de la aventura por la aventura, en la historia que cada una de las novelas desarrolle. Robinson es culpable, y así nos lo hace ver al iniciar su narración con los reproches que su padre le hace cuando le anuncia su deseo de abandonar el horizonte de su hogar y su apacible condición social: «sólo los hombres desesperados, o los que tenían una enorme ambición, iban en busca de aventuras al extranjero». Ciertamente que su culpabilidad parece provenir (y representar) más de una culpa «de época» que de la esfera de lo personal. Al fin y al cabo, su deseo de abandonar «lo conocido» se corresponde con el momento de expansión colonialista que la actividad comercial de las metrópolis europeas ha puesto en marcha. Pero sea cual sea el grado de simbolización que esa culpa conlleva, es evidente que la historia de Robinson se plantea como una expiación personal y, en consecuencia y como tal, habrá de sufrirla en soledad. Que en la novela de Verne «el viaje» tenga su origen en el deseo de libertad de unos personajes que sufren cautiverio por haber defendido la causa antiesclavista durante la guerra de Secesión norteamericana introduce, ya de inicio, otro horizonte moral a su aventura. Que en

ella la travesía fatal tenga como embarcación un globo aéreo ingobernable y sujeto en su singladura al mero azar de los vientos huracanados descarta, en principio, cualquier presunción de responsabilidad o culpa personal en origen, alejándose de nuevo de la lectura robinsoniana del naufragio como castigo en razón ya de una desmedida ambición personal, ya de una simbólica y depredadora expansión colonial. El Robinson culpable encontrará en su isla el espacio apropiado para cumplir su penitencia en soledad, con dolor de corazón y propósito de la enmienda. Su *ora et labora* —la función de sus lecturas de la Biblia es sumamente expresiva al respecto— subraya sus relaciones con la Providencia y con la naturaleza. Nada extraño, por tanto, que la textura narrativa del Robinson sea la propia de alguien que se confiesa. Una confesión que de modo coherente reclama el uso de un narrador en primera persona. Una elección «formal» ésta que nada tiene de formalista dada su imbricación directa con la construcción del sentido.

Si el mar en la novela de aventuras es el espacio de lo ignoto, lo impredecible, y es la frontera entre lo dado y lo desconocido, límite de la tierra firme, metáfora en última instancia del más allá, el universo de lo aéreo que Verne escoge para el viaje de sus náufragos está en estrecha correspondencia con una apertura hacia lo fantástico: el deseo de volar. Ya no el afán de conocer o pisar nuevas tierras y culturas, sino el deseo de mutar, de ir más lejos de lo que la propia naturaleza humana tiene de límite. Hay en el vuelo un resto del sueño de Ícaro. Y de su soberbia. Una soberbia ajena en principio a la elección del globo como medio de fuga que los protagonistas realizan, pero que va a atravesar, como un hilo rojo y subterráneo, toda su peripecia novelesca. Porque el pecado con que ese naufragio colectivo, caído de los cielos, arriba a la isla es el pecado que da carácter a la sociedad que los ha modelado y que ellos representan: la soberbia, el «exagerado envanecimiento por la contemplación de las propias prendas o capacidades». La soberbia como pecado colectivo y la necesidad, por tanto, de un protagonista plural y representativo de esa sociedad que el naufragio aéreo deposita, del mismo modo que un investigador sitúa su muestra bajo la lente del microscopio, sobre la superficie de una isla llamada a cumplir el necesario papel de aséptico y hermético laboratorio. La

fuerte e innegable influencia que la ciencia experimental, encarnada en las teorías del científico francés Claude Bernard, ha ejercido sobre la novela realista del siglo XIX se ha visualizado en el análisis literario de la obra de autores como Flaubert, Maupassant o, muy especialmente, Émile Zola, rigurosamente contemporáneas de Jules Verne. También en él, como hijo de su tiempo, las relaciones entre la ciencia y la narrativa son manifiestas y dejan su impronta, pues no sin razón se le considera el progenitor de la moderna epopeya científica y claro precursor de la narrativa de ciencia ficción. El propio Verne manifiesta a su histórico editor, el famoso Hetzel, que *La isla misteriosa* ha de ser «la novela de la química», y si bien y en buena parte cumple ese papel hasta extremos casi enciclopédicos, no podemos dejar de advertir que además de canto a la química la novela se va a construir como un juicio moral sobre una sociedad que, con fe ciega en el «Progreso», muestra unos niveles de autoconfianza en su destino sobre los que cabe preguntarse —y eso se pregunta la novela— si se asientan o no en principios suficientemente razonables, verosímiles o convenientes, o son un delirio narcisista propio de una burguesía capitalista que siente que el mundo está en sus manos. Contemplada desde esta perspectiva, la novela de Verne cobra entonces una dimensión ética y política inesperada que, al sentar en el banquillo narrativo a la representación de esa sociedad, adquiere la condición fingida de pieza testimonial o elemento de prueba dentro de un juicio civil o penal que va a tener lugar, en este caso, en el ámbito de un tribunal literario. De ahí, y en coherencia con esa condición de testimonio que se aporta, que el relato se nos ofrezca en tercera persona y por boca de un narrador impersonal. Si Robinson es la historia de una culpabilidad asumida y expiada por el propio protagonista y pide del lector compasión, comprensión y empatía, la narración de Verne va a dejar en manos del lector la argumentación, la emisión y el contenido de la sentencia.

Robert Louis Stevenson, el autor de *La isla del tesoro*, señala con acierto que los personajes que protagonizan el relato apenas tienen entidad propia y merecen la consideración de simples muñecos narrativos, aunque también subraya cómo, a pesar de esta condición, «es realmente instructivo ver cómo hace con ellos juegos de prestidigitador». Los personajes que Verne construye en *La isla*

misteriosa son arquetipos rígidos, carentes de esa complejidad psicológica o humana que según E. M. Forster distingue a los personajes «redondos» de los personajes «planos». La caracterización interna y externa de los cinco náufragos, a la contra de aquel Crusoe que atravesará por muy distintos estados de ánimo e irá sufriendo profundas alteraciones en su entendimiento y comprensión del mundo, permanece inalterable a lo largo de los años en que transcurre su existencia en la isla. No se entienda esto como un reproche literario. Verne no busca, como ya se ha dicho, la caracterización psicológica de los protagonistas. Quiere de ellos lo que tienen de representación de la sociedad, y para esto no necesita ahondar ni en su corazón ni en sus subjetividades. Sólo requiere, y aquí el autor muestra su magisterio, que como conjunto contengan fuerza alegórica suficiente. Y a eso atiende: Cyrus Smith es el ingeniero que domina las ciencias aplicadas, «un sabio de primer orden»; Gedeon Spilett es periodista, un intelectual pragmático, «verdadero héroe de la curiosidad, de la información, de lo inédito, de lo desconocido, de lo imposible»; Nab, fiel y mañoso sirviente de Cyrus, de raza negra, «siempre sonriente, bueno y servicial»; Pencroff, experimentado marinero, diligente y diestro en los oficios manuales, «tan capaz de atreverse a todo como de no sorprenderse por nada», y Harbert Brown, hijo adoptivo del anterior, de quince años de edad, «valeroso». Un conjunto de personajes que serán el retrato de una sociedad donde rige la división del trabajo, jerarquizada en función de ese reparto de funciones. La llamativa ausencia del género femenino en ese retrato habla bien a las claras tanto del patriarcalismo de Verne como de los valores de la sociedad de aquel tiempo. Con esos cinco protagonistas se establece una configuración que no va a verse cuestionada a lo largo de la acción narrativa y en la que la posición dominante se adjudica de forma natural al personaje, Cyrus Smith, que detenta los conocimientos técnicos propios de una cultura industrial. El equipaje de conocimientos y saberes prácticos que aporta cada uno de los náufragos al conjunto demostrará su valía y suficiencia para acometer sus tareas: la garantía de la supervivencia y el control y dominio de una naturaleza que se presenta como materia prima, como dispensadora de aquellos recursos que, con la intervención de la ciencia, les permitirán reconvertir lo salvaje, la isla, en un

espacio civilizado, es decir, y con palabras de los propios náufragos, «en un nuevo territorio que sumar a los dominios de la recordada patria». De este modo y como si de un «auto sacramental materialista» se tratase, la novela irá dando cuenta de un proceso civilizador que encierra y repite la historia de la Humanidad: desde la edad de la piedra hasta la era de la electricidad pasando por el neolítico, la edad de los metales, la energía hidráulica o la máquina de vapor. Un resumen llevado a cabo con la sola ayuda del conocimiento científico-técnico. Para estos náufragos la civilización constituye una herencia inmaterial que pueden usufructuar, en principio, sin ayuda previa alguna, pues —nueva relación especular—, al contrario «de los héroes imaginarios de Daniel Defoe», inician su estancia en la isla absolutamente despojados y totalmente desarmados frente a la naturaleza: «De nada, les era necesario llegar a todo». Ése es el trayecto que nos cuenta la novela al menos hasta que con la llegada de un oportuno cajón, gira sobre sí misma, abandona su carácter de epopeya científica, olvida su diálogo con el Robinson, se reviste con los hábitos propios de la novela de aventuras —intriga, suspense, misterio— y se adentra descaradamente en su razón de ser: la conquista de lo inverosímil.

El género novela es más sabio que cualquier novelista. Tiene conciencia de sus propios límites, conoce sus reglas y leyes, reconoce sus necesidades, es consciente de sus peligros, ha evitado las tentaciones al suicidio y ha generado sus particulares anticuerpos contra enfermedades, virus e infecciones. Ha resistido mil y un desahucios, ha superado innumerables declaraciones de quiebra, ha resucitado tras cientos de muertes anunciadas y sabe que si el autor propone, es la narrativa, finalmente, quien dispone.

MARTÍN LÓPEZ NAVIA,
La magia de la novela

Porque *La isla misteriosa* no es sólo un juicio o una novela sobre otra novela, ni se limita a ser un canto narrativo al progreso y al desarrollo de la ciencia y de la técnica. Es también, y sobre todo, una novela, es decir, una historia que quiere ser escuchada. Y al servicio de esa meta Jules Verne pone todo su talento para llevar al

lector a los territorios de lo inverosímil sin abandonar el suelo firme de lo posible. Todo un reto literario. Paso a paso, capítulo a capítulo, el relato va sembrando la semilla de lo misterioso, ese recurso narrativo en el que se funden la intriga y el suspense, el ¿qué está pasando? con el ¿qué va a pasar? Es entonces cuando el autor despliega todo su arte narrativo, su perfecto sentido de la medida, el cuidadoso oído rítmico. Con el talento del mago que mientras nos obliga a fijar la mirada sobre el sombrero de copa guarda en su manga la sorpresa inesperada. Un arte sólo al alcance de los grandes narradores y sobre el que descansa en buena parte la explicación de su vigencia como escritor. Nos engañaríamos si pensásemos que el misterio Verne proviene de sus dotes proféticas acerca de los avances de la ciencia, pues, aun reconociendo que encuentra en ella temas, motivos y horizontes novedosos, no es sobre su cualidad de inventor donde edifica su atractivo, sino sobre su alta capacidad para mantenernos a la espera de lo inesperado, para hacernos creer en lo increíble, para defraudar nuestras expectativas ofreciendo a cambio el encuentro con lo desconocido. Cyrus Smith desaparece en el momento del naufragio, pero milagrosamente el perro que les acompaña en su fuga acude en busca de socorro al lugar donde sus compañeros se han refugiado; en otro momento, el noble animal es salvado de modo inexplicable de ser devorado en las aguas del lago; una y otra vez el instinto del animal le hace agitarse y ladrar ante una presencia que nunca se materializa; alguien muerde un perdigón cuyo origen en medio de una isla inhabitada resulta imposible razonar; un cajón que almacena armas y utensilios arriba misteriosamente; luego será el episodio del mensaje en una botella, las señales de humo que marcan la ruta de salvación, el hundimiento de la nave de los piratas, y más tarde la irrupción de un telegrama con remite inesperado. Lenta y progresivamente, lo inverosímil se va apoderando de la narración. Si la llegada de los piratas dispara la trama y refuerza la inseguridad de los náufragos obligándoles a cercar sus posesiones y a encerrarse en su refugio, al tiempo, como la doble hoja de unas tijeras que se separan, la novela va abriéndose hacia nuevos misterios y perplejidades. Un doble movimiento, cerrar y abrir, que va a dar estructura a todo el bloque final de la novela hasta que el misterio se hace carne literaria: el capitán

Nemo, lo sin nombre. Ya nada queda de aquel proyecto de novelar la química, las glorias de la civilización occidental o la conquista de la naturaleza como resultado de la voluntad humana. La novela encuentra en sí misma la razón de su aventura. Como si Verne, seguro ya de su propia autoridad literaria, abandonase el reflejo de Robinson y se atreviese a mirarse en el espejo de su propia obra. Si hasta entonces la novela había venido desplegando narrativamente las razones para la soberbia de una sociedad que encuentra en el progreso científico la palanca de su orgullo, ahora la soberbia se encuentra con otra soberbia mayor, Nemo, y el orgullo de quienes han venido domeñando la naturaleza salvaje de la isla tropieza con la figura final del Superhombre: aquel que creyó, por venganza, poder ser el amo ya no de una isla, sino del mundo entero.

Y es, en última instancia, el fracaso de la aventura de Nemo lo que obliga a sus protagonistas a poner en cuestión la novela que hasta ese momento habían venido escribiendo con sus actos. Es entonces cuando su soberbia recibe su castigo al manifestarse como vanidad inútil. El hombre como pasión inútil, que dirá más tarde el buen lector de Verne que fue Jean-Paul Sartre. Nada permanece, todo se desvanece, *mobilis in mobili*, todo es movimiento. La soberbia que Nemo transformó en máquina, el *Nautilus*, será su propia sepultura al hundirse en las aguas de la gruta donde el inolvidable personaje encuentra su último refugio. El despliegue subterráneo de aquella soberbia con que la novela ha venido tejiendo su textura acabará encontrando su propio abismo. Y por si fuera necesario recordar lo que la narración tiene de aviso, la acción narrativa redobla su advertencia: la isla, lo que en algún momento sintieron como propiedad domesticada, se viene abajo. La naturaleza muestra sus poderes y humilla a la ciencia haciendo naufragar de nuevo sus vidas. El volcán gime y la isla estalla. No hay arca de Noé donde refugiarse. Encaramados a lo alto de un solitario e inverosímil peñasco, en medio del océano, sobreviven sin esperanza. Náufragos agarrados a los restos de un naufragio. Pero una nueva y acaso más poderosa fuerza vendrá en su ayuda: la literatura. Allá por el horizonte asoma una nueva novela, son los protagonistas de *Los hijos del capitán Grant* los que ahora hacen acto de presencia. El conejo brota de nuevo del azar y les salva. Nos salva. Si alguna vez pasan cerca de ese punto geográfico que en la

novela se detalla, asómense por la borda: en medio de las aguas aflora todavía, tozudo y sólido, ese peñasco que Jules Verne levantó como monumento a lo inverosímil, ese toque retórico sin el que la verdad de las novelas no tendría consistencia.

CONSTANTINO BÉRTOLO

2009

CRONOLOGÍA

1828

El 8 de febrero nace en Nantes Jules Verne, hijo de Pierre Verne, procurador de la ciudad, y Sophie Allotte de la Fuye. Su querido hermano Paul nace en 1829 y posteriormente sus tres hermanas. La ascendencia de Jules es lionesa por parte de padre y angevina por parte de madre (aunque tiene también un lejano antepasado escocés, arquero). Su abuelo y su bisabuelo también habían pertenecido al mundo judicial. Su tío Chateaubourg, pintor, está casado con la hermana mayor de Chateaubriand, parentesco que le abrirá a Verne algunos salones de París.

1833-46

Asiste a la institución de la señora Sambin, viuda de un capitán de altura desaparecido en el mar, cuyo regreso todavía espera, y más tarde a la escuela Saint-Stanislas, el seminario menor de Saint-Donatien y el Lycée Royal. Es buen alumno. A partir de 1840 reside con sus padres en la isla Feydeau, el viejo barrio de los armadores,

- cerca de los muelles y el puerto.
- 1839 Desde Chantenay, cerca de Nantes, donde la familia posee una segunda residencia, se fuga en un barco del servicio postal, el *Coralie*, rumbo a las Indias. Su padre le da alcance en Paimboeuf.
- 1846 Obtiene sin dificultades el bachillerato, y para complacer a su padre, cuyo deseo es legarle su bufete, acepta cursar la carrera de derecho. Su hermano Paul será oficial de marina.
- 1847 En abril viaja a París para presentarse a los exámenes de derecho, sobre todo porque su familia desea alejarlo de Nantes, donde se ha casado su prima, Caroline Tronson, de quien llevaba mucho tiempo enamorado. Aprueba los exámenes de primer año de derecho.
- 1848 Su padre le permite continuar sus estudios en París, donde vive con modestia en el número 24 de la rue de l'Ancienne Comédie. Gracias a su tío Chateaubourg accede a diversos salones literarios y políticos, en especial los de las señoras Jomini, Mariani y Barrère. Traba amistad con Alexandre Dumas. A partir de entonces se siente mucho más atraído por la literatura, sobre todo el teatro, que por el

- derecho.
- 1849 Se licencia en derecho. Ya ha escrito tragedias en cinco actos y algunos vodeviles.
- 1850 El 21 de junio logra que se estrene *Pailles rompues*, comedia en un acto, gracias a la ayuda de Dumas hijo, quien en 1849 ha inaugurado el Théâtre Historique. Se representan doce funciones, con las que gana quince francos. Traba amistad con el músico Hignard, también de Nantes, para quien escribe un libreto, *La mille et deuxième nuit*. Es el principio de una larga colaboración. Se niega a regresar a su ciudad natal.
- 1851 El 21 de noviembre Édouard Seveste inaugura el Théâtre Lyrique, del que Verne se convierte en secretario, muy mal pagado, si es que cobra. Se vuelve asiduo del salón musical del pianista Talexy, y publica su primer artículo en *Musée des familles* con el apoyo de su director, Pitre-Chevalier: «Un drama en México». Se trata a todos los efectos de un relato. Traba amistad con François Arago, viajero y hermano del astrónomo, y gracias a él conoce a exploradores y científicos.
- 1852 Publica otro relato en la misma revista, «Martín Paz», y el libreto de una ópera cómica de Hignard, *Les compagnons de la*

- Marjolaine*. Se niega definitivamente a suceder a su padre: «¡La literatura ante todo!».
- 1853 Inicia su colaboración con Wallut en comedias de escaso éxito.
- 1854 Fracasa en su proyecto de casarse con Laurence Janmare. Su padre cede su bufete. La muerte de Seveste libera a Verne de un trabajo que no le interesa. Publica un relato fantástico en *Musée des familles*: «El maestro Zacarías». Empiezan las neuralgias faciales que le aquejarán hasta el final de su vida.
- 1855 Publica «Una invernada entre los hielos» en *Musée des familles*, el relato que mejor anuncia sus futuras obras. Se interpreta en el Gymnase, con el apoyo de Dumas hijo, *Les heureux du jour*, una comedia más satírica que las anteriores.
- 1856 En la boda de un amigo en Amiens conoce a Honorine de Viane, viuda y con dos hijas, cuyo hermano es agente de bolsa; piensa que él puede ganarse así la vida. Pese a algunas reticencias, su padre le presta el dinero necesario para adquirir una participación en la agencia Eggly de París, sobre todo cuando Jules le manifiesta su intención de casarse con la joven viuda.
- 1857 El 10 de enero tiene lugar una

boda muy sencilla. Trabaja de forma regular, pero obtiene pocos ingresos. El matrimonio vive en París y cambia a menudo de vivienda, siempre modesta.

1859

Gracias al padre de Hignard, agente de una naviera, que les regala los billetes, los dos amigos viajan por Escocia, país del que Verne quedará enamorado para siempre. Se casa su hermano Paul, tras dejar su puesto de oficial de marina.

1861

Viaja por Noruega y Escandinavia, gracias de nuevo a Hignard, quien lo acompaña. Durante su ausencia nace su único hijo, Michel.

1862

Dumas hijo, probablemente el primer lector del manuscrito de una novela titulada en ese momento *Voyage en ballon* (inspirada en el interés general por el globo aerostático, «el más ligero que el aire», así como en el hecho de haber conocido a Nadar, defensor a ultranza de ese medio de transporte), contacta a Verne con el novelista Brichet, quien le presenta a su vez al editor P.-J. Hetzel. Nacido en 1814, librero, editor y escritor, miembro del Partido Republicano, jefe del gabinete de Asuntos Exteriores para Lamartine en 1848 y miembro más tarde del ministerio de

Cavaignac, Hetzel se exilia en 1852, vuelve a París gracias a la amnistía y revive la editorial fundada por él mismo en 1843, con el doble propósito de comercializar ediciones baratas de grandes escritores (Hugo, Sand, etc.) y literatura específicamente juvenil. Da algunos consejos a Verne y le pide que le traiga otra vez el manuscrito en quince días. Finalmente es aceptada como *Cinco semanas en globo*, y Hetzel se hace con la colaboración del escritor para la revista juvenil que está preparando, *Magasin d'éducation et de récréation*. El contrato estipula la entrega de tres libros al año, a razón de 1.925 francos por volumen (algunas novelas ocupan dos tomos). Verne tiene la esperanza de vivir por fin de su pluma, algo que siempre agradecerá al editor, amén de sus consejos y correcciones. Prepara un artículo sobre Poe, a quien lee desde 1861.

1863

Sale a la venta *Cinco semanas en globo*, cuyo éxito entre los adultos se beneficia de la construcción del globo de Nadar, *Le Géant*, que efectúa su primer vuelo el 4 de octubre. Verne es uno de los dos censores de la Société d'encouragement pour la locomotion aérienne au moyen d'appareils plus lourds que

l'air, cuya sede se encuentra cerca del estudio de Nadar. La aeronave, o el artefacto «más pesado que el aire», no aparecerá en su obra hasta mucho más tarde, en *Robur el conquistador*. Elogia los proyectos de Nadar en un artículo para *Musée des familles*, «A propos du Géant».

Cierra un nuevo contrato con Hetzel para el segundo título, dos volúmenes en los que lleva trabajando desde 1863 y que al principio se titulaban *Les anglais au pôle nord* y *Le désert de glace*. En mayo de 1866, fecha de su publicación en tomo, el título general será *Aventuras del capitán Hatteras*. Es la primera novela que se incluye en el lanzamiento del *Magasin d'éducation et de récréation* de Hetzel, donde aparece por entregas (más largas que las de folletín). Publica en *Musée des familles* una novela histórica, *El conde de Chanteleine* (escrita entre 1852 y 1861), y el artículo elogioso sobre Edgar Allan Poe. Escribe *Viaje al centro de la Tierra*, enviada a la imprenta en agosto y publicada en un volumen el 25 de noviembre. Se establece en Auteuil en una casa con todas las comodidades, y liquida, aunque con gran dificultad, su cargo de agente de bolsa.

1865

A partir de septiembre publica por entregas *De la Tierra a la Luna* en el *Journal des débats*. Presenta en *Musée des familles* la novela *Los forzadores del bloqueo*, que trata sobre la guerra de Secesión (y sobre el uso del cañón, base para el proyecto de los militares retirados del Gun-Club). Trabaja en *Grant* y le habla a Hetzel de un Robinson con el que sueña superar a sus predecesores. Las pocas páginas que ha escrito son rechazadas con bastante dureza por Hetzel. Verne abandona el proyecto provisionalmente, aunque lo retomará en *La isla misteriosa*. Un nuevo contrato le reportará hasta tres mil francos por volumen. Se reúne con su hermano en Burdeos, haciendo en barco tanto el viaje de ida como el de regreso, y vive una tormenta que lo deja fascinado. Anuncia la preparación de un *Voyage sous les eaux*, cuyo primer volumen ya estará planeado en enero de 1866 (es el futuro *Veinte mil leguas de viaje submarino*).

1866

Se instala en Crotoy, aunque con un *pied-à-terre* en París. En este puerto del Somme, bastante próximo a Amiens, ha estado ya de vacaciones. Aborda la continuación para Hetzel de la *Géographie illustrée de la France et de ses colonies*,

1867

empezada por Lavallée.

Acaba la *Géographie*. Entre marzo y abril viaja a Estados Unidos a bordo del *Great Eastern*; visita Nueva York y las cataratas del Niágara. Hay muy mala mar en la ida. El relato del viaje, proyectado ya en aquel entonces, acabará siendo *Una ciudad flotante* (1871). En mayo empieza a publicarse *Los hijos del capitán Grant*. Trabaja en el *Voyage sous les eaux*, cuyo manuscrito entrega a Hetzel en agosto, y da pie a muchas discusiones. Prepara al mismo tiempo *Alrededor de la Luna*.

1868

Empieza la *Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros* y reescribe el segundo volumen de *Voyage sous les eaux*. Viaja a Londres. Compra su primer barco, el *Saint-Michel I*.

1869

Envía el manuscrito de *Alrededor de la Luna*, cuyos cálculos han sido revisados por Henri Garcet, primo y colaborador de Bertrand, secretario perpetuo de la Académie des Sciences (ya hizo lo propio en *De la Tierra a la Luna*). Todos estos manuscritos y galeradas van y vienen de Verne a Hetzel, que los corrige o sugiere modificaciones. *Veinte mil leguas de viaje submarino* se publica en marzo en el *Magasin*, «fraccionado», para gran disgusto del autor, mientras

que *Alrededor de la Luna* lo hace en el *Journal des débats*. Se instala en Crotoy, alquila un *pied-à-terre* en Amiens y se desprende de la casa de Auteuil.

1870

Aparece en un solo volumen *Alrededor de la Luna*. Publica *El descubrimiento de la Tierra*, primer tomo de la *Historia de los grandes viajes*. En agosto, a propuesta de Ferdinand de Lesseps, y con la ayuda de un crítico influyente, Weiss, recibe la cruz de la Legión de Honor en uno de los últimos actos del gobierno de Napoleón III. Vuelve a trabajar en el Robinson. En mayo envía las pruebas de *Una ciudad flotante*. Remonta el Sena en el *Saint-Michel I*, la resistente embarcación de pesca reacondicionada que compró dos años antes. Durante la guerra es guardia nacional en Crotoy y se lamenta por la falta de armas, mientras su mujer se refugia en Amiens con sus hijos.

1871

Visita tres veces París, y se muestra horrorizado por la Comuna. Durante el viaje de junio, con la ciudad en manos de los versalleses, la situación le lleva a plantearse un retorno a la bolsa. Interrumpe *La isla misteriosa* en espera de hablar sobre ella con Hetzel. Trabaja en una antigua novela, *El*

1872

Chancellor, que Hetzel le pide que suavice. También le enseña lo que acabará siendo *Aventuras de tres rusos y tres ingleses*, novela sobre la medición del meridiano inspirada en los estudios de François Arago. Empieza *El país de las pieles*. Publica *Una ciudad flotante* y *Aventuras de tres rusos y tres ingleses*. Hetzel pasa por dificultades económicas, y le debe dinero. Aun así firman un nuevo contrato que permite a Verne reducir a dos los volúmenes anuales y cobrar mil francos al mes. El 3 de noviembre muere su padre.

Publica *El doctor Ox* en *Musée des familles*. Termina *El país de las pieles* y prepara *La vuelta al mundo en ochenta días*. En primavera asiste conmovido a una ejecución. Decide instalarse definitivamente en Amiens, donde vive la familia de su esposa. Ingresa en la Académie d'Amiens. Los Viajes extraordinarios son premiados por la Académie Française. *La vuelta al mundo en ochenta días*, publicada por entregas en *Le Temps*, triunfa por todo lo alto, con apuestas entre los lectores. La edición en un solo volumen será la de mayor tirada hasta ese momento (108.000 ejemplares).

1873

Se interpreta en la Porte Saint-Martin una antigua obra suya

escrita en colaboración con Wallut, *Un neveu d'Amérique*. Pasea por primera vez en globo en Amiens, en el *Météore* de Godard, durante veinticuatro minutos. El relato de su experiencia es publicado en un opúsculo por Jeunet, en Amiens.

1874

Acaba con d'Ennery la adaptación teatral de *La vuelta al mundo en ochenta días*, que se interpreta en la Porte Saint-Martin. En septiembre publica *La isla misteriosa* en el *Magasin*. Su hijo Michel, por cuya conducta lleva ya mucho tiempo preocupado, ingresa en la clínica del doctor Blanche, y después en una institución de rehabilitación. Empieza *Le courrier du czar*, el futuro *Miguel Strogoff*, que narra los últimos sucesos en Rusia (la conquista de Jiva en 1873). Compra el *Saint-Michel II*.

1875

Trabaja en *Miguel Strogoff*, releído por algunos diplomáticos (para evitar posibles incidentes, ya que sus obras se traducen al ruso) y por Turguéniev. Enviado a Nantes para que estudie en el Lycée, Michel lleva una vida de despilfarro y se rodea de malas compañías. En febrero publica *El Chancellor*. Su discurso en la Académie d'Amiens, *Amiens en l'an 2000*, es publicado con el título de «Una ciudad ideal»

por la imprenta Jeunet de Amiens. Es objeto de una demanda de parte de Pont-Jest, quien le acusa de haberlo plagiado en *Viaje al centro de la Tierra*.

1876

Botadura de su segundo barco, el *Saint-Michel II*. Se vende en las librerías *La isla misteriosa*. Mientras corrige *Miguel Strogoff* trabaja en *Hector Servadac* (que todavía se titula *Le monde solaire*), novela que revisa con Hetzel, del 5 al 10 de abril, en París. En sus cartas también habla de *Las Indias negras* y de *Héros de quinze ans* (que será *Un capitán de quince años*).

1877

Gracias a los ingresos que le reporta la *Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros*, ya terminada, compra el yate a vela y vapor *Saint-Michel III* por 55.000 francos (veintiocho metros de eslora, motor de cien caballos y con capacidad para doce personas). El 2 de abril tiene lugar el gran baile de disfraces en Amiens, durante el que Nadar sale del obús lunar; la mujer de Verne, muy enferma, no puede asistir. Publica *Hector Servadac* y *Las Indias negras*. A finales de año recibe el manuscrito de Grousset *L'Héritier de Langevol* (que acabará siendo *Los quinientos millones de la Begun*). Hetzel le pide que lo use para una novela. A instancias de

1878

Dumas hijo, Verne se plantea ingresar en la Académie Française, pero le decepciona la acogida a su candidatura.

Junto con su hermano Paul y su sobrino Gaston, el hijo de Hetzel y los hijos del abogado Raoul Duval, emprenden un crucero en el *Saint-Michel III* que los llevará por Lisboa, Tánger, Gibraltar y Argel. Michel, «encarcelado por corrección paterna», se embarca el 4 de febrero en Burdeos como aprendiz de piloto, en un viaje de poca severidad del que guardará un buen recuerdo. Verne es dolorosamente consciente de no haber sabido educar a su hijo adolescente. Trabaja en reestructurar el manuscrito de Grousset, y planea *L'Assassiné volontaire* (que será *Las tribulaciones de un chino en China*) y *La casa de vapor*. Se publica *Un capitán de quince años*. Se estrena en el Théâtre des Variétés *El doctor Ox*, con música de Offenbach, ópera bufa adaptada por Gille. Conoce en Nantes a un joven Aristide Briand, que aún está cursando los estudios secundarios.

1879

Contra todo pronóstico, su mujer acaba por recuperarse. Su hijo Michel desea emanciparse para contraer matrimonio con una actriz

lirica del teatro municipal. Contrae deudas. Su padre lo expulsa de casa, pero sin interrumpir su manutención, y haciendo que lo vigilen las autoridades. Publica *Las tribulaciones de un chino en China*, primero por entregas en *Le Temps*, y a finales de año en un solo volumen. También aparecen en el mismo formato *Los quinientos millones de la Begun* y *Los amotinados de la Bounty*.

1880

Viaja con Paul, un hijo de este último y R. Godefroy de Rotterdam a Kiel y Copenhague, y después, con el hijo de Hetzel y Raoul Duval, a Irlanda, Escocia y Noruega. Se estrena en el Odéon *Miguel Strogoff*, adaptado por d'Ennery. Michel, que ha raptado a la actriz del teatro municipal, hace públicas sus amonestaciones. Pese a no estar de acuerdo con la boda, su padre le manda una pensión. Pronto estallan las desavenencias conyugales. Verne publica *La casa de vapor* (julio y noviembre), y *Les voyageurs du XIX e siècle*. Trabaja en *La jangada*, inspirada sin duda en sus relaciones con el conde de París y el de Eu, cuya esposa era la regente de Brasil.

1881

Publica *La jangada*, seguida por la relación del viaje a

Rotterdam por Paul Verne. Empieza a escribir *Escuela de robinsones* y *El rayo verde*. Relee *De París a Jerusalén* de Chateaubriand, «como cada año».

1882

Se muda a otra casa más grande de Amiens (rue Charles Dubois). Publica *Escuela de robinsones* y *El rayo verde*. Trabaja en *Kerabán el testarudo*. En noviembre se estrena en la Porte Saint-Martin *Voyage à travers l'impossible*, obra escrita en colaboración con d'Ennery.

1883

Michel rapta a una joven pianista (menor de edad) mientras su padre acoge a su esposa en su casa. Once meses después de tener su primer hijo con la joven, Michel es padre por segunda vez. Su mujer acepta el divorcio, y él se casa con Jeanne, quien logra estabilizarlo y obligarlo a trabajar. Desempeña varios oficios, con la frecuente ayuda económica de su padre. Nace su tercer hijo. Se publica en un solo volumen *Kerabán el testarudo*, pero fracasa en el teatro. Jules Verne vuelve a trabajar en un argumento de Grousset (*La estrella del Sur*) y en *El archipiélago en llamas*, alegando que es su deseo escribir una novela histórica sobre la guerra de Grecia. Su novela es marítima y geográfica (*L'Archipel grec*). Anuncia que a

1884

finales de año trabajará en un *Monte-Cristo* (el futuro *Matías Sandorf*).

El 15 de mayo emprende un gran periplo por el Mediterráneo, en el que por una vez lo acompaña su mujer, al menos a partir de Orán; Honorine, que sufre las travesías en barco, viaja de Bona a Túnez en tren con su marido (aunque entonces la vía férrea estaba inacabada). El bey le obsequia con una suntuosa recepción. Tras una tormenta en las costas de Malta, Verne renuncia a proseguir el viaje y regresa en tren con Honorine. Lo recibe el Papa en audiencia privada. Lo visita el archiduque de Austria, Luis Salvador, que está realizando estudios oceanográficos en las Baleares. Termina *Matías Sandorf*, y publica *La estrella del Sur* y *El archipiélago en llamas*. Aparece también un relato fantástico en *Le Figaro Illustré*, «Frritt-Flacc», que en 1886 queda completado en *Un billete de lotería*.

1885

Nuevo baile de disfraces en Amiens, «el gran albergue de la vuelta al mundo». Publica *Matías Sandorf*, primero por entregas en *Le Temps*. Aparece en el *Magasin* una novela firmada por A. Laurie (Grousset) y Verne, *El náufrago del Cynthia*. Trabaja en una fantasía sobre el artefacto «más

pesado que el aire», la futura *Robur el conquistador*. Mantiene muchas discusiones con Hetzel, aunque también le envía la copia del primer volumen de *La dernière esclave* (después *Norte contra Sur*); corrige *Un billete de lotería* y *El camino de Francia*. Aparece *Robur el conquistador* en el *Journal des débats*.

Publica en un solo volumen *Un billete de lotería* y *Robur el conquistador*. El 15 de febrero vende el *Saint-Michel III* al príncipe de Montenegro, pues su mantenimiento resulta demasiado costoso. El 10 de marzo, en una crisis de locura, su sobrino Gaston (primogénito de su hermano Paul, auditor en el consejo de Estado) dispara contra él, creyéndose perseguido por unos enemigos. Gaston es ingresado, y pasará el resto de su vida en varias instituciones. A Jules no pueden extraerle la bala del pie, y queda lisiado. Solo puede dar unos cuantos paseos en octubre, y en diciembre vuelven a prohibirle por un tiempo que camine. El 17 de marzo muere Hetzel. A su pesar, Verne no puede asistir al funeral, celebrado en Montecarlo. Se cree que por estas fechas también muere una mujer amada con gran discreción por Verne, la cual vivía en Asnières, y de la que

- 1887 solo se conoce el nombre: señora Duchesne.
L.-J. Hetzel, hijo del editor, ocupa su lugar. Se publican *El camino de Francia y Norte contra Sur*. En noviembre viaja en una gira de conferencias por Bélgica y Holanda. Lee en ellas, curiosamente, un cuento de gran carga simbólica, «La familia Ratón». Se reconcilia con su hijo; poco después muere la madre del escritor.
- 1888 Publica *Dos años de vacaciones* y *El secreto de Maston*. Para esta última novela, Badoureaux, ingeniero de minas y matemático, le cede por 2.500 francos los cálculos que había realizado para enderezar el eje de la Tierra (el estudio figura al final de la novela). Inicia una larga e intensa relación afectiva con su nuera. Pone su nombre a la protagonista de la novela en la que trabaja, *Familia sin nombre*. Prepara *Voyage à reculons* (que será *César Cascabel*). Sale elegido en el consejo municipal dentro de una lista socialista radical, pero en realidad solo se ocupará de lo artístico. Se le debe la construcción del circo municipal de Amiens. Aparece en *Le Forum* de Nueva York *La jornada de un periodista americano en 1889*, firmada con su nombre, pero escrita (en inglés) por su hijo Michel y

- publicada en francés primero en las *Mémoires de l'Académie d'Amiens*, en 1889, y luego en *Ayer y mañana*.
- 1889 Publica *Familia sin nombre*. Escribe *El castillo de los Cárpatos* y empieza *Mistress Branican*.
- 1890 Publica *César Cascabel*. Propone *Ayer y mañana*, una colección de relatos, que aparecerá póstumamente. Trabaja en la adaptación teatral de *Las tribulaciones de un chino en China*. Sufre de numerosos problemas de salud (desgaste de las encías, lavados de estómago). Publica «La familia Ratón» en el número de Navidad de *Le Figaro Illustré*.
- 1891 Publica *Mistress Branican*. Trabaja en *El castillo de los Cárpatos* (artículo de Élisée Reclus). Para entonces ya ha terminado *Claudio Bombarnac*.
- 1892 Publica en un solo volumen *El castillo de los Cárpatos*, y *Claudio Bombarnac* por entregas en *Le Soleil*. Trabaja en *Aventuras de un niño irlandés*. Los negocios no van bien para Michel y su padre subsana sus deudas. Es nombrado presidente de la Académie d'Amiens y sigue muy dedicado a los asuntos municipales.
- 1893 Escribe *La isla de hélice*, y le pide a su hermano que revise los detalles técnicos. Acaba el primer volumen de las

- Maravillosas aventuras de Antifer*. Disminuye su éxito (y sus ingresos). La crítica guarda silencio acerca de sus dos últimas novelas.
- 1894 Publica las *Maravillosas aventuras de Antifer*. En agosto facilita la lista de los próximos volúmenes, de los que ya están terminados tres, aunque no aparecerán en el orden indicado.
- 1895 Publica *La isla de hélice*. Trabaja en *Ante la bandera*. Queda muy afectado por la muerte de Dumas hijo.
- 1896 Dedica *Clovis Dardentor* a sus nietos, y acelera su publicación. La de *Ante la bandera* provoca una demanda del químico Turpin (inventor, en 1885, de la melinita), quien lo acusa, no sin razón, de haberlo representado en el personaje de Roch. El juicio, de cuya defensa se encarga Raymond Poincaré, lo gana Verne el año siguiente. Se entusiasma por la «esfinge antártica» (*La esfinge de los hielos*), «contrapartida del capitán Hatteras», cuyo punto de inicio es la novela de Poe *La narración de Arthur Gordon Pym*. Considera que ha ido «infinitamente más lejos».
- 1897 Publica *La esfinge de los hielos*. Envía a su editor el manuscrito de *El soberbio Orinoco*, listo desde 1894. Su salud es muy precaria (calambres, lavados de

- estómago, régimen estricto). Muere su hermano Paul.
- 1898 Publica *El soberbio Orinoco*. En julio L.-J. Hetzel recibe el volumen titulado *El testamento de un excéntrico*, del que Verne ya le había hablado «en tiempos». También se plantea escribir una continuación de *El Robinson suizo* de Wyss (*Segunda patria*).
- 1899 Publica *El testamento de un excéntrico*. Corrige la «novela suiza». Dice haberse «zambullido en las minas del Klondike» (en *El volcán de oro*, póstuma). Pese a su postura contraria a Dreyfus, ve con buenos ojos la revisión de su condena. Por fin empieza a tener éxito su hijo (favorable a Dreyfus), primero como gestor de la Exposición Universal de 1900 y después en la prospección minera.
- 1900 Publica *Segunda patria*. Vuelve a instalarse en la casa del boulevard Langueville, más pequeña, de la que sale cada vez menos. Trabaja en *Le grande forêt* (*El pueblo aéreo*) y anuncia *Le serpent de mer* (*Las historias de Jean-Marie Cabidoulin*). Pierde progresivamente la visión a causa de cataratas.
- 1901 Publica *El pueblo aéreo* y *Las historias de Jean-Marie Cabidoulin*. Trabaja en *Los hermanos Kip*, basada en la

- historia real de los hermanos Rorique, 1893.
- 1902 Publica *Los hermanos Kip*. Discute por el título de *Dueño del mundo*, y envía el manuscrito del primer volumen de *Los piratas del Halifax*.
- 1903 Publica *Los piratas del Halifax* (la incorporación de las Antillas danesas a los Estados Unidos era un tema candente). Trabaja en las pruebas de *Un drama en Livonia*, lista desde 1894.
- 1904 Publica *Dueño del mundo* y *Un drama en Livonia*. Anuncia el envío del manuscrito de *El secreto de Wilhelm Storitz* y de *La invasión del mar*.
- 1905 El 17 de febrero sufre una crisis diabética. Fallece el día 24 de ese mismo mes a las diez de la mañana, rodeado por toda su familia. Después de su muerte se publican *La invasión del mar* y *El faro del fin del mundo*. También deseaba que apareciese antes de su muerte, justo después de *La invasión del mar*, *El secreto de Wilhelm Storitz*.
- 1906 *El volcán de oro*.
- 1907 *La agencia Thompson y Cía*.
- 1908 *La caza del meteoro* y *El piloto del Danubio*.
- 1909 *Los naufragos del Jonathan*, publicado por entregas en *Le Journal*.
- 1910 *El secreto de Wilhelm Storitz*; *Ayer y mañana* («La familia Ratón», «El señor Re-sostenido

1920

y la señorita Mi-bemol», «El destino de Juan Morenas», «El humbug», «La jornada de un periodista americano en 2889» y «El eterno Adán»).

La impresionante aventura de la misión Barsac, publicado por Hachette, que compró el fondo Hetzel.

La isla misteriosa

PRIMERA PARTE

LOS NÁUFRAGOS DEL AIRE

I

*El huracán de 1865 – Gritos en el aire – Un globo arrastrado por
una tromba – La envoltura rasgada – Solo el mar a la vista –
Cinco pasajeros – Lo que sucede en la barquilla – Una costa en
el horizonte – El desenlace del drama*

—¿Estamos subiendo?

—¡No! ¡Al contrario! ¡Estamos bajando!

—¡Peor todavía, señor Cyrus! ¡Estamos cayendo!

—¡Por Dios! ¡Suelten lastre!

—¡Ya está! ¡Hemos vaciado el último saco!

—¿Se eleva el globo?

—¡No!

—¡Oigo como un chapaleteo de olas!

—¡Debajo de la barquilla está el mar!

—¡Debe de estar a menos de quinientos pies de nosotros!

Una voz potente rasgó entonces el aire y se oyeron estas palabras:

—¡Fuera todo lo que pese...! ¡Todo...! ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Esas eran las palabras que restallaban en el aire, sobre ese vasto desierto de agua del Pacífico, hacia las cuatro de la tarde del día 23 de marzo de 1865.

Sin duda nadie ha olvidado el terrible vendaval del nordeste que se desencadenó en pleno equinoccio de ese año y durante el cual el barómetro cayó a setecientos diez milímetros. Fue un huracán que duró del 18 al 26 de marzo sin intermitencias. Los estragos que produjo fueron inmensos en América, en Europa y en Asia, sobre una zona de mil ochocientas millas de anchura que se extendía en sentido oblicuo al ecuador, desde el paralelo 35 norte hasta el

paralelo 40 sur. Ciudades derruidas, bosques arrancados, orillas devastadas por montañas de agua que se precipitaban como macareos, naves arrojadas a la costa que el *Bureau-Veritas* estimó en centenares, territorios enteros nivelados por trombas que lo destrozaban todo a su paso, varios miles de personas arrolladas en la tierra o engullidas en el mar: estas fueron las huellas de la ferocidad que este formidable huracán dejó tras de sí. Superaba en desastres los que asolaron tan terriblemente La Habana y Guadalupe, el uno el 25 de octubre de 1810, el otro el 26 de julio de 1825.

Y en el preciso momento en que tantas catástrofes se producían en la tierra y en el mar, un drama no menos sobrecogedor se desarrollaba en el agitado aire.

En efecto, un globo, transportado como una bola hasta la cima de una tromba y atrapado en el movimiento giratorio de la columna de aire, recorría el espacio a una velocidad de noventa millas por hora girando sobre sí mismo, como si se hubiera visto envuelto por una vorágine aérea.

Bajo el apéndice inferior de dicho globo oscilaba una barquilla que contenía cinco pasajeros, apenas visibles en medio de esos densos vapores mezclados con agua pulverizada que llegaban hasta la superficie del océano.

¿De dónde venía ese aerostato, auténtico juguete de la terrible tormenta? ¿En qué punto del mundo se había elevado? Evidentemente, no había podido partir durante el huracán. Y el huracán, cuyos primeros síntomas se habían manifestado el 18, duraba ya cinco días. ¿Tendríamos, pues, base suficiente para creer que ese globo venía de muy lejos, puesto que no debía de haber recorrido menos de dos mil millas cada veinticuatro horas?

En cualquier caso, los pasajeros no habían podido tener a su disposición ningún medio para calcular el camino recorrido desde su partida, pues carecían de todo punto de referencia. Incluso debía de producirse el hecho curioso de que, arrastrados en medio de la furia de la tormenta, no sufrían sus efectos. Se desplazaban y giraban sobre sí mismos, sin notar en absoluto ni esa rotación ni su desplazamiento en sentido horizontal. Sus ojos no podían traspasar la espesa niebla que se acumulaba bajo la barquilla. A su alrededor todo era bruma. La opacidad de las nubes era tal que no habrían

podido decir si era de día o de noche. Ningún reflejo de luz, ningún ruido de las tierras habitadas, ningún mugido del océano debía de haber llegado hasta ellos en esa inmensidad oscura mientras habían permanecido en las zonas altas. Tan solo su rápido descenso les había permitido conocer los peligros que corrían sobre las aguas.

Sin embargo, el globo, deslastrado de objetos pesados, como municiones, armas y provisiones, se había elevado hasta las capas superiores de la atmósfera, a una altura de cuatro mil quinientos pies. Los pasajeros, después de haber reconocido que el mar estaba debajo de la barquilla, al parecerles los peligros menos temibles arriba que abajo, no habían vacilado en arrojar por la borda incluso los objetos más útiles e intentaban no perder ni un ápice más de ese fluido, de esa alma de su aparato que los sostenía sobre el abismo.

La noche transcurrió en medio de inquietudes que habrían sido mortales para almas menos enérgicas. Después reapareció el día, y con la llegada del día, el huracán marcó una tendencia a moderarse. Desde el comienzo de esa jornada del 24 de marzo hubo algunos síntomas de apaciguamiento. Al amanecer, las nubes, más vesiculares, habían subido a las zonas altas del cielo. En unas horas, la tromba se ensanchó y se rompió. El viento pasó del estado de huracán al de «frescachón», es decir, que la velocidad de traslación de las capas atmosféricas disminuyó a la mitad. Todavía era lo que los marinos llaman «una brisa de tres rizos», pero, aun así, la mejoría en la turbulencia de los elementos fue considerable.

Hacia las once, la parte inferior del aire se había despejado de manera apreciable. La atmósfera desprendía esa limpidez húmeda que se ve, que se huele incluso, tras el paso de los grandes meteoros. No parecía que el huracán hubiera continuado hacia el oeste. Parecía haberse matado a sí mismo. Quizá, tras la ruptura de la tromba, se había transformado en capas eléctricas, como sucede a veces con los tifones del océano Índico.

Pero, hacia esa misma hora también, se habría podido constatar de nuevo que el globo descendía lentamente, mediante un movimiento continuo, hacia las capas inferiores del aire. Incluso parecía que se desinflaba poco a poco y que su envoltura, al distenderse, se alargaba, pasando de la forma esférica a la forma ovoide.

Hacia mediodía, el aerostato planeaba a una altura de dos mil

pies por encima del mar. Tenía un arqueo de cincuenta mil pies cúbicos y, gracias a esa capacidad, evidentemente, había podido mantenerse mucho tiempo en el aire, bien por haber alcanzado grandes altitudes, bien por haberse desplazado siguiendo una dirección horizontal.

En ese momento, los pasajeros arrojaron los últimos objetos que todavía lastraban la barquilla, los pocos víveres que habían conservado, todo, hasta los pequeños utensilios que llevaban en los bolsillos, y uno de ellos se subió al aro donde se reunían las cuerdas de la red para tratar de atar firmemente el apéndice inferior del aerostato.

¡Era evidente que los pasajeros no podían seguir manteniendo el globo en las zonas elevadas y que les faltaba gas!

¡Estaban perdidos!

Porque lo que se extendía bajo ellos no era un continente, ni siquiera una isla. El espacio no ofrecía un solo punto de aterrizaje, ni una superficie sólida a la que su ancla pudiera agarrarse.

¡Era el inmenso mar, cuyas olas seguían rompiendo con una incomparable violencia! ¡Era el océano sin límites visibles, incluso para ellos, que lo dominaban desde arriba y cuyas miradas se extendían entonces sobre un radio de cuarenta millas! ¡Era esa llanura líquida, golpeada sin piedad, azotada por el huracán, que debía de parecerles una estampida de olas desenfrenadas sobre las que hubieran echado una vasta red de crestas blancas! ¡Ni la menor porción de tierra a la vista! ¡Ni un solo barco!

Había, pues, que detener a toda costa el movimiento descendente para impedir que el aerostato fuera engullido por las aguas. Y era en esta urgente operación, evidentemente, en lo que se afanaban los ocupantes de la barquilla. Pero, pese a sus esfuerzos, el globo continuaba bajando a la vez que se desplazaba a una enorme velocidad siguiendo la dirección del viento, es decir, del nordeste al sudoeste.

¡Terrible situación la de estos infortunados! A todas luces, ya no dominaban el aerostato. Sus tentativas eran infructuosas. La envoltura del globo se desinflaba cada vez más. El fluido escapaba sin que fuera posible retenerlo de ningún modo. El descenso se aceleraba a ojos vista, y a la una de la tarde la barquilla estaba suspendida a menos de seiscientos pies del océano.

Y es que, efectivamente, era imposible impedir la fuga de gas, el cual escapaba libremente a través de un desgarrón en el aparato.

Aligerando la barquilla de los objetos que contenía, los pasajeros habían podido prolongar durante unas horas su suspensión en el aire. Pero la inevitable catástrofe solo podía ser retrasada, y si no se avistaba tierra antes de la noche, pasajeros, barquilla y globo desaparecerían definitivamente en las aguas.

La única maniobra que todavía faltaba por hacer se hizo en ese momento. Los pasajeros del aerostato eran, evidentemente, personas enérgicas y que sabían mirar la muerte de frente. No se habría oído escapar de sus labios un solo murmullo. Estaban decididos a luchar hasta el último segundo, a hacer cualquier cosa para retrasar su caída. La barquilla era una simple caja de mimbre, inadecuada para flotar, y no había ninguna posibilidad de mantenerla en la superficie del mar si caía.

A las dos, el aerostato estaba a cuatrocientos pies escasos del agua.

En ese momento, una voz masculina —la voz de un hombre cuyo corazón era inaccesible al temor— se dejó oír. A esa voz respondieron otras voces no menos enérgicas.

—¿Lo hemos arrojado todo?

—¡No! ¡Quedan todavía diez mil francos de oro!

Un pesado saco cayó inmediatamente al mar.

—¿Se eleva el globo?

—Un poco, pero no tardará en caer de nuevo.

—¿Qué queda por tirar?

—¡Nada!

—¡Sí...! ¡La barquilla!

—¡Agarrémonos de la red! ¡Y al mar la barquilla!

Era, en efecto, el único y último medio de aligerar el aerostato. Las cuerdas que unían la barquilla al aro fueron cortadas y, tras su caída, el aerostato subió dos mil pies.

Los cinco pasajeros habían trepado por la malla hasta más arriba del aro y permanecían dentro de la red mirando el abismo.

Es conocida la sensibilidad estática que poseen los aerostatos. Basta arrojar el objeto más ligero para provocar un desplazamiento en sentido vertical. El aparato, que está flotando en el aire, se comporta como una balanza de una exactitud matemática. Se

comprende, pues, que al ser deslastrado de un peso relativamente considerable su desplazamiento sea importante y brusco. Eso es lo que sucedió en esta ocasión.

Pero, después de haber recuperado el equilibrio durante unos instantes en las zonas superiores, el aerostato empezó a descender de nuevo. El gas escapaba por el desgarrón, y el desgarrón era imposible repararlo.

Los pasajeros habían hecho todo lo que podían hacer. No quedaba ya ningún medio humano que pudiera salvarlos. Solo podían contar con la ayuda de Dios.

A las cuatro, el globo estaba a quinientos pies de la superficie del agua.

Un sonoro ladrido se oyó entonces. Un perro acompañaba a los pasajeros y permanecía agarrado a las mallas de la red junto a su amo.

—Top ha visto algo —dijo uno de los pasajeros.

Inmediatamente se oyó una voz potente:

—¡Tierra! ¡Tierra!

El globo, que el viento no cesaba de arrastrar hacia el sudoeste, había recorrido desde el amanecer una distancia considerable, que se calculaba en cientos de millas, y, en efecto, una tierra bastante elevada acababa de aparecer en esa dirección.

Pero esa tierra se encontraba todavía a una distancia de treinta millas a sotavento. Hacía falta una hora larga para alcanzarla, y eso siempre y cuando no se desviarán. ¡Una hora! ¿No habría perdido antes el globo todo el fluido que le quedaba?

¡Esa era la terrible pregunta! Los pasajeros veían claramente ese punto sólido que había que alcanzar a cualquier precio. Ignoraban lo que era, si isla o continente, pues ni siquiera sabían a qué parte del mundo los había arrastrado el huracán. Pero a esa tierra, estuviera o no habitada, fuera o no hospitalaria, había que llegar.

Ahora bien, a las cuatro era evidente que el globo no podía seguir sosteniéndose. Rozaba la superficie. La cresta de las enormes olas ya había lamido varias veces la red, cuyo peso, por consiguiente, había aumentado, y el aerostato solo se elevaba a medias, como un pájaro que tiene plomo en un ala.

Media hora más tarde, la tierra solo estaba a una milla, pero al globo, agotado, flácido, fofo, arrugado, no le quedaba gas más que

en la parte superior. Los pasajeros, agarrados a la red, pesaban demasiado para él, y muy pronto, medio sumergidos en el mar, fueron golpeados por las furiosas olas. La envoltura del aerostato se ladeó y, al entrar el viento en ella, la empujó como si fuera una nave con viento en popa. ¡Quizá así se acercara a la costa!

Pero no estaba más que a dos cables cuando sonaron unos gritos terribles, salidos de cuatro pechos a la vez. El globo, que parecía que ya no iba a poder elevarse, acababa de dar un bote inesperado tras haber sido sacudido por un formidable golpe de mar. Como si hubiera sido deslastrado súbitamente de otra parte de su peso, ascendió a una altura de mil quinientos pies y allí encontró una especie de remolino de viento que, en lugar de llevarlo directamente a la costa, le hizo seguir una dirección casi paralela. Finalmente, dos minutos más tarde, se acercó oblicuamente a esta y cayó definitivamente sobre la arena de la orilla, fuera del alcance de las olas.

Los pasajeros, ayudándose unos a otros, consiguieron desprenderse de las mallas de la red. El globo, liberado de su peso, fue de nuevo presa del viento y, como un pájaro herido que revive por un instante, desapareció en el espacio.

La barquilla había transportado cinco pasajeros, más un perro, y el globo solo dejaba cuatro en la orilla.

El pasajero que faltaba había sido empujado, evidentemente, por el golpe de mar que acababa de sacudir la red, y eso es lo que había permitido al aerostato aligerado elevarse por última vez y, unos instantes después, llegar a tierra.

Nada más poner los cuatro náufragos —se les puede dar este nombre— pie a tierra, todos, pensando en el ausente, exclamaron:

—¡Quizá esté intentando llegar a nado! ¡Salvémoslo! ¡Salvémoslo!

II

*Un episodio de la guerra de Secesión – El ingeniero Cyrus Smith
– Gedeon Spilett – El negro Nab – El marino Pencroff – El joven
Harbert – Una propuesta inesperada – Cita a las diez de la noche
– Partida durante la tormenta*

No eran ni aeronautas de profesión ni aficionados a expediciones aéreas los hombres a los que el huracán acababa de arrojar a esa costa. Eran prisioneros de guerra a quienes la audacia había empujado a fugarse en unas circunstancias extraordinarias. ¡Cien veces habrían debido perecer! ¡Cien veces el globo rasgado debería haberlos precipitado al abismo! Pero el cielo les reservaba un extraño destino, y el 24 de marzo, tras haber huido de Richmond, sitiada por las tropas del general Ulysses Grant, se encontraban a siete mil millas de la capital de Virginia, la principal plaza fuerte de los separatistas durante la terrible guerra de Secesión. Su recorrido aéreo había durado cinco días.

Veamos ahora en qué curiosas circunstancias se había producido la evasión de los prisioneros, evasión que desembocaría en la catástrofe que conocemos.

Ese mismo año, en el mes de febrero de 1865, en uno de esos golpes de mano que intentó, aunque infructuosamente, el general Grant para apoderarse de Richmond, varios de sus oficiales cayeron en poder del enemigo y fueron encarcelados en la ciudad. Uno de los hombres más distinguidos de entre los que fueron apresados pertenecía al Estado Mayor federal y se llamaba Cyrus Smith.

Cyrus Smith, originario de Massachusetts, era un ingeniero, un sabio de primer orden al que el gobierno de la Unión había confiado durante la guerra la dirección de los ferrocarriles, cuyo papel estratégico fue tan considerable. Auténtico americano del

norte, delgado, huesudo, desgarrado, de alrededor de cuarenta y cinco años de edad, tenía ya canosos el corto cabello y la barba, de la que solo conservaba un poblado bigote. Tenía una de esas hermosas cabezas «numismáticas» que parecen hechas para ser acuñadas en medallas: los ojos ardientes, la boca severa, la fisonomía de un sabio de la escuela combativa. Era uno de esos ingenieros que quieren empezar manejando el pico y el martillo, a semejanza de esos generales que quieren iniciarse como soldados rasos. Así pues, al mismo tiempo que la agudeza mental, poseía la suprema habilidad manual. Sus músculos presentaban notables síntomas de tonicidad. Verdadero hombre de acción a la vez que de pensamiento, actuaba sin esfuerzo, bajo la influencia de una amplia expansión vital, ya que tenía esa persistencia inagotable que desafía toda adversidad. Muy instruido, muy práctico, «muy espabilado», por emplear un término del lenguaje militar francés, era un temperamento soberbio, pues, sin dejar de ser dueño de sí mismo cualesquiera que fueran las circunstancias, reunía en el más alto grado estas tres condiciones cuya suma determina la energía humana: actividad de la mente y del cuerpo, ímpetu de los deseos y poder de la voluntad. Y su divisa podría haber sido la de Guillermo de Orange en el siglo XVII: «No necesito confiar para actuar, ni triunfar para perseverar».

Al mismo tiempo, Cyrus Smith era el valor personificado. Había participado en todas las batallas durante esa guerra de Secesión. Tras haber comenzado a las órdenes de Ulysses Grant en los voluntarios de Illinois, había combatido en Paducah, en Belmont, en Pittsburg-Landing, en el sitio de Corinto, en Port-Gibson, en el río Negro, en Chattanooga, en Wilderness, en el Potomak, en infinidad de lugares, y además valientemente, como soldado digno del general que afirmaba: «¡Yo nunca cuento mis muertos!». Y cien veces debería haber estado Cyrus Smith entre aquellos que el terrible Grant no contaba, pero en esos combates, en los que no evitaba ningún riesgo, la suerte siempre lo favoreció, hasta el momento en que fue herido y apresado en el campo de batalla de Richmond.

El mismo día que Cyrus Smith, otro personaje importante caía en manos de los sudistas. Se trataba nada menos que del honorable Gedeon Spilett, reportero del *New York Herald* al que le habían

encargado seguir las peripecias de la guerra junto a los ejércitos del Norte.

Gedeon Spilett era de esa raza de asombrosos cronistas ingleses y americanos, como Stanley y otros, que no retroceden ante nada para obtener una información exacta y para transmitirla a su periódico en el plazo más breve posible. Los periódicos de la Unión, como el *New York Herald*, constituyen verdaderas potencias, y sus corresponsales son representantes con los que se cuenta. Gedeon Spilett destacaba entre los mejores de esos corresponsales.

Hombre de gran mérito, enérgico, vivo y dispuesto a todo, rebosante de ideas, viajero infatigable, soldado y artista, apasionado a la hora de aconsejar, decidido a la de actuar, indiferente a las dificultades, los esfuerzos y los peligros cuando se trataba de enterarse de todo, primero por interés personal y después por el de su periódico, verdadero héroe de la curiosidad, de la información, de lo inédito, de lo desconocido, de lo imposible, era uno de esos intrépidos observadores que escriben bajo las balas, que redactan sus crónicas bajo las bombas y para los cuales todos los peligros son una inmensa suerte.

También él había participado en todas las batallas en primera línea, con el revólver en una mano y el cuaderno en la otra, y la metralleta no hacía temblar su lápiz. No fatigaba los cables con incesantes telegramas, como esos que hablan cuando no tienen nada que decir, pero cada una de sus notas, breves, precisas, claras, arrojaba luz sobre un punto importante. Por lo demás, no le faltaba sentido del humor. Fue él quien, después de la acción en el río Negro, decidido a conservar a toda costa su turno en la ventanilla de la oficina de telégrafos para anunciar a su periódico el resultado de la batalla, telegrafió durante dos horas los primeros capítulos de la Biblia. Le costó dos mil dólares al *New York Herald*, pero el *New York Herald* fue el primero en ser informado.

Gedeon Spilett era alto. Tenía cuarenta años como máximo. Unas patillas rubias tirando a rojizas enmarcaban su rostro. Su mirada era serena, viva, rápida en sus desplazamientos. Era la mirada de un hombre que tiene la costumbre de ver rápidamente todos los detalles de un horizonte. De complexión robusta, se había templado en climas extremos como una barra de acero en el agua fría.

Desde hacía diez años, Gedeon Spilett era el reportero más acreditado del *New York Herald*, al que enriquecía con sus crónicas y sus dibujos, pues manejaba tan bien el lápiz como la pluma. Cuando fue apresado, estaba describiendo y dibujando la batalla. Las últimas palabras anotadas en su cuaderno fueron estas: «Un sudista me está apuntando y...». Y erró el tiro, pues Gedeon Spilett, siguiendo su invariable costumbre, salió de esa sin un rasguño.

Cyrus Smith y Gedeon Spilett, que no se conocían salvo por su reputación, habían sido trasladados ambos a Richmond. El ingeniero sanó rápidamente de su herida, y fue durante su convalecencia cuando conoció al reportero. Estos dos hombres se gustaron y aprendieron a apreciarse. Muy pronto, su vida en común no tuvo más que un objetivo: huir, reunirse con el ejército de Grant y seguir combatiendo en sus filas por la unidad federal.

Los dos norteamericanos estaban, pues, decididos a aprovechar cualquier ocasión. Sin embargo, aunque los habían dejado moverse libremente por la ciudad, Richmond estaba tan estrechamente vigilada que era inevitable considerar imposible toda tentativa de evasión.

En esto, se reunió con Cyrus Smith un sirviente que le era fiel en la vida y en la muerte. Este intrépido era un negro nacido en la propiedad del ingeniero, de padre y madre esclavos, pero al que desde hacía mucho tiempo Cyrus Smith, abolicionista de cabeza y de corazón, había concedido la emancipación. El esclavo, una vez convertido en hombre libre, no había querido separarse de su señor. Lo quería hasta el extremo de estar dispuesto a morir por él. Era un joven de treinta años, fuerte, ágil, diestro, inteligente, afable y tranquilo, en ocasiones ingenuo y siempre sonriente, servicial y bondadoso. Se llamaba Nabucodonosor, pero solo respondía al nombre abreviado y familiar de Nab.

Cuando Nab se enteró de que su señor había sido hecho prisionero, partió de Massachusetts sin dudarle ni un instante, llegó ante Richmond y, a fuerza de astucia y de destreza, después de haber arriesgado veinte veces la vida, consiguió entrar en la ciudad sitiada. El placer de Cyrus Smith al ver a su sirviente y la alegría de Nab al encontrar a su señor fueron algo indescriptible.

Pero, si bien Nab había podido entrar en Richmond, era mucho más difícil salir de allí, pues los prisioneros federales se hallaban

sometidos a una vigilancia estrechísima. Hacía falta una ocasión extraordinaria para intentar fugarse con alguna posibilidad de éxito, y esa ocasión no solo no se presentaba, sino que era difícil propiciarla.

Sin embargo, Grant proseguía sus enérgicas operaciones. La victoria de Petersburg le había sido valientemente disputada. Sus fuerzas, unidas a las de Butler, no obtenían aún ningún resultado ante Richmond, y nada hacía presagiar que la liberación de los prisioneros fuera a producirse pronto. El reportero, a quien su fastidiosa cautividad ya no proporcionaba ningún detalle interesante que anotar, no podía aguantar más. Solo pensaba en una cosa: salir de Richmond como fuera. De hecho, lo intentó varias veces y fue detenido por obstáculos infranqueables.

Con todo, el asedio continuaba, y si los prisioneros estaban impacientes por escapar para unirse al ejército de Grant, algunos sitiados no estaban menos deseosos de huir a fin de unirse al ejército secesionista, entre ellos un tal Jonathan Forster, sudista furibundo. Y es que, efectivamente, al igual que los prisioneros federales no podían salir de la ciudad, tampoco podían los confederados, pues el ejército del Norte los tenía cercados. El gobernador de Richmond no podía comunicarse con el general Lee desde hacía mucho, y era crucial dar a conocer la situación de la ciudad con objeto de apresurar la marcha de las tropas de refuerzo. Este tal Jonathan Forster tuvo entonces la idea de utilizar un globo para atravesar por el aire las líneas de los sitiadores y llegar al campamento de los secesionistas.

El gobernador autorizó la tentativa. Un aerostato fue construido y puesto a disposición de Jonathan Forster, que debía partir con cinco de sus compañeros. Iban provistos de armas por si se daba el caso de que tuvieran que defenderse al aterrizar, y de víveres por si el viaje aéreo se prolongaba.

La salida del globo había sido fijada para el 18 de marzo. Debía efectuarse durante la noche, y, con un viento del nordeste de fuerza media, los aeronautas contaban con llegar en unas horas al cuartel general de Lee.

Pero ese viento del nordeste no fue una simple brisa. Ya el día 18 se pudo ver que tendía a convertirse en huracán. Muy pronto, la tormenta alcanzó tales dimensiones que la partida de Forster tuvo

que ser pospuesta, pues era imposible arriesgar el aerostato y a los que este transportaría en medio de los elementos desencadenados.

El globo, hinchado en la plaza principal de Richmond, estaba, pues, preparado para partir en cuanto el viento amainara, y en la ciudad la impaciencia era enorme al ver que el estado de la atmósfera no presentaba ninguna modificación.

El 18 y el 19 de marzo transcurrieron sin que se produjera ningún cambio en la tormenta. Incluso tenían grandes dificultades para proteger el globo, que estaba atado al suelo y que las ráfagas de viento tumbaban hasta situarlo en posición horizontal.

Pasó la noche del 19 al 20, pero por la mañana el huracán soplaba todavía con más ímpetu. Era imposible partir.

Ese día, el ingeniero Cyrus Smith fue abordado en una de las calles de Richmond por un hombre al que no conocía. Era un marino llamado Pencroff, de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad, de constitución robusta, muy bronceado, de mirada vivaz y nerviosa, pero bien parecido. Pencroff era un norteamericano que había recorrido todos los mares del mundo y al que, en materia de aventuras, todo lo extraordinario que puede ocurrirle a un ser de dos patas y sin plumas le había pasado. Huelga decir que era un hombre de naturaleza emprendedora, dispuesto a atreverse a todo y al que nada podía sorprender. A principios de ese año, Pencroff había ido por negocios a Richmond con un muchacho de quince años, Harbert Brown, de Nueva Jersey, hijo de su capitán, un huérfano al que quería como si fuera su padre. Al no haber podido salir de la ciudad antes de las primeras operaciones del asedio, se encontró atrapado allí, cosa que le contrariaba enormemente, y solo pensaba, él también, en una cosa: huir fuera como fuese. Conocía la reputación del ingeniero Cyrus Smith. Sabía con qué impaciencia ese hombre decidido tascaba el freno. Ese día no dudó, pues, en abordarlo diciéndole sin rodeos:

—Señor Smith, ¿está harto de Richmond?

El ingeniero miró fijamente al hombre que le hablaba en esos términos y que añadió en voz baja:

—Señor Smith, ¿quiere huir?

—¿Cuándo? —contestó de inmediato el ingeniero, y se puede

afirmar que esa contestación se le escapó de los labios, pues aún no había examinado al desconocido que le dirigía la palabra.

Pero, tras haber observado con mirada penetrante el semblante leal del marino, no pudo poner en duda que tenía ante sí a un hombre honrado.

—¿Quién es usted? —preguntó en tono imperioso.

Pencroff se presentó.

—Bien —dijo Cyrus Smith—. ¿Y con qué medio me propone huir?

—Con ese globo holgazán que está ahí sin hacer nada y que tengo la impresión de que nos espera justo a nosotros...

El marino no había tenido necesidad de acabar la frase. El ingeniero había comprendido perfectamente. Cogió a Pencroff del brazo y lo llevó a su casa.

Allí, el marino expuso su plan, realmente muy sencillo. Lo único que se arriesgaba ejecutándolo era la vida. El huracán estaba en el momento de máxima violencia, es verdad, pero un ingeniero hábil y audaz como Cyrus Smith sabría manejar un aerostato. Si él, Pencroff, hubiera sabido cómo hacerlo, no habría dudado en irse; con Harbert, por descontado. ¡Había pasado por muchos trances y no iba a arredrarse ahora por una tormenta!

Cyrus Smith había escuchado al marino sin decir una palabra, pero los ojos le brillaban. La oportunidad estaba ahí, y él no era un hombre de los que dejan pasar las oportunidades. El plan era simplemente muy peligroso, luego era ejecutable. Por la noche, pese a la vigilancia, se podía acceder al globo, meterse en la barquilla y cortar las ataduras que lo retenían. Es verdad que corrían el riesgo de que los matasen, pero, por otro lado, podían conseguirlo, y si no hubiera tormenta... Pero, si no hubiera tormenta, el globo ya habría partido, y la ocasión tan buscada no se presentaría en ese momento.

—No estoy solo —dijo Cyrus Smith cuando el otro hubo terminado.

—¿A cuántas personas quiere llevar? —preguntó el marino.

—A dos: mi amigo Spilett y mi sirviente Nab.

—Eso suma tres —dijo Pencroff—, y con Harbert y yo, el total es de cinco. El globo iba a transportar seis...

—Perfecto. ¡Nos iremos! —dijo Cyrus Smith.

Ese «nos» comprometía al reportero, pero el reportero no era

hombre dado a vacilar, y cuando lo pusieron al corriente del plan, lo aprobó sin reservas. Lo que le sorprendía era que una idea tan sencilla no se le hubiera ocurrido a él. En cuanto a Nab, acompañaba a su señor allí donde su señor quisiera ir.

—Hasta esta noche, entonces —dijo Pencroff—. Pasearemos los cinco por allí como curiosos.

—Hasta esta noche a las diez —contestó Cyrus Smith—, ¡y quiera el cielo que esta tormenta no amaine antes de nuestra partida!

Pencroff se despidió del ingeniero y volvió a su alojamiento, donde se había quedado el joven Harbert Brown. Ese valiente muchacho conocía el plan del marino y esperaba no sin cierta ansiedad el resultado de la gestión hecha ante el ingeniero. ¡Eran, a todas luces, cinco hombres decididos los que iban a exponerse a la tormenta en pleno huracán!

No, el huracán no amainó, y ni Jonathan Forster ni sus compañeros podían pensar en afrontarlo en esa endeble barquilla. El día fue terrible. El ingeniero solo temía una cosa: que el aerostato, retenido en el suelo y tumbado por el viento, se desgarrara en mil pedazos. Durante varias horas, vagó por la plaza casi desierta vigilando el aparato. Pencroff hacía lo mismo por su lado, con las manos en los bolsillos y bostezando de vez en cuando, como un hombre que no sabe cómo matar el tiempo, pero temiendo también que el globo se rasgara o incluso rompiera las ataduras y escapara por los aires.

Llegó la noche. La oscuridad se hizo total. Densas capas de bruma pasaban como nubes a ras del suelo. Caía una lluvia mezclada con nieve. El tiempo era frío. Una especie de niebla aplastaba Richmond. Parecía que la violenta tormenta hubiera establecido una suerte de tregua entre los sitiadores y los sitiados, y que el cañón hubiera querido callar ante las formidables detonaciones del huracán. Las calles de la ciudad estaban desiertas. Ni siquiera había parecido necesario, con ese tiempo horrible, vigilar la plaza en medio de la cual se debatía el aerostato. Todo favorecía la partida de los prisioneros, evidentemente, ¡pero ese viaje, en medio de las ráfagas desatadas...!

«¡Maldito vendaval! —se decía Pencroff, sujetando de un manotazo el sombrero, que el viento le disputaba a su cabeza—.

Pero, ¡bah!, pese a todo lo conseguiremos.»

A las nueve y media, Cyrus Smith y sus compañeros entraban por diferentes lados en la plaza, que las farolas de gas, apagadas por el viento, habían dejado sumida en una oscuridad profunda. No se veía ni el enorme aerostato, casi totalmente tumbado sobre el suelo. Independientemente de los sacos de lastre que mantenían las cuerdas de la red, la barquilla estaba retenida por una fuerte maroma que, tras pasar por una anilla incrustada en el suelo, volvía a bordo.

Los cinco prisioneros se encontraron junto a la barquilla. Nadie los había visto, y era tal la oscuridad que ni ellos mismos podían verse.

Sin pronunciar una palabra, Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Nab y Harbert se metieron en la barquilla, mientras que Pencroff, por orden del ingeniero, desataba uno a uno los sacos de lastre. Al cabo de unos instantes, el marino se reunió con sus compañeros.

El aerostato solo estaba retenido ya por la maroma y Cyrus Smith no tenía más que dar la orden de salida.

En ese momento, un perro subió de un salto a la barquilla. Era Top, el perro del ingeniero, que había roto la cadena y seguido a su amo. Cyrus Smith, temiendo un exceso de peso, quería echar al pobre animal.

—¡Bah, por uno más! —dijo Pencroff, a la vez que liberaba la barquilla de dos sacos de arena.

A continuación soltó la maroma y el globo, partiendo en dirección oblicua, desapareció después de haber chocado con la barquilla contra dos chimeneas y haberlas derribado en la furia de la partida.

La violencia del huracán era en esos momentos tremenda. Durante la noche, el ingeniero no pudo pensar en descender, y cuando se hizo de día, la bruma le impedía totalmente ver la tierra. Hasta cinco días después no aclaró un poco, lo que permitió ver el inmenso mar bajo el aerostato, arrastrado a una velocidad increíble por el viento.

Sabemos que, de esos cinco hombres que habían partido el 20 de marzo, cuatro eran arrojados el 24 de marzo a una costa desierta, a más de seis mil millas de su país.

Y el que faltaba, aquel en cuya ayuda acudían los cuatro

supervivientes del globo, era su jefe natural, ¡era el ingeniero Cyrus Smith!

III

*Las cinco de la tarde – El que falta – La desesperación de Nab –
Búsqueda por el norte – El islote – Una triste noche de angustia –
La niebla de la mañana – Nab a nado – Vista de la tierra –
Cruce a pie del canal*

Un golpe de mar se había llevado al ingeniero a través de las mallas de la red, que habían cedido. Su perro había desaparecido también. El fiel animal se había precipitado voluntariamente para socorrer a su amo.

—¡Adelante! —gritó el reportero.

Y los cuatro —Gedeon Spilett, Harbert, Pencroff y Nab—, olvidando agotamiento y fatigas, emprendieron la búsqueda.

El pobre Nab lloraba de rabia y de desesperación a la vez, al pensar que había perdido todo lo que quería en el mundo.

No habían transcurrido dos minutos entre el momento en que Cyrus Smith había desaparecido y el instante en que sus compañeros habían tomado tierra. Estos podían, pues, tener esperanzas de llegar a tiempo para salvarlo.

—¡Busquemos! ¡Busquemos! —gritó Nab.

—¡Sí, Nab! —contestó Gedeon Spilett—. ¡Y lo encontraremos!

—¿Vivo?

—¡Vivo!

—¿Sabe nadar? —preguntó Pencroff.

—¡Sí! —respondió Nab—. Y además, está Top...

El marino, oyendo cómo rugía el mar, meneó la cabeza.

En el lado norte de la costa, y aproximadamente a media milla del lugar donde los naufragos acababan de aterrizar, era donde el ingeniero había desaparecido. Si había podido alcanzar el punto más cercano del litoral, era, pues, a media milla como máximo

donde debía estar situado ese punto.

Eran cerca de las seis en ese momento. La bruma acababa de caer y hacía que la noche fuese muy oscura. Los náufragos caminaban siguiendo hacia el norte la costa este de esa tierra a la que el azar los había llevado, una tierra desconocida cuya situación geográfica ni siquiera podían sospechar. Hollaban con los pies un suelo arenoso, mezclado con piedras, que parecía desprovisto de toda clase de vegetación. Ese suelo, tremendamente desigual, muy escabroso, estaba en algunas partes acribillado de pequeños hoyos que dificultaban mucho la marcha. De esos agujeros no paraban de salir grandes pájaros de vuelo pesado que huían en todas direcciones y a los que la oscuridad impedía ver. Otros, más ágiles, se elevaban en bandadas y pasaban como nubes. Al marino le parecía reconocer gaviotas y golondrinas de mar, cuyos silbidos agudos luchaban con los rugidos del mar.

De cuando en cuando, los náufragos se detenían, llamaban a voz en grito y prestaban atención por si se oía llegar alguna llamada por el lado del océano. Debían de pensar, lógicamente, que si hubieran estado cerca del lugar donde el ingeniero había podido aterrizar, los ladridos del perro Top, en caso de que Cyrus Smith no se hubiera hallado en condiciones de dar señales de vida, habrían llegado hasta ellos. Pero ningún grito destacaba sobre el rugido de las olas y el chapaleteo del agua. Así que la pequeña comitiva continuaba avanzando y registraba hasta las más pequeñas anfractuosidades del litoral.

Tras un recorrido de veinte minutos, los cuatro náufragos fueron súbitamente detenidos por un borde espumeante de olas. El terreno sólido se había acabado. Se encontraban en el extremo de una punta aguda, contra la cual el mar rompía con furia.

—Es un promontorio —dijo el marino—. Debemos volver sobre nuestros pasos caminando por la derecha y así llegaremos a tierra firme.

—Pero ¿y si está ahí? —repuso Nab señalando las enormes olas, cuya blanca espuma resplandecía en la oscuridad.

—¡Pues llamémoslo!

Y todos, uniendo sus voces, lanzaron una llamada vigorosa a la que nada respondió. Esperaron un recalmón. Llamaron de nuevo. Nada tampoco.

Los náufragos regresaron entonces, siguiendo el lado opuesto del promontorio, sobre un suelo igualmente arenoso y pedregoso. Sin embargo, Pencroff observó que el litoral era más acantilado, que el terreno subía, y supuso que debía de ir a dar, por una pendiente bastante alargada, a una costa alta cuya masa se perfilaba confusamente en la oscuridad. Los pájaros abundaban menos en esa orilla. El mar también se mostraba menos tumultuoso, menos ruidoso, e incluso se observaba que la agitación de las olas disminuía sensiblemente. Apenas se oía el ruido de la resaca. Sin duda, ese lado del promontorio formaba una ensenada semicircular, protegida por su aguda punta del oleaje del mar abierto.

Pero, siguiendo esa dirección, caminaban hacia el sur, y eso significaba alejarse de la porción de la costa a la que Cyrus Smith había podido acceder. Después de un recorrido de una milla y media, el litoral todavía no presentaba ninguna curva que permitiera regresar hacia el norte. Sin embargo, ese promontorio por cuya punta habían dado la vuelta debía estar forzosamente unido a tierra firme. Los náufragos, pese a haberse quedado sin fuerzas, seguían andando sin desanimarse, esperando encontrar en todo momento algún brusco recodo que volviera a situarlos en la dirección inicial.

Cuál no sería, pues, su decepción cuando, tras haber recorrido unas dos millas, se vieron una vez más detenidos por el mar sobre una punta bastante elevada y de piedras resbalosas.

—Estamos en un islote —dijo Pencroff— y lo hemos recorrido de un extremo a otro.

La observación del marino era correcta. Los náufragos habían ido a parar no a un continente, ni siquiera a una isla, sino a un islote que no medía más de dos millas de longitud y cuya anchura era manifiestamente poco considerable.

Ese islote árido, sembrado de piedras, sin vegetación, refugio desolado de algunas aves marinas, ¿formaba parte de un archipiélago más importante? No podían afirmarlo. Cuando los pasajeros del globo, desde la barquilla, habían entrevisto la tierra a través de la bruma, no habían podido reconocer suficientemente su importancia. Sin embargo, a Pencroff, con sus ojos de marino acostumbrados a penetrar la sombra, en ese momento le parecía distinguir al oeste unas masas confusas que anunciaban una costa

elevada.

Pero, debido a esa oscuridad, no podían determinar a qué sistema, simple o complejo, pertenecía el islote. Tampoco podían abandonarlo, puesto que el mar lo rodeaba. Era preciso, pues, posponer para el día siguiente la búsqueda del ingeniero, que, desgraciadamente, no había manifestado su presencia mediante ningún grito.

—El silencio de Cyrus no demuestra nada —dijo el reportero—. Puede estar inconsciente, herido, incapacitado para contestar momentáneamente, pero no desesperemos.

El reportero expresó entonces la idea de encender en un punto del islote una fogata que pudiera servirle de señal al ingeniero. Pero buscaron en vano leña o broza seca. Arena y piedras era todo lo que había.

Cabe imaginar lo que debió de ser el dolor de Nab y de sus compañeros, que se habían encariñado vivamente con el intrépido Cyrus Smith. Resultaba de todo punto evidente que en ese momento eran impotentes para socorrerlo. Había que esperar a que se hiciera de día. O el ingeniero había podido salvarse solo y ya había encontrado refugio en un punto de la costa, o estaba perdido para siempre.

Fueron unas horas largas y penosas las que tuvieron que pasar. El frío era penetrante. Los náufragos sufrieron cruelmente, pero apenas se daban cuenta. Ni siquiera se les ocurrió tomarse un instante de descanso. Olvidándose de eso por su jefe, confiando, deseando no dejar de confiar, caminaban arriba y abajo por ese islote árido y regresaban incesantemente a la punta norte, allí donde debían de estar más cerca del lugar de la catástrofe. Escuchaban, gritaban, trataban de sorprender alguna llamada, y sus voces debían de transmitirse a lo lejos, pues reinaba cierta calma en la atmósfera y los ruidos del mar empezaban a disminuir junto con la marejada.

Uno de los gritos de Nab incluso pareció, en un momento dado, reproducirse a modo de eco. Harbert se lo señaló a Pencroff, y añadió:

—Eso demostraría que hay al oeste una costa bastante cercana.

El marino hizo un signo afirmativo. Por lo demás, sus ojos no podían engañarlo. Si él había distinguido, por poco que fuera, tierra

ahí, es que ahí había tierra.

Pero ese eco lejano fue la única respuesta provocada por los gritos de Nab, y en toda la parte este del islote la inmensidad permaneció silenciosa.

Sin embargo, poco a poco el cielo se despejaba. Hacia medianoche empezaron a brillar algunas estrellas, y si el ingeniero hubiera estado allí, junto a sus compañeros, habría podido observar que esas estrellas no eran las del hemisferio boreal. La estrella Polar no aparecía en ese nuevo horizonte, las constelaciones cenitales no eran las que acostumbraba a observar en la parte norte del nuevo continente, y la Cruz del Sur resplandecía en esos momentos en el polo austral del mundo.

La noche pasó. Hacia las cinco de la mañana del 25 de marzo, las alturas del cielo se aclararon ligeramente. El horizonte seguía aún oscuro, pero, con los primeros albos del día, una bruma opaca se elevó del mar, de tal modo que el radio visual no podía extenderse a más de una veintena de pasos. La niebla formaba gruesas volutas que se desplazaban pesadamente.

Era un contratiempo. Los náufragos no podían distinguir nada a su alrededor. Mientras las miradas de Nab y del reportero se proyectaban sobre el océano, el marino y Harbert buscaban la costa al oeste. Pero ni un trozo de tierra resultaba visible.

—Da igual —dijo Pencroff—, aunque no vea la costa, la siento... Está ahí... ahí... ¡tan seguro como que ya no estamos en Richmond!

Pero la niebla no tardaría en levantarse. No era más que una neblina de buen tiempo. Un buen sol calentaba sus capas superiores, y ese calor llegaba tamizado hasta la superficie del islote.

En efecto, hacia las seis y media, tres cuartos de hora después de la salida del sol, la bruma se hacía más transparente. Se espesaba por arriba, pero se disipaba por abajo. No tardó en aparecer el islote, como si hubiera bajado de una nube; luego, el mar se mostró siguiendo un plano circular, infinito al este, pero limitado al oeste por una costa elevada y abrupta.

¡Sí, la tierra estaba ahí! Ahí, la salvación asegurada, provisionalmente al menos. Entre el islote y la costa, separados por un canal de media milla de ancho, una corriente rapidísima discurría ruidosamente.

No obstante, uno de los náufragos, siguiendo únicamente los dictados de su corazón, se precipitó de inmediato a la corriente sin pedir opinión a sus compañeros, sin siquiera decir una sola palabra. Era Nab. Estaba impaciente por estar en esa costa y seguirla hacia el norte. Nadie habría podido retenerlo. Pencroff lo llamó, pero en vano. El reportero se disponía a seguir a Nab.

Pencroff, acercándose a él, le preguntó entonces:

—¿Quiere cruzar ese canal?

—Sí —respondió Gedeon Spilett.

—Pues espere, hágame caso —dijo el marino—. Nab se bastará y se sobrá para socorrer a su señor. Si nos adentráramos en ese canal, nos arriesgaríamos a ser arrastrados mar adentro por la corriente, que es de una violencia extrema. Pero, si no me equivoco, es una corriente de reflujo. Mire, la marea desciende por la arena. Tengamos, pues, paciencia, y es posible que durante la bajamar podamos vadearlo.

—Tiene razón —contestó el reportero—. Separémonos lo menos posible.

Mientras tanto, Nab luchaba con vigor contra la corriente. La atravesaba en dirección oblicua. Se veían sus negros hombros emerger a cada brazada. Derivaba a una gran velocidad, pero también avanzaba hacia la costa. Esa media milla que separaba el islote de la tierra, tardó más de media hora en recorrerla, y llegó a la orilla varios miles de pies más allá del lugar que quedaba frente al punto de donde había partido.

Nab tocó tierra firme al pie de una alta muralla de granito y se sacudió enérgicamente; luego, corriendo, desapareció enseguida detrás de una punta rocosa que se adentraba en el mar, más o menos a la altura del extremo septentrional del islote.

Los compañeros de Nab habían seguido con angustia su audaz tentativa y, cuando quedó fuera de su campo de visión, dirigieron la mirada a esa tierra a la que iba a pedir refugio, al tiempo que comían algunos moluscos que sembraban la arena. Era una comida frugal, pero comida al fin y al cabo.

La costa opuesta formaba una vasta bahía que terminaba, al sur, en una punta muy aguda, desprovista de toda vegetación y de aspecto muy salvaje. Esa punta iba a unirse al litoral trazando un dibujo bastante caprichoso y se apoyaba en altas rocas graníticas.

Hacia el norte, por el contrario, la bahía, ensanchándose, formaba una costa más redondeada que corría del sudoeste al nordeste y terminaba en un cabo afilado. Entre esos dos puntos extremos, en los que se apoyaba el arco de la bahía, la distancia podía ser de ocho millas. El islote, a media milla de la orilla, ocupaba una estrecha franja de mar y parecía un enorme cetáceo representado a un tamaño muy ampliado. En su parte más ancha no sobrepasaba un cuarto de milla.

Frente al islote, el litoral lo ocupaba, en primer plano, una playa de arena sembrada de rocas negruzcas, que en ese momento de marea descendente iban reapareciendo poco a poco. En segundo plano destacaba una especie de cortina granítica, cortada a pico y coronada por una caprichosa cresta a una altura de trescientos pies como mínimo. Se perfilaba así a lo largo de tres millas y terminaba bruscamente a la derecha en un lienzo que parecía cortado por una mano humana. A la izquierda, en cambio, sobre el promontorio, esa especie de acantilado irregular, que se desgranaba en fragmentos prismáticos y estaba constituido de rocas amontonadas como consecuencia de desprendimientos, descendía formando una rampa alargada que se confundía poco a poco con las rocas de la punta meridional.

Sobre la meseta superior de la costa, ningún árbol. Era una meseta limpia, como la que domina Ciudad de El Cabo, en el cabo de Buena Esperanza, pero de proporciones más reducidas. Por lo menos ese aspecto presentaba vista desde el islote. Sin embargo, la vegetación no faltaba a la derecha, detrás del lienzo cortado. Se distinguía fácilmente la masa confusa de grandes árboles, cuyo arracimamiento se prolongaba más allá de los límites de la mirada. Esa vegetación alegraba la vista, sumamente entristecida por las ásperas líneas del paramento de granito.

Por último, al fondo de todo y por encima de la meseta, en dirección noroeste y a una distancia de siete millas como mínimo, resplandecía un pico blanco que recibía los rayos solares. Era un sombrero de nieve sobre la cima de algún monte lejano.

No podían, por lo tanto, pronunciarse sobre la cuestión de saber si aquella tierra formaba una isla o pertenecía a un continente. Pero, ante la visión de esas rocas convulsionadas que se amontonaban a la izquierda, un geólogo no habría dudado en

atribuirles un origen volcánico, pues indiscutiblemente era producto de un trabajo plutónico.

Gedeon Spilett, Pencroff y Harbert observaban atentamente esa tierra en la que quizá iban a vivir largos años, ¡en la que incluso morirían, si no se encontraba en las rutas de los barcos!

—Bueno, Pencroff, ¿qué te parece? —preguntó Harbert.

—Bueno —contestó el marino—, tiene ventajas e inconvenientes, como todo. Ya veremos. Por el momento, el refluo empieza a notarse. Dentro de tres horas, intentaremos pasar, y una vez allí trataremos de salir del apuro y de encontrar al señor Smith.

Pencroff no se había equivocado en sus previsiones. Tres horas más tarde, con la bajamar, la mayor parte de la arena que formaba el lecho del canal se hallaba al descubierto. Solo quedaba entre el islote y la costa un estrecho canalizo que sin duda sería fácil cruzar.

En efecto, hacia las diez, Gedeon Spilett y sus dos compañeros se quitaron la ropa, la pusieron doblada sobre su cabeza y se aventuraron por el canalizo, cuya profundidad no sobrepasaba los cinco pies. Harbert, al que el agua habría cubierto, nadaba como un pez y se las arregló de maravilla. Los tres llegaron sin dificultad al litoral opuesto. Una vez allí, se secaron rápidamente al sol y volvieron a ponerse la ropa, que habían preservado del contacto con el agua, antes de deliberar.

IV

*Los dátiles de mar – El río en su desembocadura – Las
Chimeneas – Continuación de la búsqueda – El bosque de árboles
verdes – La provisión de combustible – En espera del reflujo –
Desde lo alto de la costa – La armadía – El regreso a la orilla*

Antes de nada, el reportero le dijo al marino que lo esperase en ese mismo lugar, donde se reuniría de nuevo con él, y sin perder un instante echó a andar por el litoral en la dirección que había seguido, unas horas antes, el negro Nab. Tan impaciente estaba por tener noticias del ingeniero, que desapareció rápidamente tras un recodo de la costa.

Harbert hubiera querido acompañarlo.

—Quédate, muchacho —le había dicho el marino—. Tenemos que preparar un campamento y ver si es posible encontrar algo más sólido que los moluscos a lo que hincarle el diente. Nuestros amigos necesitarán reponerse cuando vuelvan. Hay que repartir el trabajo.

—Estoy dispuesto, Pencroff —contestó Harbert.

—Bien —dijo el marino—, procedamos con método. Estamos cansados, tenemos frío y tenemos hambre. Se trata, por lo tanto, de encontrar refugio, fuego y comida. En el bosque hay leña; en los nidos, huevos. Así que solo nos falta buscar la casa.

—Pues buscaré una gruta en esas rocas —contestó Harbert— y acabaré por descubrir algún agujero donde podamos meternos.

—Eso es —dijo Pencroff—. En marcha, muchacho.

Y echaron los dos a andar junto al pie de la enorme muralla, por esa playa que la marea descendente había dejado ampliamente al descubierto. Pero, en lugar de subir hacia el norte, bajaron hacia el sur. Pencroff había observado, unos cientos de pasos más abajo del lugar donde habían desembarcado, que la costa presentaba una

estrecha hendidura donde, según él, debía de desembocar un río o un arroyo. Y, por una parte, era importante establecerse en las proximidades de un curso de agua potable, y por otra, no era imposible que la corriente hubiera empujado a Cyrus Smith hacia ese lado.

La alta muralla, como hemos dicho, tenía una altura de trescientos pies y era un bloque absolutamente compacto; ni siquiera en su base, apenas lamida por el mar, presentaba la menor fisura que pudiese servir de morada provisional. Era un muro vertical, hecho de un granito muy duro, que las olas nunca habían roído. En la cúspide revoloteaban montones de aves acuáticas, en especial diversas especies del orden de las palmípedas, de pico alargado, comprimido y puntiagudo, unas volátiles muy chillonas, poco asustadas por la presencia del hombre, que sin duda era la primera vez que turbaba su soledad. Entre esas palmípedas, Pencroff reconoció varios págalos, una especie de gaviotas a las que a veces se da el nombre de estercorarios, así como pequeñas y voraces golondrinas de mar que anidaban en las anfractuosidades del granito. Un disparo de escopeta apuntando a ese tráfigo de pájaros habría abatido a un buen número de ellos; pero, para disparar una escopeta, hay que tenerla, y ni Pencroff ni Harbert la tenían. Por lo demás, esas golondrinas de mar y esos págalos apenas son comestibles, y hasta sus huevos tienen un sabor detestable.

Sin embargo, Harbert, que había avanzado un poco más hacia la izquierda, no tardó en señalar unas rocas tapizadas de algas que la marea alta cubriría unas horas más tarde. Sobre esas rocas, en medio del resbaladizo varec, pululaban moluscos de doble valva que unas personas hambrientas no podían desdeñar. Harbert llamó, pues, a Pencroff, el cual se apresuró a acudir.

—¡Vaya! ¡Mejillones! —exclamó el marino—. Ya tenemos con qué sustituir los huevos de los que no disponemos.

—No son mejillones —contestó el joven Harbert mientras examinaba con atención los moluscos agarrados a las rocas—. Son dátiles de mar.

—¿Y se pueden comer? —preguntó Pencroff.

—¡Ya lo creo!

—Entonces, comamos dátiles de mar.

El marino podía fiarse de Harbert. El joven era muy entendido

en historia natural, ciencia por la que siempre había sentido verdadera pasión. Su padre lo había empujado por ese camino haciéndole cursar estudios con los mejores profesores de Boston, que le habían tomado afecto a ese niño inteligente y trabajador. Así pues, su instinto de naturalista iba a serles útil más de una vez en lo sucesivo, y en su debut no se equivocó.

Los dátiles de mar eran unos moluscos de concha oblonga, unidos en racimos y muy adheridos a las rocas. Pertenecían a esa especie de moluscos perforadores que hacen agujeros en las piedras más duras y su concha era redondeada en los dos extremos, disposición que no se observa en el mejillón común.

Pencroff y Harbert consumieron una buena cantidad de dátiles de mar, que empezaban a entreabrirse al sol. Se los comieron como si fuesen ostras y les encontraron un sabor muy picante, lo que les evitó lamentar el hecho de no tener pimienta ni ninguna otra clase de condimento.

Su hambre quedó, pues, momentáneamente saciada, pero no su sed, que aumentó tras la ingestión de esos moluscos naturalmente especiados. Se trataba, por consiguiente, de encontrar agua dulce, y no era verosímil que faltara en una región tan caprichosamente accidentada. Pencroff y Harbert, después de haber tomado la precaución de llenar sus bolsillos y sus pañuelos de dátiles de mar hasta hacer un considerable aprovisionamiento de estos, volvieron al pie de la alta muralla.

Doscientos pasos más allá llegaron a esa hendidura por la que, según el presentimiento de Pencroff, debía de discurrir un riachuelo caudaloso. En ese lugar, la muralla parecía haber sido separada por algún violento esfuerzo plutónico. En su base se abría una pequeña ensenada, cuyo fondo formaba un ángulo bastante agudo. El curso de agua medía allí cien pies de ancho, mientras que las dos orillas tenían apenas veinte pies a cada lado. El río se adentraba casi directamente entre los dos muros de granito, que tendían a descender más arriba de la desembocadura; después, giraba bruscamente y a media milla desaparecía en la espesura.

—Aquí, el agua. Abajo, la leña —dijo Pencroff—. Bueno, Harbert, solo falta la casa.

El agua del río era límpida. El marino observó que en ese momento de la marea, es decir, el de bajamar, cuando el flujo

ascendente no llegaba hasta allí, era dulce. Una vez establecido ese punto importante, Harbert buscó una cavidad que pudiera servir de refugio, pero fue inútil. La muralla era totalmente lisa, plana y vertical.

Sin embargo, en la desembocadura misma del curso de agua los desprendimientos habían formado no una gruta, sino un amontonamiento de enormes rocas como las que se encuentran a menudo en las zonas graníticas y que reciben el nombre de «chimeneas».

Pencroff y Harbert se internaron bastante profundamente entre las rocas, por esos corredores areniscos donde no faltaba luz, pues penetraba por los huecos que dejaban entre sí esos bloques de granito, algunos de los cuales se sostenían por un verdadero milagro de equilibrio. Pero con la luz entraba también el viento —un auténtico cierzo—, y con el viento, el frío penetrante del exterior. No obstante, el marino pensó que obstruyendo determinadas partes de esos corredores, tapando algunas aberturas con una mezcla de piedras y arena, podrían hacer habitables las «chimeneas». Su plano geométrico representaba el signo tipográfico &, que significa «etcétera» abreviado. Y aislando la curva superior del signo, por la que se precipitaba el viento del sur y del oeste, sin duda conseguirían utilizar su parte inferior.

—Esto es lo que buscábamos —dijo Pencroff—, y si volvemos a ver al señor Smith, seguro que él sabrá sacar partido de este laberinto.

—Volveremos a verlo, Pencroff —repuso Harbert—, y cuando venga, tiene que encontrar aquí una morada más o menos soportable. Lo será, si podemos construir un hogar en el corredor de la izquierda y conservar una abertura para que salga el humo.

—Podremos, muchacho —contestó el marino—, y estas Chimeneas —Pencroff conservó ese nombre para su morada provisional— solucionarán nuestro problema. Pero primero vayamos a aprovisionarnos de combustible. Supongo que la leña nos será útil para tapar estas aberturas a través de las cuales el diablo toca la trompeta.

Harbert y Pencroff salieron de las Chimeneas y, después de doblar el recodo, echaron a andar por la orilla izquierda del río. La corriente era bastante rápida y arrastraba algunos trozos de leña. La

marea ascendente, que ya se notaba en ese momento, debía de empujarla con fuerza hasta una distancia bastante considerable. El marino pensó, pues, que podrían utilizar ese flujo y ese reflujo para transportar los objetos pesados.

Tras haber andado durante un cuarto de hora, el marino y el joven llegaron a la brusca revuelta que hacía el río adentrándose hacia la izquierda. A partir de ese punto, su curso proseguía a través de un bosque de magníficos árboles. Esos árboles habían conservado su verdor pese a lo avanzado de la estación, pues pertenecían a esa familia de las coníferas que crece en todas las regiones del globo, desde los climas septentrionales hasta las regiones tropicales. El joven naturalista reconoció más concretamente unos deodaras, muy numerosos en la región himalaya y que despedían un agradable aroma. Entre esos bellos árboles crecían grupos de pinos, cuyo opaco parasol se abría ampliamente. En medio de las altas hierbas, Pencroff notó que sus pies pisaban ramas secas, las cuales crepitaban como cohetes.

—Bueno, muchacho —le dijo a Harbert—, aunque ignoro el nombre de estos árboles, al menos sé incluirlos en la categoría de «madera para quemar», y por el momento es la única que nos interesa.

—Aprovisionémonos —contestó Harbert, poniéndose de inmediato manos a la obra.

La tarea resultó fácil. Ni siquiera era necesario escamondar los árboles, pues bajo sus pies había enormes cantidades de leña. Pero, si bien el combustible no escaseaba, los medios de transporte dejaban mucho que desear. Esa leña, al estar muy seca, debía de arder rápidamente. De ahí la necesidad de llevar a las Chimeneas una cantidad considerable, y la carga que podían llevar dos hombres sería insuficiente. Harbert señaló este extremo.

—Tiene que haber un medio de transportar esta leña, muchacho —contestó el marino—. ¡Siempre hay algún medio para todo! Si tuviéramos una carreta o una barca, sería facilísimo.

—Pero tenemos el río —dijo Harbert.

—Exacto —contestó Pencroff—. El río será para nosotros un camino que avanza solo. ¡No en vano se han inventado las armadías!

—El problema —observó Harbert— es que este camino avanza

en estos momentos en dirección contraria a la nuestra, puesto que la marea está subiendo.

—No tenemos más que esperar a que baje —repuso el marino— y será ella la que se encargue de transportar nuestro combustible a las Chimeneas. Preparemos la armadía.

El marino, seguido de Harbert, se dirigió hacia el ángulo que la linde del bosque formaba con el río. Los dos llevaban, cada uno en proporción con sus fuerzas, una carga de leña atada en haces. En la orilla había también una gran cantidad de ramas secas, en medio de esas hierbas entre las que probablemente nunca se había aventurado el pie de un hombre. Pencroff empezó inmediatamente a preparar la armadía.

En una especie de remolino producido por un saliente de la orilla y que interrumpía la corriente, el marino y el joven colocaron unos trozos de madera bastante gruesos que habían unido atándolos con bejucos secos. De este modo se formó una especie de balsa sobre la que fue apilada sucesivamente toda la leña que habían recogido, es decir, la carga de al menos veinte hombres. En una hora, el trabajo estuvo acabado, y la armadía, amarrada a la orilla, tuvo que esperar a que la marea se invirtiera.

Había que ocupar, por lo tanto, varias horas, y Pencroff y Harbert decidieron de común acuerdo ir a la meseta superior a fin de examinar el territorio en un radio más extenso.

Precisamente doscientos pasos por detrás del ángulo formado por el río, la muralla que terminaba con un desprendimiento de rocas descendía en pendiente suave hasta ir a morir en la linde del bosque. Era como una escalera natural. Harbert y el marino iniciaron, pues, el ascenso. Gracias al vigor de sus piernas, llegaron a la cresta en unos instantes y se situaron en el ángulo que formaba sobre la desembocadura del río.

Al llegar, su primera mirada fue para ese océano que acababan de atravesar en tan terribles condiciones. Observaron con emoción toda esa parte del norte de la costa donde se había producido la catástrofe. Allí era donde Cyrus Smith había desaparecido. Buscaron con los ojos si todavía flotaba algún resto del globo al que un hombre hubiera podido agarrarse. ¡Nada! El mar era un vasto desierto de agua. En cuanto a la costa, estaba desierta también. No había rastro ni del reportero ni de Nab. Pero cabía la posibilidad de

que en ese momento los dos estuvieran a tal distancia que no pudieran verlos.

—Algo me dice que un hombre tan enérgico como el señor Cyrus no ha podido ahogarse así como así —dijo Harbert—. Debe de haber llegado a algún punto de la orilla, ¿verdad, Pencroff?

El marino meneó tristemente la cabeza. Él no confiaba en ver de nuevo a Cyrus Smith, pero, deseoso de dejar alguna esperanza a Harbert, contestó:

—Claro, claro. Nuestro ingeniero es un hombre capaz de salir adelante en situaciones en las que cualquier otro sucumbiría.

Sin embargo, observaba la costa con la máxima atención. Ante sus ojos se extendía la playa de arena, limitada, a la derecha de la desembocadura, por unas líneas de rompientes. Esas rocas, que aún sobresalían, parecían grupos de anfibios tendidos y arrastrados por la resaca. Más allá de la franja de escollos, el mar resplandecía bajo los rayos del sol. Al sur, una lengua puntiaguda cerraba el horizonte y no se podía distinguir si la tierra se prolongaba en esa dirección o se orientaba hacia el sudeste y el sudoeste, lo que habría convertido esa costa en una especie de península muy alargada. En el extremo septentrional de la bahía, el perfil del litoral proseguía hasta una gran distancia trazando una línea más redondeada. Allí, la orilla era baja, plana, sin acantilado, con anchos bancos de arena que el refluo dejaba al descubierto.

Pencroff y Harbert se volvieron entonces hacia el oeste. Lo primero que detuvo su mirada fue la montaña de cima nevada, que se alzaba a una distancia de seis o siete millas. Desde las primeras cuestas hasta una altura de dos millas, se extendían vastas masas boscosas, realzadas por grandes manchas verdes debidas a la presencia de árboles de hoja perenne. Luego, desde la linde de este bosque hasta la costa, se extendía una amplia meseta sembrada de arboledas caprichosamente distribuidas. A la izquierda se veía centellear de vez en cuando, a través de algunos claros, las aguas del riachuelo, y parecía que su curso bastante sinuoso lo conducía hacia los contrafuertes de la montaña, entre los cuales debía de nacer. En el punto donde el marino había dejado la armadía, empezaba a correr entre las dos altas murallas de granito; pero, si bien en la orilla izquierda las paredes seguían siendo lisas y escarpadas, en la orilla derecha, por el contrario, descendían poco a

poco hasta el final de la lengua, de tal modo que los macizos se transformaban en rocas aisladas, las rocas en piedras y las piedras en guijarros.

—¿Estamos en una isla? —murmuró el marino.

—En cualquier caso, parece bastante grande —contestó el joven.

—Una isla, por grande que sea, sigue siendo una isla —repuso Pencroff.

Pero esa importante cuestión todavía no podía ser resuelta. Había que posponer la solución para otro momento. En cuanto a la tierra propiamente dicha, fuera isla o continente, parecía fértil, agradable en sus diferentes aspectos y variada en sus productos.

—Es una suerte —observó Pencroff—, y, dentro de nuestra desgracia, hay que dar gracias por ello a la Providencia.

—En tal caso, ¡alabado sea Dios! —dijo Harbert, cuyo piadoso corazón rebosaba de agradecimiento hacia el Autor de todas las cosas.

Pencroff y Harbert examinaron largo rato aquel territorio al que los había llevado su destino, pero resultaba difícil imaginar, tras una inspección tan sumaria, lo que les reservaba el destino.

Después regresaron siguiendo la cresta meridional de la meseta de granito, formada por un largo festón de rocas caprichosas que adoptaban las formas más extrañas. Allí vivían varios cientos de pájaros anidados en los orificios de la piedra. Harbert, saltando sobre las rocas, provocó una desbandada.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Estos no son ni gaviotas ni golondrinas de mar!

—¿Qué pájaros son, entonces? —preguntó Pencroff—. ¡A fe mía que parecen palomas!

—En efecto, pero son palomas salvajes o palomas de roca —respondió Harbert—. Las reconozco por la doble raya negra de las alas, la rabadilla blanca y el plumaje azul ceniciento. Y, puesto que la paloma de roca es buena para comer, sus huevos deben de ser excelentes, y por pocos que hayan dejado estas en sus nidos...

—¡No les daremos tiempo de romperse, como no sea para hacer tortilla! —añadió alegremente Pencroff.

—Pero ¿dónde vas a hacer la tortilla? —preguntó Harbert—. ¿En tu sombrero?

—No soy suficientemente mago para eso —repuso el marino—.

Nos conformaremos con huevos pasados por agua, muchacho, y yo me encargaré de dar buena cuenta de los más duros.

Pencroff y el joven examinaron con atención las anfractuosidades del granito y, efectivamente, en algunas cavidades encontraron huevos. Recogieron unas docenas y las envolvieron en el pañuelo del marino, y como se acercaba el momento de la pleamar, Harbert y Pencroff comenzaron a bajar hacia el curso de agua.

Cuando llegaron al recodo del río, era la una de la tarde. La corriente ya empezaba a invertirse. Había que aprovechar, pues, el reflujo para llevar la armadía a la desembocadura. Pencroff no tenía intención de dejarla ir a la buena de Dios, a merced de la corriente, y tampoco pensaba montarse en ella para dirigirla. Pero en materia de maromas y jarcias a un marino nunca le faltan recursos, y Pencroff trenzó rápidamente una cuerda de varias brazas de longitud utilizando bejucos secos. Esa maroma vegetal fue atada a la popa de la balsa, y el marino la sujetaba con la mano mientras que Harbert, empujando la armadía con una larga pértiga, la mantenía en el agua.

El procedimiento fue un éxito. La enorme carga de leña, que el marino sujetaba caminando por la orilla, siguió el curso del río. La ribera estaba muy acantilada, no había que temer que la armadía encallara. Antes de dos horas, esta llegó a la desembocadura, a unos pasos de las Chimeneas.

V

Acondicionamiento de las Chimeneas – La importante cuestión del fuego – La caja de cerillas – Búsqueda en la playa – Regreso del reportero y de Nab – ¡Una sola cerilla! – El hogar chisporroteante – La primera cena – La primera noche en tierra

De lo primero que se ocupó Pencroff, en cuanto la armadía hubo sido descargada, fue de hacer habitables las Chimeneas obstruyendo aquellos corredores a través de los cuales se establecía la corriente de aire. Arena, piedras, ramas entrelazadas y tierra mojada cerraron herméticamente las galerías de la & abiertas a los vientos del sur y aislaron la curva superior. Un solo conducto, estrecho y sinuoso, que se abría en la parte lateral fue aprovechado a fin de conducir el humo al exterior y conseguir que el hogar tirase. De este modo, las Chimeneas se encontraban divididas en tres o cuatro estancias, si es que se puede dar este nombre a unas madrigueras oscuras con las que una fiera a duras penas se habría conformado. Pero estaban a resguardo y podían estar de pie, al menos en la estancia principal, que ocupaba el centro. Una arena fina cubría el suelo y, en definitiva, podían arreglárselas en espera de algo mejor.

Harbert y Pencroff trabajaban charlando.

—¿Habrán encontrado nuestros compañeros —decía Harbert— un alojamiento mejor que el nuestro?

—Es posible —respondía el marino—, pero, ante la duda, no pares. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

—¡Ah! ¡Que traigan al señor Smith, que lo encuentren, y no tendremos motivos sino para dar gracias al cielo! —repetía Harbert.

—Sí —murmuraba Pencroff—. ¡Ese sí que era un hombre, un verdadero hombre!

—¿Era...? —dijo Harbert—. ¿Es que desesperas de volver a

verlo?

—¡Dios me libre! —repuso el marino.

El trabajo de adaptación fue rápidamente ejecutado y Pencroff declaró sentirse muy satisfecho del resultado.

—Ahora —dijo—, nuestros amigos ya pueden regresar. Encontrarán un refugio suficientemente confortable.

Faltaba montar el hogar y preparar la comida, tarea en verdad sencilla y fácil. Dispusieron unas anchas piedras al fondo del primer corredor de la izquierda, en el orificio del estrecho conducto que había sido reservado a tal efecto. El calor que el humo no arrastrara al exterior bastaría, evidentemente, para mantener una temperatura apropiada en el interior. Almacenaron la provisión de leña en una de las estancias y el marino colocó sobre las piedras del hogar unos troncos mezclados con leña menuda.

El marino estaba ocupado en esto cuando Harbert le preguntó si tenía cerillas.

—Por supuesto —respondió Pencroff—, y añadiré que afortunadamente, pues, sin cerillas o sin yesca, nos veríamos en un buen apuro.

—Podríamos hacer fuego como los salvajes —dijo Harbert—, frotando dos trozos de madera seca uno contra otro, ¿no?

—¡Inténtalo, muchacho, y veremos si consigues algo más que acabar con los brazos molidos!

—Sin embargo, es un procedimiento muy sencillo y muy habitual en las islas del Pacífico.

—No digo que no —contestó Pencroff—, pero debe de ser que los salvajes saben cómo hacerlo, o que emplean una madera especial, porque yo he intentado más de una vez hacer fuego de esa manera y nunca lo he conseguido. Así que confieso que prefiero las cerillas. Por cierto, ¿dónde están mis cerillas?

Pencroff buscó en su chaqueta la caja que siempre llevaba encima, pues era un fumador empedernido. No la encontró. Registró los bolsillos de sus pantalones y, para su estupor, tampoco encontró ahí la caja en cuestión.

—¡Esta sí que es buena! ¡Más que buena! —dijo, mirando a Harbert—. Se me debe de haber caído la caja del bolsillo y la he perdido. Pero, tú, Harbert, ¿no tienes nada, ni un mechero ni nada que pueda servir para hacer fuego?

—No, Pencroff.

El marino, seguido del joven, salió rascándose la frente con energía.

Los dos buscaron a conciencia sobre la arena, en las rocas, junto a la orilla del río, pero en vano. La caja era de cobre y no habría escapado a sus miradas.

—Pencroff, ¿no tiraste esa caja desde la barquilla? —preguntó Harbert.

—Me guardé mucho de hacerlo —respondió el marino—. Pero, cuando uno es zarandeado como acabamos de serlo nosotros, un objeto tan pequeño puede desaparecer fácilmente. ¡Mi pipa, sin ir más lejos, me ha abandonado! ¡Maldita caja! ¿Dónde puede estar?

—El mar está retirándose —dijo Harbert—. Corramos al lugar donde tomamos tierra.

Era poco probable que encontraran una caja que debía de haber rodado entre los guijarros, a merced de las olas, durante la marea alta, pero no estaba de más comprobarlo. Harbert y Pencroff se dirigieron rápidamente hacia el punto donde habían aterrizado el día anterior, aproximadamente a doscientos pasos de las Chimeneas.

Una vez allí, llevaron a cabo una búsqueda minuciosa en medio de los guijarros y en los huecos entre las rocas. El resultado fue nulo. Si la caja había caído en ese lugar, debía de haber sido arrastrada por las olas. A medida que el mar se retiraba, el marino registraba todos los intersticios de las rocas sin encontrar nada. Era una pérdida grave dadas las circunstancias, y por el momento, irreparable.

Pencroff no ocultó su vivísima contrariedad. Tenía la frente profundamente fruncida. No pronunciaba una sola palabra. Harbert intentó consolarlo señalando que, con toda probabilidad, el agua del mar habría mojado las cerillas y habría sido imposible utilizarlas.

—¡No, muchacho, no! —contestó el marino—. Estaban dentro de una caja de cobre que cerraba perfectamente. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Seguro que encontramos una manera de encender fuego —dijo Harbert—. El señor Smith o el señor Spilett no andarán tan escasos como nosotros.

—Sí —contestó Pencroff—, pero, mientras los esperamos, estamos sin fuego, y nuestros compañeros encontrarán una triste comida a su regreso.

—¡Pero no es posible que no tengan ni yesca ni cerillas! —repuso vivamente Harbert.

—Lo dudo —contestó el marino moviendo la cabeza—. Para empezar, Nab y el señor Smith no fuman, y mucho me temo que el señor Spilett haya preferido conservar su cuaderno a su caja de cerillas.

Harbert no contestó. La pérdida de la caja era, evidentemente, un hecho lamentable. Sin embargo, el joven pensaba que de uno u otro modo conseguirían encender fuego. Pencroff, más experimentado, y pese a no ser hombre que se apurara por poca cosa, ni por mucha, no lo veía igual. En cualquier caso, solo había una opción: esperar el regreso de Nab y del reportero. Pero tenía que renunciar a la comida a base de huevos duros que quería prepararles, y el régimen de carne cruda no le parecía, ni para ellos ni para sí mismo, una perspectiva agradable.

Antes de volver a las Chimeneas, el marino y Harbert cogieron más dátiles de mar por si se daba el caso de que la falta de fuego fuera definitiva. Después emprendieron en silencio el camino hacia su morada.

Pencroff, con los ojos clavados en el suelo, seguía buscando la caja perdida. Incluso recorrió la orilla izquierda del río desde su desembocadura hasta el recodo donde habían amarrado la armadía. Volvió a la meseta superior. La barrió minuciosamente, buscó entre las altas hierbas de la linde del bosque, todo en vano.

Eran las cinco de la tarde cuando Harbert y él regresaron a las Chimeneas. Huelga decir que registraron los corredores hasta en sus más oscuros rincones y que tuvieron que darse por vencidos.

Hacia las seis, en el momento en que el sol desaparecía detrás de las altas tierras del oeste, Harbert, que caminaba de un lado a otro por la playa, vio llegar a Nab y Gedeon Spilett.

¡Volvían solos...! Al joven se le encogió el corazón de un modo indescriptible. El marino no se había equivocado en su presentimiento. No habían encontrado al ingeniero Cyrus Smith.

El reportero, al llegar, se sentó sobre una roca sin decir nada. Exhausto y muerto de hambre, no tenía fuerzas para pronunciar una

sola palabra.

En cuanto a Nab, sus ojos enrojecidos demostraban cuánto había llorado, y nuevas lágrimas que no pudo contener expresaron con toda claridad que había perdido toda esperanza.

El reportero relató sus intentos de encontrar a Cyrus Smith. Nab y él habían recorrido la costa a lo largo de más de ocho millas; por consiguiente, mucho más allá del punto donde se había producido la penúltima caída del globo, caída que había ido seguida de la desaparición del ingeniero y del perro Top. La playa estaba desierta. Ningún rastro, ninguna huella. Ni un guijarro recién desplazado, ni un indicio en la arena, ni una marca de un pie humano en toda esa parte del litoral. Era evidente que ningún habitante frecuentaba esa porción de la costa. El mar estaba tan desierto como la orilla, y era allí, a unos cientos de pies de la costa, donde el ingeniero había encontrado su tumba.

En ese momento, Nab se levantó y, con una voz que indicaba hasta qué punto se resistía a perder la esperanza, dijo:

—¡No! ¡No! ¡No ha muerto! ¡No es posible! ¿Él morir? ¡Vamos...! Yo... cualquier otro, eso podría ser, ¡pero él...! ¡Es un hombre capaz de sobreponerse a todo!

Después, las fuerzas lo abandonaron:

—No puedo más —murmuró.

Harbert corrió hacia él.

—Nab —dijo el joven—, lo encontraremos. ¡Dios nos lo devolverá! Pero, mientras tanto, debe reponerse. Coma, coma un poco, se lo ruego.

Y, al tiempo que decía esto, ofrecía al pobre negro unos puñados de moluscos, triste e insuficiente alimento.

Nab no había comido desde hacía muchas horas, pero los rechazó. Privado de su señor, Nab no podía o no quería seguir viviendo.

En cuanto a Gedeon Smith, devoró aquellos moluscos y se tumbó en la arena, al pie de una roca. Estaba extenuado, pero tranquilo.

Entonces Harbert se acercó a él y, cogiéndolo de la mano, le dijo:

—Señor, hemos descubierto un refugio donde estará mejor que aquí. Se está haciendo de noche. ¡Venga a descansar! Mañana ya veremos...

El reportero se levantó y, guiado por el joven, se dirigió hacia las Chimeneas.

En ese momento, Pencroff se acercó a él y, con la mayor naturalidad, le preguntó si por casualidad no tendría cerillas.

El reportero se detuvo, buscó en sus bolsillos y, al no encontrar nada, dijo:

—Tenía, pero debí de tirarlo todo...

El marino llamó entonces a Nab, le hizo la misma pregunta y recibió la misma respuesta.

—¡Maldición! —exclamó el marino, incapaz de contenerse.

El reportero lo oyó y volvió junto a Pencroff.

—¿No tenemos cerillas? —preguntó.

—¡Ni una! ¡Y, por lo tanto, no tenemos fuego!

—¡Ah! —exclamó Nab—. ¡Si mi señor estuviera aquí, sabría cómo encenderlo!

Los cuatro náufragos permanecieron inmóviles y se miraron no sin inquietud. Fue Harbert el primero en romper el silencio diciendo:

—Señor Spilett, usted es fumador y siempre lleva cerillas encima. Quizá no haya buscado bien. ¡Busque otra vez! ¡Con una cerilla tendríamos suficiente!

El reportero registró de nuevo los bolsillos de sus pantalones, de su chaleco y de su paletó, hasta que por fin, para gran alegría de Pencroff y en no menor medida para su enorme sorpresa, notó un trocito de madera metido en el forro del chaleco. Sus dedos habían cogido ese trocito de madera a través de la tela, pero no podían sacarlo. Como debía de ser una cerilla, y solo una, había que evitar a toda costa arañar el fósforo.

—¿Me permite que la saque yo? —dijo el joven.

Y muy hábilmente, sin romperlo, consiguió sacar ese trocito de madera, ese miserable y precioso palito que para aquellas pobres personas tenía tanta importancia. Estaba intacto.

—¡Una cerilla! —exclamó Pencroff—. ¡Ah, es como si tuviéramos un cargamento entero!

Cogió la cerilla y, seguido de sus compañeros, entró en las Chimeneas.

Ese trocito de madera que se prodiga con tanta indiferencia en las tierras habitadas, donde su valor es nulo, había que usarlo aquí

con extrema precaución. El marino se aseguró de que estaba absolutamente seco. Una vez hecho esto, dijo:

—Haría falta papel.

—Aquí lo tiene —contestó Gedeon Spilett, arrancando una hoja de su cuaderno tras unos instantes de vacilación.

Pencroff cogió el trozo de papel que le tendía el reportero y se agachó delante del hogar. Allí, unos puñados de hierbas, de hojas y de musgo seco fueron colocados bajo los haces y dispuestos de manera que el aire pudiera circular fácilmente y prender con facilidad la leña.

Entonces, Pencroff enrolló el trozo de papel en forma de cucurucho, tal como hacen los fumadores de pipa cuando sopla mucho viento, y lo introdujo entre la hojarasca. A continuación cogió una piedra ligeramente rasposa, la limpió con cuidado y, con el corazón palpitante, frotó suavemente la cerilla conteniendo la respiración.

El primer frotamiento no produjo ningún efecto. Pencroff no había presionado lo suficiente por temor a estropear el fósforo.

—No, no podré —dijo con mano trémula—. Si la cerilla falla... No puedo... ¡No quiero...!

Y, levantándose, encargó a Harbert que lo reemplazara.

El joven no se había sentido en toda su vida tan impresionado. El corazón le latía con fuerza. ¡Prometeo no debía de estar más emocionado cuando se disponía a robar el fuego del cielo! No vaciló, sin embargo, y frotó rápidamente la piedra. Se oyó un pequeño chisporroteo y una ligera llama azulada surgió, produciendo un humo acre. Harbert dobló un poco la cerilla a fin de alimentar la llama y la introdujo en el cucurucho de papel. El papel prendió en unos segundos y la hojarasca empezó a arder enseguida.

Unos instantes después, la leña crujía y una alegre llama, avivada por los vigorosos soplos del marino, se elevaba en medio de la oscuridad.

—¡No me había emocionado tanto en mi vida! —exclamó Pencroff, levantándose.

No cabe duda de que aquel fuego quedaba bien sobre el hogar de piedras planas. El humo salía sin trabas por el estrecho conducto, la chimenea tiraba, y no tardó en difundirse un agradable calor.

En cuanto al fuego en sí, había que permanecer atentos para no dejarlo apagarse y conservar siempre algunas brasas bajo la ceniza. Pero no era más que una cuestión de cuidado y de atención, puesto que leña no faltaba y siempre podría renovarse la provisión a tiempo.

Pencroff pensó antes de nada en utilizar el fuego preparando una cena más alimenticia que un plato de dátiles de mar. Harbert llevó dos docenas de huevos. El reportero, retirado en un rincón, miraba esos preparativos sin decir nada. Un triple pensamiento ocupaba su mente: ¿vive todavía Cyrus? Si vive, ¿dónde puede estar? Si sobrevivió a su caída, ¿cómo se explica que no haya encontrado la manera de hacérselo saber? En cuanto a Nab, caminaba arriba y abajo por la playa. No era más que un cuerpo sin alma.

Pencroff, que sabía cincuenta y dos maneras de preparar los huevos, no tenía elección en ese momento. Tuvo que conformarse con introducirlos entre las cenizas calientes y dejar que se endurecieran poco a poco.

En unos minutos estuvieron cocidos y el marino invitó al reportero a tomar su parte de la cena. Esa fue la primera comida de los naufragos en aquella costa desconocida. Esos huevos duros estaban excelentes y, como el huevo contiene todos los elementos indispensables para la alimentación del hombre, aquellas pobres personas se encontraron muy bien después de haberlos comido y se sintieron reconfortadas.

¡Ah, si no hubiera faltado uno de ellos en aquella cena! ¡Si los cinco prisioneros escapados de Richmond hubieran estado todos allí, bajo esas rocas amontonadas, ante ese fuego crepitante y claro, sobre esa arena seca, quizá no habrían tenido sino que dar gracias al cielo! ¡Pero desgraciadamente faltaba el más ingenioso, el más sabio también, el que era su jefe indiscutible, Cyrus Smith! ¡Y ni siquiera habrían podido dar sepultura a su cuerpo!

Así transcurrió esa jornada del 25 de marzo. La noche había caído. Se oía silbar el viento en el exterior y la resaca monótona golpeando la costa. Los guijarros, empujados y arrastrados por las olas, rodaban con un estruendo ensordecedor.

El reportero se había retirado al fondo de un oscuro corredor después de haber anotado sucintamente los incidentes del día: la

primera aparición de esa tierra nueva, la desaparición del ingeniero, la exploración de la costa, el incidente de las cerillas, etcétera. Y, cansado como estaba, consiguió encontrar cierto reposo en el sueño.

Harbert se durmió enseguida. En cuanto al marino, pasó la noche con un ojo abierto junto al hogar, al que no escatimó combustible.

Tan solo uno de los náufragos no descansó en las Chimeneas. Se trataba del inconsolable, el desesperado Nab, el cual, pese a lo que le dijeron sus compañeros para convencerlo de que descansara, se pasó toda la noche vagando por la playa y llamando a su señor.

VI

*El inventario de los náufragos – Nada – La tela chamuscada –
Una excursión por el bosque – Los frutos de los árboles verdes –
La huida del jacamar – Huellas de fieras – Los curucús – Los
tetraos – Una singular pesca con sedal*

El inventario de los objetos que poseían estos náufragos del aire, arrojados a una costa que parecía deshabitada, estará hecho en un santiamén.

No tenían nada, salvo la ropa que llevaban puesta en el momento de la catástrofe. Hay que mencionar, no obstante, un cuaderno y un reloj que Gedeon Spilett había conservado sin duda por descuido, pero ni un arma, ni una herramienta, ni siquiera una navaja de bolsillo. Los pasajeros de la barquilla lo habían echado todo por la borda para aligerar el aerostato.

Ni los héroes imaginarios de Daniel Defoe o de Wyss, ni tampoco un Selkirk o un Raynal, náufragos en Juan Fernández y en el archipiélago de las Auckland respectivamente, estuvieron nunca en una indigencia tan absoluta. O bien se surtían de los abundantes recursos de su barco embarrancado, fueran estos grano, animales, herramientas o municiones, o bien llegaba a la costa algún derrelicto que les permitía subvenir a las primeras necesidades de la vida. No se encontraban, de entrada, absolutamente desarmados frente a la naturaleza. Pero en este caso, ni un instrumento cualquiera, ni un utensilio. ¡Partiendo de nada, tendrían que llegar a todo!

¡Y si por lo menos Cyrus Smith hubiera estado con ellos, si el ingeniero hubiera podido poner su sabiduría práctica, su espíritu inventivo al servicio de esa situación, quizá la esperanza no habría estado perdida! Pero, por desgracia, no había que contar con volver

a ver a Cyrus Smith. Los náufragos no debían esperar nada sino de sí mismos y de esa Providencia que jamás abandona a aquellos cuya fe es sincera.

Pero, antes de nada, ¿debían instalarse en esa parte de la costa sin tratar de averiguar a qué continente pertenecía, si estaba habitada, o si ese litoral era simplemente la orilla de una isla desierta?

Era una cuestión importante que debían resolver, y en el plazo más breve posible. De su solución saldrían las medidas que había que adoptar. Sin embargo, de conformidad con la opinión de Pencroff, pareció conveniente esperar unos días antes de emprender una exploración. Había que preparar víveres y conseguir una alimentación más fortalecedora que la proporcionada únicamente por huevos o moluscos. Los exploradores, expuestos a soportar largas fatigas sin un cobijo donde apoyar la cabeza, ante todo debían reponer fuerzas.

Las Chimeneas ofrecían un refugio suficiente provisionalmente. El fuego estaba encendido y resultaría fácil conservar brasas. Por el momento, moluscos y huevos no faltaban en las rocas y sobre la arena. Encontrarían la manera de matar a algunas de esas palomas que volaban a cientos en la cresta de la meseta, aunque fuera a garrotazos o a pedradas. Quizá los árboles del bosque vecino dieran frutos comestibles. Por último, el agua dulce estaba ahí. Quedó acordado, pues, que se quedarían unos días en las Chimeneas a fin de prepararse para realizar una exploración, bien por el litoral o bien por el interior.

Ese plan satisfacía especialmente a Nab. Tan terco en sus ideas como en sus presentimientos, no tenía ninguna prisa por abandonar esa porción de la costa, escenario de la catástrofe. No aceptaba, no quería aceptar la pérdida de Cyrus Smith. ¡No! ¡No le parecía posible que un hombre semejante hubiera acabado de esa manera vulgar, arrastrado por un golpe de mar, ahogado a unos cientos de pasos de una orilla! Mientras las olas no hubieran devuelto el cuerpo del ingeniero, mientras él, Nab, no hubiera visto con sus ojos, tocado con sus manos, el cadáver de su señor, no creería que había muerto. Y esa idea arraigó más que nunca en su corazón obstinado. Ilusión tal vez, ilusión, sin embargo, respetable, que el marino no quiso destruir. Para él, ya no había esperanzas: el

ingeniero había perecido en el mar. Pero con Nab era imposible hablar. Era como el perro que no puede alejarse del lugar donde ha caído su amo y su dolor era tal que probablemente no le sobreviviría.

Aquel día, 26 de marzo, al amanecer, Nab había echado a andar de nuevo por la costa en dirección norte y había vuelto allí donde el mar sin duda se había cerrado sobre el infortunado Smith.

El almuerzo de ese día estuvo compuesto únicamente de huevos de paloma y dátiles de mar. Harbert había encontrado sal depositada en los huecos de las rocas por evaporación y esa sustancia mineral vino como anillo al dedo.

Terminada esa comida, Pencroff le preguntó al reportero si quería acompañarlos al bosque, donde Harbert y él iban a intentar cazar. Pero, bien pensado, era necesario que alguien se quedara a fin de alimentar el fuego y por si se daba el caso, muy improbable, de que Nab necesitara ayuda. Así pues, el reportero se quedó.

—A cazar, Harbert —dijo el marino—. Encontraremos municiones por el camino y cortaremos la escopeta en el bosque.

Pero, cuando se disponían a irse, Harbert señaló que, puesto que no tenían yesca, quizá sería prudente sustituirla por otro material.

—¿Cuál? —preguntó Pencroff.

—Tela chamuscada —respondió el joven—. En caso necesario, eso puede servir de yesca.

Al marino le pareció una idea muy sensata. Tenía el inconveniente, eso sí, de que exigía sacrificar un trozo de pañuelo. No obstante, valía la pena, por lo que parte del pañuelo de grandes cuadros de Pencroff fue rápidamente reducido al estado de trapo semiquemado. Esa materia inflamable fue depositada en la estancia central, al fondo de una pequeña cavidad de la roca, al abrigo del viento y de la humedad.

Eran entonces las nueve de la mañana. El tiempo estaba amenazador y la brisa soplabla del sudeste. Harbert y Pencroff volvieron la esquina de las Chimeneas, no sin haber echado un vistazo al humo que se elevaba en espiral en una punta de la roca, y continuaron andando por la orilla izquierda del río.

Al llegar al bosque, Pencroff partió dos sólidas ramas de un árbol y las transformó en estacas, cuya punta Harbert afiló restregándola contra una roca. ¡Lo que hubiera dado por tener un

cuchillo! Luego, los dos cazadores avanzaron entre las altas hierbas siguiendo la orilla. A partir de la revuelta que reorientaba su curso hacia el sudoeste, el río se estrechaba poco a poco y sus orillas formaban un lecho muy encajonado cubierto por el doble arco de los árboles. Pencroff decidió, para no perderse, seguir el curso de agua, que siempre lo llevaría de vuelta a su punto de partida. Sin embargo, la ribera no estaba desprovista de obstáculos: aquí, unos árboles cuyas flexibles ramas se curvaban hasta el nivel del agua; allí, bejucos o espinos que había que cortar a bastonazos. Harbert avanzaba entre los troncos partidos con la presteza de un joven gato y desaparecía en la maleza, pero Pencroff lo llamaba enseguida rogándole que no se alejara.

Con todo, el marino observaba atentamente la disposición y la naturaleza del lugar. En la orilla izquierda, el suelo era llano y subía ligeramente hacia el interior. En algunas partes húmedo, adoptaba entonces una apariencia pantanosa. Se percibía allí toda una red subyacente de hilillos líquidos que debían de fluir hacia el río por alguna falla subterránea. En otras partes, a través de la maleza corría un riachuelo que atravesaban sin dificultad. La orilla opuesta parecía más accidentada y el valle por cuya vaguada pasaba el río se dibujaba en ella más claramente. La colina, cubierta de árboles dispuestos de manera escalonada, formaba una cortina que ocultaba la vista. Por la orilla derecha habría sido difícil caminar, pues los declives eran bruscos y los árboles, inclinados sobre el agua, se mantenían gracias exclusivamente a la fuerza de sus raíces.

Ni que decir tiene que ese bosque, así como la costa ya recorrida, no presentaba absolutamente ninguna huella humana. Pencroff solo observó rastros de cuadrúpedos, pasos recientes de animales cuya especie no acababa de reconocer. Con toda seguridad —y esa fue también la opinión de Harbert—, algunos habían sido dejados por fieras formidables con las que sin duda habría que contar; pero en ninguna parte se veía la marca de un hacha en el tronco de un árbol, ni los restos de una fogata apagada, ni la huella de unos pies, por lo cual quizá había que felicitarse, pues en esa tierra, en pleno Pacífico, la presencia del hombre tal vez habría sido más de temer que de desear.

Harbert y Pencroff, sin apenas hablar, pues las dificultades del camino eran grandes, avanzaban muy lentamente, y después de una

hora de marcha casi no habían recorrido ni una milla. Hasta entonces, la caza no había sido fructuosa. Algunos pájaros cantaban y revoloteaban bajo el ramaje, aunque se mostraban muy esquivos, como si instintivamente sintieran un justo temor ante la presencia del hombre. Entre otros volátiles, Harbert observó en una zona pantanosa del bosque un ave de pico agudo y alargado que se parecía anatómicamente al martín pescador, aunque se distinguía de este por su plumaje bastante tosco, dotado de un brillo metálico.

—Debe de ser un jacamar —dijo Harbert, intentando acercarse todo lo posible al animal.

—Sería una ocasión fantástica para probar el jacamar —contestó el marino—, si ese pájaro estuviera dispuesto a dejarse asar.

En ese momento, una piedra hábil y vigorosamente lanzada por el joven golpeó al volátil en el nacimiento del ala; pero el golpe no fue suficiente, pues el jacamar huyó a la máxima velocidad que le permitían sus patas y desapareció en un instante.

—¡Seré torpe! —exclamó Harbert.

—¡No, muchacho, no! —repuso el marino—. Tú has apuntado bien, lo que pasa es que era muy difícil no fallar. ¡Vamos, no te desanimes! Lo atraparemos otro día.

La exploración continuó. A medida que los cazadores avanzaban, los árboles, más espaciados, eran cada vez mayores, pero ninguno daba frutos comestibles. Pencroff buscaba en vano algunas de esas preciosas palmeras que se prestan a tantos usos de la vida doméstica y cuya presencia ha sido señalada hasta el paralelo 40 del hemisferio boreal y solo hasta el 35 del austral. Pero ese bosque solo se componía de coníferas, como los deodaras, ya reconocidos por Harbert, abetos de Douglas semejantes a los que crecen en la costa noroeste de América y otros abetos admirables de ciento cincuenta pies de altura.

En ese momento, una bandada de pájaros pequeños, de bonito plumaje y cola larga y tornasolada, se dispersaron entre las ramas y sembraron el suelo de una fina capa de plumas. Harbert recogió unas cuantas y, tras haberlas examinado, declaró:

—Son curucús.

—Yo preferiría una pintada o un urogallo —contestó Pencroff—, pero si son comestibles...

—No solo son comestibles, sino que su carne es muy delicada —

explicó Harbert—. Además, si no me equivoco, es fácil acercarse a ellos y matarlos a garrotazos.

El marino y el joven, avanzando agachados entre las hierbas, llegaron al pie de un árbol cuyas ramas bajas estaban cubiertas de pájaros. Los curucús esperaban allí a que pasasen los insectos que les sirven de alimento. Se veían sus patas emplumadas apretando con fuerza los brotes que les servían de apoyo.

Los cazadores se incorporaron y, manejando las estacas a modo de hoces, derribaron filas enteras de curucús, que en lo último que estaban pensando era en echar a volar y se dejaron abatir de la manera más tonta. Un centenar alfombraba ya el suelo cuando los demás se decidieron a huir.

—Bueno —dijo Pencroff—, son piezas que están totalmente al alcance de cazadores como nosotros. ¡Podrían cogerse con la mano!

El marino ensartó los curucús con una vara flexible, como si fueran alondras, y la exploración prosiguió. Observaron que el curso de agua se curvaba ligeramente, de tal modo que formaba como un gancho hacia el sur, pero todo hacía pensar que esa desviación no se prolongaba, pues el río debía de nacer en la montaña y alimentarse de la nieve que cubría las laderas del cono central cuando esta se fundía.

El objeto concreto de esta excursión era, como sabemos, proporcionar a los ocupantes de las Chimeneas la mayor cantidad posible de caza. No se podía decir que, hasta ahora, el objetivo hubiera sido cumplido. Así pues, el marino proseguía activamente su búsqueda y mascullaba cuando algún animal, al que ni siquiera había tenido tiempo de identificar, escapaba entre las altas hierbas. ¡Si al menos hubiera contado con el perro Top! Pero Top había desaparecido al mismo tiempo que su amo y probablemente perecido con él.

Hacia las tres de la tarde entrevieron otras bandadas de pájaros a través de ciertos árboles —enebros entre otros—, cuyas bayas aromáticas picoteaban. De repente, un verdadero toque de corneta resonó en el bosque. Tan extraña y sonora fanfarria era producida por esas gallináceas que en Estados Unidos llaman tetraos. No tardaron en ver algunas parejas de plumaje rojizo y marrón, con la cola parda. Harbert reconoció los machos por sus alas puntiagudas, formadas por las plumas levantadas del cuello. Pencroff consideró

indispensable apoderarse de una de esas gallináceas, del tamaño de una gallina y cuya carne es tan buena como la de la pularda. Pero era difícil, pues no dejaban que se les acercasen. Tras varias tentativas infructuosas, cuyo único resultado fue asustar a los tetraos, el marino le dijo al joven:

—Decididamente, ya que no podemos matarlas volando, hay que intentar pescarlas.

—¿Como si fueran carpas? —preguntó Harbert, muy sorprendido por la proposición.

—Sí, como si fueran carpas —respondió muy serio el marino.

Pencroff había encontrado entre las hierbas media docena de nidos de tetraos que contenían dos o tres huevos cada uno. Se cuidó mucho de tocar esos nidos, a los que sus propietarios no podían dejar de volver. Alrededor de ellos fue donde se le ocurrió tender los hilos, no a modo de lazos, sino como verdaderos sedales con anzuelo. Llevó a Harbert a cierta distancia de los nidos y allí preparó sus singulares artilugios con el cuidado que habría puesto un discípulo de Isaac Walton, el célebre tratadista sobre la pesca con caña. Harbert seguía el desarrollo de este trabajo con un interés comprensible, al tiempo que dudaba de su éxito. Los sedales fueron hechos con finos bejucos de entre quince y veinte pies de largo, atados uno a otro. Grandes y fuertes espinas con la punta curvada, proporcionadas por una acacia enana, fueron atadas en los extremos de los bejucos a guisa de anzuelo. Por último, unos gruesos gusanos rojos que reptaban por el suelo sirvieron de cebo.

Hecho esto, Pencroff, avanzando entre las hierbas y ocultándose con habilidad, fue a colocar el extremo de sus sedales provistos de anzuelo junto a los nidos de tetraos; después volvió para coger el otro extremo y se escondió con Harbert detrás de un gran árbol. Los dos esperaron pacientemente. Harbert, es preciso decirlo, no confiaba mucho en el éxito del inventivo Pencroff.

Pasó media hora larga, pero al final, tal como había previsto el marino, varias parejas de tetraos regresaron a sus nidos. Daban saltitos picoteando el suelo y sin presentir en absoluto la presencia de los cazadores, que habían tenido la precaución de situarse en el lado opuesto.

En ese momento, el joven se sintió vivísimamente interesado, desde luego. Contenía el aliento, y Pencroff, sin parpadear, con la

boca abierta y adelantando los labios, como si fuera a saborear un bocado de tetrao, apenas respiraba.

Sin embargo, las gallináceas se paseaban entre los anzuelos sin hacerles mucho caso. Pencroff dio entonces unos pequeños tirones y los cebos se movieron, como si los gusanos estuvieran todavía vivos.

A buen seguro, el marino sentía en ese momento una emoción mucho más intensa que la del pescador de caña, el cual no ve venir a su presa a través del agua.

El movimiento llamó enseguida la atención de las gallináceas, que atacaron los anzuelos a picotazos. Tres tetraos, sin duda muy voraces, se tragaron a la vez cebo y anzuelo. Pencroff dio un tirón seco a su artilugio y unos aleteos le indicaron que las aves estaban atrapadas.

—¡Hurra! —exclamó, precipitándose hacia las presas, de las que se apoderó en un instante.

Harbert había aplaudido. Era la primera vez que veía pescar pájaros, pero el marino, muy modesto, le aseguró que no era la primera vez que lo intentaba y que, además, la invención no era mérito suyo.

—En cualquier caso —añadió—, en la situación en la que nos encontramos es previsible que recurramos a muchas más.

Ataron a los tetraos por las patas y Pencroff, contento de no volver con las manos vacías y viendo que el sol empezaba a ponerse, consideró conveniente regresar a su morada.

La dirección que debían tomar la indicaba el río, pues no había más que seguir su curso en sentido descendente, y hacia las seis, bastante cansados por la excursión, Harbert y Pencroff llegaban a las Chimeneas.

VII

Nab no ha vuelto todavía – Las reflexiones del reportero – La cena – Se avecina una mala noche – La tormenta es terrible – Parten en plena noche – Lucha contra la lluvia y el viento – A ocho millas del primer campamento

Gedeon Spilett, inmóvil, con los brazos cruzados, estaba en la playa mirando el mar, cuyo horizonte se confundía en el este con una gran nube negra que se elevaba rápidamente hacia el cenit. El viento soplaba ya con fuerza y con el declive del día estaba refrescando. Todo el cielo tenía mal aspecto y los primeros síntomas de un vendaval se manifestaban visiblemente.

Harbert entró en las Chimeneas y Pencroff se dirigió hacia el reportero. Este, muy absorto, no lo vio llegar.

—Vamos a tener una mala noche, señor Spilett —dijo el marino—. Lluvia y viento para hacer las delicias de los petreles.

El reportero se volvió y, al ver a Pencroff, sus primeras palabras fueron estas:

—¿A qué distancia de la costa, según usted, recibió la barquilla el golpe de mar que se llevó a nuestro compañero?

El marino no se esperaba esa pregunta. Reflexionó un instante y respondió:

—A dos cables como mucho.

—¿Cuánto es un cable? —preguntó Gedeon Spilett.

—Alrededor de ciento veinte brazas o seiscientos pies.

—O sea —dijo el reportero—, que se supone que Cyrus Smith desapareció a mil doscientos pies como mucho de la orilla.

—Más o menos —contestó Pencroff.

—¿Y su perro también?

—También.

—Lo que me extraña —añadió el reportero— es que, admitiendo que nuestro compañero haya perecido, y Top haya encontrado también la muerte, el mar no haya arrojado a la orilla ni el cuerpo del perro ni el de su amo.

—Con un mar tan agitado, no es de extrañar —repuso el marino—. Además, es posible que las corrientes los hayan llevado a un lugar alejado de la costa.

—Entonces, ¿usted es de la opinión que nuestro compañero ha perecido en el mar? —preguntó una vez más el reportero.

—Sí, soy de esa opinión.

—Mi opinión, en cambio —dijo Gedeon Spilett—, con el respeto debido a su experiencia, Pencroff, es que en el doble hecho de la desaparición absoluta de Cyrus y de Top, vivos o muertos, hay algo inexplicable e inverosímil.

—Me gustaría pensar como usted, señor Spilett —contestó Pencroff—. Desgraciadamente, mi convicción es firme.

Dicho esto, el marino se fue a las Chimeneas. Un buen fuego crepitaba en el hogar; Harbert acababa de echar una brazada de leña y la llama proyectaba grandes manchas de luz en las partes oscuras del corredor.

Pencroff se ocupó inmediatamente de preparar la cena. Le pareció conveniente introducir en el menú algún plato consistente, pues todos necesitaban reponer fuerzas. Dejaron las ristras de curucús para el día siguiente, pero desplumaron dos tetraos, y muy pronto las gallináceas, ensartadas en una varita, se asaban ante un fuego vivo.

A las siete, Nab todavía no estaba de vuelta. Esa ausencia prolongada no podía sino inquietar a Pencroff. Debía de temer que hubiera sufrido algún accidente en aquella tierra desconocida o que el desdichado se hubiera dejado llevar por la desesperación. Pero Harbert sacó de esa ausencia unas conclusiones totalmente distintas. Para él, si Nab no volvía era porque se había producido una circunstancia nueva que lo había impulsado a prolongar la búsqueda. Y todo lo que era nuevo no podía serlo sino en beneficio de Cyrus Smith. ¿Por qué Nab no había vuelto, si no lo retenía una esperanza? Tal vez había encontrado algún indicio, una huella, un resto de naufragio que lo había puesto sobre la pista. Tal vez seguía en ese momento una pista segura. Tal vez incluso estaba junto a su

señor...

Así razonaba el joven. Y así lo dijo. Sus compañeros lo dejaron hablar. Solo el reportero lo aprobaba con gestos. Pero, para Pencroff, lo más probable era que Nab hubiera llevado más lejos que el día anterior su búsqueda por el litoral y que por eso aún no estaba de vuelta.

Con todo, Harbert, muy agitado por vagos presentimientos, manifestó varias veces la intención de salir al encuentro de Nab. Pero Pencroff le hizo comprender que sería un gesto inútil, que con esa oscuridad y ese tiempo deplorable no podría encontrar el rastro de Nab y que valía más esperar. Si al día siguiente Nab no había aparecido, Pencroff no vacilaría en unirse a Harbert para ir en busca de Nab.

Gedeon Spilett se mostró de acuerdo con el marino en que no había que dividirse y Harbert tuvo que renunciar a su plan, pero dos lagrimones se le saltaron de los ojos.

El reportero no pudo reprimirse y abrazó al generoso muchacho.

El tiempo había ido de mal en peor. Un vendaval del sudeste pasaba por la costa con una violencia sin igual. Se oía rugir el mar, en pleno refluo, contra las primeras rocas del litoral. La lluvia, pulverizada por el huracán, se alzaba como una niebla líquida. Parecían jirones de vapor que se desplazaban sobre la costa, donde los guijarros entrechocaban ruidosamente, como al vaciar una carretilla de piedras. La arena, levantada por el viento, se mezclaba con el aguacero y hacía insoportable su azote. Había en el aire tanto polvo mineral como polvo acuoso. Entre la desembocadura del río y el lienzo de muralla se formaban grandes torbellinos, y las capas de aire que escapaban de esa vorágine, no encontrando otra salida que el estrecho valle al fondo del cual se elevaba el curso de agua, se precipitaban hacia allí con una irresistible violencia. Asimismo, el humo del hogar, rechazado por el estrecho conducto, bajaba con frecuencia y llenaba los corredores, haciéndolos inhabitables.

Por eso, en cuanto los tetraos estuvieron asados, Pencroff dejó morir el fuego y solo conservó unas brasas enterradas bajo las cenizas.

A las ocho, Nab aún no había reaparecido, pero ahora cabía suponer que ese horrible tiempo era lo único que le había impedido regresar y que debía de haber buscado refugio en alguna cavidad en

espera de que acabara la tormenta o, por lo menos, de que se hiciese de día. En cuanto a salir a su encuentro, a intentar buscarlo en esas condiciones, era imposible.

La caza fue el único plato de la cena. Comieron con ganas aquella carne, que era excelente. Pencroff y Harbert, a quienes la larga excursión había abierto el apetito, la devoraron.

Después, cada uno se retiró al rincón donde había descansado la noche anterior y Harbert no tardó en dormirse cerca del marino, que se había tumbado frente al hogar.

Fuera, a medida que avanzaba la noche, la tormenta adquiría unas proporciones formidables. Era un vendaval comparable al que había llevado a los prisioneros desde Richmond hasta esa tierra del Pacífico. Tormentas frecuentes durante el equinoccio, fecundas en catástrofes y especialmente terribles en esa amplia zona, que no opone ningún obstáculo a su furor. Es, pues, comprensible que una costa expuesta de ese modo al este, es decir, directamente a los embates del huracán, y atacada de frente, fuera azotada con una fuerza indescriptible.

Afortunadamente, el amontonamiento de rocas que formaba las Chimeneas era sólido. Eran bloques de granito, algunos de los cuales, sin embargo, insuficientemente asentados, parecían temblar sobre su base. Pencroff lo notaba; bajo su mano, apoyada en las paredes, se producían rápidos temblores. Pero se repetía, y con razón, que no había nada que temer y que su refugio improvisado no se derrumbaría. No obstante, oía el ruido de las piedras que, desprendidas de la cima de la meseta, arrancadas por los remolinos de viento, caían en la playa. Algunas incluso rodaban por la parte superior de las Chimeneas o se hacían añicos cuando salían despedidas perpendicularmente. Dos veces se levantó el marino y fue reptando hasta el orificio del corredor para observar el exterior. Pero esos desprendimientos, poco considerables, no constituían ningún peligro, así que volvió a su sitio ante el hogar, cuyas brasas crepitaban bajo la ceniza.

Pese a la furia del huracán, el estruendo del temporal y los truenos, Harbert dormía profundamente. El sueño acabó incluso por apoderarse de Pencroff, al que la vida de marino había acostumbrado a toda esa violencia. El único al que la inquietud mantenía despierto era Gedeon Spilett. Se reprochaba no haber

acompañado a Nab. Ya hemos visto que no había perdido todas las esperanzas. Los presentimientos que habían agitado a Harbert no habían dejado de agitarlo a él también. Su pensamiento estaba concentrado en Nab. ¿Por qué no había vuelto? Daba vueltas sobre su lecho de arena, prestando apenas una vaga atención a la lucha de los elementos. De vez en cuando, sus ojos, acusando el cansancio, se cerraban un instante, pero algún pensamiento fugaz volvía a abrirlos casi enseguida.

No obstante, la noche avanzaba, y debían de ser las dos de la madrugada cuando Pencroff, profundamente dormido entonces, fue zarandeado enérgicamente.

—¿Qué pasa? —preguntó, despertándose y recobrando la lucidez con esa prontitud característica de los hombres de mar.

El reportero estaba inclinado sobre él y le decía:

—¡Escuche, Pencroff, escuche!

El marino prestó atención y no distinguió ningún ruido distinto del de las ráfagas.

—Es el viento —dijo.

—No —contestó Gedeon Spilett—, a mí me ha parecido oír...

—¿Qué?

—¡Los ladridos de un perro!

—¡Un perro! —exclamó Pencroff, levantándose de un salto.

—Sí... ladridos...

—¡No es posible! —dijo el marino—. Además, con los rugidos de la tormenta, ¿cómo...?

—Chsss... Escuche... —dijo el reportero.

Pencroff escuchó más atentamente y le pareció, en efecto, en un instante de recalmón, oír unos ladridos lejanos.

—¿Qué me dice ahora? —preguntó el reportero, presionando la mano del marino.

—Sí... sí... —respondió Pencroff.

—¡Es Top! ¡Es Top! —exclamó Harbert, que acababa de despertarse.

Los tres se precipitaron hacia la salida de las Chimeneas. Les costó muchísimo salir. El viento los empujaba hacia atrás, pero finalmente lo consiguieron, aunque para mantenerse en pie se tuvieron que apoyar contra las rocas. Una vez fuera, miraron; no podían hablar.

La oscuridad era absoluta. El mar, el cielo y la tierra se confundían en una misma intensidad de tinieblas. Parecía que no hubiese un átomo de luz difusa en la atmósfera.

Durante unos minutos, el reportero y sus dos compañeros permanecieron así, como aplastados por el viento, empapados por la lluvia y cegados por la arena. Luego oyeron otra vez aquellos ladridos en una tregua de la tormenta y dedujeron que debían de sonar bastante lejos.

¡Solo podía ser Top el que ladraba! Pero ¿estaba solo o acompañado? Era más probable que estuviera solo, pues, en el caso de que Nab estuviera con él, este último se habría dirigido a toda prisa hacia las Chimeneas.

El marino, dado que no podía hacerse oír, presionó la mano del reportero de un modo que significaba: «¡Espera!» y se adentró en el corredor.

Un instante después, salió con un haz de leña encendido y lo lanzó en medio de las tinieblas al tiempo que emitía silbidos agudos.

A esta señal —se habría podido pensar que esperada—, respondieron unos ladridos más cercanos, y al cabo de muy poco tiempo un perro entró precipitadamente en el corredor. Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett entraron tras él.

Echaron una brazada de leña sobre las ascuas y una viva llama iluminó el corredor.

—¡Es Top! —dijo Harbert.

Era Top, en efecto, un magnífico ejemplar de anglonormando que poseía de esas dos razas cruzadas la velocidad de las patas y la finura del olfato, las dos cualidades por excelencia del perro corriente.

Era el perro del ingeniero Cyrus Smith.

¡Pero estaba solo! ¡Ni su amo ni Nab lo acompañaban!

Entonces, ¿cómo había podido conducirlo su instinto hasta las Chimeneas, si no conocía ese lugar? Parecía un hecho inexplicable, sobre todo en medio de esa noche totalmente negra y con semejante temporal. Pero un detalle más inexplicable todavía era que Top no estaba ni cansado ni hambriento. ¡Ni siquiera manchado de barro o de arena!

Harbert lo había atraído hacia sí y le apretaba la cabeza entre

las manos. El perro se dejaba hacer y frotaba el cuello contra las manos del muchacho.

—¡Si el perro ha aparecido, el amo aparecerá también! —dijo el reportero.

—¡Dios lo quiera! —contestó Harbert—. ¡Vamos! ¡Top nos guiará!

Pencroff no puso ninguna objeción. Se daba cuenta de que la llegada de Top podía desmentir sus conjeturas.

—¡En marcha! —dijo.

Pencroff cubrió con cuidado las ascuas del hogar. Colocó algunos trozos de leña bajo las cenizas de manera que a su regreso pudieran tener fuego. Luego, precedido del perro, que parecía invitarlo a que lo acompañara profiriendo breves ladridos, y seguido del reportero y del joven, se precipitó al exterior después de haber cogido los restos de la cena.

La tormenta había desencadenado toda su violencia y quizá se hallaba también en el máximo de su intensidad. La luna, nueva y, por consiguiente, en conjunción con el sol, no dejaba pasar el más mínimo resplandor a través de las nubes. Seguir un camino recto se hacía difícil. Lo mejor era encomendarse al instinto de Top. Así lo hicieron. El reportero y el joven caminaban detrás del perro, y el marino cerraba la marcha. Ningún intercambio de palabras habría sido posible. La lluvia no caía en abundancia, pues el soplo del huracán la pulverizaba, pero el huracán era terrible.

Sin embargo, una circunstancia favoreció muy felizmente al marino y sus dos compañeros. En efecto, el viento venía del sudeste y, en consecuencia, los empujaba por la espalda. La arena que arrojaba con violencia, y que habría resultado insoportable, la recibían por detrás y, con la condición de no volverse, no podía molestarles ni obstaculizar su avance. En resumidas cuentas, iban casi todo el tiempo más deprisa de lo que querían y precipitaban sus pasos a fin de no ser derribados, pero una inmensa esperanza redoblaba sus fuerzas, y en esta ocasión ya no recorrían la orilla a la aventura. No ponían en duda que Nab había encontrado a su señor y que les había enviado al fiel perro. Pero ¿estaba vivo el ingeniero, o Nab hacía ir a sus compañeros simplemente para presentar sus respetos al cadáver del infortunado Smith?

Una vez que hubieron dejado atrás el lienzo cortado de la alta

muralla, del que prudentemente se habían alejado, Harbert, el reportero y Pencroff se detuvieron para recuperar el aliento. El recodo del peñasco los protegía contra el viento y por fin respiraban tras esa marcha de un cuarto de hora que había sido más bien una carrera.

En ese momento podían oírse, responderse, y al pronunciar el muchacho el nombre de Cyrus Smith, Top emitió unos breves ladridos, como si quisiera decir que su amo estaba sano y salvo.

—Sano y salvo, ¿verdad? —repetía Harbert—. ¿Sano y salvo, Top?

Y el perro ladraba como si quisiera responder.

Reanudaron la marcha. Eran alrededor de las dos y media de la madrugada. La marea empezaba a subir y, empujada por el viento, esa marea, que era de sizigia, amenazaba con ser muy fuerte. Las grandes olas atronaban contra la línea de escollos y la atacaban con tal violencia que, con toda probabilidad, debían de pasar por encima del islote, absolutamente invisible en esos momentos. Así pues, ese largo dique ya no cubría la costa, que se hallaba directamente expuesta a los embates del mar.

En cuanto el marino y sus compañeros se hubieron apartado del lienzo de muralla cortado, el viento los azotó de nuevo con un furor desatado. Encorvados, de espaldas al viento, andaban muy deprisa siguiendo a Top, que no dudaba sobre la dirección que quería seguir. Iban hacia el norte, teniendo a su derecha una interminable cresta de olas que rompían con un estruendo ensordecedor, y a su izquierda un oscuro territorio cuyo aspecto era imposible vislumbrar. Aun así, presentían que debía de ser relativamente llano, pues el huracán pasaba ahora por encima de ellos y no volvía, efecto que sí se producía cuando chocaba con la muralla de granito.

A las cuatro de la madrugada podían estimar que habían recorrido una distancia de cinco millas. Las nubes se habían elevado ligeramente y ya no se desplazaban tocando el suelo. El viento, menos húmedo, soplaba en ráfagas muy vivas, más secas y frías. Insuficientemente abrigados, Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett debían de estar sufriendo terriblemente, pero ni una queja escapaba de sus labios. Estaban decididos a seguir a Top hasta donde el inteligente animal quisiera llevarlos.

Hacia las cinco empezó a clarear. Primero en el cenit, donde los

vapores eran menos densos, el borde de las nubes presentó unos matices grisáceos, y muy pronto, bajo una franja opaca, un trazo más luminoso dibujó claramente el horizonte de mar. Unos destellos rojizos salpicaron ligeramente la cresta de las olas y la espuma recuperó su blancura. Al mismo tiempo, a la izquierda, las partes accidentadas del litoral empezaban a aparecer confusamente, pero todavía no era más que gris sobre negro.

A las seis de la mañana ya era de día. Las nubes se desplazaban con extrema rapidez en una zona relativamente alta. El marino y sus compañeros se encontraban entonces a unas seis millas de las Chimeneas. Seguían una playa muy llana, bordeada en la costa por una línea de rocas de las que solo emergía un pequeño trozo, pues estaban en pleamar. A la izquierda, el terreno, accidentado por algunas dunas cubiertas de cardos, ofrecía el aspecto salvaje de una vasta región arenosa. El litoral, poco recortado, no ofrecía más barrera al océano que una cadena bastante irregular de montículos. De cuando en cuando, uno o dos árboles gemían tumbados hacia el oeste, con las ramas proyectadas en esa dirección. Muy atrás, al sudoeste, se perfilaba la linde del último bosque.

En ese momento, Top mostró signos inequívocos de excitación. Se adelantaba, regresaba hacia el marino y parecía incitarlo a apretar el paso. El perro había dejado la playa y, guiado por su admirable instinto, se había adentrado entre las dunas sin dar una sola muestra de vacilación.

Lo siguieron. La zona parecía absolutamente desierta. Ni un solo ser vivo la animaba.

La línea de dunas, muy ancha, estaba compuesta de montículos, e incluso de colinas distribuidas de un modo hartamente caprichoso. Era como una Suiza de arena en miniatura, y había que tener un instinto prodigioso para orientarse allí.

Cinco minutos después de haber dejado la playa, el reportero y sus compañeros llegaron a una especie de excavación practicada en el lado opuesto de una alta duna. Allí, Top se detuvo y profirió un claro ladrido. Spilett, Harbert y Pencroff penetraron en aquella gruta.

Nab estaba allí, arrodillado junto a un cuerpo tendido sobre un lecho de hierbas.

Ese cuerpo era el del ingeniero Cyrus Smith.

VIII

¿Está vivo Cyrus Smith? – El relato de Nab – Las huellas de pasos – Una cuestión insoluble – Las primeras palabras de Cyrus Smith – La constatación de las huellas – El regreso a las Chimeneas – Pencroff anonadado

Nab no se movió. El marino solo le dijo una palabra:
—¿Vivo?

Nab no respondió. Gedeon Spilett y Pencroff se quedaron pálidos. Harbert juntó las manos y permaneció inmóvil. Pero era evidente que el pobre negro, absorto en su dolor, no había visto a sus compañeros ni oído la pregunta del marino.

El reportero se arrodilló junto al cuerpo inanimado y apoyó una oreja sobre el pecho del ingeniero tras haberle entreabierto la ropa. Un minuto —¡una hora!— transcurrió mientras intentaba oír algún latido del corazón.

Nab se había incorporado un poco y miraba sin ver. La desesperación no habría podido alterar más el semblante de un hombre. Nab, muerto de cansancio, destrozado de dolor, estaba irreconocible. Creía que su señor estaba muerto.

Tras una larga y atenta observación, Gedeon Spilett se levantó.
—Vive —dijo.

Pencroff se arrodilló entonces junto a Cyrus Smith; su oído percibió también unos latidos, y sus labios, un soplo que escapaba de los labios del ingeniero.

A petición del reportero, Harbert salió en busca de agua. Encontró a cien pasos de allí un riachuelo límpido, evidentemente muy crecido por las lluvias del día anterior y que se filtraba a través de la arena, pero nada para coger agua. ¡Ni una concha había en esas dunas! El joven tuvo que conformarse con mojar su pañuelo en

el riachuelo y regresó corriendo a la gruta.

Afortunadamente, Gedeon Spilett solo quería humedecer los labios del ingeniero, para lo cual tuvo suficiente con el pañuelo empapado. Aquellas moléculas de agua fresca produjeron un efecto casi inmediato. Un suspiro escapó del pecho de Cyrus Smith e incluso pareció que este intentaba pronunciar unas palabras.

—Lo salvaremos —dijo el reportero.

Nab recobró la esperanza al oír esas palabras. Desnudó a su señor para ver si su cuerpo presentaba alguna herida. Ni la cabeza, ni el torso, ni los miembros tenían contusiones, ni siquiera desollones, cosa sorprendente, ya que el cuerpo de Cyrus Smith debía de haber rodado entre las rocas; hasta las manos estaban intactas, y resultaba difícil explicar por qué el ingeniero no presentaba ninguna huella de los esfuerzos que debía de haber hecho para cruzar la línea de escollos.

Pero la explicación de esa circunstancia vendría más adelante. Cuando Cyrus Smith pudiera hablar, contaría lo que había ocurrido. Por el momento, se trataba de devolverlo a la vida, y era probable que unas fricciones produjeran ese resultado. Para hacerlas, utilizaron el chaquetón del marino. El ingeniero, reanimado por ese vigoroso masaje, movió ligeramente los brazos y su respiración empezó a ser más regular. Estaba muerto de cansancio, y, de no ser por la llegada del reportero y sus compañeros, a buen seguro aquel habría sido el fin de Cyrus Smith.

—¿Creías que tu señor estaba muerto? —preguntó el marino a Nab.

—¡Sí, eso creía! —respondió Nab—. Y si Top no les hubiera encontrado, si no hubieran venido, habría enterrado a mi señor y estaría yo también muerto junto a él.

¡Qué poco había faltado para que perdiera la vida Cyrus Smith!

Nab contó entonces lo que había pasado. El día anterior, después de haber salido de las Chimeneas al amanecer, había seguido la costa en dirección noroeste y llegado a la parte del litoral que ya había visitado. Era un cadáver lo que buscaba, un cadáver que quería enterrar con sus propias manos.

Nab había buscado mucho tiempo, pero sus esfuerzos fueron de nuevo infructuosos. No parecía que aquella costa desierta hubiera sido pisada jamás por un ser humano. Las conchas, las que el mar

no podía alcanzar —y de las que había millones pasado el límite de las mareas—, estaban intactas. No había ni una sola rota. En un espacio de entre doscientas y trescientas yardas, no había rastro de ningún desembarco, ni antiguo ni reciente.

Nab había decidido, pues, recorrer unas millas más de costa. Cabía la posibilidad de que las corrientes hubieran llevado un cuerpo a algún punto más alejado. Cuando un cadáver flota a poca distancia de una orilla plana, es muy raro que antes o después las olas no lo lleven hasta ella. Nab lo sabía y quería ver a su señor por última vez.

—Recorrí la costa a lo largo de dos millas más, visité toda la línea de escollos durante la bajamar, toda la playa durante la pleamar, y ya desesperaba de encontrar algo cuando, hacia las cinco de la tarde, vi en la arena unas huellas de pasos.

—¿Unas huellas de pasos? —preguntó, extrañado, Pencroff.

—Sí —respondió Nab.

—¿Y esas huellas empezaban en los escollos? —preguntó el reportero.

—No —contestó Nab—, a partir del límite de la marea, pues entre los arrecifes y ese límite debían de haber sido borradas.

—Continúa, Nab —dijo Gedeon Spilett.

—Cuando vi esas huellas, me volví como loco. Eran perfectamente reconocibles y se dirigían hacia las dunas. Las seguí durante un cuarto de milla, corriendo pero con cuidado de no borrarlas. Cinco minutos después, mientras se hacía de noche, oí los ladridos de un perro. Era Top, y Top me condujo hasta aquí, junto a mi señor.

Nab terminó su relato describiendo su dolor al encontrar ese cuerpo inanimado. Había intentado percibir en él algún resto de vida. ¡Ahora que lo había recuperado muerto, lo quería vivo! Todos sus esfuerzos, sin embargo, habían sido inútiles. Solo podía, pues, rendir el último homenaje al hombre al que tanto quería.

Nab se había acordado entonces de sus compañeros. Querrían, sin duda alguna, ver por última vez al infortunado. Top estaba allí. ¿No podía confiar en la sagacidad de ese fiel animal? Nab pronunció varias veces el nombre del reportero, el compañero del ingeniero al que más conocía Top. Después le señaló el sur de la costa y el perro echó a correr en la dirección que le indicaba.

Ya sabemos que, guiado por un instinto que se puede considerar casi sobrenatural, pues el animal no había estado nunca en las Chimeneas, Top, pese a todo, llegó hasta allí.

Los compañeros de Nab habían escuchado el relato con enorme atención. Había para ellos algo inexplicable en el hecho de que Cyrus Smith, después de los esfuerzos que había tenido que hacer para escapar del oleaje atravesando los arrecifes, no tuviera ni un rasguño. Y lo que tampoco se explicaba era que el ingeniero hubiera podido llegar a esa gruta perdida en medio de las dunas, a más de una milla de la costa.

—Entonces, Nab —dijo el reportero—, ¿no has sido tú quien ha transportado a tu señor a este lugar?

—No, no he sido yo —respondió Nab.

—Es evidente que el señor Smith ha venido solo —dijo Pencroff.

—Es evidente, en efecto —confirmó Gedeon Spilett—, ¡pero no es creíble!

Solo podrían conocer la explicación de ese hecho por boca del ingeniero, para lo cual había que esperar a que recuperara el uso de la palabra. Afortunadamente, la vida reanudaba ya su curso. Las fricciones habían restablecido la circulación de la sangre. Cyrus Smith movió de nuevo los brazos, luego la cabeza, y unas palabras incomprensibles escaparon una vez más de sus labios.

Nab, inclinado sobre él, lo llamaba, pero el ingeniero no parecía oír y sus ojos seguían cerrados. La vida solo se manifestaba en él mediante el movimiento. Los sentidos todavía no participaban en ella.

Pencroff lamentó no tener fuego ni nada con lo que encenderlo, pues, por desgracia, había olvidado llevar la tela chamuscada, que habría resultado fácil hacer arder frotando dos piedras. En cuanto a los bolsillos del ingeniero, estaban absolutamente vacíos, salvo el del chaleco, que contenía su reloj. Había, pues, que trasladar a Cyrus Smith a las Chimeneas, y lo antes posible. Ese fue el parecer de todos.

Sin embargo, los cuidados prodigados al ingeniero iban a hacerle volver en sí más deprisa de lo que cabía esperar. El agua con la que le humedecían los labios lo reanimaba poco a poco. Pencroff tuvo también la idea de mezclar en el agua jugo de la carne de tetrao que había llevado. Harbert, que había ido hasta la

orilla, volvió con dos grandes conchas de molusco bivalvo. El marino preparó una especie de mixtura y la introdujo entre los labios del ingeniero, que pareció sorber con avidez esa mezcla.

Sus ojos se abrieron entonces. Nab y el reportero se habían inclinado hacia él.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Nab.

El ingeniero lo oyó. Reconoció a Nab y a Spilett, así como a sus otros dos compañeros, Harbert y el marino, y su mano presionó ligeramente las suyas.

Unas palabras escaparon de nuevo de su boca, palabras que sin duda ya había pronunciado y que indicaban qué pensamientos atormentaban su mente incluso en esos momentos. Esta vez, esas palabras resultaron inteligibles:

—¿Isla o continente? —murmuró.

—¡Por todos los diablos! —dijo Pencroff, sin poder reprimir esta exclamación—. ¡Nos da exactamente igual con tal de que usted esté vivo, señor Cyrus! ¿Isla o continente? Ya lo veremos más adelante.

El ingeniero hizo un leve gesto afirmativo y pareció dormirse.

Respetaron ese sueño, y el reportero adoptó inmediatamente las disposiciones necesarias para que el ingeniero fuera trasladado en las mejores condiciones. Nab, Harbert y Pencroff salieron de la gruta y se dirigieron a una duna alta, coronada por unos árboles raquíuticos. Y por el camino, el marino no podía dejar de repetir:

—¿Isla o continente? ¡Pensar en eso cuando a uno solo le queda un soplo de vida! ¡Qué hombre!

Cuando llegaron a la cima de la duna, Pencroff y sus dos compañeros, sin más instrumentos que sus brazos, despojaron de sus principales ramas un árbol bastante esmirriado, una especie de pino marítimo depauperado por el viento. Con estas ramas, hicieron unas parihuelas que, una vez recubierta de hojas y hierbas, permitirían transportar al ingeniero.

Esta operación les llevó unos cuarenta minutos, y eran las diez cuando el marino, Nab y Harbert regresaron junto a Cyrus Smith, del que Gedeon Spilett no se había separado.

El ingeniero despertaba en ese momento del sueño, o más bien del adormecimiento, en el que lo habían encontrado. El color volvía a sus mejillas, que hasta entonces habían tenido la palidez de la muerte. Se incorporó un poco, miró a su alrededor y pareció

preguntar dónde se encontraba.

—¿Me puede escuchar sin fatigarse, Cyrus? —preguntó el reportero.

—Sí —respondió el ingeniero.

—Soy del parecer —intervino Pencroff— de que el señor Smith le escuchará todavía mejor si toma un poco más de gelatina de tetrao. Porque es tetrao, señor Cyrus —añadió, presentándole un poco de gelatina, a la que esta vez añadió unos trozos de carne.

Cyrus Smith masticó aquellos trozos de tetrao, cuyos restos fueron compartidos entre sus compañeros, que tenían hambre y encontraron el almuerzo bastante escaso.

—¡Bueno! —dijo el marino—. Las vituallas nos esperan en las Chimeneas, porque conviene que sepa, señor Cyrus, que allá abajo, en el sur, tenemos una casa con habitaciones, camas y hogar, y en la despensa, unas docenas de pájaros que nuestro Harbert llama curucús. Las parihuelas están preparadas, y en cuanto se sienta con fuerzas, lo trasladaremos a nuestra morada.

—Gracias, amigo mío —contestó el ingeniero—. Una o dos horas más, y podremos irnos... Y ahora, Spilett, hable.

El reportero hizo entonces el relato de lo que había sucedido. Contó aquellos acontecimientos que Cyrus Smith no debía de conocer: la caída final del globo, el aterrizaje en esa tierra desconocida que, fuera lo que fuese, isla o continente, parecía desierta, el descubrimiento de las Chimeneas, la búsqueda emprendida para encontrar al ingeniero, la lealtad de Nab, todo lo que debían a la inteligencia del fiel Top, etcétera.

—Pero, entonces, ¿no me recogieron de la playa? —preguntó Cyrus Smith con voz todavía débil.

—No —respondió el reportero.

—¿Y no han sido ustedes los que me han traído a esta gruta?

—No.

—¿A qué distancia está esta gruta de los arrecifes?

—Aproximadamente a media milla —respondió Pencroff—, y si usted está sorprendido, señor Cyrus, nosotros no lo estamos menos de verlo en este lugar.

—En efecto —dijo el ingeniero, que poco a poco se iba animando y sentía interés por esos detalles—, en efecto, ¡es muy curioso!

—Pero —dijo el marino— ¿puede decirnos lo que pasó después de que fuera arrastrado por el golpe de mar?

Cyrus Smith hizo memoria. Sabía poca cosa. El golpe de mar lo había obligado a soltarse de la red del aerostato. Primero se hundió a unas brazadas de profundidad. Cuando emergió a la superficie del mar, en aquella semioscuridad, sintió un ser vivo agitarse junto a él. Era Top, que se había zambullido para socorrerlo. Al levantar la vista, ya no vio el globo, el cual, liberado de su peso y del perro, se había alejado a la velocidad de una flecha. Se vio, en medio de aquel oleaje enfurecido, a una distancia de la costa que no debía de ser inferior a media milla. Intentó luchar contra las olas nadando con vigor. Top lo sujetaba de la ropa; pero una corriente fortísima lo arrastró hacia el norte y, tras media hora de esfuerzos, se hundió, arrastrando a Top con él hacia el abismo. Desde entonces hasta el momento en que se había encontrado rodeado de sus amigos, no recordaba nada.

—¡Pero es preciso que fuera arrojado a la orilla y que tuviera fuerzas para venir andando hasta aquí, puesto que Nab encontró las huellas de sus pasos! —repuso Pencroff.

—Sí... es preciso... —contestó el ingeniero, reflexionando—. ¿Y no han visto ningún rastro de seres humanos en esta costa?

—Ninguno —respondió el reportero—. Además, si por casualidad se hubiera encontrado algún salvador por aquí justo en el momento adecuado, ¿qué razón habría tenido para abandonarlo después de haberlo sacado del agua?

—Tiene razón, mi querido Spilett. Dime, Nab —añadió el ingeniero, volviéndose hacia su sirviente—, ¿no has sido tú el que...? ¿No habrás tenido un momento de ausencia... durante el cual...? No, es absurdo... ¿Quedan todavía algunas de esas huellas? —preguntó Cyrus Smith.

—Sí, señor —respondió Nab—, en la entrada, en el lado opuesto de esta misma duna, en un lugar protegido del viento y de la lluvia. Las otras han sido borradas por la tormenta.

—Pencroff —dijo Smith—, ¿quiere coger mis zapatos y ver si coinciden totalmente con esas huellas?

El marino hizo lo que pedía el ingeniero. Harbert y él, guiados por Nab, fueron al lugar donde se encontraban las huellas. Entretanto, Cyrus Smith le decía al reportero:

—¡Aquí han pasado cosas inexplicables!

—¡Inexplicables, en efecto! —contestó Gedeon Spilett.

—Pero dejémoslo por el momento, querido Spilett, hablaremos más tarde de eso.

Al cabo de un instante, el marino, Nab y Harbert regresaron.

No había duda posible. Los zapatos del ingeniero coincidían exactamente con las huellas que se habían conservado. Luego era Cyrus Smith quien las había dejado en la arena.

—¡Pues, entonces —dijo este—, debo de haber sido yo el que ha experimentado esa alucinación, esa ausencia que le atribuía a Nab! Habré caminado como un sonámbulo, sin tener conciencia de mis pasos, y habrá sido Top el que, guiado por su instinto, me ha conducido aquí después de haberme sacado del agua... ¡Ven, Top! ¡Ven conmigo!

El magnífico animal se acercó ladrando a su amo, que no le escatimó caricias.

Estaremos de acuerdo en que no había otra explicación para los hechos que habían dado como resultado la salvación de Cyrus Smith y en que recaía en Top todo el honor del episodio.

Hacia mediodía, dado que Pencroff había preguntado al ingeniero si podían trasladarlo, Cyrus Smith, por toda respuesta, y haciendo un esfuerzo que demostraba la voluntad más enérgica, se levantó. Pero tuvo que apoyarse en el marino, pues de lo contrario se habría caído.

—¡Vamos, vamos! —dijo Pencroff—. ¡La camilla del señor ingeniero!

Llevaron la camilla. Las ramas transversales habían sido cubiertas de musgo y hierbas. Tendieron encima a Cyrus Smith y se dirigieron hacia la costa, Pencroff en un extremo de las parihuelas y Nab en el otro.

Había que recorrer ocho millas, pero, como no podrían ir deprisa y quizá tuvieran que detenerse con frecuencia, había que calcular al menos seis horas para llegar a las Chimeneas.

El viento seguía soplando con violencia, pero afortunadamente ya no llovía. Pese a ir tumbado, el ingeniero, apoyado en un brazo, observaba el territorio, sobre todo por la parte opuesta al mar. No hablaba, pero miraba, y ciertamente el perfil de aquella zona con los accidentes de su terreno, sus bosques y sus diversas

producciones se grabó en su mente. Sin embargo, después de dos horas de camino, el cansancio pudo más y se durmió en la camilla.

A las cinco y media, la pequeña comitiva llegaba al lienzo de muralla cortado y, poco después, a las Chimeneas.

Todos se detuvieron y la camilla fue depositada sobre la arena. Cyrus Smith dormía profundamente y no se despertó.

Pencroff, para su gran sorpresa, constató entonces que la terrible tormenta del día anterior había modificado el aspecto del lugar. Se habían producido unos desprendimientos bastante importantes. Grandes bloques de roca yacían en la playa y una gruesa alfombra de hierbas marinas y algas de diferentes tipos cubría toda la orilla. Era evidente que el mar había pasado por encima del islote y llegado hasta el pie de la enorme cortina de granito.

Delante del orificio de las Chimeneas, el suelo, que presentaba profundos surcos, había sufrido un violento ataque de las olas.

Pencroff tuvo como un presentimiento que le atravesó la mente. Se precipitó por el corredor.

Casi inmediatamente, salió y se quedó inmóvil mirando a sus compañeros.

El fuego estaba apagado. Las cenizas mojadas eran puro fango. La tela chamuscada que debía servir de yesca había desaparecido. ¡El mar había entrado hasta el fondo de los corredores y lo había revuelto todo, lo había destruido todo en el interior de las Chimeneas!

IX

Cyrus está aquí – Las tentativas de Pencroff – Frotamiento de leña – ¿Isla o continente? – Los planes del ingeniero – ¿En qué punto del océano Pacífico? – En pleno bosque – El pino piñonero – Caza de carpinchos – Un humo que presagia algo bueno

En unas pocas palabras, Pencroff puso al corriente de la situación a Gedeon Spilett, Harbert y Nab. Ese accidente, que podía sin duda tener consecuencias muy graves —al menos así lo veía Pencroff—, produjo efectos diversos entre los compañeros del honrado marino.

Nab, que no cabía en sí de alegría por haber encontrado a su señor, no prestó atención a lo que decía Pencroff o más bien no quiso preocuparse por eso.

Harbert pareció compartir en cierta medida los temores del marino.

En cuanto al reportero, a las palabras de Pencroff contestó simplemente:

—¡A fe mía, Pencroff, que me tiene totalmente sin cuidado!

—¡Le repito que no tenemos fuego!

—¡Bah!

—Ni ningún medio para encenderlo.

—¿Y qué?

—Pero, señor Spilett...

—¿Acaso Cyrus no está aquí? —repuso el reportero—. ¿Acaso no está vivo nuestro ingeniero? ¡Él encontrará la manera de encender fuego!

—¿Con qué?

—Con nada.

¿Qué replicó Pencroff? No replicó, pues, en el fondo, compartía

la confianza que sus compañeros tenían en Cyrus Smith. El ingeniero era para ellos un microcosmos, una combinación de toda la ciencia y toda la inteligencia humanas. Era preferible estar con Cyrus en una isla desierta que sin Cyrus en la ciudad más industriosa de la Unión. Con él no te podía faltar de nada. Con él no podías desesperar. Si alguien les hubiera dicho a esos buenos hombres que una erupción volcánica iba a destruir aquellas tierras, que aquellas tierras iban a hundirse en los abismos del Pacífico, habrían contestado, imperturbables: «¡Cyrus está aquí! ¡Nada menos que Cyrus!».

Mientras tanto, sin embargo, el ingeniero continuaba sumergido en una nueva postración provocada por el traslado y en ese momento no se podía recurrir a su ingenio. La cena debía ser forzosamente muy frugal. Ya habían consumido toda la carne de tetrao y no había ninguna manera de cocinar una pieza de caza. Por lo demás, los curucús de reserva habían desaparecido. Así pues, había que pensar algo.

Antes de nada, Cyrus Smith fue transportado al corredor central. Allí consiguieron prepararle una cama de algas que se habían mantenido bastante secas. El profundo sueño que se había apoderado de él no podía sino reparar rápidamente sus fuerzas, y mejor, sin duda alguna, de lo que lo habría hecho una abundante comida.

Llegó la noche y, con ella, la temperatura, modificada por un cambio de viento en dirección nordeste, bajó considerablemente. Y como el mar había destruido los tabiques levantados por Pencroff en determinados puntos de los corredores, se formaron unas corrientes de aire que hicieron las Chimeneas poco habitables. El ingeniero se habría encontrado, pues, en unas condiciones bastante malas si sus compañeros no se hubieran quitado la chaqueta o el chaquetón para taparlo cuidadosamente.

La cena, esa noche, consistió en los inevitables dátiles de mar que Harbert y Nab recogieron en abundancia en la playa. No obstante, a esos moluscos el joven añadió cierta cantidad de algas comestibles que encontró en unas rocas altas, cuyas paredes el mar solo debía de mojar en la época de las grandes mareas. Esas algas, pertenecientes a la familia de las fucáceas, eran una especie de sargazos que, secos, proporcionan una materia gelatinosa bastante

rica en elementos nutritivos. El reportero y sus compañeros, después de haber ingerido una cantidad considerable de dátiles de mar, chuparon esos sargazos, a los cuales les encontraron un sabor muy soportable, y preciso es decir que, en las costas asiáticas, figuran en una notable proporción en la alimentación de los indígenas.

—¡No importa! —dijo el marino—. Ya se va acercando el momento de que el señor Cyrus acuda en nuestra ayuda.

Sin embargo, el frío se hizo muy intenso y, por desgracia, no había ningún medio para combatirlo.

El marino, realmente molesto, intentó por todos los medios posibles encender fuego. Nab incluso lo ayudó en esa operación. Había encontrado musgo seco y, frotando dos piedras, hizo saltar unas chispas; pero, dado que el musgo es poco inflamable, no prendió, aparte de que esas chispas, que no eran sino sílex incandescente, no tenían la consistencia de las que escapan del trozo de acero en el mechero habitual. La operación, por consiguiente, fracasó.

Después, Pencroff, aunque no confiaba en absoluto en el procedimiento, se puso a frotar dos trozos de leña seca uno contra otro, a la manera de los salvajes. ¡Desde luego, si el movimiento que Nab y él desarrollaron se hubiera transformado en calor, según las nuevas teorías, habría bastado para hacer hervir la caldera de un barco de vapor! El resultado fue nulo. Los trozos de leña simplemente se calentaron, y mucho menos, todo hay que decirlo, que los propios ejecutores.

Al cabo de una hora de trabajo, Pencroff estaba sudando y tiró los trozos de leña con despecho.

—¡Cuando me hagan creer que los salvajes encienden fuego así —dijo—, hará calor hasta en invierno! ¡Antes encendería mis brazos frotándolos uno contra otro!

El marino se equivocaba al negar la eficacia del procedimiento. Es un hecho que los salvajes encienden la leña mediante un frotamiento rápido. Pero no todo tipo de leña es adecuado para esa operación, y además, hay que tener maña, como suele decirse, y es probable que Pencroff no la tuviera.

El mal humor de Pencroff no duró mucho rato. Los dos trozos de leña que él había tirado los había cogido Harbert, el cual se

empeñaba en frotarlos con denuedo. El robusto marino no pudo reprimir una carcajada al ver los esfuerzos del adolescente para conseguir hacer lo que a él le había resultado imposible.

—¡Frota, muchacho, frota! —dijo.

—Ya froto —contestó Harbert riendo—, pero mi única pretensión es calentarme en vez de tiritar, y dentro de nada tendré tanto calor como tú, Pencroff.

Así sucedió. De cualquier modo, esa noche hubo que renunciar a encender fuego. Gedeon Spilett repitió por vigésima vez que Cyrus Smith no se apuraría por tan poca cosa. Y, entretanto, se tumbó en uno de los corredores, sobre el lecho de arena. Harbert, Nab y Pencroff lo imitaron, mientras que Top durmió a los pies de su amo.

Al día siguiente, 28 de marzo, cuando el ingeniero se despertó, hacia las ocho de la mañana, vio a sus compañeros junto a él, esperando que despertara, y al igual que el día anterior sus primeras palabras fueron:

—¿Isla o continente?

Indudablemente, tenía una idea fija.

—¿Otra vez? —repuso Pencroff—. ¡No lo sabemos, señor Smith!

—¿Todavía no lo saben?

—No. Pero lo sabremos —añadió Pencroff— cuando usted nos guíe por estas tierras.

—Creo que estoy en condiciones de intentarlo —contestó el ingeniero, que se levantó sin hacer demasiados esfuerzos y pudo mantenerse en pie.

—¡Fantástico! —exclamó el marino.

—Estaba, sobre todo, muerto de agotamiento —dijo Cyrus Smith—. Un poco de comida, amigos míos, y me recuperaré del todo. Tienen fuego, ¿verdad?

Esa pregunta no obtuvo una respuesta inmediata. Pero, tras unos instantes, Pencroff dijo:

—Por desgracia, no tenemos fuego. O para ser más exactos, señor Cyrus, ya no lo tenemos.

Y el marino relató lo que había sucedido el día anterior. Amenizó al ingeniero contándole la historia de la única cerilla, seguida de su intento frustrado de encender fuego a la manera de los salvajes.

—Algo se nos ocurrirá —dijo el ingeniero—, y si no

encontramos una sustancia análoga a la yesca...

—¿Qué? —preguntó el marino.

—Pues haremos cerillas.

—¿Químicas?

—Químicas.

—¡No es tan difícil! —intervino el reportero, dándole unas palmadas en el hombro al marino.

A este no le parecía tan sencillo, pero no protestó. Todos salieron. Volvía a hacer buen tiempo. Un sol espléndido se elevaba en el horizonte del mar y salpicaba de destellos dorados las rugosidades prismáticas de la enorme muralla.

Tras haber echado un rápido vistazo a su alrededor, el ingeniero se sentó sobre una roca. Harbert le ofreció unos puñados de mejillones y de sargazos.

—Es todo lo que tenemos, señor Cyrus —dijo.

—Gracias, muchacho —contestó Cyrus Smith—. Será suficiente... para esta mañana al menos.

Y comió con apetito aquel frugal desayuno, acompañado de un poco de agua fresca sacada del río con una gran concha.

Sus compañeros lo miraban en silencio. Una vez que hubo quedado más o menos satisfecho, Cyrus Smith, cruzando los brazos, dijo:

—Entonces, amigos míos, ¿todavía no saben si la suerte nos ha traído a un continente o a una isla?

—No, señor Cyrus —respondió el muchacho.

—Lo sabremos mañana —dijo el ingeniero—. Hasta entonces, no tenemos nada que hacer.

—Sí tenemos —replicó Pencroff.

—¿Qué?

—Fuego —dijo el marino, que tenía su propia idea fija.

—Lo haremos, Pencroff —contestó Cyrus Smith—. Ayer, mientras me trasladaban, ¿no vi al oeste una montaña que domina este terreno?

—Sí —respondió Gedeon Spilett—, una montaña que debe de ser bastante elevada...

—Bien —dijo el ingeniero—. Mañana subiremos a la cima y veremos si esto es una isla o un continente. Hasta entonces, lo repito, no tenemos nada que hacer.

—¡Sí! Fuego —insistió el obstinado marino.

—¡Lo haremos! ¡Haremos fuego! —replicó Gedeon Spilett—. ¡Un poco de paciencia, Pencroff!

El marino miró a Gedeon Spilett con una expresión que parecía decir: «¡Si tenemos que depender de usted para hacerlo, tardaremos mucho en comer asado!». Pero se calló.

Sin embargo, Cyrus Smith no había contestado. Parecía muy poco preocupado por ese asunto del fuego. Durante unos instantes, permaneció absorto en sus reflexiones. Luego tomó de nuevo la palabra para decir:

—Amigos míos, nuestra situación posiblemente sea deplorable, pero, en cualquier caso, es muy sencilla. O bien estamos en un continente, y entonces, a costa de esfuerzos más o menos grandes, llegaremos a algún lugar habitado, o bien estamos en una isla. En este último caso, una de dos: si la isla está habitada, intentaremos salir de esta con ayuda de sus habitantes; si está desierta, intentaremos salir de esta solos.

—Realmente, no hay nada más sencillo —dijo Pencroff.

—Pero, sea un continente o una isla, ¿adónde cree usted, Cyrus, que nos ha traído este huracán? —preguntó Gedeon Spilett.

—Con exactitud, no puedo saberlo —respondió el ingeniero—, pero presumiblemente a una tierra del Pacífico. Cuando partimos de Richmond, el viento soplaba del nordeste, y su violencia constituye una prueba de que no debió de cambiar de dirección. Si esa dirección se mantuvo del nordeste al sudoeste, atravesamos los estados de Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, el golfo de México, el propio México por su parte más estrecha y una porción del océano Pacífico. No calculo en menos de seis o siete mil millas la distancia recorrida por el globo, y a poco que el viento variara medio cuarto, debió de llevarnos o bien al archipiélago de Mendaña, o bien a las Pomotu, o bien incluso, si su velocidad hubiera sido mayor de lo que supongo, hasta las tierras de Nueva Zelanda. Si esta última hipótesis resulta ser la correcta, nuestro repatriamiento será fácil. Sean ingleses o maoríes, encontraremos con quien hablar. Si, por el contrario, esta costa pertenece a alguna isla desierta de un archipiélago micronesio, quizá podamos averiguarlo desde lo alto de ese cono que domina el territorio y entonces pensaremos en establecernos aquí como si fuéramos a

quedarnos para siempre.

—¡Para siempre! —exclamó el reportero—. ¿Ha dicho para siempre, querido Cyrus?

—Más vale ponernos en lo peor enseguida —respondió el ingeniero— y reservarse solo la sorpresa de lo mejor.

—¡Bien dicho! —aprobó Pencroff—. Y esperemos que esta isla, si lo es, no esté situada fuera de las rutas de los barcos. ¡Eso sería realmente mala suerte!

—No sabremos a qué atenernos hasta después de haber realizado el ascenso a la montaña —contestó el ingeniero.

—Pero, señor Cyrus, ¿estará usted mañana en condiciones de soportar las fatigas de ese ascenso? —preguntó Harbert.

—Espero que sí —respondió el ingeniero—, pero con la condición de que el señor Pencroff y tú, hijo mío, demostréis ser unos cazadores inteligentes y hábiles.

—Señor Cyrus —dijo el marino—, puesto que habla de caza, si estuviera tan seguro de poder asarla a mi vuelta como lo estoy de poder traerla...

—Usted tráigala, Pencroff —contestó Cyrus Smith.

Quedó, pues, acordado que el ingeniero y el reportero pasarían el día en las Chimeneas, a fin de examinar el litoral y la meseta superior. Mientras tanto, Nab, Harbert y el marino regresarían al bosque, renovarían las provisiones de leña y echarían el guante a cualquier animal de pluma o de pelo que se pusiera a su alcance.

Partieron hacia las diez de la mañana, Harbert confiado, Nab contento y Pencroff mascullando para sus adentros: «¡Si a mi regreso encuentro fuego en casa, es que el trueno en persona ha venido a encenderlo!».

Los tres bordearon la orilla y, al llegar al recodo que formaba el río, el marino se detuvo para preguntar a sus compañeros:

—¿Empezamos siendo cazadores o leñadores?

—Cazadores —respondió Harbert—. Top ya está buscando.

—Cacemos, pues —dijo el marino—. Después volveremos aquí para aprovisionarnos de leña.

Dicho esto, Harbert, Nab y Pencroff, después de haber arrancado tres palos del tronco de un joven abeto, siguieron a Top, que saltaba entre la hierba.

En esta ocasión, los cazadores, en lugar de seguir el curso del

río, se adentraron más directamente en el corazón del bosque. Los árboles eran iguales, la mayoría pertenecientes a la familia de los pinos. En algunos sitios, al estar más espaciados, separados en grupos, presentaban unas dimensiones considerables y parecían indicar, debido a su desarrollo, que esa zona se encontraba a una latitud más elevada de lo que suponía el ingeniero. Algunos claros, salpicados de tocones erosionados por el tiempo, estaban cubiertos de leña y constituían, por lo tanto, inagotables reservas de combustible. Una vez pasado el claro, la maleza se hacía más densa y se volvía casi impenetrable.

Orientarse en medio de esos macizos de árboles, sin ningún sendero abierto, resultaba bastante difícil. Así pues, el marino marcaba de vez en cuando su camino dejando unas huellas que serían fácilmente reconocibles. Pero quizá cometían un error al no seguir el curso de agua, tal como Harbert y él habían hecho en su primera excursión, pues, tras una hora de marcha, no había aparecido ni un solo animal. Top, corriendo bajo las ramas, solo avisaba de la presencia de pájaros a los que era imposible acercarse. Los curucús no se dejaban ver ni por asomo, y era probable que el marino se viese obligado a volver a esa parte pantanosa del bosque en la que con tanta fortuna había realizado su pesca de tetraos.

—¡Eh, Pencroff! ¡Si toda la caza que hemos prometido llevarle a mi señor está aquí —dijo Nab en un tono un poco sarcástico—, no hará falta una gran fogata para asarla!

—Paciencia, Nab —contestó el marino—, no será la caza lo que falte a nuestra vuelta.

—¿Es que no confía en el señor Smith?

—Sí.

—Pero no cree que será capaz de encender fuego, ¿verdad?

—Lo creeré cuando la leña arda en el hogar.

—Si mi señor lo ha dicho, arderá.

—Ya lo veremos.

Sin embargo, el sol no había llegado todavía al punto más alto de su recorrido por encima del horizonte. La exploración, pues, continuó y estuvo marcada por el útil descubrimiento que hizo Harbert de un árbol cuyos frutos eran comestibles. Se trataba del pino piñonero, que da un fruto excelente, muy apreciado en las regiones templadas de América y Europa. Estos piñones se

encontraban en su punto óptimo de madurez y Harbert se los mostró a sus compañeros, que se deleitaron comiéndolos.

—¡Estupendo! —dijo Pencroff—. Algas a guisa de pan, mejillones crudos a guisa de carne y piñones de postre, o sea, la cena de alguien que no tiene una sola cerilla en el bolsillo.

—No podemos quejarnos —repuso Harbert.

—Yo no me quejo, muchacho —contestó Pencroff—. Simplemente, insisto en que la carne se escatima en exceso en este tipo de menú.

—¡Top ha visto algo! —dijo Nab, echando a correr hacia un matorral en el que el perro había desaparecido ladrando. Los ladridos de Top se mezclaban con unos singulares gruñidos.

El marino y Harbert habían seguido a Nab. Si allí había algún animal, no era el momento de discutir cómo podrían cocinarlo, sino cómo iban a atraparlo.

Nada más adentrarse en la maleza, los cazadores vieron a Top luchando con un animal al que tenía agarrado de una oreja. Era un cuadrúpedo, una especie de cerdo de unos dos pies y medio de largo, de un marrón negruzco, aunque menos oscuro en el vientre, que tenía un pelo duro y poco espeso, y cuyos dedos, firmemente apoyados en ese momento en el suelo, parecían unidos por membranas.

A Harbert le pareció reconocer en ese animal a un carpincho, es decir, uno de los especímenes más grandes del orden de los roedores.

Sin embargo, el carpincho no se debatía. Movía estúpidamente sus grandes ojos, al fondo de una espesa capa de grasa. Quizá era la primera vez que veía a unos hombres.

Pero cuando Nab, empuñando con firmeza su palo, se disponía a golpear al roedor, este, escapando de los dientes de Top, que se quedó solo con un trozo de su oreja, profirió un fuerte gruñido, se precipitó sobre Harbert, lo medio derribó y desapareció en el bosque.

—¡Será bribón! —exclamó Pencroff.

Los tres se lanzaron inmediatamente detrás de Top, y en el momento en que iban a alcanzarlo, el carpincho desapareció bajo las aguas de una vasta charca, sombreada por grandes pinos seculares.

Nab, Harbert y Pencroff se habían detenido y permanecían inmóviles. Top también se había zambullido, pero el carpincho, escondido al fondo de la charca, no reaparecía.

—Esperemos —dijo el muchacho—, porque no tardará en salir a respirar a la superficie.

—¿No se ahogará? —preguntó Nab.

—No —respondió Harbert—, porque tiene los pies palmeados y es casi un anfibio. Pero estemos atentos.

Top seguía nadando. Pencroff y sus dos compañeros se situaron cada uno en un punto de la orilla a fin de cortarles el paso al carpincho, al que el perro buscaba nadando por la superficie de la charca.

Harbert no se equivocaba. Al cabo de unos minutos, el animal emergió. Top saltó sobre él y le impidió sumergirse de nuevo. Un instante más tarde, el carpincho, arrastrado hasta la orilla, recibió un garrotazo de Nab que lo dejó sin vida.

—¡Hurra! —exclamó Pencroff, que gustaba de emplear ese grito de triunfo—. ¡Una simple brasa, y este roedor será roído hasta los huesos!

Pencroff se cargó el roedor al hombro y, calculando por la altura del sol que debían de ser alrededor de las dos, dio la señal de regreso.

El instinto de Top resultó útil para los cazadores, los cuales, gracias al inteligente animal, pudieron encontrar el camino de vuelta. Media hora después, llegaron al recodo del río.

Tal como había hecho la primera vez, Pencroff montó rápidamente una armadía —pese a que, sin fuego, le parecía un trabajo inútil—, y mientras esta seguía la corriente, se encaminaron hacia las Chimeneas.

Pero no había dado aún el marino cincuenta pasos cuando se detuvo, profirió otro hurra formidable y, señalando el ángulo del acantilado, dijo:

—¡Harbert, Nab, mirad!

Una columna de humo ascendía arremolinándose sobre las rocas.

X

Un invento del ingeniero – La cuestión que preocupa a Cyrus Smith – La partida hacia la montaña – El bosque – Suelo volcánico – Los tragopanés – Los musmones – La primera meseta – El campamento para pasar la noche – La cima del cono

Unos instantes después, los tres cazadores se encontraban ante una lumbre chisporroteante. Y allí estaban Cyrus Smith y el reportero. Pencroff miraba a uno y otro sin decir nada, con el carpincho en las manos.

—Sí, amigo mío —dijo el reportero—, fuego, auténtico fuego que asará perfectamente a ese magnífico animal con el que nos relameremos dentro de nada.

—Pero ¿quién lo ha encendido? —preguntó Pencroff.

—El sol.

La respuesta de Gedeon Spilett era exacta. Era el sol el que había proporcionado ese calor que maravillaba a Pencroff. El marino no daba crédito a sus ojos; estaba tan atónito que ni se le pasaba por la cabeza interrogar al ingeniero.

—Entonces, ¿tenía una lente? —preguntó Harbert a Cyrus Smith.

—No, hijo —respondió este—, pero la he hecho.

Y mostró el aparato que le había servido de lente. Eran simplemente dos cristales, que había retirado del reloj del reportero y del suyo. Después de haberlos llenado de agua, había aplicado un poco de barro en los bordes para que se adhirieran, y de ese modo había construido una verdadera lente que, concentrando los rayos solares sobre un poco de musgo muy seco, había determinado su combustión.

El marino observó el aparato y luego miró al ingeniero sin

pronunciar una palabra. Su mirada, sin embargo, era de lo más elocuente. Aunque, para él, Cyrus Smith no era un dios, sin duda era más que un hombre. Finalmente recuperó el habla y dijo:

—¡Anote esto, señor Spilett, anote esto en sus papeles!

—Está anotado —contestó el reportero.

A continuación, con la ayuda de Nab, el marino preparó un espetón y el carpincho, convenientemente vaciado, empezó a asarse como un simple cochinillo ante una llama clara y chisporroteante.

Las Chimeneas habían vuelto a ser más habitables, no solo porque el fuego del hogar caldeaba los corredores, sino porque los tabiques de piedras y de arena habían sido reconstruidos.

Estaba claro que el ingeniero y su compañero habían aprovechado bien el día. Cyrus Smith había recuperado casi por completo las fuerzas y se había puesto a prueba subiendo a la meseta superior. Desde ese punto, sus ojos, acostumbrados a calcular las alturas y las distancias, habían observado largo rato ese cono cuya cima quería alcanzar al día siguiente. El monte, situado unas seis millas al noroeste, le pareció que tenía una altitud de tres mil quinientos pies. Por consiguiente, la mirada de un observador apostado en su cumbre podría recorrer el horizonte en un radio de al menos cincuenta millas. Era, pues, probable que Cyrus Smith resolviera fácilmente esa cuestión de «continente o isla» a la que daba, no sin razón, prioridad sobre todas las demás.

Cenaron bien. La carne del carpincho fue considerada excelente. Los sargazos y los piñones completaron esa comida, durante la cual el ingeniero habló poco. Estaba preocupado por los planes para el día siguiente.

En una o dos ocasiones, Pencroff expuso algunas ideas sobre lo que sería conveniente hacer, pero Cyrus Smith, que era manifiestamente una mente metódica, se limitó a menear la cabeza.

—Mañana sabremos a qué atenernos —repetía— y actuaremos en consecuencia.

Terminada la cena, unas brazadas más de leña fueron echadas al hogar y los ocupantes de las Chimeneas, incluido el fiel Top, se durmieron profundamente. Ningún incidente turbó esa noche apacible y al día siguiente, 29 de marzo, frescos y ligeros, se despertaron dispuestos a emprender la excursión que debía decidir su suerte.

Todo estaba a punto para partir. Los restos del carpincho podían alimentar durante veinticuatro horas más a Cyrus Smith y sus compañeros. Por lo demás, confiaban en reabastecerse por el camino. Como los cristales habían sido devueltos a los relojes del ingeniero y el reportero, Pencroff chamuscó un poco de tela para que sirviera de yesca. En cuanto al sílex, no debía de faltar en aquellos terrenos de origen plutónico.

Eran las siete y media de la mañana cuando los exploradores, armados con palos, salieron de las Chimeneas. De acuerdo con la opinión de Pencroff, pareció oportuno tomar el camino ya recorrido a través del bosque, sin perjuicio de volver por otro sitio. Era también la vía más directa para llegar a la montaña. Giraron, pues, por el ángulo sur, siguieron la orilla izquierda del río y la abandonaron en el punto donde formaba un recodo hacia el sudoeste. Encontraron sin dificultad el sendero abierto con anterioridad entre los árboles, y a las nueve Cyrus Smith y sus compañeros llegaban a la linde occidental del bosque.

El suelo, hasta entonces poco accidentado, pantanoso al principio, seco y arenoso después, presentaba una ligera pendiente que subía desde el litoral hacia el interior. Algunos animales, muy huidizos, habían sido entrevistados bajo los árboles. Top salía disparado tras ellos, pero su amo lo llamaba inmediatamente, pues no había llegado el momento de perseguirlos. Más tarde ya verían. El ingeniero no era hombre que se dejara distraer de su idea fija. Incluso se podría afirmar sin riesgo de equivocarse que no observaba el terreno, ni en su configuración ni en lo relativo a su producción natural. Su único objetivo era ese monte que quería subir y a él se encaminaba directamente.

A las diez, hicieron un descanso de unos minutos. Al salir del bosque, el sistema orográfico de la zona había aparecido a la vista. El monte tenía dos conos. El primero, truncado a una altura de alrededor de dos mil quinientos pies, estaba sostenido por caprichosos contrafuertes que parecían ramificarse como las uñas de una inmensa garra apoyada en el suelo. Entre dichos contrafuertes se abrían estrechos valles cubiertos de árboles, los últimos de los cuales se elevaban hasta el truncamiento del primer cono. Sin embargo, la vegetación parecía menos frondosa en la parte de la montaña expuesta al nordeste, donde se veían regueros bastante

profundos que debían de ser masas de lava.

Sobre este primer cono descansaba un segundo cono, ligeramente redondeado en la cima y un poco ladeado. Recordaba un gran sombrero redondo apoyado sobre una oreja. Parecía formado por una tierra árida, perforada en numerosos puntos por rocas rojizas.

A la cima de ese segundo cono era adonde había que ir, y la arista de los contrafuertes debía de ser el mejor camino para llegar hasta allí.

«Estamos en un terreno volcánico», había dicho Cyrus Smith, y sus compañeros, siguiéndolo, habían empezado a ascender poco a poco por un contrafuerte que, trazando una línea sinuosa y por lo tanto más accesible, desembocaba en la primera meseta.

Las protuberancias abundaban en ese suelo, que a todas luces había sufrido las convulsiones de las fuerzas plutónicas. Por doquier, bloques erráticos, numerosos fragmentos de basalto, de piedra pómez, de obsidiana. En grupos aislados, se alzaban coníferas como las que, unos cientos de pies más abajo, al fondo de las estrechas gargantas, formaban espesos macizos, casi impenetrables para los rayos del sol.

Durante esta primera parte del ascenso por las cuestas inferiores, Harbert señaló unas huellas que indicaban el paso reciente de grandes animales, quizá feroces.

—Es posible que esos animales no nos cedan gustosos sus dominios —dijo Pencroff.

—Si es así —repuso el reportero, que había cazado tigres en la India y leones en África—, trataremos de librarnos de ellos. Pero, entretanto, mantengámonos en guardia.

Sin embargo, ascendían despacio. El camino, alargado por obstáculos que no se podían salvar directamente y les obligaban a dar rodeos, se hacía interminable. A veces, además, el suelo se interrumpía súbitamente y se encontraban al borde de profundas hendiduras que había que rodear. Volver sobre sus pasos a fin de seguir algún sendero practicable suponía invertir tiempo y esfuerzos. A mediodía, cuando la pequeña comitiva hizo un alto para comer al pie de una extensa arboleda de abetos, junto a un riachuelo que caía en cascada, se encontraba todavía a medio camino de la primera meseta, a la cual todo indicaba que no

llegarían hasta la caída de la noche.

Desde ese punto, el horizonte del mar se extendía más ampliamente; pero, a la derecha, la mirada, detenida por el promontorio agudo del sudeste, no podía determinar si la costa se unía dando una brusca vuelta a alguna tierra situada en segundo término. A la izquierda, el radio de visión aumentaba unas millas hacia el norte; sin embargo, desde el noroeste, en el punto que ocupaban los exploradores, quedaba cortado en seco por la arista de un contrafuerte caprichosamente cortado, que formaba como el poderoso estribo del cono central. Así pues, aún no se podía intuir nada acerca de la cuestión que quería resolver Cyrus Smith.

A la una reanudaron el ascenso. Tuvieron que desviarse en dirección sudoeste y adentrarse de nuevo en una vegetación bastante densa. Allí, bajo la protección de los árboles, revoloteaban varias parejas de gallináceas de la familia de los faisanes. Eran tragopanes, provistos de un moco carnoso que les colgaba del cuello y de dos delgados cuernos cilíndricos insertados detrás de los ojos. Tenían el tamaño de un gallo y la hembra era de un color pardo uniforme, mientras que el macho resplandecía bajo un plumaje rojo salpicado de pequeñas lágrimas blancas. Gedeon Spilett, de una pedrada hábil y vigorosamente lanzada, mató a uno de esos tragopanes, que Pencroff, al que el aire libre había abierto el apetito, miró no sin cierta avidez.

Una vez que hubieron salido de esa densa vegetación, los escaladores, aupándose unos a otros, treparon por un tramo muy empinado de unos cien pies hasta llegar a un rellano superior, poco arbolado, cuyo suelo adoptaba una apariencia volcánica. A partir de ahí había que volver hacia el este describiendo curvas que hacían las pendientes más practicables, pues eran tremendamente empinadas y los obligaban a escoger con cuidado el lugar donde poner los pies. Nab y Harbert iban en cabeza, y Pencroff al final; entre ellos, Cyrus y el reportero. Los animales que frecuentaban aquellas alturas —y huellas no faltaban— debían pertenecer necesariamente a esa raza dotada de patas estables y lomo flexible llamada gamuza o rebeco. Vieron algunos, pero no fue ese el nombre que les dio Pencroff, quien en un momento dado gritó:

—¡Corderos!

Todos se habían detenido a cincuenta pasos de media docena de

animales de gran tamaño, con fuertes cuernos de punta aplastada curvados hacia atrás y lana oculta bajo largos pelos sedosos de color rojizo.

No eran corderos corrientes, sino una especie que vive comúnmente en las regiones montañosas de las zonas templadas y a la que Harbert dio el nombre de musmones.

—¿Tienen piernas y costillas comestibles? —preguntó el marino.

—Sí —respondió Harbert.

—¡Entonces son corderos! —dijo Pencroff.

Esos animales, inmóviles entre los fragmentos de basalto, miraban con ojos atónitos, como si vieran por primera vez a unos bípedos humanos. Luego, súbitamente despertado su temor, desaparecieron saltando de roca en roca.

—¡Hasta la vista! —les dijo Pencroff en un tono tan cómico que Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert y Nab no pudieron evitar echarse a reír.

El ascenso continuó. Se observaban con frecuencia, en algunos declives, rastros de lava caprichosamente estriados. Pequeñas solfataras cortaban de cuando en cuando el camino seguido por los escaladores y había que bordearlas. En algunos puntos, el azufre había depositado en forma de concreciones cristalinas, en medio de esas materias que generalmente preceden a las erupciones de lava, puzolanas de grano irregular y requemadas, así como cenizas blancuzcas formadas por una infinidad de pequeños cristales feldespáticos.

En las proximidades de la primera meseta, formada por el truncamiento del cono inferior, las dificultades del ascenso aumentaron considerablemente. Hacia las cuatro, el final de la zona de árboles había quedado atrás. Solo quedaban, muy dispersos, algunos pinos tortuosos y descarnados, que debían de tener más vidas que los gatos para resistir, a esa altura, los potentes vientos marinos. Por suerte para el ingeniero y sus compañeros, hacía buen tiempo, la atmósfera estaba tranquila, pues un fuerte viento a una altura de tres mil pies habría dificultado sus movimientos. La pureza del cielo en el cenit se percibía gracias a la transparencia del aire. Una calma total reinaba a su alrededor. Ya no veían el sol, oculto en ese momento por la vasta pantalla del cono superior, que tapaba la mitad del horizonte por el lado oeste y cuya enorme

sombra, alargándose hasta el litoral, crecía a medida que el astro radiante descendía en su recorrido diurno. Unos vapores, más bruma que nubes, empezaban a aparecer en el este y, bajo la acción de los rayos solares, se teñían de todos los colores del espectro.

Tan solo quinientos pies separaban a los exploradores de la meseta a la que querían llegar con objeto de montar un campamento para pasar la noche, pero esos quinientos pies se incrementaron en más de dos millas a causa de los zigzags que hubo que describir. El suelo, por decirlo de algún modo, escapaba bajo sus pies. Las pendientes presentaban a menudo un ángulo tan abierto que resbalaban sobre los regueros de lava cuando las estrías, desgastadas por el aire, no ofrecían un punto de apoyo suficiente. Por último, aunque poco a poco, iba oscureciendo, y era casi de noche cuando Cyrus Smith y sus compañeros, cansadísimos tras una subida de siete horas, llegaron a la meseta del primer cono.

Entonces hubo que organizar el campamento y reponer fuerzas, primero cenando y después durmiendo. Este segundo rellano de la montaña se alzaba sobre una base de rocas, entre las cuales encontraron fácilmente un refugio. El combustible no abundaba. Sin embargo, podían encender fuego utilizando el musgo y la broza seca que cubría algunas zonas de la meseta. Mientras el marino preparaba el hogar sobre unas piedras que dispuso para este uso, Nab y Harbert se ocuparon de aprovisionarlo de combustible. No tardaron en volver cargados de broza. El eslabón fue frotado, la tela chamuscada recogió las chispas del sílex y, gracias a los soplidos de Nab, en unos instantes se formó al abrigo de las rocas una fogata crepitante.

Esa fogata solo estaba destinada a combatir la temperatura un poco fría de la noche y no fue empleada para cocinar el faisán, que Nab reservaba para el día siguiente. Los restos del carpincho y unas docenas de piñones fueron los elementos que constituyeron la cena. Antes de las seis y media ya no quedaba nada.

A Cyrus Smith se le ocurrió entonces explorar, en la semioscuridad, esos anchos cimientos circulares que sostenían el cono superior de la montaña. Antes de descansar un poco, quería saber si ese cono podría ser rodeado por la base, por si acaso sus laderas, demasiado en pendiente, lo hacían inaccesible hasta la cima. Esa cuestión no dejaba de preocuparle, pues era posible que,

por el lado donde el sombrero se inclinaba, es decir, hacia el norte, la meseta no fuera practicable. Y si, por un lado, no se podía llegar a la cima de la montaña, y, por otro, no se podía rodear la base del cono, sería imposible examinar la porción occidental de la región y, en consecuencia, lograr el objetivo del ascenso, que resultaría en parte un fracaso.

Así pues, el ingeniero, sin tener en cuenta su cansancio, dejó a Pencroff y a Nab organizando cómo iban a dormir y a Gedeon Spilett anotando los incidentes del día, y se dirigió hacia el norte. Harbert lo acompañaba.

Hacía una noche hermosa y tranquila, y la oscuridad todavía no era muy profunda. Cyrus Smith y el muchacho caminaban uno junto a otro en silencio. En algunos lugares, la meseta se abría ampliamente ante ellos y pasaban sin dificultad. En otros, obstruida por los desprendimientos, solo ofrecía una estrecha senda por la que dos personas no podían cruzarse. Al cabo de veinte minutos de marcha, Cyrus Smith y Harbert incluso tuvieron que detenerse. A partir de ese punto, la inclinación de los conos se igualaba. Desaparecía el rellano que separaba las dos partes de la montaña. Rodearla por unas laderas con una inclinación de casi setenta grados resultaba imposible.

Pero, si bien el ingeniero y el joven tuvieron que renunciar a seguir una dirección circular, se les presentó, en cambio, la posibilidad de atacar directamente el ascenso del cono.

En efecto, ante ellos se abría una profunda cavidad en el macizo. Era la boca del cráter superior, o más bien el cuello, por donde escapaban las materias eruptivas líquidas en la época en que el volcán estaba todavía en actividad. La lava endurecida y la escoria solidificada formaban una especie de escalera natural, de peldaños ampliamente perfilados, que facilitaría el acceso a la cima de la montaña.

Una mirada bastó a Cyrus Smith para reconocer esa disposición y, sin dudarlo, seguido del joven, se metió en la enorme hendidura en medio de una oscuridad creciente.

Faltaba todavía por salvar una altura de mil pies. ¿Serían practicables las pendientes interiores? Ya lo verían. El ingeniero continuaría su marcha ascensional mientras nada lo detuviera. Afortunadamente, esas pendientes, muy largas y sinuosas,

describían una amplia espiral en el interior del volcán y favorecían el ascenso.

Por lo que respectaba al volcán, quedaba fuera de toda duda que estaba completamente apagado. De sus laderas no escapaba humo alguno. En sus cavidades profundas no se veía ninguna llama. Ni un rugido, ni un murmullo, ni un temblor salían de ese pozo oscuro que quizá llegaba hasta las mismas entrañas del globo. Ni siquiera la atmósfera estaba saturada, dentro del cráter, por ningún vapor sulfuroso. Era algo más que el sueño de un volcán; era su completa extinción.

La tentativa de Cyrus Smith tenía que ser un éxito. Poco a poco, Harbert y él, subiendo por las paredes interiores, vieron ensancharse el cráter por encima de su cabeza. El radio de esa porción circular de cielo, enmarcada por los bordes del cono, aumentó sensiblemente. A cada paso que Cyrus Smith y Harbert daban, nuevas estrellas entraban en su campo de visión. Las magníficas constelaciones de ese cielo austral resplandecían. En el cenit, la espléndida Antares de Escorpión y, no lejos de ella, esa β de Centauro que se cree que es la estrella más próxima al globo terráqueo despedían un brillo puro. Con el ensanchamiento del cráter, aparecieron Fomalhaut de Piscis, el Triángulo austral y, por último, casi en el polo antártico del mundo, la reluciente Cruz del Sur que sustituye a la estrella Polar del hemisferio boreal.

Eran casi las ocho cuando Cyrus Smith y Harbert pisaron la cresta superior del monte, la cima del cono.

La oscuridad era entonces completa y no permitía a la mirada extenderse en un radio de dos millas. ¿Rodeaba el mar esa tierra desconocida, o estaba esa tierra unida por el oeste a un continente del Pacífico? Aún no podían saberlo. Hacia el oeste, una franja nubosa, claramente dibujada en el horizonte, intensificaba las tinieblas, y el ojo era incapaz de distinguir si el cielo y el agua se confundían en una misma línea circular.

Sin embargo, en un punto de ese horizonte apareció de pronto un vago resplandor que descendía lentamente a medida que la nube subía hacia el cenit.

Era la delgada luna menguante, ya a punto de desaparecer. Pero su luz fue suficiente para dibujar con toda claridad la línea horizontal, separada en ese momento de la nube, y el ingeniero

pudo ver por un instante su imagen trémula reflejada en una superficie líquida.

Cyrus Smith cogió al joven de la mano.

—Una isla —dijo con voz grave en el momento en que la luna se apagaba en el mar.

XI

*En la cima del cono – El interior del cráter – Totalmente
rodeados de mar – Ninguna tierra a la vista – El litoral a vista de
pájaro – Hidrografía y orografía – ¿Está habitada la isla? –
Bautismo de las bahías, los golfos, los cabos, los ríos, etcétera. –
La isla Lincoln*

Media hora más tarde, Cyrus Smith y Harbert estaban de regreso en el campamento. El ingeniero se limitó a decir a sus compañeros que la tierra a la que el azar los había llevado era una isla y que al día siguiente pensarían lo que iban a hacer. Luego, cada uno se las arregló como pudo para dormir y, en aquel agujero de basalto, a una altitud de dos mil quinientos pies sobre el nivel del mar, en una noche apacible, los «insulares» disfrutaron de un descanso profundo.

Al día siguiente, 30 de marzo, tras un almuerzo sencillo, compuesto exclusivamente por el tragopán asado, el ingeniero quiso volver a subir a la cima del volcán a fin de observar con atención la isla en la que él y los suyos quizá se hallaban atrapados de por vida, si estaba situada a una gran distancia de cualquier tierra o si no se encontraba en las rutas de los barcos que visitan los archipiélagos del océano Pacífico. Sus amigos lo acompañaron en esta nueva exploración. Ellos también querían ver esa isla a la que iban a pedirle que subviniera a todas sus necesidades.

Debían de ser aproximadamente las siete de la mañana cuando Cyrus Smith, Harbert, Pencroff, Gedeon Spilett y Nab salieron del campamento. Ninguno parecía preocupado por la situación en la que se encontraban. Indudablemente, tenían fe en sí mismos, pero es preciso señalar que el punto de apoyo de esa fe no era el mismo en Cyrus Smith que en sus compañeros. El ingeniero tenía confianza

porque se sentía capaz de arrancar a esa naturaleza salvaje todo lo necesario para la vida de sus compañeros y la suya propia, y estos no temían nada precisamente porque Cyrus Smith estaba con ellos. Esta diferencia de matiz era comprensible. Pencroff, sobre todo, desde el episodio del fuego, no habría desesperado un solo instante ni aunque se encontrase sobre una roca desnuda, si el ingeniero estaba con él sobre esa roca.

—¡Bah! —dijo el marino—. Salimos de Richmond sin permiso de las autoridades. Sería el colmo que no consiguiéramos un día u otro marcharnos de un lugar donde sin duda nadie nos retendrá.

Cyrus Smith siguió el mismo camino que el día anterior. Rodearon el cono por la meseta que formaba un rellano hasta la boca de la enorme hendidura. Hacía un tiempo magnífico. El sol se elevaba por un cielo puro y cubría con sus rayos toda la ladera oriental de la montaña.

Entraron en el cráter. Era exactamente tal como el ingeniero lo había imaginado en la semioscuridad, es decir, un vasto embudo que iba ensanchándose desde la meseta hasta alcanzar una altura de mil pies. En la parte de abajo, anchos y espesos regueros de lava serpenteaban por las laderas del monte, jalonando de este modo con las materias eruptivas el camino hasta los valles inferiores que surcaban la porción septentrional de la isla.

El interior del cráter, cuya inclinación no sobrepasaba los treinta y cinco o cuarenta grados, no presentaba ni dificultades ni obstáculos para el ascenso. Se observaba el rastro de erupciones de lava muy antiguas, que probablemente salían por la cima del cono antes de que esa hendidura lateral les abriera una vía nueva.

En cuanto a la chimenea volcánica que establecía la comunicación entre las capas subterráneas y el cráter, no se podía calcular su profundidad a simple vista, pues se perdía en la oscuridad. Pero en lo que se refiere a la extinción completa del volcán, estaba fuera de toda duda.

Antes de las ocho, Cyrus Smith y sus compañeros estaban reunidos en la cima del cráter, sobre una protuberancia cónica que agrandaba el borde septentrional.

—¡Mar! ¡Mar por todas partes! —exclamaron, como si sus labios no hubieran podido retener esas palabras que los convertían en insulares.

¡El mar, en efecto, la inmensa capa de agua circular a su alrededor! Quizá, mientras volvía a subir a la cima del cono, Cyrus Smith había tenido la esperanza de descubrir alguna costa, alguna isla cercana que la oscuridad le hubiera impedido ver la noche anterior. Pero no apareció nada entre ellos y los límites del horizonte, es decir, en un radio de más de cincuenta millas. Ninguna tierra a la vista. Ni una sola vela. Toda esa inmensidad estaba desierta, y la isla ocupaba el centro de una circunferencia que parecía infinita.

El ingeniero y sus compañeros, mudos, inmóviles, durante unos minutos recorrieron con la mirada todos los puntos del océano. Sus ojos escudriñaron ese océano hasta sus límites más extremos. Pero Pencroff, que poseía una maravillosa capacidad visual, no vio nada, y si hubiese habido alguna tierra, aunque hubiera aparecido en forma de un imperceptible vapor, indudablemente no habría escapado a la mirada del marino, pues eran dos auténticos telescopios lo que la naturaleza había puesto bajo sus arcos ciliares.

Las miradas se trasladaron del océano a la isla, que dominaban entera, y la primera pregunta fue formulada por Gedeon Spilett en estos términos:

—¿Qué tamaño debe de tener esta isla?

Realmente, no parecía considerable en medio de aquel inmenso océano.

Cyrus Smith reflexionó durante unos instantes; observó atentamente el perímetro de la isla, teniendo en cuenta la altura a la que se hallaba situado.

—Amigos míos —dijo a continuación—, no creo equivocarme estimando la extensión del litoral de la isla en más de cien millas.

—Y, en consecuencia, su superficie...

—Resulta difícil calcularla —contestó el ingeniero—, pues tiene un perfil extremadamente caprichoso.

Si Cyrus Smith no se equivocaba en su estimación, la isla tenía aproximadamente la extensión de Malta o Zante, en el Mediterráneo; pero era, al mismo tiempo, mucho más irregular, y tenía menos cabos, promontorios, puntas, bahías, ensenadas y calas. Su forma, verdaderamente extraña, resultaba sorprendente, y cuando Gedeon Spilett, siguiendo los consejos del ingeniero, hubo dibujado sus contornos, les pareció que se asemejaba a un animal

fantástico, una especie de monstruoso pterópodo dormido en la superficie del Pacífico.

He aquí la configuración exacta de la isla, que es importante dar a conocer y cuyo mapa fue trazado inmediatamente por el reportero con bastante precisión.

La porción este del litoral, es decir, aquella en la que los náufragos habían aterrizado, se abría ampliamente y bordeaba una vasta bahía rematada al sudeste por un cabo agudo, que una punta había ocultado a Pencroff en su primera exploración. Al nordeste, otros dos cabos cerraban la bahía, y entre ellos se hundía un estrecho golfo que recordaba la mandíbula entreabierta de un formidable escualo.

Del nordeste al noroeste, la costa presentaba un perfil más suave, semejante al cráneo achatado de una fiera, para elevarse en una especie de gibosidad que no proporcionaba un dibujo muy preciso a esta parte de la isla, cuyo centro estaba ocupado por la montaña volcánica.

Desde ese punto, el litoral se extendía con bastante regularidad hacia el norte y hacia el sur, ahuecado en dos tercios de su perímetro por una estrecha cala, a partir de la cual terminaba en una larga cola similar al apéndice caudal de un gigantesco aligátor.

Esa cola formaba una verdadera península que se adentraba más de treinta millas en el mar contando desde el cabo sudeste de la isla, ya mencionado, y se redondeaba describiendo una rada muy abierta, que constituía el litoral inferior de esta tierra tan extrañamente recortada.

En su parte más estrecha, es decir, entre las Chimeneas y la cala observada en la costa occidental que le correspondía en latitud, la isla solo medía diez millas; pero en su parte más larga, desde la mandíbula del nordeste hasta la punta de la cola del sudoeste, no tenía menos de treinta.

En cuanto al interior de la isla, su aspecto general era este: muy arbolada en toda la porción meridional, desde la montaña hasta el litoral, y árida y arenosa en la parte septentrional. Entre el volcán y la costa este, Cyrus Smith y sus compañeros se quedaron bastante sorprendidos de ver un lago, rodeado de verdes árboles, cuya existencia no sospechaban. Visto desde aquella altura, el lago parecía estar al mismo nivel que el mar, pero, después de pensarlo

bien, el ingeniero explicó a sus compañeros que la altitud de esa pequeña capa de agua debía de ser de trescientos pies, pues la meseta que le servía de cuenca era una prolongación de la de la costa.

—Entonces, ¿es un lago de agua dulce? —preguntó Pencroff.

—Forzosamente —respondió el ingeniero—, ya que tienen que alimentarlo las aguas que bajan de la montaña.

—Veo un pequeño río que desemboca ahí —dijo Harbert, señalando un estrecho arroyo que debía de nacer en los contrafuertes del oeste.

—En efecto —contestó Cyrus Smith—, y puesto que ese arroyo alimenta el lago, es probable que por el lado del mar exista un desagadero por donde sale el exceso de agua. Lo veremos a la vuelta.

Ese pequeño curso de agua, bastante sinuoso, y el río ya reconocido constituían el sistema hidrográfico, al menos tal como se ofrecía a la vista de los exploradores. Sin embargo, era posible que, bajo las masas de árboles que convertían dos tercios de la isla en un bosque inmenso, otros ríos fluyesen hacia el mar. Incluso era de suponer, dado lo fértil y rica que se mostraba esa región en espléndidas muestras de la flora característica de las zonas templadas. En cuanto a la parte septentrional, ningún indicio de cursos de agua; tal vez aguas estancadas en la porción pantanosa del nordeste, pero nada más. En resumidas cuentas, dunas, arena, una aridez muy pronunciada que contrastaba vivamente con la opulencia del suelo en casi toda su extensión.

El volcán no ocupaba la parte central de la isla. Se alzaba, por el contrario, en la región del noroeste y parecía marcar el límite de las dos zonas. Al sudoeste, al sur y al nordeste, los primeros rellanos de los contrafuertes desaparecían bajo masas de vegetación. Al norte, en cambio, se podían seguir sus ramificaciones, que iban a morir en las llanuras de arena. Era también en ese lado donde, en la época de las erupciones, la lava se había abierto paso, formando una ancha calzada que se prolongaba hasta la estrecha mandíbula que formaba un golfo al nordeste.

Cyrus Smith y los suyos permanecieron una hora en la cima de la montaña. La isla se extendía ante sus ojos como un plano en relieve con sus diferentes colores: los bosques en verde, la arena en

amarillo y el agua en azul. La veían en su conjunto, y lo único que escapaba a su observación era el suelo oculto bajo la inmensa vegetación, la vaguada de los valles sombreados y el interior de las estrechas gargantas abiertas al pie del volcán.

Quedaba por resolver una cuestión grave y que influiría singularmente en el futuro de los náufragos.

¿Estaba habitada la isla?

Fue el reportero quien formuló esa pregunta, a la que parecía que, después del minucioso examen que acababa de ser realizado de las diversas regiones del territorio insular, ya se podía responder negativamente.

En ninguna parte se veía la obra de la mano humana. Ni una aglomeración de casas, ni una cabaña aislada, ni actividad pesquera en el litoral. Ninguna columna de humo se elevaba por el aire y delataba la presencia del hombre. Es cierto que una distancia de aproximadamente treinta millas separaba a los observadores de los puntos extremos, es decir, de esa cola que se prolongaba hacia el sudoeste, y habría sido difícil, incluso para los ojos de Pencroff, descubrir ahí una vivienda. Tampoco se podía levantar esa cortina de vegetación que cubría tres cuartas partes de la isla y ver si albergaba o no alguna aldea. Pero, por regla general, en esos reducidos espacios que han emergido de las aguas del Pacífico los insulares viven en el litoral, y el litoral parecía estar completamente desierto.

Hasta que llevaran a cabo una exploración más completa, podían, pues, admitir que la isla estaba deshabitada.

Pero ¿era frecuentada, al menos ocasionalmente, por los indígenas de las islas vecinas? A esa pregunta, era difícil responder. No se veía tierra alguna en un radio de aproximadamente cincuenta millas. Pero cincuenta millas se pueden recorrer fácilmente, bien con praos malayos o bien con grandes piraguas polinesias. Todo dependía, por lo tanto, de la situación de la isla, de su aislamiento en el Pacífico o de su proximidad a los archipiélagos. ¿Conseguiría Cyrus Smith determinar, sin instrumentos, su posición en latitud y en longitud? Sería difícil. Ante la duda, era conveniente, pues, tomar ciertas precauciones contra una posible llegada de indígenas vecinos.

La exploración de la isla estaba realizada, su configuración,

determinada, su relieve, establecido, su extensión, calculada, y su hidrografía y su orografía, examinadas. La disposición de los bosques y de las llanuras había sido reflejada de un modo general en el plano del reportero. No quedaba más que bajar por las laderas de la montaña y explorar el suelo desde el triple punto de vista de sus recursos minerales, vegetales y animales.

Pero, antes de dar a sus compañeros la señal de partir, Cyrus Smith les dijo con su voz serena y grave:

—Este es, amigos míos, el pequeño trozo de tierra al que la mano del Todopoderoso nos ha traído. Aquí es donde vamos a vivir, quizá durante mucho tiempo. También es posible que nos llegue una ayuda inesperada, si por casualidad pasa un barco. Digo por casualidad porque esta isla es poco importante; ni siquiera ofrece un puerto donde puedan hacer escala las embarcaciones, y es de temer que esté fuera de las rutas comúnmente seguidas, es decir, demasiado al sur para los barcos que frecuentan los archipiélagos del Pacífico y demasiado al norte para los que van a Australia doblando el cabo de Hornos. No quiero ocultarles cuál es la situación...

—Y hace bien, querido Cyrus —repuso vivamente el reportero—. Está tratando con hombres. Hombres que confían en usted y con los que usted puede contar. ¿Verdad, amigos?

—Yo le obedeceré en todo, señor Cyrus —dijo Harbert, cogiéndole la mano al ingeniero.

—¡Usted es mi señor, siempre y donde estemos! —dijo Nab.

—En lo que a mí respecta —dijo el marino—, ¡que pierda mi apellido si hago ascos al trabajo! Y si usted quiere, señor Smith, convertiremos esta isla en una pequeña América. Construiremos ciudades, tenderemos vías férreas, instalaremos telégrafos, y un buen día, cuando esté completamente transformada, completamente urbanizada, completamente civilizada, iremos a ofrecérsela al gobierno de la Unión. Solo pido una cosa.

—¿Qué? —preguntó el reportero.

—Que no sigamos considerándonos náufragos, sino colonos que han venido aquí a colonizar.

Cyrus Smith no pudo evitar sonreír y la propuesta del marino fue aprobada. Acto seguido, dio las gracias a sus compañeros y añadió que contaba con su energía y con la ayuda del cielo.

—¡Pues en marcha hacia las Chimeneas! —dijo Pencroff.

—Un momento, amigos —dijo el ingeniero—. Me parece aconsejable ponerle un nombre a la isla, así como a los cabos, promontorios y cursos de agua que tenemos a la vista.

—Muy aconsejable —dijo el reportero—. Eso simplificará en el futuro las instrucciones que tengamos que dar o que seguir.

—Efectivamente —aprobó el marino—. Y poder decir adónde vamos o de dónde venimos ya es algo. Por lo menos parece que estemos en algún sitio.

—Las Chimeneas, por ejemplo —dijo Harbert.

—¡Exacto! —contestó Pencroff—. Ese nombre ya resultaba cómodo, y me salió sin pensar. ¿Mantendremos el nombre de Chimeneas para nuestro primer campamento, señor Cyrus?

—Sí, Pencroff.

—Bien. En cuanto a lo demás, será fácil —prosiguió el marino, que estaba inspirado—. Pongamos nombres como los que ponían los Robinsones, cuya historia Harbert me ha leído más de una vez: bahía Providencia, punta de los Cachalotes, cabo de la Esperanza Frustrada...

—O los nombres del señor Smith —propuso Harbert—, del señor Spilett, de Nab...

—¡Mi nombre! —exclamó Nab, mostrando la deslumbrante blancura de sus dientes.

—¿Por qué no? —dijo Pencroff—. Puerto Nab quedaría muy bien, y cabo Gedeon...

—Yo preferiría nombres tomados de nuestro país —dijo el reportero—. Así nos recordarían a América.

—Sí, en lo que respecta a los principales —intervino Cyrus Smith—, a los de las bahías y los mares, estoy de acuerdo. Nada mejor, amigos míos, que poner a esta vasta bahía del este el nombre de bahía de la Unión, por ejemplo, a ese amplio entrante del sur, el de bahía Washington, al monte que nos sostiene en este momento, el de monte Franklin, y a ese lago que se extiende ante nuestros ojos, el de lago Grant. Esos nombres nos recordarán nuestro país y a los grandes ciudadanos que lo han honrado. Pero, para los ríos, golfos, cabos y promontorios que vemos desde lo alto de esta montaña, escojamos denominaciones que hagan referencia más bien a su configuración particular. Se grabarán mejor en nuestra mente y

serán a la vez más prácticas. La forma de la isla es bastante rara para que no nos cueste imaginar nombres que estén a la altura. En cuanto a los cursos de agua que no conocemos, a las diversas partes del bosque que exploraremos más adelante, a las calas que descubriremos, los bautizaremos a medida que vayamos encontrándolos. ¿Qué les parece, amigos míos?

La propuesta del ingeniero fue aprobada unánimemente por sus compañeros. La isla estaba ante sus ojos como un mapa desplegado y no había más que dar nombre a todos sus entrantes y salientes, así como a todos sus relieves. Gedeon Spilett los escribiría conforme fueran poniéndolos y la nomenclatura de la isla sería definitivamente adoptada.

Para empezar, llamaron bahía de la Unión, bahía Washington y monte Franklin a las dos bahías y la montaña, tal como había dicho el ingeniero.

—Ahora —dijo el reportero—, a esa península que se extiende al sudoeste de la isla, yo propondría ponerle el nombre de península Serpentina, y el de promontorio del Reptil [Reptile-end] a la cola curvada que la remata, pues es realmente como la cola de un reptil.

—Aprobado —dijo el ingeniero.

—Y a ese otro extremo de la isla, a ese golfo que parece una gran boca abierta, llamémoslo golfo del Tiburón [Sharkgulf].

—¡Buena idea! —exclamó Pencroff—. Y completaremos la imagen llamando cabo Mandíbula [Mandible-cape] a las dos partes de la boca.

—Pero hay dos cabos —observó el reportero.

—Pues tendremos el cabo Mandíbula Norte y el cabo Mandíbula Sur —repuso Pencroff.

—Ya está escrito —dijo Gedeon Spilett.

—Falta por bautizar la punta del extremo sudeste de la isla —dijo Pencroff.

—O sea, el extremo de la bahía de la Unión, ¿no? —dijo Harbert.

—Cabo de la Zarpa [Claw-cape] —dijo inmediatamente Nab, que también quería ser padrino de un trozo cualquiera de sus dominios.

Y realmente Nab había encontrado una denominación excelente, pues ese cabo parecía exactamente la poderosa zarpa del animal

fantástico que esa isla de perfil tan singular representaba.

Pencroff estaba encantado con el cariz que tomaban las cosas, y las imaginaciones, un tanto sobreexcitadas, pusieron rápidamente nombre a todo lo demás.

Al río que proporcionaba el agua potable a los colonos, y junto al cual los había dejado el globo, lo llamaron río de la Misericordia en agradecimiento a la Providencia.

Al islote sobre el que los náufragos habían tomado tierra, lo llamaron islote de la Salvación [Safety-island].

A la meseta que coronaba la alta muralla de granito, por encima de las Chimeneas, y desde donde la mirada podía abarcar toda la vasta bahía, la llamaron meseta de Vistagrande.

Por último, a todo ese macizo de bosques impenetrables que cubrían la península Serpentina, lo llamaron bosques del Far-West.

La nomenclatura de las partes visibles y conocidas de la isla quedaba así concluida, y más adelante la completarían a medida que fueran haciendo nuevos descubrimientos.

En cuanto a la orientación de la isla, el ingeniero la había determinado de forma aproximada tomando como referencia la altura y la posición del sol, lo cual situaba la bahía de la Unión y toda la meseta de Vistagrande al este. Pero pensaba establecer con precisión el norte de la isla al día siguiente, tomando nota de la hora exacta de la salida y la puesta del sol y determinando su posición en el momento en que hubiera transcurrido la mitad del tiempo entre una y otra, pues, como consecuencia de su situación en el hemisferio austral, el sol, en el momento preciso de su culminación, pasaba por el norte y no por el mediodía, como, en su movimiento aparente, parece hacerlo en los lugares situados en el hemisferio boreal.

Así pues, estaba todo hecho, y los colonos no tenían más que bajar del monte Franklin para regresar a las Chimeneas cuando Pencroff, de pronto, exclamó:

—¡Menudo despiste el nuestro!

—¿Qué pasa? —preguntó Gedeon Spilett, que había cerrado su cuaderno y se estaba levantando para ponerse en marcha.

—¿Y nuestra isla? ¿Se nos ha olvidado bautizarla!

Harbert iba a proponer ponerle el nombre del ingeniero, y todos sus compañeros habrían aplaudido la propuesta, cuando Cyrus

Smith dijo simplemente:

—Pongámosle el nombre de un gran ciudadano, amigos míos, el del que en estos momentos lucha para defender la unidad de la república americana. ¡Llamémosla isla Lincoln!

Tres hurras fueron la respuesta que recibió la proposición del ingeniero.

Y esa noche, antes de dormirse, los nuevos colonos charlaron de su país lejano; hablaron de esa terrible guerra que lo ensangrentaba; no podían poner en duda que el Sur fuera a ser reducido en un breve plazo y que la causa del Norte, la causa de la justicia, fuera a triunfar gracias a Grant, gracias a Lincoln.

Esto sucedía el 30 de marzo de 1865, y no sabían que dieciséis días más tarde se cometería un crimen en Washington y que el viernes santo Abraham Lincoln caería abatido por el disparo de un fanático.

XII

El ajuste de los relojes – Pencroff está satisfecho – Un humo sospechoso – El curso del arroyo Rojo – La flora de la isla Lincoln – La fauna – Los faisanes de montaña – La persecución de los canguros – El agutí – El lago Grant – Regreso a las Chimeneas

Los colonos de la isla Lincoln dirigieron una última mirada a su alrededor, rodearon el cráter por su estrecha arista y media hora después habían bajado a la primera meseta, a su campamento nocturno.

Pencroff pensó que era la hora de comer y, al plantearse esta cuestión, se consideró oportuno ajustar los relojes de Cyrus Smith y el reportero.

Sabemos que el de Gedeon Spilett había sido respetado por el agua del mar, puesto que el reportero había caído sobre la arena, fuera del alcance de las olas. Era un instrumento maravillosamente construido, un verdadero cronómetro de bolsillo al que Gedeon Spilett no había olvidado dar cuerda cuidadosamente ni un solo día.

En cuanto al reloj del ingeniero, forzosamente había estado parado durante el tiempo que Cyrus Smith había pasado en las dunas.

Así pues, el ingeniero le dio cuerda y, calculando aproximadamente por la altura del sol que debían de ser alrededor de las nueve de la mañana, puso el reloj a esa hora.

Gedeon Spilett se disponía a imitarlo cuando el ingeniero, deteniéndolo con la mano, le dijo:

—No, querido Spilett, espere. Usted ha conservado la hora de Richmond, ¿verdad?

—Sí, Cyrus.

—Por consiguiente, su reloj está ajustado con el meridiano de esa ciudad, meridiano que es más o menos el de Washington.

—En efecto.

—Pues, entonces, déjelo como está. Límitese a darle cuerda todos los días sin falta y no toque las agujas. Podrá sernos de utilidad.

«No sé para qué», pensó el marino.

Comieron, y con tanto apetito que la reserva de caza y de piñones se acabó por completo. Pero Pencroff no se preocupó en absoluto. Se reaprovisionarían por el camino. Top, cuya ración había sido muy escasa, se espabilaría para encontrar una nueva presa entre la vegetación. Además, el marino pensaba pedirle al ingeniero, como si fuera la cosa más natural del mundo, que fabricara pólvora y una o dos escopetas de caza, convencido de que tal cosa no presentaría ninguna dificultad.

En el momento de ponerse en marcha, Cyrus Smith propuso a sus compañeros tomar otro camino para volver a las Chimeneas. Deseaba reconocer el lago Grant, tan magníficamente rodeado de árboles. Siguieron, pues, la cresta de uno de los contrafuertes, entre los cuales probablemente nacía el *creek* el arroyo que lo alimentaba. En su conversación, los colonos solo empleaban ya los nombres propios que acababan de elegir, lo que facilitaba sobremanera el intercambio de ideas. Harbert y Pencroff —el primero joven y el segundo un poco infantil— estaban encantados, y mientras caminaban, el marino decía:

—¡Eh, Harbert!, ¿cómo va eso? Imposible perdernos, muchacho, pues, tanto si seguimos el camino del lago Grant como si desembocamos en el río de la Misericordia a través de los bosques del Far-West, llegaremos forzosamente a la meseta de Vistagrande y, por consiguiente, a la bahía de la Unión.

Había quedado acordado que, sin formar un grupo compacto, los colonos no se separarían demasiado unos de otros. Con toda seguridad, animales peligrosos habitaban los espesos bosques de la isla y era prudente permanecer alerta. Generalmente, Pencroff, Harbert y Nab iban en cabeza, precedidos de Top, que husmeaba todos los rincones. El reportero y el ingeniero caminaban juntos, Gedeon Spilett preparado para anotar cualquier incidente, el ingeniero, callado la mayor parte del tiempo y apartándose del

camino solo para recoger de cuando en cuando alguna cosa, mineral o vegetal, que se guardaba en el bolsillo sin hacer ningún comentario.

—¿Qué demonios cogerá? —mascullaba Pencroff—. ¡Por más que miro, yo no veo nada por lo que valga la pena agacharse!

Hacia las diez, la pequeña comitiva bajaba las últimas pendientes del monte Franklin. El suelo continuaba sembrado de matorrales y tan solo había algún árbol de vez en cuando. Caminaban sobre una tierra amarillenta y calcinada, una llanura de aproximadamente una milla de longitud que precedía a la linde del bosque. Grandes bloques de esa roca basáltica que necesitó para enfriarse trescientos cincuenta millones de años, según los experimentos de Bischof, cubrían la llanura, muy accidentada a trechos. Sin embargo, no había rastros de lava, que había fluido más por las pendientes septentrionales.

Cyrus Smith creía, pues, estar llegando sin incidentes al arroyo, que según él debía de correr bajo los árboles, en la linde de la llanura, cuando vio a Harbert volver precipitadamente, mientras que Nab y el marino se escondían detrás de las rocas.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó Gedeon Spilett.

—Humo —respondió Harbert—. Hemos visto salir humo entre las rocas, a cien pasos de nosotros.

—¿Hombres aquí? —dijo, extrañado, el reportero.

—Evitemos que nos vean antes de saber con quién tenemos que habérmolas —propuso Cyrus Smith—. Si en esta isla hay indígenas, los temo más que los deseo. ¿Dónde está Top?

—Va delante.

—¿Y no ha ladrado?

—No.

—Qué raro. Vamos a llamarlo.

Unos instantes después, el ingeniero, Gedeon Spilett y Harbert se habían reunido con sus dos compañeros y, como ellos, se escondieron detrás de los bloques de basalto.

Desde aquel punto divisaron claramente una espiral de humo que se elevaba hacia el cielo y que presentaba un color amarillo muy marcado.

Top, obedeciendo a un tenue silbido de su amo, regresó, y este último, tras indicar por señas a sus compañeros que lo esperaran,

avanzó entre las rocas.

Los colonos, inmóviles, aguardaban con cierta ansiedad el resultado de esa exploración cuando oyeron a Cyrus Smith llamarlos. Acudieron de inmediato, y nada más llegar los asaltó un olor desagradable que impregnaba la atmósfera.

Ese olor, fácilmente reconocible, había bastado al ingeniero para adivinar qué era aquel humo que al principio le había inquietado, y no sin razón.

—Ese fuego —dijo—, o para ser más exactos ese humo, lo provoca la propia naturaleza. Se trata de un manantial sulfuroso que nos permitirá tratar eficazmente las laringitis.

—¡Fantástico! —exclamó Pencroff—. ¡Qué pena que no esté acatarrado!

Los colonos se dirigieron entonces hacia el lugar de donde salía el humo. Allí vieron un manantial sulfúreo sódico que fluía abundantemente entre las rocas y cuyas aguas despedían un fuerte olor de ácido sulfhídrico después de haber absorbido el oxígeno del aire.

Cyrus Smith sumergió la mano en el agua y la encontró untuosa al tacto. La probó y notó un sabor un poco dulzón. En cuanto a su temperatura, la estimó en 95° Fahrenheit [35 °C]. Harbert le preguntó en qué basaba esa estimación.

—Simplemente, hijo, en que al sumergir la mano en el agua no he experimentado ninguna sensación ni de frío ni de calor. Lo que significa que su temperatura es la misma que la del cuerpo humano, es decir, alrededor de 95°.

Puesto que el manantial sulfúreo no les era de ninguna utilidad en ese momento, los colonos se dirigieron hacia el espeso lindero del bosque que se extendía a unos cientos de pasos.

Allí, tal como habían supuesto, las aguas vivas y límpidas del arroyo corrían entre altas riberas de tierra roja, cuyo color revelaba la presencia de óxido de hierro. Dicho color hizo que pusieran inmediatamente a esa corriente de agua el nombre de arroyo Rojo.

Era un riachuelo ancho, profundo y claro, formado por las aguas de la montaña, el cual, deslizándose apaciblemente sobre la arena en unos trechos y rugiendo al caer sobre las rocas o precipitarse en cascada en otros, fluía hacia el lago a lo largo de una milla y media, con una anchura variable que iba de los treinta a los cuarenta pies.

Sus aguas eran dulces, lo que hacía suponer que las del lago también lo serían. Una circunstancia favorable, en caso de que encontraran en sus orillas una morada mejor que las Chimeneas.

En cuanto a los árboles que, unos cientos de pies aguas abajo, daban sombra a las orillas del arroyo, pertenecían en su gran mayoría a las especies que abundan en la zona templada de Australia y de Tasmania; no eran coníferas como las que cubrían la parte de la isla ya explorada a unas millas de la meseta de Vistagrande. En esa época del año, a comienzos del mes de abril, que representa en ese hemisferio el mes de octubre, es decir, a principios de otoño, aún no se les habían caído las hojas. Había sobre todo casuarinas y eucaliptos, algunos de los cuales ofrecerían la primavera siguiente una sustancia dulce muy similar al maná de Oriente. Arboledas de cedros australianos se elevaban también en los claros, cubiertos de ese césped alto que en Nueva Holanda llaman *tussock*. Los cocoteros, sin embargo, tan abundantes en los archipiélagos del Pacífico, parecían inexistentes en la isla, situada sin duda a una latitud demasiado baja.

—¡Qué pena! —se lamentó Harbert—. ¡Un árbol tan útil y que da unos frutos tan hermosos!

Los pájaros abundaban entre aquellas ramas un poco delgadas de los eucaliptos y las casuarinas, las cuales no les estorbaban para desplegar las alas. Cacatúas negras, blancas y grises, papagayos y cotorras de plumaje multicolor, «reyes» de un verde resplandeciente y coronados de rojo, loris azules, *blue-mountains*, todos parecían dejarse ver a través de un prisma y revoloteaban en medio de un cotorreo ensordecedor.

De repente, un curioso concierto de voces discordantes resonó en la espesura. Los colonos oyeron sucesivamente el canto de los pájaros, el grito de los cuadrúpedos y una especie de chillido que hubieran podido creer salido de los labios de un indígena. Nab y Harbert, olvidando los principios de la prudencia más elemental, se precipitaron hacia esa parte. Afortunadamente, no había allí ninguna fiera temible ni ningún indígena peligroso, sino simplemente media docena de esas aves burlonas y cantoras conocidas con el nombre de «faisanes de montaña». Unos bastonazos hábilmente asestados pusieron fin a la escena de imitación y proporcionaron unas excelentes piezas para la cena.

Harbert localizó también unas magníficas palomas de alas de color bronce, unas con un copete espléndido y otras con el plumaje verde, como sus congéneres de Port Macquarie. Pero fue imposible alcanzarlas, al igual que a los cuervos y las urracas, que huían en bandadas. Unas perdigonadas habrían ocasionado una hecatombe entre esas volátiles, pero las únicas armas arrojadizas con las que contaban los cazadores eran piedras, y las únicas armas de asta, palos, y esos útiles primitivos resultaban de todo punto insuficientes.

Su insuficiencia quedó demostrada más claramente aún cuando una manada de cuadrúpedos que daban saltos de treinta pies, verdaderos mamíferos voladores, salieron huyendo por encima de la vegetación, tan prestamente y a tal altura que parecían ardillas pasando de un árbol a otro.

—¡Canguros! —exclamó Harbert.

—¿Y eso se come? —preguntó Pencroff.

—Estofados, son comparables a las mejores piezas de caza mayor —respondió el reportero.

Antes de que Gedeon Spilett hubiera terminado de pronunciar esa frase excitante, el marino, seguido de Nab y Harbert, había echado a correr tras los canguros. Cyrus Smith los llamó en vano. Tan en vano como los cazadores iban a perseguir a esos animales elásticos, que botaban como pelotas. Después de cinco minutos de persecución, ellos estaban exhaustos y la manada desaparecía en la espesura. Top no había tenido más éxito que sus amos.

—Señor Cyrus —dijo Pencroff cuando el ingeniero y el reportero hubieron llegado a su altura—, como ve, es imprescindible fabricar escopetas. ¿Será posible?

—Tal vez —respondió el ingeniero—, pero empezaremos por hacer arcos y flechas, y estoy seguro de que acabarán siendo tan diestros en su manejo como los cazadores australianos.

—¡Arcos y flechas! —repuso Pencroff con una mueca de desdén—. ¡Eso es para niños!

—No se haga el bravucón, amigo Pencroff —intervino el reportero—. Los arcos y las flechas han bastado durante siglos para ensangrentar el mundo. La pólvora se inventó ayer, y la guerra es tan vieja como el género humano... ¡por desgracia!

—A fe mía que es verdad, señor Spilett —contestó el marino—.

Siempre hablo demasiado atolondradamente. Les pido disculpas.

Harbert, concentrado en su ciencia favorita, la historia natural, volvió a sacar a colación los canguros:

—En cualquier caso, nos hemos topado con la especie más difícil de atrapar. Eran canguros gigantes de largo pelaje gris; y, si no me equivoco, existen canguros negros y rojos, canguros rupestres y canguros rata, que son más fáciles de capturar. Como mínimo hay una docena de especies...

—Harbert —replicó sentenciosamente el marino—, para mí solo hay una especie de canguro, el canguro asado, y justo ese es el que va a faltarnos esta noche.

No pudieron evitar echarse a reír al oír la nueva clasificación del licenciado Pencroff. El marino no ocultó su pesar por verse reducido a cenar faisanes cantores; pero la suerte iba a mostrarse una vez más complaciente con él.

Top, que se olía que su interés estaba en juego, lo husmeaba todo con un instinto aguzado por un apetito feroz. Hasta era probable que cazase por su cuenta y riesgo y que, si alguna pieza caía entre sus dientes, no quedara nada para los cazadores. Pero Nab lo vigilaba, y hacía bien.

Hacia las tres, el perro desapareció entre la maleza, y al cabo de un momento unos gruñidos sordos indicaron que había atrapado a algún animal.

Nab acudió de inmediato y, efectivamente, vio a Top devorando con avidez a un cuadrúpedo al que diez segundos más tarde habría sido imposible reconocer en el estómago del perro. Pero, por suerte, Top había dado con una camada; había matado tres pájaros de una tacada, y otros dos roedores —los animales en cuestión pertenecían a ese orden— yacían muertos en el suelo.

Así pues, Nab reapareció triunfalmente llevando en cada mano a uno de esos roedores, cuyo tamaño era mayor que el de una liebre. Su pelaje amarillento estaba salpicado de manchas verduscas y su cola no había pasado de un estado rudimentario.

Unos ciudadanos de la Unión no podían dudar en llamar a esos roedores por su nombre. Eran maras, una especie de agutíes un poco más grandes que sus congéneres de las zonas tropicales, auténticos conejos americanos de largas orejas y mandíbulas provistas de cinco molares en cada lado, rasgo este que los distingue

precisamente de los agutíes.

—¡Hurra! —exclamó Pencroff—. ¡El asado ha llegado! Ahora ya podemos volver a casa.

La marcha, interrumpida por unos momentos, fue reanudada. Las aguas límpidas del arroyo Rojo seguían discurriendo bajo la bóveda de casuarinas, banksias y gomeros gigantes. Soberbias liliáceas se elevaban hasta una altura de veinte pies. Otras especies arborescentes, desconocidas para el joven naturalista, se inclinaban sobre el arroyo, cuyo murmullo se oía bajo aquellos cenadores vegetales.

Sin embargo, el curso de agua se ensanchaba sensiblemente, y Cyrus Smith se sentía inclinado a creer que no tardaría en llegar a su desembocadura. En efecto, al salir de una densa arboleda, apareció de pronto.

Los exploradores habían llegado a la orilla occidental del lago Grant. Valía la pena contemplar el lugar. Aquella extensión de agua, de un perímetro de unas siete millas y una superficie de doscientos cincuenta acres, reposaba dentro de un círculo de árboles variados. Hacia el este, a través de una cortina de vegetación que se elevaba pintorescamente en algunos lugares, aparecía un deslumbrante horizonte marino. Al norte, el lago trazaba una curva ligeramente cóncava que contrastaba con la forma puntiaguda de la parte inferior. Numerosas aves acuáticas frecuentaban las orillas de este pequeño Ontario, cuyas «mil islas» de su homónimo norteamericano estaban representadas por una roca que emergía de su superficie, a unos cientos de pies de la orilla meridional. Allí vivían en comunidad varias parejas de martines pescadores, encaramados en una u otra piedra, graves, inmóviles, acechando los peces que pasaban para abalanzarse sobre ellos, zambullirse emitiendo un grito agudo y reaparecer con su presa en el pico. En las orillas y en el islote se pavoneaban patos salvajes, pelícanos, pollas de agua, filemones provistos de una lengua en forma de pincel y uno o dos ejemplares de esos espléndidos menúridos cuya cola presenta la graciosa forma de una lira.

En cuanto a las aguas del lago, eran plácidas, límpidas, un poco oscuras y, a juzgar por cierto borboteo y por los círculos concéntricos que se entrecruzaban en su superficie, no cabía duda de que albergaban gran cantidad de peces.

—¡Es precioso! —dijo Gedeon Spilett—. ¡Dan ganas de instalarse aquí!

—Y aquí nos instalaremos —contestó Cyrus Smith.

Los colonos, deseosos de llegar cuanto antes a las Chimeneas, descendieron hasta el ángulo formado al sur por la unión de las orillas del lago. Se abrieron camino, no sin dificultad, a través de aquella espesura y aquella maleza que la mano del hombre no había apartado hasta entonces y se dirigieron hacia el litoral, a fin de llegar al norte de la meseta de Vistagrande. Después de recorrer dos millas en esa dirección, pasada la última cortina de árboles, apareció la meseta, cubierta de un tupido césped, y más allá el mar infinito.

Para regresar a las Chimeneas, bastaba atravesar oblicuamente la meseta a lo largo de una milla y bajar hasta el primer recodo del río de la Misericordia. Pero el ingeniero quería averiguar cómo y por dónde escapaba el exceso de agua del lago y la exploración se prolongó bajo los árboles una milla y media hacia el norte. Era probable, en efecto, que en alguna parte hubiera un desagadero, y seguramente se trataba de una abertura en el granito. Ese lago no era, en resumidas cuentas, más que una inmensa balsa que el caudal del arroyo había llenado poco a poco, y era preciso que las aguas sobrantes llegaran al mar por alguna cascada. Si era así, el ingeniero pensaba que quizá fuera posible utilizar la fuerza de esa cascada, que se perdía sin que nadie se beneficiara de ella. Continuaron, pues, por la meseta siguiendo las orillas del lago Grant; pero, después de haber recorrido una milla más en esa dirección, Cyrus Smith no había podido encontrar el desagadero, pese a que debía existir.

Eran las cuatro y media. Los preparativos de la cena exigían el regreso de los colonos a su morada. La pequeña comitiva volvió, pues, sobre sus pasos y, por la orilla izquierda del río de la Misericordia, llegó a las Chimeneas.

Una vez allí, encendieron el fuego, y Nab y Pencroff, en los que habían recaído las funciones de cocinero, el primero en su calidad de negro y el segundo en su calidad de marino, prepararon rápidamente unos agutíes asados a los que todos hicieron los honores.

Terminada la cena, en el momento en que se disponían a

entregarse al sueño, Cyrus Smith sacó del bolsillo unas pequeñas muestras de minerales de diferentes especies y se limitó a decir:

—Amigos míos, esto es mineral de hierro; esto, una pirita; esto, arcilla; esto, cal, y esto, carbón. Es lo que nos da la naturaleza y será su participación en el trabajo común. La nuestra la dejaremos para mañana.

XIII

Lo que Top lleva encima – Construcción de arcos y flechas – El ladrillar – El horno de alfarería – Diversos utensilios de cocina – El primer puchero – La artemisa – La Cruz del Sur – Una importante observación astronómica

—Bueno, señor Cyrus, ¿por dónde vamos a empezar? —preguntó Pencroff al ingeniero a la mañana siguiente.

—Por el principio —respondió Cyrus Smith.

Y en efecto, por el «principio» iban a verse obligados estos colonos a comenzar. Ni siquiera tenían los útiles necesarios para hacer útiles y ni siquiera se encontraban en las mismas condiciones que la naturaleza, la cual, al disponer de tiempo, ahorra esfuerzos. Les faltaba tiempo, puesto que debían subvenir inmediatamente a las necesidades de su existencia, y aunque gracias a la experiencia adquirida no tenían que inventar nada, sí tenían que fabricarlo todo. Su hierro y su acero se hallaban todavía en estado mineral, su alfarería, en estado de arcilla, su ropa de casa y personal, en estado de materias textiles.

Es preciso decir, sin embargo, que esos colonos eran «hombres» en la más amplia y poderosa acepción del término. El ingeniero Smith no podía estar secundado por compañeros más inteligentes ni más dotados de abnegación y celo. Los había tanteado y conocía sus aptitudes.

Gedeon Spilett, reportero de gran talento que lo había estudiado todo para poder hablar de todo, iba a contribuir intelectual y manualmente de forma notable a colonizar la isla. No retrocedería ante ninguna tarea y, dada su pasión por la caza, convertiría en oficio lo que hasta entonces solo había sido para él un placer.

Harbert, buen chico, maravillosamente instruido en ciencias

naturales, aportaría su inestimable ayuda a la causa común.

Nab era la abnegación personificada. Hábil, inteligente, infatigable, fuerte, dotado de una salud de hierro, sabía trabajar un poco la fragua y sería muy útil a la colonia.

En cuanto a Pencroff, había navegado por todos los mares, había trabajado en los astilleros de Brooklyn, había sido ayudante de sastre en la armada, jardinero y labrador durante las vacaciones, y, como es habitual en los hombres de mar, era mañoso, sabía hacer de todo.

Habría sido realmente difícil reunir a cinco hombres más aptos para luchar contra la suerte, más seguros de vencerla.

«Por el principio», había dicho Cyrus Smith. Pues bien, ese principio al que se refería el ingeniero era la construcción de un aparato que sirviera para transformar las sustancias naturales. Es conocido el papel que desempeña el calor en esas transformaciones. Y el combustible, fuera leña o carbón vegetal, se podía utilizar de manera inmediata. Se trataba, pues, de construir un horno para utilizarlo.

—¿Para qué va a servir ese horno? —preguntó Pencroff.

—Para hacer los utensilios de alfarería que necesitamos —respondió Cyrus Smith.

—¿Y con qué vamos a hacer el horno?

—Con ladrillos.

—¿Y los ladrillos?

—Con arcilla. En marcha, amigos. Para evitar el transporte, montaremos el taller en el lugar de producción. Nab traerá provisiones, y fuego para cocer los alimentos no faltará.

—No —dijo el reportero—, pero ¿y si llegan a faltar los alimentos por no disponer de utensilios de caza?

—¡Si tuviéramos aunque solo fuera un cuchillo! —exclamó el marino.

—Si lo tuviéramos, ¿qué? —preguntó Cyrus Smith.

—Pues que construiría en un periquete un arco y unas flechas, y la despensa rebosaría de caza.

—Sí, un cuchillo, una hoja cortante... —dijo el ingeniero, como si hablara consigo mismo.

En ese momento, su mirada se dirigió hacia Top, que iba de un lado a otro por la playa.

De repente, sus ojos se animaron.

—¡Top, ven aquí!

El perro obedeció a su amo. Este cogió la cabeza del animal entre sus manos, le quitó el collar que llevaba alrededor del cuello y lo partió en dos, diciendo:

—Aquí tiene dos cuchillos, Pencroff.

El marino contestó con dos hurras. El collar de Top estaba hecho de una fina lámina de acero templado. Por lo tanto, no había más que frotarlo con una piedra de asperón para aguzar el ángulo del filo y luego eliminar el filván con un asperón más fino. Y, puesto que ese tipo de piedra arenisca se encontraba en abundancia en la playa, dos horas después las herramientas de la colonia consistían en dos hojas cortantes que les había resultado fácil insertar en un sólido mango.

La conquista de esta primera herramienta fue celebrada como un triunfo. Una conquista preciosa, en efecto, y muy oportuna.

Se pusieron en marcha. La intención de Cyrus Smith era volver a la orilla occidental del lago, allí donde había visto el día anterior la tierra arcillosa de la que tenía una muestra. Echaron a andar, pues, por la ribera del río de la Misericordia, atravesaron la meseta de Vistagrande y, después de haber recorrido cinco millas como máximo, llegaron a un claro situado a doscientos pasos del lago Grant.

Por el camino, Harbert había descubierto un árbol cuyas ramas emplean los indios de la América meridional para fabricar sus arcos. Era el crejimba, de la familia de las palmeras, que no da frutos comestibles. Cortaron unas ramas largas y rectas, las deshojaron, las tallaron, más gruesas por el centro y más delgadas en los extremos, y ya solo faltaba encontrar una planta adecuada para hacer la cuerda del arco. Sirvió para ello una especie perteneciente a la familia de las malváceas, un *Hibiscus heterophyllus*, que proporcionó unas fibras de una gran resistencia, comparables a tendones de animal. Pencroff obtuvo así unos arcos bastante potentes, que solo necesitaban flechas para ser utilizados. Estas se podían hacer fácilmente con ramas rectas y rígidas, sin nudosidades, pero no debía de ser tan sencillo encontrar la punta para armarlas, es decir, algo apropiado para sustituir el hierro. Sin embargo, Pencroff se dijo que, puesto que él había cumplido con su parte del trabajo, el

azar haría el resto.

Los colonos habían llegado al terreno explorado el día anterior, compuesto de esa arcilla figulina que sirve para fabricar ladrillos y tejas, arcilla, por consiguiente, muy apropiada para la operación que deseaban llevar a buen puerto. La tarea no presentaba ninguna dificultad. Bastaba con mezclar la figulina con arena, moldear los ladrillos y cocerlos al calor de un fuego de leña.

Normalmente se utilizan moldes para dar forma a los ladrillos, pero el ingeniero se contentó con hacerlos a mano. Todo ese día y el siguiente los dedicaron a ese trabajo. La arcilla, empapada de agua y mezclada a continuación con manos y pies por los manipuladores, fue dividida en prismas del mismo tamaño. Un obrero experimentado puede hacer, sin máquina, hasta diez mil ladrillos en doce horas; pero en sus dos jornadas de trabajo los cinco ladrilleros de la isla Lincoln no hicieron más de tres mil, los cuales fueron alineados uno junto a otro hasta el momento en que su completo secado permitiera cocerlos, es decir, al cabo de tres o cuatro días.

El día 2 de abril Cyrus Smith procedió a establecer la orientación de la isla.

El día anterior había apuntado exactamente la hora a la que el sol había desaparecido en el horizonte, teniendo en cuenta la refracción. Esa mañana, anotó con la misma exactitud la hora a la que apareció de nuevo. Entre esa puesta y esa salida del sol habían transcurrido doce horas menos veinticuatro minutos. Por lo tanto, ese día, seis horas y doce minutos después de salir, el sol pasaría exactamente por el meridiano, y el punto del cielo que ocupara en ese momento sería el norte.

A la hora anunciada, Cyrus anotó ese punto y, alineando con el sol dos árboles que le servirían de punto de referencia, obtuvo una línea meridiana invariable para sus operaciones ulteriores.

Durante los dos días que precedieron a la cocción de los ladrillos, estuvieron ocupados aprovisionándose de combustible. Cortaron ramas alrededor del claro y recogieron todas las caídas al pie de los árboles. No olvidaron cazar un poco en los alrededores, tanto más cuanto que Pencroff tenía ahora unas docenas de flechas provistas de puntas muy aceradas. Era Top el que había proporcionado dichas puntas llevando un puerco espín, bastante mediocre como alimento pero de un valor inestimable por las púas

que cubrían su cuerpo. Dichas púas fueron insertadas firmemente en el extremo de las flechas, cuya dirección fue asegurada mediante un penacho de plumas de cacatúa. El reportero y Harbert se convirtieron enseguida en diestros tiradores de arco. Así pues, hubo abundante caza de pelo y pluma en las Chimeneas: carpinchos, palomas, agutíes, urogallos, etcétera. La mayoría de estos animales cayeron en la parte del bosque situada en la orilla izquierda del río de la Misericordia y a la que llamaron bosque del Jacamar, en recuerdo del volátil al que Pencroff y Harbert habían perseguido durante su primera exploración.

Comieron esa carne fresca, pero conservaron los perniles de los carpinchos ahumándolos sobre una fogata de leña verde, después de haberlos perfumado con hojas aromáticas. Sin embargo, esos alimentos altamente fortificantes solo podían asarlos, y los comensales se habrían sentido muy dichosos de oír en el hogar el borboteo de un simple puchero. Pero para eso había que esperar a que el recipiente estuviera hecho y, por consiguiente, a que el horno estuviera construido.

Durante esas excursiones, que se hicieron en un radio muy restringido alrededor del ladrillar, los cazadores constataron el paso reciente de animales de gran tamaño, dotados de poderosas garras, cuya especie no pudieron identificar. Cyrus Smith les recomendó que extremaran la prudencia, pues era probable que en el bosque hubiese fieras peligrosas.

E hizo bien. Gedeon Spilett y Harbert vieron un día un animal que parecía un jaguar. Afortunadamente, la fiera no los atacó, pues, de haberlo hecho, quizá no habrían salido del trance sin sufrir alguna herida grave. Pero Gedeon Spilett se prometió que, en cuanto tuviera un arma digna de tal nombre, es decir, una de esas escopetas que reclamaba Pencroff, declararía una guerra sin cuartel a los animales feroces hasta exterminarlos de la isla.

Durante esos días no hicieron nada para acondicionar mejor las Chimeneas, ya que el ingeniero pensaba buscar o, si era preciso, construir una vivienda más apropiada. Se limitaron a extender sobre la arena de los corredores un lecho fresco de musgo y de hojas secas, y sobre esas colchonetas un poco primitivas los trabajadores, exhaustos, dormían profundamente.

Los colonos anotaron también los días transcurridos en la isla

Lincoln desde que habían llegado y a partir de ese momento llevaron la cuenta con regularidad. El 5 de abril, que era miércoles, hacía doce días que el viento había arrojado a los náufragos sobre ese litoral.

El 6 de abril, al amanecer, el ingeniero y sus compañeros estaban reunidos en el claro, en el lugar donde iban a proceder a la cocción de los ladrillos. Naturalmente, esa operación debía llevarse a cabo al aire libre, no en hornos; mejor dicho, la aglomeración de ladrillos sería un enorme horno que se cocería a sí mismo. El combustible, consistente en fajinas bien preparadas, fue dispuesto en el suelo y rodeado de varias hileras de ladrillos secos, que muy pronto formaron un gran cubo en el exterior y en el que practicaron unos respiraderos. Este trabajo se prolongó todo el día y hasta el anochecer no prendieron fuego a las fajinas.

Esa noche no se acostó nadie; todos permanecieron atentos para mantener encendido el fuego.

La operación duró cuarenta y ocho horas y fue un éxito. Hubo que dejar enfriar la masa humeante y, mientras tanto, Nab y Pencroff, dirigidos por Cyrus Smith, transportaron sobre un soporte hecho de ramas entrecruzadas varias cargas de carbonato de calcio, piedras muy comunes que se encontraban en abundancia al norte del lago. Esas piedras, descompuestas por el calor, dieron una cal viva, muy grasa, que aumentaba mucho de volumen mediante el proceso de apagado y tan pura como si hubiera sido producida mediante el proceso de calcinación de la creta o del mármol. Mezclada con arena, cuyo efecto es atenuar la disminución de la pasta cuando se solidifica, esa cal proporciona un mortero excelente.

El resultado de estos trabajos fue que el 9 de abril el ingeniero tenía a su disposición cierta cantidad de cal perfectamente preparada y unos miles de ladrillos.

Comenzaron entonces, sin perder un instante, a construir un horno que debía servir para cocer los diferentes utensilios indispensables para los usos domésticos. Lo lograron sin demasiada dificultad. Cinco días después, cargaron el horno con hulla extraída del yacimiento a cielo abierto que el ingeniero había descubierto en las inmediaciones de la desembocadura del arroyo Rojo y empezó a salir humo de una chimenea de veinte pies de alto. El claro se había

transformado en fábrica y Pencroff no andaba muy lejos de creer que de ese horno saldrían todos los productos de la industria moderna.

En espera de que llegara ese momento, los colonos empezaron por fabricar unas vasijas corrientes pero muy apropiadas para cocinar alimentos. La materia prima era la arcilla del suelo, a la que Cyrus Smith hizo añadir un poco de cal y de cuarzo. En realidad, esa pasta era verdadera tierra de pipas con la que hicieron ollas, tazas moldeadas sobre piedras de formas apropiadas, platos, grandes jarras y tinajas para guardar agua, etcétera. La forma de esos objetos era torpe, defectuosa, pero, una vez cocidos a alta temperatura, la cocina de las Chimeneas se encontró provista de cierto número de utensilios tan preciosos como si el mejor caolín hubiera formado parte de su composición.

Preciso es mencionar aquí que Pencroff, deseoso de saber si aquella arcilla, así preparada, justificaba su nombre de tierra de pipas, hizo algunas pipas bastante toscas que a él le parecieron muy bonitas, pero para las que, por desgracia, no había tabaco. Y, todo hay que decirlo, aquello suponía una gran privación para Pencroff.

«¡Pero el tabaco llegará, como todo!», repetía en sus arrebatos de confianza absoluta.

Esos trabajos se prolongaron hasta el 15 de abril, y es comprensible que ese tiempo fuera concienzudamente empleado. Los colonos, convertidos en alfareros, no hicieron otra cosa que alfarería. Cuando Cyrus Smith considerara conveniente transformarlos en herreros, serían herreros. Pero como el día siguiente era domingo, y no uno cualquiera sino el domingo de Pascua, todos estuvieron de acuerdo en santificarlo descansando. Aquellos americanos eran hombres religiosos, escrupulosos observantes de los preceptos de la Biblia, y la situación en la que se hallaban no podía sino desarrollar su confianza en el Autor de todas las cosas.

Así pues, la tarde del 15 de abril regresaron definitivamente a las Chimeneas. Llevaron el resto de los utensilios y dejaron que el horno se apagara en espera de darle otro uso. La vuelta estuvo marcada por un incidente afortunado: el descubrimiento que hizo el ingeniero de una sustancia que podía sustituir la yesca. Es sabido que esa materia esponjosa y aterciopelada procede de cierto hongo

del género *Polyporus*. Convenientemente preparada, es muy inflamable, sobre todo cuando ha sido previamente impregnada de pólvora o hervida en una disolución de nitrato o clorato potásico. Pero hasta entonces no habían encontrado ninguno de esos hongos, ni siquiera colmenillas, que pueden sustituirlos. Aquel día, el ingeniero, tras haber identificado cierta planta perteneciente al género *Artemisia*, entre cuyas principales especies se encuentran el ajenjo, la cidronela, el estragón, etcétera, arrancó varios tallos y, enseñándoselos al marino, dijo:

—Tome, Pencroff, esto le va a gustar.

Pencroff miró atentamente la planta, que presentaba unos pelos largos y sedosos y cuyas hojas estaban cubiertas de un vello algodónoso.

—¿Qué es, señor Cyrus? —preguntó—. ¡Alabado sea el cielo! ¿Es tabaco?

—No —respondió Cyrus Smith—, es artemisa, *Artemisia chinensis* para los científicos, y para nosotros será yesca.

En efecto, esa artemisa, convenientemente secada, proporcionó una sustancia muy inflamable, sobre todo cuando el ingeniero la hubo impregnado de nitrato potásico, del que había varias capas en la isla y que no es otra cosa que salitre.

Esa noche, todos los colonos, reunidos en la estancia central, cenaron estupendamente. Después de un guiso de agutí preparado por Nab, comieron un jamón de carpincho aromatizado, al que añadieron los tubérculos hervidos del *Caladium macrorrhizum*, una especie de planta herbácea de la familia de las aráceas, que bajo la zona tropical habría adoptado una forma arborescente. Esos rizomas tenían un sabor excelente, eran muy nutritivos, similares a esa sustancia que se vende en Inglaterra con el nombre de «sagú de Portland», y podían sustituir en cierta medida al pan, del que los colonos de la isla Lincoln aún no disponían.

Terminada la cena, y antes de entregarse al sueño, Cyrus Smith y sus compañeros fueron a tomar el aire a la playa. Eran las ocho. Se anunciaba una noche magnífica. La luna, que había estado llena cinco días antes, aún no había salido, pero el horizonte ya estaba teñido de esas tonalidades suaves y pálidas que podríamos llamar alba lunar. En el cenit austral, las constelaciones circumpolares resplandecían, y entre todas ellas esa Cruz del Sur a la que unos

días antes el ingeniero había saludado desde la cima del monte Franklin.

Cyrus Smith observó un rato esa espléndida constelación que tiene en su cima y en su base dos estrellas de primera magnitud, una de segunda en el brazo izquierdo, y una de tercera en el brazo derecho.

—Harbert, ¿no estamos a 15 de abril? —le preguntó al joven después de haber reflexionado.

—Sí, señor Cyrus —respondió Harbert.

—Pues entonces, si no estoy equivocado, mañana será uno de los cuatro días del año en los que el tiempo real se confunde con el tiempo medio, es decir, muchacho, que mañana el sol pasará por el meridiano justo cuando los relojes marquen las doce, segundo arriba, segundo abajo. Así que, si hace buen tiempo, creo que podré averiguar la longitud de la isla con un error de apenas unos grados.

—¿Sin instrumentos? ¿Sin sextante? —preguntó Gedeon Spilett.

—Sí —respondió el ingeniero—. Y, dada la nitidez de la noche, voy a intentar ahora mismo averiguar nuestra latitud calculando la altura de la Cruz del Sur, es decir, del polo austral, sobre el horizonte. Comprenderán, amigos míos, que antes de empezar a trabajar en serio para instalarnos, no basta con haber constatado que esta tierra es una isla, sino que es preciso averiguar, en la medida de lo posible, a qué distancia está situada, bien del continente americano, bien del continente australiano, o bien de los principales archipiélagos del Pacífico.

—Es verdad —dijo el reportero—, porque, si por casualidad estamos a un centenar de millas de una costa habitada, puede interesarnos más construir un barco que una casa.

—Por eso —prosiguió Cyrus Smith— esta noche voy a intentar establecer la latitud de la isla Lincoln y mañana, a mediodía, trataré de calcular su longitud.

Si el ingeniero hubiera tenido un sextante, instrumento que permite medir con una gran precisión, por reflexión, la distancia angular de los objetos, la operación no habría presentado ninguna dificultad. Esa noche, por la altura del polo, y al día siguiente, por el paso del sol por el meridiano, habría obtenido las coordenadas de la isla. Pero, puesto que carecía de dicho instrumento, debía suplirlo con otra cosa.

Cyrus Smith entró en las Chimeneas. A la luz del hogar, cortó dos pequeñas reglas planas y las unió por uno de sus extremos, de tal manera que formasen una suerte de compás cuyos brazos podían abrirse y cerrarse. Para unir las utilizó una fuerte espina de acacia, arrancada de un leño del fuego.

Una vez hecho este instrumento, el ingeniero volvió a la playa; pero, como debía medir la altura del polo sobre un horizonte claramente dibujado, es decir, un horizonte marino, y el cabo de la Zarpa le ocultaba el horizonte del sur, tuvo que ir a buscar un lugar más apropiado. El mejor, por supuesto, habría sido el litoral expuesto directamente al sur, pero eso hubiera exigido cruzar el río de la Misericordia, entonces profundo, lo que constituía una dificultad.

Cyrus Smith decidió, en consecuencia, ir a realizar su observación a la meseta de Vistagrande, sin dejar de tener en cuenta su altura sobre el nivel del mar, altura que pensaba calcular al día siguiente mediante un simple procedimiento de geometría elemental.

Los colonos se trasladaron, pues, a la meseta siguiendo la orilla izquierda del río de la Misericordia y se situaron en la linde orientada en dirección noroeste y sudeste, es decir, en aquella línea de rocas caprichosamente recortadas que bordeaba el río.

Esa parte de la meseta dominaba desde una cincuentena de pies las alturas de la orilla derecha, que descendían por una doble pendiente hasta el final del cabo de la Zarpa y la costa meridional de la isla. Por lo tanto, ningún obstáculo detenía la mirada, que abarcaba el horizonte en una semicircunferencia, desde el cabo hasta el promontorio del Reptil. Al sur, ese horizonte, iluminado ya por los primeros resplandores de la luna, contrastaba vivamente con el cielo y se podía observar con cierta precisión.

En ese momento, la Cruz del Sur se presentaba al observador en posición invertida, marcando la estrella Alfa su base, más cerca del polo austral.

Esta constelación no se encuentra situada tan cerca del polo antártico como la estrella Polar lo está del polo ártico. La estrella Alfa está a unos 27°, pero Cyrus Smith lo sabía y debía tener en cuenta esa distancia en su cálculo. Procuró también observarla en el momento en que pasaba por el meridiano inferior, lo que debía

facilitar su observación.

Así pues, Cyrus Smith dirigió un brazo del compás de madera hacia el horizonte marino y el otro hacia Alfa, como habría hecho con los anteojos de un círculo repetidor, y la abertura de los dos brazos le dio la distancia angular que separaba a Alfa del horizonte. Para fijar el ángulo obtenido, clavó con espinas las dos tablillas de su instrumento sobre una tercera colocada transversalmente, de tal modo que su abertura no sufriera ninguna modificación.

Hecho esto, solo faltaba calcular el ángulo obtenido trasladando la observación al nivel del mar, de manera que se tuviese en cuenta la depresión del horizonte, lo que requería medir la altura de la meseta. El valor de dicho ángulo daría la altura de Alfa y, en consecuencia, la del polo por encima del horizonte, es decir, la latitud de la isla, puesto que la latitud de un punto del globo es siempre igual a la altura del polo por encima del horizonte de ese punto.

Estos cálculos los dejaron para el día siguiente, y, a las diez, todo el mundo dormía profundamente.

XIV

*La medición de la muralla de granito – Una aplicación del
teorema de los triángulos semejantes – La latitud de la isla – Una
excursión al norte – Un banco de ostras – Planes de futuro – El
paso del sol por el meridiano – Las coordenadas de la isla
Lincoln*

Al día siguiente, 16 de abril —domingo de Pascua—, los colonos salieron de las Chimeneas al amanecer y procedieron a lavar su ropa interior y sus prendas de vestir. El ingeniero pensaba hacer jabón en cuanto hubiera conseguido las materias primas necesarias para la saponificación, fuera sosa o potasa, fuera grasa o aceite. La importantísima cuestión de la renovación del guardarropa se trataría asimismo en su debido momento y lugar. En cualquier caso, la ropa que llevaban les duraría seis meses más, ya que era fuerte y podía resistir el desgaste del trabajo manual. Pero todo dependería de la situación de la isla en relación con las tierras habitadas, cosa que sería determinada ese mismo día, si el tiempo lo permitía.

El sol asomando por un horizonte puro anunciaba un día magnífico, uno de esos preciosos días de otoño que son como la despedida de la estación de calor.

Se trataba, pues, de completar los elementos de las observaciones de la noche anterior midiendo la altura de la meseta de Vistagrande por encima del nivel del mar.

—¿No le hace falta un instrumento análogo al que utilizó ayer?
—preguntó Harbert al ingeniero.

—No, hijo —respondió este—, vamos a proceder de un modo distinto, aunque más o menos con la misma precisión.

Harbert, deseoso de aprenderlo todo, acompañó al ingeniero, que se alejó del pie de la muralla de granito y bajó hasta el borde

de la playa. Entretanto, Pencroff, Nab y el reportero realizaban diferentes tareas.

Cyrus Smith iba provisto de una especie de vara recta, de doce pies de largo, que había medido con la mayor exactitud posible comparándola con su propia estatura, pues sabía lo que medía casi al milímetro. Harbert llevaba una plomada que le había dado Cyrus Smith, o sea, una simple piedra atada en el extremo de una fibra flexible.

Al llegar a una veintena de pies de la orilla de la playa y aproximadamente a quinientos pies de la muralla de granito, que se alzaba perpendicularmente, Cyrus Smith clavó la vara en la arena a dos pies de profundidad y, afianzándola bien, consiguió, con ayuda de la plomada, colocarla perpendicular al plano del horizonte.

Hecho esto, retrocedió la distancia necesaria para que, estando tumbado sobre la arena, el rayo visual que salía de su ojo tocara a la vez el extremo de la vara y la cresta de la muralla. Después señaló cuidadosamente ese punto con una estaca.

—¿Conoces los principios elementales de la geometría? —le preguntó entonces a Harbert.

—Un poco, señor Cyrus —respondió este, que no quería comprometerse demasiado.

—¿Recuerdas cuáles son las propiedades de dos triángulos semejantes?

—Sí —respondió Harbert—. Sus lados homólogos son proporcionales.

—Pues bien, hijo, acabo de construir dos triángulos semejantes, ambos rectángulos: los lados del primero, el más pequeño, son la vara perpendicular, la distancia que separa la estaca de la parte inferior de la vara y mi rayo visual, que forma la hipotenusa; los lados del segundo son la muralla perpendicular, cuya altura queremos medir, la distancia que separa la estaca de la base de la muralla y mi rayo visual, también en este caso la hipotenusa, que es la prolongación de la del primer triángulo.

—¡Ah, señor Cyrus, ya lo entiendo! —exclamó Harbert—. Al igual que la distancia de la estaca a la vara es proporcional a la distancia de la estaca a la base de la muralla, la altura de la vara es proporcional a la altura de la muralla.

—Exacto, Harbert —dijo el ingeniero—, y cuando hayamos

medido las dos primeras distancias, conociendo la altura de la vara, no tendremos más que hacer un cálculo de proporción para obtener la altura de la muralla, lo que nos ahorrará el trabajo de medirla directamente.

Midieron las dos distancias horizontales con la vara, cuya longitud por encima de la arena era exactamente de diez pies.

La primera distancia era de quince pies entre la estaca y el punto donde la vara estaba clavada en la arena.

La segunda distancia, entre la estaca y la base de la muralla, era de quinientos pies.

Una vez realizadas estas mediciones, Cyrus Smith y el muchacho regresaron a las Chimeneas.

Allí, el ingeniero cogió una piedra plana que había traído de sus excursiones precedentes, una especie de esquisto pizarroso sobre el que resultaba fácil escribir con una concha de cantos agudos, y efectuó los siguientes cálculos:

$$15 : 500 :: 10 : x$$

$$500 \times 10 = 5.000$$

$$\frac{5.000}{15} = 333,33$$

De este modo quedó establecido que la muralla de granito medía trescientos treinta y tres pies de altura.

Cyrus Smith cogió entonces el instrumento que había hecho la noche anterior y cuyas dos tablillas, mediante su separación, le daban la distancia angular de la estrella Alfa en el horizonte. Midió con toda exactitud la abertura de ese ángulo sobre una circunferencia que dividió en trescientas sesenta partes iguales. El ángulo era de 10°. Y, en consecuencia, la distancia angular total entre el polo y el horizonte, añadiendo los 27° que separan Alfa del polo antártico y reduciendo al nivel del mar la altura de la meseta

sobre la que la medición había sido hecha, resultó ser de 37°. Esto llevó a Cyrus Smith a concluir que la isla Lincoln estaba situada en el grado 37 de latitud austral; mejor dicho, previendo un margen de error de 5°, dada la imperfección de las operaciones, que debía de estar situada entre los paralelos 35 y 40.

Faltaba por obtener la longitud de la isla para completar sus coordenadas y el ingeniero intentaría determinarla a mediodía, es decir, en el momento en que el sol pasara por el meridiano.

Decidieron dedicar ese domingo a pasear, o más bien a explorar la parte de la isla situada entre el norte del lago y el golfo del Tiburón, y si el tiempo lo permitía, llegarían hasta el lado septentrional del cabo Mandíbula Sur. Comerían en las dunas y no volverían hasta el anochecer.

A las ocho y media de la mañana, la pequeña comitiva caminaba junto al canal. Al otro lado, en el islote de la Salvación, numerosas aves paseaban gravemente. Eran nadadoras, de la especie de los pájaros bobos, perfectamente reconocibles por sus desagradables gritos, que recuerdan los rebuznos del burro. Pencroff solo los consideró desde el punto de vista comestible y se enteró no sin cierta satisfacción de que su carne, pese al color negruzco, se podía comer con toda tranquilidad.

También se veía desplazarse por la arena grandes anfibios, sin duda focas, que parecían haber elegido el islote como refugio. No era posible considerar a esos animales desde el punto de vista alimentario, pues su carne grasienta es repugnante; sin embargo, Cyrus Smith los observó atentamente y, sin comunicar con qué intención, anunció a sus compañeros que muy pronto harían una visita al islote.

La orilla que seguían los colonos estaba sembrada de innumerables conchas, algunas de las cuales habrían hecho las delicias de un aficionado a la malacología, como las pertenecientes a los géneros Phasianella, Terebratula o Trigonia. Pero más útil iba a resultarles un gran banco de ostras que quedó al descubierto al bajar la marea y que Nab vio entre las rocas, a unas cuatro millas de las Chimeneas.

—Nab está aprovechando bien el día —comentó Pencroff observando el banco de ostras.

—Es un descubrimiento fantástico, en efecto —dijo el reportero

—. Solo con que cada ostra produzca al año entre cincuenta y sesenta mil huevos, como aseguran, tendremos una reserva inagotable.

—El problema es que, según tengo entendido, las ostras no son muy alimenticias —dijo Harbert.

—Así es —corroboró Cyrus Smith—. Las ostras contienen muy poca materia nitrogenada, y un hombre que se alimentara exclusivamente de ellas necesitaría como mínimo quince o dieciséis docenas al día.

—Bueno —dijo Pencroff—, nosotros podremos comer todas las docenas que queramos antes de agotar el banco. ¿Y si cogiéramos unas cuantas para la comida de hoy?

Y, sabiendo que todos aprobaban la proposición, sin esperar respuesta, el marino y Nab arrancaron cierta cantidad de estos moluscos. A continuación, los metieron en una especie de red de fibras de hibisco que Nab había hecho y que ya contenía la comida. Después continuaron avanzando por la costa, entre las dunas y el mar.

De cuando en cuando, Cyrus Smith consultaba su reloj a fin de prepararse a tiempo para la observación solar, que debía hacerse a las doce en punto del mediodía.

Toda aquella parte de la isla era muy árida hasta la punta que cerraba la bahía de la Unión y que había sido bautizada con el nombre de cabo Mandíbula Sur. Tan solo se veía arena y conchas, mezcladas con restos de lava. Algunas aves marinas frecuentaban esa costa desolada, gaviotas, grandes albatros y patos salvajes que excitaban justificadamente las ansias cazadoras de Pencroff. Este intentó abatirlas a flechazos, pero sin resultado alguno, pues apenas se posaban en el suelo y habría sido preciso alcanzarlas en pleno vuelo.

Esto llevó al marino a repetirle al ingeniero:

—¿Lo ve, señor Cyrus? ¡Mientras no tengamos una o dos escopetas, nuestro material dejará mucho que desear!

—Sin duda, Pencroff —repuso el reportero—, pero eso solo depende de usted. Consiga hierro para los cañones, acero para las baterías, salitre, carbón y azufre para la pólvora, mercurio y ácido nítrico para el fulminante y plomo para las balas, y Cyrus nos hará unas escopetas de primera calidad.

—Todas esas sustancias —intervino el ingeniero— seguramente podríamos encontrarlas en la isla, pero un arma de fuego es un instrumento delicado que requiere útiles de una gran precisión. En fin, ya veremos más adelante.

—¿Por qué arrojaríamos por la borda todas las armas que llevábamos en la barquilla? —se lamentó Pencroff—. Y los utensilios, ¡y hasta las navajas!

—¡Pero, Pencroff, si no los hubiéramos arrojado, el globo nos habría arrojado a nosotros al mar! —dijo Harbert.

—Tienes toda la razón del mundo, muchacho —contestó el marino. Y, cambiando de tema, añadió—: Estoy pensando en la sorpresa que se debieron de llevar Jonathan Forster y sus compañeros cuando, a la mañana siguiente de nuestra partida, vieron que la máquina había desaparecido.

—La última de mis preocupaciones es saber lo que pensaron —dijo el reportero.

—Sea como sea, a quien se le ocurrió la idea fue a mí —dijo Pencroff en tono satisfecho.

—Bonita idea, Pencroff —repuso Gedeon Spilett riendo—. ¡Mire adónde nos ha traído!

—¡Prefiero estar aquí que en manos de los sudistas! —replicó el marino—. Sobre todo desde que el señor Cyrus tuvo la amabilidad de volver a unirse a nosotros.

—La verdad es que yo también —dijo el reportero—. Además, ¿qué nos falta? ¡Nada!

—Salvo... ¡todo! —añadió Pencroff, que se echó a reír moviendo sus anchos hombros—. Pero un día u otro encontraremos la manera de irnos de aquí.

—Y quizá antes de lo que imaginan, amigos míos —dijo entonces el ingeniero—, si la isla Lincoln se encuentra a una distancia moderada de un archipiélago habitado o de un continente. Antes de una hora lo sabremos. No tengo un mapa del Pacífico, pero mi memoria conserva un recuerdo muy claro de su porción meridional. La latitud que obtuve ayer sitúa la isla Lincoln entre Nueva Zelanda, al oeste, y la costa de Chile, al este. Pero la distancia que separa esas dos tierras es de al menos seis mil millas. Falta por determinar, pues, qué punto ocupa la isla en ese amplio espacio de mar, y eso es lo que la longitud nos dará dentro de muy

poco con una aproximación suficiente, espero.

—¿No es el archipiélago de las Pomotu —preguntó Harbert— el más próximo a nosotros en latitud?

—Sí —respondió el ingeniero—, pero la distancia que nos separa de él es de más de mil doscientas millas.

—¿Y por allí? —preguntó Nab, que seguía la conversación con muchísimo interés, señalando con la mano hacia el sur.

—Por allí no hay nada —respondió Pencroff.

—No hay nada, en efecto —corroboró el ingeniero.

—Entonces, Cyrus —dijo el reportero—, si la isla Lincoln se encuentra a tan solo doscientas o trescientas millas de Nueva Zelanda o de Chile...

—Entonces —contestó el ingeniero—, en lugar de hacer una casa, haremos un barco, y el contraamaestre Pencroff se encargará de manejarlo.

—Por supuesto, señor Cyrus —dijo el marino—. Estoy dispuesto a aceptar el cargo de capitán... en cuanto usted haya encontrado la manera de construir una embarcación que reúna las condiciones suficientes para navegar.

—Lo haremos, si es necesario —contestó Cyrus Smith.

Mientras estos hombres, realmente seguros de sí mismos, charlaban en estos términos, se acercaba la hora en que debía llevarse a cabo la observación. ¿Cómo se las arreglaría Cyrus Smith para comprobar el paso del sol por el meridiano de la isla sin ningún instrumento? Eso es lo que Harbert no alcanzaba a imaginar.

Los observadores se encontraban en ese momento a una distancia de seis millas de las Chimeneas, no lejos de esa parte de las dunas donde habían encontrado al ingeniero después de su enigmática salvación. Se detuvieron en ese lugar y lo prepararon todo para comer, pues eran ya las once y media. Harbert fue a buscar agua dulce al riachuelo que corría cerca de allí, con una jarra que había llevado Nab.

Mientras llevaban a cabo estos preparativos, Cyrus Smith dispuso lo necesario para su observación astronómica. Escogió un lugar de la playa bien despejado, que el mar, al retirarse, había nivelado perfectamente. Aquella capa de arena finísima se extendía como un espejo, sin que un solo grano sobresaliera entre los demás.

Que dicha capa fuera o no horizontal carecía de importancia, como tampoco la tenía que la vara de seis pies de altura que plantaron allí se alzara perpendicularmente. Es más, el ingeniero la inclinó hacia el sur, es decir, hacia el lado opuesto al sol, pues no hay que olvidar que los colonos de la isla Lincoln, precisamente por el hecho de que la isla estuviera situada en el hemisferio austral, veían al astro radiante describir su arco diurno por encima del horizonte del norte, y no por encima del horizonte del sur.

Harbert comprendió entonces cómo iba a proceder el ingeniero para comprobar la culminación del sol, es decir, su paso por el meridiano de la isla o, dicho de otro modo, el mediodía del lugar. A falta de un instrumento apropiado, la sombra proyectada por la vara sobre la arena le daría, con una aproximación aceptable, el resultado que quería obtener.

El momento en que esa sombra alcanzara su longitud mínima sería exactamente el mediodía, y bastaría seguir el extremo de esa sombra para descubrir el instante en que, tras haber disminuido sucesivamente, empezaría a alargarse. Inclinando la vara hacia el lado opuesto al sol, Cyrus Smith alargaba la sombra, y en consecuencia resultaría más fácil constatar sus modificaciones. Cuanto más grande es la aguja de un reloj, más fácilmente se puede seguir, en efecto, el desplazamiento de su punta. La sombra de la vara no era otra cosa que la aguja de un reloj.

Cuando pensó que había llegado el momento, Cyrus Smith se arrodilló en la arena y, mediante trocitos de madera que iba clavando en el suelo, empezó a marcar las disminuciones sucesivas de la sombra de la vara. Sus compañeros, inclinados sobre él, seguían la operación con enorme interés.

El reportero tenía su cronómetro en la mano, preparado para tomar nota de la hora exacta que marcara cuando la sombra alcanzase su longitud mínima. Además, como Cyrus Smith estaba realizando aquella operación el 16 de abril, día en que el tiempo real y el tiempo medio se confunden, la hora dada por Gedeon Spilett sería la hora real en Washington, lo que simplificaría el cálculo.

Sin embargo, el sol avanzaba lentamente; la sombra de la vara disminuía poco a poco, y cuando a Cyrus Smith le pareció que empezaba a crecer, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y un minuto —respondió de inmediato Gedeon Spilett.

Solo faltaba hacer los cálculos. Nada más fácil. Como hemos visto, en números redondos había cinco horas de diferencia entre el meridiano de Washington y el de la isla Lincoln, es decir, que en la isla Lincoln era mediodía cuando en Washington eran ya las cinco de la tarde. El sol, en su movimiento aparente alrededor de la tierra, recorre un grado cada cuatro minutos, o sea, 15° por hora. Y 15° multiplicados por cinco horas daban 75°.

Por lo tanto, puesto que Washington está a 77° 3' 11", es decir, 77° contados desde el meridiano de Greenwich —que los norteamericanos, de común acuerdo con los ingleses, toman como punto de partida de las longitudes—, había que concluir que la isla se hallaba situada 77° más 75° al oeste del meridiano de Greenwich, es decir, en el grado 152 de longitud oeste.

Cyrus Smith anunció este resultado a sus compañeros y, teniendo en cuenta los errores de observación, al igual que había hecho con la latitud, creyó poder afirmar que la isla Lincoln se encontraba entre los paralelos 35 y 37 y entre los meridianos 150 y 155 al oeste del meridiano de Greenwich.

La posible desviación que atribuía a los errores de observación era, como se ve, de 5° en los dos sentidos, lo que, a sesenta millas por grado, podía dar un error de trescientas millas en latitud o en longitud respecto al emplazamiento exacto.

Pero ese error no debía influir en la decisión que fuera más conveniente tomar. Era de todo punto evidente que la isla Lincoln se encontraba a tal distancia de cualquier tierra o archipiélago que no podrían aventurarse a recorrer esa distancia en un simple y frágil bote.

En efecto, la determinación de su emplazamiento la situaba como mínimo a mil doscientas millas de Tahití y de las islas del archipiélago de las Pomotu, a más de mil ochocientas millas de Nueva Zelanda, ¡a más de cuatro mil quinientas de la costa americana!

Y por más que Cyrus Smith hiciera memoria, no recordaba en absoluto que una isla ocupara en esa zona del Pacífico la situación asignada a la isla Lincoln.

XV

*La firme decisión de invernar – La cuestión metalúrgica –
Exploración del islote de la Salvación – La cacería de focas –
Captura de un equidna – El koala – El llamado método catalán –
Fabricación del hierro – Cómo se obtiene el acero*

Al día siguiente, 17 de abril, las primeras palabras que pronunció el marino fueron para preguntarle a Gedeon Spilett:

—Bien, señor mío, ¿y hoy qué seremos?

—Lo que quiera Cyrus —respondió el reportero.

Y de ladrilleros y alfareros que habían sido hasta ese momento, los compañeros del ingeniero iban a pasar a ser metalúrgicos.

El día anterior, después de comer, habían llegado hasta la punta del cabo Mandíbula, a cerca de siete millas de distancia de las Chimeneas. Allí terminaba la larga serie de dunas y el suelo adoptaba un aspecto volcánico. Ya no había altas murallas, como en la meseta de Vistagrande, sino un extraño y caprichoso reborde que enmarcaba el estrecho golfo comprendido entre los dos cabos, formados por las materias minerales vomitadas por el volcán. Una vez que hubieron llegado a esa punta, los colonos habían vuelto sobre sus pasos y al anochecer estaban de regreso en las Chimeneas, aunque no se durmieron antes de haber dejado definitivamente resuelta la cuestión de saber si había que pensar o no en marcharse de la isla Lincoln.

Las mil doscientas millas que separaban la isla del archipiélago de las Pomotu eran una distancia considerable. Un bote no habría bastado para recorrerla, sobre todo teniendo en cuenta la inminencia del invierno. Pencroff lo había declarado abiertamente. Construir un simple bote, incluso teniendo las herramientas necesarias, era una tarea difícil, y como los colonos no tenían

herramientas, había que empezar por fabricar martillos, hachas, azuelas, sierras, taladros, cepillos, etc., lo que exigía cierto tiempo. Decidieron, pues, que invernarían en la isla Lincoln y que buscarían una morada más confortable que las Chimeneas para pasar los meses de invierno.

Antes de nada, había que utilizar el mineral de hierro, del que el ingeniero había observado algunos yacimientos en la zona noroeste de la isla, y transformar ese mineral en hierro o en acero.

Por regla general, el suelo no contiene los metales en estado puro. La mayor parte los encontramos combinados con oxígeno o con azufre. Precisamente las dos muestras que había cogido Cyrus Smith eran hierro magnético no carbonatado una de ellas, y la otra, pirita, también llamada sulfuro de hierro. Era, pues, el óxido de hierro lo que había que reducir mediante carbón, es decir, liberarlo del oxígeno para obtenerlo en estado puro. Esa reducción se hace sometiendo el mineral, en presencia de carbón, a una elevada temperatura, bien mediante el rápido y fácil «método catalán», que tiene la ventaja de transformar directamente, en una sola operación, el mineral en hierro, o bien mediante el método de los altos hornos, que transforma primero el mineral en fundición y a continuación la fundición en hierro quitándole el tres o el cuatro por ciento de carbón que aparece combinado con ella.

¿Qué necesitaba Cyrus Smith? Hierro, no fundición, y debía buscar el método de reducción más rápido. Por lo demás, el mineral que había recogido era de por sí muy puro y rico. Se trataba de ese mineral que se encuentra en masas confusas de un gris oscuro, da un polvo negro, cristaliza en octaedros regulares, proporciona los imanes naturales y en Europa se emplea para fabricar esos hierros de primera calidad de los que Suecia y Noruega están tan abundantemente provistas. En las cercanías de ese yacimiento estaban los yacimientos de carbón ya explotados por los colonos. Eso facilitaba mucho el tratamiento del mineral, puesto que los elementos necesarios para la fabricación se encontraban cerca uno de otro. Es precisamente lo que hace prodigiosamente ricas las explotaciones del Reino Unido, donde la hulla y el metal son extraídos del mismo suelo y al mismo tiempo.

—Entonces, señor Cyrus —dijo Pencroff—, ¿vamos a trabajar el mineral de hierro?

—Sí, amigo mío —respondió el ingeniero—, y para ello empezaremos, cosa que no le desagradará, por ir al islote a cazar focas.

—¡A cazar focas! —exclamó el marino—. ¿Acaso se necesita foca para fabricar hierro? —preguntó, volviéndose hacia Gedeon Spilett.

—¡Si Cyrus lo dice...! —contestó el reportero.

Pero el ingeniero ya había salido de las Chimeneas y Pencroff se preparó para ir a cazar focas sin haber obtenido otra explicación.

Al poco, Cyrus Smith, Harbert, Gedeon Spilett, Nab y el marino estaban reunidos en la playa, en un punto donde el canal formaba un vado durante la bajamar. La marea estaba en lo más bajo del reflujo y los cazadores pudieron cruzar el canal sin que el agua les llegara más arriba de las rodillas.

Cyrus Smith iba a poner por primera vez los pies en el islote, mientras que para sus compañeros era la segunda vez, puesto que era allí donde el globo los había dejado.

Al llegar, unos cientos de pingüinos los miraron con candidez. Los colonos, armados con garrotes, hubieran podido matarlos fácilmente, pero ni se les ocurrió cometer esa masacre doblemente inútil, pues era importante no asustar a los anfibios, que estaban tendidos sobre la arena a unos cables de distancia. Respetaron también a algunos inocentes pájaros bobos, cuyas alas, reducidas al estado de muñones, eran como aletas provistas de plumas de aspecto escamoso.

Los colonos avanzaron prudentemente hacia la punta norte, caminando sobre un suelo acribillado de pequeños hoyos, que eran nidos de aves acuáticas. Al final del islote se veían grandes puntos negros que nadaban a flor de agua. Parecían escollos en movimiento.

Eran los anfibios que querían capturar. Había que dejarlos volver a tierra, porque, debido a su estrecha pelvis, su pelo corto y tupido y su configuración fusiforme, así como a que son unas excelentes nadadoras, resulta difícil atrapar a las focas en el mar, mientras que en tierra sus extremidades cortas y palmeadas solo les permiten moverse reptando lentamente.

Pencroff conocía los hábitos de esos anfibios y aconsejó esperar a que estuviesen tendidos en la arena, bajo los rayos del sol, que no tardarían en sumirlos en un profundo sueño. Entonces les cortarían

la retirada y los golpearían en los hocicos.

Así pues, los cazadores se escondieron detrás de las rocas del litoral y esperaron en silencio.

Transcurrió una hora antes de que las focas fuesen a retozar a la playa. Había media docena. Pencroff y Harbert se separaron de los demás para rodear la punta del islote, a fin de sorprenderlas por la espalda y cortarles la retirada. Mientras tanto, Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Nab, reptando por las rocas, se acercaban al futuro escenario de la batalla.

De repente, el marino se levantó profiriendo un grito. El ingeniero y sus dos compañeros se situaron a toda prisa entre el mar y las focas. Dos de esos animales, fuertemente golpeados, quedaron muertos sobre la arena, pero los otros pudieron llegar al mar y alejarse.

—Aquí tiene las focas que quería, señor Cyrus —dijo el marino, acercándose al ingeniero.

—Bien —contestó Cyrus Smith—. Haremos con ellas fuelles de fragua.

—¡Fuelles de fragua! —exclamó Pencroff—. ¡Pues menuda suerte han tenido estas focas!

En efecto, era una máquina sopladora, necesaria para el tratamiento del mineral, lo que el ingeniero pensaba fabricar con la piel de los anfibios. Estos eran de tamaño medio, ya que no sobrepasaban los seis pies de longitud, y su cabeza recordaba la de los perros.

Como no tenía sentido acarrear un peso tan considerable como el de esos dos animales, Nab y Pencroff decidieron despellejarlos allí mismo, mientras que Cyrus Smith y el reportero terminarían de explorar el islote.

El marino y el negro realizaron con habilidad el trabajo y tres horas más tarde Cyrus Smith tenía a su disposición dos pieles de foca que pensaba utilizar en ese estado, sin someterlas a ninguna operación de curtido.

Los colonos tuvieron que esperar a que la marea volviera a bajar y, tras cruzar el canal, regresaron a las Chimeneas.

No fue tarea sencilla tensar las pieles sobre unos bastidores de madera destinados a mantenerlas tirantes y coserlas con fibras para poder almacenar el aire sin que hubiera demasiadas fugas. Tuvieron

que hacer varios intentos. Cyrus Smith solo disponía de las dos hojas de acero procedentes del collar de Top, y a pesar de ello hizo gala de tal habilidad, y sus compañeros lo ayudaron con tanta inteligencia, que tres días después entre los utensilios de la pequeña colonia figuraba una máquina sopladora, destinada a inyectar aire al mineral cuando fuera tratado mediante calor, condición indispensable para el éxito de la operación.

El 20 de abril por la mañana empezó «el período metalúrgico», tal como lo llamó el reportero en sus notas. El ingeniero, como sabemos, estaba decidido a trabajar en el propio yacimiento de hulla y de mineral. Según sus observaciones, dichos yacimientos se hallaban al pie de los contrafuertes del monte Franklin situados al nordeste, es decir, a una distancia de seis millas. Había que descartar, por lo tanto, volver todos los días a las Chimeneas, y quedó acordado que la pequeña colonia se instalaría en una choza de ramas, de manera que la importante operación fuera seguida noche y día.

Una vez trazado el plan, salieron temprano. Nab y Pencroff transportaban sobre un zarzo la máquina sopladora, además de cierta cantidad de provisiones vegetales y animales que irían renovando por el camino.

Atravesaron los bosques del Jacamar en sentido oblicuo, del sudeste al noroeste, y por su parte más frondosa. Tuvieron que abrir un camino, que constituiría en lo sucesivo la arteria más directa entre la meseta de Vistagrande y el monte Franklin. Los árboles pertenecientes a las especies ya identificadas eran magníficos. Harbert descubrió algunos nuevos, entre ellos, dragos, a los que Pencroff llamó «puerros pretenciosos», pues, pese a su tamaño, eran de la familia de las liliáceas, como la cebolla, el cebollino, la chalota y el espárrago. Los dragos tenían unas raíces leñosas que, cocidas, son excelentes, y sometidas a cierta fermentación dan un licor de sabor muy agradable. Así pues, se aprovisionaron convenientemente.

El trayecto a través del bosque fue largo. Duró todo el día, pero eso permitió observar la fauna y la flora. Top, más especializado en la fauna, levantaba indistintamente toda clase de animales corriendo entre las hierbas y la maleza. Harbert y Gedeon Spilett mataron dos canguros a flechazos, además de un animal que

presentaba un gran parecido con los erizos y con los osos hormigueros: con los primeros porque se enrollaba sobre sí mismo hasta formar una bola y tenía púas; con los segundos, porque tenía uñas excavadoras, hocico largo y fino terminado en pico de pájaro, y lengua extensible provista de pequeñas espinas que le servían para retener los insectos.

—Y cuando esté en la olla —dijo Pencroff—, ¿qué parecerá?

—Un excelente pedazo de buey —contestó Harbert.

—No le pediremos más —añadió el marino.

Durante la excursión, vieron algunos jabalíes que no intentaron atacar a la pequeña comitiva, y no parecía que fuesen a encontrar fieras temibles cuando, en medio de la espesura, el reportero creyó ver a unos pasos de él, entre las primeras ramas de un árbol, un animal al que tomó por un oso. Gedeon Spilett se puso a dibujarlo tranquilamente. Afortunadamente para él, el animal en cuestión no pertenecía en absoluto a esa temible familia de plantígrados sino que era un koala, mamífero que presenta algunas similitudes con el perezoso. Tenía el tamaño de un perro grande, el pelo erizado y de un color sucio, y las patas provistas de fuertes garras, lo que le permitía trepar a los árboles y alimentarse de hojas. Una vez verificada la identidad del susodicho animal sin distraerlo en absoluto de sus ocupaciones, Gedeon Spilett borró «oso» de la leyenda del boceto, puso «koala» en su lugar y reanudaron el camino.

A las cinco de la tarde, Cyrus Smith dio la señal de alto. Estaban fuera del bosque, en el nacimiento de los poderosos contrafuertes que apuntalaban el monte Franklin hacia el este. A unos cientos de pasos corría el arroyo Rojo y, por consiguiente, el agua potable no se encontraba lejos.

El campamento fue organizado de inmediato. En menos de una hora, en la linde del bosque, entre los árboles, una choza de ramas y bejucos mezclados con barro ofreció un refugio suficiente. Dejaron para el día siguiente las búsquedas geológicas. Prepararon la cena, encendieron una buena fogata delante de la choza, pusieron la carne en el asador y a las ocho, mientras uno de los colonos montaba guardia para que no se apagara el fuego, por si alguna fiera peligrosa merodeaba por los alrededores, los demás dormían plácidamente.

Al día siguiente, 21 de abril, Cyrus Smith fue, acompañado de Harbert, a buscar los terrenos de formación antigua en los que había encontrado una muestra de mineral. Descubrió el yacimiento a flor de tierra, casi en el nacimiento del arroyo, al pie de la base lateral de uno de los contrafuertes del nordeste. Ese mineral, muy rico en hierro, era perfecto para el modo de reducción que el ingeniero pensaba emplear, es decir, el método catalán pero simplificado, tal como se emplea en Córcega.

El método catalán propiamente dicho exige construir hornos y crisoles en los que el mineral y el carbón, colocados en capas alternas, se transforman y reducen. Pero el propósito de Cyrus Smith era ahorrarse construirlos y formar simplemente, con el mineral y el carbón, una masa cúbica hacia el centro de la cual dirigiría el aire del fuelle. Ese había sido, sin duda, el procedimiento empleado por Tubalcaín y los primeros metalúrgicos del mundo habitado. Y lo que había sido un éxito en los tiempos de los nietos de Adán, lo que seguía dando buenos resultados en las regiones ricas en minerales y combustible, no podía sino ser un éxito también en las circunstancias en que se encontraban los colonos de la isla Lincoln.

Al igual que el mineral, la hulla fue recogida, sin dificultad y no muy lejos, en la superficie del suelo. Partieron previamente el mineral en trozos pequeños y le quitaron con las manos las impurezas que ensuciaban su superficie. Luego, carbón y mineral fueron amontonados en capas sucesivas, tal como hace el carbonero con la leña que quiere carbonizar. De esta forma, sometido a la acción del aire proyectado por la máquina sopladora, el carbón debía transformarse primero en ácido carbónico y después en óxido de carbono, encargado de reducir el óxido de hierro, es decir, de liberarlo del oxígeno.

Así fue como procedió el ingeniero. El fuelle de piel de foca, provisto en su extremo de un tubo de tierra refractaria que había sido fabricado previamente en el horno de alfarería, fue instalado junto al montón de mineral. Accionado por un mecanismo compuesto de chasis, cuerdas de fibras y contrapesos, el fuelle insufló en la masa una provisión de aire que, al tiempo que elevaba la temperatura, contribuyó a operar la transformación química que debía dar hierro puro.

La operación fue difícil. Hizo falta toda la paciencia y todo el ingenio de los colonos para llevarla a buen término; pero al final consiguieron su objetivo y el resultado definitivo fue una masa de hierro, reducida al estado de esponja, que hubo que cinglar y batir, es decir, forjar, para eliminar la ganga licuada. Era evidente que estos herreros improvisados carecían de martillo; pero, a fin de cuentas, se encontraban en las mismas condiciones en que había estado el primer metalúrgico e hicieron lo que debió de hacer aquel.

La primera masa sirvió, con un palo a modo de mango, de martillo para forjar la segunda sobre un yunque de granito, y de este modo llegaron a obtener un metal tosco pero utilizable.

Por fin, después de muchos esfuerzos y muchas fatigas, el 25 de abril tenían forjadas ya varias barras de hierro, las cuales, transformadas en herramientas como pinzas, tenazas, picos, espiochas, etcétera, eran según Pencroff y Nab auténticas joyas.

Pero no era en el estado de hierro puro como ese metal podía hacer grandes servicios, sino sobre todo en el estado de acero. El acero es una combinación de hierro y carbón que se obtiene, bien de la fundición, quitándole a esta el exceso de carbón, o bien del hierro, añadiéndole a este el carbón que le falta. El primero, obtenido mediante la descarburación de la fundición, da el acero natural o pudelado; el segundo, producido por la carburación del hierro, da el acero de cementación.

Por consiguiente, era este último el que Cyrus Smith debía intentar fabricar preferentemente, puesto que poseía hierro en estado puro. Lo consiguió calentando el metal con carbón en polvo en un crisol hecho de tierra refractaria.

A continuación, ese acero, que es maleable en frío y en caliente, lo trabajó con el martillo. Nab y Pencroff, hábilmente dirigidos, hicieron hojas de hacha, las cuales, calentadas al rojo y sumergidas bruscamente en agua fría, adquirieron un temple excelente.

Fabricaron otras herramientas —toscamente modeladas, por supuesto—, como hojas de cepillo, hachas de diferentes tamaños, láminas de acero que debían ser transformadas en sierras, cinceles, y también clavos, y piezas con las que hacer espiochas, palas, picos, martillos, etcétera.

El 5 de mayo, el primer período metalúrgico había terminado, los herreros regresaban a las Chimeneas y muy pronto nuevos

trabajos les permitirían adquirir otras cualificaciones.

XVI

*La cuestión de la vivienda es tratada de nuevo – Las fantasías de
Pencroff – Exploración por el norte del lago – La linde
septentrional de la meseta – Las serpientes – El final del lago –
La inquietud de Top – Top a nado – Un combate bajo las aguas –
El dugongo*

Era 6 de mayo, día que corresponde al 6 de noviembre en las regiones del hemisferio boreal. Desde hacía unos días, el cielo se estaba poniendo brumoso, y era importante tomar algunas medidas con vistas a pasar el invierno. Sin embargo, la temperatura aún no había bajado sensiblemente, y un termómetro centígrado transportado a la isla Lincoln habría marcado una media de diez a doce grados. Esa media no es sorprendente, puesto que la isla Lincoln, situada muy probablemente entre los paralelos 35 y 40, debía de hallarse sometida, en el hemisferio sur, a las mismas condiciones climáticas que Sicilia o Grecia en el hemisferio norte. Pero, al igual que Grecia o Sicilia padecen fríos violentos que producen nieve y hielo, sin duda la isla Lincoln padecería, en el período más crudo del invierno, ciertos descensos de temperatura contra los que convenía prepararse.

En cualquier caso, aunque el frío todavía no amenazaba, la estación de las lluvias estaba acercándose, y en aquella isla solitaria, expuesta a todas las inclemencias del mar, en pleno océano Pacífico, el mal tiempo debía de ser frecuente y probablemente terrible.

Por eso, la cuestión de una vivienda más confortable que las Chimeneas tuvo que ser seriamente meditada y resuelta con prontitud.

Pencroff, como es natural, tenía cierta predilección por el

refugio que había descubierto, pero comprendió que había que buscar otro. Las Chimeneas ya habían sido visitadas por el mar, en las circunstancias que todos recordamos, y no podían exponerse a otro accidente de ese tipo.

—Por otro lado —añadió Cyrus Smith, charlando de este asunto con sus compañeros—, tenemos que tomar algunas precauciones.

—¿Por qué? La isla no está habitada —dijo el reportero.

—Es probable —contestó el ingeniero—, aunque todavía no la hemos explorado toda. Pero, suponiendo que no haya ningún ser humano, temo que los animales peligrosos abunden. Por eso conviene ponerse a salvo de una posible agresión y evitar que uno de nosotros tenga que vigilar por la noche para mantener el fuego encendido. Además, amigos míos, hay que preverlo todo. Estamos en una zona del Pacífico bastante frecuentada por los piratas malayos.

—¿Cómo? —dijo Harbert—. ¿A tanta distancia de toda tierra habitada?

—Sí, hijo —respondió el ingeniero—. Esos piratas son tan audaces marinos como temibles malhechores y debemos tomar medidas por si acaso.

—Muy bien —dijo Pencroff—, nos protegeremos contra los ataques de los salvajes de dos patas y de cuatro. Pero, señor Cyrus, ¿no sería aconsejable explorar toda la isla antes de hacer nada?

—Sería preferible —aprobó Gedeon Spilett—. ¡Quién sabe si no encontraremos en la costa opuesta una de esas cavernas que hemos buscado inútilmente en esta!

—Eso es verdad —dijo el ingeniero—, pero olvidan, amigos míos, que conviene que nos instalemos en las cercanías de un curso de agua y que, desde la cima del monte Franklin, no hemos visto hacia el oeste ningún río ni arroyo. Aquí, en cambio, estamos situados entre el río de la Misericordia y el lago Grant, una ventaja considerable que no hay que desdeñar. Además, esta costa, orientada al este, no se halla expuesta como la otra a los vientos alisios, que en este hemisferio soplan del noroeste.

—Entonces, señor Cyrus —dijo el marino—, construyamos una casa a orillas del lago. Ahora tenemos ladrillos y herramientas. Después de haber sido ladrilleros, alfareros, fundidores y herreros, ¡qué demonios!, ¡no tendremos ninguna dificultad en ser albañiles!

—Sí, amigo mío, pero antes de tomar una decisión hay que buscar. Una morada construida por la naturaleza nos ahorraría mucho trabajo y sin duda nos ofrecería un refugio todavía más seguro, pues estaría tan bien defendida contra los enemigos de dentro como contra los de fuera.

—En efecto, Cyrus —dijo el reportero—, pero ya hemos examinado todo ese macizo granítico de la costa y no hemos encontrado un solo agujero, ni siquiera una grieta.

—¡No, ni una! —confirmó Pencroff—. ¡Ah, si hubiéramos podido excavar una casa en ese muro, a la altura suficiente para que fuese inaccesible, eso sí que habría sido fantástico! Puedo verla desde aquí, con la fachada que mira al mar, con cinco o seis habitaciones...

—¡Y ventanas para iluminarlas! —dijo Harbert, riendo.

—¡Y una escalera para subir! —añadió Nab.

—¿Por qué reís? ¿Qué tiene de imposible lo que propongo? ¿Acaso no tenemos picos y espiochas? ¿Acaso el señor Cyrus no será capaz de fabricar pólvora para hacer barrenos? ¿No es cierto, señor Cyrus, que hará pólvora el día que la necesitemos?

Cyrus Smith había escuchado al entusiasta Pencroff exponer sus planes un poco fantasiosos. Atacar esa masa de granito, incluso a barrenazos, era un trabajo hercúleo, y realmente era un fastidio que la naturaleza no hubiera hecho la parte más dura de la tarea. No obstante, el ingeniero respondió al marino proponiendo examinar más atentamente la muralla, desde la desembocadura del río hasta el ángulo en que terminaba al norte.

Así pues, salieron y exploraron una extensión de unas dos millas con una atención extrema. Pero en ningún lugar de la pared, lisa y recta, vieron cavidad alguna. Los nidos de las palomas de roca que revoloteaban en la cima eran, en realidad, simples agujeros hechos en la misma cresta y en el borde irregularmente recortado del granito.

Era una contrariedad, y en cuanto a atacar ese macizo, bien con el pico o bien con pólvora, para practicar una excavación suficiente, era una posibilidad que había que descartar. El azar había hecho que Pencroff descubriera el único refugio provisionalmente habitable en toda esa parte del litoral, es decir, las Chimeneas, y era preciso abandonarlo.

Cuando acabaron la exploración, los colonos se encontraban en el ángulo norte de la muralla, donde terminaba en esas pendientes alargadas que iban a morir en la playa. Desde allí hasta su límite oeste, formaba simplemente una especie de talud, un denso conglomerado de piedras, tierra y arena unidas por plantas, arbolillos y hierbas, con una inclinación de solo cuarenta y cinco grados. En algunas partes de esa especie de acantilado, el granito se abría paso y asomaba en puntas agudas. Sus pendientes estaban cubiertas de una hierba bastante tupida y salpicadas de algunos árboles repartidos de forma escalonada. Pero esa era toda la vegetación que había; desde el pie del talud, un largo arenal se extendía hasta el litoral.

Cyrus Smith pensó, no sin razón, que debía de ser por ese lado por donde el agua sobrante del lago salía en forma de cascada. Ese excedente de agua que proporcionaba el arroyo Rojo tenía que perderse forzosamente en algún punto. Y ese punto el ingeniero aún no lo había encontrado en ningún tramo explorado de las orillas, es decir, desde la desembocadura del arroyo, al oeste, hasta la meseta de Vistagrande.

El ingeniero propuso, pues, a sus compañeros subir el talud que estaban observando y regresar a las Chimeneas por las alturas, explorando las orillas septentrionales y orientales del lago.

La proposición fue aceptada y en unos minutos Harbert y Nab llegaron a la meseta superior. Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Pencroff los siguieron a un paso más reposado.

A doscientos pies, la magnífica extensión de agua resplandecía bajo los rayos del sol, a través del follaje. El paisaje, en aquel lugar, era precioso. Los árboles, de tonalidades amarillentas, se agrupaban de un modo tan maravilloso que eran un regalo para la vista. Algunos viejos troncos, enormes pero abatidos por la edad, contrastaban por su corteza negruzca con el tapiz verde que cubría el suelo. Allí cacareaban miles de escandalosas cacatúas, verdaderos prismas móviles, que saltaban de una rama a otra. Parecía que la luz llegara descompuesta a través de aquel singular ramaje.

En lugar de ir directamente a la orilla norte del lago, los colonos siguieron el borde de la meseta para llegar a la desembocadura del arroyo por su orilla izquierda. Aquello suponía dar un rodeo de una milla y media como máximo. El avance era fácil, ya que los árboles,

muy espaciados, dejaban paso libre. Era evidente que en ese límite acababa la zona fértil; la vegetación era menos vigorosa que en toda la zona comprendida entre los cursos del arroyo y del río de la Misericordia.

Cyrus Smith y sus compañeros caminaban no sin cierta circunspección por ese terreno nuevo para ellos. Arcos, flechas y hierros puntiagudos enastados en palos eran sus únicas armas. Sin embargo, no apareció ninguna fiera; probablemente, esos animales frecuentaban más bien la densa selva del sur. No obstante, los colonos tuvieron la desagradable sorpresa de ver a Top detenerse ante una serpiente de gran tamaño, que medía catorce o quince pies de longitud. Nab la mató de un garrotazo. Cyrus Smith examinó al reptil y declaró que no era venenoso, pues pertenecía a la especie de las serpientes diamante, que sirven de alimento a los indígenas en Nueva Gales del Sur. Pero era posible que hubiese otras cuya mordedura fuera mortal, como las víboras sordas, de cola hendida, que se revuelven al pisarlas, o esas serpientes voladoras que se abalanzan a una gran rapidez sobre sus presas. Top, pasado el primer momento de sorpresa, se dedicó a perseguir reptiles con un ensañamiento que hacía temer por su vida, así que su amo se veía obligado a llamarlo constantemente.

No tardaron en llegar a la desembocadura del arroyo Rojo, en el lugar donde se unía con el lago. Los exploradores reconocieron en la orilla opuesta el punto que habían visitado bajando del monte Franklin. Cyrus Smith constató que el caudal de agua del arroyo era considerable; era preciso, pues, que en algún lugar la naturaleza hubiera proporcionado un desaguadero al lago. Ese desaguadero era lo que tenían que descubrir, pues sin duda formaba una cascada cuya potencia mecánica podrían utilizar.

Los colonos, caminando cada uno a su aire pero sin separarse demasiado, empezaron a recorrer la orilla del lago, que era muy escarpada. Las aguas parecían rebosantes de peces y Pencroff se prometió que haría algunos útiles de pesca a fin de explotarlas.

Primero tuvieron que doblar la punta aguda del nordeste. Habría cabido suponer que la descarga de las aguas se producía allí, pues el extremo del lago casi lindaba con el borde de la meseta. Pero no era así, de modo que los colonos continuaron explorando la orilla, la cual, después de describir una ligera curva, bajaba paralela al

litoral.

En ese lado, la ribera era menos boscosa, pero algunos grupos de árboles animaban el paisaje. El lago Grant apareció entonces en toda su extensión, y ni un soplo de viento rizaba la superficie de sus aguas. Top, explorando la maleza, ahuyentó a varias bandadas de pájaros, a los que Gedeon Spilett y Harbert saludaron con sus flechas. Un certero disparo del muchacho alcanzó a uno de ellos, que cayó en medio de hierbas pantanosas. Top se precipitó hacia él y volvió con una espléndida ave nadadora de color pizarra, pico corto, placa frontal muy desarrollada, dedos ensanchados por un reborde de lóbulos y alas ribeteadas de blanco. Era una focha del tamaño de una perdiz grande, perteneciente a ese grupo de macrodáctilos que constituye la transición entre el orden de las zancudas y el de las palmípedas. En resumidas cuentas, una triste pieza, cuyo sabor debía de dejar mucho que desear. Pero sin duda Top se mostraría menos exigente que sus amos, por lo que acordaron que la focha sería su cena.

Los colonos seguían la orilla oriental del lago y no tardarían en llegar al tramo ya explorado. El ingeniero estaba muy sorprendido, pues no veía ningún indicio del desaguadero del lago. Hablando con el reportero y el marino, no les ocultaba su extrañeza.

En ese momento, Top, que había estado muy tranquilo hasta entonces, dio muestras de agitación. El inteligente animal avanzaba y retrocedía por la ribera, se paraba de pronto y miraba el agua con una pata levantada, como si estuviera al acecho de un animal invisible; entonces se ponía a ladrar con furia al tiempo que venteaba, hasta que de repente volvía a quedarse callado.

Ni Cyrus Smith ni sus compañeros habían prestado atención al principio a este comportamiento de Top, pero los ladridos del perro se hicieron tan insistentes que empezaron a preocupar al ingeniero.

—¿Qué pasa, Top? —preguntó.

El perro dio varios saltos hacia su amo manifestando una indudable inquietud y se precipitó de nuevo hacia la ribera. De pronto, se metió en el lago.

—¡Ven aquí, Top! —ordenó Cyrus Smith, que no quería dejar a su perro aventurarse en esas aguas sospechosas.

—¿Qué demonios pasa ahí abajo? —preguntó Pencroff, examinando la superficie del lago.

—Top debe de haber presentado la presencia de un anfibio —respondió Harbert.

—¿Un aligátor quizá? —sugirió el reportero.

—No lo creo —contestó Cyrus Smith—. Solo hay aligátors en las regiones de latitud menos elevada.

Top había respondido a la llamada de su amo y había vuelto a la orilla, pero no podía estar quieto; saltaba entre las altas hierbas y, guiado por su instinto, parecía seguir a algún ser invisible que se hubiera sumergido bajo las aguas del lago arrastrándose por el borde. Sin embargo, las aguas estaban tranquilas, ni una sola onda turbaba su superficie. Los colonos se detuvieron varias veces y observaron con atención sin ver absolutamente nada nuevo. Allí había algún misterio.

El ingeniero estaba muy intrigado.

—Sigamos explorando hasta el final —dijo.

Media hora después, todos habían llegado al ángulo sudeste del lago y se encontraban sobre la meseta de Vistagrande. En ese punto, el examen de las orillas del lago debía considerarse acabado. Con todo, el ingeniero no había podido descubrir por dónde y cómo se producía la salida del agua.

—¡Y sin embargo, ese desagüero existe! —repetía—. Y, puesto que no es exterior, tiene que estar excavado en el interior del macizo granítico de la costa.

—Pero ¿qué importancia concede a saber ese detalle, querido Cyrus? —preguntó Gedeon Spilett.

—Una importancia considerable —respondió el ingeniero—, porque, si el desagüe se produce a través del macizo, es posible que haya en su interior alguna cavidad, y sería fácil hacerla habitable después de haber desviado las aguas.

—Pero, señor Cyrus —dijo Harbert—, ¿no podría ser que las aguas se filtraran por el fondo del lago y fueran hasta el mar por un conducto subterráneo?

—Es posible, en efecto —respondió el ingeniero—, y si se confirma, nos veremos obligados a construir nosotros mismos una casa de arriba abajo, ya que la naturaleza no nos facilita la tarea.

Los colonos se disponían a atravesar la meseta para regresar a las Chimeneas, pues eran las cinco de la tarde, cuando Top volvió a dar muestras de agitación. Ladraba con rabia y, antes de que su

amo hubiera podido retenerlo, se metió otra vez en el lago.

Todos corrieron hacia la orilla. El perro estaba ya a veinte pies de allí, y Cyrus Smith lo llamaba vivamente cuando una cabeza enorme emergió de la superficie de las aguas, que no parecían ser profundas en ese lugar.

Harbert reconoció de inmediato la especie de anfibio a la que pertenecía aquella cabeza cónica con grandes ojos y un bigote de largos pelos sedosos.

—¡Un manatí! —exclamó.

No era un manatí, sino un ejemplar de esa especie, incluida en el orden de los cetáceos, que lleva el nombre de dugongo, ya que tenía las fosas nasales abiertas en la parte superior del hocico.

El enorme animal se había precipitado sobre el perro, el cual trató en vano de esquivarlo regresando hacia la orilla. Su amo no podía hacer nada para salvarlo, y antes incluso de que a Gedeon Spilett o a Harbert se les pasara por la mente armar sus arcos, Top, atrapado por el dugongo, desaparecía bajo las aguas.

Nab, empuñando un chuzo, se dispuso a acudir en auxilio del perro, decidido a atacar al formidable animal incluso en su elemento.

—¡No, Nab! —dijo el ingeniero, reteniendo a su valeroso sirviente.

Sin embargo, bajo las aguas estaba teniendo lugar una lucha, una lucha inexplicable, pues era evidente que en esas condiciones Top no podía resistir, una lucha que debía de ser terrible a juzgar por el borboteo que se veía en la superficie, una lucha, en suma, que solo podía acabar con la muerte del perro. Pero, de repente, en medio de un círculo de espuma, vieron reaparecer a Top. Lanzado por los aires por una fuerza desconocida, se elevó diez pies sobre la superficie del lago, cayó en medio de las aguas tremendamente revueltas y al cabo de un momento llegó a la orilla sin heridas graves, milagrosamente salvado.

Cyrus Smith y sus compañeros miraban sin comprender. Y —circunstancia más inexplicable todavía— se habría dicho que la lucha continuaba bajo las aguas. Sin duda el dugongo, atacado por algún poderoso animal, después de haber soltado al perro, peleaba por su propia supervivencia.

Pero aquello no se prolongó mucho. Las aguas se tiñeron de rojo

sangre y el cuerpo del dugongo emergió en medio de una mancha escarlata, que se extendió ampliamente, para acabar encallando en una pequeña playa, en el ángulo sur del lago.

Los colonos fueron corriendo hacia allí. El dugongo estaba muerto. Era un animal enorme, de quince pies de longitud y un peso de entre tres y cuatro mil libras. En su cuello se abría una herida que parecía haber sido hecha con una hoja cortante.

¿Qué anfibio había podido destruir de ese modo al formidable dugongo? Nadie habría podido decirlo, y Cyrus Smith y sus compañeros, bastante preocupados por ese incidente, regresaron a las Chimeneas.

XVII

Visita al lago – La corriente indicadora – Los planes de Cyrus Smith – La grasa del dugongo – Empleo de las piritas esquistosas – El sulfato de hierro – Cómo se hace la glicerina – El jabón – El salitre – Ácido sulfúrico – Ácido nítrico – La nueva cascada

Al día siguiente, 7 de mayo, mientras Nab preparaba el desayuno, Cyrus Smith y Gedeon Spilett subieron a la meseta de Vistagrande. Entretanto, Harbert y Pencroff fueron río arriba en busca de leña.

El ingeniero y el reportero llegaron enseguida a la pequeña playa situada en la punta sur del lago donde estaba el cuerpo del anfibio. Bandadas de pájaros se habían abalanzado ya sobre aquella masa carnosa y tuvieron que ahuyentarlas a pedradas, pues Cyrus Smith deseaba conservar la grasa del dugongo y utilizarla para las necesidades de la colonia. En cuanto a la carne del animal, tenía que ser un alimento excelente, puesto que en algunas regiones de Malasia se reserva especialmente para la mesa de los príncipes indígenas. Pero eso era asunto de Nab.

En aquel momento, Cyrus Smith tenía otras cosas en mente. No había olvidado el incidente del día anterior, el cual seguía preocupándole. Hubiera querido desentrañar el misterio del combate submarino y averiguar qué congénere de los mastodontes o de otros monstruos marinos había infligido al dugongo una herida tan rara.

Así pues, estaba allí, en la orilla del lago, mirando, observando, sin que apareciera nada bajo las tranquilas aguas, que relucían bajo los primeros rayos del sol.

En aquella pequeña playa que soportaba el cuerpo del dugongo, las aguas eran poco profundas; pero, a partir de ese punto, el fondo

del lago descendía poco a poco y era probable que en el centro la profundidad fuese considerable. El lago podía ser considerado como una gran balsa que habían llenado las aguas del arroyo Rojo.

—Bueno, Cyrus —dijo el reportero—, me parece que en estas aguas no hay nada sospechoso.

—No, querido Spilett —contestó el ingeniero—, no lo hay, y realmente no sé qué explicación puede tener el incidente de ayer.

—Reconozco que la herida que mató a este anfibio es como mínimo extraña —prosiguió Gedeon Spilett—, y también resulta inexplicable que Top saliera proyectado con tanta fuerza fuera del agua. Realmente se diría que fue un poderoso brazo lo que lo lanzó, y que ese mismo brazo, armado con un puñal, mató a continuación al dugongo.

—Sí —contestó el ingeniero, que se había quedado pensativo—. Hay algo en todo esto que no entiendo. Pero ¿comprende usted más que este incidente, querido Spilett, cómo fui salvado yo, cómo pude ser sacado del agua y trasladado a las dunas? No, ¿verdad? Presiento que aquí hay un misterio que sin duda algún día descubriremos. Así que, estemos atentos, pero no sigamos comentando estos singulares incidentes delante de nuestros compañeros. Guardémonos nuestras observaciones para nosotros y continuemos con nuestra tarea.

Como es sabido, el ingeniero aún no había podido descubrir por dónde salía el excedente de agua del lago, pero, como no había encontrado ningún indicio de que se desbordara, forzosamente tenía que existir un desagadero en alguna parte. Y precisamente en ese momento Cyrus Smith se quedó un tanto sorprendido al distinguir una corriente bastante pronunciada en el lugar donde se encontraba. Arrojó unas ramitas partidas y vio que se dirigían hacia el ángulo sur. Siguió esa corriente caminando por la orilla y llegó a la punta meridional del lago.

Allí se producía una especie de depresión de las aguas, como si salieran bruscamente por una fisura del suelo.

Cyrus Smith escuchó atentamente pegando la oreja al suelo y oyó con toda claridad el ruido de una cascada subterránea.

—Es aquí —dijo, levantándose—, es aquí donde se produce el desagüe, aquí donde, sin duda por un conducto excavado en el macizo de granito, las aguas se incorporan al mar a través de unas

cavidades que podríamos utilizar en nuestro provecho. ¡Y podré, ya lo creo que podré!

El ingeniero cortó una larga rama, le quitó las hojas y, sumergiéndola en el ángulo que formaban las dos orillas, comprobó que había un gran agujero tan solo un pie por debajo de la superficie del agua. Ese agujero era el orificio del desagadero, buscado en vano hasta entonces, y la fuerza de la corriente era tal allí que la rama fue arrebatada de las manos del ingeniero y desapareció.

—Ya no cabe ninguna duda —repitió Cyrus Smith—. Aquí está el orificio del desagadero, y yo dejaré a la vista ese orificio.

—¿Cómo? —preguntó Gedeon Spilett.

—Haciendo descender tres pies el nivel de las aguas del lago.

—¿Y cómo va a hacer que descienda su nivel?

—Abriendo otra salida más grande que esta.

—¿Dónde, Cyrus?

—En la parte de la orilla más cercana a la costa.

—¡Pero es una orilla de granito! —objetó el reportero.

—Pues volaré el granito —repuso Cyrus Smith—, y las aguas, al salir, bajarán lo suficiente para dejar a la vista ese orificio.

—Y formarán una cascada que caerá sobre la playa —añadió el reportero.

—Una cascada que utilizaremos —dijo Cyrus Smith—. ¡Venga, venga!

El ingeniero arrastró a su compañero, cuya confianza en Cyrus Smith era tal que no ponía en duda el éxito de la empresa. Sin embargo, ¿cómo iban a abrir esa orilla de granito? ¿Cómo iban a pulverizar esas rocas sin pólvora y con unas herramientas imperfectas? ¿No era un trabajo que superaba sus fuerzas el que el ingeniero iba a empeñarse en realizar?

Cuando Cyrus Smith y el reportero llegaron a las Chimeneas, encontraron a Harbert y Pencroff descargando su armadía.

—Los leñadores están a punto de acabar, señor Cyrus —dijo el marino, riendo—, y cuando necesite albañiles...

—No necesito albañiles, sino químicos —contestó el ingeniero.

—Sí —añadió el reportero—, vamos a volar la isla.

—¡A volar la isla! —exclamó Pencroff.

—Al menos en parte —repuso Gedeon Spilett.

—Escuchen, amigos —dijo el ingeniero.

Y entonces les hizo partícipes del resultado de sus observaciones. Según él, en el interior de la masa de granito que sostenía la meseta de Vistagrande tenía que haber una cavidad más o menos considerable, y pensaba penetrar hasta ella. Para conseguirlo, primero había que despejar la abertura por la que salía el agua y, por tanto, hacer bajar su nivel proporcionándole una salida mayor. De ahí la necesidad de fabricar una sustancia explosiva capaz de abrir un gran agujero en otro punto de la orilla. Eso es lo que iba a intentar hacer Cyrus Smith con los minerales que la naturaleza ponía a su disposición.

Huelga decir con qué entusiasmo acogieron todos, y más en particular Pencroff, este plan. ¡No reparar en medios, reventar el granito, crear una cascada, eso le iba al marino! Y, puesto que el ingeniero necesitaba químicos, sería químico con el mismo entusiasmo que albañil o zapatero. Sería todo lo que quisieran, «incluso profesor de danza o de buenas maneras, si alguna vez eso fuera necesario», le dijo a Nab.

Antes de nada, encargaron a Nab y Pencroff que extrajeran la grasa del dugongo y conservaran su carne, que estaba destinada a la alimentación. Ambos partieron de inmediato, sin pedir ninguna explicación. La confianza que tenían en el ingeniero era absoluta.

Unos instantes después de que ellos se marcharan, Cyrus Smith, Harbert y Gedeon Spilett se dirigieron, arrastrando el zarzo río arriba, al yacimiento de hulla donde abundaban esas piritas esquistasas que, efectivamente, se encuentran en los terrenos de transición más recientes y de las que Cyrus Smith había traído una muestra.

Dedicaron todo el día a transportar cierta cantidad de piritas a las Chimeneas. Por la noche había varias toneladas.

Al día siguiente, 8 de mayo, el ingeniero comenzó sus manipulaciones. Dado que aquellas piritas esquistasas estaban compuestas principalmente de carbón, sílice, alúmina y sulfuro de hierro —este en exceso—, se trataba de aislar el sulfuro de hierro y transformarlo en sulfato lo más rápidamente posible. Una vez obtenido el sulfato, extraería de él ácido sulfúrico.

Ese era el objetivo. El ácido sulfúrico es uno de los agentes más utilizados y la importancia industrial de una nación puede medirse

por el consumo que esta hace de él. Este ácido sería más adelante de enorme utilidad para los colonos, pues les serviría para hacer velas, curtir pieles, etcétera, pero en ese momento el ingeniero tenía intención de darle otro empleo.

Cyrus Smith eligió, detrás de las Chimeneas, un emplazamiento cuyo suelo fue cuidadosamente allanado. Allí colocó un montón de ramas y leña troceada, sobre el cual puso trozos de esquisto piritoso apoyados unos contra otros; a continuación lo cubrió todo con una fina capa de piritas, previamente reducidas al tamaño de una nuez.

Hecho esto, prendieron fuego a la leña. Los esquistos empezaron a arder por efecto del calor, ya que contenían carbón y azufre. Entonces añadieron más capas de piritas trituradas de manera que formasen un enorme montón, el cual fue recubierto exteriormente de tierra y hierbas dejando algunos huecos a modo de respiraderos, como si lo que quisieran fuese carbonizar una pila de leña para hacer carbón.

Después dejaron que se produjera la transformación, y eran necesarios no menos de diez o doce días para que el sulfuro de hierro se convirtiera en sulfato de hierro y la alúmina en sulfato de alúmina, dos sustancias igualmente solubles, mientras que las otras, la sílice, el carbón quemado y las cenizas, no lo eran.

Mientras se desarrollaba ese trabajo químico, Cyrus Smith dispuso realizar otras operaciones, a las que todos se entregaban, más que con celo, con auténtico ahínco.

Nab y Pencroff habían extraído la grasa del dugongo y la habían metido en grandes tinajas de arcilla. Ahora se trataba de aislar uno de los elementos de dicha grasa, la glicerina, saponificándola. Para obtener ese resultado, bastaba tratarla con sosa o con cal. Cualquiera de estas sustancias, una vez aplicada a la grasa, formaría un jabón aislando la glicerina, y era precisamente glicerina lo que el ingeniero quería conseguir. Sabemos que cal no le faltaba; el problema del tratamiento con cal era que solo daría jabones calcáreos, insolubles y, por consiguiente, inútiles, mientras que el tratamiento con sosa proporcionaría, por el contrario, un jabón soluble que podría utilizarse para la limpieza doméstica. Y, como hombre práctico, Cyrus Smith debía tratar de obtener sosa. ¿Era difícil? No, porque la ribera rebosaba de plantas marinas: barrillas, ficoideas y todas esas fucáceas que forman el varec o fuco. Así pues,

recogieron una gran cantidad de esas plantas, las pusieron a secar y a continuación las quemaron en fosas al aire libre. Mantuvieron la combustión de esas plantas durante varios días, de manera que el calor aumentara hasta el punto de fundir las cenizas y el resultado de la incineración fuera una masa compacta, grisácea, que se conoce desde hace mucho con el nombre de sosa natural.

Una vez obtenido este resultado, el ingeniero trató la grasa con la sosa, lo que dio, por una parte, un jabón soluble, y por la otra, una sustancia neutra, la glicerina.

Pero eso no era todo. Cyrus Smith necesitaba también, con vistas a su futura preparación, otra sustancia, el nitrato de potasio, más conocido con el nombre de sal de nitrógeno o salitre.

Cyrus Smith habría podido fabricar esa sustancia tratando el carbonato potásico, que se extrae fácilmente de las cenizas de los vegetales, con ácido nítrico. Pero no solo no tenía ácido nítrico, sino que era precisamente ese ácido el que quería obtener. Se hallaba, pues, atrapado en un círculo vicioso del que por sí solo no habría salido jamás. Afortunadamente, en esta ocasión la naturaleza le proporcionaría el salitre sin que él tuviera que hacer otra cosa que recogerlo. Harbert descubrió un yacimiento en el norte de la isla, al pie del monte Franklin, y lo único que hubo que hacer fue purificar esa sal.

En estos trabajos invirtieron ocho días. Por lo tanto, estuvieron acabados antes de que se hubiera producido la transformación del sulfuro en sulfato de hierro. Durante los días que siguieron, los colonos tuvieron tiempo de fabricar vasijas refractarias de arcilla plástica y de construir un horno de ladrillos de una disposición particular que permitiera la destilación del sulfato de hierro cuando lo hubieran obtenido. Todo esto estuvo terminado hacia el 18 de mayo, más o menos en el momento en que la transformación química debía finalizar. Gedeon Spilett, Harbert, Nab y Pencroff, hábilmente guiados por el ingeniero, se habían convertido en los obreros más diestros del mundo. Por lo demás, la necesidad es la mejor maestra y a la que más caso se le hace.

Cuando el fuego hubo reducido por completo el montón de piritas, depositaron en un barreño lleno de agua el producto resultante de la operación, que consistía en sulfato de hierro, sulfato de alúmina, sílice, residuos de carbón y cenizas. Removieron esta

mezcla, la dejaron reposar, la decantaron y obtuvieron un líquido claro que contenía sulfato de hierro y sulfato de alúmina en disolución; las otras materias, al ser insolubles, habían permanecido en estado sólido. Por último, al vaporizarse este líquido en parte, se depositaron cristales de sulfato de hierro y las aguas madres, es decir, el líquido no vaporizado, que contenía sulfato de alúmina, fueron desechadas.

Cyrus Smith tenía, pues, a su disposición una cantidad bastante grande de cristales de sulfato de hierro, de los cuales había que extraer el ácido sulfúrico.

En la práctica industrial, la fabricación de ácido sulfúrico requiere unas instalaciones costosas. Hacen falta, en efecto, grandes fábricas, un instrumental especial, aparatos de platino, cámaras de plomo, resistentes al ácido, en las que se opera la transformación, etcétera. El ingeniero no tenía nada de esto a su disposición, pero sabía que concretamente en Bohemia fabrican ácido sulfúrico recurriendo a medios más sencillos, los cuales incluso presentan la ventaja de producirlo con un grado superior de concentración. Así es como se hace el ácido conocido como ácido de Nordhausen.

Cyrus Smith solo tenía que realizar una operación más para obtener el ácido sulfúrico: calcinar en vaso cerrado los cristales de sulfato de hierro, de manera que el ácido sulfúrico se destilase en vapores, los cuales producirían después el ácido por condensación.

Para esta manipulación fue para lo que sirvieron las vasijas refractarias, donde pusieron los cristales, y el horno, cuyo calor debía destilar el ácido sulfúrico. La operación fue ejecutada a la perfección y el 20 de mayo, doce días después de haber empezado, el ingeniero se hallaba en posesión del agente que pensaba utilizar más tarde de muchas maneras diferentes.

¿Y para qué quería tener este agente? Simplemente, para producir ácido nítrico, y fue de lo más fácil, pues el salitre, atacado por el ácido sulfúrico, le dio por destilación precisamente ese ácido.

Pero, en resumidas cuentas, ¿qué utilidad iba a darle al ácido nítrico? Eso es lo que sus compañeros todavía ignoraban, ya que no había revelado el fin último de su trabajo.

Sin embargo, el ingeniero estaba a punto de lograr su objetivo, y una última operación le proporcionó la sustancia que había exigido tantas manipulaciones.

Después de haber cogido ácido nítrico, lo mezcló con la glicerina que había sido previamente concentrada por evaporación al baño María y obtuvo, incluso sin emplear mezcla refrigerante, varias pintas de un líquido aceitoso y amarillento.

Esta última operación, Cyrus Smith la había llevado a cabo solo, lejos de las Chimeneas, pues presentaba riesgos de explosión, y cuando llevó un frasco de ese líquido a sus amigos, se limitó a decirles:

—Esto es nitroglicerina.

Era, en efecto, ese terrible producto cuya potencia explosiva es quizá diez veces mayor que la de la pólvora corriente y que ha causado muchísimos accidentes. No obstante, desde que se ha descubierto el modo de transformarlo en dinamita, es decir, de mezclarlo con una sustancia sólida suficientemente porosa para retenerlo, como la arcilla o el azúcar, el peligroso líquido se ha podido utilizar con más seguridad. Pero la dinamita todavía no se conocía en la época en que los colonos estaban en la isla Lincoln.

—¿Y con esa esencia es con lo que vamos a volar las rocas? —preguntó Pencroff, un tanto incrédulo.

—Sí, amigo mío —respondió el ingeniero—, y la nitroglicerina producirá tanto más efecto cuanto que este granito es extremadamente duro y, por lo tanto, opondrá una resistencia mayor a la explosión.

—¿Y cuándo veremos eso, señor Cyrus?

—Mañana, en cuanto hayamos preparado un barreno —respondió el ingeniero.

Al día siguiente, 21 de mayo, al amanecer, los mineros fueron a una punta que formaba la orilla este del lago Grant, a solo quinientos pasos de la costa. Allí, el nivel de la meseta era más bajo que el de las aguas, retenidas únicamente por el dique de granito. Era evidente, por tanto, que si rompían el dique las aguas escaparían por esa salida y formarían un arroyo que, tras pasar por la superficie inclinada de la meseta, se precipitaría sobre la playa. Como consecuencia, se produciría un descenso general del nivel del lago y el orificio del desagadero quedaría al descubierto, lo cual era el objetivo final.

Así pues, se trataba de romper el dique. Bajo la dirección del ingeniero, Pencroff, provisto de un pico que manejaba hábil y

vigorosamente, empezó a golpear el granito por el revestimiento exterior. El agujero que había que hacer empezaba en un saliente horizontal de la orilla y tenía que penetrar oblicuamente, a fin de llegar a un nivel sensiblemente inferior al de las aguas del lago. De esta manera, la fuerza explosiva, apartando las rocas, permitiría que las aguas salieran en abundancia y descendieran lo suficiente.

El trabajo fue largo, pues el ingeniero, como quería producir un efecto formidable, no pensaba emplear menos de diez litros de nitroglicerina en la operación. Pero Pencroff, relevado por Nab, se empleó tan a fondo que hacia las cuatro de la tarde el barreno estaba acabado.

Quedaba la cuestión de inflamar la sustancia explosiva. Normalmente, la nitroglicerina se inflama mediante cebos de fulminato que, al estallar, determinan la explosión. Es preciso un choque para provocar la explosión; si simplemente la encendemos, esa sustancia arde sin estallar.

Es cierto que Cyrus Smith habría podido fabricar un cebo. A falta de fulminato, podía obtener fácilmente una sustancia análoga al algodón pólvora, puesto que tenía ácido nítrico a su disposición. Esa sustancia, comprimida en un cartucho e introducida en la nitroglicerina, habría estallado mediante una mecha y determinado la explosión.

Pero Cyrus Smith sabía que la nitroglicerina tiene la propiedad de detonar por impacto. Decidió, pues, utilizar esa propiedad, sin perjuicio de emplear otro medio si ese fallaba.

En efecto, el impacto de un martillo sobre unas gotas de nitroglicerina extendidas por la superficie de una piedra dura basta para provocar la explosión. Pero el actor no podía estar allí para dar el martillazo sin ser víctima de la acción. Así que a Cyrus Smith se le ocurrió colgar de un montante, encima del barreno y utilizando una fibra vegetal, una masa de hierro de varias libras de peso. Otra larga fibra, previamente impregnada de azufre, estaría atada en el centro de la primera por uno de sus extremos, mientras que el otro extremo se extendería por el suelo hasta una distancia de varios pies del barreno. Al prender esta segunda fibra, ardería hasta alcanzar la primera. Esta, al arder también, se rompería, y la masa de hierro caería sobre la nitroglicerina.

Así pues, instalaron este dispositivo. A continuación, el

ingeniero, después de haber hecho alejarse a sus compañeros, llenó el barreno de manera que la nitroglicerina llegara hasta la abertura y echó unas gotas sobre la superficie de la roca, debajo de la masa de hierro colgada.

Hecho esto, Cyrus Smith cogió el extremo de la fibra impregnada de azufre, la prendió y se alejó de allí para reunirse con sus compañeros en las Chimeneas.

La fibra debía arder durante veinticinco minutos, y efectivamente, veinticinco minutos después se oyó una explosión indescriptible. Pareció que toda la isla temblaba sobre su base. Un surtidor de piedras salió disparado por los aires como si hubiera sido vomitado por un volcán. La sacudida producida por el aire desplazado fue tal que las rocas de las Chimeneas se tambalearon. Los colonos, pese a que estaban a más de dos millas del barreno, cayeron al suelo.

Se levantaron, subieron a la meseta y corrieron hacia el lugar donde la explosión tenía que haber reventado la orilla del lago.

Un triple hurra escapó de sus pechos. El dique de granito presentaba una amplia brecha. Un rápido curso de agua salía a través de ella, corría espumeando por la meseta, llegaba al borde y se precipitaba desde una altura de trescientos pies sobre la playa.

XVIII

*Pencroff ya no duda de nada – El antiguo desaguedero del lago –
Un descenso subterráneo – La ruta a través del granito – Top ha
desaparecido – La caverna central – El pozo inferior – Misterio –
A golpes de pico – El regreso*

El plan de Cyrus Smith había sido un éxito. Pero, tal como tenía por costumbre, el ingeniero permanecía inmóvil, con la boca cerrada y la mirada fija, sin manifestar ninguna satisfacción. Harbert estaba entusiasmado; Nab daba saltos de alegría; Pencroff movía la cabeza murmurando:

—¡Caramba con nuestro ingeniero!

La nitroglicerina había actuado poderosamente, en efecto. La brecha abierta en el lago era tan grande que el volumen de las aguas que escapaban por ese nuevo desaguedero era como mínimo el triple del de las que antes salían por el antiguo. El resultado de ello debía ser que, poco después de la operación, el nivel del lago habría bajado por lo menos dos pies.

Los colonos regresaron a las Chimeneas para coger picos, chuzos, cuerdas de fibras, un eslabón y yesca; después volvieron a la meseta. Top los acompañaba.

Por el camino, el marino no pudo evitar decirle al ingeniero:

—Señor Cyrus, ¿sabe que con esa maravillosa esencia que ha fabricado podríamos volar la isla entera?

—Sin duda. La isla, los continentes y hasta la propia tierra —respondió Cyrus Smith—. No es más que una cuestión de cantidad.

—Entonces, ¿no podría utilizar nitroglicerina para cargar armas de fuego? —preguntó el marino.

—No, Pencroff, porque es una sustancia demasiado frágil. Pero resultaría fácil fabricar pólvora de algodón, o incluso pólvora

corriente, puesto que tenemos ácido nítrico, salitre, azufre y carbón. Desgraciadamente, lo que no tenemos son armas.

—¡Vamos, señor Cyrus! Con un poco de buena voluntad... — repuso el marino.

Decididamente, Pencroff había tachado la palabra «imposible» del diccionario de la isla Lincoln.

Cuando llegaron a la meseta de Vistagrande, los colonos se dirigieron inmediatamente hacia la punta del lago, junto a la cual se abría el orificio del antiguo desagadero, que ahora debía estar al descubierto. El desagadero se habría vuelto practicable, puesto que las aguas ya no se precipitarían por allí, y sin duda sería fácil explorar su disposición interior.

Al cabo de unos instantes, los colonos habían llegado al ángulo inferior del lago, y una mirada les bastó para constatar que habían logrado su objetivo.

En efecto, en la pared granítica del lago, y ahora por encima del nivel del agua, aparecía el orificio tan buscado. Un estrecho muro de contención, que había quedado a la vista como consecuencia del descenso de las aguas, permitía llegar a él. Ese orificio medía unos veinte pies de ancho, pero solo tenía dos de alto. Era como una boca de alcantarilla junto al bordillo de una acera, así que no ofrecía un paso fácil a los colonos. Pero Nab y Pencroff cogieron los picos y en menos de una hora le dieron una altura suficiente.

El ingeniero se acercó y comprobó que las paredes del desagadero, en su parte superior, tenían una pendiente de no más de treinta o treinta y cinco grados. Eran practicables y, si el declive no aumentaba, sería fácil bajar por ellas hasta el nivel del mar. Por tanto, si en el interior del macizo granítico existía alguna vasta cavidad, cosa muy probable, quizá hallaran la manera de utilizarla.

—Bien, señor Cyrus, ¿qué nos detiene? —preguntó el marino, impaciente por aventurarse en el estrecho corredor—. ¡Ya ve que Top se nos ha adelantado!

—Sí, pero no vamos a meternos a oscuras —respondió el ingeniero—. Nab, ve a cortar unas ramas resinosas.

Nab y Harbert fueron hasta las orillas del lago, sombreadas por pinos y otros árboles, y volvieron al poco con unas ramas que dispusieron en forma de antorchas. Una vez encendidas estas antorchas con el fuego del eslabón, los colonos, encabezados por

Cyrus Smith, se adentraron en el oscuro pasadizo que hasta entonces llenaba el exceso de agua.

Contrariamente a lo que hubieran podido suponer, el diámetro del pasadizo iba aumentando, de tal manera que los exploradores pudieron caminar erguidos casi enseguida. Las paredes de granito, desgastadas por el agua desde tiempos inmemoriales, estaban resbalosas, por lo que era aconsejable prevenir el riesgo de caídas. Con este fin, los colonos se habían atado unos a otros con una cuerda, tal como hacen los escaladores en las montañas. Afortunadamente, algunos salientes del granito que formaban verdaderos escalones hacían el descenso menos peligroso. Gotitas de agua suspendidas de las rocas irisaban bajo la luz de las antorchas y parecía que las paredes estaban cubiertas de innumerables estalactitas. El ingeniero observó aquel granito negro y no vio en él ni un estrato, ni una falla. La masa era compacta y de un grano enormemente apretado. El pasadizo existía, pues, desde el origen de la isla. No eran las aguas las que lo habían excavado poco a poco. Plutón, y no Neptuno, lo había abierto con sus propias manos, y sobre la muralla se distinguían las huellas de un trabajo eruptivo que la acción de las aguas no había podido borrar del todo.

Los colonos descendían muy lentamente. Sentían cierta emoción al aventurarse en las profundidades de ese macizo que, evidentemente, unos seres humanos visitaban por primera vez. No hablaban, estaban pensativos, y más de uno debió de pensar que un pulpo u otro gigantesco cefalópodo podía ocupar las cavidades interiores, que comunicaban con el mar. Había que aventurarse, pues, con cierta prudencia.

En cualquier caso, Top encabezaba la pequeña comitiva, y podían confiar en la sagacidad del perro, que, llegado el caso, no dejaría de dar la voz de alarma.

Después de haber bajado un centenar de pies siguiendo un camino bastante sinuoso, Cyrus Smith, que iba el primero, se detuvo, y sus compañeros se acercaron a él. El lugar donde hicieron el alto estaba hueco, de manera que formaba una caverna de dimensiones medias. Caían gotas de agua de la bóveda, pero no rezumaban a través del macizo; eran simplemente el último rastro dejado por el torrente que durante tanto tiempo había rugido en esa cavidad. El aire, ligeramente húmedo, no despedía ninguna

emanación mefítica.

—Bien, querido Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, hemos dado con un refugio totalmente desconocido, bien oculto en las profundidades, pero, en resumidas cuentas, inhabitable.

—¿Por qué inhabitable? —preguntó el marino.

—Porque es demasiado pequeño y oscuro.

—¿No podemos agrandarlo, practicar aberturas para la luz y el aire? —repuso Pencroff, al que ya todo le parecía posible.

—Continuemos —dijo Cyrus Smith—, continuemos explorando. Quizá más abajo la naturaleza nos haya ahorrado ese trabajo.

—Estamos todavía a un tercio de la altura total —observó Harbert.

—Aproximadamente —dijo Cyrus Smith—, porque hemos descendido un centenar de pies desde el orificio, y no es imposible que cien pies más abajo...

—¿Dónde está Top? —preguntó Nab, interrumpiendo a su señor. Buscaron en la caverna. El perro no estaba allí.

—Probablemente habrá continuado avanzando —dijo Pencroff.

—Sigámosle —dijo Cyrus Smith.

Reanudaron el descenso. El ingeniero observaba atentamente las desviaciones que presentaba el desagadero y, pese a sus numerosas revueltas, no le resultaba nada difícil advertir que se dirigía hacia el mar.

Los colonos habían bajado unos cincuenta pies más siguiendo la perpendicular cuando unos sonidos lejanos, procedentes de las profundidades del macizo, atrajeron su atención. Se detuvieron y escucharon. Aquellos sonidos, conducidos a través del corredor, como la voz a través de un tubo acústico, llegaban claramente a sus oídos.

—¡Son los ladridos de Top! —exclamó Harbert.

—¡Sí! —dijo Pencroff—. ¡Y nuestro valiente perro ladra con furia!

—Tenemos los chuzos —dijo Cyrus Smith—. Mantengámonos alerta y sigamos adelante.

—Esto se pone cada vez más interesante —murmuró Gedeon Spilett al oído del marino, el cual hizo un gesto afirmativo.

Cyrus Smith y sus compañeros se precipitaron para acudir en auxilio del perro. Los ladridos de Top eran cada vez más audibles.

Se percibía en ellos una rabia extraña. ¿Estaría luchando con algún animal cuya guarida había descubierto? Se puede afirmar que, sin pensar en el peligro al que se exponían, los colonos se sentían dominados por una curiosidad irreprimible. Ya no descendían por el corredor, sino que, por decirlo de algún modo, se dejaban deslizar por su pared, así que solo tardaron unos minutos en reunirse con Top, sesenta pies más abajo.

Allí, el corredor desembocaba en una vasta y magnífica caverna. Top iba de un lado a otro ladrando con furia. Pencroff y Nab movieron las antorchas para iluminar todas las asperezas del granito mientras Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Harbert, empuñando los chuzos, se prepararon para cualquier cosa que pudiera pasar.

La enorme caverna estaba vacía. Los colonos la recorrieron en todos los sentidos. ¡No había nada, ni un solo animal, ni un solo ser vivo! Y sin embargo, Top seguía ladrando. Ni las caricias ni las amenazas pudieron hacerle callar.

—Debe de haber en alguna parte una salida por la que las aguas del lago iban hasta el mar —dijo el ingeniero.

—Así es —contestó Pencroff—. Hay que tener cuidado, no vayamos a caer en un agujero.

—¡Busca, Top, busca! —gritó Cyrus Smith.

El perro, excitado por las palabras de su amo, salió corriendo hacia el final de la caverna y, una vez allí, redobló la intensidad de sus ladridos.

Lo siguieron y, a la luz de las antorchas, apareció la boca de un auténtico pozo que se abría en el granito. Por ahí era por donde se producía la salida de las aguas que antes penetraban en el macizo, y en este caso no era un corredor oblicuo y practicable, sino un pozo perpendicular en el que era imposible adentrarse.

Colocaron las antorchas inclinadas sobre la abertura, pero no vieron nada. Cyrus Smith separó una rama ardiendo y la arrojó al abismo. La brillante resina, cuyo poder alumbrador aumentó debido a la rapidez de la caída, iluminó el interior del pozo, pero siguió sin verse nada. La llama se apagó con un ligero chisporroteo, lo que indicaba que había entrado en contacto con el agua, es decir, que había llegado al nivel del mar.

El ingeniero, calculando el tiempo empleado en la caída, pudo

hacer una estimación de la profundidad del pozo, que resultó ser de aproximadamente noventa pies.

El suelo de la caverna estaba situado, pues, noventa pies sobre el nivel del mar.

—Esta será nuestra casa —dijo Cyrus Smith.

—Pero la ocupaba un ser desconocido —repuso Gedeon Spilett, cuya curiosidad seguía insatisfecha.

—Pues ese ser desconocido, fuera anfibio o de otra especie, ha huido por esa salida —contestó el ingeniero— y nos ha cedido el sitio.

—En cualquier caso —dijo el marino—, a mí me habría encantado ser Top hace un cuarto de hora, porque, si ha ladrado, sus razones tendría.

Cyrus Smith miraba a su perro, y si uno de sus compañeros se hubiera acercado a él, le habría oído murmurar estas palabras:

—Sí, yo creo que Top sabe más que nosotros sobre muchas cosas.

Sin embargo, los deseos de los colonos se encontraban en gran parte cumplidos. El azar, ayudado por la maravillosa sagacidad de su jefe, los había favorecido. Tenían allí, a su disposición, una vasta caverna cuya capacidad todavía no podían estimar a la insuficiente luz de las antorchas, pero que ciertamente se podría dividir con facilidad en habitaciones mediante tabiques de ladrillo y utilizar, si no como una casa, al menos como un espacioso apartamento. El agua había dejado de correr por allí y no podía volver a hacerlo. El sitio estaba libre.

Quedaban dos dificultades por resolver: en primer lugar, la posibilidad de iluminar aquel espacio excavado en un bloque macizo; en segundo lugar, la necesidad de hacer el acceso más fácil. En cuanto a la iluminación, había que descartar la entrada de luz por arriba, ya que tenía encima una enorme masa de granito; pero quizá se pudiera perforar la pared anterior, que quedaba frente al mar. Cyrus Smith, que durante el descenso había calculado de forma bastante aproximada la oblicuidad y, por consiguiente, la longitud del desagadero, tenía motivos fundados para creer que la parte anterior de la muralla no debía de ser muy gruesa. Si conseguían resolver así la cuestión de la iluminación, también lograrían resolver la del acceso, pues tan fácil era abrir una puerta

como unas ventanas y poner una escalera exterior.

Cyrus Smith hizo partícipes de sus ideas a sus compañeros.

—¡Manos a la obra, señor Cyrus! —contestó Pencroff—. Yo tengo un pico y me abriré paso a través del muro. ¿Dónde hay que golpear?

—Aquí —respondió el ingeniero, señalando al enérgico marino un entrante bastante considerable de la pared que debía de disminuir su grosor.

Pencroff golpeó el granito y durante media hora hizo saltar esquirlas a su alrededor a la luz de las antorchas. La roca destellaba bajo su pico. Lo relevó Nab, que fue sustituido por Gedeon Spilett.

Llevaban ya dos horas trabajando y, por lo tanto, cabía temer que en ese lugar el pico fuera insuficiente para perforar la muralla cuando, al dar Gedeon Spilett un último golpe, la herramienta la atravesó y cayó fuera.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó Pencroff.

La muralla solo tenía allí tres pies de grosor.

Cyrus Smith se asomó a la abertura, que quedaba a una distancia del suelo de ochenta pies. Ante él se extendía la orilla, el islote y, más allá, el inmenso mar.

Pero por ese agujero bastante grande, pues la roca se había desmenuzado considerablemente, la luz entró a raudales y produjo un efecto mágico al inundar aquella espléndida caverna. Si bien en la parte izquierda no medía más de treinta pies de alto y de ancho por cien de largo, en la derecha, por el contrario, era enorme, y su bóveda se elevaba hasta una altura de más de ochenta pies. En algunos puntos, unos pilares de granito irregularmente dispuestos sostenían los arranques de la bóveda como en la nave de una catedral. Apoyada en una especie de jambas laterales, descendiendo en cimbras, elevándose en nervaduras ojivales, perdiéndose en oscuros tramos cuyos caprichosos arcos se entreveían en la sombra, profusamente decorada con salientes que formaban como pechinas, dicha bóveda ofrecía una mezcla pintoresca de todo lo que la mano del hombre ha producido en arquitectura bizantina, románica y gótica. Con la diferencia de que allí era exclusivamente obra de la naturaleza. Ella sola había construido esa fantástica Alhambra en un macizo de granito.

Los colonos estaban boquiabiertos. Donde creían que iban a

encontrar una estrecha cavidad, habían encontrado una especie de palacio maravilloso. Nab hasta se había descubierto, como si hubiera sido transportado a un templo.

De todas las bocas habían salido exclamaciones de admiración. Los hurras resonaban y su eco se perdía al fondo de las sombrías naves.

—Amigos míos —dijo Cyrus Smith—, cuando hayamos iluminado bien el interior de este macizo, cuando hayamos preparado las habitaciones, los almacenes y las despensas en la parte izquierda, todavía nos quedará esta espléndida caverna que convertiremos en sala de estudio y museo.

—¿Y cómo la llamaremos? —preguntó Harbert.

—Granite-house —respondió Cyrus Smith, nombre que sus compañeros saludaron con más hurras.

En ese momento, las antorchas se habían consumido casi del todo, y como para regresar había que recorrer el corredor hasta llegar a la meseta, decidieron dejar para el día siguiente los trabajos de acondicionamiento de la nueva vivienda.

Antes de irse, Cyrus Smith se inclinó otra vez sobre el oscuro pozo que descendía perpendicularmente hasta el nivel del mar y escuchó con atención. Ningún ruido se produjo, ni siquiera el de las aguas, que el oleaje debía de agitar de vez en cuando en aquellas profundidades. Arrojó otra rama resinosa encendida. Las paredes del pozo se iluminaron un instante, pero tampoco esta vez apareció nada sospechoso. Si algún monstruo marino había sido inopinadamente sorprendido por la retirada de las aguas, había vuelto al mar por el conducto subterráneo que se prolongaba bajo la playa y que seguía el excedente del lago antes de que contara con otra salida.

Sin embargo, el ingeniero, inmóvil, escuchando atentamente y con la mirada clavada en el abismo, no pronunciaba palabra.

El marino se acercó a él y, tocándole un brazo, dijo:

—Señor Smith...

—Dígame, amigo —contestó el ingeniero, como si volviera del país de los sueños.

—Las antorchas no van a tardar en apagarse.

—¡En marcha! —dijo Cyrus Smith.

La pequeña comitiva salió de la caverna e inició el ascenso por

el oscuro desagadero. Top cerraba la marcha, profiriendo aún singulares gruñidos. La subida fue bastante trabajosa. Los colonos se detuvieron unos instantes en la gruta superior, que formaba una especie de rellano hacia la mitad de la larga escalera de granito. Después continuaron subiendo.

No tardaron en notar un aire más fresco. Las gotitas de agua se habían evaporado y ya no brillaban en las paredes. La claridad fuliginosa de las antorchas disminuía. La que llevaba Nab se apagó, y si querían evitar encontrarse en medio de una oscuridad profunda, debían apresurarse.

Eso es lo que hicieron, y poco antes de las cuatro, en el momento en que la antorcha del marino se apagaba también, Cyrus Smith y sus compañeros salían por la abertura del desagadero.

XIX

El plan de Cyrus Smith – La fachada de Granite-house – La escalera de cuerda – Los sueños de Pencroff – Las hierbas aromáticas – Un conejar natural – Desvío de las aguas para las necesidades de la nueva vivienda – La vista desde las ventanas de Granite-house

Al día siguiente, 22 de mayo, empezaron los trabajos destinados a acondicionar la nueva vivienda. Los colonos no veían la hora de cambiar, por aquella vasta y saludable residencia excavada en plena roca, a salvo de las aguas del mar y del cielo, su insuficiente refugio de las Chimeneas. Este, sin embargo, no debía ser abandonado por completo. El plan del ingeniero era convertirlo en un taller para los trabajos importantes.

De lo primero que se ocupó Cyrus Smith fue de comprobar en qué punto preciso se hallaba la fachada de Granite-house. Fue a la playa, al pie de la enorme muralla, y como el pico que se le había escapado de las manos al reportero debía de haber caído perpendicularmente, no tenía más que encontrarlo para saber dónde había sido perforado el granito.

Encontró fácilmente el pico, y en efecto, un agujero se abría justo por encima del punto donde se había clavado en la arena. Unas palomas de roca entraban y salían ya por aquella estrecha abertura. ¡Parecía realmente que hubieran descubierto Granite-house para ellas!

La intención del ingeniero era dividir la parte derecha de la caverna en varias habitaciones, precedidas de un pasillo de entrada, e iluminarla mediante cinco ventanas y una puerta practicadas en la fachada. Pencroff aceptaba las cinco ventanas, pero no comprendía la utilidad de la puerta, puesto que el antiguo desagadero ofrecía

una escalera natural por la que sería fácil acceder a Granite-house.

—Amigo mío —le dijo Cyrus Smith—, si a nosotros nos resulta fácil llegar a nuestra morada por el desagadero, también les será fácil a otros. Pienso obstruir el orificio del desagadero, cerrarlo herméticamente y, si es preciso, incluso ocultar totalmente la entrada provocando, mediante una presa, una elevación de las aguas del lago.

—¿Y cómo entraremos? —preguntó el marino.

—Por una escalera exterior —respondió Cyrus Smith—, una escalera de cuerda que, una vez retirada, imposibilitará el acceso a nuestra vivienda.

—Pero ¿por qué tantas precauciones? —dijo Pencroff—. Hasta ahora, los animales no nos ha parecido que sean muy temibles. Y en cuanto a posibles habitantes indígenas, en la isla no los hay.

—¿Está completamente seguro, Pencroff? —preguntó el ingeniero mirando al marino.

—No estaremos seguros hasta que la hayamos explorado toda, claro —respondió Pencroff.

—Exacto —dijo Cyrus Smith—, y solo conocemos aún una pequeña porción. Pero, en cualquier caso, si no tenemos enemigos dentro, pueden venir de fuera, pues estos parajes del Pacífico son malos. Por consiguiente, tomemos precauciones contra cualquier eventualidad.

Lo que decía Cyrus Smith era sensato, de modo que, sin hacer ninguna objeción más, Pencroff se preparó para ejecutar sus órdenes.

En la fachada de Granite-house se iban a practicar, pues, cinco ventanas y una puerta que comunicaban lo que constituía la vivienda propiamente dicha, mediante un amplio ventanal y ojos de buey que permitirían a la luz entrar profusamente en la maravillosa nave que debía servir de salón. La fachada, situada a una altura de ochenta pies, estaba orientada al este y el sol naciente la saludaba con sus primeros rayos. Se extendía sobre la porción de cortina comprendida entre el saliente que hacía ángulo en la desembocadura del río de la Misericordia y una línea trazada perpendicularmente sobre el amontonamiento de rocas que formaba las Chimeneas. Así pues, los vientos malos, es decir, los del nordeste, solo la azotaban de refilón, ya que estaba protegida por la

propia orientación del saliente. Además, cuando los marcos de las ventanas estuvieran hechos, el ingeniero tenía la intención de cerrar las aberturas con gruesos postigos que no dejaran pasar ni el viento ni la lluvia, y que podría ocultar en caso necesario.

El primer trabajo consistió, pues, en practicar las aberturas. Hacerlas con pico habría sido demasiado lento, dada la dureza de la roca, y es sabido que Cyrus Smith era un hombre que tenía recursos para todo. Aún tenía a su disposición cierta cantidad de nitroglicerina y la empleó útilmente. La sustancia explosiva fue convenientemente colocada para obtener los efectos deseados y el granito saltó en los lugares exactos que había elegido el ingeniero. Con el pico y la espiocha acabaron luego el dibujo ojival de las cinco ventanas, del amplio ventanal, de los ojos de buey y de la puerta, desbastaron los marcos, a cuyos perfiles dieron formas bastante caprichosas, y unos días después del inicio de las obras la luz de levante entraba a raudales hasta las más secretas profundidades de Granite-house.

Según el plan trazado por Cyrus Smith, el apartamento debía ser dividido en cinco compartimentos con vistas al mar; a la derecha, una entrada a la cual se accedería por una puerta hasta la que llegaría la escalera de cuerda, seguida de una primera habitación-cocina de treinta pies de ancho, un comedor de cuarenta pies, una habitación-dormitorio de la misma anchura y, por último, una «habitación de invitados», que había pedido Pencroff y que lindaba con el salón.

Esas habitaciones, o más bien esa sucesión de habitaciones, que formaban la vivienda de Granite-house, no debían ocupar toda la profundidad de la cavidad. Se accedería por un pasillo abierto entre ellas y un largo almacén donde cabrían holgadamente utensilios, provisiones y reservas. Todos los productos recogidos en la isla, tanto de la flora como de la fauna, estarían allí en excelentes condiciones de conservación y totalmente protegidos de la humedad. Espacio no faltaba, y cada objeto podría ser metódicamente colocado. Además, los colonos también tenían a su disposición la pequeña gruta situada por encima de la gran caverna, que sería como el desván de la nueva vivienda.

Una vez trazado el plan, solo faltaba ejecutarlo. Los mineros volvieron a convertirse, pues, en ladrilleros, y cuando los ladrillos

estuvieron hechos, los transportaron y depositaron al pie de Granite-house.

Hasta entonces, Cyrus Smith y sus compañeros solo habían accedido a la caverna por el antiguo desagadero. Ese medio de comunicación les obligaba a subir primero a la meseta de Vistagrande dando un rodeo por la orilla del río, bajar doscientos pies por el corredor y subir otros tantos para volver a la meseta. Eso implicaba una pérdida de tiempo y un cansancio considerables. Así que Cyrus Smith decidió proceder de inmediato a la fabricación de una sólida escalera de cuerda, la cual, una vez retirada, haría la entrada a Granite-house absolutamente inaccesible.

Dicha escalera fue confeccionada con un cuidado extremo, y sus montantes, de fibras de junco trenzadas con un molinete, tenían la solidez de una gruesa maroma. En cuanto a los escalones, los proporcionó una especie de cedro rojo, de ramas ligeras y resistentes, y el material fue trabajado con mano maestra por Pencroff.

Hicieron también más cuerdas con fibras vegetales e instalaron en la puerta una especie de tosca polea. De esta forma pudieron subir fácilmente los ladrillos hasta el nivel de Granite-house. El transporte de los materiales se simplificaba así muchísimo, y el acondicionamiento interior propiamente dicho comenzó enseguida. Cal no faltaba, y también tenían unos miles de ladrillos a punto para ser utilizados. Levantaron sin dificultad el armazón de los tabiques, muy rudimentario, y en muy poco tiempo el apartamento fue dividido en habitaciones y almacén, según el plan acordado.

Realizaban estas obras rápidamente bajo la dirección del ingeniero, que manejaba él mismo el martillo y la llana. Ningún trabajo manual era desconocido para Cyrus Smith, que de este modo daba ejemplo a unos compañeros listos y diligentes. Trabajaban con confianza, incluso con alegría. Pencroff, tanto si hacía de carpintero como de cordelero o de albañil, siempre tenía ganas de broma y contagiaba su buen humor a los demás. Su fe en el ingeniero era absoluta. Nada habría podido hacerla tambalear. Lo creía capaz de emprender cualquier proyecto y de llevarlo a cabo con éxito. La cuestión de la ropa y el calzado —cuestión sin duda grave—, la de la iluminación durante las noches de invierno, el aprovechamiento de las zonas fértiles de la isla, la transformación

de aquella flora silvestre en una flora cultivada, todo le parecía fácil contando con la ayuda de Cyrus Smith y todo se haría a su debido tiempo. Soñaba con ríos canalizados que facilitarían el transporte de las riquezas del suelo, con la explotación de canteras y minas, con máquinas apropiadas para todas las prácticas industriales, con ferrocarriles, sí, con ferrocarriles cuya red algún día cubriría sin duda alguna la isla Lincoln.

El ingeniero dejaba hablar a Pencroff sin tratar de moderar las exageraciones de aquel buen corazón, pues sabía lo contagiosa que es la confianza. Incluso sonreía al oírle hablar y no decía nada de la inquietud que a veces le inspiraba el futuro. En aquella zona del Pacífico, fuera de las rutas de los barcos, cabía temer, en efecto, que nunca recibieran ayuda. Así que los colonos debían contar solo con ellos mismos, pues la distancia que separaba la isla Lincoln de cualquier otra tierra era tal que aventurarse en un barco, de construcción necesariamente mediocre, sería grave y peligroso.

Pero, como decía el marino, ellos aventajaban en cien codos a los Robinsones de otros tiempos, para quienes cualquier cosa era un milagro.

Y efectivamente, ellos «sabían», y el hombre que «sabe» triunfa allí donde otros vegetarían y perecerían inevitablemente.

En aquellos trabajos, Harbert destacó. Era inteligente y activo, comprendía deprisa, ejecutaba bien, y Cyrus Smith le tomaba cada vez más afecto al joven. En cuanto a Harbert, sentía por el ingeniero una viva y respetuosa amistad. Pencroff se daba cuenta perfectamente de lo mucho que simpatizaban, pero no estaba celoso en absoluto.

Nab era Nab. Era lo que sería siempre: el valor, el celo, la dedicación y la abnegación personificados. Tenía en su señor la misma fe que Pencroff, pero la manifestaba más discretamente. Cuando el marino se entusiasmaba, Nab siempre ponía cara de contestar: «¡Pero si es lo más natural del mundo!». Pencroff y él se apreciaban mucho y no habían tardado en tutearse.

En cuanto a Gedeon Spilett, hacía su parte del trabajo común, y no era el más torpe, cosa que no dejaba de asombrar un poco al marino. ¡Un «periodista» hábil no solo para comprenderlo todo, sino para ejecutarlo!

La escalera fue definitivamente instalada el 28 de mayo. No se

contaban menos de cien peldaños en aquella altura perpendicular que medía ochenta pies. Afortunadamente, Cyrus Smith había podido dividirla en dos partes aprovechando un saliente de la muralla que estaba a unos cuarenta pies del suelo. Ese saliente, cuidadosamente nivelado con ayuda del pico, se convirtió en una especie de descansillo donde fijaron la primera escalera, cuyo balanceo quedó reducido a la mitad y que una cuerda permitía subir hasta el nivel de Granite-house. La segunda escalera la fijaron tanto por su extremo inferior, que reposaba en el saliente, como por su extremo superior, que llegaba hasta la puerta. De ese modo, el ascenso resultó mucho más fácil. Por lo demás, Cyrus Smith pensaba instalar más adelante un ascensor hidráulico que evitaría fatigas y pérdida de tiempo a los habitantes de Granite-house.

Los colonos se acostumbraron enseguida a utilizar aquella escalera. Eran ágiles y habilidosos, y Pencroff, en su calidad de marino habituado a subir por los flechastes de los obenques, pudo darles unas lecciones. Pero tuvo que dárselas también a Top. El pobre perro, con sus cuatro patas, no estaba hecho para practicar ese ejercicio. Aun así, Pencroff era un maestro tan diligente que Top acabó por ejecutar perfectamente sus ascensos y muy pronto subió por la escalera como suelen hacerlo sus congéneres en los circos. Lo orgulloso que estaba el marino de su discípulo es algo indescriptible. Sin embargo, más de una vez Pencroff lo subió sobre sus hombros y Top nunca se quejó de ello.

Es preciso decir que, mientras llevaban a cabo estos trabajos con la máxima rapidez, pues el invierno se acercaba, no descuidaron la cuestión alimentaria. Todos los días, el reportero y Harbert, que decididamente se habían convertido en los proveedores de la colonia, dedicaban varias horas a cazar. Solo explotaban los bosques del Jacamar, en la margen izquierda del río de la Misericordia, ya que, al no disponer ni de puente ni de bote, aún no lo habían cruzado. Todos esos inmensos bosques que habían bautizado con el nombre de bosques del Far-West estaban sin explorar. Reservaban esa importante excursión para los primeros días buenos de la primavera. Pero en los bosques del Jacamar había suficiente caza; los canguros y los jabalíes abundaban, y los chuzos, los arcos y las flechas de los cazadores obraban maravillas. Además, Harbert descubrió, hacia el ángulo sudoeste del lago, un conejar

natural, una especie de prado ligeramente húmedo, cubierto de sauces y de hierbas aromáticas que perfumaban el aire, como tomillo, serpol, albahaca y ajedrea, todas ellas especies de la familia de las labiadas, a las que tan aficionados son los conejos.

Un comentario del reportero, según el cual, si la mesa estaba servida para los conejos, sería extraño que estos no acudiesen, animó a los dos cazadores a explorar atentamente aquel conejar. En cualquier caso, el terreno producía en abundancia plantas útiles, y un naturalista habría tenido oportunidad de estudiar muchos especímenes del reino vegetal. Harbert recogió una buena cantidad de albahaca, romero, melisa, betónica y diversas plantas más, que poseen propiedades terapéuticas diversas, unas pectorales, astringentes o febrífugas, otras antiespasmódicas o antirreumáticas. Y cuando, más tarde, Pencroff preguntó para qué iba a servir toda esa recolección de hierbas, el joven respondió:

—Para curarnos. Para tratarnos cuando estemos enfermos.

—¿Y por qué vamos a ponernos enfermos, si no hay médicos en la isla? —repuso muy seriamente Pencroff.

Semejante observación no admitía réplica, pero no por ello el joven renunció a hacer su recolección, que fue muy bien recibida en Granite-house. Tanto más cuanto que a esas plantas medicinales pudo añadir una considerable cantidad de monardas dídimas, conocidas en la América septentrional con el nombre de té de Oswego y con las que se puede preparar una bebida excelente.

Finalmente, ese día, buscando, los dos cazadores llegaron al verdadero emplazamiento del conejar. El suelo tenía más agujeros que un colador.

—¡Madrigueras! —exclamó Harbert.

—Sí —contestó el reportero—, ya las veo.

—¿Estarán habitadas?

—Buena pregunta.

La pregunta no tardó en obtener respuesta. Casi inmediatamente, cientos de animalitos semejantes a los conejos salieron huyendo en todas direcciones, y con tal rapidez que ni el propio Top habría podido superarlos en velocidad. Por más que cazadores y perro corrieron, aquellos roedores se les escaparon. Pero el reportero estaba decidido a no marcharse sin haber capturado al menos media docena de esos cuadrúpedos. Primero

quería llenar la despensa, sin perjuicio de domesticar a los que cogieran más adelante. Con unos lazos tendidos en la salida de las madrigueras, la operación no podía fracasar. El problema era que en ese momento no tenían lazos ni nada con lo que hacerlos. Así que tuvieron que resignarse a visitar de una en una las madrigueras, a hurgar en su interior con un palo, a hacer, a base de paciencia, lo que no podían hacer de otro modo.

Al final, después de una hora, capturaron cuatro roedores. Eran conejos bastante similares a sus congéneres europeos y que se conocen vulgarmente con el nombre de «conejos americanos».

El producto de la caza fue llevado a Granite-house y formó parte de la cena. No había que desdeñar a los habitantes del conejar, pues estaban deliciosos. Aquel descubrimiento constituyó para la colonia un valioso recurso, que además debía de ser inagotable.

El 31 de mayo, los tabiques estaban terminados. Solo faltaba amueblar las habitaciones, una tarea que dejaban para los largos días de invierno. Hicieron una chimenea en la primera habitación, que servía de cocina. El conducto destinado a dirigir el humo al exterior dio algún trabajo a los fumistas improvisados. A Cyrus Smith le pareció más sencillo construirlo con tierra de ladrillo; como era de todo punto imposible darle salida por la meseta superior, practicaron un agujero en el granito por encima de la ventana de la cocina y, haciendo que el conducto siguiera una línea oblicua, consiguieron que desembocara en ese agujero, como el tubo de chapa de una estufa. Era posible, incluso seguro, que, debido a los fuertes vientos del este que azotaban directamente la fachada, la cocina se ahumara, pero esos vientos soplaban en raras ocasiones, y además, Nab, el cocinero, no reparaba en detalles tan nimios.

Cuando estas labores de acondicionamiento interior estuvieron acabadas, el ingeniero se ocupó de obstruir el orificio del antiguo desagadero que desembocaba en el lago, a fin de impedir cualquier acceso por esa vía. Empujaron bloques de roca hasta la abertura y los aseguraron fuertemente. Cyrus Smith no puso en práctica todavía su plan de sumergir ese orificio bajo las aguas del lago haciendo que recuperaran su nivel anterior mediante una presa. Se limitó a ocultar la obstrucción introduciendo en los intersticios de las rocas hierbas, arbustos y maleza que la primavera

desarrollaría con exuberancia.

No obstante, utilizó el desagadero para llevar hasta la nueva vivienda un hilo de agua dulce del lago. Una pequeña sangradura hecha por debajo de su nivel produjo ese resultado, y esa derivación de una fuente pura e inagotable dio un rendimiento de entre veinticinco y treinta galones por día. De este modo, nunca faltaría agua en Granite-house.

Por fin estuvo todo terminado, y menos mal, pues el invierno se acercaba. Gruesos postigos permitían cerrar las ventanas de la fachada en espera de que el ingeniero tuviera tiempo de fabricar cristal.

Gedeon Spilett había dispuesto muy artísticamente en los salientes de la roca, alrededor de las ventanas, plantas de especies variadas y largas hierbas colgantes, de manera que las aberturas quedaban enmarcadas por una pintoresca vegetación que producía un efecto encantador.

Los habitantes de la sólida, saludable y segura vivienda no podían, pues, sino estar encantados de su obra. Las ventanas permitían a su mirada recrearse en un horizonte infinito, cerrado al norte por los dos cabos Mandíbula y al sur por el cabo de la Zarpa. Toda la bahía de la Unión se extendía magníficamente ante ellos. Sí, estos buenos colonos tenían motivos para sentirse satisfechos y Pencroff no escatimaba elogios a lo que él llamaba humorísticamente «su apartamento del quinto piso sin contar el entresuelo».

XX

La estación de las lluvias – La cuestión de la ropa – Caza de focas – Fabricación de velas – Trabajos en el interior de Granite-house – Los dos puentecillos – Vuelta de una visita al banco de ostras – Lo que Harbert encuentra en el bolsillo de su chaqueta

La estación invernal empezó de verdad con el mes de junio, que corresponde al mes de diciembre del hemisferio boreal. Comenzó con aguaceros y vientos que se sucedieron sin tregua. Los ocupantes de Granite-house pudieron apreciar las ventajas de una vivienda protegida de las inclemencias. El refugio de las Chimeneas habría sido realmente insuficiente contra los rigores del invierno, y era de temer que las grandes mareas, empujadas por los vientos de altamar, volvieran a inundarlas. Cyrus Smith incluso tomó algunas precauciones en previsión de esa eventualidad, a fin de preservar, en la medida de lo posible, la forja y los hornos instalados allí.

Durante todo ese mes de junio, invirtieron el tiempo en tareas diversas que no excluían ni la caza ni la pesca, por lo que las reservas de la despensa pudieron ser abundantemente renovadas. Pencroff se proponía colocar, en cuanto tuviera tiempo libre, unas trampas de las que esperaba sacar gran provecho. Había hecho unos lazos de fibras leñosas y no había día que el conejar no proporcionara su contingente de roedores. Nab se dedicaba casi exclusivamente a salar o ahumar carne, lo que les garantizaba unas conservas excelentes.

La cuestión de la ropa fue entonces seriamente debatida. Los colonos solo tenían las prendas que llevaban cuando el globo los llevó a la isla. Esas prendas eran resistentes y de abrigo, las habían cuidado muchísimo, al igual que su ropa interior, y las mantenían perfectamente limpias, pero muy pronto tendrían que ser

sustituidas. Además, si el invierno era riguroso, los colonos pasarían mucho frío.

El ingenio de Cyrus Smith había dejado este asunto pendiente. Había tenido que prever muchas cosas en poco tiempo, preparar la vivienda, asegurar la alimentación, y el frío podía sorprenderlos antes de que la cuestión de la ropa hubiera sido resuelta. Así pues, había que resignarse a pasar ese invierno sin quejarse demasiado. Cuando llegara el buen tiempo, cazarían unos cuantos musmones de esos cuya presencia había sido observada durante la exploración del monte Franklin y, una vez obtenida la lana, el ingeniero sabría fabricar telas resistentes y de abrigo. ¿Cómo? Ya lo pensaría.

—Bueno, nos quedaremos en Granite-house tostándonos las pantorrillas —dijo Pencroff—. El combustible abunda y no hay ninguna razón para escatimarlos.

—Además —añadió Gedeon Spilett—, la isla Lincoln no está situada en una latitud muy elevada y es probable que los inviernos no sean crudos. ¿No nos dijo, Cyrus, que España estaba a la altura del paralelo 35 en el otro hemisferio?

—Sí —respondió el ingeniero—, pero en España algunos inviernos son muy fríos. Nieve y hielo, no falta de nada, y la isla Lincoln puede verse sometida también a esos rigores. No obstante, es una isla, y como tal espero que aquí la temperatura sea más moderada.

—¿Y por qué, señor Cyrus? —preguntó Harbert.

—Porque el mar, hijo, puede ser considerado como un inmenso almacén en el que se acumula el calor del verano. Cuando llega el invierno, devuelve ese calor, lo que garantiza a las regiones cercanas a los mares una temperatura moderada, menos elevada en verano y menos baja en invierno.

—Ya veremos —dijo Pencroff—. Prefiero no preocuparme mucho por el frío que hará o dejará de hacer. Lo que es seguro es que los días son cortos y las noches largas. ¿Y si tratáramos un poco sobre la cuestión de la iluminación?

—Nada más fácil —contestó Cyrus Smith.

—¿De hablar? —preguntó el marino.

—De resolver.

—¿Y cuándo empezaremos?

—Mañana, organizando una cacería de focas.

—¿Para hacer candelas?

—Claro, Pencroff, velas.

Ese era, en efecto, el proyecto del ingeniero; proyecto realizable, puesto que tenía cal y ácido sulfúrico, y los anfibios del islote le proporcionarían la grasa necesaria para su fabricación.

Estaban a 4 de junio. Era el domingo de Pentecostés y acordaron por unanimidad respetar esa fiesta. Todos los trabajos fueron suspendidos y unas plegarias se elevaron hacia el cielo. Pero esas plegarias eran ahora acciones de gracias. Los colonos de la isla Lincoln ya no eran los miserables náufragos arrojados al islote. Ya no pedían; manifestaban agradecimiento.

Al día siguiente, 5 de junio, con un tiempo bastante incierto, se dirigieron al islote. Tuvieron que aprovechar de nuevo la marea baja para vadear el canal, y a este respecto, acordaron construir como pudieran un bote para que les facilitara las comunicaciones y les permitiera asimismo remontar el río de la Misericordia cuando exploraran el sudoeste de la isla, empresa que habían aplazado para cuando empezase a hacer buen tiempo.

Había muchas focas y los cazadores, armados con sus venablos, mataron fácilmente media docena. Nab y Pencroff las desollaron y solo llevaron a Granite-house su grasa y su piel, piel que debía servir para hacer resistentes zapatos.

El resultado de la cacería fue el siguiente: alrededor de trescientas libras de grasa, que debían ser empleadas en su totalidad en la fabricación de velas.

La operación fue sencillísima, y aunque los productos que dio no eran absolutamente perfectos, sí eran al menos utilizables. Si Cyrus Smith solo hubiera tenido a su disposición ácido sulfúrico, calentándolo con los cuerpos grasos neutros —en este caso, la grasa de foca— habría podido aislar la glicerina; luego, de la nueva combinación, habría separado fácilmente la oleína, la margarina y la estearina empleando agua llevada al punto de ebullición. Sin embargo, a fin de simplificar la operación, prefirió saponificar la grasa con cal. De este modo obtuvo un jabón calcáreo, fácil de descomponer con ácido sulfúrico, el cual precipitó la cal al estado de sulfato y dejó libres los ácidos grasos.

De esos tres ácidos, oleico, margárico y esteárico, el primero, al ser líquido, fue eliminado mediante una presión suficiente. En

cuanto a los otros dos, formaban la propia sustancia que serviría para moldear las velas.

La operación no exigió más de veinticuatro horas. Las mechas, después de varios intentos, las hicieron con fibras vegetales, y sumergidas en la sustancia licuada formaron verdaderas velas esteáricas moldeadas a mano, a las que solo les faltaba el blanqueado y el pulido. No ofrecían, desde luego, esa ventaja que presentan las mechas impregnadas de ácido bórico de vitrificarse a medida que arden y de consumirse totalmente; pero, como Cyrus Smith había hecho unas buenas despabiladeras, aquellas velas fueron enormemente apreciadas en las veladas de Granite-house.

Durante todo ese mes no faltó trabajo en el interior de la nueva morada. Los ebanistas estuvieron muy ocupados. Perfeccionaron las herramientas, muy rudimentarias, y también las completaron.

Hicieron, entre otras cosas, unas tijeras, con las que los colonos pudieron por fin cortarse el pelo y, si no afeitarse, al menos recortarse la barba a su capricho. Harbert no tenía y Nab tenía poca, pero las de sus compañeros eran tan pobladas que justificaban haber hecho las tijeras.

Hacer una sierra de mano, del tipo de las llamadas serruchos, costó infinitos esfuerzos, pero por fin obtuvieron un instrumento que, vigorosamente manejado, les permitía dividir las fibras leñosas de la madera. Construyeron mesas, sillas y armarios con los que amueblaron las estancias principales, así como estructuras de cama sobre las que pusieron colchones de zostera. La cocina, con sus baldas sobre las que descansaban las vasijas de barro, su horno de ladrillos y su piedra para lavar, tenía muy buen aspecto, y Nab trabajaba en ella con la misma gravedad que si estuviera en un laboratorio químico.

Pero los ebanistas pronto tuvieron que ser reemplazados por los carpinteros de armar. El nuevo desagadero, abierto a barrenazos, hacía necesaria la construcción de dos puentes, uno en la meseta de Vistagrande y el otro en la playa. Ahora, la meseta y la playa estaban cortadas transversalmente por un curso de agua que forzosamente había que cruzar cuando se quería ir al norte de la isla. Para evitarlo, los colonos se habrían visto obligados a dar un rodeo considerable y a ir por el oeste hasta pasado el nacimiento del arroyo Rojo. Lo más sencillo era, pues, construir en la meseta y

en la playa sendos puentes de entre veinte y veinticinco pies de longitud, cuyo armazón consistiría en unos árboles escuadrados simplemente con un hacha. En unos días el asunto estuvo resuelto. Una vez tendidos los puentes, Nab y Pencroff los utilizaron para ir al banco de ostras que habían descubierto junto a las dunas. Habían llevado una especie de tosca carreta que sustituía al zarzo, realmente demasiado incómodo, y regresaron con varios miles de ostras que se aclimataron rápidamente entre aquellas rocas que formaban verdaderos parques naturales en la desembocadura del río de la Misericordia. Aquellos moluscos eran de excelente calidad y a partir de entonces los colonos los consumieron casi a diario.

Como vemos, la isla Lincoln, pese a que sus habitantes solo hubieran explorado una pequeñísima parte, ya subvenía a casi todas sus necesidades. Y era probable que cuando conocieran hasta sus más secretos rincones, cuando recorrieran toda esa parte boscosa que se extendía desde el río de la Misericordia hasta el promontorio del Reptil, les prodigase nuevos tesoros.

Una sola privación seguía resultándoles dura a los colonos de la isla Lincoln. Los alimentos nitrogenados no les faltaban, ni los productos vegetales para moderar el consumo de los primeros; las raíces leñosas de los dragos, sometidas a fermentación, les proporcionaban una bebida acidulada semejante a la cerveza y muy preferible al agua pura; incluso habían fabricado azúcar sin caña ni remolacha, recogiendo ese jugo que destila el *Acer saccharinum*, una especie de arce de la familia de las aceráceas que crece en todas las zonas templadas y del que había numerosos ejemplares en la isla; preparaban un té muy agradable con las monardas traídas del conejar; por último, tenían sal en abundancia, el único producto mineral que entra en la alimentación. Pero... no tenían pan.

Quizá más adelante los colonos pudieran reemplazar ese alimento por alguno equivalente, como la harina de sagú o la fécula del árbol del pan, y era posible, en efecto, que entre las especies de los bosques del sur figurasen esos preciosos árboles, pero hasta entonces no los habían encontrado.

Sin embargo, en este asunto la Providencia acudiría directamente en ayuda de los colonos, en una proporción infinitesimal, es cierto, pero, en fin, Cyrus Smith, con toda su inteligencia y todo su ingenio, jamás habría podido producir lo que,

de manera totalmente casual, Harbert encontró un día en el forro de su chaqueta mientras estaba remendándola.

Ese día —llovía a cántaros—, los colonos estaban reunidos en el salón de Granite-house cuando el joven exclamó de pronto:

—¡Ahí va! ¡Señor Cyrus, mire, un grano de trigo!

Y mostró a sus compañeros un grano, un solo grano que se había metido en el forro de su chaqueta a través de un bolsillo agujereado.

La presencia de ese grano se explicaba porque Harbert, estando en Richmond, daba de comer a unas palomas torcaces que Pencroff le había regalado.

—¿Un grano de trigo? —repuso vivamente el ingeniero.

—Sí, señor Cyrus, pero solo uno.

—¡Pues sí que hemos adelantado mucho! —dijo Pencroff, sonriendo—. ¿Qué vamos a poder hacer con un solo grano de trigo, muchacho?

—Haremos pan —respondió Cyrus Smith.

—¡Sí, claro! Pan, galletas, pasteles... ¡Vamos, vamos! —replicó el marino—. ¡Con el pan que nos dé ese grano de trigo no nos atragantaremos!

Harbert, sin dar importancia a su descubrimiento, se disponía a tirar el grano en cuestión, pero Cyrus Smith lo cogió, lo examinó, comprobó que se encontraba en buen estado y, mirando al marino a la cara, le preguntó tranquilamente:

—Pencroff, ¿sabe cuántas espigas puede producir un grano de trigo?

—¡Una, supongo! —respondió el marino, sorprendido por la pregunta.

—Diez, Pencroff. ¿Y sabe cuántos granos da una espiga?

—A fe mía que no.

—Ochenta de promedio —dijo Cyrus Smith—. Luego, si plantamos este grano, en la primera cosecha recogeremos ochocientos granos, los cuales producirán en la segunda cosecha seiscientos cuarenta mil, en la tercera, quinientos doce millones, en la cuarta, más de cuatrocientos mil millones de granos... Esa es la proporción.

Los compañeros de Cyrus Smith lo escuchaban en silencio. Esas cifras los dejaban estupefactos. Sin embargo, eran exactas.

—Sí, amigos míos —prosiguió el ingeniero—, esas son las progresiones aritméticas de la fecunda naturaleza. Más aún, ¿qué es esta multiplicación del grano de trigo, cuya espiga solo da ochocientos granos, comparada con las cápsulas de adormidera, que dan treinta y dos mil semillas, o con las de tabaco, que producen trescientas sesenta mil? De no ser por las numerosas causas de destrucción que frenan su fecundidad, en unos años esas plantas invadirían toda la tierra.

Pero el ingeniero no había terminado su breve interrogatorio.

—Y dígame, Pencroff —añadió—, ¿sabe cuántos celemines representan cuatrocientos mil millones de granos?

—No —respondió el marino—, pero lo que sí sé es que soy un zoquete.

—Pues, a ciento treinta mil por celemín, serían más de tres millones, Pencroff.

—¡Tres millones! —exclamó Pencroff.

—Sí, tres millones.

—¿En cuatro años?

—En cuatro años —respondió Cyrus Smith—, e incluso en dos, si, como espero, en esta latitud podemos obtener dos cosechas al año.

Ante semejante declaración, Pencroff, según su costumbre, no creyó poder contestar más que con un formidable hurra.

—Así que, Harbert —dijo el ingeniero—, has encontrado algo de una importancia extrema para nosotros. Todo, amigos míos, todo puede servirnos en las condiciones en las que nos hallamos. No lo olviden, se lo ruego.

—No, señor Cyrus, no lo olvidaremos —dijo Pencroff—. Si alguna vez encuentro una de esas semillas de tabaco que se multiplican por trescientos sesenta mil, le aseguro que no la tiraré. Y ahora, ¿sabe qué es lo que tenemos que hacer?

—Plantar este grano —respondió Harbert.

—Sí —dijo Gedeon Spilett—, y con todos los miramientos debidos, pues contiene nuestras cosechas futuras.

—¡Eso si germina! —repuso el marino.

—Germinará —dijo Cyrus Smith.

Era 20 de junio. Así pues, se encontraban en un momento propicio para sembrar ese único y precioso grano de trigo. Primero

pensaron plantarlo en una maceta; pero, tras darle algunas vueltas al asunto, decidieron encomendarse sin reservas a la naturaleza y confiarlo a la tierra. Lo hicieron ese mismo día, y huelga decir que tomaron todas las precauciones para que la operación fuese un éxito.

Como el cielo se había despejado ligeramente, los colonos subieron a la meseta, donde escogieron un lugar bien protegido del viento y que recibía todo el calor del sol de mediodía. Limpiaron el terreno, lo escardaron cuidadosamente, hasta lo removieron para retirar los insectos y los gusanos, y echaron una capa de buena tierra abonada con un poco de cal. Después lo rodearon con una empalizada y finalmente el grano fue introducido en la húmeda capa.

Parecía que los colonos estuvieran poniendo la primera piedra de un edificio. Aquello recordó a Pencroff el día que había encendido su única cerilla y todos los cuidados con que había llevado a cabo esa operación. Pero esta vez el asunto era más grave. Porque los náufragos habrían conseguido encender fuego mediante uno u otro procedimiento, pero ningún poder humano podría reproducir ese grano de trigo si por desgracia llegara a perecer.

XXI

*Unos grados bajo cero – Exploración de la zona pantanosa del
sudeste – Los culpeos – Vista del mar – Una conversación sobre
el futuro del océano Pacífico – El trabajo incesante de los
infusorios – Lo que será del globo terráqueo – La cacería – El
pantano de las Tadornas*

A partir de aquel momento, no pasó un solo día sin que Pencroff fuera a visitar lo que él llamaba con absoluta seriedad su «trigal». ¡Y pobres de los insectos que se acercaran a él! No debían esperar ningún tipo de clemencia.

Hacia fines del mes de junio, después de interminables lluvias, decididamente empezó a hacer frío. El día 29 un termómetro Fahrenheit sin duda habría marcado 20º bajo cero [6,67 °C bajo cero].

El día siguiente, 30 de junio, que corresponde al 31 de diciembre del año boreal, era viernes. Nab señaló que el año acababa en un mal día; pero Pencroff le replicó diciendo que, lógicamente, el otro empezaba en uno bueno, lo cual era preferible.

En cualquier caso, comenzó con un frío muy intenso. Se acumularon bloques de hielo en la desembocadura del río de la Misericordia y el lago no tardó en helarse en toda su extensión.

Tuvieron que renovar varias veces la provisión de combustible. Pencroff no había esperado a que el río estuviera helado para llevar enormes armadías a su destino. La corriente era un motor infatigable y fue utilizada para transportar leña flotando hasta el momento en que el frío la paralizó. Al combustible tan abundantemente proporcionado por el bosque, añadieron varias carretadas de hulla, que hubo que ir a buscar al pie de los contrafuertes del monte Franklin. Ese potente calor del carbón fue

muy apreciado cuando, el 4 de julio, la temperatura bajó a 8º Fahrenheit [13 °C bajo cero]. Habían instalado otra chimenea en el comedor y allí trabajaban juntos.

Durante ese período de frío, Cyrus Smith no pudo por más de felicitarse por haber desviado hasta Granite-house un hilillo de las aguas del lago Grant. Tomadas por debajo de la superficie helada y conducidas por el antiguo desagadero, conservaban su liquidez y llegaban a un depósito interior que había sido excavado al fondo del almacén y cuyo excedente iba a través del pozo hasta el mar.

En esa época, dado que el tiempo era muy seco, los colonos decidieron dedicar un día, lo mejor vestidos posible, a explorar la parte sudeste de la isla comprendida entre el río de la Misericordia y el cabo de la Zarpa. Era un vasto terreno pantanoso y podían encontrar buenas piezas de caza, pues las aves acuáticas debían de abundar.

Había que calcular entre ocho y nueve millas de ida y otras tantas de vuelta; por consiguiente, invertirían todo el día. Como se trataba, además, de explorar una zona desconocida de la isla, tuvo que participar toda la colonia. De modo que el 5 de julio, a las seis de la mañana, nada más despuntar el día, Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert, Nab y Pencroff, armados con chuzos, lazos, arcos y flechas y provistos de provisiones suficientes, salieron de Granite-house precedidos de Top, que daba brincos delante de ellos.

Fueron por el camino más corto, y el camino más corto era cruzar el río de la Misericordia sobre los bloques de hielo que entonces lo atestaban.

—Pero esto no puede sustituir un verdadero puente —señaló con toda la razón el reportero.

Así que la construcción de un «verdadero» puente fue incluida en la lista de las obras futuras.

Era la primera vez que los colonos pisaban la orilla derecha del río de la Misericordia y que se aventuraban entre esas grandes y soberbias coníferas, entonces cubiertas de nieve.

Pero no habían recorrido media milla cuando de la espesura salió una familia entera de cuadrúpedos que se había instalado allí y a la que los ladridos de Top hicieron salir huyendo.

—¡Parecen zorros! —exclamó Harbert al ver a toda la manada alejarse corriendo.

Eran zorros, en efecto, pero zorros de gran tamaño que emitían una especie de ladridos que parecieron sorprender al propio Top, pues interrumpió su persecución y dio a esos veloces animales tiempo de desaparecer.

El perro estaba en su derecho de sentirse sorprendido, ya que no tenía nociones de historia natural. Pero esos zorros, de pelaje gris rojizo y cola terminada en una borla blanca, con sus ladridos habían delatado su origen. Así pues, Harbert los llamó sin vacilar por su verdadero nombre: culpeos. Estos animales viven sobre todo en Chile, en las Malvinas y en todos esos parajes americanos que atraviesan los paralelos 30 y 40. Harbert lamentó mucho que Top no hubiera podido atrapar a uno de esos carnívoros.

—¿Eso se come? —preguntó Pencroff, que solo consideraba a los representantes de la fauna de la isla desde un punto de vista particular.

—No —respondió Harbert—, pero los zoólogos todavía no han establecido si la pupila de estos zorros es diurna o nocturna, ni si hay que incluirlos en el género perro propiamente dicho.

Cyrus Smith no pudo evitar sonreír al oír la reflexión del muchacho, que demostraba su seriedad. En cuanto al marino, desde el momento en que esos zorros no podían ser clasificados en el género comestible, le tenían sin cuidado. Sin embargo, señaló que, cuando tuvieran un corral en Granite-house, sería aconsejable tomar algunas precauciones contra la probable visita de esos saqueadores de cuatro patas, cosa que nadie discutió.

Después de haber doblado la punta del Pecio, los colonos encontraron una larga playa bañada por el inmenso mar. Eran en ese momento las ocho de la mañana. El cielo estaba muy nítido, tal como sucede en los períodos prolongados de intenso frío; pero, como el ejercicio les había hecho entrar en calor, Cyrus Smith y sus compañeros no sentían demasiado los rigores del tiempo. Además, no soplaba viento, circunstancia que hace infinitamente más soportables los fuertes descensos de la temperatura. Un sol brillante, pero sin acción calorífica, salía en ese momento del océano y su disco se balanceaba en el horizonte. El mar formaba una capa tranquila y azul como la de un golfo mediterráneo cuando el cielo es puro. El cabo de la Zarpa, curvado como un yatagán, se distinguía claramente a unas cuatro millas hacia el sudeste. A la

izquierda, la linde del pantano quedaba bruscamente interrumpida por una pequeña punta que los rayos solares dibujaban entonces con un trazo de fuego. Es verdad que en esa parte de la bahía de la Unión que nada protegía del mar abierto, ni siquiera un banco de arena, las embarcaciones, azotadas por los vientos del este, no habrían encontrado refugio alguno. Por la calma del mar, cuyas aguas no enturbiaba ningún bajío, por su color uniforme sin ninguna mancha amarillenta y por la ausencia total de arrecifes, se notaba que esa costa era acantilada y que el océano cubría allí profundos abismos. Detrás, al oeste, se extendían, aunque a una distancia de cuatro millas, las primeras líneas de árboles de los bosques del Far-West. Cualquiera hubiera podido creer que estaba en la costa desolada de alguna isla de las regiones antárticas invadida por el hielo. Los colonos hicieron allí un alto para comer. Encendieron una fogata con zarzas y algas secas, y Nab preparó la comida a base de carne fría, acompañada de unas tazas de té de Oswego.

Mientras comían, observaban. Aquella parte de la isla Lincoln era realmente estéril y contrastaba con toda la región occidental, lo que hizo comentar al reportero que, si el azar hubiera llevado a los náufragos a aquella playa, se habrían hecho una idea deplorable de sus futuros dominios.

—Yo creo que ni siquiera habríamos podido llegar a tierra firme —dijo el ingeniero—, porque el mar es profundo y no ofrece ninguna roca donde refugiarse. Al menos frente a Granite-house había bancos y un islote que multiplicaban las posibilidades de salvación. En cambio, aquí, ¡solo el abismo!

—Es bastante singular que esta isla, relativamente pequeña, presente un suelo tan variado —observó Gedeon Spilett—. Esa diversidad de aspecto solo la poseen, lógicamente, los continentes de cierta extensión. Realmente parece que la parte occidental de la isla Lincoln, tan rica y fértil, esté bañada por las aguas cálidas del golfo de México, mientras que sus orillas del norte y del sudeste se extiendan sobre una especie de mar Ártico.

—Tiene razón, querido Spilett —dijo Cyrus Smith—, es una observación que yo también he hecho. Encuentro esta isla, tanto en su forma como en su naturaleza, bastante extraña. Parece un resumen de todos los aspectos que presenta un continente y no me

sorprendería que en otros tiempos lo hubiera sido.

—¿Cómo? ¿Un continente en medio del Pacífico? —se extrañó Pencroff.

—¿Por qué no? —repuso Cyrus Smith—. ¿Por qué Australia, Nueva Irlanda, todo lo que los geógrafos ingleses llaman Australasia, unidas a los archipiélagos del Pacífico, no podrían haber formado en otros tiempos una sexta parte del mundo, una parte tan importante como Europa o Asia, como África o las dos Américas? Mi mente no se niega a admitir que todas las islas emergidas de este vasto océano sean cimas de un continente ahora engullido pero que dominaba las aguas en épocas prehistóricas.

—Como la Atlántida —dijo Harbert.

—Sí, hijo... si es que existió.

—¿Y la isla Lincoln habría formado parte de ese continente? —preguntó Pencroff.

—Es probable —respondió Cyrus Smith—, y eso explicaría bastante la diversidad de producciones que se observa en su superficie.

—Y el considerable número de animales que continúan habitándola —añadió Harbert.

—Exacto —dijo el ingeniero—. Y acabas de proporcionarme otro argumento en apoyo de mi tesis, hijo. A juzgar por lo que hemos visto, es evidente que en esta isla hay muchos animales y, lo que es más extraño, una gran variedad de especies. Hay una explicación para ello, y a mi entender es que la isla Lincoln pudo formar parte en otros tiempos de algún vasto continente que poco a poco fue hundiéndose en el Pacífico.

—¿Quiere decir —replicó Pencroff, que no parecía convencido del todo— que los restos actuales de ese antiguo continente podrán desaparecer también un buen día y no quedará nada entre América y Asia?

—No —respondió Cyrus Smith—. Estarán los nuevos continentes que miles de millones de animálculos están construyendo en este momento.

—¿Y quiénes son esos albañiles? —preguntó Pencroff.

—Los infusorios del coral —respondió Cyrus Smith—. Ellos son los que han fabricado, mediante un trabajo continuado, la isla Clermont-Tonnerre, los atolones y muchas más islas de coral que

existen en el océano Pacífico. Hacen falta cuarenta y siete millones de estos infusorios para alcanzar el peso de un grano, y sin embargo, con las sales marinas que absorben, con los elementos sólidos del agua que asimilan, esos animálculos producen la caliza, y la caliza forma enormes infraestructuras submarinas cuya dureza y solidez igualan las del granito. En tiempos remotos, en las primeras épocas de la creación, la naturaleza produjo las tierras por levantamiento utilizando el fuego; pero ahora encarga a animales microscópicos que sustituyan a ese agente, cuya potencia dinámica en el interior del globo evidentemente ha disminuido. Prueba de ello es el gran número de volcanes actualmente extinguidos que hay en la superficie de la tierra. Y yo creo que, con el paso de los siglos y la sucesión de infusorios, el Pacífico se transformará un día en un vasto continente que generaciones nuevas poblarán y civilizarán.

—¡Eso tardará en llegar! —dijo Pencroff.

—La naturaleza tiene todo el tiempo por delante —contestó el ingeniero.

—Pero ¿de qué servirá que haya nuevos continentes? —preguntó Harbert—. Yo creo que la extensión actual de los continentes habitables es suficiente para la humanidad. Y la naturaleza no hace nada inútil.

—Es verdad, no hace nada inútil —admitió el ingeniero—. Pero hay una explicación que podría darse en el futuro a la necesidad de continentes nuevos, y precisamente en esta zona tropical ocupada por las islas coralígenas. Por lo menos, a mí esa explicación me parece plausible.

—Le escuchamos, señor Cyrus —dijo Harbert.

—Esto es lo que yo pienso. Generalmente, los científicos admiten que un día u otro nuestro planeta acabará, o más bien que la vida animal y vegetal ya no será posible en él como consecuencia del intenso enfriamiento que sufrirá. En lo que no se ponen de acuerdo es en la causa de ese enfriamiento. Unos piensan que lo provocará el descenso de temperatura que experimentará el sol después de millones de años; otros, que lo hará la extinción gradual de los fuegos interiores del globo, que ejercen en él una influencia mayor de lo que en general se supone. Personalmente, me inclino por esta última hipótesis, basándome en el hecho de que la luna es realmente un astro que se ha enfriado y ya no es habitable aunque

el sol continúe vertiendo sobre su superficie la misma cantidad de calor. Y si la luna se ha enfriado es porque esos fuegos interiores a los que, al igual que todos los astros del mundo estelar, debe su origen se han extinguido por completo. En fin, sea cual sea la causa, un día nuestro planeta se enfriará, si bien ese enfriamiento se producirá poco a poco. ¿Qué sucederá entonces? Que, en una época más o menos lejana, las zonas templadas no serán más habitables de lo que actualmente lo son las regiones polares. Luego, las poblaciones humanas, al igual que las animales, se trasladarán hacia las latitudes más directamente sometidas a la influencia solar. Tendrá lugar una inmensa emigración. Europa, Asia central y América del Norte serán abandonadas poco a poco, al igual que Australasia y las regiones bajas de América del Sur. La vegetación seguirá a la emigración humana. La flora retrocederá hacia el ecuador al mismo tiempo que la fauna. Las partes centrales de la América meridional y de África se convertirán en los continentes por excelencia. Los lapones y los samoyedos encontrarán las condiciones climáticas de las aguas polares en las orillas del Mediterráneo. ¿Quién puede decirnos que en esa época las regiones ecuatoriales no serán demasiado pequeñas para albergar a la humanidad terrestre y alimentarla? ¿Por qué la previsora naturaleza, a fin de dar cobijo a toda la emigración vegetal y animal, no podría estar sentando ya bajo el ecuador los cimientos de un continente nuevo y no podría haber encargado a los infusorios construirlo? He reflexionado a menudo sobre todas estas cosas, amigos míos, y creo muy seriamente que el aspecto de nuestro planeta se verá un día completamente transformado, que, como consecuencia de la elevación de nuevos continentes, los mares cubrirán los antiguos y que, en los siglos futuros, los Colón irán a descubrir las islas del Chimborazo, del Himalaya o del monte Blanco, restos de una América, un Asia y una Europa engullidas. Más tarde, esos nuevos continentes se volverán a su vez inhabitables; el calor se extinguirá como el calor de un cuerpo al que el alma acaba de abandonar y la vida desaparecerá del planeta, si no definitivamente, al menos momentáneamente. Quizá entonces nuestra esfera descanse, se renueve en la muerte para resucitar un día en unas condiciones superiores. Pero eso, amigos míos, es el secreto del Autor de todas las cosas, y respecto al trabajo de los

infusorios, tal vez me haya dejado llevar demasiado lejos en mi afán por escrutar los secretos del futuro.

—Querido Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, para mí, esas teorías son profecías y un día se cumplirán.

—Es el secreto de Dios —dijo el ingeniero.

—Todo eso está muy bien —dijo entonces Pencroff, que había escuchado atentamente—, pero ¿puede decirme, señor Cyrus, si la isla Lincoln fue construida por infusorios?

—No —respondió Cyrus Smith—, es puramente de origen volcánico.

—Entonces, ¿algún día desaparecerá?

—Es probable.

—Espero que ya no estemos aquí.

—No, tranquilícese, Pencroff, nosotros ya no estaremos, puesto que no tenemos ningunas ganas de morir aquí y quizá acabemos por encontrar la manera de irnos.

—Mientras tanto —dijo Gedeon Spilett—, instalémonos como si fuera para la eternidad. No hay que hacer nunca nada a medias.

Esto puso fin a la conversación. La comida había terminado. Los colonos reanudaron la exploración y llegaron al límite donde empezaba la zona pantanosa.

Era un auténtico pantano cuya extensión, hasta el tramo de costa redondeado donde terminaba la isla al sudeste, podía alcanzar veinte millas cuadradas. El suelo era de limo arcilloso-silíceo, mezclado con numerosos restos vegetales. Confervas, juncos, carices, totoras y, en algunos puntos, capas de hierba del grosor de una alfombra lo cubrían. Algunas charcas heladas centelleaban en numerosos lugares bajo los rayos del sol. Ni las lluvias ni ningún río que hubiera experimentado una crecida súbita habían podido formar esas reservas de agua. Por lo tanto, había que sacar la conclusión de que esa ciénaga estaba alimentada por las filtraciones del suelo, y así era, efectivamente. Incluso era de temer que, durante el verano, el aire se cargara de esos miasmas que producen las fiebres palúdicas.

Encima de las hierbas acuáticas, en la superficie de las aguas estancadas, revoloteaban infinidad de aves. Unos cazadores profesionales no habrían podido errar un solo tiro. Allí vivían patos salvajes, lavancos, cercetas y agachadizas, y esas volátiles poco

temerosas les dejaban acercarse.

Había tantas aves que una perdigonada sin duda habría acabado con varias docenas. Hubo que conformarse, sin embargo, con matarlas a flechazos. El resultado fue menor, pero la silenciosa flecha tuvo la ventaja de no ahuyentar a las volátiles, a las que la detonación de un arma de fuego habría dispersado por todo el pantano. Los cazadores se contentaron, pues, por esta vez, con una docena de patos, de cuerpo blanco con una franja canela, cabeza verde, alas negras, blancas y rojas y pico aplastado, que Harbert identificó como tadornas. Top colaboró hábilmente en la captura de esas volátiles, con cuyo nombre se bautizó esa parte pantanosa de la isla. Los colonos tenían, pues, allí una abundante reserva de caza acuática. Llegado el momento, no habría más que explotarla convenientemente, y era probable que se pudiera, si no domesticar varias especies de esas aves, al menos aclimatarlas a los alrededores del lago, lo que permitiría a los consumidores tenerlas más a mano.

Hacia las cinco de la tarde, Cyrus Smith y sus compañeros tomaron el camino de vuelta a casa, atravesaron el pantano de las Tadornas [Tadorn's-fens] y cruzaron el río de la Misericordia por el puente de hielo.

A las ocho estaban todos en Granite-house.

XXII

*Las trampas – Los zorros – Los pecarís – Salto de viento al
noroeste – Tormenta de nieve – Los cesteros – El frío más crudo
del invierno – La cristalización del azúcar de arce – El pozo
misterioso – La exploración planeada – El perdigón*

El frío intenso se prolongó hasta el 15 de agosto, aunque sin superar los grados Fahrenheit alcanzados hasta entonces. Cuando la atmósfera estaba en calma, las bajas temperaturas se soportaban fácilmente; pero, cuando soplaban el viento, las condiciones eran duras para unas personas insuficientemente vestidas. Pencroff empezaba a lamentar que la isla Lincoln no diera asilo a algunas familias de osos, en lugar de a esos zorros o esas focas cuya piel dejaba mucho que desear.

—Los osos —decía— suelen ir bien vestidos, y me encantaría tomarles prestado durante el invierno el abrigado capote que llevan sobre el cuerpo.

—Pero puede que los osos no accedieran a darte su capote, Pencroff —replicaba Nab—. ¡Esos animales no son precisamente san Martín!

—Los obligaríamos, Nab, los obligaríamos —contestaba Pencroff en un tono autoritario.

Pero esos formidables carnívoros no existían en la isla, o al menos hasta ese momento no se habían mostrado.

Con todo, Harbert, Pencroff y el reportero tendieron trampas en la meseta de Vistagrande y en las inmediaciones del bosque. En opinión del marino, cualquier presa era buena, y los animales que estrenaran las nuevas trampas, fueran roedores o carniceros, serían bien recibidos en Granite-house.

Esas trampas eran muy sencillas: unos hoyos cavados en el

suelo, ramas y hierbas encima para taparlos, y al fondo un cebo cuyo olor atrajera a los animales. Nada más. Hay que añadir que los hoyos no habían sido cavados al azar, sino en determinados lugares donde la abundancia de huellas indicaba un frecuente paso de cuadrúpedos. Todos los días las visitaban, y en tres ocasiones, durante los primeros días, encontraron ejemplares de aquellos culpeos que habían visto en la margen derecha del río de la Misericordia.

—¡Pero bueno! ¿Es que en este país solo hay zorros? —exclamó Pencroff la tercera vez que retiró uno de esos animales del foso en el que había caído—. ¡Estos bichos no sirven para nada!

—Sí —dijo Gedeon Spilett—, sirven para una cosa.

—¿Para qué?

—Para hacer cebos con los que atraer a otros.

El reportero tenía razón, y a partir de entonces pusieron como cebo en las trampas los cadáveres de esos zorros.

El marino había hecho también unos lazos utilizando fibras de junco, y los lazos fueron más provechosos que las trampas. Era raro que pasara un día sin que atraparan algún conejo. La carne era siempre la misma, pero Nab la preparaba con diferentes salsas y a los comensales ni se les ocurría quejarse.

Sin embargo, en la segunda semana de agosto las trampas proporcionaron a los cazadores, una o dos veces, animales más útiles que los culpeos: jabalíes como los que habían visto al norte del lago. Pencroff no tuvo necesidad de preguntar si aquellos animales eran comestibles. Por su semejanza con el cerdo americano o europeo, estaba clarísimo que sí.

—Pero no son cerdos, Pencroff, te aviso —le dijo Harbert.

—Muchacho —contestó el marino, inclinándose sobre la trampa y agarrando del pequeño apéndice que le servía de cola a uno de esos representantes de la familia de los suidos—, déjame creer que lo son.

—¿Por qué?

—Porque me hace ilusión.

—¿Tanto te gusta el cerdo?

—Mucho —respondió el marino—, sobre todo los pies. Si tuviera ocho en vez de cuatro, me gustaría el doble.

Los animales en cuestión eran pecarís pertenecientes a uno de

los cuatro géneros con que cuenta la familia, y además, de la especie *tayassu*, reconocibles por su color oscuro y por estar desprovistos de los largos caninos que poseen sus congéneres. Esos pecarís suelen vivir en manadas y era probable que abundaran en las zonas boscosas de la isla. En cualquier caso, eran comestibles de la cabeza a los pies, y Pencroff no les pedía más.

Hacia el 15 de agosto, el estado atmosférico experimentó una súbita modificación a causa de un salto de viento al noroeste. La temperatura subió unos grados y los vapores acumulados en el aire no tardaron en convertirse en nieve. Toda la isla se cubrió de una capa blanca y se mostró a sus habitantes con un aspecto nuevo. Nevó en abundancia durante varios días y muy pronto esa capa alcanzó un espesor de dos pies.

El viento refrescó mucho y desde lo alto de Granite-house se oía rugir el mar sobre los arrecifes. En algunos puntos se formaban vertiginosos torbellinos y la nieve, que se arremolinaba en altas columnas, se asemejaba a esas trombas líquidas que giran sobre su base y que los barcos combaten a cañonazos. No obstante, como el huracán venía del noroeste, azotaba la isla de costado, y la orientación de Granite-house la preservaba de un ataque directo. Aun así, en medio de aquella ventisca, tan terrible como si se hubiera producido en una zona polar, ni Cyrus Smith ni sus compañeros pudieron aventurarse a salir pese a las ganas que tenían, así que permanecieron encerrados cinco días, del 20 al 25 de agosto. Oían rugir la tormenta en los bosques del Jacamar, donde debía de estar causando estragos. Sin duda derribaría muchos árboles, pero Pencroff se consolaba pensando que se ahorraría el esfuerzo de talarlos.

—El viento se ha hecho leñador. Dejémoslo trabajar —repetía.

De todas formas, no habría habido manera de evitarlo.

¡Cuánto tuvieron que agradecer los ocupantes de Granite-house al cielo que les hubiera proporcionado ese sólido y estable refugio! A Cyrus Smith le correspondía una legítima parte de los agradecimientos, pero, al fin y al cabo, era la naturaleza la que había excavado esa vasta caverna y él se había limitado a descubrirla. Allí, fuera del alcance de los embates del mar, estaban seguros. Si hubieran construido en la meseta de Vistagrande una casa de ladrillos y madera, no habría resistido la furia de ese

huracán. En cuanto a las Chimeneas, solo con oír el estruendo de las olas resultaba evidente que eran totalmente inhabitables, pues el mar, pasando por encima del islote, debía de azotarlas con rabia. En cambio, en Granite-house, en medio de ese macizo en el que ni el agua ni el aire podían hacer mella, no tenían nada que temer.

Durante esos días de reclusión, los colonos no permanecieron inactivos. En el almacén no faltaba madera cortada en tablas y, poco a poco, completaron el mobiliario; hicieron mesas y sillas muy resistentes, pues no escatimaron materia prima. Aquellos muebles un poco pesados justificaban mal su nombre, que hace de la movilidad una condición esencial, pero Nab y Pencroff se sentían muy orgullosos de ellos y no los habrían cambiado por unos del célebre ebanista Boule.

Después, los ebanistas se convirtieron en cesteros, y no se les dio nada mal este nuevo oficio. Habían descubierto, en la punta que el lago proyectaba hacia el norte, un fecundo mimbreral donde crecían numerosos mimbreros púrpura. Antes de la estación de las lluvias, Pencroff y Harbert habían cortado una buena cantidad de esos útiles arbustos, y sus ramas, bien preparadas en aquel momento, ya podían ser eficazmente empleadas. Las primeras tentativas dieron unos resultados que dejaban mucho que desear, pero los artesanos, gracias a su habilidad y su inteligencia, consultándose unos a otros, recordando los modelos que habían visto y rivalizando entre sí, acabaron consiguiendo hacer cestos y canastos de diferentes tamaños que incrementaron el material de la colonia. Los metieron en el almacén, y Nab guardó en unos canastos especiales su cosecha de rizomas, piñones y raíces de drago.

Durante la última semana del mes de agosto, el tiempo volvió a cambiar. La temperatura bajó un poco y la tormenta amainó. Los colonos se apresuraron a salir. Aunque en la playa había dos pies de nieve, como estaba endurecida, se podía andar sobre su superficie sin demasiadas dificultades. Cyrus Smith y sus compañeros subieron a la meseta de Vistagrande.

¡Qué cambio! Los bosques que habían dejado verdes, sobre todo en la parte más cercana, donde predominaban las coníferas, desaparecían ahora bajo un color uniforme. Todo estaba blanco, desde la cima del monte Franklin hasta el litoral, los bosques, el prado, el lago, el río y las playas. El agua del río de la Misericordia

corría bajo una bóveda de hielo que los flujos y reflujos hundían y rompían con estrépito. Numerosas aves revoloteaban sobre la superficie sólida del lago: patos y agachadizas, lavancos y pájaros bobos. Había miles. Las rocas entre las que se precipitaba la cascada en el borde de la meseta estaban cubiertas de hielo. Parecía que el agua saliera de una monstruosa gárgola tallada con toda la fantasía de un artista del Renacimiento. Los daños causados en el bosque por el huracán todavía no era posible estimarlos; había que esperar a que la inmensa capa blanca se fundiera.

Gedeon Spilett, Pencroff y Harbert no desaprovecharon la ocasión para ir a ver sus trampas. No les resultó fácil encontrarlas bajo la nieve que las cubría. Es más, tuvieron que estar muy atentos para no pisar una de ellas, cosa que habría sido peligrosa y humillante a la vez: ¡caer en su propia trampa! Consiguieron evitar ese sinsabor y encontraron las trampas intactas. Ningún animal había quedado atrapado, pese a que había numerosas huellas en los alrededores, entre otras, algunas muy claramente marcadas de zarpas. Harbert no dudó en afirmar que algún carnívoro del género de los felinos había pasado por allí, lo que confirmaba la opinión del ingeniero sobre la presencia de fieras peligrosas en la isla Lincoln. Sin duda esas fieras habitaban normalmente los espesos bosques del Far-West, pero, acuciadas por el hambre, se habían aventurado hasta la meseta de Vistagrande. ¿Habían olido quizá a los habitantes de Granite-house?

—¿Y qué clase de felinos son? —preguntó Pencroff.

—Son tigres —respondió Harbert.

—Yo creía que solo había animales de esos en los países cálidos.

—En el Nuevo Continente —respondió el joven—, se observa su presencia desde México hasta las pampas argentinas. Así que, como la isla Lincoln se encuentra más o menos en la misma latitud que las provincias de La Plata, no es sorprendente que haya tigres.

—Bueno, iremos con cuidado —dijo Pencroff.

La nieve acabó fundiéndose por efecto de la temperatura, que subió. Gracias también a la acción disolvente de la lluvia, la capa blanca desapareció. Pese al mal tiempo, los colonos renovaron sus reservas de todo: del reino vegetal, piñones, raíces de drago, rizomas y jugo de arce; del reino animal, conejos, agutíes y canguros. Aquello exigió varias excursiones al bosque y allí

constataron que el último huracán había derribado cierta cantidad de árboles. El marino y Nab incluso fueron hasta el yacimiento de hulla con la carreta para coger unas toneladas de combustible. Al pasar, vieron que la chimenea del horno de alfarería había sido muy dañada por el viento y que le faltaban seis buenos pies.

Además del carbón, también fue renovada la provisión de leña en Granite-house. Aprovecharon las aguas del río de la Misericordia, que volvía a correr libremente, para llevar varias armadías. Cabía la posibilidad de que el período de frío intenso no hubiera terminado.

Los colonos habían hecho asimismo una visita a las Chimeneas y no pudieron sino felicitarse por no haber permanecido allí durante la tormenta. El mar había dejado marcas indiscutibles de su paso. Levantado por los vientos huracanados y saltando por encima del islote, había inundado los corredores, que estaban ahora medio llenos de arena, y gruesas capas de varec cubrían las rocas. Mientras Nab, Harbert y Pencroff cazaban y renovaban las provisiones de combustible, Cyrus Smith y Gedeon Spilett se ocuparon de limpiar las Chimeneas y encontraron la forja y los hornos prácticamente intactos, pues la acumulación de arena los había protegido.

La reserva de combustible no fue renovada en vano. Los colonos no habían acabado de padecer el frío riguroso. Ya se sabe que en el hemisferio boreal el mes de febrero destaca principalmente por grandes descensos de la temperatura. Debía de suceder lo mismo en el hemisferio austral, así que el final del mes de agosto, que es el febrero de Norteamérica, no escapó a esa ley climática.

Hacia el 25, después de otro período de alternancia de nieve y lluvia, el viento saltó al sudeste y el frío se hizo súbitamente extremo. Según las estimaciones del ingeniero, la columna de mercurio de un termómetro Fahrenheit no habría marcado menos de 8° bajo cero [22 °C bajo cero], y esa intensidad del frío, que un viento cortante hacía más dolorosa, se mantuvo varios días. Los colonos tuvieron que enclaustrarse de nuevo en Granite-house y, como fue preciso tapar herméticamente todas las aberturas de la fachada, de manera que dejase pasar justo el aire necesario para ventilar, el consumo de velas aumentó considerablemente. Para gastar las menos posible, los colonos se alumbraban a menudo solo con el fuego de los hogares, en los que no se escatimaba

combustible. En varias ocasiones, unos u otros bajaron a la playa, entre los bloques de hielo que el flujo de las sucesivas mareas amontonaba allí, pero volvían a subir enseguida a Granite-house, y sus manos se agarraban con esfuerzo y dolor a los listones que constituían los peldaños de la escalera y que, en aquellos días de frío intenso, les quemaban los dedos.

Había que ocupar, además, el tiempo libre impuesto a los habitantes de Granite-house por el encierro forzoso. Cyrus Smith emprendió una operación que podía practicarse a puerta cerrada.

Sabemos que el único azúcar que los colonos tenían a su disposición era esa sustancia líquida que extraían del arce haciendo incisiones profundas en dicho árbol. Les bastaba, pues, recoger ese jugo en recipientes. Lo empleaban en ese estado para diversos usos culinarios, tanto mejor cuanto que, con el tiempo, el jugo tendía a blanquear y a adquirir la consistencia de un jarabe.

Pero se podía perfeccionar, y un día Cyrus Smith anunció a sus compañeros que iban a convertirse en refinadores.

—¡Refinadores! —dijo Pencroff—. Tengo entendido que ese oficio es un poco caluroso.

—Muy caluroso —puntualizó el ingeniero.

—Entonces, será muy apropiado para esta estación —contestó el marino.

Que la palabra «refinado» no despierte en la mente el recuerdo de esas complicadas fábricas llenas de maquinaria y de obreros. No, para cristalizar ese jugo bastaba depurarlo mediante una operación sumamente fácil. Colocado sobre el fuego en grandes recipientes de barro, empezó a producirse cierta evaporación y la espuma no tardó en subir a la superficie. En cuanto el jugo empezó a espesarse, Nab se encargó de removerlo con una espátula de madera para acelerar la evaporación y al mismo tiempo impedir que tomara un sabor empireumático.

Tras unas horas de ebullición sobre un buen fuego, tan beneficioso para los refinadores como para la sustancia refinada, esta se había transformado en un espeso jarabe. Dicho jarabe fue vertido en unos moldes de barro, previamente cocidos en el horno de la cocina y a los que se había dado formas variadas. Al día siguiente, el jugo, ya frío, había adoptado forma de pan o de terrón. Era un azúcar de color un poco rojizo, pero casi transparente y con

un sabor perfecto.

Continuó haciendo frío hasta mediados de septiembre y a los prisioneros de Granite-house empezaba a parecerles interminable su cautividad. Casi todos los días hacían una salida que debían interrumpir. Así pues, trabajaban constantemente en el acondicionamiento de la casa. Y mientras trabajaban, charlaban. Cyrus Smith instruía a sus compañeros en todo tipo de cosas; principalmente, les explicaba las aplicaciones prácticas de la ciencia. Los colonos no disponían de biblioteca, pero el ingeniero era un libro siempre disponible, siempre abierto por la página que cada uno necesitaba, un libro que les resolvía todas las dudas y que ellos hojeaban con frecuencia. El tiempo pasaba y aquella buena gente no parecía temer el futuro.

Sin embargo, ya iba siendo hora de que aquel encierro forzoso terminara. Todos estaban impacientes por que llegara, si no el verano, al menos el fin de aquel frío insoportable. Si por lo menos hubieran ido vestidos de manera que les permitiese desafiarlo, cuántas excursiones habrían hecho, bien a las dunas o bien al pantano de las Tadornas. Debía de ser fácil acercarse a los animales y sin duda la caza habría sido fructuosa. Pero Cyrus Smith no quería que nadie pusiera en peligro su salud, pues necesitaba todos los brazos, y los demás siguieron sus consejos.

Pero, preciso es decirlo, el más impaciente por salir, después de Pencroff, desde luego, era Top. El fiel perro se sentía muy agobiado dentro de Granite-house. Iba y venía de una habitación a otra, y manifestaba a su manera el aburrimiento que le producía estar encerrado.

Cyrus Smith vio en repetidas ocasiones que, cuando se acercaba a aquel pozo oscuro que comunicaba con el mar y cuyo orificio se abría al fondo del almacén, Top profería unos gruñidos singulares. El perro daba vueltas alrededor de aquel agujero, que había sido tapado con una tabla. A veces, incluso intentaba meter las patas por debajo de la tabla, como si quisiera levantarla. Entonces ladraba de una forma peculiar, que indicaba a la vez cólera e inquietud.

El ingeniero observó varias veces ese comportamiento. ¿Qué podía haber en ese abismo para que impresionara tanto al inteligente animal? El pozo desembocaba en el mar, eso estaba fuera de toda duda. ¿Acaso se ramificaba en estrechos conductos

que atravesaban la isla? ¿Comunicaba con otras cavidades interiores? ¿Venía de cuando en cuando algún monstruo marino a respirar al fondo de ese pozo? El ingeniero no sabía qué pensar, y no podía evitar imaginar complicaciones extrañas. Acostumbrado a llegar muy lejos en el terreno de las realidades científicas, no se perdonaba dejarse arrastrar en el dominio de lo misterioso y casi de lo sobrenatural. Pero ¿cómo explicarse que Top, uno de esos perros sensatos que jamás pierden el tiempo ladrando a la luna, se empeñara en sondear con el olfato y el oído aquel abismo, si en su interior no sucedía nada que tuviera que suscitar su inquietud? La conducta de Top intrigaba a Cyrus Smith más de lo que le parecía razonable reconocer.

En cualquier caso, el ingeniero solo compartió sus impresiones con Gedeon Spilett, pues le parecía inútil iniciar a sus compañeros en las reflexiones involuntarias a las que a él lo llevaba lo que tal vez no era más que una manía de Top.

Finalmente, el frío pasó. Hubo lluvias, ventiscas, aguaceros y vendavales, pero esas inclemencias duraban poco. El hielo se había derretido, la nieve se había fundido; la playa, la meseta, las orillas del río de la Misericordia y el bosque volvían a ser practicables. Los ocupantes de Granite-house estaban encantados con la vuelta de la primavera y muy pronto solo pasaron allí el tiempo dedicado a dormir y a comer.

En la segunda mitad de septiembre cazaron mucho, lo que llevó a Pencroff a reclamar con renovada insistencia las armas de fuego que, según él, Cyrus Smith había prometido. Este, consciente de que, sin herramientas especiales, le sería prácticamente imposible hacer una escopeta de alguna utilidad, siempre daba marcha atrás y aplazaba la operación para más adelante. Señalaba, además, que Harbert y Gedeon Spilett se habían convertido en unos hábiles arqueros, que toda clase de animales excelentes, agutíes, canguros, carpinchos, palomas, avutardas, patos salvajes, agachadizas, en fin, piezas tanto de pelo como de pluma caían bajo sus flechas, y que por consiguiente podían esperar. Pero el obstinado marino no estaba de acuerdo y no dejaría en paz al ingeniero hasta que este hubiera satisfecho su deseo. Por si fuera poco, Gedeon Spilett apoyaba a Pencroff.

—Si en la isla, como es indudable, hay animales feroces —decía

—, debemos pensar en combatirlos y exterminarlos. Puede llegar un momento en que ese sea nuestro primer deber.

Con todo, en esa época no fue la cuestión de las armas de fuego lo que preocupó a Cyrus Smith, sino la de la ropa. La que llevaban los colonos había pasado el invierno, pero no duraría hasta el invierno siguiente. Había que conseguir a toda costa pieles de carnívoros o lana de rumiantes, y, puesto que no faltaban musmones, convenía pensar en los medios de criar un rebaño para cubrir las necesidades de la colonia. Un cercado para los animales domésticos y un corral para las aves, que constituirían una especie de granja instalada en algún punto de la isla: esos serían, en resumen, los dos proyectos importantes que ejecutarían durante las estaciones en que reina el buen tiempo.

En consecuencia, y con vistas a estos futuros establecimientos, urgía emprender una exploración de toda la parte desconocida de la isla Lincoln, es decir, la de esos bosques de altos árboles que se extendían a la derecha del río de la Misericordia, desde su desembocadura hasta el final de la península Serpentina, así como de toda la costa occidental. Pero para eso el tiempo debía ser estable, lo que obligaba a dejar transcurrir un mes más antes de realizar dicha exploración con garantías de que fuese útil.

Esperaban, pues, con cierta impaciencia cuando se produjo un incidente que excitó todavía más el deseo que tenían los colonos de visitar todo su territorio.

Era 24 de octubre. Ese día, Pencroff había ido a mirar las trampas, que siempre mantenía convenientemente provistas de cebo. En una de ellas encontró tres animales que serían bien recibidos en la despensa. Eran una hembra de pecarí y dos crías.

Pencroff regresó a Granite-house encantado de su captura y, como siempre, hizo alarde de las piezas cobradas.

—¡Vamos a preparar una comida de rechupete, señor Cyrus! —dijo—. ¡Y usted, señor Spilett, también comerá!

—Yo quiero comer —contestó el reportero—, pero ¿qué es lo que comeré?

—Cochinillo.

—¡Ah!, ¿cochinillo? Por lo que decía, Pencroff, creí que iba a ofrecernos una perdiz trufada.

—¡Cómo! —exclamó Pencroff—. ¿Es que va a hacerle ascos a un

cochinillo?

—No —respondió Gedeon Spilett sin mostrar ningún entusiasmo —, siempre y cuando no abusemos...

—De acuerdo, de acuerdo, señor reportero —replicó el marino, al que no le gustaba oír que despreciaban su caza—, me parece que se está volviendo muy exigente. Hace siete meses, cuando desembarcamos en la isla, habría dado saltos de alegría si hubiera encontrado una pieza como esta.

—Así es —contestó el reportero—. El hombre no es perfecto y nunca está contento.

—En fin —dijo Pencroff—, espero que Nab se luzca. ¡Mire, mire! ¡Estos dos pecarís no tienen ni tres meses! Estarán más tiernos que unas codornices. Vamos, Nab. Supervisaré yo mismo la cocción.

El marino, seguido de Nab, entró en la cocina y se concentró en las tareas culinarias.

Lo dejaron hacer las cosas a su manera. Nab y él prepararon una comida magnífica: las dos crías de pecarí, sopa de canguro, jamón ahumado, piñones, bebida de drago y té de Oswego, o sea, lo mejor que tenían. Pero, de todos los platos, el lugar de honor debían ocuparlo los sabrosos pecarís estofados.

A las cinco se sirvió la cena en el salón de Granite-house. La sopa de canguro humeaba en la mesa. La encontraron excelente.

Después de la sopa vinieron los pecarís, que Pencroff quiso trincar él mismo y de los que sirvió unas raciones monstruosas a los comensales.

Aquellos cochinillos estaban realmente deliciosos, y Pencroff estaba devorando su ración con gran entusiasmo cuando, de repente, un grito y una maldición escaparon de sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Cyrus Smith.

—Pues que... acabo de romperme una muela —respondió el marino.

—¡Caramba! —dijo Gedeon Spilett—. ¿Es que los pecarís tienen piedras?

—Eso parece —contestó Pencroff, sacándose de la boca el objeto que le había costado una muela.

Y no era una piedra... Era un perdigón.

SEGUNDA PARTE

EL ABANDONADO

I

*Acerca del perdigón – La construcción de una piragua – Las
cacerías – En la copa de un kauri – Ningún indicio de la
presencia del hombre – Una captura marina de Nab y Harbert –
Tortuga boca arriba – Tortuga desaparecida – Explicación de
Cyrus Smith*

Hacía siete meses justos que los pasajeros del globo habían llegado a la isla Lincoln. Desde ese momento, por más que habían buscado, no habían visto a ningún ser humano. Ninguna columna de humo había delatado la presencia del hombre en la superficie de la isla. Ningún trabajo manual había atestiguado su paso por allí, ni en una época pasada ni en una época reciente. No solo no parecía estar habitada, sino que todo indicaba que no lo había estado nunca. Y ahora resultaba que toda esa estructura de deducciones se venía abajo a causa de un simple perdigón, encontrado en el cuerpo de un inofensivo animalito.

Porque ese grano de plomo había salido de un arma de fuego, y ¿quién sino un ser humano había podido disparar esa arma?

Cuando Pencroff dejó el perdigón sobre la mesa, sus compañeros lo miraron profundamente asombrados. Todas las consecuencias de ese incidente, considerable pese a su aparente insignificancia, habían invadido súbitamente su mente. La repentina aparición de un ser sobrenatural no los habría impresionado más.

Cyrus Smith no dudó en formular de inmediato las hipótesis que ese hecho, tan sorprendente como inesperado, permitía aventurar. Cogió el perdigón entre el índice y el pulgar, lo miró y lo remiró atentamente, y a continuación dijo:

—¿Puede usted asegurar que el pecarí herido por este perdigón tenía menos de tres meses? —le preguntó a Pencroff.

—Sí, señor Cyrus —respondió el marino—. Todavía mamaba cuando lo encontré junto a su madre en la trampa.

—Entonces —dijo el ingeniero—, eso demuestra que en la isla Lincoln han disparado con una escopeta hace tres meses como máximo.

—Y que un perdigón hirió, aunque no mortalmente, a este animalito —añadió Gedeon Spilett.

—No cabe la menor duda —prosiguió Cyrus Smith—. Y estas son las conclusiones que se deben extraer de este incidente: o la isla estaba habitada antes de que nosotros llegáramos, o han desembarcado hombres en ella hace como máximo tres meses. ¿Han llegado esos hombres voluntaria o involuntariamente, de resultas de un aterrizaje o de un naufragio? Ese punto no podrá ser aclarado por el momento. En cuanto a si son europeos o malayos, enemigos o amigos de nuestra raza, nada nos permite saberlo, y también ignoramos si continúan viviendo en la isla o se han marchado. Pero esas cuestiones nos afectan demasiado directamente para que permanezcamos más tiempo en la incertidumbre.

—¡No! ¡Cien veces no! ¡Mil veces no! —exclamó el marino levantándose de la mesa—. ¡No hay más hombres que nosotros en la isla Lincoln! ¡Qué demonios! ¡La isla no es muy grande, y si estuviera habitada, ya habríamos visto a algunos de sus habitantes!

—Lo contrario sería, en efecto, muy sorprendente —dijo Harbert.

—Pero sería mucho más sorprendente, supongo —señaló el reportero—, que ese pecarí hubiera nacido con un perdigón dentro del cuerpo.

—A no ser —dijo Nab totalmente serio— que Pencroff lo llevara...

—¡Vaya ocurrencia, Nab! —repuso Pencroff—. O sea que, según tú, yo llevaba desde hace cinco o seis meses, sin darme cuenta, un perdigón en la mandíbula. ¿Y dónde podía estar escondido? —añadió el marino abriendo la boca para enseñar los magníficos treinta y dos dientes que la llenaban—. Mira bien, Nab, y si encuentras una sola muela agujereada en esta dentadura, te permito que me arranques media docena de piezas.

—La hipótesis de Nab es inadmisibile, en efecto —dijo Cyrus Smith, quien, pese a la gravedad de sus pensamientos, no pudo

reprimir una sonrisa—. No cabe duda de que, hace tres meses como máximo, en la isla han disparado con una escopeta. Pero me siento inclinado a creer que los seres que han llegado a esta costa están aquí desde hace muy poco, o simplemente han pasado, pues si, en la época en la que explorábamos la isla desde lo alto del monte Franklin, hubiera estado habitada, lo habríamos visto o habríamos sido vistos. Por lo tanto, es probable que unos náufragos hayan sido arrastrados por una tormenta a un punto de la costa hace tan solo unas semanas. En cualquier caso, es fundamental que salgamos de dudas.

—Creo que debemos actuar con prudencia —dijo el reportero.

—Estoy de acuerdo —contestó Cyrus Smith—, porque desgraciadamente es de temer que los que han desembarcado en la isla sean piratas malayos.

—Señor Cyrus, ¿no sería conveniente, antes de emprender la búsqueda, construir un bote que nos permitiera, bien remontar el río, o bien, en caso de necesidad, costear la isla? —preguntó el marino—. No debemos dejar que nos pillen desprevenidos.

—Su idea es buena, Pencroff —respondió el ingeniero—, pero no podemos esperar, y tardaríamos como mínimo un mes en construir un bote.

—Un auténtico bote, sí —dijo el marino—, pero no necesitamos una embarcación destinada a salir a mar abierto, y yo me comprometo a construir en cinco días como máximo una piragua suficiente para navegar por el río de la Misericordia.

—¿Construir una barca en cinco días? —dijo Nab.

—Sí, Nab, una barca como las de los indios.

—¿De madera? —preguntó el negro con expresión de incredulidad.

—De madera, sí —respondió Pencroff—, o más bien de corteza. Se lo repito, señor Cyrus, en cinco días el trabajo puede estar concluido.

—Si son cinco días, adelante —contestó el ingeniero.

—Pero, hasta entonces, haremos bien en permanecer alerta —dijo Harbert.

—Muy alerta, amigos míos —dijo Cyrus Smith—, y les ruego que se limiten a cazar en los alrededores de Granite-house.

La cena terminó menos alegremente de lo que Pencroff había

esperado.

Así pues, la isla estaba o había estado habitada por gente que no eran los colonos. Desde el incidente del perdigón, eso era un hecho indiscutible, y semejante revelación no podía sino provocar una viva inquietud en los colonos.

Antes de entregarse al sueño, Cyrus Smith y Gedeon Spilett hablaron largo y tendido de estas cosas. Se preguntaron si, por casualidad, ese incidente tendría alguna conexión con las circunstancias inexplicables de la salvación del ingeniero y con otros detalles extraños que ya les habían llamado la atención en varias ocasiones. Sin embargo, después de haber analizado el asunto por el derecho y por el revés, Cyrus Smith acabó por decir:

—En resumen, querido Spilett, ¿quiere saber mi opinión?

—Sí, Cyrus.

—Pues es esta: por más que exploremos minuciosamente la isla, no encontraremos nada.

Al día siguiente, Pencroff se puso manos a la obra. No se trataba de construir un bote con armazón y tablazón, sino simplemente una estructura flotante, de fondo plano, que sería excelente para navegar por el río de la Misericordia, sobre todo en las inmediaciones de su nacimiento, donde el agua tendría poca profundidad. Unos trozos de corteza cosidos entre sí debían ser suficientes para hacer la ligera embarcación, y en caso de que algún obstáculo natural obligara a transportarla a hombros, no sería ni pesada ni incómoda de llevar. Pencroff pensaba unir las tiras de corteza con clavos remachados para garantizar, gracias a su adherencia, la estanqueidad total de la embarcación.

Había que escoger, pues, árboles cuya corteza, flexible y resistente, se prestara a este trabajo. Precisamente el último huracán había derribado algunos abetos de Douglas, que eran muy adecuados para este tipo de construcción. Como estaban tumbados en el suelo, no había más que descortezarlos, pero eso fue lo más difícil, dada la imperfección de las herramientas que tenían los colonos. Pese a todo, lo consiguieron.

Mientras el marino, secundado por el ingeniero, se dedicaba a esta tarea sin perder un minuto, Gedeon Spilett y Harbert no permanecieron ociosos. El reportero no se cansaba de admirar al muchacho, que había adquirido una destreza notable en el manejo

del arco y del chuzo. Harbert demostraba también una gran audacia, en la que había mucha de esa sangre fría que podríamos llamar con justicia «el raciocinio del valor». Aunque los dos cazadores, teniendo en cuenta las recomendaciones de Cyrus Smith, ya no salían de un radio de dos millas en torno a Granite-house, los primeros tramos del bosque ofrecían un tributo suficiente de agutíes, carpinchos, canguros, pecarís, etcétera, y si bien el rendimiento de las trampas era bajo desde que había dejado de hacer frío, al menos el conejar daba su contingente acostumbrado, que habría podido alimentar por sí solo a toda la colonia de la isla Lincoln.

Durante esas cacerías, Harbert hablaba a menudo con Gedeon Spilett del incidente del perdigón y de las conclusiones que había sacado de él el ingeniero, y un día —era el 26 de octubre— le dijo:

—Pero, señor Spilett, ¿no le parece a usted muy extraño que, si unos náufragos han desembarcado en esta isla, no se les haya visto todavía en la parte de Granite-house?

—Muy sorprendente si todavía están aquí —respondió el reportero—, pero nada sorprendente si ya no están.

—Entonces, ¿usted cree que esas personas han abandonado ya la isla? —preguntó Harbert.

—Es más que probable, muchacho, porque, si su estancia se hubiera prolongado, y sobre todo si siguieran aquí, algún incidente habría acabado por delatar su presencia.

—Pero, si han podido irse —señaló el joven—, es que no eran náufragos.

—En efecto, Harbert, o al menos era lo que yo llamaría náufragos provisionales. Es muy posible que un vendaval los empujara hasta la isla, sin desarbolar la embarcación, y que, una vez pasado el vendaval, se hicieran de nuevo a la mar.

—Hay que admitir una cosa —dijo Harbert—, y es que el señor Smith siempre ha parecido temer más que desear la presencia de seres humanos en nuestra isla.

—Así es —contestó el reportero—. Él cree que solo los malayos pueden frecuentar estos mares, y esos caballeros son bandidos a los que es preferible evitar.

—Es posible, señor Spilett —dijo Harbert—, que un día u otro encontremos huellas de su desembarco y eso arroje luz sobre el

asunto.

—No digo que no, muchacho. Un campamento abandonado o una fogata apagada pueden ponernos sobre la pista, y eso es lo que buscaremos en nuestra próxima exploración.

El día que los dos cazadores mantenían esta conversación, se encontraban en una zona del bosque cercana al río de la Misericordia que destacaba por la belleza de sus árboles. Allí se elevaban, entre otros, hasta una altura de cerca de doscientos pies, algunas de esas espléndidas coníferas que los indígenas de Nueva Zelanda llaman kauris.

—Se me ha ocurrido una cosa, señor Spilett —dijo Harbert—. Si subiera a la copa de un kauri, quizá podría observar la zona en un radio bastante extenso.

—Buena idea —dijo el reportero—, pero ¿podrás trepar hasta la copa de uno de estos gigantes?

—Voy a intentarlo —respondió Harbert.

El joven, ágil y dotado de una gran habilidad, subió por las primeras ramas, cuya disposición facilitaba bastante la escalada del kauri, y en unos minutos había llegado a la copa, que sobresalía entre la inmensa llanura de vegetación que formaba el redondeado ramaje del bosque.

Desde ese punto elevado, la mirada abarcaba toda la porción meridional de la isla, desde el cabo de la Zarpa, al sudeste, hasta el promontorio del Reptil, al sudoeste. Al noroeste se alzaba el monte Franklin, que tapaba buena parte del horizonte.

Pero, desde lo alto de su observatorio, Harbert podía observar precisamente toda esa porción todavía desconocida de la isla, que había podido ofrecer o seguía ofreciendo refugio a los extranjeros cuya presencia sospechaban.

El joven miró con una atención extrema. Primero hacia el mar: nada a la vista; ni una sola vela, ni en el horizonte ni cerca de la isla. No obstante, como el macizo de árboles tapaba el litoral, cabía la posibilidad de que un barco, sobre todo un barco desprovisto de su arboladura, estuviera muy cerca de la costa y, por consiguiente, resultara invisible para Harbert.

En medio de los bosques del Far-West, nada tampoco. El bosque formaba una cúpula impenetrable de varias millas cuadradas sin un solo claro. Ni siquiera era posible seguir el curso del río de la

Misericordia y ver el punto de la montaña donde nacía. Quizá otros arroyos corrieran hacia el oeste, pero nada permitía constatarlo.

Pero, si bien Harbert no podía distinguir ningún indicio de la existencia de un campamento, ¿podía al menos ver en el aire alguna columna de humo que indicara la presencia del hombre? La atmósfera era pura, y el más leve vapor habría destacado claramente sobre el fondo del cielo.

Durante unos instantes, a Harbert le pareció ver un poco de humo subiendo por el oeste, pero una observación más atenta le demostró que se equivocaba. Miró con muchísima atención, y tenía una vista excelente. No, decididamente no había nada.

Harbert bajó del kauri y los dos cazadores regresaron a Granite-house. Allí, Cyrus Smith escuchó el relato del joven, meneó la cabeza y no dijo nada. Era de todo punto evidente que no podrían pronunciarse sobre esa cuestión hasta que no efectuaran una exploración completa de la isla.

Dos días después, el 28 de octubre, se produjo otro incidente cuya explicación también dejaría mucho que desear.

Mientras vagaban por la playa, a dos millas de Granite-house, Harbert y Nab tuvieron la suerte de capturar un magnífico ejemplar del orden de los quelonios. Era una tortuga franca del género *Mydas*, cuyo caparazón ofrecía admirables reflejos verdes.

Fue Harbert quien vio aquella tortuga deslizándose entre las rocas para meterse en el mar.

—¡Ven, Nab, ven a ayudarme! —gritó.

Nab acudió corriendo.

—¡Un espléndido animal! —dijo—. Pero ¿cómo vamos a hacernos con él?

—Muy fácil, Nab —respondió Harbert—. Vamos a poner a esa tortuga boca arriba y así no podrá huir. Coge tu chuzo y haz lo mismo que yo.

El reptil, presintiendo el peligro, se había metido dentro del caparazón. No se le veía ni la cabeza ni las patas, y estaba inmóvil como una roca.

Harbert y Nab introdujeron cada uno su palo bajo el esternón del animal y, aunando fuerzas, consiguieron, no sin dificultad, ponerlo boca arriba. La tortuga, que medía tres pies de largo, debía de pesar como mínimo cuatrocientas libras.

—¡El amigo Pencroff se va a poner más contento que unas pascuas! —dijo Nab.

En efecto, el amigo Pencroff no podía por más de alegrarse, pues la carne de esas tortugas, que se alimentan de plantas acuáticas del género *Zostera*, es sabrosísima. En ese momento, aquella solo dejaba entrever su cabecita, aplanada, pero muy ensanchada posteriormente por grandes fosas temporales ocultas bajo una bóveda ósea.

—¿Y ahora qué hacemos con la pieza que hemos capturado? —preguntó Nab—. ¡No podemos llevarla a rastras hasta Granite-house!

—Como no puede ponerse boca abajo —respondió Harbert—, dejémosla aquí y volveremos con la carreta para recogerla.

—De acuerdo.

No obstante, para mayor seguridad, Harbert tomó la precaución, innecesaria en opinión de Nab, de calzar al animal con unas piedras. Después, los dos cazadores volvieron a Granite-house por la playa, que la marea, baja en ese momento, dejaba ampliamente al descubierto. Harbert, deseoso de darle una sorpresa a Pencroff, no le dijo nada de la «soberbia muestra de los quelonios» que había puesto boca arriba sobre la arena; pero, dos horas más tarde, Nab y él estaban de regreso con la carreta en el lugar donde la habían dejado. La «soberbia muestra de los quelonios» ya no estaba.

Nab y Harbert se miraron y luego miraron a su alrededor. Era justo allí donde habían dejado a la tortuga. El joven incluso reconoció las piedras que había utilizado para calzarla y, por lo tanto, estaba seguro de que no se equivocaba.

—¡Vaya! —dijo Nab—. Así que esos animales son capaces de ponerse boca arriba...

—Eso parece —contestó Harbert, que no entendía nada y miraba las piedras esparcidas por la arena.

—Pues a Pencroff no va a hacerle ninguna gracia.

«Y seguramente al señor Smith le va a resultar difícil explicar esta desaparición», pensó Harbert.

—Bueno —dijo Nab, que quería disimular su contrariedad—, no se lo contaremos a nadie.

—Al contrario, Nab, tenemos que contarle —repuso Harbert.

Y los dos, tras coger la carreta, que habían llevado en balde,

regresaron a Granite-house.

Cuando llegaron donde el ingeniero y el marino estaban trabajando, Harbert contó lo que había pasado.

—¿Cómo habéis podido ser tan torpes? ¡Mira que haber dejado escapar cincuenta platos de sopa como mínimo! —exclamó el marino.

—¡Pero, Pencroff, nosotros no hemos tenido la culpa de que el animal haya escapado! —replicó Nab—. ¡Ya te he dicho que le habíamos dado la vuelta!

—¡Entonces es que no se la habíais dado lo suficiente! —repuso cómicamente el testarudo Pencroff.

—¿Cómo que no? —protestó Harbert.

Y contó que había tomado la precaución de calzar la tortuga con unas piedras.

—¡En ese caso, es un milagro! —replicó Pencroff.

—Yo creía, señor Cyrus —dijo Harbert—, que las tortugas, una vez colocadas boca arriba, no podían darse la vuelta ellas solas, sobre todo cuando son de gran tamaño.

—Así es, hijo —respondió Cyrus Smith.

—Entonces, ¿cómo es que...?

—¿A qué distancia del mar habíais dejado a esa tortuga? —preguntó el ingeniero, que había interrumpido su trabajo y reflexionaba sobre el incidente.

—A unos quince pies como mucho —respondió Harbert.

—¿Y la marea estaba baja en ese momento?

—Sí, señor Cyrus.

—Pues entonces —dijo el ingeniero—, lo que la tortuga no podía hacer sobre la arena, es posible que lo haya hecho dentro el agua. Se habrá dado la vuelta cuando el mar la ha cubierto y se ha alejado tranquilamente.

—¡Vaya par de torpes! —exclamó Nab.

—¡Justo eso es lo que yo tenía el honor de deciros! —dijo Pencroff.

Cyrus Smith había dado esta explicación, que era sin duda admisible. Pero ¿estaba totalmente convencido de que era correcta? No nos atreveríamos a asegurarlo.

II

*Primera prueba de la piragua – Un pecio en la costa – El
remolque – La punta del Pecio – Inventario de la caja:
herramientas, armas, instrumentos, ropa, libros y utensilios – Lo
que Pencroff echa en falta – El Evangelio – Un versículo del libro
sagrado*

El 29 de octubre, la canoa de corteza estaba totalmente acabada. Pencroff había cumplido su promesa y en cinco días había construido una especie de piragua utilizando varitas flexibles de crejimba. Un banco en la popa, un segundo banco en el centro para mantener la separación, un tercer banco en la proa, una borda para apoyar los escálamos que sujetan los remos y una espadilla para gobernar completaban esta embarcación, de doce pies de largo y menos de doscientas libras de peso. En cuanto a la botadura, fue sencillísima. La ligera piragua fue transportada hasta la orilla del mar, frente a Granite-house, y al subir la marea, comenzó a flotar. Pencroff, que subió inmediatamente a bordo, maniobró con la espadilla y comprobó que era muy apropiada para el uso que querían hacer de ella.

—¡Hurra! —exclamó el marino, sin privarse de celebrar así su propio triunfo—. Con esto podríamos dar la vuelta...

—¿Al mundo? —preguntó Gedeon Spilett.

—No, a la isla. Unas piedras como lastre, un mástil en la proa y un trozo de vela que el señor Smith nos fabricará algún día, y llegaremos lejos. Bueno, señor Cyrus, y usted, señor Spilett, y tú, Harbert, y tú, Nab, ¿es qué no va a venir nadie a probar el barco? ¡Qué demonios! ¡Hay que ver si puede llevarnos a los cinco!

En efecto, había que verlo. Pencroff, accionando la espadilla, acercó la embarcación a la playa por un estrecho paso entre las

rocas, y quedó acordado que ese mismo día probarían la piragua siguiendo la orilla hasta la primera punta donde terminaban las rocas del sur.

En el momento de embarcar, Nab dijo, alarmado:

—¡Pero, Pencroff, tu barco hace agua a montones!

—No pasa nada, Nab —contestó el marino—. La madera tiene que dilatarse. Dentro de dos días, en nuestra piragua habrá menos agua que en el estómago de un borracho. ¡Vamos, todo el mundo a bordo!

Embarcaron y Pencroff se hizo mar adentro. El tiempo era magnífico, el mar estaba en calma, como si sus aguas estuvieran entre las estrechas orillas de un lago, y la piragua podía afrontarlo con la misma seguridad que si remontara el tranquilo curso del río de la Misericordia.

Nab cogió uno de los remos y Harbert el otro, mientras que Pencroff permaneció en la popa de la embarcación a fin de guiarla con la espadilla.

El marino atravesó el canal y bordeó la punta meridional del islote. Soplabla una ligera brisa del sur. No había olas, ni en el canal ni en alta mar. Algunas ondulaciones que la piragua apenas notaba, pues iba muy cargada, elevaban regularmente la superficie del mar. Se alejaron alrededor de media milla de la costa a fin de poder ver de abajo arriba el monte Franklin.

Luego, Pencroff viró de bordo para regresar hacia la desembocadura del río. La piragua siguió entonces la orilla, que formaba una curva hasta la punta y ocultaba toda la llanura pantanosa de las Tadornas.

Esa punta estaba aproximadamente a tres millas del río de la Misericordia, distancia que se veía incrementada por la curvatura de la costa. Los colonos decidieron llegar hasta el final y sobrepasarla solo lo estrictamente necesario para echar un rápido vistazo a la costa hasta el cabo de la Zarpa.

La canoa siguió, pues, el litoral a una distancia de dos cables como máximo, evitando los escollos que sembraban aquella zona y que la marea ascendente empezaba a cubrir. La altura de la muralla iba disminuyendo desde la desembocadura del río hasta la punta. Era un amontonamiento de rocas de granito, caprichosamente distribuidas, muy diferentes de la cortina que formaba la meseta de

Vistagrande y con un aspecto extremadamente salvaje. Parecía que hubieran vaciado un enorme volquete de rocas. En ese saliente puntiagudo que se extendía a lo largo de dos millas desde el bosque no crecía absolutamente nada; la punta recordaba el brazo de un gigante saliendo de una manga de vegetación.

La canoa, impulsada por los dos remos, avanzaba sin dificultad. Gedeon Spilett, con el lápiz en una mano y el cuaderno en la otra, dibujaba a grandes rasgos la costa. Nab, Pencroff y Harbert examinaban charlando esa parte de sus dominios nueva para ellos. A medida que la piragua descendía hacia el sur, los dos cabos Mandíbula parecían desplazarse y cerrar más la bahía de la Unión.

En cuanto a Cyrus Smith, no decía nada, miraba; y por la desconfianza que expresaba su mirada, seguía pareciendo que observaba una tierra extraña.

Sin embargo, después de tres cuartos de hora de navegación, cuando la piragua casi había llegado al extremo de la punta y Pencroff se preparaba para doblarla, Harbert se levantó y, señalando una mancha negra, dijo:

—¿Qué es lo que se ve allí, en la playa?

Todas las miradas se dirigieron hacia el punto indicado.

—Sí, hay algo —dijo el reportero—. Parece un pecio medio hundido en la arena.

—¡Ah! —exclamó Pencroff—. ¡Ya sé lo que es!

—¿Qué? —preguntó Nab.

—¡Son barriles! ¡Barriles que pueden estar llenos! —respondió el marino.

—¡Acerquémonos a la orilla, Pencroff! —dijo Cyrus Smith.

Bastaron unos golpes de remo para que la piragua llegara a una pequeña ensenada donde los pasajeros desembarcaron.

Pencroff no se había equivocado. Allí había dos barriles medio hundidos en la arena, pero todavía firmemente atados a una caja ancha que, sostenida por ellos, había flotado hasta acabar encallando en la playa.

—Entonces, ¿ha habido un naufragio en las proximidades de la isla? —preguntó Harbert.

—Es evidente —respondió Gedeon Spilett.

—Pero ¿qué puede haber dentro de esa caja? ¿Qué puede haber? —dijo Pencroff, con una impaciencia muy natural—. Está cerrada y

no tenemos nada para forzar la tapa. ¡Ah, ya sé, la romperemos a pedradas!

El marino, levantando una pesada piedra, se disponía a romper una de las paredes de la caja cuando el ingeniero lo detuvo.

—Pencroff —dijo—, ¿puede moderar su impaciencia durante tan solo una hora?

—¡Pero, señor Cyrus, piense que quizá ahí dentro encontremos todo lo que nos hace falta!

—Ya lo veremos, Pencroff —contestó el ingeniero—, pero no rompa la caja. Puede sernos útil. Transportémosla a Granite-house; allí nos resultará más fácil abrirla, y sin romperla. Está preparada para viajar y, puesto que ha flotado hasta aquí, seguirá flotando hasta la desembocadura del río.

—Tiene razón, señor Cyrus —dijo el marino—. Lo que iba a hacer era una tontería, pero uno no siempre es capaz de controlarse.

La propuesta del ingeniero era sensata. En la piragua no habrían cabido los objetos que probablemente contenía la caja, que debía de pesar mucho, puesto que había sido preciso «aliviarla» mediante dos barriles vacíos. Por lo tanto, era preferible remolcarla hasta Granite-house.

Pero lo más importante era averiguar la procedencia de ese pecio. Cyrus Smith y sus compañeros miraron atentamente a su alrededor y recorrieron la orilla por espacio de unos cientos de pasos. No encontraron ningún otro resto. Examinaron también el mar. Harbert y Nab subieron a una roca elevada, pero el horizonte estaba desierto. Nada a la vista, ni un navío desarbolado ni un barco con las velas desplegadas.

Sin embargo, había habido un naufragio, eso era indudable. ¿Estaba ese incidente relacionado con el incidente del perdigón? ¿Habían llegado unos naufragos a otro punto de la isla? ¿Estaban todavía allí? En cualquier caso, una conclusión natural que sacaron los colonos fue que esos naufragos no podían ser piratas malayos, pues el pecio procedía a todas luces de América o de Europa.

Todos volvieron junto a la caja, que medía cinco pies de largo por tres de ancho. Era de madera de roble, y estaba cuidadosamente cerrada y cubierta con una gruesa piel sujeta con clavos de cobre. Las dos grandes barricas, herméticamente cerradas pero, por el

ruido que hacían al golpearlas, vacías, estaban unidas a la caja mediante fuertes cuerdas, atadas con nudos que Pencroff reconoció fácilmente como «nudos marineros». La caja parecía hallarse en perfecto estado de conservación, lo que se explicaba por el hecho de haber encallado en una playa de arena y no en unos arrecifes. Incluso se podía afirmar, examinándola atentamente, que su estancia en el mar no había sido larga, así como que su llegada a aquella costa era reciente. El agua no parecía haber penetrado en su interior y los objetos que contenía debían de estar intactos.

Era evidente que esa caja había sido echada por la borda de un barco desmantelado, empujado hacia la isla, y que unos pasajeros habían tomado la precaución de aligerarla mediante un aparato flotante con la esperanza de que llegara a la costa, donde la recuperarían más tarde.

—Vamos a remolcar este pecio hasta Granite-house —dijo el ingeniero— y haremos el inventario de su contenido. Si más adelante encontramos en la isla a algunos supervivientes de ese presunto naufragio, la devolveremos a sus propietarios; si no encontramos a nadie...

—¡Nos la quedaremos! —dijo Pencroff—. Pero, por Dios, ¿qué puede haber ahí adentro?

La marea empezaba ya a cubrir el pecio, que, evidentemente, debía flotar. Una de las cuerdas que sujetaban los barriles fue desenrollada y sirvió de amarra para atar el aparato flotante a la canoa. Luego, Pencroff y Nab cavaron en la arena con los remos a fin de facilitar el desplazamiento de la caja y muy pronto la embarcación, remolcando la caja, empezó a doblar la punta, a la que pusieron el nombre de punta del Pecio [Flotsam-point]. El remolque era pesado y los barriles a duras penas podían sostener la caja fuera del agua. El marino temía que en cualquier momento se soltara y se hundiera. Pero, afortunadamente, sus temores no se hicieron realidad y una hora y media después de su partida —había hecho falta todo ese tiempo para recoger esa distancia de tres millas — la piragua llegaba ante Granite-house.

Tiraron entonces de canoa y pecio hasta sacarlos a la arena y, como el mar ya se retiraba, enseguida dejaron de estar en remojo. Nab había ido a buscar herramientas para abrir la caja de modo que sufriera el menor deterioro posible y hacer inventario de su

contenido. Pencroff no intentó disimular su profunda emoción.

El marino empezó por desatar los dos barriles, que, como se hallaban en muy buen estado, ni que decir tiene que podrían ser utilizados. A continuación forzaron las cerraduras con una pinza e inmediatamente la tapa se abrió.

En el interior de la caja apareció otra envoltura de cinc. Estaba claro que había sido preparada para que los objetos que contenía permanecieran protegidos de la humedad en toda circunstancia.

—¿Serán conservas lo que hay ahí adentro? —dijo Nab.

—Espero que no —respondió el reportero.

—Si hubiera... —dijo el marino a media voz.

—¿Qué? —le preguntó Nab, que lo había oído.

—Nada.

Cortaron la chapa de cinc de arriba abajo, levantaron las dos partes separándolas hacia los lados y, poco a poco, fueron sacando y depositando sobre la arena numerosos objetos de muy distinta naturaleza. Cada vez que sacaban uno, Pencroff profería nuevos hurras, Harbert daba palmadas y Nab bailaba... como un negro. Había libros para volver loco de contento a Harbert y utensilios de cocina que Nab habría cubierto de besos.

Por lo demás, los colonos tenían motivos para sentirse enormemente satisfechos, pues aquella caja contenía herramientas, armas, instrumentos, ropa y libros. Esta es la nomenclatura exacta, tal como fue anotada en el cuaderno de Gedeon Spilett:

Herramientas:

- 3 navajas de varias hojas
- 2 hachas de leñador
- 2 hachas de carpintero
- 3 cepillos de carpintero
- 2 azuelas
- 1 azuela de dos filos
- 6 cortafríos
- 2 limas
- 3 martillos
- 3 barrenas
- 3 taladros
- 10 bolsas de clavos y tornillos

3 sierras de diferentes tamaños

2 cajas de agujas

Armas:

2 fusiles de chispa

2 escopetas de pistón

2 carabinas de fuego central

5 machetes

4 sables de abordaje

2 barriles de pólvora de veinticinco libras de capacidad cada uno

12 cajas de cebos

Instrumentos:

1 sextante

1 gemelos

1 catalejo

1 estuche de compases

1 brújula de bolsillo

1 termómetro Fahrenheit

1 barómetro aneroide

1 estuche con un equipo fotográfico completo: objetivo, placas, productos químicos, etcétera.

Ropa:

2 docenas de camisas de un tejido que parecía lana, pero cuyo origen era manifiestamente vegetal

3 docenas de medias del mismo tejido

Utensilios:

1 hervidor de hierro

6 cazuelas de cobre estañado

3 platos de hierro

10 cubiertos de aluminio

2 ollas

1 hornillo portátil

6 cuchillos de mesa

Libros:

1 Biblia con el Antiguo y el Nuevo Testamento
1 atlas
1 diccionario de las diversas lenguas polinesias
1 diccionario de ciencias naturales en seis volúmenes
3 resmas de papel blanco
2 libros en blanco

—Hay que reconocer —dijo el reportero una vez que el inventario estuvo acabado— que el propietario de esta caja era un hombre práctico. Herramientas, armas, instrumentos, ropa, utensilios y libros, ¡no falta nada! Cualquiera diría que esperaba naufragar y se había preparado de antemano.

—No falta nada, en efecto —murmuró Cyrus Smith con aire pensativo.

—Y a buen seguro —añadió Harbert— que el barco que llevaba esta caja y a su propietario no era de piratas malayos.

—A no ser —dijo Pencroff— que dicho propietario hubiera sido hecho prisionero por unos piratas...

—Eso no es plausible —repuso el reportero—. Es más probable que un barco americano o europeo haya sido arrastrado hasta estos parajes y que unos pasajeros, en su deseo de salvar al menos lo más necesario, hayan preparado esta caja y la hayan arrojado al mar.

—¿Es usted de la misma opinión, señor Cyrus? —preguntó Harbert.

—Sí, hijo —respondió el ingeniero—, creo que eso es lo que ha podido suceder. Es posible que en el momento de naufragar, o en previsión de que se produjera un naufragio, metieran en esta caja diversos objetos de utilidad para esa situación, a fin de recuperarlos en algún punto de la costa.

—¿Incluso el estuche de fotografía? —señaló el marino con expresión de incredulidad.

—En cuanto a ese aparato —respondió Cyrus Smith—, no comprendo muy bien su utilidad. Más nos hubiera valido, a nosotros y a cualesquiera otros náufragos, un surtido de prendas de vestir más completo o una cantidad de municiones mayor.

—Pero ¿no hay en esos instrumentos, en esas herramientas, en esos libros, ninguna marca, ninguna dirección que pueda indicarnos su procedencia? —preguntó Gedeon Spilett.

Había que comprobarlo. Así pues, todos los objetos fueron examinados atentamente, sobre todo los libros, los instrumentos y las armas. Ni las armas ni los instrumentos, contrariamente a lo habitual, llevaban la marca del fabricante; estaban, además, en perfecto estado y no parecían haber sido utilizados. Con las herramientas y los utensilios sucedía lo mismo; todo estaba nuevo, lo que demostraba, en resumidas cuentas, que no habían cogido esos objetos al azar para meterlos en la caja, sino que, por el contrario, su elección había sido meditada, y su clasificación, hecha con cuidado. Eso era también lo que indicaba la segunda envoltura de metal que los había preservado de la humedad y que no habría podido ser soldada en un momento de premura.

En cuanto a los diccionarios de ciencias naturales y de lenguas polinesias, los dos eran ingleses, pero no figuraba el nombre de ningún editor ni ninguna fecha de publicación.

Lo mismo podía decirse de la Biblia, impresa en inglés, en cuarto, notable desde el punto de vista tipográfico y que parecía haber sido consultada con frecuencia.

En lo que se refiere al atlas, era una obra magnífica que recogía mapas de todo el mundo y varios planisferios trazados según la proyección de Mercator. Los nombres estaban en francés, pero tampoco figuraba ni la fecha de publicación ni el nombre del editor.

No había, pues, en aquellos objetos ningún indicio que pudiera indicar su procedencia, y nada, por consiguiente, de naturaleza que hiciera sospechar la nacionalidad de la nave que debía de haber pasado recientemente por aquellos parajes. Pero, viniera de donde viniera, esa caja hacía ricos a los colonos de la isla Lincoln. Hasta entonces, lo habían hecho todos ellos mismos transformando lo que les ofrecía la naturaleza y, gracias a su inteligencia, habían salido adelante. Pero ¿no parecía que la Providencia quisiera recompensarlos enviándoles esos productos de la industria humana? Su agradecimiento se elevó, pues, unánimemente hacia el cielo.

Aun así, uno de ellos no estaba satisfecho del todo. Era Pencroff. Al parecer, la caja no contenía una cosa que él apreciaba enormemente. A medida que los objetos eran extraídos de ella, sus hurras disminuían de intensidad, y, una vez terminado el inventario, lo oyeron mascullar estas palabras:

—Todo esto está muy bien, pero al final no hay nada para mí en

esta caja.

El comentario llevó a Nab a preguntarle:

—Pero bueno, amigo Pencroff, ¿se puede saber qué esperabas?

—¡Media libra de tabaco! —respondió con la más absoluta seriedad Pencroff—. Con eso, mi felicidad habría sido completa.

No pudieron evitar reír ante la observación del marino.

El descubrimiento del pecio hacía que fuese más necesario que nunca llevar a cabo una exploración concienzuda de la isla. Así pues, acordaron que al día siguiente, en cuanto amaneciera, se pondrían en marcha remontando el río de la Misericordia a fin de llegar a la costa occidental. Si unos náufragos habían desembarcado en un punto de esa costa, era de temer que estuviesen sin recursos y había que socorrerlos sin tardanza.

Durante aquel día, transportaron los diversos objetos a Granite-house y los dispusieron metódicamente en el salón.

Precisamente ese día —29 de octubre— era domingo, y, antes de acostarse, Harbert le preguntó al ingeniero si le importaría leer un pasaje de la Biblia.

—Con mucho gusto —respondió Cyrus Smith.

Cogió el libro sagrado, pero, cuando se disponía a abrirlo, Pencroff lo detuvo y dijo:

—Señor Cyrus, soy supersticioso. Abra la Biblia al azar y léanos el primer versículo que aparezca ante sus ojos. Veremos si puede aplicarse a nuestra situación.

Cyrus Smith sonrió y, plegándose a los deseos del marino, abrió las Sagradas Escrituras justo por un lugar donde un registro separaba las páginas.

Inmediatamente, su mirada fue atraída por una cruz roja, trazada con lápiz delante del versículo 8 del capítulo VII del Evangelio de san Mateo.

Y leyó ese versículo que rezaba así:

«Porque quien pide recibe, y quien busca halla.»

III

La partida – La marea ascendente – Olmos y almeces – Plantas diversas – El jacamar – Aspecto del bosque – Los eucaliptos gigantes – Por qué se les llama «árboles de la fiebre» – Bandas de monos – La cascada – Campamento nocturno

Al día siguiente, 30 de octubre, todo estaba dispuesto para la exploración planeada, que los últimos acontecimientos hacían más urgente. Las cosas habían dado un giro que llevaba a los colonos de la isla Lincoln a pensar que quizá ya no necesitaban pedir ayuda, sino que más bien debían prestarla.

Acordaron, pues, que remontarían el río de la Misericordia hasta donde fuera practicable. De ese modo, los exploradores harían gran parte del camino sin cansarse y transportarían provisiones y armas hasta un punto avanzado del oeste de la isla.

Habían tenido que pensar no solo en los objetos que iban a llevar, sino también en los que tal vez el azar permitiera traer a Granite-house. Si había habido un naufragio en la costa, como todo hacía presumir, no faltarían restos y constituirían un buen botín. En previsión de esta circunstancia, sin duda habría sido más conveniente llevar la carreta que la frágil piragua; pero la carreta, tosca y pesada, había que arrastrarla, lo que dificultaba su uso, y lo que llevó a Pencroff a lamentar que la caja no contuviera también, además de «su media libra de tabaco», un par de vigorosos caballos de Nueva Jersey, que habrían sido muy útiles para la colonia.

Las provisiones, ya embarcadas por Nab, se componían de conservas de carne y unos galones de cerveza y de licor fermentado, es decir, lo suficiente para alimentarse tres días, el tiempo máximo que Cyrus Smith asignaba a la exploración. De todas formas, contaban con reaprovisionarse por el camino en caso de necesidad,

por lo que Nab se cuidó mucho de olvidar el hornillo portátil.

En materia de herramientas, los colonos cogieron las dos hachas de leñador, que les servirían para abrirse camino por el denso bosque, y en materia de instrumentos, el catalejo y la brújula de bolsillo.

De las armas disponibles, eligieron los dos fusiles de chispa, más útiles en la isla que las escopetas de pistón, puesto que los primeros funcionaban con sílex, fácil de reemplazar, mientras que las segundas exigían cebos y un uso frecuente de ellos haría que se agotasen enseguida. No obstante, cogieron también una de las carabinas y algunos cartuchos. En cuanto a la pólvora, hubo que llevar cierta cantidad de las aproximadamente cincuenta libras que contenían los barriles, pero el ingeniero pensaba fabricar una sustancia explosiva que permitiría gastar la menos posible. A las armas de fuego, añadieron los cinco machetes convenientemente enfundados en cuero. En estas condiciones, los colonos podían adentrarse en aquel vasto bosque con alguna posibilidad de salir con bien de la aventura.

Huelga decir que Pencroff, Harbert y Nab, armados así, veían sus deseos colmados, aunque Cyrus Smith les había hecho prometer que no dispararían un solo tiro sin necesidad.

A las seis de la mañana, empujaron la piragua hasta el mar. Todos, incluido Top, embarcaron y se dirigieron hacia la desembocadura del río de la Misericordia.

La marea había empezado a subir hacía solo media hora. Todavía quedaban, por lo tanto, unas horas de flujo que convenía aprovechar, porque más tarde el refluo haría difícil remontar el río. La corriente era fuerte, pues habría luna llena tres días después, y bastaba mantener la piragua en el agua para que avanzara rápidamente entre las dos altas orillas, sin necesidad de incrementar la velocidad con ayuda de los remos.

En unos minutos, los exploradores habían llegado al recodo que formaba el río de la Misericordia, justo al ángulo donde, siete meses antes, Pencroff había hecho su primera armadía.

Después de ese ángulo bastante agudo, el río, formando una curva, se desviaba hacia el sudoeste y su curso corría bajo la sombra de grandes coníferas permanentemente verdes.

Las orillas del río de la Misericordia presentaban un aspecto

magnífico. Cyrus Smith y sus compañeros no podían sino admirar sin reservas esos bellos efectos que la naturaleza consigue tan fácilmente con agua y árboles. A medida que avanzaban, las especies forestales cambiaban. En la orilla derecha del río se escalonaban magníficos ejemplares de la familia de las ulmáceas, esos preciosos olmos, tan apreciados por los constructores, que poseen la propiedad de conservarse mucho tiempo en el agua. Seguían numerosos grupos de árboles pertenecientes a la misma familia, entre otros, almeces, cuyo fruto produce un aceite muy útil. Más adelante, Harbert observó algunas lardizabaláceas, cuyas flexibles ramas, maceradas en agua, proporcionan excelentes cuerdas, y dos o tres troncos de ebenáceas, de un bonito color negro caprichosamente vetado.

De cuando en cuando, en determinados lugares donde era fácil desembarcar, detenían la canoa. Gedeon Spilett, Harbert y Pencroff, fusil en mano y precedidos de Top, batían la orilla. Sin contar la caza, podían encontrar alguna planta útil que no había que desdeñar, y el joven naturalista fue servido a la medida de sus deseos, pues descubrió una suerte de espinacas silvestres de la familia de las quenopodiáceas y numerosas crucíferas, pertenecientes al género de la col, que sin duda resultaría fácil «domesticar» mediante trasplante; eran berros, rábanos blancos, nabas y, por último, pequeños tallos ramosos, ligeramente velludos y de un metro de alto, que producían unas semillas de color pardo.

—¿Sabes qué planta es esa? —preguntó Harbert al marino.

—¡Es tabaco! —exclamó Pencroff, que, evidentemente, jamás había visto su planta predilecta salvo en la cazoleta de la pipa.

—No, Pencroff —dijo Harbert—, no es tabaco, es mostaza.

—Ah, ¿es mostaza? Bueno, pero si por casualidad ves una planta de tabaco, no la desdeñes, muchacho.

—Seguro que un día u otro encontraremos —dijo Gedeon Spilett.

—¡Sí! —dijo Pencroff—. ¡Y ese día no se me ocurre qué podrá faltar en nuestra isla!

Después de haber arrancado con cuidado aquellas plantas, las llevaron a la piragua, de donde Cyrus Smith, absorto en sus reflexiones, no se había movido.

El reportero, Harbert y Pencroff hicieron varios desembarcos

similares, unas veces en la orilla derecha del río de la Misericordia y otras en la izquierda. La segunda era menos abrupta, mientras que la primera era más boscosa. El ingeniero pudo comprobar, consultando la brújula de bolsillo, que la dirección que seguía el río desde el primer recodo era del sudoeste al nordeste y que avanzaba casi en línea recta a lo largo de unas tres millas. Pero cabía suponer que esa dirección cambiara más adelante y que el río de la Misericordia subiera hacia el noroeste, hacia los contrafuertes del monte Franklin, cuyas aguas debían de alimentarlo.

Durante una de esas incursiones, Gedeon Spilett logró atrapar dos parejas de gallináceas vivas. Eran unas volátiles de pico largo y fino, cuello alargado, alas cortas y, a simple vista, sin cola. Harbert las llamó, acertadamente, tinamúes, y decidieron que serían los primeros huéspedes del futuro corral.

Hasta entonces, los fusiles habían permanecido silenciosos; la primera detonación que resonó en el bosque del Far-West fue provocada por la aparición de una hermosa ave que anatómicamente se asemejaba al martín pescador.

—¡Lo reconozco! —exclamó Pencroff, y podría decirse que disparó casi sin querer.

—¿Qué es lo que reconoce? —preguntó el reportero.

—A ese pájaro que se nos escapó durante nuestra primera excursión y con cuyo nombre bautizamos esta parte del bosque.

—¡El jacamar! —exclamó Harbert.

Era, en efecto, un jacamar, hermosa ave cuyo plumaje bastante duro presenta un brillo metálico. Unos perdigones lo habían abatido y Top lo llevó a la canoa, como también llevó una docena de turacos, especie de trepadores del tamaño de una paloma, de plumaje verde, con parte de las alas de color carmesí y un moño erguido con un ribete blanco. Al joven correspondió el honor de disparar contra estas piezas, y se mostró bastante orgulloso de hacerlo. Los loris eran mejores piezas de caza que el jacamar, cuya carne es un poco dura, pero les habría resultado difícil convencer a Pencroff de que no había matado al rey de las aves comestibles.

Eran las diez de la mañana cuando la piragua llegó al segundo recodo del río de la Misericordia, a unas cinco millas de su desembocadura. Hicieron allí un alto para almorzar y permanecieron media hora a la sombra de grandes y bonitos

árboles.

El río seguía midiendo entre sesenta y setenta pies de ancho y su lecho tenía de cinco a diez pies de profundidad. El ingeniero había observado que numerosos afluentes engrosaban su curso, pero eran riachuelos no navegables. En cuanto al bosque, tanto el llamado Jacamar como el llamado Far-West, se extendía hasta el infinito. En ninguna parte, ni en los altos oquedales ni entre los árboles de las orillas del río de la Misericordia, se veían indicios de la presencia del hombre. Los exploradores no encontraron ninguna huella sospechosa, y era evidente que el hacha del leñador jamás había golpeado aquellos árboles, que el cuchillo del pionero jamás había cortado aquellos bejucos tendidos de un tronco a otro, en medio de la intrincada maleza y de las altas hierbas. Si unos náufragos habían llegado a la isla, todavía estaban en el litoral. No era entre aquella densa vegetación donde había que buscar a los supervivientes del presunto naufragio.

El ingeniero manifestaba, pues, cierta prisa en llegar a la costa occidental de la isla Lincoln, situada, según sus cálculos, a una distancia de al menos cinco millas. Reanudaron la navegación y, aunque el río de la Misericordia, a juzgar por su dirección en ese tramo, no pareciera correr hacia el litoral sino más bien hacia el monte Franklin, decidieron que utilizarían la piragua mientras esta encontrara suficiente agua bajo la quilla para flotar. De ese modo, además de ahorrarse muchos esfuerzos, ganaban tiempo, mientras que otra opción les habría exigido abrirse paso con el machete a través de la densa maleza.

Sin embargo, muy pronto el flujo cesó por completo, bien porque hubiera empezado a bajar la marea —y, efectivamente, a esa hora debía de estar bajando—, o bien porque a esa distancia de la desembocadura del río de la Misericordia no se notaran sus efectos. Así pues, tuvieron que recurrir a los remos. Nab y Harbert se sentaron en el banco, Pencroff, junto a la espadilla, y continuaron remontando el río.

Parecía que el bosque tendía a ser menos denso por la parte del Far-West. Los árboles no estaban tan apiñados y a veces incluso aparecían aislados. Pero, precisamente por estar más espaciados, aprovechaban mejor el aire libre y puro que circulaba a su alrededor, y eran magníficos.

¡Qué espléndidos ejemplares de la flora de esa latitud! Su presencia sin duda habría sido suficiente para que un botánico reconociera sin vacilar el paralelo que atravesaba la isla Lincoln.

—¡Eucaliptos! —había exclamado Harbert.

Eran, en efecto, esos soberbios vegetales, los últimos gigantes de la zona extratropical, los congéneres de los eucaliptos de Australia y de Nueva Zelanda, ambas situadas en la misma latitud que la isla Lincoln. Algunos se elevaban hasta una altura de doscientos pies. Su tronco medía veinte pies de perímetro en la base, y su corteza, surcada de regueros de una resina aromática, alcanzaba hasta cinco pulgadas de grosor. Imposible imaginar nada más maravilloso, y a la vez más singular, que esos enormes ejemplares de la familia de las mirtáceas, cuyo follaje se presentaba de perfil a la luz y dejaba llegar hasta el suelo los rayos del sol.

Al pie de los eucaliptos, el suelo estaba alfombrado de hierba fresca, desde la cual se elevaban bandadas de pajarillos que los haces luminosos hacían resplandecer como rubíes alados.

—¡Eso sí que son árboles! —dijo Nab—. Pero ¿sirven para algo?

—¡Buf! —contestó Pencroff—. Con los vegetales gigantes debe de pasar lo mismo que con los gigantes humanos. Solo sirven para exhibirlos en las ferias.

—Creo que se equivoca, Pencroff —intervino Gedeon Spilett—, porque tengo entendido que la madera de eucalipto se está empezando a emplear con muy buenos resultados en trabajos de ebanistería.

—Y yo añadiría —dijo el muchacho— que estos eucaliptos pertenecen a una familia que incluye a muchos miembros útiles: el guayabo, que da guayabas; el clavero, que proporciona los clavos; el granado, que da granadas; la *Eugenia cauliflora*, cuyos frutos sirven para elaborar un vino aceptable; el *Myrtus ugni*, del que se obtiene un excelente licor; el *Myrtus caryophyllus*, en cuya corteza se forma una canela apreciada; la *Eugenia pimenta*, de donde procede la pimienta de Jamaica; el mirto común, cuyas bayas pueden sustituir la pimienta; el *Eucalyptus robusta*, que produce una especie de néctar excelente; el *Eucalyptus gunnii*, cuya savia se transforma en cerveza por fermentación, y, para acabar, todos esos árboles conocidos con el nombre de «árboles de vida» o «madera de hierro» que pertenecen a la familia de las mirtáceas, en la que figuran

cuarenta y seis géneros y mil trescientas especies.

Nadie interrumpía al joven, que recitaba con mucho entusiasmo su lección de botánica. Cyrus Smith lo escuchaba sonriendo, y Pencroff, con un sentimiento de orgullo inconmensurable.

—Muy bien, Harbert —dijo este último—, pero yo me atrevería a jurar que todos esos árboles útiles que acabas de citar no son gigantes como este.

—En efecto, Pencroff.

—Eso confirma, entonces, lo que yo he dicho —repuso el marino—, o sea, que los gigantes no sirven para nada.

—Se equivoca, Pencroff —dijo el ingeniero—. Precisamente estos gigantescos eucaliptos que nos protegen son útiles para una cosa.

—¿Para qué?

—Para sanear la zona donde viven. ¿Sabe cómo los llaman en Australia y Nueva Zelanda?

—No, señor Cyrus.

—Los llaman «árboles de la fiebre».

—¿Porque la producen?

—¡No, porque evitan tenerla!

—Estupendo. Voy a anotar eso —dijo el reportero.

—Anótelo, querido Spilett, porque al parecer está demostrado que la presencia de eucaliptos basta para neutralizar los miasmas palúdicos. Se ha probado este método preventivo natural en ciertas regiones de la Europa meridional y del norte de África, cuyo suelo era absolutamente malsano, y se ha visto mejorar poco a poco el estado de salud de sus habitantes. En las regiones donde hay bosques de estas mirtáceas, las fiebres intermitentes desaparecen. Este hecho se encuentra fuera de toda duda, y es una feliz circunstancia para nosotros, los colonos de la isla Lincoln.

—¡Ah, qué isla! ¡Es una bendición! —exclamó Pencroff—. Ya se lo decía yo, no le falta de nada... salvo...

—Todo llega en esta vida, Pencroff, y de eso también encontraremos —contestó el ingeniero—. Pero sigamos navegando y vayamos hasta donde el río pueda llevar a nuestra piragua.

La exploración continuó, pues, durante al menos dos millas por una zona rebosante de eucaliptos, que dominaban todos los bosques de esa parte de la isla. El espacio que cubrían se extendía hasta

perderse de vista a los dos lados del río de la Misericordia, cuyo lecho, bastante sinuoso, se encontraba en ese tramo entre elevadas orillas cubiertas de vegetación, y altas hierbas e incluso rocas agudas que dificultaban bastante la navegación lo obstruían con frecuencia. Eso entorpecía el uso de los remos y Pencroff tuvo que empujar con una pértiga. También notaban que poco a poco disminuía la profundidad y que la canoa, a falta de agua, no tardaría mucho en tener que detenerse. El sol ya declinaba en el horizonte y proyectaba en el suelo las sombras desmesuradas de los árboles. Cyrus Smith, viendo que no iban a poder llegar ese día a la costa occidental de la isla, decidió acampar en el lugar donde, a falta de agua, fuera imposible seguir navegando. Calculaba que debían de estar todavía a cinco o seis millas de la costa, y esa distancia era excesiva para intentar recorrerla durante la noche por aquellos bosques desconocidos.

Por consiguiente, continuaron avanzando sin descanso con la embarcación a través del bosque, que volvía a espesarse y parecía también más habitado, pues al marino le pareció ver, si los ojos no lo engañaban, grupos de monos que corrían entre la vegetación. Incluso alguna que otra vez, dos o tres de esos animales se detuvieron a cierta distancia de la canoa y miraron a los colonos sin manifestar ningún terror, como si vieran hombres por primera vez y no hubieran aprendido todavía a temerlos. Habría sido fácil matar a esos cuadrúmanos a tiros, pero Cyrus Smith se opuso a esa masacre inútil que tentaba un poco al vehemente Pencroff. Además, era lo más prudente, porque esos monos, fuertes y dotados de una agilidad extrema, podían ser temibles y valía más no provocarlos con una agresión absolutamente inoportuna.

Es cierto que el marino consideraba al mono desde el punto de vista puramente alimentario, y, en efecto, esos animales, que son exclusivamente herbívoros, constituyen un bocado excelente; pero, puesto que las provisiones abundaban, no tenía sentido gastar municiones inútilmente.

Hacia las cuatro, la navegación por el río de la Misericordia se hizo muy difícil, pues su curso estaba obstruido por plantas acuáticas y rocas. Las orillas se elevaban cada vez más y el lecho del río ya se abría entre los primeros contrafuertes del monte Franklin. Sus fuentes no podían estar muy lejos, puesto que se alimentaban

de todas las aguas de las laderas meridionales de la montaña.

—Antes de un cuarto de hora nos veremos obligados a detenernos, señor Cyrus —dijo el marino.

—Pues nos detendremos, Pencroff, y montaremos un campamento para pasar la noche.

—¿A qué distancia debemos de estar de Granite-house? —preguntó Harbert.

—A unas siete millas —respondió el ingeniero—, pero teniendo en cuenta los rodeos del río, que nos han llevado al noroeste.

—¿Continuamos avanzando? —preguntó el reportero.

—Mientras podamos, sí —respondió Cyrus Smith—. Mañana, al amanecer, dejaremos la canoa, recorreremos en dos horas, o al menos eso espero, la distancia que nos separa de la costa y tendremos el día casi entero para explorar el litoral.

—¡Adelante! —dijo Pencroff.

Pero la piragua no tardó en tocar el fondo pedregoso del río, cuya anchura no sobrepasaba entonces los veinte pies. La vegetación formaba una tupida bóveda sobre su lecho y lo envolvía en una semioscuridad. Se oía asimismo el ruido bastante acentuado de una cascada, que indicaba la presencia de un embalse natural unos cien pasos aguas arriba.

Efectivamente, pasado el último recodo del río, a través de los árboles apareció una cascada. La canoa tropezó con el fondo del lecho y al cabo de unos instantes estaba amarrada a un tronco, junto a la orilla derecha.

Eran alrededor de las cinco. Los últimos rayos del sol se deslizaban bajo el denso ramaje y tocaban oblicuamente la pequeña cascada, cuyo polvo húmedo resplandecía con los colores del prisma. Más allá, el lecho del río de la Misericordia desaparecía bajo los matorrales, donde se alimentaba en alguna fuente oculta. Los diversos afluentes que se incorporaban a él a lo largo de su recorrido lo convertían, más abajo, en un auténtico río, pero allí era un simple riachuelo límpido y sin profundidad.

Acamparon allí mismo, dado que era un lugar encantador. Los colonos desembarcaron y encendieron una fogata bajo unos gruesos almeces, entre cuyas ramas Cyrus Smith y sus compañeros podían encontrar refugio para pasar la noche en caso de necesidad.

Devoraron enseguida la cena, pues tenían hambre, y no

pensaron en otra cosa más que en dormir. No obstante, como habían oído unos rugidos de naturaleza sospechosa cuando aún era de día, alimentaron el fuego a fin de que los protegiera con sus chisporroteantes llamas durante toda la noche. Nab y Pencroff incluso se turnaron para montar guardia y no escatimaron combustible. Quizá no se equivocaron cuando les pareció ver merodear unas sombras de animales alrededor del campamento, bien entre los arbustos o entre las ramas; pero la noche transcurrió sin incidentes y al día siguiente, 31 de octubre, a las cinco de la mañana, todos estaban en pie, preparados para partir.

IV

*De camino hacia la costa – Unas familias de cuadrúmanos –
Otro curso de agua – Por qué no se nota la subida de la marea –
Un bosque por litoral – El promontorio del Reptil – Gedeon
Spilett suscita la envidia de Harbert – Traca de bambúes*

A las seis de la mañana, los colonos, después de desayunar, se pusieron de nuevo en marcha con la intención de ir por el camino más corto a la costa occidental de la isla. ¿Cuánto tiempo tardarían en llegar? Cyrus Smith había dicho dos horas, pero evidentemente eso dependía de la naturaleza de los obstáculos que se presentaran. Aquella parte del Far-West parecía cubierta de tupidos bosques, como si fuera un inmenso monte bajo compuesto de especies extremadamente variadas. Era probable, pues, que hubiera que abrirse paso a través de hierbas, maleza y bejucos, y caminar machete en mano... y sin duda fusil en mano también, teniendo en cuenta los rugidos de fieras oídos durante la noche.

La posición exacta del campamento había podido ser determinada por la situación del monte Franklin, y puesto que el volcán se alzaba al norte, a una distancia de menos de tres millas, simplemente había que avanzar en línea recta hacia el sudoeste para llegar a la costa occidental.

Se pusieron en marcha después de haber amarrado cuidadosamente la piragua. Pencroff y Nab llevaban provisiones que debían ser suficientes para alimentar a la pequeña comitiva durante al menos dos días. Estaba descartado cazar, y el ingeniero incluso aconsejó a sus compañeros que evitaran hacer un solo disparo, a fin de no delatar su presencia en las proximidades del litoral.

Dieron los primeros machetazos en la maleza, en medio de matas de lentiscos, un poco por encima de la cascada, y Cyrus

Smith, con la brújula en la mano, indicó el camino que debían seguir.

La mayoría de los árboles de aquella parte del bosque pertenecían a especies que ya habían sido identificadas en los alrededores del lago y de la meseta de Vistagrande. Eran deodaras, abetos de Douglas, casuarinas, gomeros, eucaliptos, dragos, hibiscos, cedros y otros, generalmente de tamaño medio, pues su número había influido de manera perjudicial en su desarrollo. Los colonos no pudieron, pues, sino avanzar lentamente por ese sendero que iban abriendo y que, en la mente del ingeniero, debería unirse más adelante con el del arroyo Rojo.

Desde su partida, los colonos estaban descendiendo por las suaves pendientes que constituían el sistema orográfico de la isla, y por un terreno muy seco pero cuya exuberante vegetación permitía presentir, bien la presencia de una red hidrográfica subterránea, o bien el curso cercano de algún riachuelo. Sin embargo, los únicos cursos de agua que Cyrus Smith recordaba haber visto en su excursión al cráter eran el del arroyo Rojo y el del río de la Misericordia.

Durante las primeras horas de marcha, volvieron a ver grupos de monos que parecían demostrar el más vivo asombro ante la aparición de esos hombres, cuyo aspecto era nuevo para ellos. Gedeon Spilett dijo en broma si aquellos ágiles y robustos cuadrúmanos no los considerarían, a sus compañeros y a él, unos hermanos tarados. Y francamente, como simples peatones cuyo avance se veía frenado por la maleza, entorpecido por los bejucos, obstaculizado por los troncos de árboles, no destacaban al lado de aquellos flexibles animales que saltaban de rama en rama y a los que nada detenía en su camino. Los monos eran numerosos, pero, afortunadamente, no manifestaron ninguna hostilidad.

Vieron también algunos jabalíes, agutíes, canguros y otros roedores, así como dos o tres koalas, contra los que Pencroff hubiera disparado gustoso unas cargas de plomo.

—Pero la veda no está abierta —decía—. ¡Así que, amigos míos, saltad, brincad y volad en paz! ¡Ya os diremos un par de cosas a la vuelta!

A las nueve y media de la mañana se encontraron de repente el camino, que los llevaba directamente al sudoeste, cortado por un

curso de agua desconocido, de unos treinta o cuarenta pies de ancho y cuya rápida corriente, provocada por la inclinación del lecho y frenada por numerosas rocas, se precipitaba entre sordos rugidos. Era un arroyo profundo y claro, pero totalmente innavegable.

—¡No podemos seguir avanzando! —exclamó Nab.

—Sí —repuso Harbert—. No es más que un riachuelo y podemos cruzarlo a nado.

—No hace falta —dijo Cyrus Smith—. Es evidente que este arroyo va hacia el mar. Si continuamos siguiendo su orilla izquierda, me extrañaría mucho que no nos llevara en muy poco tiempo a la costa. ¡En marcha!

—Un momento, amigos —dijo el reportero—. ¿Y el nombre de este arroyo? No dejemos nuestra geografía incompleta.

—¡Bien dicho! —aprobó Pencroff.

—Ponle un nombre, hijo —dijo el ingeniero dirigiéndose al muchacho.

—¿No es mejor esperar a que lo hayamos examinado hasta su desembocadura? —sugirió Harbert.

—De acuerdo —respondió Cyrus Smith—. Sigámoslo entonces sin entretenernos.

—Un momento más —dijo Pencroff.

—¿Qué pasa? —preguntó el reportero.

—Aunque esté prohibido cazar, supongo que pescar estará permitido —dijo el marino.

—No podemos perder tiempo —contestó el ingeniero.

—¡Será cosa de cinco minutos! —replicó Pencroff—. Solo le pido cinco minutos en interés de nuestra comida.

Y Pencroff, tumbándose en la orilla, sumergió los brazos en las aguas vivas y no tardó en hacer saltar unas docenas de hermosos cangrejos que pululaban entre las rocas.

—¡Esto estará buenísimo! —exclamó Nab mientras se acercaba al marino para ayudarlo.

—Cuando les digo que, excepto tabaco, en esta isla hay de todo... —murmuró Pencroff suspirando.

En menos de cinco minutos hicieron una pesca milagrosa, pues los cangrejos abundaban en el arroyo. Llenaron un saco de esos crustáceos, que tenían una boca provista de un pequeño diente y

cuyo caparazón presentaba un color azul cobalto, y reanudaron la marcha.

Desde que seguían la orilla de ese nuevo curso de agua, los colonos caminaban con más facilidad y más deprisa. Por lo demás, las riberas estaban limpias de todo rastro humano. De cuando en cuando, descubrían algunas huellas dejadas por animales de gran tamaño que iban habitualmente a beber a ese riachuelo, pero nada más. No era en esa parte del Far-West donde el pecarí había recibido la perdigonada que le había costado a Pencroff una muela.

Sin embargo, observando aquella rápida corriente que se dirigía hacia el mar, Cyrus Smith dio en suponer que sus compañeros y él estaban mucho más lejos de la costa occidental de lo que creían. A esa hora, en efecto, la marea subía en el litoral, y, si la desembocadura del arroyo estuviera a solo unas millas, debería haber frenado y empujado en sentido contrario su curso. Pero ese efecto no se producía, sino que el agua seguía la pendiente natural del lecho. El ingeniero no pudo, pues, sino mostrarse muy sorprendido, y consultó varias veces la brújula para asegurarse de que alguna curva del río no lo desviara hacia el interior del Far-West.

Con todo, el arroyo se ensanchaba poco a poco y sus aguas se volvían menos tumultuosas. Los árboles de la orilla derecha estaban tan apiñados como los de la orilla izquierda y era imposible ver lo que había más allá, pero indudablemente esas masas boscosas estaban desiertas, porque Top no ladraba, y el inteligente animal no habría dejado de señalar la presencia de cualquier extraño en las cercanías del curso de agua.

A las diez y media, para gran sorpresa de Cyrus Smith, Harbert, que se había adelantado, se detuvo súbitamente y gritó:

—¡El mar!

Unos instantes después, los colonos, detenidos al borde del bosque, veían extenderse ante sus ojos el litoral occidental de la isla.

Pero ¡qué contraste entre esta costa y la costa este, a la que el azar los había llevado! Allí, ni rastro de muralla de granito, ni escollos en el mar, ni siquiera una playa de arena. El bosque formaba el litoral, y sus últimos árboles, azotados por las olas, se inclinaban sobre el agua. No era un litoral tal como los hace

habitualmente la naturaleza, bien extendiendo vastas alfombras de arena, o bien agrupando rocas, sino una admirable linde formada por los árboles más bonitos del mundo. La orilla estaba elevada de tal manera que quedaba por encima del nivel de la pleamar y sobre aquel suelo fértil, sostenido por una base de granito, las espléndidas especies forestales parecían estar tan firmemente arraigadas como las que se apiñaban en el interior de la isla.

Los colonos se encontraban en ese momento ante una pequeña cala sin importancia que apenas habría podido dar cabida a dos o tres barcas de pesca y que hacía de gollete del nuevo arroyo; pero sus aguas —disposición curiosa—, en lugar de ir a parar al mar por una desembocadura en pendiente suave, caían desde una altura de más de cuarenta pies, lo que explicaba por qué no se había notado la subida de la marea más arriba. Las mareas del Pacífico, por mucho que subieran, no debían de alcanzar nunca el nivel del río, cuyo lecho formaba una especie de saetín superior, y sin duda pasarían millones de años antes de que las aguas hubiesen roído esa solera de granito y excavado una desembocadura practicable. Así pues, de común acuerdo, pusieron a ese curso de agua el nombre de río de la Cascada [Falls-river].

Al otro lado, hacia el norte, el borde formado por el bosque se prolongaba por espacio de unas dos millas; después, los árboles estaban más espaciados, y más allá se perfilaban unas alturas muy pintorescas siguiendo una línea casi recta que iba de norte a sur. Por el contrario, en toda la parte del litoral comprendida entre el río de la Cascada y el promontorio del Reptil no había más que masas boscosas, árboles magníficos, unos erguidos y otros inclinados, cuyas raíces bañaba la larga ondulación del mar. Y era hacia esa costa, es decir, por toda la península Serpentina, hacia donde había que proseguir la exploración, pues esa parte del litoral ofrecía refugios que la otra, árida y agreste, evidentemente habría negado a unos náufragos, fueran quienes fuesen.

Hacía un día agradable y despejado, y desde lo alto de un acantilado, donde Nab y Pencroff dispusieron la comida, la mirada podía extenderse hacia la lejanía. El horizonte estaba absolutamente nítido y no se divisaba una sola vela en el mar. En todo el litoral, hasta donde la vista podía alcanzar, no había ningún barco, ni siquiera un resto. Pero el ingeniero no se sentiría completamente

seguro a ese respecto hasta que hubiera explorado la costa hasta la mismísima punta de la península Serpentina.

Despacharon la comida rápidamente y a las once y media Cyrus Smith dio la señal de partida. En lugar de recorrer la línea de un acantilado o una playa de arena, los colonos tuvieron que ir por la franja de árboles, que bordeaba el litoral.

La distancia que separaba la desembocadura del río de la Cascada del promontorio del Reptil era de unas doce millas. Por una playa practicable, y sin apresurarse, los colonos habrían podido recorrer esa distancia en cuatro horas; pero tardaron el doble en llegar a su meta, pues la necesidad de rodear árboles, de cortar maleza y de romper bejucos los obligaba a detenerse constantemente y alargaba de manera considerable el camino.

Por lo demás, nada indicaba que se hubiera producido recientemente un naufragio en ese litoral. Es cierto, tal como señaló Gedeon Spilett, que el agua podía haberlo arrastrado todo mar adentro y que, por el hecho de que no encontraran ningún resto, no había que concluir que no hubiera arrojado a un barco a esa parte de la costa de la isla Lincoln.

El razonamiento del reportero era correcto, y además, el incidente del perdigón demostraba de un modo indiscutible que, hacía tres meses como máximo, alguien había disparado una escopeta en la isla.

Ya eran las cinco y el extremo de la península Serpentina todavía se encontraba a dos millas del lugar donde entonces estaban los colonos. Era evidente que, una vez que hubieran llegado al promontorio del Reptil, Cyrus Smith y sus compañeros no tendrían tiempo de regresar antes de la puesta de sol al campamento que habían establecido junto al nacimiento del río de la Misericordia. De ahí la necesidad de pasar la noche en el propio promontorio. Provisiones no les faltaban, por suerte, porque en aquel territorio, que después de todo era el de un litoral, no se veía caza de pelo. En cambio, abundaban las aves: jacamares, curucús, tragopanes, tetraos, loris, papagayos, cacatúas, faisanes, palomas y cientos más. ¡No había un solo árbol que no tuviera un nido, ni un nido donde no hubiera un incesante batir de alas!

Hacia las siete de la tarde, los colonos, muertos de cansancio, llegaron al promontorio del Reptil, una especie de voluta

extrañamente recortada sobre el mar. Allí terminaba el bosque ribereño de la península y el litoral recuperaba, en toda su parte sur, el aspecto habitual de una costa, con sus rocas, sus arrecifes y sus playas. Era, pues, posible que un barco maltrecho se hubiera hundido en esa parte de la isla, pero estaba anocheciendo y tuvieron que dejar la exploración para el día siguiente.

Pencroff y Harbert se pusieron a buscar inmediatamente un sitio apropiado para montar un campamento. Los últimos árboles del bosque del Far-West iban a morir a aquella punta, y entre ellos el joven reconoció unos bambúes.

—¡Caramba! —exclamó—. Esto sí que es un valioso hallazgo.

—¿Valioso? —repuso Pencroff.

—Desde luego —insistió Harbert—. No te diré, Pencroff, que la corteza de bambú, cortada en láminas flexibles, sirve para hacer cestos y canastas; que esa misma corteza, reducida a pasta y macerada, sirve para fabricar papel de china; que los tallos proporcionan, dependiendo de su grosor, bastones, tubos de pipa o conductos para el agua; que los grandes bambúes constituyen un excelente material de construcción, ligero y sólido, que jamás sufre el ataque de los insectos. Tampoco añadiré que, serrando los bambúes entre un nudo y otro, y conservando una porción del tabique transversal que forma el nudo, se obtienen unos recipientes cómodos y resistentes muy usados por los chinos. No, eso no te satisfaría, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero te diré, si lo ignoras, que en la India se comen los bambúes como si fueran espárragos.

—¿Espárragos de treinta pies? —repuso el marino—. ¿Y están buenos?

—Deliciosos —respondió Harbert—. Aunque no son tallos de treinta pies lo que comen, sino jóvenes brotes de bambú.

—Fantástico, muchacho, fantástico —dijo Pencroff.

—Añadiré también que la pulpa de los tallos nuevos, macerada en vinagre, constituye un condimento muy apreciado.

—Miel sobre hojuelas, Harbert.

—Y, por último, que los bambúes exudan entre sus nudos un néctar dulce con el que se puede hacer una bebida deliciosa.

—¿Ya está? —preguntó el marino.

—Ya está.

—¿Y, por casualidad, no se fuma?

—¡Pobre Pencroff! No, no se fuma.

Harbert y el marino no tuvieron que buscar mucho para encontrar un sitio adecuado donde pasar la noche. Las rocas de la orilla —muy divididas, pues debían de ser violentamente golpeadas por el mar bajo la influencia de los vientos del sudoeste— presentaban unas cavidades que les permitirían dormir a resguardo de las inclemencias atmosféricas. Sin embargo, en el momento en que se disponían a penetrar en una de esas cavidades, unos formidables rugidos los detuvieron.

—¡Atrás! —gritó Pencroff—. Solo llevamos perdigones en las escopetas, y a unas fieras que rugen tan fuerte les causarían el mismo efecto que unos granos de sal.

Y el marino, agarrando a Harbert del brazo, lo llevó hasta detrás de unas rocas en el momento en que un magnífico animal aparecía en la entrada de la caverna.

Era un jaguar de un tamaño como mínimo igual que el de sus congéneres de Asia, es decir, que medía más de cinco pies desde la parte más sobresaliente de la cabeza hasta el nacimiento de la cola. Varias hileras de manchas negras regularmente oceladas realzaban su pelaje leonado, que contrastaba con el pelo blanco de su vientre. Harbert reconoció a ese feroz rival del tigre, mucho más temible que el puma, el cual solo es rival del lobo.

El jaguar avanzó y miró a su alrededor con el pelo erizado y los ojos llameantes, como si no fuera la primera vez que percibía la presencia del hombre.

En ese momento, el reportero se acercaba por las rocas altas y Harbert, suponiendo que no había visto al jaguar, se disponía a correr hacia él cuando Gedeon Spilett le hizo una seña con la mano y continuó andando. No era el primer tigre al que se enfrentaba y, tras avanzar hasta situarse a diez pasos del animal, se quedó inmóvil con la carabina apoyada en un hombro, sin que ni uno solo de sus músculos temblara.

El jaguar se encogió sobre sí mismo antes de abalanzarse sobre el cazador, pero en el momento en que saltaba una bala le alcanzó entre los dos ojos y cayó fulminado.

Harbert y Pencroff se precipitaron hacia el jaguar. Nab y Cyrus

Smith acudieron corriendo también y se quedaron unos instantes contemplando al animal tendido en el suelo, cuya magnífica piel decoraría el salón de Granite-house.

—¡Señor Spilett, cuánto lo admiro y lo envidio! —exclamó Harbert, en un acceso de entusiasmo muy natural.

—Bueno, muchacho, tú habrías hecho lo mismo —contestó el reportero.

—¿Yo? ¿Semejante sangre fría? No, no...

—Tú imagina, Harbert, que un jaguar es una liebre y le dispararás con la mayor tranquilidad del mundo.

—Pues claro —dijo Pencroff—. ¡No tiene más misterio!

—Y ahora —dijo Gedeon Spilett—, puesto que ese jaguar ha abandonado su guarida, no se me ocurre, amigos míos, ningún motivo para no ocuparla nosotros durante la noche.

—¡Pero pueden venir otros! —repuso Pencroff.

—Bastará encender una fogata en la entrada de la caverna para que no se atrevan a cruzar el umbral —dijo el reportero.

—Pues entonces, ¡a la casa de los jaguares! —dijo el marino, arrastrando tras de sí el cadáver del animal.

Los colonos se dirigieron hacia la guarida abandonada y allí, mientras Nab desollaba al jaguar, sus compañeros apilaron en la entrada un buen montón de leña seca, que el bosque proporcionaba en abundancia.

Cyrus Smith, que había visto los bambúes, fue a cortar unos cuantos y los mezcló con el combustible de la fogata.

Hecho esto, se instalaron en la cueva, cuyo suelo arenoso estaba sembrado de huesos. Cargaron las armas por si acaso se producía un ataque repentino, cenaron y, llegado el momento de descansar, prendieron fuego a la leña apilada en la entrada de la caverna.

Inmediatamente se oyó una auténtica traca. Eran los bambúes, que, al arder, detonaban como fuegos artificiales. ¡Ese estruendo por sí solo habría sido suficiente para espantar a las fieras más audaces!

Y ese medio de provocar vivas detonaciones no lo había inventado el ingeniero, pues, según Marco Polo, los tártaros lo emplean con éxito desde hace mucho tiempo para alejar de sus campamentos a las temibles fieras del Asia central.

V

Propuesta de volver por el litoral del sur – Configuración de la costa – En busca del supuesto naufragio – Un pecio por los aires – Descubrimiento de un pequeño puerto natural – Medianoche a orillas del río de la Misericordia – Una canoa a la deriva

Cyrus Smith y sus compañeros durmieron como inocentes marmotas en la caverna que tan amablemente había dejado el jaguar a su disposición.

A la salida del sol, todos estaban en la orilla, en el extremo del promontorio, y sus miradas volvieron a dirigirse hacia el horizonte, visible en dos tercios de su circunferencia. Una vez más, el ingeniero pudo constatar que en el mar no se veía ninguna vela, ningún casco de barco, y con el catalejo no descubrió ningún punto sospechoso.

Nada, tampoco, en el litoral, al menos en la parte recta que formaba la costa sur del promontorio a lo largo de tres millas, pues más allá un saliente del terreno tapaba el resto de la costa y ni siquiera desde el final de la península Serpentina se podía ver el cabo de la Zarpa, oculto por altas rocas.

Quedaba por explorar, pues, la ribera meridional de la isla. Ahora bien, ¿intentarían emprender inmediatamente esa exploración y le dedicarían la jornada del 2 de noviembre?

Eso no formaba parte del proyecto original. Cuando dejaron la piragua en el nacimiento del río de la Misericordia, habían acordado que, una vez observada la costa oeste, volverían a buscarla a fin de regresar a Granite-house por el río. Cyrus Smith creía entonces que la ribera occidental podía ofrecer refugio, bien a un barco en apuros o bien a uno que estuviera efectuando un trayecto regular; pero, puesto que en ese litoral no había indicios de

la llegada de nadie, había que buscar en el del sur de la isla lo que no habían encontrado en el del oeste.

Fue Gedeon Smith quien propuso continuar la exploración para que la cuestión del supuesto naufragio quedara completamente resuelta y preguntó a qué distancia podía encontrarse el cabo de la Zarpa de la punta de la península.

—A unas treinta millas, si tenemos en cuenta las sinuosidades de la costa —respondió el ingeniero.

—¡Treinta millas! —exclamó Gedeon Spilett—. Será una dura jornada de marcha. Con todo, creo que debemos volver a Granite-house siguiendo la orilla sur.

—Pero desde el cabo de la Zarpa hasta Granite-house habrá diez millas más como mínimo —señaló Harbert.

—Pongamos que hay cuarenta millas en total —dijo el reportero— y no dudemos en recorrerlas. Por lo menos, observaremos esa parte del litoral que no conocemos y no tendremos que explorarla en otra ocasión.

—Me parece muy bien —dijo Pencroff—. Pero ¿y la piragua?

—La piragua, si ha pasado sola un día en el nacimiento del río de la Misericordia, puede pasar perfectamente dos —respondió Gedeon Spilett—. Hasta el momento, no podemos decir que la isla esté infestada de ladrones.

—Ya —dijo el marino—, pero el episodio de la tortuga me hace desconfiar.

—¡La tortuga, la tortuga...! —repuso el reportero—. ¿Acaso no sabe que fue el mar el que le dio la vuelta?

—Quién sabe... —murmuró el ingeniero.

—Pero... pero... —dijo Nab.

Nab tenía algo que decir, eso era evidente, pues abría la boca para hablar, pero no hablaba.

—¿Qué quieres decir, Nab? —le preguntó el ingeniero.

—Si volvemos por la orilla hasta el cabo de la Zarpa, después de haber doblado el cabo, nos cerrará el paso...

—¡El río de la Misericordia! —dijo Harbert—. Es verdad, y no tendremos ni puente ni barca para cruzarlo.

—Bueno, señor Cyrus —dijo Pencroff—, con unos troncos flotantes no tendremos ningún problema para cruzar el río.

—De todas formas —intervino Gedeon Spilett—, si queremos

disponer de un acceso fácil al Far West, será útil construir un puente.

—¡Un puente! —exclamó Pencroff—. Claro que, ¿acaso el señor Smith no es ingeniero de profesión? Así que, cuando queramos un puente, nos hará un puente. En lo que se refiere a transportarlos esta tarde a la otra orilla del río, yo me encargo de eso, y sin que se mojen un pelo. Todavía nos quedan víveres para un día, no necesitamos nada más, aparte de que quizá hoy no falte caza, como pasó ayer. ¡En marcha!

La proposición del reportero, vivamente apoyada por el marino, obtuvo la aprobación general, pues todos estaban deseando salir de dudas y si volvían por el cabo de la Zarpa la exploración quedaría completada. Pero no había tiempo que perder, ya que una etapa de cuarenta millas era larga y no se podía contar con llegar a Granite-house antes de que anoheciera.

Así pues, a las seis de la mañana la pequeña comitiva se puso en marcha. En previsión de algún mal encuentro, con animales de dos o de cuatro patas, cargaron los fusiles con balas y Top, que debía abrir la marcha, recibió la orden de batir la linde del bosque.

A partir del extremo del promontorio que formaba la cola de la península, la costa se redondeaba a lo largo de una distancia de cinco millas, que recorrieron rápidamente sin que las más minuciosas investigaciones revelaran el menor rastro de un desembarco antiguo o reciente, ni un pecio, ni un resto de campamento, ni las cenizas de una hoguera apagada, ni una huella de pasos.

Cuando llegaron al ángulo donde la curva acababa por seguir la dirección nordeste formando la bahía Washington, los colonos pudieron abarcar con la mirada el litoral sur de la isla en toda su extensión. A veinticinco millas, la costa terminaba con el cabo de la Zarpa, apenas velado por la bruma matinal y que, debido a un fenómeno de espejismo, parecía como si estuviera suspendido entre la tierra y el agua. Entre el lugar donde se encontraban los colonos y el fondo de la inmensa bahía, la orilla se componía, primero, de una ancha playa muy lisa y llana, bordeada de árboles; a continuación, el litoral se volvía muy irregular y proyectaba rocas puntiagudas hacia el mar; por último, unas rocas negruzcas se amontonaban en un pintoresco desorden para acabar en el cabo de

la Zarpa.

Así era esa parte de la isla que los exploradores estaban viendo por primera vez y que recorrieron con la mirada tras haberse detenido un instante.

—Si un barco viniera a dar aquí —dijo Pencroff—, estaría inevitablemente perdido. ¡Bancos de arena que se prolongan mar adentro y, más allá, escollos! ¡Malos parajes!

—Pero por lo menos quedaría algo de ese barco —observó el reportero.

—Quedarían trozos de madera en los arrecifes y nada en la arena —contestó el marino.

—¿Por qué?

—Porque estas arenas, más peligrosas aún que las rocas, engullen todo lo que cae sobre ellas, y bastan unos días para que el casco de una nave de varios cientos de toneladas desaparezca por completo.

—Entonces, Pencroff —preguntó el ingeniero—, si un barco se hubiera perdido sobre estos bancos, ¿no tendría nada de extraño que ya no quedara ningún rastro de él?

—Así es, señor Smith, con la ayuda del tiempo o de una tempestad. Sin embargo, sería sorprendente, incluso en tal caso, que restos de la arboladura no hubieran sido arrojados a la orilla, fuera del alcance del mar.

—Continuemos buscando, pues —dijo Cyrus Smith.

A la una de la tarde, los colonos habían llegado al fondo de la bahía Washington, y en ese momento habían recorrido una distancia de veinte millas.

Hicieron un alto para comer.

Allí empezaba una costa irregular, extrañamente recortada y cubierta por una larga línea de aquellos escollos que sucedían a los bancos de arena y que la marea, detenida en ese momento, no tardaría en dejar al descubierto. Se veía cómo las suaves ondulaciones del mar, tras romper en las crestas de las rocas, formaban largas franjas espumosas. Desde ese punto hasta el cabo de la Zarpa, la playa, poco espaciosa, estaba encajonada entre la hilera de arrecifes y la de árboles.

Iba a resultarles, pues, más difícil avanzar, ya que innumerables rocas sembraban la orilla. La muralla de granito también tendía a

elevarse cada vez más, y de los árboles que asomaban por detrás solo se podían ver las verdes copas, totalmente inmóviles.

Después de un descanso de media hora, los colonos reanudaron la marcha, y sus ojos no dejaron un solo punto de los arrecifes y la playa sin observar. Pencroff y Nab incluso se aventuraron entre los escollos cada vez que un objeto atraía su mirada. Pero en todos esos casos descubrieron que una extraña conformación de las rocas los había engañado y que no se trataba del resto de una nave. Pudieron constatar, no obstante, que en aquella playa abundaban los moluscos comestibles, aunque no podría ser fructíferamente explotada hasta que comunicaran las dos orillas del río de la Misericordia y perfeccionaran los medios de transporte.

Así pues, nada relacionado con el supuesto naufragio aparecía en ese litoral, y un objeto de cierta importancia, como el casco de un barco, por ejemplo, habría sido visible desde donde estaban, o sus restos habrían sido arrastrados hasta la orilla, como había sucedido con la caja encontrada a menos de veinte millas de allí. Pero no había nada.

Hacia las tres, Cyrus Smith y sus compañeros llegaron a una estrecha cala muy cerrada, en la que no desembocaba ningún curso de agua. Formaba un pequeño puerto natural, invisible desde alta mar, hasta donde se accedía por un estrecho paso que se abría entre los escollos.

Al fondo de esa cala, una violenta convulsión había roto la pared rocosa y una hendidura en suave pendiente permitía acceder a la meseta superior, que debía de estar situada a menos de diez millas del cabo de la Zarpa y, por consiguiente, a cuatro millas en línea recta de la meseta de Vistagrande.

Gedeon Spilett propuso a sus compañeros hacer un alto allí. Aceptaron, pues la caminata les había abierto a todos el apetito, y, aunque no era la hora de cenar, nadie rechazó un trozo de carne para reponer fuerzas. Ese tentempié les permitiría retrasar la cena hasta que llegasen a Granite-house.

Unos minutos más tarde, los colonos, sentados al pie de una magnífica arboleda de pinos marítimos, devoraban las provisiones que Nab había sacado de su morral.

El lugar se hallaba situado a cincuenta o sesenta pies sobre el nivel del mar. El radio de visión era, pues, bastante extenso y se

perdía, pasando por encima de las últimas rocas del cabo, en la bahía de la Unión. Pero ni el islote ni la meseta de Vistagrande eran visibles, ni podían serlo, ya que el relieve del suelo y la cortina que formaban los grandes árboles ocultaban bruscamente el horizonte del norte.

Huelga añadir que, pese a la extensión de mar que los exploradores podían abarcar, y aunque el catalejo del ingeniero hubiera recorrido punto por punto toda esa línea circular en la que se confundían el cielo y el agua, ninguna nave fue avistada.

Y en toda aquella parte del litoral que todavía quedaba por explorar, el catalejo fue paseado con la misma minuciosidad desde la playa hasta los arrecifes sin que ningún pecio apareciese en el campo del instrumento.

—Bueno —dijo Gedeon Spilett—, hay que rendirse a la evidencia y consolarse pensando que nadie vendrá a disputarnos la posesión de la isla Lincoln.

—¿Y qué pasa con el perdigón? —repuso Harbert—. ¡Supongo que no es imaginario!

—¡Por todos los demonios, no! —exclamó Pencroff, pensando en la muela perdida.

—¿Qué conclusión debemos sacar, entonces? —preguntó el reportero.

—Esta —respondió el ingeniero—: que hace tres meses como máximo, un barco, voluntariamente o no, llegó...

—¡Cómo! ¿Acaso admite, Cyrus, que se ha hundido sin dejar ningún rastro? —exclamó el reportero.

—No, querido Spilett, pero piense que, si es indudable que un ser humano ha puesto el pie en esta isla, no parece menos indudable que ya la ha dejado.

—Entonces, si le entiendo bien, señor Cyrus —dijo Harbert—, ¿el barco se ha ido?

—En efecto.

—¿Y hemos perdido irremediablemente una oportunidad de ser rescatados? —dijo Nab.

—Irremediablemente, sí, eso me temo.

—Bueno, puesto que la ocasión está perdida, pongámonos en marcha —dijo Pencroff, que ya echaba de menos Granite-house.

Pero, nada más levantarse, los ladridos de Top sonaron con

fuerza y el perro salió del bosque con un jirón de tela manchado de barro entre los dientes.

Nab se lo arrancó de la boca. Era un trozo de lona fuerte.

Top seguía ladrando y, a juzgar por sus idas y venidas, parecía invitar a su amo a que se adentrara con él en el bosque.

—Ahí hay algo que podría explicar el perdigón que me encontré —dijo Pencroff.

—¡Un naufrago! —dijo Harbert.

—¡Herido quizá! —dijo Nab.

—¡O muerto! —dijo el reportero.

Y todos se precipitaron tras el perro, entre los grandes pinos que formaban la primera cortina del bosque. Por si acaso, Cyrus Smith y sus compañeros habían preparado las armas para disparar.

Tuvieron que internarse bastante en el bosque, pero, para su decepción, no vieron ninguna huella de pasos. Maleza y bejucos estaban intactos, y hasta tuvieron que cortarlos con el machete, como habían hecho en la espesura más profunda de la selva. Resultaba difícil, pues, admitir que una criatura humana hubiera pasado antes por allí, y sin embargo, Top iba y venía, no como un perro que busca al azar, sino como un ser dotado de voluntad al que guía una idea.

Después de siete u ocho minutos de marcha, Top se detuvo. Los colonos, que habían llegado a una especie de claro rodeado de grandes árboles, miraron a su alrededor y no vieron nada, ni bajo la maleza ni entre los troncos.

—Pero ¿qué pasa, Top? —dijo Cyrus Smith.

Top ladró con más fuerza, saltando al pie de un gigantesco pino. De repente, Pencroff exclamó:

—¡Anda! ¡Esta sí que es buena!

—¿Qué pasa? —preguntó Gedeon Spilett.

—¡Estamos buscando un pecio en el mar o en la tierra!

—¿Y qué?

—¡Pues que es en el aire donde está!

El marino señaló una especie de gran harapo blancuzco, enganchado en la copa del pino y del que Top les había llevado un trozo caído al suelo.

—¡Pero eso no es un pecio! —exclamó Gedeon Spilett.

—¡No ni poco! —repuso Pencroff.

—¿Cómo? ¿Es...?

—Es todo lo que queda de nuestro barco aéreo, de nuestro globo, que encalló ahí arriba, en la copa de ese árbol.

Pencroff no se equivocaba, y profirió un magnífico hurra antes de añadir:

—¡Esto sí que es tela de calidad! ¡Esto nos permitirá surtirnos de ropa para la casa durante años! ¡Con esto podremos hacer pañuelos y camisas! Eh, señor Spilett, ¿qué me dice de una isla donde las camisas crecen en los árboles?

Era una verdadera suerte para los colonos de la isla Lincoln que el aerostato, después de haber dado su último salto por el aire, hubiera caído en la isla y que ellos hubieran tenido ocasión de encontrarlo. O bien conservarían la envoltura tal cual, si querían intentar otra evasión por el aire, o bien utilizarían provechosamente esos cientos de varas de una tela de algodón de excelente calidad, una vez que le hubieran quitado el barniz. Como es de suponer, la alegría de Pencroff fue unánime y vivamente compartida.

Pero había que retirar la envoltura del árbol del que colgaba para ponerla en un lugar seguro, y no fue tarea fácil. Nab, Harbert y el marino se subieron a la copa del árbol y tuvieron que hacer prodigios de destreza para desenganchar el enorme aerostato deshinchado.

La operación duró casi dos horas, hasta que consiguieran dejar en el suelo no solo la envoltura, con su válvula, sus resortes y su guarnición de cobre, sino también la red, es decir, una cantidad considerable de maromas y cuerdas, el aro de sujeción y el ancla del globo. La envoltura, salvo por el desgarrón, estaba en buen estado, y lo único que se había roto era el apéndice inferior.

Era un regalo caído del cielo.

—De todas formas, señor Cyrus —dijo el marino—, si algún día nos decidimos a irnos de la isla, no será en globo, ¿verdad? Las naves aéreas no van a donde uno quiere, ¡nosotros lo sabemos por experiencia! Mire, si confía en mí, lo mejor es que construyamos un buen barco de veinte toneladas y que me deje cortar de esta tela un trinquete y un foque. Lo que quede servirá para vestirnos.

—Ya veremos, Pencroff —contestó Cyrus Smith—, ya veremos.

—Mientras lo decidimos, hay que poner todo esto a buen recaudo —dijo Nab.

En efecto, transportar a Granite-house aquel cargamento de tela, cuerdas y maromas, que pesaba considerablemente, era impensable, y hasta que dispusieran de un vehículo apropiado para acarrearlas era importante no dejar más tiempo esas riquezas a merced del primer huracán. Los colonos, uniendo fuerzas, consiguieron arrastrarlo todo hasta la orilla, donde descubrieron una cavidad rocosa bastante amplia cuya orientación la protegía del viento, de la lluvia y del mar.

—Necesitábamos un armario y ya tenemos armario —dijo Pencroff—. Pero, como no cierra con llave, lo más prudente será ocultar la puerta. No lo digo por los ladrones de dos pies, sino por los ladrones de cuatro patas.

A las seis de la tarde, todo estaba almacenado y, tras haber bautizado el pequeño entrante que formaba la cala con el justificadísimo nombre de puerto del Globo, reanudaron el camino hacia el cabo de la Zarpa. Pencroff y el ingeniero charlaban de diversos proyectos que convenía ejecutar en el plazo más breve posible. Ante todo, había que tender un puente sobre el río de la Misericordia a fin de establecer una comunicación fácil con el sur de la isla; después irían con la carreta a buscar el aerostato, pues con la canoa no podrían transportarlo; después construirían una chalupa con cubierta; después, Pencroff la aparejaría como un balandro y podrían emprender viajes de circunnavegación... alrededor de la isla; después...

Empezaba a caer la noche y el cielo estaba ya oscuro cuando los colonos llegaron a la punta del Pecio, justo donde habían encontrado la valiosa caja. Pero tampoco allí vieron nada que indicara que se había producido un naufragio y no hubo más remedio que aceptar las conclusiones anteriormente formuladas por Cyrus Smith.

Desde la punta del Pecio hasta Granite-house quedaban todavía cuatro millas. Las recorrieron deprisa, pero era más de medianoche cuando, después de haber seguido el litoral hasta la desembocadura del río de la Misericordia, los colonos llegaron al primer recodo formado por el río.

Allí, su lecho tenía una anchura de ochenta pies que hacía difícil cruzarlo, pero Pencroff se había comprometido a vencer esa dificultad y se vio en situación de tener que hacerlo.

Los colonos, hay que reconocerlo, estaban extenuados. La etapa había sido larga, y el episodio del globo no había contribuido precisamente a dejarles descansar piernas y brazos. Estaban, pues, impacientes por llegar a Granite-house para cenar y acostarse, y si el puente hubiera estado construido, en un cuarto de hora habrían llegado a casa.

La noche era muy oscura. Pencroff se preparó entonces para cumplir su promesa haciendo una especie de balsa que permitiera cruzar el río de la Misericordia. Nab y él, provistos de sendas hachas, escogieron dos árboles cercanos a la orilla, con los que pensaban hacer la balsa, y empezaron a atacarlos por la base.

Cyrus Smith y Gedeon Spilett esperaban, sentados en la ribera, que llegase el momento de ayudar a sus compañeros, mientras que Harbert iba de aquí para allá sin alejarse demasiado.

De repente, el joven, que había ido aguas arriba, volvió precipitadamente y, señalando el río de la Misericordia en dirección hacia su nacimiento, preguntó a voz en grito:

—¿Qué es eso que va por ahí?

Pencroff interrumpió su trabajo y vio un objeto móvil que aparecía confusamente en la sombra.

—¡Una canoa! —dijo.

Todos se acercaron y vieron, para su gran sorpresa, una embarcación que seguía la corriente del agua.

—¡Eh! ¡Los de la canoa! —gritó el marino, movido por la costumbre de su profesión y sin pensar que quizá habría sido preferible guardar silencio.

No hubo respuesta. La embarcación seguía navegando a la deriva, y no estaba más que a una decena de pasos cuando el marino exclamó:

—¡Pero si es nuestra piragua! Se ha roto la amarra y la corriente la ha arrastrado. Bueno, hay que reconocer que llega muy oportunamente.

—¿Nuestra piragua? —murmuró el ingeniero.

Pencroff tenía razón. Era la canoa, cuya amarra sin duda se había roto y que bajaba sola desde el nacimiento del río. Era importante, pues, agarrarla cuando pasase, antes de que la rápida corriente la arrastrara hasta más allá de su desembocadura, y eso es lo que Nab y Pencroff hicieron hábilmente mediante una larga

pértiga.

Acercaron la canoa a la orilla. El ingeniero, que fue el primero en embarcar, asió la amarra y trató de comprobar, tocándola, que realmente se hubiera roto por desgaste, como consecuencia del frotamiento contra las rocas.

—Esto —le dijo el reportero en voz baja— es lo que yo llamo una circunstancia...

—¡Extraña! —dijo Cyrus Smith.

Extraña o no, era una bendición. Harbert, el reportero, Nab y Pencroff embarcaron también. Ellos no ponían en duda que la amarra se hubiera roto por desgaste; pero lo más asombroso del asunto era realmente que la piragua hubiese llegado en el momento en que los colonos se encontraban allí para cogerla cuando pasaba, porque un cuarto de hora más tarde habría ido a parar al mar.

Si hubieran estado en la época de los genios, ese incidente habría permitido pensar que la isla estaba encantada y que un ser sobrenatural utilizaba sus poderes para favorecer a los náufragos.

En unos cuantos golpes de remo, los colonos llegaron a la desembocadura del río de la Misericordia. Arrastraron la canoa por la playa hasta las Chimeneas y se dirigieron todos hacia la escalera de Granite-house.

Pero en ese momento Top se puso a ladrar con furia y Nab, que buscaba el primer peldaño, profirió un grito...

No había escalera.

VI

Las llamadas de Pencroff – Una noche en las Chimeneas – La flecha de Harbert – El plan de Cyrus Smith – Una solución inesperada – Lo sucedido en Granite-house – Un nuevo criado al servicio de los colonos

Cyrus Smith se había detenido sin decir una palabra. Sus compañeros buscaron en la oscuridad, tanto por las paredes de la muralla, por si el viento había desplazado la escalera, como por el suelo, por si esta se había desprendido. Pero la escalera había desaparecido por completo. En cuanto a averiguar si un golpe de viento la había levantado hasta el primer descansillo, a media altura de la pared, era imposible en aquella noche profunda.

—¡Si es una broma, no tiene ninguna gracia! —protestó Pencroff—. Llegar a casa muerto de cansancio y no encontrar escalera para subir a tu habitación no es para partirse de risa.

Nab, por su parte, profería exclamaciones a diestro y siniestro.

—¡Pero si no ha hecho viento! —observó Harbert.

—Empiezo a tener la sensación de que en la isla Lincoln pasan cosas singulares —dijo Pencroff.

—¿Singulares? —repuso Gedeon Spilett—. Qué va, Pencroff, pero si es de lo más normal. Alguien ha venido durante nuestra ausencia, ha tomado posesión de la casa y ha retirado la escalera.

—¡Alguien! —exclamó el marino—. ¿Y quién, si puede saberse?

—¿Quién va a ser? El cazador del perdigón —respondió el reportero—. Por lo menos nos servirá para explicar este contratiempo.

—Pues si hay alguien ahí arriba —dijo, enfadado, Pencroff, que empezaba a perder la paciencia—, voy a llamarlo y no tendrá más remedio que contestar.

Y con una voz atronadora, el marino profirió un grito prolongado que el eco repitió con fuerza.

Los colonos prestaron atención y les pareció oír a la altura de Granite-house una especie de risa burlona cuyo origen no pudieron identificar. Pero ninguna voz respondió a la llamada de Pencroff, que la repitió en vano.

Aquello era realmente como para dejar estupefactos a los hombres más indiferentes del mundo, y los colonos no podían serlo. En la situación en que se encontraban, todo incidente tenía su gravedad, y, sin duda alguna, desde que habían llegado a la isla hacía siete meses no se había producido ninguno de un carácter tan sorprendente.

Fuera como fuese, olvidando el cansancio y dominados por la singularidad del suceso, permanecían al pie de Granite-house sin saber qué pensar, sin saber qué hacer, preguntándose sin poder responderse, formulando hipótesis a cuál más inadmisible. Nab se lamentaba, muy contrariado por no poder entrar en su cocina, tanto más cuanto que las provisiones del viaje se habían acabado y en ese momento no disponía de ningún medio para reponerlas.

—Amigos míos —dijo entonces Cyrus Smith—, no podemos hacer otra cosa que esperar a que se haga de día y actuar según nos indiquen las circunstancias. Pero vayamos a esperar a las Chimeneas. Allí, aunque no podamos cenar, al menos podremos dormir a resguardo.

—Pero ¿quién será el caradura que nos ha jugado esta mala pasada? —preguntó una vez más Pencroff, incapaz de aceptar con resignación el contratiempo.

Fuera quien fuese el «caradura», lo único que podían hacer era, como había dicho el ingeniero, ir a las Chimeneas y esperar allí a que se hiciese de día. Sin embargo, le ordenaron a Top que se quedara bajo las ventanas de Granite-house, y cuando Top recibía una orden, la cumplía sin rechistar. El valiente perro permaneció, pues, al pie de la muralla, mientras que su amo y los compañeros de este se refugiaban entre las rocas.

Decir que los colonos, pese a lo cansados que estaban, durmieron bien sobre la arena de las Chimeneas sería alterar la verdad. Además de que no podían sino estar muy ansiosos por aclarar este nuevo incidente, bien fuera el resultado de una

casualidad cuyas causas naturales comprenderían algún día, o bien, por el contrario, fuera obra de un ser humano, la cama era tremendamente incómoda. En cualquier caso, de un modo u otro, en aquel momento su casa estaba ocupada y ellos no podían entrar.

Ahora bien, Granite-house era algo más que su casa, era su almacén. Allí estaba todo el material de la colonia: armas, instrumentos, herramientas, municiones, reservas de víveres, etcétera. Si les robaban todo eso, tendrían que volver a empezar de cero, hacer de nuevo armas y herramientas. El asunto era grave. Por eso, cediendo a la inquietud, uno u otro salía de vez en cuando para comprobar si Top estaba montando guardia. Tan solo Cyrus Smith esperaba con su paciencia habitual, aunque sentirse ante un hecho absolutamente inexplicable exasperaba su tenaz racionalidad y se indignaba pensando que en torno a él, por encima de él tal vez, se ejercía una influencia a la que no podía poner nombre. Gedeon Spilett compartía totalmente su opinión a este respecto y ambos hablaron en repetidas ocasiones, aunque a media voz, de las circunstancias inexplicables que ponían en entredicho su perspicacia y su experiencia. Había, sin duda alguna, un misterio en esa isla, pero ¿cómo desentrañarlo? Harbert, por su parte, solo podía dar rienda suelta a su imaginación y le habría gustado preguntarle a Cyrus Smith. En cuanto a Nab, había acabado por decirse que todo aquello no era cosa suya, sino cosa de su señor, y si no hubiera temido disgustar a sus compañeros, esa noche el buen negro habría dormido tan profundamente como si hubiera descansado en su cama de Granite-house.

Por último, Pencroff estaba más furioso que todos los demás, y su indignación no tenía límites.

—¡Es una broma! —decía—. ¡Alguien nos está gastando una broma! ¡Pues a mí no me gustan las bromas, así que, pobre del bromista como caiga en mis manos!

En cuanto las primeras luces del día asomaron por el este, los colonos, convenientemente armados, se dirigieron por la orilla al borde de los arrecifes. Granite-house, expuesta directamente al sol naciente, no tardaría en ser iluminada por la claridad del amanecer, y en efecto, antes de las cinco, las ventanas, cuyos postigos estaban cerrados, aparecieron a través de las cortinas de follaje.

Por ese lado, todo estaba en orden, pero un grito escapó del

pecho de los colonos cuando vieron abierta de par en par la puerta, pese a que la habían cerrado antes de marcharse.

Alguien había entrado en Granite-house. Ya no cabía ninguna duda.

La escalera superior, que iba desde el rellano hasta la puerta, estaba en su lugar habitual; pero la escalera inferior había sido retirada y subida hasta el umbral. Era más que evidente que los intrusos habían querido protegerse de posibles sorpresas.

En cuanto a averiguar su especie y número, por el momento era imposible, puesto que ninguno de ellos se dejaba ver.

Pencroff llamó de nuevo a voz en cuello.

No hubo respuesta.

—¡Serán bribones! —exclamó el marino—. ¡Duermen con la misma tranquilidad que si estuvieran en su casa! ¡Eh, piratas, bandidos, corsarios, hijos de John Bull!

Pencroff, en su calidad de norteamericano, consideraba que llamar a alguien «hijo de John Bull», símbolo del típico británico, era elevarse hasta los últimos límites del insulto.

En ese momento, el sol salió del todo y sus rayos iluminaron la fachada de Granite-house. Pero, tanto en el interior como en el exterior, todo estaba silencioso y en calma.

Los colonos empezaban a preguntarse si Granite-house estaba ocupada o no, a pesar de que la posición de la escalera demostraba suficientemente que sí, e incluso estaba fuera de toda duda que los ocupantes, fueran quienes fuesen, hubieran podido huir. Pero ¿cómo llegar hasta ellos?

A Harbert se le ocurrió entonces la idea de atar una cuerda a una flecha y disparar esa flecha de manera que pasase entre los primeros peldaños de la escalera, que colgaban del umbral de la puerta. Así podrían, utilizando la cuerda, desenrollar la escalera hasta el suelo y restablecer la comunicación entre este y Granite-house.

Era, evidentemente, lo único que se podía hacer, y con un poco de destreza el procedimiento debía ser un éxito. Por suerte, habían guardado los arcos y las flechas en un corredor de las Chimeneas, donde se encontraban también varias veintenas de brazas de ligera cuerda de hibisco. Pencroff desenrolló la cuerda y ató una punta a una flecha bien emplumada. A continuación, Harbert, tras haber

colocado la flecha en el arco, apuntó con sumo cuidado contra el extremo colgante de la escalera.

Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Pencroff y Nab habían retrocedido a fin de observar lo que sucedía en las ventanas de Granite-house. El reportero, con la carabina cargada, apuntaba a la puerta.

El arco se destensó, la flecha arrastró la cuerda silbando, y pasó entre los dos últimos peldaños.

La operación había sido un éxito.

Inmediatamente, Harbert asió el extremo de la cuerda; pero en el momento en que daba un tirón para que la escalera cayese, un brazo asomó rápidamente entre el muro y la puerta, la agarró y la metió en el interior de Granite-house.

—¡Tres veces bribón! —exclamó el marino—. ¡Si una bala puede hacerte feliz, no vas a tardar mucho en tenerla!

—Pero ¿quién es? —preguntó Nab.

—¿Quién? ¿No lo has reconocido?

—No.

—¡Es un mono, un macaco, un sajú, un cercopiteco, un orangután, un papión, un gorila, un tití! ¡Unos monos han trepado por la escalera durante nuestra ausencia y han invadido la casa!

En ese momento, como para confirmar las palabras del marino, tres o cuatro cuadrúmanos se asomaban a las ventanas, después de haber empujado los postigos, y saludaban a los verdaderos propietarios del lugar con mil contorsiones y muecas.

—¡Estaba seguro de que era una broma! —dijo Pencroff—. ¡Pues uno de los bromistas va a pagar por todos!

El marino se apresuró a apuntar contra uno de los simios con la escopeta y disparó. Desaparecieron todos salvo uno de ellos, que, herido de muerte, cayó a la playa.

Aquel simio, de gran tamaño, pertenecía al primer orden de los cuadrúmanos, respecto a eso no había posibilidad de error. Fuera un chimpancé, un orangután, un gorila o un gibón, figuraba entre ese grupo de antropomorfos, así llamados a causa de su semejanza con los individuos de la especie humana. Por lo demás, Harbert afirmó que era un orangután, y es sabido que el joven era experto en zoología.

—¡Qué magnífico animal! —exclamó Nab.

—¡Todo lo magnífico que quieras! —repuso Pencroff—. ¡Pero yo

sigo sin ver cómo vamos a poder entrar en casa!

—Harbert es buen tirador —dijo el reportero— y tiene aquí su arco. Que lo intente de nuevo...

—¡Sí, pero esos monos son muy listos y no volverán a asomarse a las ventanas! —replicó Pencroff—. No podremos matarlos, y cuando pienso en los destrozos que pueden hacer en las habitaciones, en el almacén...

—Paciencia —dijo Cyrus Smith—. Esos animales no pueden tenernos mucho tiempo en jaque.

—No estaré seguro de eso hasta que los vea aquí abajo —contestó el marino—. Además, ¿sabe usted, señor Smith, cuántas docenas de esos bromistas hay ahí arriba?

Habría resultado difícil responder a Pencroff, y en lo que se refiere a repetir la tentativa del muchacho, no era fácil, pues el extremo inferior de la escalera había sido introducido por la puerta, y cuando tiraron de nuevo de la cuerda, esta se rompió antes de que consiguieran que la escalera cayese.

Era un asunto verdaderamente delicado. Pencroff estaba que trinaba. La situación tenía un aspecto un tanto cómico que a él en concreto no le hacía ninguna gracia. Era evidente que los colonos acabarían por entrar en su vivienda y expulsar a los intrusos, pero ¿cuándo y cómo? Justo eso es lo que no podían decir.

Transcurrieron dos horas, durante las cuales los simios evitaron dejarse ver; pero seguían estando allí, y en tres o cuatro ocasiones asomaron por la puerta o las ventanas un hocico o una pata que fueron saludados con disparos.

—Escondámonos —dijo entonces el ingeniero—. Quizá los monos crean que nos hemos ido y se dejen ver de nuevo. Pero que Spilett y Harbert permanezcan emboscados detrás de las rocas y abran fuego contra todo lo que aparezca.

Las órdenes del ingeniero fueron ejecutadas, y mientras el reportero y el joven, los dos tiradores más hábiles, se apostaban a una distancia adecuada para disparar, donde los simios no podían verlos, Nab, Pencroff y Cyrus Smith subieron a la meseta y se adentraron en el bosque para cazar alguna pieza, pues se había hecho la hora de comer y no les quedaban víveres.

Al cabo de media hora, los cazadores regresaron con unas palomas de roca y las asaron como pudieron. Ningún mono había

vuelto a aparecer.

Gedeon Spilett y Harbert fueron a dar buena cuenta de su parte mientras Top se quedaba vigilando bajo las ventanas. Después de haber comido, volvieron a su puesto de observación.

Dos horas más tarde, la situación aún no había sufrido ningún cambio. Los cuadrúmanos no daban señales de vida y parecía que habían desaparecido; pero lo más probable era que, asustados por la muerte de uno de ellos, espantados por las detonaciones de las armas, permanecieran quietos en las estancias de Granite-house o incluso en el almacén. Y cuando pensaban en los tesoros que contenía el almacén, la paciencia, tan recomendada por el ingeniero, acababa por trocarse en violenta irritación. Y, francamente, había motivos para ello.

—Decididamente, esta situación es de lo más absurda —dijo finalmente el reportero—, y la verdad es que no hay ningún motivo para que acabe.

—¡Pero hay que echar a esos tunantes como sea! —saltó Pencroff—. Lo conseguiríamos aunque fueran una veintena, pero para eso hay que entablar una lucha cuerpo a cuerpo. ¡No me puedo creer que no haya ningún medio de llegar hasta ellos!

—Sí, hay uno —dijo entonces el ingeniero, a quien acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Uno? —dijo Pencroff—. Pues, teniendo en cuenta que no hay otros, ese es el bueno. ¿En qué consiste?

—Intentemos bajar a Granite-house por el antiguo desagadero del lago —respondió el ingeniero.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el marino—. ¡Será posible que no haya pensado en el desagadero!

Era, en efecto, el único medio de entrar en Granite-house a fin de enfrentarse a la banda y expulsarla. Es cierto que el orificio del desagadero estaba cerrado por un muro de piedras cementadas y que sería preciso sacrificarlo, pero ya volverían a hacerlo. Afortunadamente, Cyrus Smith aún no había llevado a cabo su proyecto de ocultar ese orificio sumergiéndolo bajo las aguas del lago, porque en tal caso la operación habría exigido cierto tiempo.

Pasaban ya de las doce del mediodía cuando los colonos, convenientemente armados y provistos de picos y espiochas, salieron de las Chimeneas, pasaron por debajo de las ventanas de

Granite-house, después de haber ordenado a Top que permaneciera en su puesto, y se dispusieron a subir por la orilla izquierda del río de la Misericordia con intención de ir a la meseta de Vistagrande.

Pero no habían dado cincuenta pasos en esa dirección cuando oyeron los ladridos furiosos del perro. Era como una llamada desesperada.

Se detuvieron.

—¡Deprisa! —dijo Pencroff.

Y todos bajaron corriendo por la orilla.

Al llegar al recodo, vieron que la situación había cambiado.

Los simios, presos de un súbito pánico provocado por una causa desconocida, trataban de huir. Dos o tres corrían y saltaban de una ventana a otra con una agilidad de acróbatas. Ni siquiera intentaban colocar la escalera, por la cual les habría resultado fácil bajar; seguramente habían olvidado ese medio de salir debido al miedo. Al cabo de un momento, cinco o seis se pusieron a tiro, y los colonos apuntaron contra ellos sin ninguna dificultad y dispararon. Unos, heridos o muertos, cayeron dentro de las habitaciones profiriendo gritos agudos, mientras que otros se precipitaron al vacío y se estrellaron contra el suelo. Unos instantes después, cabía suponer que ya no quedaba ningún cuadrúmano vivo en Granite-house.

—¡Hurra! —gritó Pencroff—. ¡Hurra! ¡Hurra!

—Menos hurras, amigo —dijo Gedeon Spilett.

—¿Por qué? Están todos muertos —repuso el marino.

—Ya, pero eso no nos proporciona un medio de entrar en casa.

—¡Vayamos al desagadero! —dijo Pencroff.

—Claro —dijo el ingeniero—. Pero habría sido preferible...

En ese momento, y como una respuesta a la observación de Cyrus Smith, vieron asomar la escalera por el umbral de la puerta, desenrollarse y caer hasta el suelo.

—¡Vaya! ¡Esta sí que es buena! —exclamó el marino, mirando a Cyrus Smith.

—¡Buenísima! —murmuró el ingeniero, que fue el primero en precipitarse hacia la escalera.

—¡Lleve cuidado, señor Cyrus! —dijo Pencroff—. Si todavía quedan algunos monos de esos...

—Ahora lo veremos —contestó el ingeniero sin detenerse.

Todos sus compañeros lo siguieron y al cabo de un minuto habían llegado a la puerta de la casa.

Buscaron por todas partes. Nadie en las habitaciones ni en el almacén, que la banda de cuadrúmanos había respetado.

—Pero bueno, y la escalera, ¿qué? —dijo el marino—. ¿Quién ha tenido la gentileza de lanzárnosla?

En ese momento se oyó un grito y un gran simio, que se había refugiado en el pasillo, entró en la sala seguido de Nab.

—¡Ah, el muy bandido! —exclamó Pencroff—. ¡Aquí está!

Y, empuñando el hacha, se disponía a partirle la cabeza al animal cuando Cyrus Smith lo detuvo y le dijo:

—No lo mate, Pencroff.

—¿Quiere que le perdone la vida a este peludo?

—Sí. Al fin y al cabo, ha sido él quien nos ha echado la escalera.

El ingeniero dijo esto con una voz tan singular que habría resultado difícil saber si hablaba en serio o en broma.

No obstante, se abalanzaron sobre el simio, el cual, tras haberse defendido valientemente, fue reducido y atado.

—¡Uf! —exclamó Pencroff—. Bueno... ¿y ahora qué hacemos con él?

—Convertirlo en nuestro sirviente —respondió Harbert.

Y el joven no lo decía totalmente en broma, pues sabía el partido que se puede sacar de la inteligencia de los cuadrúmanos.

Los colonos se acercaron entonces al simio y lo miraron atentamente. Pertenecía a esa especie de antropomorfos cuyo ángulo facial no es sensiblemente inferior al de los australianos y los hotentotes. Era un orangután y, como tal, no tenía ni la ferocidad del papión, ni la irreflexividad del macaco, ni la falta de higiene del tití, ni los accesos de impaciencia del mono de Berbería, ni los malos instintos del cinocéfalos. Esta familia de antropomorfos presenta muchos rasgos que indican la presencia de una inteligencia casi humana. Empleados en las casas, pueden servir la mesa, limpiar las habitaciones, ocuparse de la ropa, limpiar los zapatos, manejar hábilmente el cuchillo, la cuchara y el tenedor, e incluso beber vino... tan bien como el mejor sirviente de dos pies y sin plumas. Es sabido que Buffon tuvo uno de estos simios, el cual le sirvió con gran fidelidad y celo durante mucho tiempo.

El que estaba entonces atado en la sala de Granite-house era una

buen a pieza, de seis pies de estatura, cuerpo admirablemente proporcionado, torso ancho, cabeza de tamaño medio, ángulo facial que alcanzaba los sesenta y cinco grados, cráneo redondeado, nariz prominente, piel cubierta de un pelaje fino, suave y brillante... resumiendo, una espléndida muestra de los antropomorfos. Sus ojos, un poco más pequeños que los humanos, brillaban con una inteligente vivacidad; sus blancos dientes resplandecían bajo el bigote, y llevaba una corta barba rizada de color avellana.

—¡Un apuesto mozalbete! —dijo Pencroff—. Si conociéramos su lengua, podríamos hablar con él.

—Entonces, ¿va en serio, señor? —preguntó Nab—. ¿Vamos a tomarlo como sirviente?

—Sí, Nab —respondió sonriendo el ingeniero—. ¡Pero no te pongas celoso!

—Y yo espero que sea un magnífico sirviente —añadió Harbert—. Parece joven, será fácil educarlo, y para someterlo no nos veremos obligados a emplear la fuerza ni a arrancarle los caninos, como suele hacerse en estos casos. No podrá por más de encariñarse con unos señores que van a ser buenos con él.

—Y lo seremos, ya lo creo que sí —dijo Pencroff, que había olvidado todo su rencor contra «los bromistas»—. Bueno, muchacho, ¿qué tal estás?

El orangután respondió con un pequeño gruñido que no denotaba demasiado mal humor.

—Entonces, ¿quieres formar parte de la colonia? —preguntó el marino—. ¿Vas a entrar al servicio del señor Cyrus Smith?

Otro gruñido de aprobación del simio.

—¿Y te conformarás con la comida como sueldo?

Tercer gruñido afirmativo.

—Su conversación es un poco monótona —señaló Gedeon Spilett.

—Bueno —dijo Pencroff—, los mejores sirvientes son los que menos hablan. ¡Y además, no va a cobrar! ¿Lo oyes, muchacho? Para empezar, no te pagaremos un sueldo, pero más adelante te lo doblaremos si estamos contentos contigo.

Así fue como la colonia se incrementó con un nuevo miembro, que iba a prestarle más de un servicio. En cuanto al nombre que iban a ponerle, el marino propuso que, en recuerdo de otro mono

que había conocido, lo llamarían Júpiter, y Jup como diminutivo.

De este modo, sin más ceremonias, instalaron a Jup en Granite-house.

VII

*Proyectos pendientes – Un puente sobre el río de la Misericordia
– Convertir la meseta de Vistagrande en una isla – El puente
levadizo – La cosecha de trigo – El arroyo – Los puentecillos – El
corral – El palomar – Los dos onagros – La carreta con tiro –
Excursión al puerto del Globo*

Los colonos de la isla Lincoln habían reconquistado, pues, su vivienda sin haberse visto obligados a acceder por el antiguo desagadero, lo cual les ahorró realizar trabajos de albañilería. Había sido realmente providencial que, en el momento en que se disponían a hacerlo, la banda de simios hubiera sido presa de un terror, tan súbito como inexplicable, que los había expulsado de Granite-house. ¿Habían sentido acaso esos animales que iban a sufrir un serio ataque por otra vía? Esa era la única forma imaginable de interpretar su movimiento de retirada.

Durante las últimas horas de aquel día, los colonos transportaron los cadáveres de los simios al bosque, donde los enterraron. Después se dedicaron a reparar el desorden causado por los intrusos; desorden, y no desperfectos, pues, si bien habían revuelto el mobiliario de las habitaciones, no habían llegado a romper nada. Nab encendió de nuevo sus fogones y las reservas de la despensa proporcionaron una cena sustanciosa a la que todos hicieron los debidos honores.

No olvidaron a Jup, quien comió con apetito piñones y raíces de rizomas servidos en abundancia. Pencroff le había desatado los brazos, pero consideró conveniente no quitarle las ataduras de las piernas hasta el momento en que pudiera contar con su resignación.

Antes de acostarse, Cyrus Smith y sus compañeros, sentados alrededor de la mesa, comentaron algunos proyectos cuya ejecución

era urgente.

Los más importantes y apremiantes eran tender un puente sobre el río de la Misericordia, a fin de comunicar el sur de la isla con Granite-house, y construir un redil para alojar a los musmones y otros animales lanares que convenía capturar.

Estos dos proyectos, como se ve, iban encaminados a resolver la cuestión del vestido, que era en esos momentos la más importante. El puente facilitaría el transporte de la envoltura del globo, que proporcionaría la ropa blanca, y el redil debía darles la lana con la que hacer las prendas de invierno.

En cuanto al redil, la intención de Cyrus Smith era instalarlo en el nacimiento del arroyo Rojo, donde los rumiantes encontrarían pastos que les proporcionarían una alimentación fresca y abundante. El camino entre la meseta de Vistagrande y el nacimiento del arroyo estaba abierto en parte, y con una carreta mejor acondicionada que la primera, acarrear sería más fácil, sobre todo si conseguían capturar algún animal de tiro.

Pero, aunque no había ningún inconveniente en que el redil estuviera lejos de Granite-house, muy distinto era el caso del corral, sobre el que Nab llamó la atención de los colonos. Era preciso, en efecto, que las volátiles estuvieran al alcance del jefe de cocina, y ningún emplazamiento les pareció más favorable para establecer el corral en cuestión que esa parte de la orilla del lago que lindaba con el antiguo desagadero. Las aves acuáticas podrían prosperar allí tan bien como las otras, y la pareja de tinamúes capturada durante la última excursión serviría para un primer intento de domesticación.

Al día siguiente, 3 de noviembre, comenzaron las nuevas obras con la construcción del puente, y esa importante tarea exigió todos los brazos. Los colonos, convertidos en constructores, bajaron a la playa cargados de sierras, hachas, formones y martillos.

Una vez allí, Pencroff formuló una duda:

—¿Y si, durante nuestra ausencia, a Jup le entrara el capricho de retirar la escalera que tan galantemente nos lanzó ayer?

—Asegurémola por el extremo inferior —respondió Cyrus Smith.

Así lo hicieron mediante dos estacas firmemente clavadas en la arena. Luego los colonos subieron por la orilla izquierda del río de

la Misericordia y no tardaron en llegar al recodo que este formaba.

Se detuvieron a fin de examinar el lugar y decidir si deberían tender el puente allí. El sitio les pareció apropiado.

Desde ese punto hasta el puerto del Globo, descubierto el día anterior en la costa meridional, solo había una distancia de tres millas y media, y del puente al puerto sería fácil abrir un camino practicable con un carro, que facilitaría la comunicación entre Granite-house y el sur de la isla.

Cyrus Smith expuso entonces a sus compañeros un proyecto muy sencillo de ejecutar y a la vez muy beneficioso, sobre el que meditaba desde hacía algún tiempo. Se trataba de aislar por completo la meseta de Vistagrande a fin de ponerla a resguardo de todo ataque de cuadrúpedos o cuadrúmanos. De ese modo, Granite-house, las Chimeneas, el corral y toda la parte superior de la meseta, destinada al cultivo, quedarían protegidos de las depredaciones de los animales.

Nada más fácil de ejecutar que ese proyecto, y así era como el ingeniero pensaba operar.

La meseta ya se encontraba protegida en tres de sus lados por diferentes cursos de agua, bien artificiales o bien naturales.

Al noroeste, por la orilla del lago Grant, desde el ángulo donde estaba el antiguo desagadero hasta la abertura practicada en la orilla este para que saliera por allí el excedente de agua.

Al norte, desde dicha abertura hasta el mar, por el nuevo curso de agua, que había surcado un lecho en la meseta y en la playa, por encima y por debajo de la cascada, y bastaba ahondar el lecho de ese arroyo para hacer impracticable el paso a los animales.

Por todo el borde este, por el propio mar, desde la desembocadura del mencionado arroyo hasta la desembocadura del río de la Misericordia.

Y, por último, al sur, desde esta desembocadura hasta el recodo del río donde iban a construir el puente.

Quedaba, pues, abierta al primero que llegase la parte oeste de la meseta, comprendida entre el recodo del río y el ángulo sur del lago, a lo largo de una distancia inferior a una milla. Pero era muy fácil cavar un foso ancho y profundo que llenarían las aguas del lago, cuyo exceso caería por una segunda cascada en el lecho del río de la Misericordia. Indudablemente, esto haría descender un poco el

nivel del lago, pero Cyrus Smith había calculado que el caudal del arroyo Rojo era suficiente para permitir la ejecución de su proyecto.

—Así —añadió el ingeniero—, la meseta de Vistagrande, al estar rodeada de agua por todas partes, será una verdadera isla, y solo estará comunicada con el resto de nuestros dominios por el puente que vamos a tender sobre el río de la Misericordia, los dos puentecillos ya existentes por encima y por debajo respectivamente de la cascada, y otros dos que hay que construir, uno sobre el foso que les propongo excavar, y el otro en la orilla izquierda del río. Y si tanto el puente grande como los pequeños pueden ser elevados a voluntad, la meseta de Vistagrande estará a resguardo de toda sorpresa.

Para acompañar su explicación, Cyrus Smith había dibujado un mapa de la meseta, de modo que sus compañeros comprendieron inmediatamente el proyecto en su conjunto. Una opinión unánime lo aprobó, y Pencroff, empuñando su hacha de carpintero, dijo:

—¡Primero de todo, el puente!

Esa era la tarea más urgente. Seleccionaron unos árboles, los talaron, los desramaron e hicieron con ellos vigas, maderos y tablas. Ese puente, fijo en la parte que se apoyaba en la orilla derecha del río, debía ser móvil en la parte unida a la orilla izquierda, de manera que pudiera ser levantado mediante contrapesos, como algunos puentes de esclusa.

Como todo el mundo comprenderá, fue un trabajo considerable, y aunque realizado con habilidad, exigió cierto tiempo, ya que el río de la Misericordia tenía una anchura de unos ochenta pies. Así pues, hubo que clavar estacas en el lecho del río, a fin de sostener el tablero fijo del puente, y construir un martinete para golpear la cabeza de las estacas, las cuales debían formar dos arcos y permitir que el puente soportara cargas pesadas.

Afortunadamente, no escaseaban ni las herramientas para trabajar la madera, ni las piezas de hierro para afianzarla, ni el ingenio de un hombre al que se le daban de maravilla estos trabajos, ni, por último, el celo de sus compañeros, los cuales, después de siete meses, necesariamente habían adquirido una gran habilidad manual. Y, preciso es decirlo, Gedeon Spilett no era el más torpe y rivalizaba en destreza con el propio marino, que «jamás hubiera esperado tanto de un simple periodista».

Tardaron en construir el puente del río de la Misericordia tres semanas, trabajando de manera intensiva. Como hacía un tiempo magnífico, comían allí mismo y solo volvían a Granite-house para cenar.

Durante ese período pudieron constatar que Jup no tenía dificultades para adaptarse y se familiarizaba con sus nuevos amos, a los que seguía mirando con mucha curiosidad. Sin embargo, como medida de precaución, Pencroff todavía no le daba libertad total de movimientos; quería esperar, cosa razonable, a que los límites de la meseta fueran infranqueables gracias a las obras proyectadas. Top y Jup se llevaban estupendamente y jugaban juntos con agrado, aunque Jup lo hacía todo con mucha gravedad.

El 20 de noviembre el puente quedó terminado. La parte móvil, equilibrada por contrapesos, basculaba con facilidad, y bastaba un ligero esfuerzo para levantarla; entre el gozne y el último travesaño sobre el que se apoyaba al cerrarla, había un espacio de veinte pies, anchura suficiente para que los animales no pudieran salvarlo.

Los colonos hablaron entonces de ir a buscar la envoltura del aerostato, ya que estaban impacientes por ponerla a buen recaudo. Pero, para transportarla, era preciso llevar una carreta hasta el puerto del Globo y, por consiguiente, abrir un camino a través de los espesos macizos del Far-West. Eso exigía cierto tiempo. Así pues, Nab y Pencroff fueron al puerto a hacer una visita de reconocimiento, y como comprobaron que la «reserva de tela» no sufría ningún daño en la gruta donde había sido almacenada, decidieron no interrumpir las obras que afectaban a la meseta de Vistagrande.

—Eso nos permitirá construir el corral en mejores condiciones —señaló Pencroff—, ya que no tendremos que temer ni visitas de zorros ni agresiones de otros animales dañinos.

—Sin contar con que podremos desbrozar la meseta —añadió Nab—, trasplantar plantas silvestres...

—¡Y preparar nuestro segundo campo de trigo! —dijo el marino con aire triunfal.

Y es que, en efecto, el primer trigal, sembrado con un único grano, había prosperado admirablemente gracias a los cuidados de Pencroff. Había producido las diez espigas anunciadas por el ingeniero y, puesto que en cada espiga había ochenta granos, seis

meses más tarde la colonia poseía ochocientos granos, lo que prometía una doble cosecha cada año.

Así pues, esos ochocientos granos, menos cincuenta que iban a reservar por prudencia, serían sembrados en un nuevo campo y con no menos cuidado que el grano único.

Prepararon el campo, lo rodearon con una empalizada fuerte, alta y puntiaguda que los cuadrúpedos difícilmente podrían saltar. En cuanto a los pájaros, unos ruidosos molinetes y unos horrendos muñecos, debidos a la imaginación caprichosa de Pencroff, bastaron para ahuyentarlos. Hecho esto, depositaron los setecientos cincuenta granos en pequeños surcos perfectamente regulares y la naturaleza se encargó del resto.

El 21 de noviembre, Cyrus Smith empezó a trazar el foso que debía cerrar la meseta por el oeste, desde el ángulo sur del lago Grant hasta el recodo del río de la Misericordia. Allí había dos o tres pies de tierra vegetal y, debajo, granito. Hubo, pues, que fabricar de nuevo nitroglicerina, y la nitroglicerina surtió el efecto acostumbrado. En menos de quince días excavaron en el duro suelo de la meseta un foso de doce pies de ancho y seis de hondo. Abrieron, por el mismo procedimiento, otra brecha en la orilla rocosa del lago, y las aguas se precipitaron por ese nuevo lecho formando un riachuelo al que pusieron el nombre de arroyo Glicerina y que se convirtió en un afluente del río de la Misericordia. Tal como había anunciado el ingeniero, el nivel del lago bajó, pero de forma casi imperceptible. Por último, para completar el cerco, ensancharon considerablemente el cauce del arroyo en la playa y contuvieron la arena mediante una doble empalizada.

En la primera quincena de diciembre, estas obras quedaron definitivamente terminadas y la meseta de Vistagrande, es decir, una especie de pentágono irregular con un perímetro de unas cuatro millas y rodeado por un cinturón líquido, quedó totalmente protegido de cualquier ataque.

Durante ese mes de diciembre hizo mucho calor. Sin embargo, los colonos no quisieron interrumpir la ejecución de sus proyectos y, como empezaba a ser urgente organizar el corral, procedieron a ello.

Huelga decir que, en cuanto la meseta estuvo completamente

cerrada, dejaron a Jup en libertad. Este no se separaba de sus amos ni manifestaba ningún deseo de escapar. Era un animal apacible, aunque muy vigoroso y dotado de una agilidad sorprendente. ¡Nadie subía como él la escalera de Granite-house! Ya le encargaban algunas tareas, como arrastrar cargas de leña y acarrear las piedras que habían extraído del lecho del arroyo Glicerina.

—Todavía no es albañil, pero ya es un mono —decía bromeando Harbert, en alusión a ese sobrenombre de «mono» que los albañiles aplican a sus aprendices. Y jamás un nombre estuvo tan justificado como ese.

El corral ocupó un área de doscientas yardas cuadradas en la orilla sudoeste del lago. Lo rodearon de una empalizada y construyeron varios refugios para los animales que debían poblarlo. Se trataba de chozas hechas con ramas y divididas en compartimentos, que muy pronto estuvieron listas para albergar a sus ocupantes.

Los primeros fueron la pareja de tinamúes, que no tardaron en dar numerosas crías. Los tinamúes tuvieron por compañeros a media docena de patos, habituales de las orillas del lago. Algunos pertenecían a esa especie china cuyas alas se abren en abanico y que, por el brillo y la vivacidad de su plumaje, rivalizan con los faisanes dorados. Unos días más tarde, Harbert capturó una pareja de gallináceas con cola redondeada de largas plumas, unos magníficos *alectors* que no tardaron en ser domesticados. Y los pelícanos, los martines pescadores y las pollas de agua acudieron por sí solos al corral, y toda aquella gente menuda, después de algunas disputas, zureando, piando y cloqueando, acabó por entenderse y aumentó en una proporción tranquilizadora para la alimentación futura de la colonia.

Cyrus Smith quiso completar su obra y para ello construyó en una esquina del corral un palomar donde alojaron a una docena de las palomas que frecuentaban las altas rocas de la meseta. Esas palomas se acostumbraron fácilmente a volver todas las tardes a su nueva morada y se mostraron más propensas a ser domesticadas que sus congéneres las torcaces, las cuales solo se reproducen en libertad.

Finalmente había llegado el momento de utilizar, para la confección de la ropa blanca, la envoltura del aerostato, pues

guardarla tal cual y exponerse a abandonar la isla en un globo de aire caliente, sobre un mar podría decirse que infinito, solo habría sido admisible para unas personas carentes de todo, y Cyrus Smith, como hombre práctico que era, no podía contemplar esa posibilidad.

Se trataba, pues, de llevar la envoltura a Granite-house, para lo cual los colonos se propusieron hacer su pesada carreta más manejable y ligera. Pero, aunque tenían el vehículo, les faltaba el motor. ¿No habría en la isla algún rumiante de una especie autóctona que pudiera reemplazar al caballo, el burro, el buey o la vaca? Esa era la cuestión.

—La verdad es que nos sería muy útil un animal de tiro —decía Pencroff— hasta que el señor Cyrus tenga a bien construir una carreta de vapor, o incluso una locomotora, porque sin duda alguna un día tendremos una línea de ferrocarril que vaya de Granite-house al puerto del Globo, con un ramal hacia el monte Franklin.

Y cuando decía esto, el honrado marino lo creía firmemente. ¡Ah, hasta dónde puede llegar la imaginación cuando la fe se une a ella!

En cualquier caso, sin exagerar, un simple cuadrúpedo capaz de tirar habría bastado para contentar a Pencroff, y como la Providencia tenía debilidad por él, no se hizo de rogar.

Un buen día, concretamente el 23 de diciembre, oyeron a la vez a Nab gritar y a Top ladrar a cuál más y mejor. Los colonos, que estaban ocupados en las Chimeneas, temiendo que hubiera ocurrido algún enojoso incidente, acudieron de inmediato.

¿Y qué vieron? Dos hermosos animales de gran tamaño que se habían aventurado imprudentemente a entrar en la meseta aprovechando que los puentecillos no estaban cerrados. Parecían dos caballos, o al menos dos asnos, macho y hembra, de formas finas, pelaje bayo, patas y cola blancas, y rayas negras en la cabeza, el cuello y el tronco. Se acercaban tranquilamente, sin manifestar ninguna inquietud, y miraban con ojos vivos a aquellos hombres en los que todavía no podían reconocer a sus amos.

—¡Son onagros! —exclamó Harbert—. ¡Unos cuadrúpedos a medio camino entre la cebra y el cuaga!

—¿Y por qué no son asnos? —preguntó Nab.

—Porque no tienen las orejas largas y sus formas son más

gracias.

—Asnos o caballos —dijo Pencroff—, son «motores», como diría el señor Smith, y en calidad de tales conviene capturarlos.

El marino avanzó entre las hierbas, sin espantar a los dos animales, hasta el puentecillo del arroyo Glicerina. Una vez allí, lo bajó, y los onagros quedaron atrapados.

¿Se apoderarían ahora de ellos por la fuerza y los someterían a una domesticación forzada? No. Decidieron dejarlos moverse libremente durante unos días por la meseta, donde abundaba la hierba, y el ingeniero hizo construir inmediatamente, junto al corral, un establo en el que los onagros encontraran refugio para pasar la noche, con un buen lecho de paja.

Así pues, los colonos dejaron a esta magnífica pareja total libertad de movimientos e incluso evitaron acercarse a ella para no asustarla. No obstante, los onagros parecieron experimentar varias veces la necesidad de marcharse de la meseta, demasiado reducida para ellos, acostumbrados a los amplios espacios y los bosques profundos. Los veían en tales ocasiones seguir el cinturón de agua, que constituía una barrera infranqueable, proferir unos rebuznos agudos y galopar entre la hierba; y cuando se tranquilizaban, permanecían horas enteras mirando aquellos grandes bosques a los que no podían volver.

Sin embargo, habían confeccionado arneses de fibras vegetales, y unos días después de haber capturado a los onagros no solo la carreta estaba lista para enganchar las caballerías, sino que habían trazado a través del bosque del Far-West un camino recto, o más bien una alameda, desde el recodo del río de la Misericordia hasta el puerto del Globo. Podían, pues, circular por allí con la carreta, y hacia finales de diciembre hicieron el primer intento con los onagros.

Pencroff ya había engatusado a los animales lo suficiente para que fuesen a comer de su mano, y estos dejaban que los colonos se les acercasen sin dificultad; pero, una vez enganchados, se encabritaron, y les costó mucho contenerlos. Con todo, no tardarían en plegarse a este nuevo servicio, pues en las zonas montañosas del África austral es frecuente utilizar al onagro, menos rebelde que la cebra, como animal de tiro, e incluso en Europa, en zonas relativamente frías, se ha logrado aclimatarlo.

Aquel día, toda la colonia excepto Pencroff, que caminaba a la cabeza de sus animales, montó en la carreta y tomó el camino del puerto del Globo. Ni que decir tiene que fueron zarandeados a base de bien durante el viaje por ese tortuoso camino; pero el vehículo llegó sin incidentes y el mismo día pudieron cargar la envoltura y los diversos aparejos del aerostato.

A las ocho de la tarde, la carreta, después de haber cruzado de vuelta el puente del río de la Misericordia, bajó por la orilla izquierda y se detuvo en la playa. Los onagros fueron desenganchados y conducidos al establo, y Pencroff, antes de dormirse, dejó escapar un suspiro de satisfacción que el eco de Granite-house repitió ruidosamente.

VIII

*La ropa blanca – Zapatos de piel de foca – Fabricación de
piróxilo – Diferentes siembras – La pesca – Los huevos de tortuga
– Los progresos de Jup – El redil – Caza de musmones – Nuevas
riquezas vegetales y animales – Recuerdos de la patria ausente*

La primera semana de enero estuvo dedicada a confeccionar la ropa blanca necesaria para la colonia. Las agujas encontradas en la caja trabajaron entre dedos vigorosos, ya que no delicados, y se puede afirmar que lo que estos cosieron quedó sólidamente cosido.

Hilo no faltó, gracias a la idea que tuvo Cyrus Smith de aprovechar el que había servido para coser las tiras del aerostato. Gedeon Spilett y Harbert descosieron con una paciencia admirable estas largas tiras, mientras que Pencroff se vio obligado a dejar de hacer este trabajo porque lo sacaba de sus casillas; en cambio, cuando llegó la hora de coser, no tuvo rival. Nadie ignora, en efecto, que los marinos poseen unas aptitudes notables para la costura.

A continuación limpiaron las telas que componían la envoltura del aerostato con sosa y potasa obtenidas mediante la incineración de plantas, de tal modo que el algodón, sin la capa de barniz, recuperó su blandura y elasticidad naturales; después, sometido a la acción decolorante de la atmósfera, adquirió una blancura perfecta.

Hicieron unas docenas de camisas y de calcetines, estos últimos no de punto, claro, sino de tela cosida. Qué placer supuso para los colonos ponerse por fin ropa interior nueva —muy tosca, sin duda, pero no iban a preocuparse por tan poca cosa— y acostarse entre sábanas, que convirtieron los camastros de Granite-house en camas en toda regla.

Fue también en esa época cuando hicieron zapatos de piel de

foca, que sustituyeron convenientemente el calzado traído de América. Se puede afirmar que estos zapatos nuevos eran anchos y largos, y no magullaron jamás los pies de los caminantes.

A principios del año 1866, el calor fue persistente, pero la caza no se interrumpió. Realmente abundaban los agutíes, los pecarís, los carpinchos, los canguros y, en general, toda clase de animales de pelo y pluma, y Gedeon Spilett y Harbert eran ya demasiado buenos tiradores para desperdiciar un solo disparo.

Cyrus Smith les recomendaba siempre que ahorraran municiones, y tomó medidas para sustituir la pólvora y el plomo que habían encontrado en la caja, pues quería reservarlos para el futuro. ¿Sabía acaso adónde podía llevarlos el azar, a él y a los suyos, si un día abandonaban la isla? Había que prever, pues, todas las necesidades que podía depararles lo desconocido y ahorrar municiones sustituyéndolas por otras sustancias fácilmente renovables.

Para sustituir el plomo, de cuya existencia en la isla Cyrus Smith no había encontrado ningún indicio, utilizó sin sufrir demasiado perjuicio granalla de hierro, que era fácil de fabricar. Como esos granos pesan menos que los de plomo, tuvo que hacerlos más grandes y, por lo tanto, en cada carga cabían menos, pero la habilidad de los cazadores suplió ese defecto. En cuanto a la pólvora, Cyrus Smith habría podido hacerla, pues tenía a su disposición salitre, azufre y carbón; pero esa preparación exige unos cuidados extremos y sin instrumentos especiales es difícil producirla de buena calidad.

Cyrus Smith prefirió, pues, fabricar piróxilo, es decir, fulmicotón, sustancia en la que el algodón no es indispensable, pues en su composición solo entra como celulosa. La celulosa no es otra cosa que el tejido elemental de los vegetales y se encuentra prácticamente en estado puro no solo en el algodón, sino en las fibras textiles del cáñamo y del lino, en el papel, la ropa vieja, la médula del saúco, etcétera. Y precisamente los saúcos abundaban en la isla, en las proximidades de la desembocadura del arroyo Rojo; de hecho, los colonos ya utilizaban como sustitutivo del café las bayas de esos arbustos, que pertenecen a la familia de las caprifoliáceas.

Así pues, la médula de saúco, es decir, la celulosa, simplemente

había que recogerla, y en cuanto a la otra sustancia necesaria para fabricar el piróxilo, no era más que ácido nítrico fumante. Y puesto que Cyrus Smith tenía ácido sulfúrico a su disposición, ya había podido producir fácilmente ácido nítrico tratando el salitre que le proporcionaba la naturaleza.

En consecuencia, decidió fabricar y utilizar piróxilo, aun reconociendo que presentaba inconvenientes bastante graves, como un efecto muy desigual, una excesiva inflamabilidad, ya que se inflama a 170° en lugar de a 240°, y una deflagración demasiado instantánea que puede deteriorar las armas de fuego. En cambio, las ventajas del piróxilo consistían en que la humedad no lo alteraba, que no ensuciaba el cañón de las escopetas y que su fuerza de propulsión era cuatro veces mayor que la de la pólvora corriente.

Para hacer piróxilo basta sumergir celulosa en ácido nítrico fumante durante un cuarto de hora, a continuación lavarla con agua abundante y dejarla secar. Como ven, sencillísimo.

Cyrus Smith solo tenía a su disposición ácido nítrico corriente, no ácido nítrico fumante o monohidratado, es decir, un ácido que emite vapores blancuzcos al entrar en contacto con el aire húmedo; pero sustituyendo este último por ácido nítrico corriente, mezclado en la proporción de tres a cinco volúmenes con ácido sulfúrico concentrado, el ingeniero debía obtener el mismo resultado y lo obtuvo. Así pues, los cazadores de la isla tuvieron muy pronto a su disposición una sustancia perfectamente preparada y que, empleada con discreción, dio excelentes resultados.

Hacia esa época, los colonos roturaron tres acres de la meseta de Vistagrande, mientras que el resto fue conservado como prado para que sirviese de pasto a los onagros. Hicieron varias excursiones a los bosques del Jacamar y del Far-West, de las que volvieron con una verdadera cosecha de vegetales silvestres —espinacas, berros, rábanos blancos, nabas— que un cultivo inteligente no tardaría en modificar y que equilibrarían el régimen alimenticio nitrogenado al que habían estado sometidos hasta entonces los colonos de la isla Lincoln. Llevaron asimismo considerables cantidades de leña y de carbón. Cada excursión era, al mismo tiempo, una ocasión para mejorar los caminos, cuya calzada se aplanaba poco a poco bajo las ruedas de la carreta.

El conejar seguía proporcionando su contingente de conejos a las

despensas de Granite-house. Como estaba situado un poco más allá del punto donde nacía el arroyo Glicerina, sus habitantes no podían penetrar en la meseta reservada ni, por lo tanto, devastar las recientes plantaciones. En cuanto al banco de ostras, que se encontraba entre las rocas de la playa y cuyos productos se renovaban con frecuencia, daba excelentes moluscos a diario. Además, la pesca, tanto en las aguas del lago como en las del río de la Misericordia, no tardó en ser fructífera, ya que Pencroff había instalado unos sedales de fondo, provistos de anzuelos de hierro, en los que picaban con frecuencia unas truchas hermosísimas y ciertos peces muy sabrosos cuyos flancos plateados estaban salpicados de manchitas amarillas. Todo esto permitía a Nab, encargado de las tareas culinarias, variar agradablemente el menú de cada comida. Tan solo el pan seguía faltando en la mesa de los colonos, y como hemos dicho era una privación que acusaban sobremanera.

También por esa época cazaron tortugas marinas, que frecuentaban las playas del cabo Mandíbula. Allí, la arena estaba erizada de pequeños montículos que contenían unos huevos perfectamente esféricos, de cáscara blanca y dura, y cuya albúmina tiene la propiedad de no coagularse como la de los huevos de ave. El sol era el responsable de su eclosión, y su número era muy considerable, ya que cada tortuga puede poner anualmente hasta doscientos cincuenta.

—Un verdadero campo de huevos —dijo Gedeon Spilett—, y no hay más que recogerlos.

Pero no se conformaron con los productos, sino que se dedicaron también a cazar a los productores, actividad que permitió llevar a Granite-house una docena de esos quelonios, realmente muy valiosos desde el punto de vista alimentario. La sopa de tortuga, sazónada con hierbas aromáticas y acompañada de algunas crucíferas, hizo que Nab, su autor, recibiera con frecuencia merecidos elogios.

Hay que mencionar aquí otra afortunada circunstancia que permitió a los colonos surtirse de nuevas reservas para el invierno. Bandadas de salmones se aventuraron en el río de la Misericordia y remontaron su curso a lo largo de varias millas. Era la época en la que las hembras, buscando lugares apropiados para desovar, precedían ruidosamente a los machos a través de las aguas dulces.

Un millar de estos peces, que medían hasta dos pies y medio de longitud, se adentró en el río, y bastó colocar unas cuantas barreras para retener una gran cantidad de ellos. Capturaron de ese modo varios centenares, que fueron salados y reservados para el invierno, cuando los cursos de agua estuvieran helados y fuera imposible pescar.

Fue en esa época cuando asignaron al inteligentísimo Jup las funciones de camarero. Lo habían vestido con una chaquetilla, unos pantalones cortos de tela blanca y un delantal cuyos bolsillos le hacían feliz, pues metía las manos en ellos y no soportaba que nadie se los registrara. El hábil orangután había sido maravillosamente adiestrado por Nab, y se habría dicho que el negro y el simio se comprendían cuando hablaban el uno con el otro. Además, Jup sentía por Nab una simpatía real que era mutua. A no ser que tuvieran necesidad de sus servicios, ya fuera para acarrear leña o para trepar a la copa de algún árbol, Jup pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina y trataba de imitar a Nab en todo lo que le veía hacer. El maestro, por lo demás, demostraba una paciencia e incluso un celo extremos en la instrucción de su discípulo, y el discípulo aprovechaba las lecciones que le daba su maestro con una inteligencia notable.

Imaginen, pues, la satisfacción que produjo Jup a los comensales de Granite-house cuando un buen día, sin previo aviso, fue a la mesa a servirles con una servilleta sobre el brazo. Hábil y atento, hizo su trabajo con una destreza perfecta: cambió los platos, llevó las fuentes, llenó los vasos, todo con una seriedad que hizo muchísima gracia a los colonos y entusiasmó a Pencroff.

—¡Jup, la sopa!

—¡Jup, un poco de agutí!

—¡Jup, un plato!

—¡Bravo, Jup! ¡Eres un genio, Jup!

No se oían más que cosas de este tenor, y Jup, sin mostrar ni pizca de desconcierto, respondía a todo, estaba atento a todo, y asintió con su inteligente cabeza cuando Pencroff, repitiendo la broma del primer día, le dijo:

—Decididamente, Jup, habrá que doblarte el sueldo.

Huelga decir que el orangután ya se había aclimatado totalmente a Granite-house y que acompañaba a menudo a sus

amos al bosque sin manifestar jamás ningún deseo de huir. Había que verlo en esas ocasiones andar de un modo de lo más cómico, con un bastón que le había hecho Pencroff y que llevaba al hombro como si fuera una escopeta. Si necesitaban coger algún fruto de la copa de un árbol, subía en un abrir y cerrar de ojos. Y si la rueda de la carreta se atascaba en el fango, ¡con qué energía empujaba para sacarla!

—¡Qué mocetón! —exclamaba a menudo Pencroff—. ¡Si en vez de ser tan bueno, fuera igual de malo, no habría quien pudiera con él!

Hacia finales de enero, los colonos empezaron a realizar grandes obras en la parte central de la isla. Habían decidido construir cerca del nacimiento del arroyo Rojo, al pie del monte Franklin, un redil destinado a los rumiantes, cuya presencia habría resultado molesta en Granite-house, y más concretamente a los muflones, que debían proporcionar la lana para confeccionar ropa de invierno.

Todas las mañanas, la colonia, en ocasiones al completo, aunque la mayoría de las veces representada solo por Cyrus Smith, Harbert y Pencroff, iba al nacimiento del arroyo, y con la ayuda de los onagros era un simple paseo de cinco millas, bajo una bóveda de vegetación, por aquel camino recién trazado que recibió el nombre de camino del Redil.

Allí habían elegido un vasto emplazamiento, justo en la cara opuesta a la ladera meridional de la montaña. Era un prado, con algunas arboledas, situado al pie mismo de un contrafuerte que lo cerraba por un lado. Un riachuelo que nacía en sus laderas, después de regarlo en diagonal iba a perderse en el arroyo Rojo. La hierba era fresca, y los árboles que crecían diseminados permitían al aire circular libremente por su superficie. Bastaba, pues, cercar dicho prado con una empalizada dispuesta circularmente, cuyos extremos se apoyarían en el contrafuerte y que fuera lo suficientemente alta para que los animales, por ágiles que fuesen, no pudieran saltarla. Ese recinto tendría capacidad para albergar, a la vez que a un centenar de animales astados, musmones o cabras salvajes, a las crías que nacieran en el futuro.

Así pues, el ingeniero trazó el perímetro del redil, y tuvieron que proceder a talar los árboles necesarios para construir la empalizada; pero como abrir el camino ya había exigido sacrificar cierto número

de troncos, los transportaron y obtuvieron de ellos un centenar de estacas que fueron firmemente clavadas en el suelo.

En la parte anterior de la empalizada dejaron sitio para una entrada bastante ancha y la cerraron con una puerta de dos batientes hecha con fuertes maderos, que unas barras exteriores reforzarían.

La construcción de este redil no requirió menos de tres semanas, pues, además de hacer la empalizada, Cyrus Smith levantó vastos cobertizos de tablas donde los rumiantes podrían refugiarse. Además, había sido necesario hacer muy sólidas esas construcciones, pues los muflones son animales robustos y cabía temer que al principio se mostraran violentos. Las estacas, puntiagudas en su extremo superior, que fue endurecido con fuego, habían sido unidas mediante travesaños atornillados, y unos puntales colocados cada cierta distancia aseguraban la solidez del conjunto.

Una vez terminado el redil, se trataba de llevar a cabo una gran batida al pie del monte Franklin, por los pastos que frecuentaban los rumiantes. Esa operación se realizó el 7 de febrero, un hermoso día de verano, y todo el mundo participó en ella. Los dos onagros, bastante bien domados ya y montados por Gedeon Spilett y Harbert, fueron de gran ayuda en esa circunstancia.

La maniobra consistía únicamente en ojear a los muflones y las cabras y estrechar poco a poco el cerco de batida en torno a ellos. Cyrus Smith, Pencroff, Nab y Jup se apostaron en diferentes puntos del bosque, mientras que los dos jinetes y Top galopaban en un radio de media milla alrededor del redil.

Los muflones abundaban en esa parte de la isla. Esos hermosos animales, del tamaño de los gamos, con unos cuernos más fuertes que los de los carneros y una lana grisácea mezclada con largos pelos, parecían argalíes.

¡Aquella jornada de caza fue agotadora! ¡Cuántas idas y venidas, cuántas carreras en una dirección y en la contraria, cuántos gritos proferidos! De un centenar de muflones ojeados, más de dos tercios escaparon de los ojeadores; pero, al final, una treintena de esos rumiantes y una decena de cabras salvajes, obligadas a retroceder poco a poco hacia el redil, cuya puerta abierta parecía ofrecerles una salida, se precipitaron hacia allí y pudieron ser encerrados.

En resumidas cuentas, el resultado fue satisfactorio y los colonos no tuvieron motivos de queja. La mayoría de los muflones eran hembras, algunas de las cuales no tardarían en parir. No cabía duda, pues, de que el rebaño prosperaría y de que en un plazo breve dispondrían no solo de lana, sino también de pieles en abundancia.

Esa noche, los cazadores regresaron extenuados a Granite-house. Sin embargo, ello no les impidió volver al día siguiente al redil. Los prisioneros habían intentado derribar la empalizada, pero no lo habían conseguido y no tardaron en tranquilizarse.

Durante ese mes de febrero no ocurrió ningún acontecimiento relevante. Siguieron trabajando a diario con método y, a la vez que mejoraban los caminos del redil y del puerto del Globo, empezaron a practicar un tercero que, partiendo del cercado, se dirigía hacia la costa occidental. La parte todavía desconocida de la isla Lincoln seguía siendo la de los grandes bosques que cubrían la península Serpentina, donde se refugiaban las fieras de las que Gedeon Spilett pensaba limpiar sus dominios.

Antes de que volviera el frío, también prodigaron con asiduidad los mayores cuidados al cultivo de las plantas silvestres que habían sido trasplantadas del bosque a la meseta de Vistagrande. Harbert no volvía de ninguna excursión sin llevar unos cuantos vegetales útiles. Un día eran unas muestras de la familia de las chicoriáceas, cuyas semillas podían proporcionar mediante presión un aceite excelente; otro era una acedera común, cuyas propiedades antiescorbúticas no eran nada desdeñables; o algunos de esos preciosos tubérculos que siempre se han cultivado en la América meridional, esas patatas de las que hoy existen más de doscientas especies. El huerto, ahora bien cuidado, bien regado y bien defendido de los pájaros, estaba dividido en pequeños bancales en los que crecían lechugas, patatas rojas, acederas, nabas, rábanos y otras crucíferas. En la meseta, la tierra era prodigiosamente fértil y cabía esperar que las cosechas fueran abundantes.

Tampoco faltaban bebidas, por lo que, siempre y cuando no se pidiera vino, ni los más exigentes podían quejarse. Al té de Oswego que proporcionaban las monardas dídimas y el licor fermentado extraído de las raíces de drago, Cyrus Smith había añadido auténtica cerveza. La elaboró con brotes jóvenes de *Abies nigra*, que, después de haber hervido y fermentado, dieron esa bebida

agradable y particularmente higiénica que los angloamericanos llaman *spruce-beer*, es decir, cerveza de abeto.

Hacia finales del verano, el corral estaba habitado por una hermosa pareja de avutardas pertenecientes a la especie hubara, caracterizada por una suerte de mantelete de plumas, una docena de patos cuchara, cuya mandíbula superior se prolongaba en ambos lados por un apéndice membranoso, y magníficos gallos de cresta, carúncula y epidermis negras, semejantes a los gallos de Mozambique, que se pavoneaban por la orilla del lago.

Así pues, todo iba sobre ruedas gracias a la actividad de aquellos hombres valerosos e inteligentes. La Providencia hacía mucho por ellos, indudablemente, pero, fieles al gran precepto, empezaban por ayudarse a sí mismos sin esperar a que el cielo acudiera en su ayuda.

Aquellos calurosos días de verano, al atardecer, cuando habían terminado de trabajar y se levantaba la brisa marina, les gustaba sentarse al borde de la meseta de Vistagrande, bajo un tejadillo cubierto de plantas trepadoras que Nab había hecho con sus propias manos. Allí charlaban, se instruían unos a otros, hacían planes, y el inagotable buen humor del marino alegraba incesantemente a aquellos compañeros entre los que jamás había dejado de reinar la más perfecta armonía.

Hablaban también de su país, de la querida y gran América. ¿Cómo iría la guerra de Secesión? ¡Evidentemente, no había podido prolongarse mucho! ¡Seguro que Richmond no había tardado nada en caer en manos del general Grant! La toma de la capital de los confederados debía de haber sido el último acto de esa funesta lucha. El triunfo del Norte había supuesto el triunfo de la buena causa. ¡Ah, qué buena acogida habría recibido un periódico entre los exiliados de la isla Lincoln! Ya hacía once meses que se había interrumpido toda comunicación entre ellos y el resto de los humanos; faltaba muy poco para el 24 de marzo, el aniversario del día en que el globo los había dejado en esas costas desconocidas. Entonces no eran más que unos náufragos que ni siquiera sabían si podrían disputar a los elementos su miserable vida. Ahora, en cambio, gracias a los conocimientos de su jefe y a su propia inteligencia, eran unos auténticos colonos provistos de armas, de herramientas y de instrumentos, que habían sabido transformar en

su provecho los animales, las plantas y los minerales de la isla, es decir, los tres reinos de la naturaleza.

Sí, hablaban a menudo de todas esas cosas y seguían haciendo muchos planes para el futuro.

Cyrus Smith, sin embargo, permanecía la mayor parte del tiempo en silencio, escuchaba a sus compañeros más de lo que hablaba. En ocasiones sonreía al escuchar una reflexión de Harbert o una humorada de Pencroff, pero en todo momento y lugar pensaba en aquellos hechos inexplicables, en aquel extraño enigma que seguía sin comprender.

IX

*Mal tiempo – El ascensor hidráulico – Fabricación de cristales,
vasos y botellas – El árbol del pan – Visitas frecuentes al redil –
Aumento del rebaño – Una pregunta del reportero – Coordenadas
exactas de la isla Lincoln – Propuesta de Pencroff*

Durante la primera semana de marzo, el tiempo cambió. Había habido luna llena a principios de mes y el calor seguía siendo excesivo. Se notaba que la atmósfera estaba cargada de electricidad y realmente cabía temer un período más o menos largo de tiempo tormentoso.

En efecto, el día 2 empezó a tronar con una violencia extrema. El viento soplaba del este y el granizo atacó directamente la fachada de Granite-house, crepitando como una ráfaga de metralla. Hubo que cerrar herméticamente la puerta y las contraventanas para que no se inundaran las habitaciones.

Al ver caer aquel pedrisco, algunos de cuyos granos eran del tamaño de un huevo de paloma, Pencroff solo pensó en una cosa: que su campo de trigo corría un serio peligro.

E inmediatamente fue corriendo a su trigal, donde empezaban ya a asomar las puntitas verdes de las espigas, y lo protegió cubriéndolo con una gruesa lona mientras era literalmente lapidado sin que de su boca saliera una queja.

El mal tiempo duró ocho días, durante los cuales no cesó de tronar en las profundidades del cielo. Entre tormenta y tormenta, seguían oyéndose rugidos sordos más allá de los límites del horizonte, hasta que volvía a tronar con renovado furor. Los relámpagos surcaban el cielo y cayeron varios rayos sobre árboles de la isla, uno de ellos un enorme pino que se alzaba junto al lago, en la linde del bosque. La playa recibió también en dos o tres

ocasiones el ataque del fluido eléctrico, que fundió la arena y la vitrificó. Al encontrar aquellas fulguritas, el ingeniero pensó que sería posible proveer a las ventanas de cristales gruesos y sólidos que pudieran desafiar al viento, la lluvia y el granizo.

Como no tenían trabajos urgentes que hacer en el exterior, los colonos aprovecharon el mal tiempo para trabajar en el interior de Granite-house, cuyo acondicionamiento avanzaba de día en día. El ingeniero instaló un torno que le permitió modelar algunos utensilios de aseo y de cocina, y especialmente botones, cuya carencia se dejaba sentir vivamente. Habían instalado también un armero para guardar las escopetas, que eran mantenidas en perfecto estado, y ni las estanterías ni los armarios dejaban nada que desear. Serraban, cepillaban, limaban, torneaban, y durante todo ese período de mal tiempo solo se oyó el chirrido de las herramientas o el runrún del torno respondiendo a los rugidos de la tormenta.

No habían olvidado, ni mucho menos, a Jup, el cual ocupaba un cuarto aparte junto al almacén general, una especie de camarote con una litera provista siempre de paja limpia donde estaba de maravilla.

—¡Este Jup no protesta nunca de nada! —decía a menudo Pencroff—. ¡Y nunca le oyes una respuesta inconveniente! ¡Qué sirviente, Nab, qué sirviente!

—Yo le he enseñado —contestaba Nab—, y pronto me igualará.

—Te superará —replicaba riendo el marino—, porque, quieras que no, Nab, tú hablas, y él no.

Ni que decir tiene que Jup ya dominaba todo lo relacionado con el servicio. Sacudía la ropa, hacía girar el asador, barría las habitaciones, servía la mesa, colocaba la leña y —detalle que encantaba a Pencroff— jamás se acostaba sin haber arropado al digno marino en su cama.

En cuanto a la salud de los miembros de la colonia, bípedos o bímanos, cuadrúmanos o cuadrúpedos, no dejaba nada que desear. Con esa vida al aire libre, en ese terreno salubre, en esa zona templada, trabajando con el cerebro y con las manos, no podían creer que fuesen a caer enfermos jamás.

Todos se encontraban perfectamente bien. Harbert había crecido dos pulgadas en un año; su figura se transformaba para hacerse más viril. Todo indicaba que iba a convertirse en un hombre tan bien

desarrollado física como moralmente. Aprovechaba todos los ratos libres que le dejaban las ocupaciones manuales para instruirse; leía los libros encontrados en la caja y, aparte de las lecciones prácticas que extraía de la propia necesidad de su situación, encontraba en el ingeniero, para las ciencias, y en el reportero, para las lenguas, unos maestros que se complacían en completar su educación.

El ingeniero tenía la idea fija de transmitir al muchacho todo lo que sabía, instruirlo tanto con el ejemplo como con la palabra, y Harbert aprovechaba ampliamente las lecciones de su profesor.

«Si yo muero —pensaba Cyrus Smith—, será él quien me reemplazará.»

El tiempo tormentoso acabó hacia el 9 de marzo, pero el cielo siguió encapotado todo ese último mes del verano. La atmósfera, profundamente alterada por aquellas sacudidas eléctricas, no recuperó su pureza anterior y, salvo tres o cuatro días buenos que favorecieron excursiones de todo tipo, hubo casi invariablemente lluvia y niebla.

Por esa época, el onagro hembra tuvo una cría que pertenecía al mismo sexo que su madre y que nació sin problemas. En el redil se produjo, por la misma causa, un aumento del rebaño de musmones; varios corderitos balaban ya en los cobertizos, para gran regocijo de Nab y Harbert, que tenían cada uno su favorito entre los recién nacidos.

Hicieron también un intento de domesticar a los pecarís, intento que fue un éxito total. Construyeron junto al corral una pocilga donde muy pronto hubo varias crías que iban civilizándose, es decir, engordando gracias a los cuidados de Nab. Jup, encargado de llevarles la comida diaria, consistente en agua de fregar, desperdicios, etcétera, realizaba concienzudamente su tarea. A veces le daba por hacer travesuras a costa de sus pequeños huéspedes y les tiraba del rabo, pero era para jugar, no por maldad, pues aquellos rabitos retorcidos le divertían como si fueran juguetes y su instinto era el de un niño.

Un día de ese mes de marzo, Pencroff, hablando con el ingeniero, le recordó una promesa que este aún no había tenido tiempo de cumplir.

—Usted habló de un aparato que permitiría prescindir de las largas escaleras de Granite-house, señor Cyrus —le dijo—. ¿No lo

instalará algún día?

—¿Se refiere a una especie de ascensor? —preguntó Cyrus Smith.

—Llamémoslo ascensor, si lo desea —respondió el marino—. El nombre es lo de menos, con tal de que nos suba sin cansarnos hasta nuestra casa.

—No se me ocurre nada más fácil, Pencroff, pero ¿es de alguna utilidad?

—Desde luego, señor Cyrus. Después de habernos provisto de lo necesario, pensemos un poco en la comodidad. Para las personas, quizá sea un lujo, ¡pero para las cosas es indispensable! ¡No es tan cómodo trepar por una larga escalera de mano cuando uno lleva una pesada carga!

—Está bien, Pencroff, intentaremos contentarlo —dijo Cyrus Smith.

—Pero no dispone de ninguna máquina.

—Haremos una.

—¿Una máquina de vapor?

—No, una máquina de agua.

Y en efecto, para manejar el aparato había allí, a disposición del ingeniero, una fuerza natural que este podía utilizar sin gran dificultad.

Para ello, bastaba aumentar el caudal de la pequeña desviación realizada en el lago y que proporcionaba agua en el interior de Granite-house. El orificio practicado entre las piedras y las hierbas, en el extremo superior del desagadero, fue, pues, agrandado, lo que hizo que al fondo del corredor se formara un potente salto de agua cuyo exceso salía por el pozo interior. Debajo de este salto, el ingeniero instaló un cilindro con paletas que estaba unido, en el exterior, a una rueda con una fuerte sogá enrollada que sostenía un cesto. De este modo, mediante una larga cuerda que llegaba hasta el suelo y que permitía poner en marcha el motor hidráulico o pararlo, uno podía subir en el cesto hasta la puerta de Granite-house.

El ascensor funcionó por primera vez el 17 de marzo, y a plena satisfacción de todos. En lo sucesivo, todo —leña, carbón, provisiones y los propios colonos— fue izado mediante ese sistema tan sencillo, que sustituyó la primitiva escalera sin que a nadie se le ocurriera echarla de menos. Top se mostró particularmente

encantado con esa mejora, pues no tenía ni podía tener la habilidad de Jup para subir peldaños, y muchas veces había tenido que realizar el ascenso a Granite-house sobre los hombros de Nab o incluso sobre los del orangután.

Por esa época también, Cyrus Smith intentó fabricar vidrio, para lo cual, lo primero que tuvo que hacer fue adaptar el antiguo horno de alfarería para este nuevo uso. Esto presentaba dificultades bastante grandes, pero, tras varias tentativas infructuosas, consiguió montar un taller de vidriería del que Gedeon Spilett y Harbert, los ayudantes naturales del ingeniero, no salieron durante unos días.

En cuanto a las sustancias que entran en la composición del vidrio, son únicamente arena, creta y sosa (carbonato o sulfato). La playa proporcionaba la arena, la cal proporcionaba la creta, las plantas marinas proporcionaban la sosa, las piritas proporcionaban el ácido sulfúrico y el suelo proporcionaba la hulla para calentar el horno a la temperatura deseada. Cyrus Smith contaba, pues, con todo lo necesario para llevar a cabo la operación.

El utensilio cuya fabricación supuso mayor dificultad fue el puntel, un tubo de hierro de cinco o seis pies de largo, que sirve para retirar por uno de sus extremos la materia que se mantiene en estado de fusión. Sin embargo, enrollando una plancha de hierro larga y delgada como el cañón de una escopeta, Pencroff consiguió fabricar ese utensilio, que estuvo muy pronto en condiciones de funcionar.

El 28 de marzo calentaron vivamente el horno. Cien partes de arena, treinta y cinco de creta y cuarenta de sulfato de sosa, mezcladas con dos o tres partes de carbón en polvo, compusieron la sustancia, que fue depositada en los crisoles de tierra refractaria. Cuando la elevada temperatura del horno la hubo reducido al estado líquido, o más bien al estado pastoso, Cyrus Smith cogió con el puntel cierta cantidad de esa pasta, la movió repetidamente en sentido circular sobre una plancha de metal previamente dispuesta hasta darle la forma apropiada para el soplado y le pasó el puntel a Harbert diciéndole que soplara por el otro extremo.

—¿Como para hacer pompas de jabón? —preguntó el joven.

—Exacto —respondió el ingeniero.

Harbert, hinchando los carrillos, sopló con tanta eficacia a través del puntel, sin parar de darle vueltas, que la masa vítrea se dilató.

Fueron añadiendo más sustancia en fusión hasta obtener una burbuja que medía un pie de diámetro. Entonces Cyrus Smith recuperó el puntel e, imprimiéndole un movimiento pendular, acabó por alargar la burbuja maleable para darle una forma cilíndrico-cónica.

La operación de soplado había dado, pues, un cilindro de vidrio rematado por dos casquetes hemisféricos, que fueron desprendidos fácilmente utilizando un hierro cortante mojado con agua fría; luego, por el mismo procedimiento, el cilindro fue cortado en sentido longitudinal y, después de haberlo hecho de nuevo maleable mediante un segundo calentamiento, extendido sobre una plancha y aplanado con un rodillo de madera.

Ya habían fabricado el primer vidrio, y bastaba repetir cincuenta veces la operación para tener cincuenta vidrios. Así que las ventanas de Granite-house no tardaron en ser provistas de placas diáfanas, quizá no muy blancas, pero suficientemente transparentes.

En cuanto a la cristalería, es decir, vasos y botellas, fue un juego de niños. Los aceptaban, además, tal como salían del puntel. Pencroff había pedido que lo dejaran soplar y se lo pasaba en grande haciéndolo, pero soplaba tan fuerte que sus productos adoptaban las formas más graciosas, lo cual causaba su admiración.

Durante una de las excursiones que hicieron en esa época, descubrieron un árbol cuyos frutos fueron a incrementar los recursos alimentarios de la colonia.

Un día que iban de caza, Cyrus Smith y Harbert se habían adentrado en el bosque del Far-West, a la izquierda del río de la Misericordia. Como siempre, el joven le hacía al ingeniero miles de preguntas a las que este respondía gustoso. Pero con la caza sucede lo mismo que con todas las ocupaciones del mundo, y es que, cuando no se hacen con el celo debido, hay muchas posibilidades de no obtener los resultados esperados. Y como, por un lado, Cyrus Smith no era cazador, y por otro, Harbert iba hablando de química y física, aquel día muchos canguros, carpinchos y agutíes escaparon a los disparos del joven pese a haberse puesto a tiro. Por consiguiente, teniendo en cuenta que el día estaba ya muy avanzado, los dos cazadores ya daban casi por seguro que habían hecho una excursión inútil cuando Harbert se detuvo y, profiriendo un grito de alegría, dijo:

—¡Señor Cyrus, mire ese árbol!

Más que un árbol, lo que señalaba era un arbusto, pues se componía de un tallo simple, cubierto de una corteza escamosa, del que brotaban unas hojas surcadas de venillas paralelas.

—¿Y qué árbol es ese que parece una palmera en miniatura? —preguntó Cyrus Smith.

—Es un *Cycas revoluta*, y en nuestro diccionario de historia natural aparece una reproducción.

—Pero no veo que este arbusto tenga ningún fruto.

—No, señor Cyrus —contestó Harbert—, pero su tronco contiene una harina que la naturaleza nos ofrece ya molida.

—Entonces, ¿es el árbol del pan?

—¡Sí! ¡El árbol del pan!

—En tal caso, hijo mío, en espera de la cosecha de trigo, es un valioso descubrimiento para nosotros. ¡Manos a la obra, y quiera el cielo que no te hayas equivocado!

Harbert no se había equivocado. Partió el tallo de una cica, que estaba compuesto de un tejido glandular y contenía cierta cantidad de médula harinosa, atravesada por haces leñosos separados por anillos de la misma sustancia dispuestos concéntricamente. Esa fécula estaba mezclada con un jugo mucilaginoso de un sabor desagradable, pero que sería fácil separar mediante presión. Esa sustancia celular formaba una verdadera harina de calidad superior, sumamente nutritiva y que en otros tiempos las leyes japonesas prohibían exportar.

Cyrus Smith y Harbert, después de haber estudiado detenidamente la zona del Far-West donde crecían las cicas, tomaron unos puntos de referencia y regresaron a Granite-house, donde dieron a conocer su descubrimiento.

Al día siguiente, los colonos regresaron al lugar y Pencroff, cada vez más entusiasmado con su isla, le preguntó al ingeniero:

—Señor Cyrus, ¿cree usted que hay islas de náufragos?

—¿Qué entiende por eso, Pencroff?

—Pues entiendo islas creadas ex profeso para naufragar convenientemente en ellas y en las que pobres diablos puedan arreglárselas siempre.

—Es posible —contestó, sonriendo, el ingeniero.

—Es seguro, señor mío —repuso Pencroff—, y no lo es menos

que la isla Lincoln es una de ellas.

Regresaron a Granite-house con una abundante cosecha de tallos de cicas. El ingeniero construyó una presa para extraer el jugo mucilaginoso mezclado con la fécula y obtuvo una considerable cantidad de harina que, entre las manos de Nab, se transformó en tortas y pastas. Todavía no era auténtico pan de trigo, pero casi.

Por esa época también, onagros, cabras y ovejas del redil proporcionaban diariamente la leche necesaria para la colonia. La carreta, o más bien una especie de carricoche ligero que la había reemplazado, hacía frecuentes viajes al redil, y cuando le tocaba ir a Pencroff, llevaba a Jup para que condujera él, una tarea que Jup, haciendo restallar el látigo, llevaba a cabo con su inteligencia habitual.

Todo prosperaba, pues, tanto en el redil como en Granite-house, y realmente los colonos no tenían motivos de queja aparte de la circunstancia de estar lejos de su patria. Es más, se habían adaptado tan bien a esa vida, se habían acostumbrado tanto a esa isla que no habrían dejado su hospitalario suelo sin pesar.

No obstante, el amor al propio país está tan arraigado en el corazón humano que, si hubieran avistado inopinadamente un barco, los colonos le habrían hecho señas, habrían llamado su atención para que fuera en su busca y luego se habrían marchado. Entretanto, vivían aquella existencia feliz y temían, más que deseaban, que un acontecimiento cualquiera viniese a interrumpirla.

Pero ¿quién podría jactarse de haber domeñado alguna vez a la suerte y de hallarse a salvo de sus reveses?

Sea como fuere, la isla Lincoln, donde los colonos vivían desde hacía más de un año, era con frecuencia el tema de su conversación, y un día alguien hizo una observación que provocaría más adelante graves consecuencias.

Era 1 de abril, domingo de Pascua, día que Cyrus Smith y sus compañeros habían santificado con el descanso y la oración. Había sido un día precioso, tal como puede serlo un día de octubre en el hemisferio boreal.

Al atardecer, después de cenar, estaban todos reunidos bajo el tejadillo, en el borde de la meseta de Vistagrande, mirando ponerse el sol en el horizonte. Nab había servido unas tazas de esa infusión

de semillas de saúco que sustituía al café. Charlaban de la isla y de su situación aislada en el Pacífico cuando a Gedeon Spilett se le ocurrió decir:

—Querido Cyrus, ¿ha establecido de nuevo la posición de la isla después de haber encontrado el sextante en la caja?

—No —respondió el ingeniero.

—Pues quizá convendría hacerlo con ese instrumento, ya que es más perfecto que el que usted utilizó.

—¿Para qué? —dijo Pencroff—. ¡La isla está donde está!

—Indudablemente —dijo Gedeon Spilett—, pero es posible que la imperfección de los instrumentos influyera negativamente en la exactitud de las observaciones, y puesto que es fácil comprobarlo...

—Tiene razón, querido Spilett —dijo el ingeniero—. Debería haber realizado esa verificación, aunque, si cometí algún error, no debe de sobrepasar los 5° en longitud o en latitud.

—¡Quién sabe! —exclamó el reportero—. ¿Y si estuviéramos mucho más cerca de una tierra habitada de lo que creemos?

—Mañana lo sabremos —respondió Cyrus Smith—. De hecho, si no fuera porque la acumulación de ocupaciones no me ha dejado un momento libre, ya lo sabríamos.

—El señor Cyrus es demasiado buen observador para haberse equivocado, y si la isla no se ha movido de sitio, está donde él la puso.

—Ya lo veremos.

Al día siguiente, el ingeniero, utilizando el sextante, hizo las observaciones necesarias para verificar las coordenadas que había obtenido y el resultado de la operación fue el que expondremos a continuación.

La primera observación le había dado la siguiente situación de la isla Lincoln:

Entre 150° y 155° de longitud oeste.

Entre 30° y 35° de latitud sur.

La segunda dio exactamente:

150° 30' de longitud oeste.

34° 57' de latitud sur.

Así pues, pese a la imperfección de sus instrumentos, Cyrus Smith había operado con tanta habilidad que su error no había sobrepasado los 5º.

—Ahora —dijo Gedeon Spilett—, puesto que, además de un sextante, tenemos un atlas, veamos, querido Cyrus, qué posición ocupa exactamente la isla Lincoln en el Pacífico.

Harbert fue a buscar el atlas, que, como sabemos, había sido editado en Francia y cuya nomenclatura, por consiguiente, estaba en francés.

Desplegaron el mapa del Pacífico y el ingeniero, compás en mano, se dispuso a determinar su situación.

De repente, el compás se detuvo en su mano y el ingeniero dijo:

—¡Pero si en esta zona del Pacífico hay una isla!

—¿Una isla? —dijo Pencroff.

—La nuestra, supongo, ¿no? —dijo Gedeon Spilett.

—No —respondió Cyrus Smith—. Esa isla está situada a 153º de longitud y 37º 11' de latitud, es decir, dos grados y medio más al oeste y dos grados más al sur que la isla Lincoln.

—¿Y qué isla es esa? —preguntó Harbert.

—La isla Tabor.

—¿Es importante?

—No, es un islote perdido en el Pacífico y quizá jamás visitado.

—Pues nosotros lo visitaremos —dijo Pencroff.

—¿Nosotros?

—Sí, señor Cyrus. Construiremos una barca con cubierta y yo me encargaré de pilotarla. ¿A qué distancia estamos de la isla Tabor?

—Unas ciento cincuenta millas al nordeste —contestó Cyrus Smith.

—¡Ciento cincuenta millas! ¿Qué es eso? —repuso Pencroff—. Con un viento favorable, en cuarenta y ocho horas estamos allí.

—Pero ¿para qué? —preguntó el reportero.

—No sabemos. Habrá que verlo.

Y, tras esta respuesta, decidieron que construirían una embarcación para poder hacerse a la mar hacia el mes de octubre, a comienzos del verano.

X

Construcción del barco – Segunda cosecha de trigo – Caza de koalas – Una nueva planta más agradable que útil – Una ballena a la vista – El arpón de Vineyard – Descuartizamiento del cetáceo – Uso de las barbas de ballena – El fin del mes de mayo – A Pencroff ya no le queda nada que desear

Cuando a Pencroff se le metía en la cabeza llevar a cabo un proyecto, no paraba ni dejaba parar a nadie hasta haberlo ejecutado. Ahora quería visitar la isla Tabor, y como para realizar esa travesía era necesaria una embarcación de cierto tamaño, había que construir dicha embarcación.

Este es el plan que trazó el ingeniero, de acuerdo con el marino.

El barco tendría una quilla de treinta y cinco pies y mediría nueve pies de manga, lo que le permitiría ser veloz si su profundidad y su línea de flotación eran las adecuadas, mientras que no debería sobrepasar los seis pies de calado, suficiente para mantenerse contra la deriva. Tendría cubierta de un extremo a otro, dos escotillas, a través de las cuales se accedería a dos camarotes separados por un tabique, y aparejo de sloop, con cangreja, trinquetilla, fortuna, espiga y foque, velamen muy manejable, fácil de amainar en caso de turbonada y muy apropiado para navegar de bolina. Por último, construirían el casco de modo que los tablazones estuvieran al mismo nivel en lugar de superponerse, y en cuanto al armazón, lo colocarían en caliente después de haber encajado los tablazones, que estarían montados sobre falsas cuadernas.

¿Qué madera emplearían para construir el barco? ¿La de olmo o la de abeto, abundantes las dos en la isla? Se decidieron por la de abeto, madera un poco «resquebradiza», en expresión de los carpinteros, pero fácil de trabajar y que soporta la inmersión en el

agua tan bien como la de olmo.

Una vez resueltos estos detalles, acordaron que, puesto que faltaban seis meses para la llegada del verano, Cyrus Smith y Pencroff trabajarían solos en el barco. Gedeon Spilett y Harbert debían continuar cazando, y ni Nab ni Jup, su ayudante, abandonarían las tareas domésticas que tenían asignadas.

Inmediatamente después de elegir los árboles, los talaron y los serraron en forma de tablas igual que lo habrían hecho unos chiquichaques. Ocho días después, en el hueco existente entre las Chimeneas y la muralla, había un astillero en marcha y sobre la arena descansaba una quilla de treinta y cinco pies de longitud, provista de un codaste en el extremo correspondiente a la popa y de un estrave en el correspondiente a la proa.

Cyrus Smith no había avanzado a tientas en esta nueva tarea. Tenía conocimientos de construcción marítima como los tenía de casi todo y previamente había hecho pruebas en papel del gálibo de la embarcación. Además, le ayudaba Pencroff, que había trabajado unos años en un astillero de Brooklyn y conocía la práctica del oficio. Así pues, las falsas cuadernas no fueron acopladas a la quilla sin antes haber realizado serios cálculos y maduras reflexiones.

Pencroff, nadie lo pondrá en duda, trabajó con todo su entusiasmo en la nueva empresa y, si por él hubiera sido, no la habría dejado ni un solo instante.

Una sola operación tuvo el privilegio de apartarlo del astillero, pero solo por un día. Fue la segunda cosecha de trigo, efectuada el 15 de abril. Había sido un éxito, como la primera, y dio la proporción de granos anunciada.

—¡Cinco celemines, señor Cyrus! —dijo Pencroff, después de haber medido escrupulosamente su tesoro.

—Cinco celemines —repitió el ingeniero—. A ciento treinta mil granos por celemin, eso hace seiscientos cincuenta mil granos.

—Esta vez lo sembraremos todo —dijo el marino—, ¡menos una pequeña reserva, claro!

—Sí, Pencroff, y si la próxima cosecha da un rendimiento proporcional, tendremos cuatro mil celemines.

—¿Y comeremos pan?

—Comeremos pan.

—Pero habrá que hacer un molino, ¿no?

—Pues haremos un molino.

El tercer campo de trigo fue, pues, incomparablemente más extenso que los dos primeros, y la tierra, preparada con un cuidado extremo, recibió la preciosa semilla. Hecho esto, Pencroff volvió a su trabajo.

Mientras tanto, Gedeon Spilett y Harbert cazaban en los alrededores, y llegaron a adentrarse bastante en las zonas todavía desconocidas del Far-West, aunque con las escopetas cargadas con balas por si tenían un mal encuentro. Era una inextricable maraña de árboles magníficos y apretados unos contra otros, como si les faltara espacio. Explorar esas masas boscosas era extremadamente difícil y el reportero no se aventuraba nunca por allí sin llevar la brújula de bolsillo, pues el sol a duras penas traspasaba el espeso ramaje y habría resultado difícil encontrar el camino. A veces, lógicamente, la caza escaseaba más en esos lugares donde los animales no tenían mucha libertad de movimientos. No obstante, durante la última quincena de abril cazaron tres grandes herbívoros. Eran koalas, un ejemplar de los cuales los colonos habían visto al norte del lago, y se dejaron matar tontamente entre las grandes ramas de los árboles en los que habían buscado refugio. Llevaron las pieles a Granite-house y, con ayuda de ácido sulfúrico, las sometieron a una especie de curtido que las hizo utilizables.

Durante una de esas excursiones hicieron también un descubrimiento precioso desde otro punto de vista, y este lo debieron a Gedeon Spilett.

Era el 30 de abril. Los dos cazadores se habían internado por el sudoeste del Far-West y el reportero, que iba unos cincuenta pasos por delante de Harbert, llegó a una especie de claro en el que los árboles, más espaciados, dejaban penetrar algunos rayos.

Al principio, a Gedeon Spilett le sorprendió el olor que despedían ciertos vegetales de tallos rectos, cilíndricos y ramosos, que producían unas flores dispuestas en racimos y unas semillas pequeñísimas. El reportero arrancó uno o dos de estos tallos y retrocedió hasta donde estaba el muchacho, al que le dijo:

—Mira, Harbert, ¿qué es esto?

—¿Dónde ha encontrado esa planta, señor Spilett?

—Allí, en un claro, y crece en abundancia.

—Pues se trata, señor Spilett —dijo Harbert—, de un hallazgo

que le garantiza todo el derecho al agradecimiento de Pencroff.

—Es tabaco, ¿eh?

—Sí. No de primera calidad, pero tabaco al fin y al cabo.

—¡Ah, el amigo Pencroff va a ponerse contentísimo! ¡Pero no se lo fumará todo él, qué demonios! ¡Tendrá que dejarnos nuestra parte!

—Tengo una idea, señor Spilett —dijo Harbert—. No le digamos nada a Pencroff por el momento. Prepararemos las hojas y un buen día le presentaremos una pipa cargada.

—De acuerdo, Harbert, y ese día a nuestro digno compañero ya no le quedará nada que desear en este mundo.

El reportero y el muchacho hicieron una buena provisión de la preciosa planta y regresaron a Granite-house, donde la introdujeron «clandestinamente» y con tantas precauciones como si Pencroff hubiera sido el más severo de los aduaneros.

Hicieron partícipes del secreto a Cyrus Smith y a Nab, y el marino no sospechó nada durante todo el tiempo, bastante largo, que fue necesario para secar las delgadas hojas, picarlas y someterlas a cierta torrefacción sobre piedras calientes. Todas esas manipulaciones exigieron dos meses, pero pudieron hacerlas sin que Pencroff se enterara, pues este, ocupado en la construcción del barco, no volvía a Granite-house hasta la hora de dormir.

Sin embargo, y aun a su pesar, tuvo que interrumpir una vez más su trabajo favorito. Fue el 1 de mayo, con motivo de una partida de pesca que requirió la participación de todos los colonos.

Desde hacía unos días, habían observado a un enorme animal que nadaba en las aguas de la isla Lincoln, a dos o tres millas de distancia. Era una ballena de gran tamaño que, con toda probabilidad, pertenecía a la especie austral denominada «ballena del Cabo».

—¡Sería una gran suerte si nos hiciéramos con ella! —exclamó el marino—. Si tuviéramos una embarcación apropiada y un arpón en buen estado, a buen seguro que diría: «Capturémosla, porque es un ejemplar que vale la pena».

—Pues me habría gustado verle manejar el arpón, Pencroff. Debe de ser un espectáculo curioso.

—Muy curioso y no exento de peligro —dijo el ingeniero—. Pero, puesto que no tenemos los medios necesarios para atacar a ese

animal, es inútil ocuparse de él.

—Me extraña ver una ballena en esta latitud relativamente elevada —dijo el reportero.

—¿Por qué, señor Spilett? —repuso Harbert—. Estamos precisamente en esa zona del Pacífico que los pescadores ingleses y americanos llaman el Whale-Field, campo de ballenas, y es aquí, entre Nueva Zelanda y Sudamérica, donde el número de ballenas del hemisferio austral es mayor.

—Así es, en efecto —dijo Pencroff—. Lo que me sorprende a mí es que no hayamos visto más. Aunque, después de todo, como no podemos acercarnos a ellas, da igual.

Pencroff volvió a su trabajo no sin soltar un suspiro apesadumbrado, pues en todo marino hay un pescador, y si el placer de la pesca está en relación directa con el tamaño del animal, no cuesta imaginar lo que siente un ballenero en presencia de una ballena.

¡Y si se hubiera tratado solo del placer...! Pero no podían dejar de tener en cuenta el provecho que la colonia habría sacado de semejante presa, pues el aceite, la grasa y las barbas se podían destinar a muchos usos.

Pero resultó que la ballena avistada no parecía querer abandonar las aguas de la isla. Así que, bien desde las ventanas de Granite-house, bien desde la meseta de Vistagrande, ni Harbert y Gedeon Spilett, cuando no estaban de caza, ni Nab, sin dejar de vigilar los fogones, soltaban el antejo para observar todos los movimientos del animal. El cetáceo, profundamente adentrado en la vasta bahía de la Unión, la surcaba rápidamente desde el cabo Mandíbula hasta el cabo de la Zarpa, impulsado por su poderosísima aleta caudal, sobre la que se apoyaba y se movía a una velocidad que a veces llegaba a las doce millas por hora. A veces también, se acercaba tanto al islote que se la podía distinguir perfectamente. Era sin duda alguna la ballena austral, que es totalmente negra y tiene la cabeza más deprimida que las ballenas del norte.

La veían asimismo soltar por los orificios nasales, y a una gran altura, una nube de vapor... o de agua, porque —por chocante que parezca— los naturalistas y los balleneros todavía no se han puesto de acuerdo sobre esa cuestión. ¿Es aire o es agua lo que expulsan?

Por regla general, se admite que es vapor, el cual, al condensarse súbitamente por entrar en contacto con el aire frío, cae en forma de lluvia.

Sin embargo, la presencia de ese mamífero marino preocupaba a los colonos. Y sobre todo irritaba a Pencroff, al que distraía mientras trabajaba. Acababa por querer tener aquella ballena igual que le pasa a un niño con un objeto que le niegan. Por las noches, soñaba con ella en voz alta, y a buen seguro que, si hubiera tenido medios para atacarla, si la chalupa hubiera estado en condiciones de resistir, no habría dudado en lanzarse en su persecución.

Pero lo que los colonos no podían hacer, el azar lo hizo por ellos. El 3 de mayo, unos gritos de Nab, asomado a la ventana de la cocina, anunciaron que la ballena había encallado cerca de la orilla de la isla.

Harbert y Gedeon Spilett, que iban a salir de caza, dejaron la escopeta, Pencroff soltó el hacha, Cyrus Smith y Nab se reunieron con sus compañeros y todos juntos se dirigieron rápidamente hacia el lugar de la encalladura.

Esta se había producido en la playa de la punta del Pecio, a tres millas de Granite-house y con la marea alta. Era, pues, muy probable que el cetáceo no pudiera liberarse fácilmente. En cualquier caso, había que darse prisa para cortarle la retirada en caso necesario. Los colonos acudieron corriendo con picos y chuzos. Cruzaron el puente del río de la Misericordia, bajaron por la orilla derecha, siguieron por la playa y en menos de veinte minutos estaban ante el enorme animal, sobre el cual ya pululaban montones de pájaros.

—¡Vaya monstruo! —exclamó Nab.

Y la expresión era apropiada, porque era una ballena austral de ochenta pies de largo, un gigante de la especie que no debía de pesar menos de ciento cincuenta mil libras.

Sin embargo, el monstruo embarrancado no se movía ni trataba de ponerse a flote debatiéndose mientras la marea todavía estaba alta.

Los colonos encontraron muy pronto la explicación de su inmovilidad, cuando, al bajar la marea, dieron una vuelta alrededor del animal.

Estaba muerto, y un arpón salía de su flanco izquierdo.

—¿Hay, entonces, balleneros en nuestros parajes? —dijo inmediatamente Gedeon Spilett.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el marino.

—Por ese arpón...

—Ah, señor Spilett, eso no demuestra nada —repuso el marino—. Se han visto ballenas que han recorrido miles de millas con un arpón clavado en un flanco, y si esta hubiera sido herida en el norte del Atlántico y hubiera venido a morir al sur del Pacífico, el hecho no tendría nada de sorprendente.

—Así y todo... —dijo Gedeon Spilett, al que la afirmación de Pencroff no satisfacía.

—Es perfectamente posible —dijo Cyrus Smith—. Pero examinemos el arpón. Tal vez, según una práctica bastante extendida, los balleneros hayan grabado en él el nombre de su barco.

En efecto, Pencroff, tras arrancar el arpón que el animal tenía clavado en el flanco, leyó en él esta inscripción:

Maria-Stella
Vineyard

—¡Un barco de Vineyard! ¡De mi país! —exclamó—. ¡El *Maria-Stella*! ¡Un gran ballenero, vaya que sí, lo conozco muy bien! ¡Ah, amigos míos, un barco de Vineyard, un ballenero de Vineyard!

El marino, empuñando el arpón, repetía emocionado ese nombre que le resultaba tan querido, ese nombre de su país natal.

Pero, como no era previsible que el *Maria-Stella* fuera a reclamar el animal arponeado por sus marinos, decidieron proceder a descuartizarla antes de que se iniciara el proceso de descomposición. Las aves de rapiña, que vigilaban desde hacía varios días a esa succulenta presa, no querían esperar más para tomar posesión de ella y hubo que ahuyentarlas a tiros.

La ballena era hembra y sus ubres proporcionaron gran cantidad de una leche que, en opinión del naturalista Dieffenbach, podía pasar por leche de vaca, y en efecto, no difiere de esta ni por el sabor, ni por el color, ni por la densidad.

Pencroff había trabajado tiempo atrás en un barco ballenero, lo que le permitió dirigir metódicamente la operación de

descuartizamiento, operación bastante desagradable que duró tres días, pero ante la cual ninguno de los colonos retrocedió, ni siquiera Gedeon Spilett, el cual, en palabras del marino, acabaría siendo «un excelente náufrago».

La grasa, cortada en lonchas paralelas de dos pies y medio de grosor y dividida a continuación en trozos que podían pesar mil libras cada uno, fue fundida en grandes recipientes de barro llevados al lugar del descuartizamiento para evitar que las inmediaciones de la meseta de Vistagrande apestaran, y en la fusión perdió alrededor de un tercio de su peso. Pero había en profusión: solo la lengua dio seis mil libras de aceite, y el labio inferior, cuatro mil. Además de esa materia grasa, que garantizaba durante mucho tiempo la provisión de estearina y de glicerina, estaban las barbas, para las que sin duda encontrarían un uso aunque en Granite-house no utilizaran ni paraguas ni corsés. La parte superior de la boca del cetáceo estaba provista, a ambos lados, de ochocientas láminas córneas, muy elásticas, de contextura fibrosa y que en los bordes forman como dos grandes peines, cuyas púas, de seis pies de longitud, sirven para retener los miles de animálculos, pececillos y moluscos de que se alimenta la ballena.

Una vez terminada la operación, con gran satisfacción por parte de los operarios, estos abandonaron los restos del animal a los pájaros, que harían desaparecer hasta los últimos vestigios, y reanudaron las tareas cotidianas en Granite-house.

No obstante, antes de volver al astillero, a Cyrus Smith se le ocurrió la idea de fabricar unos artilugios que excitaban vivamente la curiosidad de sus compañeros. Cogió una docena de barbas de ballena, las cortó en seis partes iguales y les afiló la punta.

—Y eso, señor Cyrus, ¿para qué servirá? —preguntó Harbert cuando la operación estuvo terminada.

—Para matar lobos, zorros e incluso jaguares —respondió el ingeniero.

—¿Ahora?

—No, este invierno, cuando dispongamos de hielo.

—No lo entiendo... —dijo Harbert.

—Enseguida lo entenderás, hijo —contestó el ingeniero—. Este artilugio no lo he inventado yo; lo emplean con frecuencia los cazadores aleutianos en la América rusa. Estas barbas que ven aquí,

amigos míos, cuando hiele, las curvaré, las mojaré con agua hasta que queden completamente recubiertas de una capa de hielo que mantendrá su curvatura y las esparciré sobre la nieve, después de haberlas ocultado previamente bajo una capa de grasa. ¿Qué sucederá si un animal hambriento se come uno de estos cebos? Pues que el calor de su estómago fundirá el hielo y la barba, al estirarse, lo atravesará con sus puntas afiladas.

—¡Qué ingenioso! —dijo Pencroff.

—Y permite ahorrar pólvora y balas —contestó Cyrus Smith.

—¡Es mejor que las trampas! —añadió Nab.

—Esperemos, pues, a que llegue el invierno.

—Esperemos a que llegue.

Pese a estas interrupciones, la construcción del barco avanzaba. Hacia finales de mes estaba medio forrado y ya se podía ver que sus formas serían excelentes para navegar bien.

Pencroff trabajaba con un ardor sin igual; hacía falta tener una naturaleza robusta como la suya para resistir ese ritmo. Pero sus compañeros le preparaban en secreto una recompensa por tantos esfuerzos y el 31 de mayo iba a experimentar una de las mayores alegrías de su vida.

Aquel día, nada más acabar de cenar, en el momento en que iba a levantarse de la mesa, Pencroff notó el peso de una mano sobre su hombro.

Era la mano de Gedeon Spilett, el cual le dijo:

—Un momento, señor Pencroff, no se vaya tan deprisa. ¿No quiere postre?

—Gracias, señor Spilett —respondió el marino—, pero voy a volver al trabajo.

—¿Y una taza de café, amigo mío?

—No, tampoco.

—¿Y qué le parecería una pipa?

Pencroff se había levantado de golpe, y su cara de buenazo palideció al ver que el reportero le presentaba una pipa bien llena y Harbert una brasa para encenderla.

El marino intentó decir algo sin conseguirlo, pero cogió la pipa, se la acercó a los labios y, aplicando la brasa, dio cinco o seis bocanadas una tras otra.

Se formó una nube azulada y aromática, y desde las

profundidades de esa nube se oyó una voz delirante que repetía:

—¡Tabaco! ¡Auténtico tabaco!

—Sí, Pencroff —dijo Cyrus Smith—, ¡y excelente!

—¡Divina Providencia! ¡Sagrado autor de todas las cosas! —exclamó el marino—. ¡Ahora ya no falta nada en nuestra isla!

Y Pencroff fumaba, fumaba sin parar.

—¿Quién ha hecho este descubrimiento? —preguntó por fin—. Seguro que has sido tú, Harbert.

—No, Pencroff, ha sido el señor Spilett.

—¡Señor Spilett! —exclamó el marino estrechando contra su pecho al reportero, que jamás había recibido un abrazo semejante.

—¡Uf, Pencroff! —dijo Gedeon Spilett mientras recobraba el aliento, comprometido por unos instantes—. Haga partícipes de su agradecimiento a Harbert, que ha sido quien ha identificado la planta, a Cyrus, que la ha preparado, y a Nab, que ha sufrido lo suyo para guardar el secreto.

—Amigos míos, un día les pagaré esto con creces —dijo el marino—. Les estaré eternamente agradecido.

XI

El invierno – Enfurtido de la lana – El molino – Una idea fija de Pencroff – Las barbas de ballena – Para qué puede servir un albatros – El combustible del futuro – Top y Jup – Tempestades – Daños en el corral – Una excursión al pantano – Cyrus Smith solo – Exploración del pozo

Con el mes de junio, que es el diciembre de las zonas boreales, llegaba el invierno, y la ocupación principal pasó a ser la confección de ropa resistente y de abrigo.

Los musmones del redil habían sido esquilados y, por lo tanto, lo único que había que hacer era transformar en tela esa preciosa materia textil que es la lana.

Huelga decir que Cyrus Smith, dado que no disponía ni de cardadoras, ni de peinadoras, ni de alisadoras, ni de estiradoras, ni de retorcedoras, ni de mule-jenny, ni de selfactina para hilar la lana, ni de telar para tejerla, tuvo que proceder de una forma más sencilla a fin de prescindir del hilado y el tejido. Se proponía, en efecto, ni más ni menos que utilizar la propiedad que poseen los filamentos de lana de enmarañarse, cuando se los presiona en todos los sentidos, y de constituir, por su simple entrecruzamiento, esa tela que llamamos fieltro. El fieltro podía obtenerse, pues, mediante un simple enfurtido, operación que, si bien disminuye la flexibilidad de la tela, aumenta de manera considerable sus propiedades de conservación del calor. Y precisamente la lana proporcionada por los musmones era de hebras muy cortas, lo cual es una buena condición para hacer fieltro.

El ingeniero, ayudado por sus compañeros, incluido Pencroff — ¡el marino tuvo que abandonar otra vez su barco!—, empezó a realizar las operaciones preliminares, cuya finalidad era liberar la

lana de esa sustancia aceitosa y grasienta que la impregna y que se llama suarda. El desuardado se efectuó en unas cubas llenas de agua, llevada a una temperatura de 70º, en las que la lana permaneció sumergida veinticuatro horas; luego le hicieron un lavado a fondo mediante baños de sosa. Una vez que la hubieron secado suficientemente por presión, la lana estuvo en condiciones de ser enfurtida, es decir, de producir con ella una sólida tela, tosca, sin duda, y que no habría tenido ningún valor en un centro industrial de Europa o de América, pero sumamente apreciada en «los mercados de la isla Lincoln».

Esa clase de tela debe de ser conocida desde las épocas más remotas; de hecho, las primeras telas de lana fueron fabricadas por ese procedimiento que iba a emplear Cyrus Smith.

En lo que su condición de ingeniero le resultó muy útil fue en la construcción de la máquina destinada a enfurtir la lana, pues tuvo la habilidad de aprovechar la fuerza mecánica que poseía la cascada de la playa, y que hasta entonces se perdía, para mover un batán.

Nada más rudimentario. Un árbol, provisto de levas que levantaban y dejaban caer alternativamente unos pilones verticales, unas artesas destinadas a recibir la lana y en cuyo interior caían dichos pilones, un fuerte armazón de madera que contenía y unía todo el sistema: así era la máquina en cuestión y así había sido durante siglos, hasta el momento en que alguien tuvo la idea de sustituir los pilones por cilindros compresores y de someter la materia no ya a un enfurtido, sino a un verdadero laminado.

La operación, bien dirigida por Cyrus Smith, fue un éxito. La lana, previamente impregnada de una solución jabonosa destinada, por una parte, a facilitar su deslizamiento, su unión, su compresión y su reblandecimiento, y por la otra, a impedir que se alterase como resultado del enfurtido, salió del batán en forma de una gruesa capa de fieltro. Las estrías y asperezas de que está naturalmente provista la hebra de lana se habían adherido y enmarañado tan bien entre sí que formaban una tela igualmente apropiada para hacer prendas de vestir o mantas. ¡No era, evidentemente, ni merino, ni muselina, ni cachemira de Escocia, ni tafetán, ni reps, ni satén de China, ni sarga, ni alpaca, ni paño, ni franela! Era «fieltro lincolniano», y la isla Lincoln contaba con una industria más.

Los colonos tuvieron, pues, además de buena ropa, gruesas

mantas, y pudieron ver acercarse sin temor el invierno de 1866-1867.

Los grandes fríos empezaron realmente a dejarse sentir hacia el 20 de junio y, con gran pesar, Pencroff tuvo que suspender la construcción del barco, el cual, de todas formas, no podía por más de estar terminado para la siguiente primavera.

El marino no pensaba en otra cosa que en hacer un viaje de reconocimiento a la isla Tabor, pese a que Cyrus Smith no aprobara ese viaje exclusivamente motivado por la curiosidad, pues era evidente que no encontrarían ninguna ayuda en esa roca desierta y medio árida. Un viaje de ciento cincuenta millas en un barco relativamente pequeño, por mares desconocidos, no dejaba de producirle cierta aprensión. Si la embarcación, una vez en altamar, se viera en la imposibilidad de llegar a Tabor y no pudiera regresar a la isla Lincoln, ¿qué sería de ella en medio de ese Pacífico tan fecundo en siniestros?

Cyrus Smith hablaba a menudo de ese proyecto con Pencroff y encontraba en el marino una terquedad bastante extraña, terquedad de la que quizá este no era del todo consciente.

—Pues, la verdad, amigo mío —le dijo un día el ingeniero—, debo señalarle que, después de haber dicho tantas cosas buenas de la isla Lincoln, después de haber manifestado tantas veces la pena que sentiría si tuviera que abandonarla, es usted el primero en querer marcharse.

—¡Solo por unos días! —protestó Pencroff—. ¡Solo por unos días, señor Cyrus! ¡El tiempo de ir y volver, de ver cómo es ese islote!

—¡Pero si no puede ser mejor que nuestra isla!

—De eso estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué va a aventurarse a ir?

—Para saber lo que pasa en la isla Tabor.

—¡Pero si no pasa nada! ¡No puede pasar nada!

—¿Quién sabe!

—¿Y si le sorprende una tormenta?

—No hay que temer que suceda tal cosa en verano —respondió Pencroff—. Sin embargo, señor Cyrus, como hay que preverlo todo, le pido permiso para no llevar conmigo en este viaje más que a Harbert.

—Pencroff —dijo el ingeniero, poniendo una mano sobre el hombro del marino—, si les sucediera una desgracia a usted y a ese muchacho, a quien el azar ha convertido en nuestro hijo, ¿cree que encontraríamos consuelo?

—Señor Cyrus —contestó Pencroff mostrando una confianza inquebrantable—, no les causaremos ese pesar. En fin, volveremos a hablar de ese viaje cuando llegue el momento de hacerlo. Y me imagino que, cuando vea nuestro barco bien aparejado y con la obra muerta totalmente terminada, cuando observe de qué modo se comporta en el mar, cuando hayamos dado la vuelta a nuestra isla... porque la daremos juntos... entonces, supongo que ya no albergará dudas en dejarme partir. No le oculto que su barco será una obra maestra.

—Diga al menos «nuestro barco», Pencroff —contestó el ingeniero, momentáneamente desarmado.

La conversación acabó así para reanudarse una y otra vez, sin convencer ni al marino ni al ingeniero.

Las primeras nieves cayeron hacia finales del mes de junio. Previamente, el redil había sido ampliamente abastecido y no necesitó visitas diarias, pero decidieron que no dejarían pasar nunca una semana sin ir.

Tendieron de nuevo las trampas y probaron los artilugios fabricados por Cyrus Smith. Las barbas de ballena curvadas, metidas dentro de un bloque de hielo y recubiertas de una gruesa capa de grasa fueron colocadas en la linde del bosque, en el lugar por donde solían pasar los animales para ir al lago.

Para satisfacción del ingeniero, aquel invento tomado de los pescadores aleutianos fue un éxito; una docena de zorros, algunos jabalíes e incluso un jaguar se dejaron engañar y los encontraron muertos, con el estómago perforado por las barbas de ballena estiradas.

En este momento se sitúa una prueba que conviene referir, ya que fue el primer intento que hicieron los colonos de comunicarse con sus semejantes.

Gedeon Spilett había pensado ya varias veces en enviar un mensaje, bien arrojándolo al mar metido en una botella que quizá las corrientes llevaran a una costa habitada, o bien utilizando palomas. Pero ¿cómo confiar en serio en que palomas o botellas

podieran recorrer la distancia que separaba la isla de otras tierras y que era de mil doscientas millas? Habría sido una locura.

Sin embargo, el 30 de junio capturaron, no sin dificultad, a un albatros ligeramente herido en una pata por un disparo de Harbert. Era un magnífico ejemplar de la familia de esas grandes aves de alto vuelo cuyas alas desplegadas miden diez pies de envergadura y que pueden cruzar mares tan anchos como el Pacífico.

A Harbert le habría gustado mucho conservar a ese soberbio pájaro, cuya herida se curó enseguida y al que pretendía domesticar, pero Gedeon Spilett le hizo comprender que no podían desaprovechar esa oportunidad de intentar ponerse en contacto, mediante ese correo, con las tierras del Pacífico, y Harbert tuvo que rendirse a la evidencia, pues si el albatros había ido hasta allí desde alguna región habitada, no dejaría de volver a ella en cuanto recuperase la libertad.

Tal vez, en el fondo, a Gedeon Spilett, en quien de vez en cuando reaparecía el cronista, no le disgustaba la idea de lanzar, por si acaso, un interesante artículo relatando las aventuras de los colonos de la isla Lincoln. ¡Qué éxito para el acreditado reportero del *New York Herald*, y para el número que contuviera la crónica, si algún día llegara a la dirección de su director, el honorable John Benett!

Gedeon Spilett redactó, pues, una nota sucinta que fue metida en una bolsa de fuerte lona engomada con la súplica angustiada, a quien la encontrara, de hacerla llegar a la redacción del *New York Herald*. Esa bolsita fue atada al cuello del albatros, no a su pata, porque esos pájaros tienen la costumbre de descansar sobre la superficie del mar. Después, los colonos dejaron en libertad a ese rápido correo aéreo y, no sin cierta emoción, lo vieron desaparecer a lo lejos, entre las brumas del oeste.

—¿Adónde va por ahí? —preguntó Pencroff.

—Hacia Nueva Zelanda —respondió Harbert.

—¡Buen viaje! —dijo el marino, quien, por su parte, no esperaba grandes resultados de esa forma de correspondencia.

Con el invierno se habían reanudado las tareas en el interior de Granite-house: arreglo de prendas de vestir, confección de diversas cosas, entre ellas velas para la embarcación, que fueron cortadas de la interminable envoltura del aerostato...

Durante el mes de julio, el frío fue intenso, pero no escatimaron ni leña ni carbón. Cyrus Smith había instalado una segunda chimenea en el gran salón y allí era donde pasaban las largas veladas. Charlaban mientras trabajaban, leían cuando las manos permanecían ociosas, y así transcurría el tiempo de forma provechosa para todo el mundo.

Era un verdadero placer para los colonos cuando, desde aquel salón bien iluminado por las velas, bien caliente gracias a la hulla, después de una cena reconfortante, con el café de saúco humeando en las tazas y las pipas despidiendo un aromático humo, oían rugir fuera la tormenta. ¡Habrían sentido un bienestar completo, si el bienestar completo pudiera existir para quien está lejos de sus semejantes y sin comunicación posible con ellos! Seguían hablando de su país, de los amigos que habían dejado, de la grandeza de la república americana, cuya influencia no podía sino incrementarse, y Cyrus Smith, que había intervenido bastante en los asuntos de la Unión, interesaba vivamente a sus oyentes con sus relatos, sus apreciaciones y sus pronósticos.

Un día, Gedeon Spilett llegó a decirle:

—Pero, querido Cyrus, todo ese movimiento industrial y comercial para el que usted predice un progreso constante, ¿no corre el peligro de verse, antes o después, totalmente detenido?

—¿Detenido? ¿Y qué va a detenerlo?

—¡Pues la falta de carbón, que podemos llamar con justicia el más precioso de los minerales!

—Sí, el más precioso, en efecto —dijo el ingeniero—, y parece que la naturaleza haya querido constatar que lo es haciendo el diamante, que no es otra cosa que carbono puro cristalizado.

—¡No querrá decir, señor Cyrus —replicó Pencroff—, que quemaremos diamantes en vez de hulla en los fogones de las calderas!

—No, amigo mío —contestó Cyrus Smith.

—Pues yo insisto —dijo Gedeon Spilett—. ¿No niega que llegará un día en que hayamos consumido todo el carbón?

—¡Qué va! Los yacimientos hulleros todavía son considerables, y los cien mil obreros que les arrancan anualmente cien millones de quintales métricos están muy lejos de haberlos agotado.

—Teniendo en cuenta la proporción creciente del consumo de

carbón —dijo Gedeon Spilett—, podemos prever que esos cien mil obreros no tardarán en ser doscientos mil y que la extracción se duplicará, ¿no es cierto?

—Sin duda alguna. Pero, después de los yacimientos de Europa, que nuevas máquinas muy pronto permitirán explotar más a fondo, las hulleras de América y de Australia continuarán abasteciendo durante mucho tiempo el consumo de la industria.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el reportero.

—Por lo menos doscientos cincuenta o trescientos años.

—Eso es tranquilizador para nosotros —dijo Pencroff—, pero preocupante para nuestros tataranietos.

—Encontrarán otra cosa —dijo Harbert.

—Esperemos que así sea —dijo Gedeon Spilett—, porque sin carbón se acabaron las máquinas, y sin máquinas se acabaron los ferrocarriles, los barcos de vapor, las fábricas, en fin, todo lo que exige el progreso de la vida moderna.

—Pero ¿qué encontrarán? —preguntó Pencroff—. ¿Tiene usted alguna idea, señor Cyrus?

—Más o menos, amigo mío.

—¿Y qué quemarán en lugar de carbón?

—Agua —respondió Cyrus Smith.

—¡Agua! —exclamó Pencroff—. ¿Agua para calentar los barcos de vapor y las locomotoras? ¿Agua para calentar el agua?

—Sí, pero agua descompuesta en sus elementos constitutivos —respondió Cyrus Smith—, y descompuesta, sin duda, mediante la electricidad, que se habrá convertido en una fuerza poderosa y manejable, pues todos los grandes descubrimientos, por una ley inexplicable, parecen coincidir y completarse en el mismo momento. Sí, amigos míos, creo que un día se empleará el agua como combustible, que el hidrógeno y el oxígeno que la constituyen, utilizados aislada o simultáneamente, proporcionarán una fuente de calor y de luz inagotable y de una intensidad que la hulla no posee. Un día, los pañoles de los vapores y los ténder de las locomotoras ya no irán cargados de carbón sino de esos dos gases comprimidos, que arderán en las calderas con una enorme potencia calorífica. Así pues, no hay nada que temer. Mientras esta tierra esté habitada, proveerá a las necesidades de sus habitantes, a los cuales jamás les faltará ni luz ni calor, como tampoco las producciones de

los reinos vegetal, mineral y animal. Creo, por lo tanto, que cuando los yacimientos de hulla se hayan agotado, calentaremos y nos calentaremos con agua. El agua es el carbón del futuro.

—Me gustaría ver eso —dijo el marino.

—Has amanecido demasiado temprano, Pencroff —contestó Nab, que solo intervino con estas palabras en la conversación.

Sin embargo, no fue lo que dijo Nab lo que puso fin a esta, sino los ladridos de Top, que sonaron de nuevo con esa entonación extraña que ya le había parecido preocupante al ingeniero. Al mismo tiempo que ladraba, Top daba vueltas alrededor del orificio del pozo, situado al final del pasillo interior.

—¿Qué le pasará a Top para que se ponga a ladrar así? —preguntó Pencroff.

—Y a Jup para que gruña de ese modo —añadió Harbert.

En efecto, el orangután, uniéndose al perro, daba muestras inequívocas de agitación, y, detalle singular, los dos animales parecían estar más inquietos que irritados.

—Es evidente —dijo Gedeon Spilett— que ese pozo comunica directamente con el mar y que algún animal marino viene de vez en cuando al fondo a respirar.

—Es evidente —dijo el marino—, no tiene otra explicación... Vamos, Top, silencio —añadió Pencroff, volviéndose hacia el perro—. ¡Y tú, Jup, a tu cuarto!

El simio y el perro se callaron. Jup fue a acostarse, pero Top se quedó en el salón y continuó profiriendo gruñidos sordos toda la velada.

No volvieron a comentar el incidente, aunque este ensombreció el semblante del ingeniero.

Durante el resto del mes de julio, la lluvia y el frío se alternaron. La temperatura no bajó tanto como el invierno anterior y la mínima no sobrepasó los 8º Fahrenheit [13,33 °C bajo cero]. Pero, si bien ese invierno fue menos frío, hubo, en cambio, más perturbaciones en forma de tormenta y vendaval. Nuevos embates del mar pusieron en peligro más de una vez las Chimeneas. Cualquiera hubiera dicho que un maremoto, provocado por alguna conmoción submarina, levantaba esas olas monstruosas y las precipitaba sobre la muralla de Granite-house.

Cuando los colonos, asomados a las ventanas, observaban esas

enormes masas de agua que se rompían ante sus ojos, no podían sino admirar el magnífico espectáculo de ese furor desatado del océano. Las olas se convertían en deslumbradora espuma, la playa entera desaparecía bajo esa imparable inundación y el macizo parecía emerger del propio mar, cuyas salpicaduras se elevaban a una altura de más de cien pies.

Durante esas tempestades, resultaba difícil aventurarse por los caminos de la isla, incluso peligroso, pues las caídas de árboles eran frecuentes. Sin embargo, los colonos nunca dejaron pasar una semana sin ir a visitar el redil. Afortunadamente, el huracán no dañó demasiado ese recinto, protegido por el contrafuerte sudeste del monte Franklin, y los árboles, los cobertizos y la empalizada permanecieron en pie. Pero el corral, construido en la meseta de Vistagrande y, por consiguiente, directamente expuesto a las ráfagas de viento del este, sufrió desperfectos bastante considerables. El viento arrancó dos veces el techo del palomar y también derribó la barrera. Había que reconstruir todo eso de forma más sólida, pues estaba claro que la isla Lincoln se hallaba situada en los peores parajes del Pacífico. Realmente parecía ser el punto central de enormes ciclones que la azotaban como la cuerda a la peonza, con la diferencia de que en este caso era la peonza la que permanecía inmóvil y la cuerda la que giraba.

Durante la primera semana del mes de agosto, el viento fue amainando poco a poco y la atmósfera recuperó una calma que parecía haber perdido para siempre. La calma llegó acompañada de un fuerte descenso de la temperatura, el frío se hizo muy intenso y la columna termométrica cayó a 8º Fahrenheit bajo cero [22 °C bajo cero].

El 3 de agosto hicieron una excursión, planeada unos días antes, al sudeste de la isla, al pantano de las Tadornas. Las aves acuáticas, que establecían allí sus cuarteles, eran una tentación para los cazadores. Patos salvajes, agachadizas, lavancos, cercetas y somorgujos se encontraban en abundancia, y los colonos decidieron dedicar un día a hacer una expedición contra esos volátiles.

No solo fueron Gedeon Spilett y Harbert, sino que Pencroff y Nab también formaron parte de la expedición. Cyrus Smith fue el único que, con el pretexto de hacer un trabajo, no se sumó a ellos y se quedó en Granite-house.

Los cazadores tomaron, pues, el camino hacia el puerto del Globo para ir al pantano, después de haber prometido que estarían de vuelta por la noche. Top y Jup los acompañaban. Cuando hubieron cruzado el puente del río de la Misericordia, el ingeniero lo levantó y regresó, con la idea de poner en práctica un plan para el que quería estar solo.

Dicho plan consistía en explorar minuciosamente el pozo interior, cuyo orificio se abría a la altura del pasillo de Granite-house y que comunicaba con el mar, puesto que antes las aguas del lago pasaban por él.

¿Por qué Top daba vueltas tan a menudo alrededor de ese orificio? ¿Por qué ladraba de un modo tan raro cuando una especie de inquietud lo llevaba hacia el pozo? ¿Por qué Jup se unía a Top en una especie de ansiedad común? ¿Tenía el pozo otros ramales, además de la comunicación vertical con el mar? ¿Se ramificaba hacia otras partes de la isla? Eso es lo que Cyrus Smith quería saber, y, de momento, ser el único en saberlo. Así pues, había decidido intentar explorar el pozo cuando sus compañeros estuvieran ausentes y ahora se le presentaba la ocasión de hacerlo.

Era fácil bajar hasta el fondo del pozo empleando la escalera de cuerda que no utilizaban desde que habían instalado el ascensor y cuya longitud era suficiente, y eso fue lo que hizo el ingeniero. Llevó la escalera hasta el agujero, cuyo diámetro medía alrededor de seis pies, y la dejó caer para que se desenrollara después de haber atado firmemente su extremo superior. A continuación, provisto de una linterna encendida, un revólver y un cuchillo metido en el cinturón, empezó a bajar los primeros peldaños.

La pared del pozo era lisa, pero de vez en cuando la roca presentaba unos salientes y, apoyándose en ellos, le habría sido realmente posible a un ser ágil subir hasta el orificio del pozo.

Eso fue lo que pensó el ingeniero; sin embargo, observando con cuidado esos salientes a la luz de la linterna, no encontró ninguna huella, ninguna rotura que pudiera llevar a pensar que habían servido para escalar, ni tiempo atrás ni recientemente.

Cyrus Smith bajó todavía más, iluminando todos los puntos de la pared.

No vio nada sospechoso.

Cuando llegó a los últimos peldaños, notó la superficie del agua,

que en esos momentos estaba totalmente en calma. Ni a esa altura ni en ninguna otra parte del pozo se abría ningún pasillo lateral que pudiera ramificarse en el interior del macizo. Cyrus Smith golpeó la muralla con el mango del machete y comprobó que no sonaba a hueco. Era un granito macizo, a través del cual ningún ser vivo podía abrirse paso. Para llegar al fondo del pozo y subir después hasta la boca, había que pasar forzosamente por ese canal, permanentemente inundado, que lo comunicaba con el mar a través del subsuelo rocoso de la playa, y eso solo les era posible hacerlo a animales marinos. En cuanto a la cuestión de saber dónde desembocaba ese canal, en qué punto del litoral y a qué profundidad de las aguas, no podía resolverla.

Cuando hubo terminado la exploración, Cyrus Smith subió, retiró la escalera, tapó el orificio del pozo y, sumido en sus pensamientos, regresó al gran salón de Granite-house diciéndose: «No he visto nada, y sin embargo, ¡ahí hay algo!».

XII

*El aparejo de la embarcación – Ataque de culpeos – Jup herido –
Jup bajo cuidados – Jup curado – Terminación del barco –
Triunfo de Pencroff – El Buena Ventura – Primera prueba al sur
de la isla – Un mensaje inesperado*

Por la noche, los cazadores regresaron tras una buena jornada de caza y literalmente cargados de piezas: llevaban todo lo que podían llevar cuatro hombres. Top lucía un collar de lavancos alrededor del cuello, y Jup, cinturones de agachadizas alrededor del cuerpo.

—¡Mire, señor! —dijo Nab—. ¡Con esto vamos a estar entretenidos! Conservas, patés... tendremos una buena reserva. Pero alguien va a tener que ayudarme. Cuento contigo, Pencroff.

—No, Nab —contestó el marino—. El aparejo del barco me reclama, así que tendrás que prescindir de mí.

—¿Y usted, señor Harbert?

—Yo tengo que ir mañana al redil, Nab.

—¿Me ayudará usted entonces, señor Spilett?

—Aquí estoy para servirte, Nab —respondió el reportero—. Pero te advierto que, si me desvelas tus recetas, las publicaré.

—Como guste, señor Spilett —dijo Nab—, como guste.

Y así fue como al día siguiente Gedeon Spilett, convertido en ayudante de Nab, se instaló en su laboratorio culinario. Pero antes de eso el ingeniero le había dado a conocer el resultado de la exploración que había llevado a cabo el día anterior, y a ese respecto el reportero se mostró de acuerdo con Cyrus Smith en que, aunque no hubiera encontrado nada, seguía habiendo un secreto que descubrir.

Continuó haciendo frío una semana más y los colonos no salieron de Granite-house salvo para ocuparse del corral. En la casa

flotaban los buenos olores que despedían las sabias manipulaciones de Nab y el reportero. Pero no todo el producto de la caza en los pantanos fue transformado en conservas; como aquel frío intenso mantenía la carne en perfectas condiciones, comieron frescas algunas de las piezas que habían cobrado, las cuales fueron declaradas superiores a cualquier otro animal acuático del mundo conocido.

Durante esa semana, Pencroff, ayudado por Harbert, que manejaba hábilmente la aguja del velero, trabajó con tanto ardor que las velas de la embarcación quedaron terminadas. Gracias al aparejo encontrado con la envoltura del globo, no faltaba cordaje de cáñamo. Las maromas, las cuerdas de la red, todo eso estaba hecho con un material excelente al que el marino le sacó mucho partido. Reforzaron los bordes de las velas con fuertes relingas, y todavía quedaba material para hacer las drizas, los obenques, las escotas, etcétera. En cuanto a las poleas, Cyrus Smith, siguiendo los consejos de Pencroff, fabricó las necesarias con el torno que había instalado. Resultó, pues, que el aparejo estuvo totalmente listo antes de que el barco estuviera acabado. Pencroff incluso hizo una bandera azul, roja y blanca, colores que habían sido proporcionados por ciertas plantas tintóreas, muy abundantes en la isla. Pero, a las treinta y siete estrellas que representan los treinta y siete estados de la Unión y que resplandecen en la bandera de los barcos norteamericanos, el marino había añadido una más, la estrella del estado de Lincoln, pues ya consideraba su isla parte integrante de la gran república.

—Lo es de corazón —decía—, aunque aún no lo sea de hecho.

De momento, los colonos pusieron la bandera en la ventana central de Granite-house y la saludaron con tres hurras.

La estación fría estaba tocando a su fin, y parecía que ese segundo invierno iba a transcurrir sin incidentes graves cuando, la noche del 11 de agosto, la meseta de Vistagrande sufrió la amenaza de una devastación total.

Tras un día muy ajetreado, los colonos dormían profundamente cuando, hacia las cuatro de la madrugada, los ladridos de Top los despertaron súbitamente.

Esta vez, el perro no ladraba junto al orificio del pozo sino ante la puerta, y se abalanzaba sobre ella como si quisiera echarla abajo.

Jup, por su parte, profería gritos agudos.

—¡Ya está bien, Top! —dijo Nab, que fue el primero en despertarse.

Pero el perro continuó ladrando con más furor.

—¿Qué pasa? —preguntó Cyrus Smith.

Y todos, después de vestirse apresuradamente, se precipitaron hacia las ventanas del dormitorio y las abrieron.

Ante sus ojos se extendía una capa de nieve, que a duras penas parecía blanca en aquella noche oscurísima. Los colonos no vieron nada, pero oyeron unos singulares ladridos que emergían de la sombra. Era evidente que la playa había sido invadida por cierto número de animales que no podían distinguir.

—¿Qué es eso? —exclamó Pencroff.

—¡Lobos, jaguares o monos! —contestó Nab.

—¡Demonios! ¡Pueden subir a la meseta! —dijo el reportero.

—¿Y nuestro corral? —se alarmó Harbert—. ¿Y nuestras plantaciones...?

—Pero ¿por dónde han pasado? —preguntó Pencroff.

—Alguno de nosotros debe de haber olvidado levantar el puente de la playa y lo habrán cruzado —respondió el ingeniero.

—Sí —dijo Spilett—, es verdad, ahora me acuerdo de que lo he dejado bajado...

—¡Pues la ha hecho buena, señor Spilett! —exclamó el marino.

—Lo hecho, hecho está —dijo Cyrus Smith—. Ahora pensemos en lo que tenemos que hacer.

Tales fueron las preguntas y las respuestas que Cyrus Smith y sus compañeros intercambiaron rápidamente. No cabía duda de que el puente había sido cruzado, de que la playa estaba invadida por animales y de que estos, fueran cuales fueran, podían llegar, subiendo por la orilla izquierda del río de la Misericordia, a la meseta de Vistagrande. Así pues, había que tomarles la delantera y, en caso necesario, enfrentarse a ellos.

—Pero ¿qué clase de animales son? —volvieron a preguntarse en el momento en que los ladridos empezaban a sonar con más fuerza.

Los ladridos hicieron estremecerse a Harbert, quien recordó haberlos oído ya en su primera visita al nacimiento del arroyo Rojo.

—¡Son culpeos! ¡Son zorros! —dijo.

—¡Adelante! —exclamó el marino.

Y todos, armados con hachas, carabinas y revólveres, se metieron en el cesto del ascensor y bajaron a la playa.

Los culpeos son unos animales muy peligrosos cuando se juntan muchos y el hambre los azuza. Sin embargo, los colonos no dudaron en enfrentarse a la manada, y sus primeros disparos, al lanzar rápidos destellos en la oscuridad, hicieron retroceder a los primeros asaltantes.

Lo más importante era impedir que esos saqueadores subieran hasta la meseta de Vistagrande, pues las plantaciones y el corral quedarían a su merced e inevitablemente se producirían inmensos daños, quizá irreparables, sobre todo en el campo de trigo. Pero como a la meseta solo se podía acceder por la orilla izquierda del río de la Misericordia, bastaba levantar una barrera infranqueable para los culpeos en la estrecha porción de la orilla comprendida entre el río y la muralla de granito.

Todos se dieron cuenta de eso y, siguiendo una orden de Cyrus Smith, se dirigieron al lugar indicado mientras la manada de culpeos se desplazaba a saltos en la oscuridad.

Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert, Pencroff y Nab se colocaron, pues, formando una línea infranqueable. Top, con sus formidables mandíbulas abiertas, precedía a los colonos, y lo seguía Jup, que empuñaba un garrote nudoso como si fuera una maza.

La noche era extremadamente oscura. Solo gracias al resplandor de las descargas, ninguna de las cuales podía fallar, distinguían a los agresores, que debían de ser por lo menos un centenar y cuyos ojos brillaban como brasas.

—¡No deben pasar! —dijo Pencroff.

—¡No pasarán! —contestó el ingeniero.

Pero, si no pasaron, no fue porque no lo intentaran. Las últimas filas empujaban a las primeras, y hubo una lucha incesante a tiros y a hachazos. Muchos cadáveres de culpeos debían de sembrar ya el suelo, pero la manada no parecía disminuir, hasta tal punto que se habría dicho que se renovaba sin cesar a través del puente de la playa.

Al cabo de muy poco, los colonos tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo, y no dejaron de sufrir algunas heridas, afortunadamente leves. Harbert, de un tiro, había librado a Nab de un culpeo que acababa de abalanzarse sobre su espalda como un gato-tigre. Top

luchaba con verdadero furor, lanzándose al cuello de los zorros y matándolos en el acto. Jup, armado con su garrote, golpeaba brutalmente, y era inútil intentar que se quedara atrás. Dotado sin duda de una vista que le permitía penetrar aquella oscuridad, permanecía en primera línea de combate y profería de vez en cuando un silbido agudo que en él era signo de un inmenso júbilo. En un momento dado, llegó a avanzar tanto que, al resplandor de un disparo, pudieron verlo rodeado de cinco o seis grandes culpeos a los que plantaba cara con una inusual sangre fría.

Sin embargo, la lucha terminarían ganándola los colonos, aunque después de resistir dos horas largas. Las primeras luces del alba determinaron sin duda la retirada de los atacantes, que huyeron hacia el norte pasando por el puente. Inmediatamente, Nab fue corriendo a levantarlo.

Cuando la luz iluminó suficientemente el campo de batalla, los colonos pudieron contar una cincuentena de cadáveres esparcidos sobre la arena.

—¿Y Jup? —exclamó Pencroff—. ¿Dónde está Jup?

Jup había desaparecido. Su amigo Nab lo llamó, y por primera vez Jup no respondió a la llamada de su amigo.

Todos se pusieron a buscar a Jup temiendo que se contara entre los muertos. Despejaron el lugar de cadáveres, que manchaban la nieve de sangre, y encontraron a Jup en medio de un auténtico montón de culpeos, cuyas mandíbulas destrozadas y cuyos espinazos rotos atestiguaban que habían tenido que habérselas con el terrible garrote del intrépido animal. El pobre Jup todavía tenía en la mano un pedazo del garrote; pero, privado de su arma, no había podido resistir y profundas heridas surcaban su pecho.

—¡Está vivo! —exclamó Nab, inclinándose sobre él.

—Y lo salvaremos —contestó el marino—, lo curaremos como si fuera uno de nosotros.

Parecía que Jup lo hubiera comprendido, porque apoyó la cabeza sobre el hombro de Pencroff como para darle las gracias. El marino también estaba herido, pero sus heridas, así como las de sus compañeros, eran insignificantes, pues, gracias a las armas de fuego, habían podido mantener casi en todo momento a los agresores a distancia. El orangután era, pues, el único cuyo estado era grave.

Jup fue trasladado por Nab y Pencroff hasta el ascensor, y a duras penas salió de sus labios un débil gemido. Lo subieron con cuidado a Granite-house. Una vez allí, lo instalaron sobre un colchón que cogieron de una de las camas y le lavaron a conciencia las heridas. No parecía que hubiesen alcanzado ningún órgano esencial, pero Jup estaba muy debilitado debido a la pérdida de sangre y tenía fiebre bastante alta.

Así que, después de haberle aplicado los vendajes, lo acostaron y lo sometieron a una rigurosa dieta, «exactamente igual que a una persona», dijo Nab. Le hicieron beber unas tazas de tisana refrescante, preparada con ingredientes de la farmacia vegetal de Granite-house.

Jup se sumió en un sueño al principio agitado, pero poco a poco su respiración se volvió más regular y lo dejaron descansar tranquilamente. De cuando en cuando, Top, podría decirse que «andando de puntillas», iba a visitar a su amigo y parecía aprobar todos los cuidados que le prodigaban. Una de las manos de Jup colgaba fuera de la cama y Top la lamía con aire contrito.

Esa misma mañana procedieron a enterrar a gran profundidad, en el bosque del Far-West, a los animales muertos.

Aquel ataque, que habría podido tener consecuencias muy graves, fue una lección para los colonos, y desde entonces no volvieron a acostarse sin que uno de ellos se hubiera asegurado de que todos los puentes habían sido levantados y era imposible que se produjera una invasión.

Jup, tras haber inspirado serios temores durante unos días, reaccionó enérgicamente contra el mal. Su constitución se impuso a este, la fiebre disminuyó poco a poco y Gedeon Spilett, que tenía algunas nociones de medicina, no tardó en declararlo fuera de peligro. El 16 de agosto, Jup empezó a comer. Nab le preparaba apetitosos platos dulces que el convaleciente saboreaba con deleite, pues, si tenía un punto flaco, era el de ser un poquito goloso, y Nab nunca había hecho nada para corregirle ese defecto.

—¿Qué quiere que haga? —le decía a Gedeon Spilett cuando este le reprochaba que lo mimara tanto—. No tiene otro placer que el del paladar, el pobre Jup, y a mí me hace feliz agradecerle así sus servicios.

Después de diez días guardando cama, el 21 de agosto Jup se

levantó. Sus heridas habían cicatrizado y era evidente que no tardaría en recuperar su flexibilidad y vigor habituales. Como todos los convalecientes, le entró entonces un hambre canina, y el reportero lo dejó comer a su antojo, pues confiaba en ese instinto del que carecen con demasiada frecuencia los seres racionales y que preservaría al orangután de los excesos. Nab estaba encantado de que su discípulo hubiera recuperado el apetito.

—Come, Jup —le decía—. No te prives de nada. Has derramado tu sangre por nosotros y lo mínimo que puedo hacer es ayudarte a recuperarla.

El 25 de agosto, oyeron la voz de Nab llamando a sus compañeros:

—¡Señor Cyrus, señor Gedeon, señor Harbert, Pencroff! ¡Vengan! ¡Vengan!

Los colonos, reunidos en el salón, se levantaron al oír a Nab, que estaba en el cuarto reservado a Jup.

—¿Qué ocurre? —preguntó el reportero.

—¡Mire! —respondió Nab soltando una gran carcajada.

¿Y qué vieron? A Jup fumando tranquilamente, muy serio, acucillado como un turco en la puerta de Granite-house.

—¡Mi pipa! —exclamó Pencroff—. ¡Ha cogido mi pipa! ¡Ah, Jup, te la regalo! ¡Fuma, amigo mío, fuma!

Jup lanzaba densas bocanadas de humo, lo cual parecía producirle un placer sin igual.

Cyrus Smith no se mostró muy sorprendido por el incidente y citó varios ejemplos de simios domesticados que se habían familiarizado con el consumo de tabaco.

A partir de ese día, Jup tuvo su propia pipa, la ex pipa del marino, que fue colgada en su habitación, junto a su provisión de tabaco. La cargaba él mismo, la encendía con una brasa y parecía el más feliz de los cuadrúmanos. Como es de suponer, esa coincidencia en los gustos no hizo sino estrechar entre Jup y Pencroff los lazos de amistad que ya unían fuertemente al digno simio y el honrado marino.

—Quizá sea un hombre —le decía a veces Pencroff a Nab—. ¿Te sorprendería si un día se pusiera a hablar?

—Desde luego que no —respondía Nab—. Lo que me sorprende es más bien que no hable, porque hay que reconocer que la palabra

es lo único que le falta.

—Así y todo —proseguía el marino—, tendría gracia que un buen día me dijera: «¿Qué tal si cambiáramos de pipa, Pencroff?».

—Sí —decía Nab—. ¡Qué desgracia que sea mudo de nacimiento!

Con el mes de septiembre, el invierno terminó del todo y los trabajos fueron reanudados con ardor.

La construcción del barco avanzó rápidamente. El tablazón ya estaba terminado, y unieron por el interior todas las partes del casco con cuadernas que, dotadas de elasticidad mediante vapor de agua, se prestaron a todas las exigencias del gálibo.

Como madera no faltaba, Pencroff propuso al ingeniero revestir el casco con un forro interior estanco, lo que garantizaría totalmente la solidez de la embarcación.

Dado que Cyrus Smith no sabía lo que les reservaba el futuro, aprobó la idea del marino de hacer la embarcación lo más sólida posible.

El forro interior y la cubierta quedaron totalmente acabados hacia el 15 de septiembre. Para calafatear las juntas, hicieron estopa con algas secas y la introdujeron a golpes de mazo entre los tablones del casco, del forro interior y de la cubierta; luego recubrieron esas juntas con alquitrán hirviendo, proporcionado en abundancia por los pinos del bosque.

El acondicionamiento de la embarcación fue muy sencillo. Para empezar, lo lastraron con pesados trozos de granito unidos con cal que pesaban unas doce mil libras. Sobre el lastre pusieron un sollado, cuyo interior fue dividido en dos estancias a lo largo de las cuales se extendían dos bancos que servían de arcones. El pie del mástil debía apuntalar el tabique que separaba las dos estancias, a las que se accedía desde la cubierta por dos escotillas protegidas con lona.

A Pencroff no le fue nada difícil encontrar un árbol apropiado para hacer la arboladura. Escogió un abeto joven, bien recto, sin nudos, y solo tuvo que escuadrarlo por la parte inferior y redondearlo por la superior. Los herrajes del mástil, del timón y del casco habían sido tosca pero sólidamente fabricados en la forja de las Chimeneas. Por último, vergas, botalón, botavara, berlingas, remos, etcétera, todo estaba terminado la primera semana de

octubre, y acordaron que probarían el barco en las proximidades de la isla a fin de comprobar cómo respondía en el mar y en qué medida podían confiar en él.

Durante todo ese tiempo no habían descuidado otros trabajos necesarios. El redil había sido reestructurado, ya que los rebaños de musmones y de cabras contaban con cierto número de crías que había que alojar y alimentar. Los colonos no habían dejado de visitar ni el banco de ostras, ni el conejar, ni los yacimientos de hulla y de hierro, ni algunas partes hasta entonces sin explorar de los bosques del Far-West en las que abundaba la caza.

Descubrieron más plantas indígenas que, si bien no tenían una utilidad inmediata, contribuyeron a variar las reservas vegetales de Granite-house. Eran diferentes especies de ficoideas, unas parecidas a las del Cabo, con hojas carnosas comestibles, y otras que producían semillas que contenían una suerte de harina.

El 10 de octubre botaron el barco. Pencroff estaba radiante. La operación fue un éxito total. La embarcación, completamente aparejada, fue empujada durante la marea alta sobre unos rodillos colocados en la orilla, se adentró en el mar y flotó en medio de los aplausos de los colonos, especialmente de Pencroff, que en esta ocasión no demostró ninguna modestia. Su vanidad debía sobrevivir aunque el barco ya estuviera terminado, pues, después de haberlo construido, iba a ser llamado a ponerse al mando. El grado de capitán le fue concedido con el beneplácito de todos.

Para satisfacer al capitán Pencroff, antes de nada hubo que ponerle un nombre a la embarcación, y tras debatir largamente varias propuestas aprobaron por unanimidad llamarlo *Buenaventura*, que era el nombre de pila del honrado marino.

En cuanto el *Buenaventura* fue arrastrado por la marea ascendente, pudieron ver que se mantenía perfectamente en su línea de flotación y que navegaría bien en toda circunstancia.

En cualquier caso, iban a comprobarlo ese mismo día haciendo un recorrido junto a la costa. Hacía buen tiempo, la brisa era fresca y el estado del mar apacible, sobre todo en el litoral del sur, pues el viento soplaba del noroeste desde hacía una hora.

—¡Todos a bordo! ¡Vamos, vamos! —gritaba el capitán Pencroff.

Pero había que almorzar antes de partir, e incluso pareció conveniente llevar unas provisiones por si la excursión se

prolongaba hasta la noche.

Cyrus Smith también estaba impaciente por probar aquella embarcación, cuyos planos había trazado él, aunque, siguiendo los consejos del marino, había modificado algunas partes. Sin embargo, no tenía en ella la confianza que manifestaba Pencroff, y como este había dejado de hablar del viaje a la isla Tabor, incluso esperaba que hubiese renunciado a hacerlo. Le desagradaría que dos o tres de sus compañeros se aventurasen a ir tan lejos en esa barca, al fin y al cabo tan pequeña, pues tenía un arqueado de menos de quince toneladas.

A las diez y media, todo el mundo estaba a bordo, incluidos Jup y Top. Nab y Harbert levaron el ancla, clavada en la arena junto a la desembocadura del río de la Misericordia, la cangreja fue izada, el pabellón lincolniano ondeó en lo alto del mástil y el *Buenaventura*, pilotado por Pencroff, se hizo a la mar.

Para salir de la bahía de la Unión, tuvieron que navegar primero con viento de popa, y pudieron comprobar que en esas circunstancias la velocidad de la embarcación era satisfactoria.

Después de haber doblado la punta del Pecio y el cabo de la Zarpa, Pencroff tuvo que bolinear a fin de seguir la costa meridional de la isla y, tras haber dado unas bordadas, observó que el *Buenaventura* podía avanzar a unas cinco cuartas del viento y que se mantenía aceptablemente contra la deriva. Viraba muy bien por adelante, incluso ganando barlovento a cada virada.

Los pasajeros del *Buenaventura* estaban realmente encantados. Tenían una buena embarcación que, llegado el caso, podría prestarles grandes servicios, y con aquel tiempo tan bueno, con aquella brisa tan agradable, el paseo fue una delicia.

A la altura del puerto del Globo, Pencroff se hizo mar adentro hasta una distancia de tres o cuatro millas de la costa. Entonces pudieron ver la isla en toda su extensión y desde una perspectiva distinta, con el variado panorama de su litoral desde el cabo de la Zarpa hasta el promontorio del Reptil, sus primeros planos de bosques en los que las coníferas seguían contrastando con el nuevo follaje de los otros árboles, que empezaba a brotar, y el monte Franklin, que dominaba el conjunto y cuya cima aparecía blanqueada por la nieve.

—¡Qué maravilla! —exclamó Harbert.

—Sí, nuestra isla es hermosa y buena —dijo Pencroff—. ¡La quiero como quería a mi pobre madre! Nos acogió pobres, carentes de todo, ¿y qué les falta ahora a estos cinco hijos que le cayeron del cielo?

—¡Nada! —respondió Nab—. ¡Nada, capitán!

Y los dos profirieron tres formidables hurras en honor de su isla.

Entretanto, Gedeon Spilett, apoyado en el pie del mástil, dibujaba el panorama que se extendía ante sus ojos.

Cyrus Smith observaba en silencio.

—Bien, señor Cyrus, ¿qué me dice de nuestro barco? —preguntó Pencroff.

—Parece que responde bien —contestó el ingeniero.

—¿Y cree ahora que podría emprender un viaje de cierta duración?

—¿Un viaje adónde, Pencroff?

—A la isla Tabor, por ejemplo.

—Amigo mío —contestó Cyrus Smith—, creo que, en caso de urgente necesidad, no habría que dudar en confiarse al *Buenaventura*, incluso para una travesía más larga. Pero ya sabe que me apenaría verle partir rumbo a la isla Tabor, puesto que nada le obliga a ir.

—A todo el mundo le gusta conocer a sus vecinos —repuso Pencroff, empeñado en su idea—. La isla Tabor es nuestra vecina, ¡y es la única! La educación exige, como mínimo, que vayamos a hacerle una visita.

—¡Demontre! —dijo Gedeon Spilett—. ¡El amigo Pencroff es muy estricto con las normas de cortesía!

—Yo no soy estricto con nada de nada —replicó el marino, a quien la oposición del ingeniero ofendía un poco, pero que no quería causarle ningún disgusto.

—Piense, Pencroff —dijo Cyrus Smith—, que no puede ir usted solo a la isla Tabor.

—Con un compañero tendré suficiente.

—¿De verdad quiere arriesgarse a privar a la colonia de la isla Lincoln de dos de sus cinco miembros?

—¡Seis! —le rectificó Pencroff—. Se olvida de Jup.

—¡Siete! —añadió Nab—. ¡Top es como uno más!

—No hay ningún riesgo, señor Cyrus —insistió Pencroff.

—Es posible, Pencroff, pero, se lo repito, es exponerse sin necesidad.

El obstinado marino no contestó y dio por terminada la conversación, totalmente decidido a reanudarla en otro momento. Pero no sospechaba que un incidente iba a acudir en su ayuda y a transformar en una obra humanitaria lo que no era sino un capricho al fin y al cabo discutible.

Después de haber navegado un trecho mar adentro, el *Buenaventura* estaba acercándose a la costa en dirección al puerto del Globo. Era importante verificar los pasos existentes entre los bancos de arena y los arrecifes para señalizarlos convenientemente, ya que esa pequeña cala sería el puerto de amarre del barco.

Se encontraban a tan solo media milla de la costa y había sido preciso voltejear para ganar el barlovento. La velocidad del *Buenaventura* era muy moderada en ese momento, porque la brisa, detenida en parte por la altura del terreno, apenas hinchaba las velas, y el mar, liso como un espejo, solo se rizaba cuando soplaba alguna ráfaga caprichosa.

Harbert iba en la proa para indicar el camino sorteando los obstáculos cuando de pronto gritó:

—¡Orza, Pencroff, orza!

—¿Qué hay ahí? —preguntó el marino, levantándose—. ¿Una roca?

—No... espera... —dijo Harbert—. No veo bien... sigue orzando... ya está... arriba un poco...

Al mismo tiempo, tumbado sobre la borda, sumergió rápidamente un brazo en el agua y lo sacó diciendo:

—¡Una botella!

Tenía en la mano, efectivamente, una botella tapada que acababa de atrapar a unos cables de la costa.

Cyrus Smith cogió la botella. Sin pronunciar una sola palabra, quitó el tapón y extrajo un papel húmedo, en el que estaban escritas estas palabras:

«Náufrago... Isla Tabor: 153º long. O – 37º 11' lat. S».

XIII

*Decisión de partir – Hipótesis – Preparativos – Los tres pasajeros
– Primera noche – Segunda noche – La isla Tabor – Búsqueda en
la playa – Búsqueda en el bosque – Nadie – Animales – Plantas –
Una casa – La casa está deshabitada*

—¡Un náufrago! —exclamó Pencroff—. ¡Un náufrago abandonado a unas cien millas de aquí, en la isla Tabor! ¡Ah, señor Cyrus, ahora ya no se opondrá a mi proyecto de viaje!

—No, Pencroff —contestó Cyrus Smith—. Es más, saldrá lo antes posible.

—¿Mañana mismo?

—Mañana mismo.

El ingeniero tenía en la mano el papel que había sacado de la botella. Se quedó unos instantes pensando en lo que ponía y a continuación tomó de nuevo la palabra:

—De este mensaje, amigos míos —dijo—, de la forma en que está escrito, las conclusiones que debemos sacar son estas: en primer lugar, el náufrago de la isla Tabor es un hombre que posee unos conocimientos bastante amplios de marina, puesto que da la latitud y la longitud de la isla, las cuales coinciden con las halladas por nosotros con una diferencia de un minuto; y en segundo lugar, es inglés o norteamericano, puesto que el mensaje está escrito en lengua inglesa.

—Es perfectamente lógico —dijo Gedeon Spilett—, y la presencia de ese náufrago explica la llegada de la caja a orillas de la isla. Ha habido naufragio, puesto que hay un náufrago. En cuanto a este último, sea quien sea, es una suerte para él que Pencroff haya tenido la idea de construir este barco y de probarlo hoy mismo, pues un día de retraso podía haber supuesto que esa botella se

rompiera contra los arrecifes.

—En efecto —dijo Harbert—, es una gran suerte que el *Buenaventura* haya pasado por aquí precisamente cuando la botella todavía flotaba.

—¿Y no le parece extraño? —le preguntó Cyrus Smith a Pencroff.

—Me parece una suerte, ni más ni menos —respondió el marino—. ¿Acaso ve usted algo extraordinario en ello, señor Cyrus? La botella tenía que ir a algún sitio, ¿por qué no aquí?

—Quizá tenga usted razón, Pencroff —dijo el ingeniero—, y sin embargo...

—Pero nada demuestra que esa botella llevara mucho tiempo flotando en el mar —observó Harbert.

—Nada —dijo Gedeon Spilett—, e incluso parece que el mensaje haya sido escrito recientemente. ¿Qué opina usted, Cyrus?

—Es difícil comprobarlo. Pero, de todas formas, nos enteraremos —respondió Cyrus Smith.

Durante esta conversación, Pencroff no había permanecido inactivo. Había virado de bordo, y el *Buenaventura*, con viento largo y todas las velas desplegadas, se dirigía rápidamente hacia el cabo de la Zarpa. Todos iban pensando en el naufragio de la isla Tabor. ¿Estarían aún a tiempo de salvarlo? ¡Gran acontecimiento en la vida de los colonos! Ellos mismos eran naufragos, pero cabía temer que otro no se hubiera visto tan favorecido por la suerte y su deber era ir en auxilio del infortunado.

Doblaron el cabo de la Zarpa y hacia las cuatro el *Buenaventura* fondeó en la desembocadura del río de la Misericordia.

Esa misma noche trataron los detalles relativos a la nueva expedición. Pareció aconsejable que Pencroff y Harbert, que sabían manejar una embarcación, realizaran solos ese viaje. Si salían al día siguiente, 11 de octubre, podrían llegar durante la jornada del 13, pues, con el viento que soplaba, no hacían falta más de cuarenta y ocho horas para llevar a cabo esa travesía de ciento cincuenta millas. Añadiendo un día para estar en la isla y tres o cuatro para volver, podían contar, pues, con que el 17 estarían de regreso en la isla Lincoln. Hacía buen tiempo, el barómetro subía sin sobresaltos y el viento parecía estable. Todo estaba, por consiguiente, a favor de aquellos buenos hombres a los que un deber humanitario iba a

llevar lejos de su isla.

Así pues, habían acordado que Cyrus Smith, Nab y Gedeon Spilett se quedarían en Granite-house. Pero hubo una reclamación: Gedeon Spilett, que no olvidaba su oficio de reportero del *New York Herald*, declaró que iría a nado antes que desaprovechar semejante oportunidad, y en consecuencia aceptaron que participara en el viaje.

Dedicaron la velada a transportar hasta el *Buenaventura* algunos enseres de cama, utensilios, armas, municiones, una brújula y víveres para ocho días, y después de haber subido rápidamente a bordo estas cosas, los colonos regresaron a Granite-house.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, se despidieron no sin cierta emoción por ambas partes, y Pencroff, orientando las velas para que recibieran el viento, se dirigió hacia el cabo de la Zarpa, pues debía doblarlo para poner luego directamente rumbo hacia el sudoeste.

El *Buenaventura* se encontraba ya a un cuarto de milla de la costa cuando sus pasajeros vieron sobre las alturas de Granite-house a dos hombres que les decían adiós con la mano. Eran Cyrus Smith y Nab.

—¡Nuestros amigos! —dijo Gedeon Spilett—. Es nuestra primera separación en quince meses.

Pencroff, el reportero y Harbert hicieron un último ademán de despedida antes de que Granite-house desapareciera detrás de las altas rocas del cabo.

Durante las primeras horas del día, la costa meridional de la isla Lincoln permaneció constantemente a la vista del *Buenaventura*, aunque muy pronto apareció en forma de una cesta verde de la que emergía el monte Franklin. Las alturas, disminuidas por la lejanía, le daban un aspecto poco apropiado para atraer a los barcos a sus fondeaderos.

Dejaron atrás el promontorio del Reptil hacia la una, pero diez millas mar adentro. Desde esa distancia ya no era posible distinguir nada de la costa occidental que se extendía hasta las redondeadas cimas del monte Franklin, y tres horas después toda la isla Lincoln había desaparecido del horizonte.

El *Buenaventura* respondía perfectamente. Se elevaba con facilidad sobre las olas y avanzaba con rapidez. Pencroff había

aparejado la escandalosa y, guiado por la brújula, navegaba en línea recta a toda vela.

De cuando en cuando, Harbert lo relevaba en el timón, y el joven gobernaba con mano tan segura que el marino no podía reprocharle una sola guiñada.

Gedeon Spilett charlaba con uno y otro, y en caso necesario ayudaba a maniobrar. El capitán Pencroff estaba absolutamente satisfecho de su tripulación y hablaba nada menos que de gratificarla «con un cuarto de vino por bordada».

Al anoecer, la luna, que no estaría en su primer cuarto hasta el 16, se perfiló en el crepúsculo y enseguida desapareció. La noche fue oscura, pero muy estrellada, lo que anunciaba buen tiempo de nuevo para el día siguiente.

Pencroff, por prudencia, arrió la escandalosa, pues no quería exponerse a que un exceso de viento lo sorprendiera con lona en la cabeza del mástil. Quizá era demasiada precaución haciendo una noche tan apacible, pero Pencroff era un marino prudente y no se le podía censurar.

El reportero durmió parte de la noche. Pencroff y Harbert se relevaron cada dos horas en el timón. El marino confiaba en Harbert como en sí mismo, y su confianza estaba justificada por la sangre fría y la sensatez del muchacho. Pencroff le indicaba el rumbo como un comandante a su timonel y Harbert no dejaba que el *Buenaventura* se desviase lo más mínimo.

La noche transcurrió bien y la jornada del 12 de octubre lo hizo en las mismas condiciones. Mantuvieron estrictamente el rumbo hacia el sudoeste durante todo ese día, y si el *Buenaventura* no sufría la acción de alguna corriente desconocida, llegaría exactamente a la isla Tabor.

La zona del mar que recorría la embarcación estaba absolutamente desierta. A veces pasaba a tiro de escopeta algún pájaro de gran tamaño, un albatros o un rabihorcado, y Gedeon Spilett se preguntaba si no sería a uno de esos poderosos voladores al que había confiado su última crónica dirigida al *New York Herald*. Esos pájaros eran los únicos seres que parecían frecuentar aquella parte del océano comprendida entre la isla Tabor y la isla Lincoln.

—Y sin embargo —señaló Harbert—, estamos en la época en que normalmente los balleneros se dirigen hacia la parte meridional del

Pacífico. ¡Parece realmente increíble que haya un mar más abandonado que este!

—No está tan desierto —replicó Pencroff.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el reportero.

—Pues que estamos nosotros. ¿Acaso nuestro barco es un pecio y nosotros unas marsopas? —contestó Pencroff, riendo su propia gracia.

Al anoecer, según la estima, calcularon que el *Buenaventura* había recorrido una distancia de ciento veinte millas desde su salida de la isla Lincoln, es decir, desde hacía treinta y seis horas, lo que daba una velocidad de tres millas y un tercio por hora. Soplabla una brisa ligera que tendía a encalmarse. No obstante, cabía esperar que, si la estima era acertada y la dirección había sido la correcta, al día siguiente, al amanecer, llegarán a la isla Tabor.

Así pues, ni Gedeon Spilett, ni Harbert, ni Pencroff durmieron durante la noche del 12 al 13 de octubre. En espera de que amaneciese, no podían evitar que los embargara una viva emoción. ¡Había tantas incertidumbres en la empresa que estaban llevando a cabo! ¿Estaban cerca de la isla Tabor? ¿Seguía habitada la isla por ese naufrago en cuyo auxilio acudían? ¿Quién era ese hombre? ¿No causaría su presencia alguna perturbación en la pequeña colonia, tan unida hasta entonces? ¿Aceptaría cambiar su prisión por otra? Todos estos interrogantes, que sin duda serían despejados al día siguiente, los mantenían despiertos, y en cuanto empezó a clarear, recorrieron con la mirada todo el horizonte situado al oeste.

—¡Tierra! —gritó Pencroff hacia las seis de la mañana.

Y como era inadmisibile que Pencroff se hubiera equivocado, era evidente que la tierra estaba ahí.

¡Cuál no sería la alegría de la escasa tripulación del *Buenaventura*! ¡Antes de unas horas, estaría en el litoral de la isla!

La isla Tabor, una especie de costa baja que apenas emergía del agua, no estaba a más de quince millas. Como el *Buenaventura* se dirigía más bien hacia el sur de la isla, rectificaron un poco el rumbo, y a medida que el sol se elevaba por el este iban apareciendo algunas cimas.

—No es más que un islote, mucho menos importante que la isla Lincoln y probablemente producto, como ella, de una elevación submarina.

A las once de la mañana, el *Buenaventura* estaba a tan solo dos millas y Pencroff, buscando un paso por el que recalar, avanzaba con una prudencia extrema por aquellas aguas desconocidas.

Ya veían en todo su conjunto el islote, en el que destacaban grupos de verdes gomeros y otros grandes árboles, del mismo tipo que los que crecían en la isla Lincoln. Sin embargo, cosa bastante sorprendente, no se elevaba ninguna columna de humo que indicara que el islote estaba habitado, no se distinguía ninguna señal en un punto cualquiera del litoral.

Y sin embargo, el mensaje no podía ser más claro: allí había un naufrago, y ese naufrago debería haber estado al acecho.

El *Buenaventura*, no obstante, se aventuraba entre pasos bastante caprichosos que los arrecifes dejaban entre ellos, no sin que Pencroff observara las menores sinuosidades con la mayor atención. Había puesto a Harbert al timón y él, apostado en la proa, examinaba las aguas preparado para arriar la vela, cuya driza sujetaba con la mano. Gedeon Spilett recorría toda la orilla con el antejo sin ver nada.

Finalmente, hacia mediodía, el *Buenaventura* tocó con el estrave una playa de arena. La tripulación de la pequeña embarcación echó el ancla, arrió las velas y bajó a tierra.

No había motivos para dudar que fuese la isla Tabor, ya que, según los mapas más recientes, no existía ninguna otra isla en aquella porción del Pacífico, entre Nueva Zelanda y la costa americana.

La embarcación fue firmemente amarrada, a fin de que el refluo del mar no se la llevara. A continuación, Pencroff y sus dos compañeros, convenientemente armados, echaron a andar en dirección a una especie de cono, de entre doscientos cincuenta y trescientos pies de altura, que se alzaba a una media milla.

—Desde la cima de esa colina —dijo Gedeon Spilett—, seguramente podremos hacernos una idea aproximada de cómo es la isla y eso nos facilitará la búsqueda.

—Es lo mismo que hizo el señor Cyrus en la isla Lincoln subiendo al monte Franklin —dijo Harbert.

—Exacto —contestó el reportero—, y es la mejor manera de proceder.

Mientras charlaban, los exploradores avanzaban siguiendo la

linde de un prado que terminaba al pie mismo del cono. Bandadas de palomas de roca y de golondrinas de mar, semejantes a las de la isla Lincoln, echaban a volar ante ellos. En el bosque que se extendía a la izquierda del prado, oyeron murmullos y percibieron movimientos que indicaban la presencia de animales muy huidizos, pero nada hasta ese momento indicaba que el islote estuviera habitado.

Una vez que llegaron al pie del cono, Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett subieron hasta arriba en unos instantes y recorrieron con la mirada los diversos puntos del horizonte.

Confirmaron que se hallaban en un islote con un perímetro de menos de seis millas, que presentaba pocos cabos y promontorios, así como también pocas ensenadas y calas, y tenía la forma de un óvalo alargado. A su alrededor, el mar, absolutamente desierto, se extendía hasta los límites del cielo. No había a la vista ni tierra ni vela alguna.

Este islote, arbolado en toda su superficie, no ofrecía la diversidad de aspecto de la isla Lincoln, árida y salvaje en una parte, pero fértil y rica en la otra. Era una masa uniforme de vegetación, dominada por dos o tres colinas poco elevadas. En sentido oblicuo al óvalo del islote, un riachuelo corría a través de un amplio prado y llegaba al mar por una estrecha desembocadura situada en la costa occidental.

—Es un territorio reducido —dijo Harbert.

—Sí —contestó Pencroff—, habría resultado un poco pequeño para nosotros.

—Y además —dijo el reportero—, parece deshabitado.

—En efecto —reconoció Harbert—, nada revela la presencia del hombre.

—Bajemos y busquemos —propuso Pencroff.

El marino y sus dos compañeros regresaron a la orilla, al lugar donde habían dejado el *Buenaventura*. Habían decidido dar la vuelta a la isla antes de aventurarse en el interior, de tal manera que no quedase nada sin explorar.

Por la playa era fácil andar; solo en algunos puntos se alzaban grandes rocas que podían rodearse sin dificultad. Los exploradores descendieron hacia el sur, ahuyentando a numerosas bandadas de aves acuáticas y manadas de focas que se zambullían en el mar en

cuanto los avistaban desde lejos.

—No es la primera vez que esos animales ven hombres —observó el reportero—. Les temen, luego los conocen.

Una hora después de haberse puesto en marcha, llegaron a la punta sur del islote, que terminaba en un cabo agudo, y subieron hacia el norte por la costa occidental, formada también de arena y rocas, y bordeada de espesos bosques.

En todo el perímetro del islote, que en cuatro horas estuvo recorrido, no había ni rastro de una vivienda, ni una sola huella de pie humano.

Lo menos que se podía decir es que era asombroso, pero no había más remedio que creer que la isla Tabor no estaba, o no estaba ya, habitada. Quizá, después de todo, el mensaje hubiera sido escrito hacía varios meses o varios años, y en tal caso era posible que el naufrago hubiera sido repatriado o hubiera muerto.

Pencroff, Gedeon Spilett y Harbert, formulando hipótesis más o menos plausibles, cenaron rápidamente a bordo del *Buenaventura* a fin de reanudar su exploración y continuar buscando hasta que se hiciera de noche.

A las cinco, se adentraron en el bosque.

Numerosos animales huyeron al acercarse ellos, principalmente, aunque casi podría decirse únicamente, cabras y cerdos pertenecientes —se veía a las claras— a las especies europeas. Seguramente algún ballenero había dejado algunos ejemplares en la isla, donde se habían multiplicado con rapidez. Harbert se prometió atrapar una o dos parejas vivas para llevarlas a la isla Lincoln.

Ya no cabía duda, pues, de que en una u otra época el islote había recibido la visita del hombre. Esta constatación se hizo todavía más evidente cuando en el bosque aparecieron senderos trazados, troncos de árbol cortados a hachazos y otras marcas del trabajo humano. Pero esos árboles habían sido abatidos hacía muchos años, pues estaban pudriéndose, los cortes estaban cubiertos de musgo y resultaba difícil reconocer los senderos, donde crecían altas y abundantes hierbas.

—Esto demuestra no solo que unos hombres han desembarcado en este islote —observó Gedeon Spilett—, sino que lo han habitado durante algún tiempo. Ahora bien, ¿quiénes son esos hombres? ¿Cuántos eran? ¿Cuántos de ellos quedan?

—El mensaje —dijo Harbert— habla de un solo náufrago.

—Pues, si todavía está en la isla —intervino Pencroff—, es imposible que no lo encontremos.

Por consiguiente, continuaron explorando. El marino y sus compañeros siguieron el camino que cruzaba en diagonal el islote y de ese modo llegaron al riachuelo que se dirigía hacia el mar.

No solo los animales de origen europeo y algunos trabajos debidos a la mano humana demostraban incuestionablemente que el hombre había estado en esa isla, sino también algunas muestras del reino vegetal. En determinados lugares, en medio de claros, era evidente que habían plantado hortalizas, probablemente hacía bastante tiempo.

¡Cuál no sería la alegría de Harbert al reconocer patatas, achicoria, acederas, zanahorias, coles y nabos! ¡No había más que coger semillas para enriquecer el suelo de la isla Lincoln!

—¡Estupendo! ¡Fantástico! —exclamó Pencroff—. Esto le vendrá muy bien a Nab, y no menos bien a nosotros. Si no encontramos al náufrago, al menos nuestro viaje no habrá sido inútil y Dios nos habrá recompensado.

—Sin duda —dijo Gedeon Spilett—. Pero, a juzgar por el estado en el que se encuentran estas plantaciones, es de temer que el islote haya dejado de estar habitado hace tiempo.

—En efecto —dijo Harbert—. Ningún habitante, fuera el que fuese, habría descuidado de este modo un cultivo tan importante.

—Sí —dijo Pencroff—, es de suponer que ese náufrago se ha ido.

—¿Debemos admitir, por lo tanto, que el mensaje es antiguo?

—Evidentemente.

—¿Y que la botella llegó a la isla Lincoln después de haber flotado mucho tiempo en el mar?

—¿Por qué no? —repuso Pencroff—. Pero se está haciendo de noche —añadió—. Creo que deberíamos suspender la búsqueda.

—Regresemos a bordo. Mañana continuaremos —dijo el reportero.

Era lo más sensato, y se disponían a seguir este consejo cuando Harbert, señalando una masa confusa entre los árboles, dijo:

—¡Una casa!

Inmediatamente, los tres se dirigieron hacia ella. A la luz del crepúsculo, pudieron ver que había sido construida utilizando tablas

cubiertas con una gruesa lona alquitranada.

Pencroff empujó la puerta, que estaba entornada, y entró sin pensárselo dos veces.

¡La casa estaba vacía!

XIV

*Inventario – La noche – Unas letras – Prosigue la búsqueda –
Plantas y animales – Harbert en peligro – A bordo – La partida –
Mal tiempo – Un destello de instinto – Perdidos en el mar – Una
hoguera oportunamente encendida*

Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett se habían quedado en silencio en medio de la oscuridad.

Pencroff llamó en voz bien alta.

Nadie le respondió.

El marino golpeó el eslabón y encendió una ramita. Esa luz iluminó durante un instante una pequeña habitación que parecía totalmente abandonada. Al fondo había una tosca chimenea, con unas cenizas frías y, sobre ellas, una brazada de leña seca. Pencroff echó hacia allí la ramita encendida, la leña crujió y dio un vivo resplandor.

El marino y sus dos compañeros vieron entonces una cama deshecha, cuyas sábanas, húmedas y amarillentas, demostraban que no se utilizaba desde hacía mucho tiempo; en una esquina de la chimenea, dos hervidores oxidados y una marmita volcada; un armario con algunas prendas de marino medio enmohecidas; sobre la mesa, un cubierto de estaño y una Biblia estropeada por la humedad; en un rincón, unos utensilios —pico, pala y espiocha— y dos escopetas de caza, una de ellas rota; encima de una tabla que hacía de repisa, un barril de pólvora todavía intacto, un barril de plomo y varias cajas de cebos, todo cubierto de una gruesa capa de polvo, acumulada quizá a lo largo de años.

—No hay nadie —dijo el reportero.

—Nadie —reconoció Pencroff.

—Hace mucho tiempo que esta casa no está habitada —observó

Harbert.

—Sí, mucho tiempo —admitió el reportero.

—Señor Spilett —dijo entonces Pencroff—, yo creo que, en lugar de volver a bordo, es preferible que pasemos la noche aquí.

—Tiene razón, Pencroff —contestó Gedeon Spilett—. Y si su propietario vuelve, seguramente no lamentará encontrar el sitio ocupado.

—No volverá —dijo el marino, meneando la cabeza.

—¿Cree que se ha marchado de la isla? —preguntó el reportero.

—Si se hubiera marchado de la isla, se habría llevado sus armas y sus herramientas —respondió Pencroff—. Usted sabe el valor que los náufragos conceden a esos objetos, que son los últimos restos del naufragio. No, no —repitió el marino, convencido—, no se ha marchado de la isla. Si se hubiera ido con un bote construido por él, todavía con menos motivo habría abandonado estos objetos de primera necesidad. ¡No, está en la isla!

—¿Vivo? —preguntó Harbert.

—Vivo o muerto —respondió Pencroff—. Pero, si está muerto, no se habrá enterrado a sí mismo, supongo, así que encontraremos por lo menos sus restos.

Acordaron, pues, que pasarían la noche en la casa abandonada. Una provisión de leña que había en un rincón permitiría caldearla suficientemente. Tras cerrar la puerta, Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett se sentaron en un banco y allí permanecieron, sin apenas hablar pero reflexionando mucho. Se hallaban en un estado de ánimo propicio a hacer todo tipo de suposiciones y esperar cualquier cosa, y escuchaban con avidez los ruidos procedentes del exterior. Si la puerta se hubiera abierto súbitamente y ante ellos hubiera aparecido un hombre, no les habría sorprendido en absoluto pese a todo el abandono que revelaba la casa, y sus manos estaban dispuestas a estrechar las de ese hombre, ese náufrago, ese amigo desconocido al que unos amigos esperaban.

Pero no se oyó ningún ruido, la puerta no se abrió, y así transcurrieron las horas.

¡Qué larga se les hizo aquella noche al marino y sus dos compañeros! El único que durmió un par de horas fue Harbert, pues a su edad el sueño es una necesidad. Los tres estaban impacientes por reanudar la exploración e inspeccionar el islote hasta en sus

más secretos rincones. Las conclusiones sacadas por Pencroff eran absolutamente lógicas, y el marino estaba casi seguro de que, puesto que la casa estaba abandonada y las herramientas, los utensilios y las armas seguían allí, su ocupante había sucumbido. En consecuencia, había que buscar sus restos y darles al menos cristiana sepultura.

Cuando se hizo de día, Pencroff y sus compañeros procedieron inmediatamente a examinar la casa.

Realmente había sido construida en un lugar privilegiado, a espaldas de una pequeña colina protegida por cinco o seis magníficos gomeros. Frente a la fachada, habían abierto a hachazos, entre los árboles, un amplio claro que permitía ver el mar. Un camino cubierto de hierba y bordeado de una cerca de madera, ya en ruinas, conducía a la orilla, a cuya izquierda desembocaba el riachuelo.

La casa había sido construida con tablas, y resultaba fácil ver que esas tablas procedían del casco o de la cubierta de una nave. Así pues, era probable que un barco en apuros hubiera sido arrastrado hasta la costa de la isla, que al menos un hombre de la tripulación se hubiera salvado y que ese hombre, utilizando restos de la embarcación, hubiera construido aquella vivienda.

Y esto resultó más evidente aún cuando Gedeon Spilett, tras haber examinado la estancia, vio en una tabla —probablemente una de las que formaban la borda de la nave— estas letras ya medio borradas:

BR . TAN . . A

—¡*Britannia*! —exclamó Pencroff cuando el reportero se las mostró—. Es un nombre común para un barco; no podría decir si este era inglés o americano.

—Eso es lo de menos, Pencroff.

—Sí, claro, eso es lo de menos —contestó el marino—. Salvaremos al superviviente de su tripulación, si todavía vive, sea del país que sea. Pero, antes de reanudar la exploración, volvamos al *Buenaventura*.

Una especie de inquietud por su embarcación había invadido a Pencroff. Si, pese a las apariencias, el islote estuviera habitado y

alguno de sus habitantes se hubiera apoderado de... Sin embargo, se encogió de hombros ante esa inverosímil suposición.

Con todo, al marino no le desagradaba la idea de ir a almorzar a bordo. El camino, ya trazado, no era largo; apenas una milla. Se pusieron, pues, en marcha, escudriñando la espesura a través de la cual cabras y cerdos huían a cientos.

Veinte minutos después de haber salido de la casa, Pencroff y sus compañeros veían de nuevo la costa oriental de la isla y el *Buenaventura* sujeto por el ancla, profundamente clavada en la arena.

Pencroff no pudo contener un suspiro de alivio. Después de todo, ese barco era su hijo, y los padres están autorizados a preocuparse con frecuencia más de lo razonable.

Subieron a bordo y almorzaron lo suficiente para poder cenar tarde. Cuando hubieron terminado de comer, reanudaron la exploración, que fue llevada a cabo con toda minuciosidad.

Puesto que, en resumidas cuentas, era muy probable que el único habitante del islote hubiera sucumbido, lo que Pencroff y sus compañeros intentaban encontrar era un muerto más que un vivo. Pero su búsqueda fue vana; durante la mitad del día registraron inútilmente aquellas masas de árboles que cubrían el islote. Llegados a ese punto, tuvieron que admitir que, si el naufrago había muerto, ya no quedaba ni rastro de su cadáver, que seguramente alguna fiera había devorado hasta el último hueso.

—Nos iremos mañana en cuanto amanezca —dijo Pencroff a sus dos compañeros cuando, hacia las dos de la tarde, se tumbaron a la sombra de un pinar para descansar un rato.

—Yo creo que podemos llevarnos con toda tranquilidad los utensilios que pertenecieron al naufrago, ¿no? —dijo Harbert.

—Yo también lo creo —dijo Gedeon Spilett—. Esas armas y herramientas completarán el material de Granite-house. Si no me equivoco, la reserva de pólvora y de plomo es importante.

—Sí —contestó Pencroff—. Y no olvidemos capturar una o dos parejas de esos cerdos que no se encuentran en la isla Lincoln.

—Ni recoger las semillas que nos proporcionarán todas las hortalizas del antiguo y del nuevo continente —añadió Harbert.

—Quizá sería conveniente que nos quedáramos un día más en la isla Tabor —dijo el reportero—, a fin de coger todo lo que puede

sernos útil.

—No, señor Spilett —contestó Pencroff—, debemos irnos mañana al amanecer. Me parece que el viento presenta una tendencia a soplar del oeste, con lo cual, después de haber tenido viento favorable para venir, tendremos viento favorable para volver.

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo Harbert, levantándose.

—Eso, no perdamos tiempo —dijo Pencroff—. Tú, Harbert, ocúpate de recoger las semillas; las conoces mejor que nosotros. Entretanto, el señor Spilett y yo iremos a cazar cerdos, y aunque no contemos con la ayuda de Top, espero que consigamos capturar unos cuantos.

Harbert tomó, pues, el sendero que lo conduciría hacia la parte cultivada del islote, mientras que el marino y el reportero se internaron directamente en el bosque.

No pocos ejemplares de la raza porcina huyeron al verlos aparecer; esos animales, singularmente ágiles, no parecían dispuestos a dejar que se les acercasen. Sin embargo, después de media hora de persecución, los cazadores habían conseguido atrapar a una pareja que se había metido en un espeso matorral cuando, unos cientos de pasos al norte del islote, sonaron unos gritos. Esos gritos se entremezclaban con unos horribles gruñidos que no tenían nada de humano.

Pencroff y Gedeon Spilett se incorporaron justo en el momento en que el marino estaba preparando unas cuerdas para atarlos y los cerdos aprovecharon ese movimiento para huir.

—¡Es la voz de Harbert! —dijo el reportero.

—¡Corramos! —dijo Pencroff.

Inmediatamente, el marino y Gedeon Spilett se dirigieron lo más deprisa que les permitían sus piernas hacia el lugar del que partían aquellos gritos.

E hicieron bien en apresurarse, porque, pasado el recodo del sendero, junto a un claro, vieron al joven derribado por una criatura salvaje, sin duda un gigantesco simio, que estaba haciéndole pasar un mal rato.

Abalanzarse sobre ese monstruo, derribarlo, arrebatarse a Harbert de entre las manos y sujetarlo firmemente fue todo una para Pencroff y Gedeon Spilett. El marino poseía una fuerza

hercúlea, el reportero era muy robusto también, y, pese a la resistencia del monstruo, lo ataron de forma que no pudiera hacer el menor movimiento.

—¿Te ha hecho daño, Harbert? —preguntó Gedeon Spilett.

—No, no.

—¡Ay, si este mono te hubiera llegado a herir...! —exclamó Pencroff.

—¡Pero si no es un mono! —repuso Harbert.

Al oír estas palabras, Pencroff y Gedeon Spilett miraron a la singular criatura que yacía en el suelo.

Y efectivamente, no era un mono. ¡Era un ser humano! ¡Era un hombre! Pero, qué hombre... Un salvaje en toda la horrible acepción del término, y tanto más horrendo cuanto que parecía haber llegado al último grado de embrutecimiento.

Pelambreira erizada, barba enmarañada que le llegaba hasta el pecho, cuerpo prácticamente desnudo, salvo por un trozo de manta atado a la cintura, ojos huraños, manos enormes, uñas desmesuradamente largas, piel oscura como la caoba, pies endurecidos como si estuviesen hechos de cuerno: así era la miserable criatura que, pese a ello, había que llamar hombre. Pero realmente era legítimo preguntarse si dentro de ese cuerpo seguía habiendo un alma, o si solo había sobrevivido en él el vulgar instinto de la bestia.

—¿Está completamente seguro de que es un hombre o de que lo ha sido? —le preguntó Pencroff al reportero.

—Por desgracia, no cabe duda —respondió este.

—¿Será, entonces, el náufrago? —preguntó Harbert.

—Sí —respondió Gedeon Spilett—, pero el infortunado ya no tiene nada de humano.

El reportero tenía toda la razón. Era evidente que, si el náufrago había sido alguna vez un ser civilizado, el aislamiento lo había convertido en un salvaje o quizá, peor aún, en una criatura de los bosques. Sonidos roncós salían de su garganta, entre sus dientes, afilados como los dientes de los carnívoros, hechos para no comer más que carne cruda. Seguramente la memoria debía de haberlo abandonado hacía mucho, y hacía mucho también que había dejado de saber utilizar sus herramientas y sus armas, incluso encender fuego. Se veía que era ligero, flexible, pero que todas las cualidades

físicas se habían desarrollado en él en detrimento de las cualidades morales.

Gedeon Spilett le habló, pero él no pareció entender, ni siquiera oír... Y sin embargo, mirándolo atentamente a los ojos, al reportero le pareció ver que no había perdido del todo la capacidad de razonar.

Sin embargo, el prisionero no se debatía, no intentaba romper sus ataduras. ¿Se hallaba anonadado por la presencia de esos hombres que habían sido sus semejantes? ¿Había encontrado en un rincón de su cerebro algún recuerdo fugaz que le devolvía la humanidad? Si se viera libre, ¿trataría de huir o se quedaría? No lo sabían, pero no intentaron averiguarlo.

—Con independencia de quién sea —dijo Gedeon Spilett, tras haber observado al miserable con suma atención—, de quién haya sido y de quién pueda llegar a ser, nuestro deber es llevarlo con nosotros a la isla Lincoln.

—Sí, sí —aprobó Harbert—. Quizá podamos, con atenciones, despertar en él algún destello de inteligencia.

—El alma no muere —dijo el reportero—, y sería una gran satisfacción liberar a esta criatura de Dios del embrutecimiento.

Pencroff meneaba la cabeza con expresión de duda.

—En cualquier caso, hay que intentarlo —insistió el reportero—. La humanidad nos lo exige.

Era, en efecto, su deber como seres civilizados y cristianos. Los tres lo comprendieron, y sabían que Cyrus Smith aprobaría su comportamiento.

—¿Lo dejaremos atado? —preguntó el marino.

—Si le desatamos los pies, a lo mejor anda —dijo Harbert.

—Probemos —dijo Pencroff.

Retiraron las cuerdas que sujetaban los pies del prisionero, pero le dejaron los brazos fuertemente atados. El hombre se levantó y no pareció manifestar ningún deseo de huir. Sus ojos secos clavaban una mirada aguda en los tres hombres que caminaban junto a él y nada indicaba que recordara ser su semejante o al menos haberlo sido. Un silbido continuo escapaba de sus labios y su aspecto era hosco, pero no intentó resistirse.

A sugerencia del reportero, llevaron al infortunado a su casa. ¡Tal vez la visión de los objetos que le pertenecían causara alguna

impresión en él! ¡Tal vez bastara un destello para reavivar su pensamiento oscurecido, para encender de nuevo su alma apagada!

La casa no estaba lejos. Llegaron en unos minutos, pero el prisionero no reconoció nada. Parecía que hubiera perdido la conciencia de todas las cosas.

¿Qué podían conjeturar del grado de embrutecimiento al que ese miserable había llegado, sino que llevaba mucho tiempo atrapado en el islote y que el aislamiento lo había reducido a semejante estado?

Al reportero se le ocurrió entonces que la visión del fuego quizá le hiciese reaccionar, y al cabo de un momento una de esas hermosas llamas que atraen incluso a los animales iluminó el hogar.

En un primer momento, la visión de la llama pareció acaparar la atención del desdichado; pero este no tardó en retroceder y su mirada inconsciente se apagó.

Era evidente que, al menos por el momento, no se podía hacer nada salvo llevarlo a bordo del *Buenaventura*. Eso fue lo que hicieron, y allí se quedó bajo la vigilancia de Pencroff.

Harbert y Gedeon Spilett regresaron al islote para terminar sus operaciones y unas horas después estaban de vuelta en la orilla con los utensilios y las armas, semillas de hortalizas, unas piezas de caza y dos parejas de cerdos. Lo embarcaron todo y dejaron el *Buenaventura* preparado para levar el ancla en cuanto la marea del día siguiente se dejara sentir.

Habían instalado al prisionero en el camarote de proa, donde permaneció tranquilo, en silencio, sordo y mudo.

Pencroff le llevó comida, pero rechazó la carne cocida que le ofrecieron. Seguramente ya no le gustaba, porque cuando el marino le enseñó uno de los patos que Harbert había matado, se abalanzó sobre él con una avidez bestial y lo devoró.

—¿Usted cree que se recuperará? —preguntó Pencroff meneando la cabeza.

—Tal vez —respondió el reportero—. No es imposible que nuestros cuidados acaben por hacerle reaccionar, porque ha sido el aislamiento lo que lo ha convertido en lo que es, y en lo sucesivo nunca más volverá a estar solo.

—Sin duda hace mucho tiempo que el pobre hombre se encuentra en este estado.

—Es posible —dijo Gedeon Spilett.

—¿Qué edad debe de tener? —preguntó el joven.

—Resulta difícil decirlo —respondió el reportero—, porque es imposible ver sus facciones bajo la espesa barba que le cubre la cara, pero no es joven. Supongo que debe de tener por lo menos cincuenta años.

—¿Se ha fijado, señor Spilett, en lo profundamente hundidos bajo el arco ciliar que tiene los ojos? —preguntó el joven.

—Sí, Harbert, pero insisto en que son más humanos de lo que nos sentimos tentados de creer por el aspecto de su persona.

—En fin, ya veremos —dijo Pencroff—. Tengo curiosidad por saber qué dirá el señor Smith de nuestro salvaje. ¡Íbamos a buscar una criatura humana y llevamos un monstruo! En fin, se hace lo que se puede.

Pasó la noche, y si el prisionero durmió o no, nadie lo sabe; en cualquier caso, aunque lo habían desatado, no se movió. Estaba como esas fieras que, al ser capturadas, se quedan al principio postradas para recuperar más tarde toda su rabia. Al amanecer del día siguiente, 15 de octubre, el cambio de tiempo previsto por Pencroff se había producido. Soplabla viento del noroeste, lo que favorecía el regreso del *Buenaventura*; pero, al mismo tiempo, estaba refrescando, lo que dificultaría la navegación.

A las cinco de la mañana, levaron el ancla. Pencroff tomó rizos en la vela mayor y puso rumbo este-nordeste para singlar directamente hacia la isla Lincoln.

El primer día de travesía no estuvo marcado por ningún incidente. El prisionero había permanecido tranquilo en el camarote de proa, y como había sido marino, parecía que las turbulencias del mar producían en él una especie de reacción saludable. ¿Le venía quizá a la memoria algún recuerdo de su antiguo oficio? En cualquier caso, estaba tranquilo, más sorprendido que abatido.

Al día siguiente, 16 de octubre, el viento refrescó mucho porque soplabla más del norte y, en consecuencia, en una dirección menos favorable a la marcha del *Buenaventura*, que saltaba sobre las olas. Pencroff tuvo que bolinear y, aunque no decía nada, empezó a preocuparse por el estado del mar, que rompía con violencia contra la proa de la embarcación. Si el viento no cambiaba, era indudable que tardarían más en llegar a la isla Lincoln del que habían tardado

en ir hasta la isla Tabor.

El 17 por la mañana, efectivamente, hacía cuarenta y ocho horas que el *Buenaventura* había partido y nada indicaba que estuviera en las inmediaciones de la isla. Era imposible, por lo demás, recurrir a la estima para calcular el camino recorrido, ya que la dirección y la velocidad habían sido demasiado irregulares.

Veinticuatro horas más tarde seguía sin haber tierra alguna a la vista. El viento soplaba entonces totalmente en contra y había muy mala mar. Tuvieron que manejar con rapidez las velas de la embarcación, que golpes de mar cubrían por completo, tomar rizos y virar de bordo con frecuencia. Durante la jornada del 18, el *Buenaventura* llegó incluso a quedar totalmente envuelto en una ola, y si sus pasajeros no hubieran tomado antes la precaución de atarse a la cubierta, el mar se los habría llevado.

En esa ocasión, Pencroff y sus compañeros, mientras se desataban, recibieron la ayuda inesperada del prisionero, que se precipitó por la escotilla, como si su instinto de marino se hubiera impuesto, y rompió un tablón de la borda asestándole un fuerte golpe con una berlinga a fin de que el agua que inundaba la cubierta pudiera salir más deprisa. Una vez resuelto ese problema, bajó de nuevo a su cuarto sin haber pronunciado una sola palabra.

Pencroff, Gedeon Spilett y Harbert, absolutamente estupefactos, lo habían dejado hacer.

Sin embargo, la situación era comprometida. El marino tenía motivos para creerse perdido en aquel inmenso mar, sin ninguna posibilidad de encontrar la ruta correcta.

La noche del 18 al 19 fue oscura y fría. No obstante, hacia las once el viento amainó, el oleaje disminuyó y el *Buenaventura*, menos zarandeado, alcanzó una velocidad mayor. Por lo demás, había resistido maravillosamente los embates del mar.

Ni Pencroff, ni Gedeon Spilett, ni Harbert pensaron en dedicar ni una hora a dormir. Permanecieron despiertos y muy atentos, pues, o bien la isla Lincoln estaba cerca y la verían cuando amaneciera, o bien el *Buenaventura*, arrastrado por las corrientes, había derivado a sotavento y entonces sería prácticamente imposible rectificar su dirección.

Pencroff, pese a estar sumamente inquieto, no desesperaba, pues era un hombre de gran temple, y, sentado al timón, intentaba

obstinadamente penetrar aquella densa oscuridad que lo envolvía.

Hacia las dos de la madrugada, de pronto se levantó.

—¡Una hoguera! ¡Una hoguera! —gritó.

Y efectivamente, veinte millas al nordeste se veía un vivo resplandor. La isla Lincoln estaba allí, y el resplandor de esa hoguera, evidentemente encendida por Cyrus Smith, les mostraba el camino que debían seguir.

Pencroff, que había fijado el rumbo demasiado al norte, rectificó la dirección hacia esa hoguera que brillaba sobre el horizonte como una estrella de primera magnitud.

XV

El regreso – Conversación – Cyrus Smith y el desconocido – El puerto del Globo – La abnegación del ingeniero – Un experimento conmovedor – Ruedan unas lágrimas

Al día siguiente, 20 de octubre, a las siete de la mañana, después de cuatro días de viaje, el *Buenaventura* encallaba suavemente en la playa, en la desembocadura del río de la Misericordia.

Cyrus Smith y Nab, muy preocupados por el mal tiempo y por la tardanza de sus compañeros, habían subido al amanecer a la meseta de Vistagrande y finalmente habían avistado la embarcación que tanto tardaba en volver.

—¡Alabado sea Dios! ¡Ahí están! —había exclamado Cyrus Smith.

En cuanto a Nab, se había puesto a bailar de alegría, a dar vueltas sobre sí mismo batiendo palmas y gritando: «¡Señor! ¡Señor!», pantomima más conmovedora que el más bello discurso.

Lo primero que había pensado el ingeniero, al contar a las personas que distinguía en la cubierta del *Buenaventura*, era que Pencroff no había encontrado al náufrago de la isla Tabor o que ese infortunado se había negado a dejar su isla y cambiar su prisión por otra.

Y es cierto que en la cubierta del *Buenaventura* solo estaban Pencroff, Gedeon Spilett y Harbert.

En el momento en que la embarcación llegó a la playa, el ingeniero y Nab estaban esperándola en la orilla, y antes de que los pasajeros hubieran bajado, Cyrus Smith les dijo:

—¡Estábamos muy preocupados por su tardanza, amigos! ¿Les ha ocurrido alguna desgracia?

—No —respondió Gedeon Spilett—, al contrario, todo ha ido de

maravilla. Ahora se lo contaremos.

—Pero, por lo que veo, no han tenido éxito en su empresa, puesto que siguen siendo tres, como cuando partieron.

—Perdone, señor Cyrus —repuso el marino—, pero somos cuatro.

—¿Han encontrado al náufrago?

—Sí.

—¿Y lo han traído?

—Sí.

—¿Vivo?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Es... mejor dicho, era un hombre —respondió el reportero—. Eso es todo lo que podemos decirle, Cyrus.

Enseguida pusieron al ingeniero al corriente de lo que había pasado durante el viaje. Le contaron en qué condiciones se había desarrollado la búsqueda, que la única vivienda del islote estaba abandonada desde hacía tiempo y, finalmente, cómo habían capturado a un náufrago que parecía haber dejado de pertenecer a la especie humana.

—Hasta tal punto —añadió Pencroff— que no sé si hemos hecho bien en traerlo aquí.

—¡Por supuesto que han hecho bien, Pencroff! —repuso vivamente el ingeniero.

—Pero ese desdichado ya no razona.

—Puede que no lo haga ahora —contestó Cyrus Smith—, pero hace apenas unos meses ese desdichado era un hombre como usted y como yo. ¡Quién sabe cómo acabaría, después de un largo período de soledad en esta isla, el último de nosotros en sobrevivir! ¡Pobre del que se encuentre solo, amigos míos! A juzgar por el estado en que han hallado a ese pobre ser, parece que el aislamiento acaba rápidamente con la razón.

—Pero, señor Cyrus, ¿qué le lleva a pensar que el embrutecimiento de ese desdichado se remonta a tan solo unos meses? —preguntó Harbert.

—El hecho de que el mensaje que encontramos había sido escrito recientemente —respondió el ingeniero— y de que el náufrago es el único que ha podido escribirlo.

—A no ser —dijo Gedeon Spilett— que lo escribiera un compañero de ese hombre y después hubiera muerto.

—Eso es imposible, querido Spilett.

—¿Por qué? —preguntó el reportero.

—Porque en tal caso el mensaje habría hablado de dos náufragos —respondió Cyrus Smith—, y solo habla de uno.

Harbert relató en pocas palabras los incidentes de la travesía e insistió en el hecho curioso de una especie de resurrección pasajera que se había producido en la mente del prisionero cuando, en el peor momento de la tormenta, se había comportado por un instante como un marino.

—Tienes razón en conceder tanta importancia a ese hecho, Harbert —dijo el ingeniero—. Ese desdichado no debe de ser irrecuperable; la desesperación es lo que lo ha convertido en lo que es. Pero aquí volverá a estar con sus semejantes, y puesto que todavía hay alma en él, nosotros la salvaremos.

Sacaron entonces al náutico de la isla Tabor del camarote que ocupaba en la proa del *Buenaventura*. Una vez en tierra, lo primero que manifestó fue el deseo de huir, cosa que despertó la compasión del ingeniero y el asombro de Nab.

Pero Cyrus Smith se acercó, le puso una mano en el hombro con un gesto cargado de autoridad y lo miró con una dulzura infinita. Inmediatamente, el desdichado, sufriendo como una especie de dominación instantánea, se calmó poco a poco, bajó los ojos, inclinó la cabeza y dejó de oponer resistencia.

—¡Pobre abandonado! —musitó el ingeniero.

Cyrus Smith lo había observado atentamente. A juzgar por su aspecto, ese miserable ser ya no tenía nada de humano, y sin embargo, Cyrus Smith, al igual que le había sucedido al reportero, sorprendió en su mirada como un imperceptible destello de inteligencia.

Decidieron que el abandonado, o más bien el desconocido —así fue como sus nuevos compañeros lo llamaron a partir de entonces —, permanecería en una de las habitaciones de Granite-house, de donde no podía escapar. Se dejó conducir hasta allí sin dificultad; quizá, con los cuidados adecuados, cabía esperar que algún día llegara a convertirse en uno más de los colonos de la isla Lincoln.

Durante el almuerzo, que Nab se había apresurado a preparar,

pues el reportero, Harbert y Pencroff estaban muertos de hambre, Cyrus Smith hizo que le contaran con detalle todos los incidentes acaecidos en el viaje de exploración al islote. Se mostró de acuerdo con sus amigos en que el desconocido debía de ser inglés o americano, pues eso era lo que el nombre de *Britannia* llevaba a pensar; además, a través de esa barba enmarañada, bajo esa pelambrera, al ingeniero le había parecido reconocer los rasgos característicos del anglosajón.

—Por cierto —dijo Gedeon Spilett dirigiéndose a Harbert—, no nos has contado cómo te encontraste con este salvaje. Lo único que sabemos es que te habría estrangulado si no hubiéramos tenido la fortuna de llegar a tiempo para ayudarte.

—Pues, ahora que lo dice, me resultaría muy difícil contar lo que sucedió. Estaba, si no recuerdo mal, ocupado recogiendo plantas cuando oí un ruido como de algo pesado que cayera de un árbol muy alto. Apenas tuve tiempo de volverme... Ese desdichado, que sin duda estaba agazapado en un árbol, se había precipitado sobre mí en menos tiempo del que tardo en decírselo, y si no llega a ser por el señor Spilett y Pencroff...

—Hijo mío —dijo Cyrus Smith—, corriste un gran peligro, pero quizá, de no ser por eso, esa pobre criatura habría seguido escondiéndose y no tendríamos otro compañero.

—Entonces, Cyrus, ¿usted confía en volver a convertirlo en un hombre? —preguntó el reportero.

—Sí —respondió el ingeniero.

Cuando hubieron terminado de comer, Cyrus Smith y sus compañeros salieron de Granite-house y volvieron a la playa. Procedieron entonces a descargar el *Buenaventura*. El ingeniero, examinando las armas y las herramientas, no vio nada que le permitiera establecer la identidad del desconocido.

Consideraron que la captura de los cerdos hecha en el islote sería muy provechosa en la isla Lincoln y condujeron a esos animales a los establos, a los que se aclimatarían fácilmente.

Los dos barriles que contenían uno pólvora y el otro plomo, así como los paquetes de cebos, fueron muy bien recibidos. Incluso decidieron montar un pequeño polvorín, fuera de Granite-house o en la caverna superior, donde no había que temer que se produjera ninguna explosión. Sin embargo, seguirían empleando piróxilo,

pues, dado que esa sustancia daba excelentes resultados, no había ninguna razón para sustituirla por pólvora corriente.

Cuando terminaron de descargar la embarcación, Pencroff dijo:

—Señor Cyrus, creo que sería prudente llevar al *Buenaventura* a un lugar seguro.

—¿Es que no está bien en la desembocadura del río de la Misericordia? —preguntó Cyrus Smith.

—No, señor Cyrus —respondió el marino—. La mitad del tiempo, está encallado en la arena, y eso no le va bien. Es una buena embarcación, ¿sabe?, y ha respondido admirablemente durante el fuerte temporal que nos sorprendió a la vuelta.

—¿No podríamos mantenerlo a flote en el río?

—Sí, señor Cyrus, desde luego que podríamos, pero esta desembocadura no ofrece ninguna protección y yo creo que, cuando sople viento del este, el *Buenaventura* quedará demasiado expuesto a los golpes de mar.

—¿Y dónde quiere ponerlo, Pencroff?

—En el puerto del Globo —respondió el marino—. Esa pequeña cala, protegida por las rocas, me parece el lugar idóneo.

—¿No está un poco lejos?

—¡Bah! No está a más de tres millas de Granite-house y tenemos un estupendo camino bien recto que nos lleva hasta allí.

—Adelante, Pencroff, traslade el *Buenaventura* —accedió el ingeniero—, pero preferiría tenerlo sometido a una vigilancia más inmediata. Cuando tengamos tiempo, habrá que hacerle un pequeño puerto.

—¡Fantástico! —exclamó Pencroff—. ¡Un puerto con un faro, un muelle y un carenero! Señor Cyrus, hay que reconocer que con usted todo es facilísimo.

—Sí, Pencroff —contestó el ingeniero—, pero con la condición de que me ayude, porque usted hace tres cuartas partes de todas las tareas.

Harbert y el marino embarcaron de nuevo en el *Buenaventura*, al que, una vez levada el ancla e izada la vela, el viento condujo rápidamente al cabo de la Zarpa. Dos horas después, descansaba en las aguas tranquilas del puerto del Globo.

¿Había permitido ya pensar el desconocido, durante los primeros días que pasó en Granite-house, que su naturaleza salvaje había

experimentado algún cambio? ¿Brillaba una luz más intensa al fondo de esa mente oscurecida? ¿Estaba volviendo, en suma, el alma al cuerpo? Sí, sin duda alguna, y hasta el extremo de que Cyrus Smith y el reportero se preguntaron si el infortunado había llegado a perder totalmente el raciocinio alguna vez.

Al principio, acostumbrado al aire libre, a la libertad sin límites de que gozaba en la isla Tabor, el desconocido había sufrido algunos accesos de furor sordo que les habían llevado a temer que se arrojara a la playa por una de las ventanas de Granite-house. Pero poco a poco se calmó y pudieron dejarlo moverse libremente.

Había, pues, razones para tener esperanzas, y muchas. El desconocido, olvidando sus instintos carnívoros, aceptaba una alimentación menos animal que la que seguía en el islote. La carne cocida ya no le producía la repulsión que había manifestado a bordo del *Buenaventura*.

Cyrus Smith había aprovechado un momento en que dormía para cortarle aquella melena y aquella barba enmarañadas que formaban una especie de crin y le daban un aspecto tan salvaje. También lo había vestido de un modo más decente, después de haberle quitado el andrajo que lo cubría. Gracias a estos cuidados, el desconocido recuperó un aspecto humano y hasta se habría dicho que su mirada se había vuelto más serena. Ciertamente, cuando, en el pasado, la inteligencia lo iluminaba, el rostro de ese hombre debía de presentar cierta belleza.

Cyrus Smith se impuso la tarea de pasar unas horas con él todos los días. Iba a trabajar a su lado y hacía diversas cosas, a fin de atraer su atención. Podía bastar, en efecto, un destello para encender esa alma, un recuerdo que atravesara ese cerebro para hacerle recobrar la razón. ¡Lo habían visto claramente durante la tormenta, a bordo del *Buenaventura*!

El ingeniero no olvidaba tampoco hablar en voz alta, a fin de penetrar a la vez por los órganos del oído y de la vista hasta el fondo de esa inteligencia embotada. Algunas veces, uno u otro de sus compañeros se unía a él, y en ocasiones lo hacían todos. Casi siempre hablaban de cosas relacionadas con la marina, que debían de llegar más hondo a un marino. En ciertos momentos, el desconocido prestaba una vaga atención a lo que se decía, y muy pronto los colonos llegaron a convencerse de que los entendía en

parte. A veces, la expresión de su rostro era de profundo dolor, lo que demostraba que sufría interiormente, pues su fisonomía no habría podido engañar hasta ese extremo; pero no hablaba, aunque en diversas ocasiones habría cabido creer que unas palabras iban a escapar de sus labios.

¡Fuera como fuese, la pobre criatura estaba tranquila y triste! Pero ¿no sería su calma solo aparente? ¿No sería su tristeza la consecuencia de su encierro? Aún no se podía afirmar nada. Viendo solo determinados objetos y en un campo limitado, en contacto constante con los colonos, a los que acabaría por acostumbrarse, no teniendo ningún deseo que satisfacer, mejor alimentado, mejor vestido, era natural que su naturaleza física se transformara poco a poco; pero ¿se había penetrado de una vida nueva o bien, por emplear una palabra que podía aplicarse a él con propiedad, se había dejado domesticar como un animal por su amo? Era una cuestión importante que Cyrus Smith estaba impaciente por resolver, aunque al mismo tiempo quería evitar a toda costa violentar a su paciente. Para él, el desconocido era un enfermo. ¿Sería alguna vez un convaleciente?

Por consiguiente, el ingeniero lo observaba en todo momento. Acechaba su alma, si es posible expresarlo así. Estaba preparado para cogerla en cuanto la vislumbrara.

Los colonos seguían con una sincera emoción todas las fases de esa cura iniciada por Cyrus Smith. También lo ayudaban en esa obra humanitaria, y todos, salvo quizá el incrédulo Pencroff, llegaron muy pronto a compartir su esperanza y su fe.

El desconocido se comportaba con una profunda calma, como hemos dicho, y demostraba hacia el ingeniero, cuya influencia en él era visible, una especie de apego. Cyrus Smith decidió, pues, ponerlo a prueba trasladándolo a otro entorno, ante ese océano que en otros tiempos sus ojos tenían la costumbre de contemplar, a la linde de esos bosques que debían de recordarle aquellos en los que había pasado tantos años de su vida.

—Pero —dijo Gedeon Spilett— ¿podemos confiar en que, al verse libre, no escape?

—Es un experimento que hay que hacer —respondió Cyrus Smith.

—¡Uf! —exclamó Pencroff—. Cuando ese mozo tenga espacio

libre ante sí y sienta el aire libre, echará a correr como un gamo.

—No lo creo —repuso Cyrus Smith.

—Probemos y a ver qué pasa —propuso Gedeon Spilett.

—Probemos —aceptó el ingeniero.

Era el día 30 de octubre y, por lo tanto, hacía nueve días que el naufrago de la isla Tabor estaba encerrado en Granite-house. Hacía calor, y un hermoso sol lanzaba sus rayos sobre la isla.

Cyrus Smith y Pencroff fueron a la habitación que ocupaba el desconocido y lo encontraron tumbado junto a la ventana, mirando el cielo.

—Venga, amigo —le dijo el ingeniero.

El desconocido se levantó inmediatamente. Clavó los ojos en Cyrus Smith y lo siguió, mientras que el marino, que confiaba poco en los resultados del experimento, se situó detrás de él.

Al llegar a la puerta, Cyrus Smith y Pencroff le hicieron meterse en el ascensor. Nab, Harbert y Gedeon Spilett ya los esperaban abajo. El cesto descendió y en unos instantes estuvieron todos reunidos en la playa.

Los colonos se alejaron un poco del desconocido a fin de darle cierta libertad.

Este dio unos pasos en dirección al mar y sus ojos brillaron con una animación extrema, pero no intentó en absoluto escapar. Miraba las pequeñas olas que, tras romper en el islote, iban a morir sobre la arena.

—Quizá el mar no le inspire deseos de huir —observó Gedeon Spilett.

—Sí, es verdad —contestó Cyrus—. Hay que llevarlo a la meseta, a la linde del bosque. Allí, el experimento será más concluyente.

—Además, no podrá escapar —señaló Nab—, porque los puentes están levantados.

—¡Uf! ¡Ni que fuera un hombre que se arredra ante un arroyo como el arroyo Glicerina! —dijo Pencroff—. ¡Este lo cruza en un periquete, hasta de un salto!

—Ya lo veremos —se limitó a contestar Cyrus Smith, cuyos ojos no se apartaban de los de su paciente.

Condujeron a este hacia la desembocadura del río de la Misericordia y desde allí, por la orilla izquierda, llegaron a la

meseta de Vistagrande.

Al llegar a la parte donde crecían los primeros árboles del bosque, cuyas hojas la brisa agitaba ligeramente, el desconocido pareció aspirar embriagado aquel perfume penetrante que impregnaba la atmósfera y un largo suspiro escapó de su pecho.

Los colonos permanecían detrás de él, preparados para retenerlo si hubiera hecho un gesto de huida.

Y en efecto, el pobrecillo estuvo a punto de zambullirse en el arroyo que lo separaba del bosque, sus piernas se estiraron como un muelle... Pero, casi inmediatamente, se replegó sobre sí mismo, cayó de rodillas y una gruesa lágrima brotó de sus ojos.

—¡Ah! —exclamó Cyrus Smith—. ¡Ya vuelves a ser un hombre, puesto que lloras!

XVI

Un misterio que desentrañar – Las primeras palabras del desconocido – ¡Doce años en el islote! – Confesiones irreprimibles – La desaparición – La confianza de Cyrus Smith – Construcción de un molino – El primer pan – Un acto de abnegación – Las manos honradas

¡Sí! ¡El desdichado había llorado! Sin duda algún recuerdo había atravesado su mente y, tal como lo había expresado Cyrus Smith, había recuperado la humanidad a través de las lágrimas.

Los colonos lo dejaron un rato en la meseta e incluso se alejaron un poco para que se sintiera libre. Pero a él no se le ocurrió en absoluto aprovechar esa libertad y Cyrus Smith no tardó mucho en decidir llevarlo de vuelta a Granite-house.

Dos días después de esta escena, el desconocido empezó a dar muestras de querer intervenir en la vida común. Era evidente que entendía, que comprendía, aunque no era menos evidente que ponía un extraño empeño en no hablar a los colonos, pues una noche Pencroff, pegando el oído a la puerta de su habitación, oyó escapar de sus labios estas palabras:

—¡No! ¿Aquí? ¿Yo? ¡Jamás!

El marino repitió estas palabras a sus compañeros.

—Eso indica algún doloroso misterio —dijo Cyrus Smith.

El desconocido había empezado a utilizar los aperos de labranza y trabajaba en el huerto. Cuando hacía una pausa, cosa que sucedía con frecuencia, se quedaba como concentrado en sí mismo; pero, por recomendación del ingeniero, respetaban el aislamiento que parecía querer mantener. Si uno de los colonos se acercaba a él, retrocedía y unos sollozos agitaban su pecho, como si lo desbordaran.

¿Serían remordimientos lo que lo abrumaba de ese modo? Cabía creerlo, y Gedeon Spilett no pudo evitar hacer un día esta observación:

—Si no habla, yo creo que es porque tiene cosas demasiado graves que decir.

Había que tener paciencia y esperar.

Unos días más tarde, el 3 de noviembre, el desconocido, mientras trabajaba en la meseta, se detuvo después de dejar caer la laya al suelo, y Cyrus Smith, que lo observaba a poca distancia, vio una vez más brotar lágrimas de sus ojos. Una especie de compasión irresistible lo empujó hacia él y le tocó el brazo ligeramente.

—Amigo mío —dijo.

La mirada del desconocido intentó esquivar la suya, y cuando Cyrus Smith trató de cogerle la mano, él retrocedió vivamente.

—Amigo mío —repitió Cyrus Smith con una voz más firme—, míreme. Quiero que me mire.

El desconocido miró al ingeniero y pareció quedar sometido a su influjo, como un hipnotizado bajo el dominio de su hipnotizador. Hizo amago de huir. Pero entonces se produjo en su fisonomía como una transformación. Su mirada lanzó unos destellos. Unas palabras trataron de escapar de sus labios. ¡No podía aguantar más...! Finalmente, cruzó los brazos y, con voz sorda, le preguntó a Cyrus Smith:

—¿Quiénes son ustedes?

—Unos náufragos como usted —respondió el ingeniero, profundamente emocionado—. Le hemos traído aquí para que esté entre sus semejantes.

—¡Mis semejantes...! ¡Yo no tengo semejantes!

—Está entre amigos.

—¡Amigos...! ¡Amigos míos! —exclamó el desconocido, tapándose la cara con las manos—. No... jamás... ¡Déjenme! ¡Déjenme!

Acto seguido, se fue al lado de la meseta que dominaba el mar y se quedó allí largo rato, inmóvil.

Cyrus Smith se reunió con sus compañeros y les contó lo que acababa de pasar.

—Sí, hay un misterio en la vida de ese hombre —dijo Gedeon Spilett—, y se diría que ha recuperado la humanidad por la vía de

los remordimientos.

—No sé a qué clase de hombre hemos traído —dijo el marino—. Tiene secretos...

—Que respetaremos —se apresuró a añadir Cyrus Smith—. Si ha cometido alguna falta, la ha expiado cruelmente y, ante nuestros ojos, está absuelto.

Durante dos horas, el desconocido permaneció solo en la playa, evidentemente bajo el influjo de recuerdos que reconstruían todo su pasado —un pasado sin duda funesto—, y los colonos, aunque sin perderlo de vista, no intentaron turbar su aislamiento.

Sin embargo, al cabo de dos horas pareció haber tomado una decisión y fue en busca de Cyrus Smith. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que había derramado, pero ya no lloraba. Toda su fisonomía expresaba una profunda humildad y mantenía la mirada gacha.

—Señor —le dijo a Cyrus Smith—, ¿sus compañeros y usted son ingleses?

—No —respondió el ingeniero—, somos americanos.

—¡Ah! —dijo el desconocido antes de mascullar estas palabras —: Lo prefiero.

—¿Y usted, amigo? —preguntó el ingeniero.

—Inglés —contestó él precipitadamente.

Y como si le hubiera pesado decir esas pocas palabras, se alejó de la playa, recorriéndola desde la cascada hasta la desembocadura del río de la Misericordia en un estado de extrema agitación.

Luego, al pasar en determinado momento junto a Harbert, se detuvo y le preguntó con la voz quebrada:

—¿En qué mes estamos?

—En noviembre —respondió Harbert.

—¿De qué año?

—De 1866.

—¡Doce años! ¡Doce años! —exclamó, antes de marcharse bruscamente.

Harbert les contó a los demás colonos las preguntas que le había hecho y su respuesta final.

—Ese infortunado —observó Gedeon Spilett— ya no tenía conciencia ni de los meses ni de los años.

—En efecto —dijo Harbert—, y llevaba doce años en el islote

cuando lo encontramos.

—¡Doce años! —dijo Cyrus Smith—. Doce años de aislamiento, quizá después de una existencia maldita, pueden alterar perfectamente la razón de un hombre.

—Me siento inclinado a creer —dijo entonces Pencroff— que ese hombre no llegó a la isla Tabor como consecuencia de un naufragio, sino que fue abandonado allí en castigo por un crimen cometido.

—Debe de estar en lo cierto, Pencroff —contestó el reportero—, y si es así, no es imposible que los que lo dejaron en la isla vuelvan algún día a buscarlo.

—Pues no lo encontrarán —dijo Harbert.

—Pero, entonces —prosiguió Pencroff—, habría que volver y...

—Amigos —dijo Cyrus Smith—, no tratemos este asunto antes de saber a qué atenernos. Yo creo que ese desdichado ha sufrido, ha expiado duramente sus faltas, cualesquiera que sean, y la necesidad de desahogarse lo oprime. No lo forcemos a contarnos su historia. Sin duda nos la contará por iniciativa propia, y cuando la conozcamos, veremos cuál es el camino que debemos seguir. Solo él, por lo demás, puede decirnos si ha conservado, más que la esperanza, la certeza de ser repatriado algún día, pero yo lo dudo.

—¿Por qué? —preguntó el reportero.

—Porque si hubiera estado seguro de que sería liberado al cabo de determinado plazo, habría esperado el momento de su liberación y no habría arrojado ese mensaje al mar. No, es más probable que estuviera condenado a morir en ese islote y que no fuera a ver nunca más a sus semejantes.

—Pero hay una cosa que no acabo de explicarme —dijo el marino.

—¿Cuál?

—Si hace doce años que ese hombre fue abandonado en la isla Tabor, cabe suponer que llevaba ya varios años en ese estado salvaje en que lo encontramos.

—Es probable —contestó Cyrus Smith.

—Haría, por lo tanto, varios años que había escrito ese mensaje.

—Claro... y sin embargo, el mensaje parecía escrito recientemente...

—Y otra cosa: ¿es creíble que la botella que contenía el mensaje tardara varios años en llegar desde la isla Tabor hasta la isla

Lincoln?

—No es absolutamente imposible —repuso el reportero—. ¿No podía estar desde hace mucho tiempo en las inmediaciones de la isla?

—No —respondió Pencroff—, porque todavía flotaba. No se puede ni siquiera suponer que, después de haber estado bastante tiempo en la orilla, hubiera sido arrastrada de nuevo por el mar, porque toda la costa sur es rocosa y forzosamente se habría roto.

—En efecto —dijo Cyrus Smith, pensativo.

—Además —añadió el marino—, si el mensaje hubiera datado de hace varios años, si hubiera llevado varios años encerrado en esa botella, la humedad lo habría estropeado. Y no era así, se encontraba en perfecto estado de conservación.

La observación del marino era muy acertada. En todo aquello había algo incomprensible, pues el mensaje parecía haber sido escrito recientemente cuando los colonos lo encontraron en la botella. Además, daba la latitud y la longitud de la isla Tabor con precisión, lo que implicaba que su autor poseía unos conocimientos bastante completos de hidrografía que un simple marino no podía tener.

—Una vez más, nos enfrentamos a algo inexplicable —dijo el ingeniero—. Pero no forcemos a nuestro nuevo compañero a hablar, amigos. Cuando él quiera, estaremos dispuestos a escucharlo.

Durante los días que siguieron, el desconocido no pronunció una sola palabra y no salió una sola vez del cercado de la meseta. Trabajaba la tierra sin perder un instante, sin tomarse un momento de descanso, pero siempre apartado de los demás. A la hora de las comidas, no subía a Granite-house pese a las repetidas invitaciones que le habían hecho; se limitaba a comer algunas hortalizas crudas. Cuando se hacía de noche, no volvía a la habitación que le habían asignado, sino que se quedaba allí, bajo una arboleda o, cuando hacía mal tiempo, acurrucado en una anfractuosidad de las rocas. Así pues, seguía viviendo como en la época en que no tenía otro cobijo que los bosques de la isla Tabor, y como toda insistencia para llevarlo a modificar su vida había sido vana, los colonos aguardaron pacientemente. Pero por fin iba a llegar el momento en que, imperiosa y como involuntariamente empujado por su conciencia, se le escaparían unas terribles confesiones.

El 10 de noviembre, hacia las ocho de la tarde, en el momento en que empezaba a oscurecer, el desconocido se presentó inopinadamente ante los colonos, que estaban reunidos bajo el tejadillo. Sus ojos tenían un brillo extraño y toda su persona había recuperado el aspecto hosco de los días aciagos.

Cyrus Smith y sus compañeros se quedaron como aterrados al ver que, dominado por una terrible emoción, los dientes le castañeteaban como si tuviera una fiebre altísima. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso la visión de sus semejantes le resultaba insoportable? ¿Estaba harto de aquella existencia en ese ambiente honrado? ¿Lo asaltaba la nostalgia del embrutecimiento? Tuvieron que creerlo cuando lo oyeron expresarse así con frases incoherentes:

—¿Por qué estoy aquí...? ¿Con qué derecho me sacaron de mi islote...? ¿Acaso puede haber un vínculo entre ustedes y yo...? ¿Saben quién soy... qué he hecho... por qué estaba allí... solo? ¿Y quién les dice que no me abandonaron... que no estaba condenado a morir allí...? ¿Conocen mi pasado...? ¿Saben si he robado, asesinado... si soy un miserable... un ser maldito... digno únicamente de vivir como una fiera salvaje... lejos de todos...? Digan... ¿lo saben?

Los colonos escuchaban sin interrumpir al miserable, al que esas semiconfesiones se le escapaban como quien dice a su pesar. Cyrus Smith intentó calmarlo acercándose a él, pero el hombre retrocedió vivamente.

—¡No! ¡No! —gritó—. Solo una palabra... ¿Soy libre?

—Sí, es usted libre —respondió el ingeniero.

—¡Entonces, adiós! —dijo, y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Nab, Pencroff y Harbert echaron a correr inmediatamente hacia la linde del bosque, pero regresaron solos.

—Hay que dejarle hacer lo que quiera —dijo Cyrus Smith.

—No volverá —sentenció Pencroff.

—Volverá —replicó el ingeniero.

Y pasaron muchos días después de aquel incidente, pero Cyrus Smith —¿era una especie de presentimiento?— persistió en la inquebrantable idea de que antes o después el desdichado volvería.

—Es la última rebelión de esa ruda naturaleza —decía—, tocada por los remordimientos y a la que horrorizaría volver al

aislamiento.

Mientras tanto, continuaron haciendo trabajos de todo tipo, tanto en la meseta de Vistagrande como en el redil, donde Cyrus Smith tenía intención de construir una granja. Huelga decir que las semillas recogidas por Harbert en la isla Tabor habían sido cuidadosamente sembradas. La meseta se había convertido en un vasto huerto, bien ordenado y cuidado, que no dejaría cruzarse de brazos a los colonos. Allí siempre había trabajo. A medida que las plantas se habían multiplicado, había sido preciso ampliar los simples bancales, que tendían a convertirse en auténticos campos y a reemplazar los prados. Pero en las otras zonas de la isla abundaban los pastos, así que los onagros no debían temer verse sometidos jamás a racionamiento. Valía más, por otro lado, transformar en huerto la meseta de Vistagrande, defendida por su profundo cinturón de arroyos, y tener fuera los prados, que no necesitaban ser protegidos contra las depredaciones de los cuadrúmanos y los cuadrúpedos.

El 15 de noviembre hicieron la tercera cosecha. ¡Ese campo sí que había incrementado su superficie desde que, dieciocho meses antes, habían sembrado el primer grano de trigo! La segunda cosecha de seiscientos mil granos produjo esta vez cuatro mil celemines, es decir, ¡más de quinientos millones de granos! La colonia era rica en trigo, pues bastaba sembrar diez celemines al año para que la cosecha estuviera asegurada y sirviera de alimento a todos, hombres y animales.

Así pues, cosecharon, y dedicaron la segunda quincena del mes de noviembre a las tareas de panificación.

En realidad, tenían trigo, pero no harina, así que fue necesario instalar un molino. Cyrus Smith habría podido utilizar la segunda cascada que caía sobre el río de la Misericordia para alimentar el motor, puesto que la primera ya estaba dedicada a mover los pilones del batán; pero, después de estudiar el asunto, decidieron construir un sencillo molino de viento en lo más alto de la meseta de Vistagrande. Tenía la misma dificultad construir uno que otro, y en cambio estaban seguros de que en la meseta no faltaría viento.

—Además —dijo Pencroff—, un molino de viento es más alegre y animará el paisaje.

Se pusieron enseguida manos a la obra. Empezaron por elegir las

maderas para la estructura y el mecanismo del molino. Algunas grandes rocas que se encontraban al norte del lago se podían transformar fácilmente en muelas, y en lo que se refiere a las aspas, la inagotable envoltura del globo les proporcionaría la tela necesaria.

Cyrus Smith trazó los planos, y como emplazamiento del molino escogieron un terreno situado un poco a la derecha del corral, junto a la orilla del lago. Toda la estructura debía descansar sobre un pivote encajado en gruesos maderos, a fin de que pudiera girar con el mecanismo que contenía según las exigencias del viento.

Este trabajo estuvo rápidamente hecho. Nab y Pencroff se habían convertido en hábiles carpinteros y no tenían más que seguir los dibujos que hacía el ingeniero. Así pues, una especie de garita cilíndrica, una verdadera atalaya rematada por un tejado en punta se alzó muy pronto en el lugar elegido. Los cuatro bastidores que formaban las aspas, tras ser firmemente introducidos en el árbol, de modo que formara cierto ángulo con él, fueron sujetos mediante espigas de hierro. En cuanto a las diversas partes del mecanismo interior, no hubo ninguna dificultad para hacerlas: la caja destinada a contener las dos muelas, la muela solera y la muela volandera; la tolva, una especie de gran artesa cuadrada, ancha por arriba y estrecha por abajo, que debía permitir la caída del grano sobre las muelas; la canaleja, destinada a regular el paso del grano, y finalmente el cernidor, que, mediante la operación del tamizado, separa el salvado de la harina. Contaban con buenas herramientas y el trabajo no fue muy difícil, pues, al fin y al cabo, las piezas de un molino son muy sencillas. No fue más que una cuestión de tiempo.

Todo el mundo había participado en la construcción del molino y el 1 de diciembre estaba terminado.

Como siempre, Pencroff estaba encantado de su obra y no ponía en duda que el aparato fuese perfecto.

—Ahora, un buen viento —dijo— y en un periquete moleremos nuestra primera cosecha.

—Un buen viento, sí —dijo el ingeniero—, pero no demasiado, Pencroff.

—¡Bah! ¡Más deprisa girará nuestro molino!

—No es necesario que gire tan deprisa —replicó Cyrus Smith—. Sabemos por experiencia que un molino produce la mayor cantidad

de trabajo cuando el número de vueltas que dan las aspas en un minuto es séxtuplo del número de pies que recorre el viento en un segundo. Un viento medio de veinticuatro pies por segundo imprimirá dieciséis vueltas a las aspas en un minuto, y no hace falta más.

—¡Perfecto! —exclamó Harbert—. Sopla una agradable brisa del nordeste que nos vendrá de perlas.

No había ninguna razón para retrasar la inauguración del molino, pues los colonos estaban impacientes por probar el primer trozo de pan de la isla Lincoln. Ese día, a lo largo de la mañana molieron de dos a tres celemines de trigo, y al día siguiente, en el almuerzo, una magnífica hogaza, un poco compacta quizá, pese a llevar levadura de cerveza, destacaba en la mesa de Granite-house. Todos le hincaron el diente con ganas, y es comprensible.

El desconocido no había regresado. Gedeon Spilett y Harbert habían recorrido varias veces el bosque por los alrededores de Granite-house sin encontrárselo y sin ver ninguna huella de él. Estaban seriamente preocupados por esa desaparición tan prolongada. Desde luego, el antiguo salvaje de la isla Tabor no pasaría apuros viviendo en los bosques del Far-West, donde abundaba la caza, pero ¿no era de temer que recuperase sus hábitos y que esa independencia reavivara sus instintos animales? Sin embargo, Cyrus Smith, sin duda por una especie de presentimiento, seguía empeñado en decir que el fugitivo volvería.

—¡Sí, volverá! —repetía con una confianza que sus compañeros no podían compartir—. Cuando ese infortunado estaba en la isla Tabor, sabía que estaba solo. Aquí, sabe que sus semejantes lo esperan. Puesto que ese pobre arrepentido ha hablado a medias de su vida pasada, volverá para contarla entera, y ese día ya será uno más de nosotros.

Los acontecimientos iban a darle la razón a Cyrus Smith.

El 3 de diciembre, Harbert había salido de la meseta de Vistagrande para ir a pescar a la orilla meridional del lago. No llevaba armas; hasta entonces no habían tenido que tomar ninguna precaución, ya que los animales peligrosos no frecuentaban esa parte de la isla.

Entretanto, Pencroff y Nab trabajaban en el corral, mientras que Cyrus Smith y el reportero estaban ocupados en las Chimeneas

fabricando sosa, pues las provisiones de jabón se habían terminado.

De repente se oyeron unos gritos:

—¡Socorro! ¡Auxilio!

Cyrus Smith y el reportero estaban demasiado lejos para oír los gritos. Pencroff y Nab salieron inmediatamente del corral y se dirigieron a toda prisa hacia el lago.

Pero, antes que ellos, el desconocido, cuya presencia en ese lugar nadie habría sospechado, cruzó el arroyo Glicerina, que separaba la meseta del bosque, y se plantó en la orilla opuesta.

Allí estaba Harbert frente a un formidable jaguar, semejante al que habían matado en el promontorio del Reptil. Pillado por sorpresa, el muchacho estaba de pie contra un árbol, mientras que el animal se hallaba en posición de disponerse a saltar... Pero el desconocido, sin más arma que un cuchillo, se precipitó sobre la temible fiera, que se volvió para enfrentarse a este nuevo adversario.

El combate fue breve. El desconocido poseía una fuerza y habilidad prodigiosas. Agarró al jaguar por el cuello con una mano más fuerte que una tenaza, sin preocuparse de si las garras de la fiera se clavaban en su carne, y con la otra le atravesó el corazón con el cuchillo.

El jaguar cayó. El desconocido lo empujó con un pie, y se disponía a huir en el momento en que los colonos llegaban al escenario del combate, pero Harbert se agarró a él y gritó:

—¡No! ¡No! ¡No dejaré que se vaya!

Cyrus Smith se dirigió hacia el desconocido, que frunció el entrecejo cuando lo vio acercarse. La sangre le corría por el hombro bajo la chaqueta rasgada, pero él no le prestaba atención.

—Amigo mío —le dijo Cyrus Smith—, acabamos de contraer una deuda de gratitud con usted. ¡Ha arriesgado su vida para salvar al muchacho!

—¡Mi vida! —murmuró el desconocido—. ¿Qué vale mi vida? ¡Absolutamente nada!

—¿Está herido?

—Da igual.

—¿Quiere darme la mano?

Como Harbert trataba de coger aquella mano que acababa de salvarlo, el desconocido cruzó los brazos, su pecho se hinchó, su

mirada se veló, y pareció que hacía amago de huir. Pero, haciendo un violento esfuerzo para dominarse, dijo en un tono brusco:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué pretenden ser para mí?

Lo que pedía de este modo, y por primera vez, era la historia de los colonos. Quizá, una vez contada esa historia, relatara él la suya.

De forma resumida, Cyrus Smith contó todo lo sucedido desde que habían salido de Richmond, cómo habían salido adelante y los recursos que tenían ahora a su disposición.

El desconocido le escuchaba con una gran atención.

A continuación, el ingeniero dijo los nombres de todos, Gedeon Spilett, Harbert, Pencroff, Nab y él, y añadió que la mayor alegría que habían experimentado desde su llegada a la isla Lincoln había sido cuando, a su regreso del islote, habían contado con un compañero más.

Al oír estas palabras, el desconocido se sonrojó y agachó la cabeza hacia el pecho. Toda su persona dejaba traslucir un sentimiento de confusión.

—Y ahora que nos conoce —añadió Cyrus Smith—, ¿quiere darnos la mano?

—No —respondió el desconocido con voz sorda—. ¡No! Ustedes son personas honradas, y yo...

XVII

*Al margen todavía – Una petición del desconocido – La granja
construida en el redil – ¡Hace doce años! – El contramaestre del
Britannia – Abandono en la isla Tabor – La mano de Cyrus
Smith – El mensaje misterioso*

Estas últimas palabras justificaban los presentimientos de los colonos. En la vida de ese desdichado había un funesto pasado, expiado tal vez ante los hombres, pero del que su conciencia todavía no lo había absuelto. En cualquier caso, el culpable tenía remordimientos, estaba arrepentido; sus nuevos amigos le habrían estrechado cordialmente esa mano que le pedían, pero él no se sentía digno de tendérsela a unos hombres honrados. No obstante, después del episodio del jaguar no volvió al bosque; a partir de ese día permaneció en el recinto de Granite-house.

¿Qué misterio entrañaba aquella existencia? ¿Harlaría algún día el desconocido? El futuro lo diría. En cualquier caso, acordaron que jamás le preguntarían su secreto y que vivirían con él como si no sospecharan nada.

Durante unos días, la convivencia continuó, pues, como hasta entonces. Cyrus Smith y Gedeon Spilett trabajaban juntos, unas veces como químicos y otras como físicos. El reportero solo se separaba del ingeniero para cazar con Harbert, pues no habría sido prudente dejar que el muchacho se internara solo en el bosque y había que estar en guardia. En cuanto a Nab y a Pencroff, un día en los establos o en el corral, otro en el redil, sin contar las tareas en Granite-house, siempre estaban ocupados.

El desconocido trabajaba por su cuenta y había reanudado su vida habitual: no asistía a las comidas, dormía bajo los árboles de la meseta y no se relacionaba nunca con sus compañeros. Realmente

se hubiera dicho que la compañía de los que lo habían salvado le resultaba insoportable.

—Pero, entonces —observaba Pencroff—, ¿por qué pidió ayuda a sus semejantes? ¿Por qué arrojó ese mensaje al mar?

—Él mismo nos lo dirá —respondía invariablemente Cyrus Smith.

—¿Cuándo?

—Quizá antes de lo que usted cree, Pencroff.

Y en efecto, el día de la confesión se acercaba.

El 10 de diciembre, una semana después de su regreso a Granite-house, Cyrus Smith vio acercarse al desconocido.

—Quisiera pedirle una cosa —le dijo con voz serena y en un tono humilde.

—Adelante —contestó el ingeniero—. Pero antes déjeme que le haga una pregunta.

Al oír estas palabras, el desconocido se sonrojó y estuvo a punto de retirarse. Cyrus Smith comprendió lo que sucedía en el alma del culpable, quien seguramente temía que el ingeniero lo interrogara sobre su pasado.

Cyrus Smith lo retuvo con la mano.

—Camarada —le dijo—, no solo somos para usted unos compañeros, sino también unos amigos. Quería decírselo. Ahora, le escucho.

El desconocido se pasó la mano por los ojos. Lo dominaba como un temblor y permaneció unos instantes sin poder articular palabra.

—He venido —dijo por fin— a rogarle que me conceda un favor.

—¿De qué se trata?

—A cuatro o cinco millas de aquí, al pie de la montaña, tienen un redil para los animales domésticos. Esos animales requieren cuidados. ¿Me permite vivir allí con ellos?

Cyrus Smith miró unos instantes al infortunado con un sentimiento de profunda conmiseración antes de decir:

—Amigo mío, en el redil solo hay unos establos, a duras penas apropiados para los animales...

—Estarán suficientemente bien para mí.

—Amigo mío —contestó Cyrus Smith—, nosotros nunca lo contrariaremos en nada. ¿Le gusta vivir en el redil? Hágalo. En cualquier caso, siempre será bien recibido en Granite-house. Pero, si

quiere vivir en el redil, tomaremos las disposiciones necesarias para que pueda instalarse cómodamente.

—Da igual en qué condiciones se encuentre, yo estaré bien.

—Amigo mío —dijo Cyrus Smith, que insistía deliberadamente en utilizar ese apelativo cordial—, permita que juzguemos nosotros mismos lo que debemos hacer a ese respecto.

—Gracias —contestó el desconocido, para acto seguido retirarse.

El ingeniero hizo partícipes inmediatamente a sus compañeros de la propuesta que el desconocido le había hecho y decidieron que construirían en el redil una casa de madera y la dotarían de todas las comodidades posibles.

Ese mismo día, los colonos fueron al redil con las herramientas necesarias, y antes de que terminara la semana la casa estaba preparada para recibir a su ocupante. Se alzaba a unos veinte pies de los establos y desde ella resultaría fácil vigilar el rebaño de musmones, que ya contaba con más de ochenta cabezas. Hicieron algunos muebles —cama, mesa, banco, armario y baúl— y transportaron al redil armas, municiones y herramientas.

El desconocido no había ido a ver en ningún momento su nueva morada. Había dejado a los colonos trabajar en ella mientras él seguía ocupado en la meseta, seguramente porque quería terminar su labor. Y de hecho, gracias a él, todas las tierras estaban aradas y a punto para ser sembradas cuando llegara el momento.

Era 20 de diciembre cuando quedaron acabadas las instalaciones en el redil. El ingeniero anunció al desconocido que su vivienda estaba preparada para acogerlo y este contestó que iría a dormir allí esa misma noche.

Por la noche, los colonos se hallaban reunidos en el salón de Granite-house. Eran entonces las ocho, la hora en la que su compañero iba a marcharse. En su deseo de no incomodarlo imponiéndole con su presencia una despedida que quizá le habría resultado embarazosa, lo habían dejado solo y habían subido a Granite-house.

Llevaban un rato charlando en el salón cuando se oyó que daban un golpe ligero en la puerta. Casi inmediatamente, el desconocido entró y, sin más preámbulos, dijo:

—Señores, antes de dejarlos conviene que conozcan mi historia. Se la voy a contar.

Estas simples palabras no dejaron de impresionar muy vivamente a Cyrus Smith y sus compañeros.

El ingeniero se había levantado.

—No le pedimos nada, amigo —dijo—. Está en su derecho de callar.

—El deber me obliga a hablar.

—En tal caso, siéntese.

—Me quedaré de pie.

—Estamos preparados para escucharle —dijo Cyrus Smith.

El desconocido permanecía en una esquina del salón, un poco protegido por la penumbra. Llevaba la cabeza descubierta y tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y fue en esta postura, con una voz sorda, hablando como alguien que se obliga a hablar, como hizo el relato siguiente, que sus oyentes no interrumpieron ni una sola vez:

—El 20 de diciembre de 1854, un yate de vapor, el *Duncan*, perteneciente al terrateniente escocés lord Glenarvan, ancló en el cabo Bernouilli, en la costa occidental de Australia, a la altura del paralelo 37. A bordo de ese yate iban lord Glenarvan, su esposa, un mayor de la armada inglesa, un geógrafo francés, una muchacha y un jovencito. Estos últimos eran los hijos del capitán Grant, cuyo barco, el *Britannia*, había naufragado un año antes sin dejar supervivientes. Al mando del *Duncan* estaba el capitán John Mangles, que contaba con una tripulación de quince hombres.

»Esta es la razón por la que ese yate se encontraba en esa época en las costas de Australia.

»Seis meses antes, el *Duncan* había encontrado y recogido en el mar de Irlanda una botella que contenía un mensaje escrito en inglés, en alemán y en francés. Dicho mensaje decía esencialmente que quedaban tres supervivientes del naufragio del *Britannia*, que esos supervivientes eran el capitán Grant y dos de sus hombres, y que habían encontrado refugio en una tierra cuya latitud constaba en el mensaje, pero cuya longitud, borrada por el agua del mar, resultaba ilegible.

»La latitud era 37º 11' sur. En consecuencia, dado que se desconocía la longitud, siguiendo ese paralelo 37 a través de mares y continentes se tenía la seguridad de llegar a la tierra habitada por el capitán Grant y sus dos compañeros.

»Como el almirantazgo inglés dudaba en emprender esa búsqueda, lord Glenarvan decidió intentarlo todo para encontrar al capitán. Habían puesto en contacto con él a Mary y Robert Grant. El *Duncan* fue equipado para una larga campaña, en la que la familia del lord y los hijos del capitán quisieron participar. La embarcación, que zarpó de Glasgow, se dirigió hacia el Atlántico, dobló el estrecho de Magallanes y fue por el Pacífico hasta la Patagonia, donde, según una primera interpretación del mensaje, cabía suponer que el capitán Grant se hallaba prisionero de unos indígenas.

»El *Duncan* dejó a sus pasajeros en la costa occidental de la Patagonia y prosiguió viaje para recogerlos en la costa oriental, en el cabo Corrientes.

»Lord Glenarvan atravesó la Patagonia siguiendo el paralelo 37 y, al no haber encontrado rastro alguno del capitán, embarcó de nuevo el 13 de noviembre a fin de proseguir su búsqueda a través del océano.

»Después de haber visitado sin éxito las islas Tristán da Cunha y Amsterdam, situadas en su recorrido, el *Duncan*, tal como he dicho, llegó al cabo Bernouilli, en la costa australiana, el 20 de diciembre de 1854.

»La intención de lord Glenarvan era atravesar Australia igual que había atravesado América, de modo que desembarcó. A unas millas del litoral había una granja perteneciente a un irlandés, el cual ofreció hospitalidad a los viajeros. Lord Glenarvan dio a conocer al irlandés el motivo que lo había llevado a aquellos parajes y le preguntó si tenía conocimiento de que un tres palos inglés, el *Britannia*, hubiera naufragado hacía menos de dos años en la costa oeste de Australia.

»El irlandés no había oído hablar de ese naufragio, pero, para gran sorpresa de los presentes, uno de los sirvientes del irlandés intervino para decir:

»—Milord, dé gracias a Dios. Si el capitán Grant está todavía vivo, lo está en tierra australiana.

»—¿Quién es usted? —preguntó lord Glenarvan.

»—Un escocés como usted, milord —respondió el hombre—, y uno de los compañeros del capitán Grant, uno de los náufragos del *Britannia*.

»Este hombre se llamaba Ayrton y era, en efecto, el contraataque del *Britannia*, tal como atestiguaban sus papeles. Separado del capitán Grant en el momento en que el barco se partía en los arrecifes, había creído hasta entonces que su capitán había perecido junto con toda la tripulación y que él, Ayrton, era el único superviviente del *Britannia*.

»—Pero —añadió— no es en la costa oeste de Australia donde el *Britannia* naufragó, sino en la costa este, y si el capitán Grant sigue con vida, tal y como indica el mensaje, se halla entonces prisionero de los indígenas australianos y es en la otra costa donde hay que buscarlo.

»El hombre hizo esta revelación con voz franca y mirada segura. No se podía dudar de sus palabras. El irlandés, que lo tenía a su servicio desde hacía más de un año, respondía por él. Lord Glenarvan creyó en la lealtad de ese hombre y, en consecuencia, decidió atravesar Australia siguiendo el paralelo 37. Lord Glenarvan, su mujer, los dos jóvenes, el mayor, el francés, el capitán Mangles y algunos marineros compondrían la expedición, guiada por Ayrton, mientras que el *Duncan*, a las órdenes del segundo, Tom Austin, se dirigiría a Melbourne, donde esperaría las instrucciones de lord Glenarvan.

»Partieron el 23 de diciembre de 1854.

»Ha llegado el momento de decir que el tal Ayrton era un traidor. Había sido, efectivamente, contraataque del *Britannia*, pero, a raíz de una serie de discusiones con su capitán, había intentado arrastrar a la tripulación a la revuelta y apoderarse del barco, y el capitán Grant le había hecho desembarcar el 8 de abril de 1852 en la costa oeste de Australia y se había ido dejándolo allí, lo cual era de justicia.

»Así pues, ese miserable no sabía nada del naufragio del *Britannia*. ¡Acababa de enterarse por el relato de Glenarvan! Después de que lo dejaran, se había convertido, con el nombre de Ben Joyce, en el cabecilla de una banda de convictos evadidos, y si afirmó impunemente que el naufragio se había producido en la costa este, si impulsó a lord Glenarvan a ir en esa dirección, fue con la esperanza de alejarlo de su barco, apoderarse del *Duncan* y convertirlo en un barco pirata del Pacífico.

El desconocido hizo una breve pausa. La voz le temblaba, pero

prosiguió en estos términos:

—La expedición se puso en marcha a través de la tierra australiana. Naturalmente, fue mal, pues Ayrton o Ben Joyce, como quieran llamarlo, la dirigía unas veces precedido y otras seguido de su banda de convictos, que había sido informada del golpe que debía dar.

»Pero el *Duncan* había sido enviado a Melbourne para que lo revisaran. Se trataba, pues, de empujar a lord Glenarvan a que le diera la orden de dejar Melbourne para dirigirse a la costa este de Australia, donde resultaría fácil hacerse con él. Tras haber conducido a la expedición bastante cerca de esa costa, entre vastos bosques que carecían de recursos de toda clase, Ayrton consiguió una carta que se encargaría de llevar personalmente al segundo del *Duncan*, carta en la que se le ordenaba llevar inmediatamente el yate a la bahía Twofold, en la costa este, es decir, a unas jornadas del lugar donde la expedición se había detenido. Allí era donde Ayrton había dado cita a sus cómplices.

»En el momento en que la carta le iba a ser entregada, el traidor fue desenmascarado y no tuvo más remedio que huir. Pero esa carta, que pondría en sus manos al *Duncan*, debía conseguirla a toda costa. Ayrton logró hacerse con ella y dos días después llegó a Melbourne.

»Hasta entonces el criminal había tenido éxito en sus odiosos proyectos. Iba a poder conducir al *Duncan* a la bahía Twofold, donde a los convictos les sería fácil adueñarse de él, y, una vez masacrada la tripulación, Ben Joyce se convertiría en el señor de aquellos mares... Dios lo detendría en el desenlace de sus funestos designios.

»Al llegar a Melbourne, Ayrton entregó la carta al segundo, Tom Austin, quien, al leerla, aparejó la embarcación inmediatamente. Pero imagínense la frustración y la cólera de Ayrton cuando, al día siguiente de zarpar, se enteró de que el segundo conducía el barco, no a la costa este de Australia, a la bahía Twofold, sino a la costa este de Nueva Zelanda. Intentó oponerse, pero Austin le enseñó la carta... y, en efecto, debido a un error providencial del geógrafo francés que la había redactado, la costa este de Nueva Zelanda figuraba como lugar de destino.

»Todos los planes de Ayrton estaban fracasando. Intentó

rebelarse y lo encerraron. Fue conducido, pues, a la costa de Nueva Zelanda sin saber qué sería de sus cómplices ni de lord Glenarvan.

»El *Duncan* estuvo recorriendo aquella costa hasta el 3 de marzo. Ese día, Ayrton oyó unas detonaciones. Eran las carronadas del *Duncan* que hacían fuego. Al poco, lord Glenarvan y todos los suyos subían a bordo.

»Esto es lo que había pasado: después de mil fatigas y mil peligros, lord Glenarvan había podido acabar su viaje y llegar a la bahía Twofold, en la costa este de Australia. ¡Ni rastro del *Duncan*! Telegrafió a Melbourne y recibió esta respuesta: “El *Duncan* zarpó el 18 del mes corriente con destino desconocido”.

»Lord Glenarvan solo pudo pensar una cosa: que el yate había caído en manos de Ben Joyce y se había convertido en un barco pirata.

»Sin embargo, lord Glenarvan no quiso darse por vencido. Era un hombre intrépido y generoso. Embarcó en un mercante, fue hasta la costa oeste de Nueva Zelanda y atravesó esta por el paralelo 37 sin encontrar ni rastro del capitán Grant. Pero, para su gran sorpresa, y por voluntad del cielo, en la otra costa encontró al *Duncan*, que, bajo las órdenes del segundo, lo esperaba desde hacía cinco semanas.

»Era el 3 de marzo de 1855. Lord Glenarvan estaba, pues, a bordo del *Duncan*, pero Ayrton también. El bandido compareció ante el lord, quien intentó sonsacarle todo lo que sabía sobre el capitán Grant. Ayrton se negó a hablar. Lord Glenarvan le dijo entonces que en la primera escala lo entregaría a las autoridades inglesas. Ayrton persistió en guardar silencio.

»El *Duncan* reanudó su recorrido por el paralelo 37. Pero lady Glenarvan se propuso vencer la resistencia del bandido. Finalmente, su influencia se impuso y Ayrton le propuso al lord que, a cambio de lo que le dijese, lo dejara en una de las islas del Pacífico en lugar de entregarlo a las autoridades inglesas. Lord Glenarvan, decidido a todo para obtener información sobre el capitán Grant, accedió.

»Ayrton contó entonces toda su vida y quedó patente que no sabía nada del capitán Grant desde el día que este le había hecho desembarcar en la costa australiana.

»No obstante, lord Glenarvan cumplió su palabra. El *Duncan* prosiguió su ruta y llegó a la isla Tabor. Allí era donde iban a dejar

a Ayrton, y allí fue también donde, por un verdadero milagro, encontraron al capitán Grant y a sus dos hombres, justo en ese paralelo 37. El convicto iba, pues, a sustituirlos en ese islote desierto, y cuando llegó el momento de hacerlo bajar del yate, lord Glenarvan pronunció estas palabras:

»—Aquí, Ayrton, estará alejado de toda tierra y sin posibilidad alguna de comunicarse con sus semejantes. No podrá escapar de este islote donde el *Duncan* lo deja. Estará solo, bajo la mirada de un Dios que lee en lo más profundo de los corazones, pero no estará perdido como lo ha estado el capitán Grant. Por indigno que sea del recuerdo de los hombres, los hombres lo recordarán. Yo sé dónde está, Ayrton, y sé dónde encontrarlo. ¡No lo olvidaré nunca!

»Acto seguido, el *Duncan* alzó velas y se alejó.

»Era el 18 de marzo de 1855.

»Ayrton estaba solo, pero no le faltaban ni municiones, ni armas, ni herramientas, ni semillas. El convicto tenía asimismo a su disposición la casa construida por el honrado capitán Grant. No tenía más que vivir y expiar en soledad los crímenes que había cometido.

»Se arrepintió, sintió vergüenza de sus crímenes y fue muy desgraciado. Se dijo que, si los hombres iban algún día a buscarlo a ese islote, debía ser digno de volver con ellos. ¡Cómo sufrió, el miserable! ¡Cómo trabajó para redimirse mediante el trabajo! ¡Cómo rezó para regenerarse mediante la oración!

»Así vivió Ayrton durante dos o tres años. Pero, abatido por el aislamiento, siempre atento por si algún barco aparecía en el horizonte, preguntándose si el período de expiación acabaría pronto, sufría como jamás ha sufrido nadie. ¡Qué dura es la soledad para un alma corroída por los remordimientos!

»Pero sin duda el cielo no creía que aquello fuera suficiente castigo para el desdichado, pues este se dio cuenta de que, poco a poco, estaba convirtiéndose en un salvaje. Se dio cuenta de que poco a poco el embrutecimiento iba apoderándose de él. No es capaz de decir si fue al cabo de dos o de cuatro años de abandono, pero acabó por convertirse en el miserable que ustedes encontraron.

»No hace falta que les diga, señores, que Ayrton o Ben Joyce y yo somos la misma persona.

Cyrus Smith y sus compañeros se levantaron al terminar el

relato. Resulta difícil describir la emoción que los embargaba. ¡Tanta miseria, tantos sufrimientos y tanta desesperación expuestos al desnudo ante ellos!

—Ayrton —dijo entonces Cyrus Smith—, ha sido usted un gran criminal, pero sin duda el cielo debe de considerar que ha expiado sus crímenes. Lo ha demostrado conduciéndolo de nuevo junto a sus semejantes. Ayrton, está usted perdonado. Y ahora, ¿quiere ser nuestro compañero?

Ayrton había retrocedido.

—¡Démonos la mano! —dijo el ingeniero.

Ayrton se precipitó hacia la mano que le tendía Cyrus Smith y unas gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Quiere vivir con nosotros? —preguntó Cyrus Smith.

—Señor Smith, concédame algún tiempo más —respondió Ayrton—. Déjeme solo en esa casa del redil.

—Como usted quiera, Ayrton —contestó Cyrus Smith.

Ayrton se disponía a retirarse cuando el ingeniero le hizo una última pregunta:

—Una palabra más, amigo. Si su designio era vivir aislado, ¿por qué lanzó entonces al mar ese mensaje que nos puso sobre su pista?

—¿Un mensaje? —repuso Ayrton, que parecía no saber de qué le hablaban.

—Sí, ese mensaje metido en una botella que encontramos y en el que figuraba la situación exacta de la isla Tabor.

Ayrton se pasó la mano por la frente y se quedó pensando.

—Yo nunca he lanzado ningún mensaje al mar —contestó.

—¿Nunca? —preguntó Pencroff.

—Nunca.

Y Ayrton, después de inclinarse a modo de despedida, se dirigió a la puerta y salió.

XVIII

Conversación – Cyrus Smith y Gedeon Spilett – Una idea del ingeniero – El telégrafo eléctrico – Los hilos – La pila – El alfabeto – El verano – Prosperidad de la colonia – Fotografía – Un efecto de nieve – Dos años en la isla Lincoln

—¡Pobre hombre! —exclamó Harbert.

El joven se había precipitado hacia la puerta y, después de haber visto a Ayrton deslizarse por la cuerda del ascensor y desaparecer en medio de la oscuridad, había regresado con sus compañeros.

—Volverá —dijo Cyrus Smith.

—¡Pero bueno, señor Cyrus! —exclamó Pencroff—, ¿qué significa esto? ¿Ahora resulta que no fue Ayrton quien lanzó esa botella al mar? Entonces, ¿quién fue?

Si alguna vez ha habido una pregunta que debía ser formulada, con toda seguridad era esta.

—Fue él —respondió Nab—. Lo que pasa es que el desdichado estaba ya medio loco.

—Claro —dijo Harbert—, y no era consciente de lo que hacía.

—Esa es la única explicación posible, amigos míos —dijo Cyrus Smith—, y ahora comprendo que Ayrton pudiera indicar con exactitud la situación de la isla Tabor, puesto que los acontecimientos que habían precedido su abandono en la isla le permitían conocerla.

—Pero, si aún no se había embrutecido en el momento de redactar el mensaje y, por lo tanto, hace siete u ocho años que lo lanzó al mar, ¿cómo es que la humedad no ha alterado el papel? —objetó Pencroff.

—Eso demuestra —respondió Cyrus Smith— que Ayrton se vio privado de inteligencia en una época mucho más reciente de lo que

él cree.

—Tiene que ser forzosamente así —dijo Pencroff—, pues, de lo contrario, sería un hecho inexplicable.

—Inexplicable, en efecto —contestó el ingeniero, que parecía no querer prolongar esa conversación.

—Pero ¿ha dicho Ayrton la verdad? —preguntó el marino.

—Sí —respondió el reportero—. La historia que ha contado es cierta de principio a fin. Recuerdo muy bien que los periódicos informaron de la aventura de lord Glenarvan y de su desenlace.

—Ayrton ha dicho la verdad —añadió Cyrus Smith—, no lo dude, Pencroff, porque era muy cruel para él. ¡Cuando uno se acusa así está diciendo la verdad!

Al día siguiente, 21 de diciembre, cuando los colonos bajaron a la playa y a continuación subieron a la meseta, ya no encontraron allí a Ayrton. Este se había ido por la noche a su casa del redil y los colonos consideraron aconsejable no importunarlo con su presencia. Sin duda el tiempo conseguiría lo que sus tentativas por animarlo no habían podido conseguir.

Harbert, Pencroff y Nab reanudaron sus ocupaciones habituales. Precisamente ese día el trabajo reunió a Cyrus Smith y al reportero en el taller de las Chimeneas.

—¿Sabe, querido Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, que la explicación que dio ayer sobre esa botella no me satisfizo del todo? ¿Cómo es posible que ese desdichado pudiera escribir ese mensaje y lanzar la botella al mar, y no acordarse en absoluto de haberlo hecho?

—Luego no fue él quien la lanzó, querido Spilett.

—Entonces, ¿sigue creyendo que...?

—Ni creo ni sé nada —respondió Cyrus Smith, interrumpiendo al reportero—. Me limito a situar ese incidente entre los que no he podido explicar hasta ahora.

—Realmente, Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, suceden cosas increíbles. Su salvación, la caja que encontramos en la playa, las aventuras de Top, y ahora esa botella... ¿Acaso no encontraremos nunca la solución de estos enigmas?

—¡Sí! —respondió vivamente el ingeniero—. ¡Aunque tenga que buscar hasta en las entrañas de esta isla!

—Tal vez el azar nos dé la clave de este misterio.

—¡El azar...! Spilett, yo no creo en el azar, como tampoco creo en los misterios de este mundo. Todo lo inexplicable que sucede aquí tiene una causa y la descubriré. Entretanto, observemos y trabajemos.

El mes de enero llegó. Empezaba el año 1867. Realizaron con asiduidad los trabajos del verano. Durante los días que siguieron, Harbert y Gedeon Spilett, que habían ido a la zona del redil, pudieron constatar que Ayrton había tomado posesión de la vivienda que le habían preparado. Se ocupaba del numeroso rebaño confiado a sus cuidados y ahorraba a sus compañeros el esfuerzo de desplazarse cada dos o tres días hasta el redil. Sin embargo, a fin de no dejar a Ayrton demasiado tiempo solo, los colonos lo visitaban con bastante frecuencia.

No estaba de más tampoco, dadas las sospechas que compartían el ingeniero y Gedeon Spilett, que esa parte de la isla estuviera sometida a cierta vigilancia. Si se producía algún incidente, Ayrton no dejaría de informar a los habitantes de Granite-house.

Sin embargo, cabía la posibilidad de que dicho incidente ocurriera de manera súbita y exigiera ser puesto rápidamente en conocimiento del ingeniero. Incluso dejando a un lado todos los hechos relacionados con el misterio de la isla Lincoln, podían producirse muchos otros que requirieran una pronta intervención de los colonos, como la aparición de un barco en altamar por la parte occidental, un naufragio en esa costa, la posible llegada de piratas, etcétera.

En consecuencia, Cyrus Smith decidió poner el redil en comunicación instantánea con Granite-house.

Fue el 10 de enero cuando hizo partícipes de su proyecto a sus compañeros.

—¡Caramba! ¿Y cómo va a arreglárselas para conseguirlo, señor Cyrus? —preguntó Pencroff—. No estará pensando, por casualidad, en instalar un telégrafo.

—Exacto —contestó el ingeniero.

—¿Eléctrico? —preguntó, asombrado, Harbert.

—Eléctrico —respondió Cyrus Smith—. Tenemos todos los elementos necesarios para hacer una pila. Lo más difícil será estirar alambres, pero yo creo que utilizando una hilera lo conseguiremos.

—Pues, después de esto —dijo el marino—, ya no pierdo la

esperanza de vernos circular un día en ferrocarril.

Se pusieron, pues, manos a la obra, empezando por lo más difícil, es decir, hacer los hilos, porque si fracasaban en eso sería inútil hacer la pila y otros accesorios.

Como sabemos, el hierro de la isla Lincoln era de excelente calidad y, por consiguiente, muy apropiado para dejarse estirar. Cyrus Smith empezó por hacer una hilera, es decir, una placa de acero atravesada por agujeros cónicos de diferentes calibres para reducir sucesivamente el hilo al grado de delgadez deseado. Después de haber templado convenientemente esta pieza, la unió de manera inquebrantable a un armazón firmemente clavado en el suelo, a tan solo unos pies de la gran cascada, cuya fuerza motriz el ingeniero iba a utilizar de nuevo.

Allí estaba, en efecto, el batán, que entonces no funcionaba, pero cuyo árbol, movido con una enorme fuerza, podía servir para estirar el hilo enrollándolo a su alrededor.

Fue una operación delicada que exigió un gran cuidado. Después de introducir en el agujero de mayor calibre de la hilera el hierro, previamente preparado en largas y delgadas varillas cuyos extremos habían sido adelgazados con una lima, lo estiró y enrolló con el árbol hasta obtener unos veinticinco o treinta pies, luego lo desenrolló y lo pasó sucesivamente por los agujeros de menor calibre. Finalmente, el ingeniero obtuvo unos hilos de entre cuarenta y cincuenta pies, que resultaba fácil unir y tender a lo largo de las cinco millas que separaban el redil del recinto de Granite-house.

Solo hicieron falta unos días para realizar esta tarea. Es más, en cuanto la máquina empezó a funcionar, Cyrus Smith dejó a sus compañeros trefilando y se dedicó a hacer la pila.

Se trataba, en este caso, de obtener una pila de corriente constante. Es sabido que los elementos de las pilas modernas se componen generalmente de carbón de retorta, cinc y cobre. Con cobre no podía contar el ingeniero, pues no había encontrado ni rastro en la isla Lincoln, así que era preciso prescindir de él. Carbón de retorta, es decir, ese grafito duro que se encuentra en las retortas de las fábricas de gas después de haber deshidrogenado la hulla, hubieran podido producirlo, pero tendrían que haber instalado unos aparatos especiales, lo cual habría sido muy trabajoso. En cuanto al

cinc, recordarán que la caja encontrada en la punta del Pecio estaba forrada con una envoltura de ese metal, y no podía haber mejor circunstancia que esta para utilizarlo.

Después de pensarlo detenidamente, Cyrus Smith decidió, pues, hacer una pila muy sencilla, similar a la que Becquerel había ideado en 1820 y en la que solo se utiliza cinc. En lo que se refiere a las demás sustancias —ácido nítrico y potasa—, las tenía a su disposición.

Así es como hizo la pila, cuyos efectos debían ser producidos por la reacción del ácido y de la potasa el uno en el otro.

Fabricaron cierto número de frascos de vidrio y los llenaron de ácido nítrico. El ingeniero los tapó con un tapón de arcilla sujeto con tela y atravesado por un tubo de vidrio cuyo extremo inferior estaba cerrado y que debía quedar sumergido en el ácido. Por el extremo superior del tubo, vertió una disolución de potasa que había obtenido previamente incinerando diversas plantas, y de este modo el ácido y la potasa pudieron reaccionar el uno en el otro a través de la arcilla.

A continuación, Cyrus Smith cogió dos láminas de cinc y sumergió una de ellas en el ácido nítrico y la otra en la disolución de potasa. Inmediatamente se produjo una corriente que iba de la lámina del frasco a la del tubo, y al unir estas dos láminas con un hilo metálico, la lámina del tubo se convirtió en el polo positivo y la del frasco en el polo negativo del aparato. Cada frasco produjo, pues, una corriente de este tipo, y el conjunto de ellas debía ser suficiente para generar todos los fenómenos de la telegrafía eléctrica.

Este fue el ingenioso y sencillísimo aparato que construyó Cyrus Smith, aparato que iba a permitirle establecer comunicación telegráfica entre Granite-house y el redil.

El 6 de febrero empezaron a colocar los postes, provistos de aislantes de vidrio y destinados a sostener el hilo, que debía seguir el camino del redil. Unos días después, el hilo estaba tendido y preparado para producir, a una velocidad de cien mil kilómetros por segundo, la corriente eléctrica que la tierra se encargaría de devolver a su punto de partida.

Habían hecho dos pilas, una para Granite-house y la otra para el redil, pues el redil debía poder comunicarse con Granite-house,

pero quizá fuera útil también que Granite-house pudiera comunicarse con el redil.

En cuanto al receptor y al manipulador, eran muy sencillos. En las dos estaciones, el hilo se enrollaba sobre un electroimán, es decir, un trozo de hierro dulce rodeado por una bobina. Cuando se establecía la comunicación entre los dos polos, la corriente partía del polo positivo, atravesaba el hilo, pasaba al electroimán, que se imantaba temporalmente, y volvía por el suelo al polo negativo. Cuando se interrumpía la comunicación, el electroimán se desimantaba inmediatamente. Bastaba, pues, colocar una placa de hierro dulce delante del electroimán, la cual, atraída durante el paso de la corriente, caía de nuevo cuando la corriente era interrumpida. Una vez obtenido este movimiento de la placa, Cyrus Smith pudo unir muy fácilmente a ella una aguja dispuesta sobre una esfera con las letras del alfabeto y, de esta forma, comunicar una estación con la otra.

El 12 de febrero ya estaba todo instalado. Ese día, Cyrus Smith, después de lanzar la corriente a través del hilo, preguntó si todo iba bien en el redil, y unos instantes después recibió una respuesta satisfactoria de Ayrton.

Pencroff no cabía en sí de contento, y todas las mañanas y todas las noches enviaba al redil un telegrama que jamás quedaba sin respuesta.

Este sistema de comunicación presentaba dos ventajas muy reales: una era que permitía comprobar la presencia de Ayrton en el redil; la otra, que no lo dejaba totalmente aislado. Por lo demás, Cyrus Smith nunca dejaba pasar una semana sin ir a verlo, y Ayrton iba de cuando en cuando a Granite-house, donde siempre encontraba una buena acogida.

El verano transcurrió así, realizando las tareas habituales. Los recursos de la colonia, particularmente en cuestión de verduras y cereales, aumentaban de día en día, y las plantas traídas de la isla Tabor habían arraigado perfectamente. La meseta de Vistagrande presentaba un aspecto muy tranquilizador. La cuarta cosecha de trigo había sido admirable y, como es de suponer, a nadie se le ocurrió comprobar si estaban los cuatrocientos mil millones de granos. La primera idea de Pencroff había sido hacerlo, pero cuando Cyrus Smith le dijo que, aunque consiguiera contar trescientos

granos por minuto, es decir, mueve mil por hora, necesitaría alrededor de cinco mil quinientos años para terminar la operación, el buen marino pensó que debía renunciar a su plan.

El tiempo era magnífico. Durante el día hacía mucho calor, pero al anochecer las brisas de alta mar venían a moderar los ardores de la atmósfera y proporcionaban unas noches frescas a los habitantes de Granite-house. No obstante, hubo algunas tormentas que, si bien no duraban mucho, caían con una fuerza extraordinaria, al menos sobre la isla Lincoln. Durante unas horas, los relámpagos no cesaban de iluminar el cielo y los truenos rugían sin parar.

Hacia esa época, la pequeña colonia era enormemente próspera. Los huéspedes del corral pululaban y los colonos vivían de esa sobreabundancia, pues urgía reducir su población a una cifra más moderada. Los cerdos ya habían criado y los cuidados que había que dispensar a esos animales absorbían gran parte del tiempo de Nab y Pencroff. Los onagros, que habían dado dos preciosas crías, eran montados casi siempre por Gedeon Spilett y Harbert, el cual se había convertido en un excelente jinete bajo la dirección del reportero, y también los enganchaban a la carreta para transportar a Granite-house leña y hulla, así como los diversos productos minerales que el ingeniero utilizaba.

En esa época realizaron varias incursiones hasta las profundidades de los bosques del Far-West. Los exploradores podían aventurarse sin temer las altas temperaturas, ya que los rayos solares apenas traspasaban el espeso ramaje que se enmarañaba sobre sus cabezas. Visitaron toda la orilla izquierda del río de la Misericordia, que bordeaba el camino que iba del redil a la desembocadura del río de la Cascada.

Pero en estas excursiones los colonos tuvieron siempre la precaución de ir bien armados, pues se topaban a menudo con ciertos jabalíes muy salvajes y feroces contra los cuales había que luchar encarnizadamente.

También durante esta estación se desarrolló una guerra terrible contra los jaguares. Gedeon Spilett les tenía un odio muy especial, y su discípulo Harbert lo secundaba gustoso. Armados como iban, no temían encontrarse con una de esas fieras. La audacia de Harbert era soberbia, y la sangre fría del reportero, asombrosa. De manera que una veintena de magníficas pieles decoraban ya el salón de

Granite-house, y si continuaban al mismo ritmo, la especie de los jaguares no tardaría en extinguirse en la isla, objetivo que perseguían los cazadores.

El ingeniero participó en algunas incursiones que se hicieron en las zonas desconocidas de la isla, que él observaba con minuciosa atención. No eran huellas de animales las que buscaba en las zonas más densas de esos vastos bosques, sino de otro tipo, pero nunca vio nada sospechoso. Ni Top ni Jup, que lo acompañaban, hacían presentir por su actitud que hubiera nada extraordinario, y sin embargo, más de una vez el perro volvió a ladrar ante el orificio del pozo que el ingeniero había explorado sin resultado.

Fue en esa época cuando Gedeon Spilett, ayudado por Harbert, tomó varias fotografías de las partes más pintorescas de la isla con la cámara fotográfica que habían encontrado en la caja y que hasta entonces no habían utilizado.

La cámara, provista de un potente objetivo, formaba parte de un equipo fotográfico muy completo. Sustancias necesarias para la reproducción, colodio para preparar la placa de vidrio, nitrato de plata para sensibilizarla, hiposulfato de sosa para fijar la imagen obtenida, cloruro de amonio para bañar el papel destinado a la copia positiva, acetato de sosa y cloruro de oro para impregnar esta última... no faltaba nada. Incluso había papeles, todos impregnados de cloruro, y no había más que sumergirlos unos minutos en nitrato de plata mezclado con agua antes de colocarlos en el chasis sobre las pruebas negativas.

Así pues, el reportero y su ayudante se convirtieron en poco tiempo en hábiles fotógrafos y obtuvieron fotos bastante bonitas de paisajes, como el conjunto de la isla tomada desde la meseta de Vistagrande, con el monte Franklin en el horizonte, la desembocadura del río de la Misericordia pintorescamente enmarcada por las altas rocas, el claro y el redil adosado a las primeras elevaciones de la montaña, la curiosa forma del cabo de la Zarpa, de la punta del Pecio, etcétera.

Los fotógrafos no olvidaron retratar a todos los habitantes de la isla sin excepción.

—Es una manera de aumentar la población —decía Pencroff.

El marino estaba encantado de ver su imagen, fielmente reproducida, decorando las paredes de Granite-house, y se detenía

gustoso ante esa exposición como lo habría hecho ante los escaparates más lujosos de Broadway.

Pero preciso es decir que el retrato más logrado fue indiscutiblemente el de Jup. El orangután había posado con una seriedad indescriptible y su imagen era elocuente.

—¡Qué cara de listo! —exclamaba Pencroff.

Y muy exigente tendría que haber sido Jup para no haber estado contento; pero lo estaba, y contemplaba su imagen con una expresión sentimental que dejaba traslucir una ligera dosis de fatuidad.

Los grandes calores del verano terminaron con el mes de marzo. Llovió varias veces, pero la atmósfera todavía era cálida. Ese mes de marzo, que corresponde al mes de septiembre de las latitudes boreales, no fue tan bueno como habría cabido esperar. Quizá anunciaba un invierno precoz y crudo.

Incluso una mañana, la del 21, por un momento creyeron que las primeras nieves habían hecho su aparición. Al asomarse Harbert temprano a una de las ventanas de Granite-house, exclamó:

—¡Hala! ¡El islote está cubierto de nieve!

—¿Nieve en esta época? —repuso el reportero, acercándose al joven.

Sus compañeros acudieron enseguida y solo pudieron constatar una cosa: que no solo el islote, sino toda la playa, al pie de Granite-house, estaban cubiertos de una capa blanca, uniformemente extendida sobre el suelo.

—¡No cabe duda de que es nieve! —dijo Pencroff.

—¡Si no lo es, se le parece mucho! —dijo Nab.

—¡Pero el termómetro marca 58° [14 °C]! —observó Gedeon Spilett.

Cyrus Smith miraba la capa blanca sin pronunciarse, pues realmente no sabía cómo explicar ese fenómeno en aquella época del año y con semejante temperatura.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Pencroff—. ¡Las plantaciones se van a helar!

El marino se disponía a bajar cuando fue precedido por el ágil Jup, que se dejó deslizar hasta el suelo.

Pero, antes de que el orangután hubiera tocado tierra, la enorme capa de nieve se levantó y se dispersó por el aire en tantísimos

copos que la luz del sol quedó velada durante unos minutos.

—¡Pájaros! —exclamó Harbert.

Eran, en efecto, bandadas de aves marinas con un plumaje de un blanco resplandeciente. Se habían posado a cientos de miles sobre el islote y la costa, y emprendieron el vuelo para desaparecer a lo lejos. Los colonos se quedaron tan atónitos como si hubieran asistido a un cambio de paisaje provocado por el paso sin transición del verano al invierno en un decorado mágico. Desgraciadamente, el cambio había sido tan súbito que ni el reportero ni el joven consiguieron abatir a uno de esos pájaros, cuya especie no pudieron identificar.

Unos días después, el 26 de marzo, se cumplían dos años de la caída de los náufragos del aire en la isla Lincoln.

XIX

Recuerdos de la patria – Oportunidades futuras – Plan de reconocimiento de las costas de la isla – Partida el 16 de abril – La península Serpentina vista desde el mar – Los basaltos de la costa occidental – Mal tiempo – Llega la noche – Otro incidente

¡Dos años ya! Y desde hacía dos años, los colonos habían estado completamente incomunicados de sus semejantes. No tenían noticias del mundo civilizado, estaban perdidos en esa isla, tan perdidos como si se hallaran en algún ínfimo asteroide del mundo solar.

¿Qué estaría sucediendo en su país? La imagen de la patria seguía presente en ellos, esa patria desgarrada por la guerra civil en el momento en que la habían dejado y que la rebelión del Sur quizá todavía ensangrentaba. Para ellos era muy doloroso y hablaban a menudo de estas cosas, aunque sin dudar jamás de que la causa del Norte tuviera que triunfar para honor de la Confederación americana.

Durante esos dos años no había pasado un solo barco por aquellos parajes, ni siquiera una vela había sido avistada. Era evidente que la isla Lincoln se encontraba fuera de las rutas establecidas e incluso que era desconocida —cosa que, por lo demás, demostraban los mapas—, pues, pese a no tener un puerto, debería haber atraído a los barcos necesitados de hacer aguada. Pero el mar que la rodeaba estaba siempre desierto hasta donde alcanzaba la vista y los colonos no debían contar sino consigo mismos para repatriarse.

Sin embargo, existía una posibilidad de salvación, y precisamente esa posibilidad fue tratada un día de la primera semana de abril por los colonos, que se hallaban reunidos en el

salón de Granite-house.

Habían estado hablando de América y de las pocas esperanzas que tenían de volver a ver su país natal.

—Decididamente, solo tenemos un medio —dijo Gedeon Spilett—, solo uno de dejar la isla Lincoln, y es construir un barco suficientemente grande para que resista navegar por alta mar unos cientos de millas. Y me parece a mí que, si hemos sido capaces de hacer una chalupa, bien podemos hacer un barco.

—¡Y bien podemos ir a las Pomotu —añadió Harbert—, si hemos ido a la isla Tabor!

—No digo que no —intervino Pencroff, que siempre tenía voz preponderante en las cuestiones marítimas—, no digo que no, aunque no sea en absoluto lo mismo ir cerca que ir lejos. Si nuestra chalupa se hubiera visto amenazada por un vendaval durante el viaje a la isla Tabor, sabíamos que ni por un lado ni por el otro el puerto estaba lejos. ¡Pero mil doscientas millas es un buen trecho, y la tierra más cercana está como mínimo a esa distancia!

—¿Quiere decir, Pencroff, que llegado el caso no lo intentaría? —preguntó el reportero.

—¡Yo intentaré todo lo que haga falta, señor Spilett —respondió el marino—, y sabe perfectamente que no soy de los que se echan atrás!

—Ten en cuenta, además, que contamos con otro marino entre nosotros —señaló Nab.

—¿Quién? —preguntó Pencroff.

—Ayrton.

—Es verdad —dijo Harbert.

—¡Suponiendo que aceptara venir! —observó Pencroff.

—¡Hombre! —dijo el reportero—. ¿Acaso cree que si el yate de lord Glenarvan se hubiera presentado en la isla Tabor mientras él vivía allí, Ayrton se habría negado a irse?

—Olvidan, amigos míos —dijo entonces Cyrus Smith—, que Ayrton había perdido la razón durante los últimos años de su estancia en la isla Tabor. Pero la cuestión no es esa. Se trata de saber si debemos contar entre nuestras posibilidades de salvación con el regreso de ese barco escocés. Lord Glenarvan le prometió a Ayrton que volvería a recogerlo cuando considerara suficientemente expiados sus crímenes, y yo creo que volverá.

—Sí —dijo el reportero—, y yo añadido que volverá pronto, porque ya hace doce años que Ayrton fue abandonado.

—Claro —dijo Pencroff—, estoy totalmente de acuerdo con ustedes en que el lord volverá, e incluso en que lo hará pronto. Pero ¿dónde recalará? En la isla Tabor, y no en la isla Lincoln.

—Con toda seguridad —dijo Harbert—, porque la isla Lincoln ni siquiera aparece en el mapa.

—Por consiguiente, amigos míos —dijo el ingeniero—, debemos tomar las precauciones necesarias para que en la isla Tabor haya algo que indique nuestra presencia y la de Ayrton en la isla Lincoln.

—Exacto —dijo el reportero—, y nada más fácil que dejar en la cabaña que fue la morada del capitán Grant y de Ayrton una nota en la que figure la situación de nuestra isla, nota que lord Glenarvan o su tripulación no podrán dejar de encontrar.

—Es realmente una lástima —se lamentó Pencroff— que no se nos ocurriera tomar esa precaución en nuestro primer viaje a la isla Tabor.

—¿Cómo se nos iba a ocurrir? —repuso Harbert—. Entonces no conocíamos la historia de Ayrton; no sabíamos que fueran a venir algún día a buscarlo, y cuando nos enteramos, la estación estaba demasiado avanzada para permitirnos regresar a la isla.

—Sí —dijo Cyrus Smith—, era demasiado tarde. Hay que dejar esa travesía para la próxima primavera.

—Pero ¿y si el yate escocés viniera antes? —dijo Pencroff.

—No es probable —respondió el ingeniero—, porque lord Glenarvan no escogería el invierno para aventurarse en estos mares lejanos. O ya ha vuelto a la isla Tabor desde que Ayrton está con nosotros, es decir, en el transcurso de los últimos cinco meses, y se ha ido, o no volverá hasta más adelante. Cuando llegue octubre y empiece a hacer buen tiempo, será el momento de ir a la isla Tabor y dejar una nota.

—Hay que reconocer —dijo Nab— que sería tener muy mala suerte si el *Duncan* hubiera regresado a estos mares hace solo unos meses.

—Espero que no haya sido así —contestó Cyrus Smith— y que el cielo no nos haya arrebatado la mejor oportunidad que nos queda.

—Yo creo que, en cualquier caso, sabremos a qué atenernos cuando vayamos a la isla Tabor —observó el reportero—, porque si

los escoceses han vuelto, forzosamente habrán dejado algunas huellas de su paso.

—Sí, indudablemente —contestó el ingeniero—. Así pues, amigos míos, puesto que tenemos esta posibilidad de repatriamiento, esperemos con paciencia, y si descubrimos que nos ha sido arrebatada, ya veremos entonces lo que debemos hacer.

—En cualquier caso —dijo Pencroff—, que quede bien claro que, si nos marchamos de la isla Lincoln de uno u otro modo, no será porque estemos mal aquí.

—No, Pencroff —contestó el ingeniero—, será porque nos encontramos lejos de todo lo que un hombre debe querer más en el mundo, es decir, su familia, sus amigos y su país natal.

Una vez tomada esta decisión, quedó descartada la opción de construir una embarcación suficientemente grande para aventurarse, bien hacia los archipiélagos, al norte, o bien hacia Nueva Zelanda, al oeste, y continuaron ocupándose exclusivamente de las tareas habituales con vistas a pasar un tercer invierno en Granite-house.

Sin embargo, los colonos decidieron que, antes de que empezara el mal tiempo, utilizarían la chalupa para hacer un viaje alrededor de la isla. Aún no habían terminado de reconocer toda la costa y, en consecuencia, tenían una idea imperfecta de cómo era el litoral al oeste y al norte, desde la desembocadura del río de la Cascada hasta los cabos Mandíbula, incluida la estrecha bahía que se abría entre ellos como las fauces de un tiburón.

Fue Pencroff quien propuso realizar esta excursión, y Cyrus Smith lo apoyó plenamente, pues quería ver con sus propios ojos toda esa parte de sus dominios.

En aquellos momentos hacía un tiempo variable, pero, dado que las oscilaciones del barómetro no eran bruscas, se podía contar con que fuese aceptable. Precisamente durante la primera semana de abril, tras un fuerte descenso en el barómetro, el comienzo de la nueva subida estuvo marcado por un fuerte vendaval del oeste que duró cinco o seis días; después, la aguja del instrumento se estabilizó a una altura de veintinueve pulgadas y nueve décimas [759,45 milímetros] y las circunstancias parecieron propicias para llevar a cabo la exploración.

Fijaron el día de la partida para el 16 de abril y aprovisionaron

el *Buenaventura*, fondeado en el puerto del Globo, para un viaje quizá de cierta duración.

Cyrus Smith previno a Ayrton de la expedición proyectada y le propuso que participara en ella, pero, puesto que Ayrton prefirió quedarse en tierra, decidieron que se trasladaría a Granite-house durante la ausencia de sus compañeros. Jup tenía que hacerle compañía y no expresó ninguna protesta.

El 16 de abril por la mañana, todos los colonos, acompañados de Top, embarcaron. El viento soplaba moderadamente del sudoeste y el *Buenaventura* tuvo que zigzaguar al salir del puerto del Globo a fin de llegar al promontorio del Reptil. De las noventa millas que medía el perímetro de la isla, la costa sur ocupaba una veintena desde el puerto hasta el promontorio. De ahí la necesidad de recorrer esas veinte millas bolineando, pues el viento era totalmente de proa.

Necesitaron casi todo el día para llegar al promontorio, pues al salir del puerto la embarcación solo encontró dos horas de reflujo y tuvo, en cambio, seis horas de flujo que les hizo muy difícil aguantar. En consecuencia, ya había anochecido cuando doblaron el promontorio.

Pencroff propuso entonces al ingeniero proseguir viaje a poca velocidad, con dos rizos en la vela. Pero Cyrus Smith prefirió fondear a unos cables de tierra, a fin de ver esa parte de la costa durante el día. Incluso acordaron que, puesto que se trataba de una exploración minuciosa del litoral de la isla, no navegarían de noche, que al atardecer echarían el ancla cerca de tierra firme, mientras el tiempo lo permitiera.

Pasaron, pues, la noche fondeados al pie del promontorio, y como el viento había amainado al caer la bruma, nada turbó el silencio. Los pasajeros, con excepción del marino, quizá no durmieron tan bien a bordo del *Buenaventura* como lo habrían hecho en sus habitaciones de Granite-house, pero durmieron.

Al día siguiente, 17 de abril, Pencroff aparejó nada más despuntar el día y, con viento largo y de babor, pudo costear desde muy cerca el litoral occidental.

Aunque los colonos conocían esa magnífica costa boscosa, puesto que la habían recorrido a pie, despertó de nuevo toda su admiración. Se acercaban lo máximo posible a la tierra, moderando

la velocidad a fin de observarlo todo y tomando únicamente la precaución de apartar algunos troncos de árbol que encontraban de cuando en cuando flotando. Incluso echaron el ancla varias veces, y Gedeon Spilett tomó unas fotografías de ese soberbio litoral.

Hacia mediodía, el *Buenaventura* había llegado a la desembocadura del río de la Cascada. Pasada esta, en la orilla derecha reaparecían los árboles, aunque más espaciados, y tres millas más allá formaban tan solo grupos aislados entre los contrafuertes occidentales del monte, cuya árida cresta se prolongaba hasta el litoral.

¡Qué contraste entre la parte sur y la parte norte de esta costa! ¡Tan verde y tupida era aquella como árida y agreste esta! Parecía una «costa de hierro», como las denominan en algunos países, y su constitución tortuosa parecía indicar que se había producido bruscamente una auténtica cristalización en el basalto todavía humeante de las épocas geológicas. ¡Un amontonamiento de terrible aspecto que habría espantado a los colonos si el azar los hubiera arrojado a esa parte de la isla! Desde la cima del monte Franklin no habían podido distinguir el aspecto profundamente siniestro de esa orilla porque estaban a una altura muy elevada; pero, visto desde el mar, ese litoral presentaba un carácter tan extraño que tal vez no hubiera uno equivalente en ninguna parte del mundo.

El *Buenaventura* pasó por delante de esa costa a una distancia de media milla. Resultó fácil ver que se componía de bloques de todos los tamaños, desde veinte hasta trescientos pies de altura, y de todas las formas, cilíndricos como torres, prismáticos como campanarios, piramidales como obeliscos, cónicos como chimeneas de fábrica. ¡Una banquisa de los mares glaciares no se habría alzado más caprichosamente en su sublime horror! Aquí, puentes tendidos de una roca a otra; allá, arcos dispuestos como los de una nave tan profunda que la vista no alcanzaba el fondo; en un sitio, anchas excavaciones cuyas bóvedas presentaban un aspecto monumental; en otro, un verdadero apelonamiento de puntas, de remates piramidales, de agujas como las que ninguna catedral gótica ha tenido jamás. Todos los caprichos de la naturaleza, más variados todavía que los de la imaginación, dibujaban ese litoral grandioso, que se prolongaba a lo largo de ocho o nueve millas.

Cyrus Smith y sus compañeros miraban con una sensación de

sorpresa rayana en el estupor. Pero, si bien ellos permanecían mudos, Top, en cambio, no paraba de proferir unos ladridos que repetían los mil ecos de la muralla basáltica. Al ingeniero incluso le pareció que esos ladridos sonaban un poco raros, como los que el perro dejaba oír ante el orificio del pozo de Granite-house.

—Atraquemos —dijo.

Y el *Buenaventura* se acercó todo lo posible a las rocas del litoral. Tal vez hubiera allí alguna gruta que era conveniente explorar. Pero Cyrus Smith no vio nada, ni una caverna ni una anfractuosidad que pudiera servir de refugio a un ser cualquiera, pues el pie de las rocas se hallaba expuesto a los embates del agua. Top no tardó en dejar de ladrar y la embarcación volvió a alejarse unos cables del litoral.

En la porción noroeste de la isla, la orilla volvió a ser llana y arenosa. Unos pocos árboles se perfilaban sobre un terreno bajo y pantanoso que los colonos ya habían entrevisto y donde, en violento contraste con la otra costa tan desierta, la vida se manifestaba mediante la presencia de miríadas de aves acuáticas.

Al anochecer, el *Buenaventura* fondeó en un ligero entrante del litoral, al norte de la isla, cerca de tierra firme, dada la gran profundidad de las aguas en ese lugar. La noche transcurrió apaciblemente, pues el viento, por así decirlo, se extinguió con las últimas luces del día y no volvió a soplar hasta que aparecieron los primeros resplandores del alba.

Como era fácil acercarse a tierra, esa mañana los cazadores habituales de la colonia, es decir, Harbert y Gedeon Spilett, fueron a dar un paseo de dos horas y volvieron con varias rstras de patos y agachadizas. Top se había portado de maravilla y, gracias a su destreza y su celo, no se había perdido ni una sola pieza.

A las ocho de la mañana, el *Buenaventura* aparejó y partió rápidamente en dirección al cabo Mandíbula Norte, pues el viento era de popa y tendía a refrescar.

—Además —dijo Pencroff—, no me extrañaría que se estuviera preparando un vendaval del oeste. Ayer, el sol se puso sobre un horizonte muy rojo, y esta mañana tenemos esos rabos de gallo que no presagian nada bueno.

Los rabos de gallo eran cirros, nubes blancas y ligeras, dispersas en el cenit a una altura que nunca es inferior a cinco mil pies sobre

el nivel del mar. Parecían filamentos de lana cardada. Normalmente, su presencia indica que no va a tardar en producirse una perturbación de los elementos.

—Bien —dijo Cyrus Smith—, pues vayamos a todo trapo a buscar refugio en el golfo del Tiburón. Yo creo que allí el *Buenaventura* estará seguro.

—Totalmente —contestó Pencroff—. Además, la costa norte está formada simplemente de dunas que presentan poco interés.

—No me disgustaría —añadió el ingeniero— pasar no solo la noche, sino el día de mañana en esa bahía. Merece ser explorada con detenimiento.

—Creo que, queramos o no, nos veremos obligados a hacerlo —dijo Pencroff—, porque el horizonte empieza a volverse amenazador por la parte del oeste. ¡Mire qué negro se está poniendo!

—En cualquier caso, tenemos buen viento para llegar al cabo Mandíbula —observó el reportero.

—Muy bueno —confirmó el marino—. Pero, para entrar en el golfo, habrá que zigzaguear, y me gustaría ver bien en esos parajes que no conozco.

—Parajes que deben de estar sembrados de escollos —añadió Harbert—, a juzgar por lo que hemos visto en la costa sur del golfo del Tiburón.

—Pencroff —dijo entonces Cyrus Smith—, haga lo que le parezca más oportuno, nos encomendamos a usted.

—Esté tranquilo, señor Cyrus —contestó el marino—, no me expondré sin necesidad. ¡Preferiría una puñalada en mi obra viva que el golpe de una roca en la del *Buenaventura*!

Lo que Pencroff llamaba obra viva era la parte sumergida del casco de la embarcación, ¡y la apreciaba más que su propio pellejo!

—¿Qué hora es? —preguntó Pencroff.

—Las diez —respondió Gedeon Spilett.

—¿Y qué distancia tenemos que recorrer hasta el cabo, señor Cyrus?

—Unas quince millas —respondió el ingeniero.

—Es cosa de dos horas y media —dijo entonces el marino—. Estaremos frente al cabo entre las doce y la una. Desgraciadamente, en ese momento cambiará la marea y el reflujo saldrá del golfo. Así que mucho me temo que, teniendo el viento y el mar en contra, será

difícil entrar.

—Tanto más cuanto que hoy hay luna llena —señaló Harbert— y que en abril las mareas son muy fuertes.

—¿Y no puede fondear en la punta del cabo, Pencroff? —preguntó Cyrus Smith.

—¡Fondear junto a tierra firme con mal tiempo en perspectiva! —exclamó el marino—. ¿Cómo se le ocurre, señor Cyrus? ¡Eso sería naufragar deliberadamente!

—Entonces, ¿qué hará?

—Intentaré mantenerme mar adentro hasta que empiece el flujo, es decir, hasta las siete de la tarde, y si aún hay un poco de claridad, trataré de entrar en el golfo; si no, daremos bordadas durante toda la noche y entraremos mañana, cuando salga el sol.

—Como le he dicho antes, Pencroff, nos encomendamos a usted —dijo Cyrus Smith.

—¡Ah, si hubiera un faro en esta costa! —exclamó Pencroff—. ¡Sería más cómodo para los navegantes!

—Sí —asintió Harbert—, y esta vez no tendremos a ningún amable ingeniero que encienda una hoguera para guiarnos hasta el puerto.

—Es verdad. Por cierto, querido Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, no le dimos las gracias, pero, para ser francos, de no ser por aquella hoguera, no habríamos podido llegar...

—¿Una hoguera? —preguntó Cyrus Smith, muy sorprendido por las palabras del reportero.

—Lo que queremos decir, señor Cyrus —contestó Pencroff—, es que nos vimos muy apurados a bordo del *Buenaventura* durante las últimas horas que precedieron a nuestro regreso, y que habríamos pasado de largo sin ver la isla, si la noche del 19 al 20 de octubre a usted no se le hubiera ocurrido encender una hoguera en la meseta de Granite-house.

—¡Claro, claro...! ¡Fue una idea muy acertada la que tuve! —contestó el ingeniero.

—Pero esta vez —añadió el marino—, a no ser que Ayrton tenga la misma idea, no hay nadie más que pueda hacernos ese pequeño favor.

—No, nadie —dijo Cyrus Smith.

Unos instantes después, al quedarse a solas en la proa de la

embarcación con el reportero, el ingeniero se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Si hay una cosa segura en este mundo, Spilett, es que yo no encendí una hoguera la noche del 19 al 20 de octubre, ni en la meseta de Granite-house ni en ninguna otra parte de la isla.

XX

*Noche en el mar – El golfo del Tiburón – Confidencias –
Preparativos para el invierno – Precocidad de la mala estación –
Frío intenso – Trabajos en el interior – Seis meses después – Un
cliché fotográfico – Incidente inesperado*

Las cosas sucedieron tal como Pencroff había previsto, pues sus presentimientos no eran engañosos. El viento empezó a refrescar y, de brisa agradable, pasó al estado de vendaval, es decir, que alcanzó una velocidad de cuarenta o cuarenta y cinco millas por hora, y en tales circunstancias una embarcación que se encontrase en alta mar habría tenido que tomar rizos y calar los juanetes. Como eran aproximadamente las seis cuando el *Buenaventura* llegó a la altura del golfo, y en ese momento el reflujo se dejaba sentir, fue imposible entrar. No hubo más remedio, pues, que quedarse mar adentro, porque, aun cuando hubiera querido, Pencroff ni siquiera habría podido llegar a la desembocadura del río de la Misericordia. Por consiguiente, después de haber cazado el foque a modo de trinquetilla en el palo mayor, esperó, presentando proa a tierra.

Afortunadamente, aunque el viento sopló con mucha fuerza, no agitó en exceso el mar, gracias a que estaba protegido por la costa. No hubo que temer, pues, golpes de mar, que son un gran peligro para las pequeñas embarcaciones. Seguramente el *Buenaventura* no habría zozobrado, ya que estaba bien lastrado; pero la entrada de enormes bolsas de agua en la cubierta podría haberlo puesto en apuros, en caso de que los cuarteles de escotilla no hubieran resistido. Pencroff, como hábil marino, previó todas las posibilidades. Confiaba enormemente en su embarcación, es cierto, pero así y todo esperó la llegada del día con cierta ansiedad.

Esa noche, Cyrus Smith y Gedeon Spilett no tuvieron ocasión de charlar a solas, y sin embargo, la frase pronunciada por el ingeniero al oído del reportero merecía que hablaran una vez más de ese misterioso poder que parecía reinar en la isla Lincoln. Gedeon Spilett no paró de pensar en ese nuevo e inexplicable incidente: la aparición de una hoguera en la costa de la isla. ¡Él había visto con sus propios ojos esa hoguera! ¡Y sus compañeros, Harbert y Pencroff, la habían visto igual que él! Esa hoguera les había servido para conocer la situación de la isla durante aquella noche oscura, y no podían dudar de que fuera la mano del ingeniero quien la había encendido. ¡Y ahora Cyrus Smith aseguraba tajantemente que no había hecho tal cosa!

Gedeon Spilett se prometió volver sobre la cuestión de ese incidente en cuanto el *Buenaventura* estuviese de regreso e impulsar a Cyrus Smith a que pusiera a sus compañeros al corriente de esos extraños hechos. Quizá entonces decidieran realizar en común una inspección completa de toda la isla Lincoln.

Fuera como fuese, esa noche no se encendió ninguna hoguera en las orillas, todavía desconocidas, que formaban la entrada del golfo y la pequeña embarcación continuó en alta mar toda la noche.

Cuando las primeras luces del alba asomaron por el horizonte del este, el viento, que había amainado ligeramente, saltó dos cuartas y permitió a Pencroff meterse más fácilmente por la estrecha entrada del golfo. Hacia las siete de la mañana, el *Buenaventura*, después de haberse dirigido hacia el cabo Mandíbula Norte, entraba prudentemente en el paso y se aventuraba por aquellas aguas encerradas en el más extraño marco de lava.

—¡Este trozo de mar sería una rada admirable por la que podrían evolucionar flotas enteras a sus anchas!

—Lo que resulta curioso es, sobre todo, que este golfo lo formaron dos coladas de lava vomitadas por el volcán, que se acumularon en erupciones sucesivas —observó Cyrus Smith—. El resultado de ello es que está totalmente protegido por todos los lados, hasta el punto de que cabe pensar que, incluso cuando soplan los vientos más furiosos, el mar permanece tan en calma como un lago.

—Sin duda es así —dijo el marino—, puesto que el viento solo puede entrar por esa estrecha bocana que hay entre los dos cabos, y

encima el cabo del norte cubre el del sur, de manera que dificulta mucho la entrada de las ráfagas. ¡Realmente el *Buenaventura* podría estar aquí todo el año, de principio a fin, sin tirar ni una sola vez del ancla!

—Es un poco grande para él —dijo el reportero.

—De acuerdo, señor Spilett —contestó el marino—, admito que es demasiado grande para el *Buenaventura*, pero si las flotas de la Unión necesitan un refugio seguro en el Pacífico, creo que no encontrarán nada mejor que esta rada.

—Estamos en la boca del tiburón —dijo entonces Nab, en alusión a la forma del golfo.

—¡En plena boca, Nab! —dijo Harbert—. Pero no tienes miedo de que se cierre sobre nosotros, ¿verdad?

—No, señor Harbert —respondió Nab—, aunque este golfo no me gusta mucho. ¡Tiene una fisonomía malvada!

—¡Vaya, hombre! —exclamó Pencroff—. ¡Ahora resulta que Nab menosprecia mi golfo, cuando yo estoy pensando ofrecérselo a América!

—Pero ¿las aguas son profundas? —preguntó el ingeniero—. Porque lo que es suficiente para la quilla del *Buenaventura*, quizá no lo sea para la de nuestros barcos acorazados.

—Es fácil comprobarlo —respondió Pencroff.

Y el marino lanzó hacia el fondo una larga cuerda que le servía de sonda y a la que estaba atado un bloque de hierro. Esa sonda medía aproximadamente cincuenta brazas y se desenrolló hasta el final sin chocar contra el suelo.

—¡Ya lo ven! —dijo Pencroff—. Nuestros barcos acorazados pueden venir. No encallarán.

—En efecto —dijo Cyrus Smith—, este golfo es un verdadero abismo. Aunque, teniendo en cuenta el origen plutónico de la isla, no es de extrañar que el fondo del mar presente semejantes depresiones.

—Se diría —observó Harbert— que esas murallas se hunden en el agua, y estoy convencido de que al pie de ellas, incluso con una sonda cinco o seis veces más larga, Pencroff no tocaría fondo.

—Todo esto está muy bien —intervino entonces el reportero—, pero debo señalarle a Pencroff que en su rada falta una cosa importante.

—¿Qué, señor Spilett?

—Una hendidura, un corte cualquiera que permita acceder al interior de la isla. No veo ningún punto en el que se pueda poner los pies.

En efecto, las altas lavas, muy acantiladas, no ofrecían en todo el perímetro del golfo un solo lugar propicio para desembarcar. Era una cortina infranqueable que recordaba los fiordos noruegos, aunque poseía una aridez mayor aún. El *Buenaventura*, pasando junto a esas altas murallas casi hasta tocarlas, no encontró ni un solo saliente que permitiera a los pasajeros desembarcar.

Pencroff se consoló diciendo que, con ayuda de una mina, podrían abrir una brecha en esa muralla cuando fuera necesario y, puesto que decididamente no había nada que hacer en ese golfo, dirigió la embarcación hacia la bocana y salió de ella alrededor de las dos de la tarde.

—¡Uf! —dijo Nab, dejando escapar un suspiro de alivio.

¡Realmente se habría dicho que el buen negro se sentía incómodo dentro de aquella enorme mandíbula!

Desde el cabo Mandíbula hasta la desembocadura del río de la Misericordia no había más que unas ocho millas. Así pues, pusieron rumbo a Granite-house y el *Buenaventura*, con viento largo en las velas, siguió la costa a una milla de distancia. A las enormes rocas de lava no tardaron en suceder aquellas dunas caprichosas entre las cuales habían encontrado al ingeniero y que las aves marinas frecuentaban a centenares.

Hacia las cuatro, Pencroff, dejando a su izquierda la punta del islote, entraba en el canal que lo separaba de la costa, y a las cinco, el ancla del *Buenaventura* mordía el fondo de arena en la desembocadura del río de la Misericordia.

Hacía tres días que los colonos se habían alejado de su casa. Ayrton los esperaba en la playa y Jup salió alegremente a su encuentro emitiendo gruñidos de satisfacción.

La exploración completa de las costas de la isla estaba, pues, hecha, y no habían observado ninguna huella sospechosa. Si algún ser misterioso residía allí, solo podía ser en los impenetrables bosques de la península Serpentina, allí donde los colonos aún no habían llevado sus investigaciones.

Gedeon Spilett habló de estas cosas con el ingeniero y acordaron

que llamarían la atención de sus compañeros sobre el carácter extraño de ciertos incidentes que se habían producido en la isla, el último de los cuales era uno de los más inexplicables.

Por eso Cyrus Smith, volviendo al hecho de la hoguera encendida en el litoral por una mano desconocida, no pudo evitar preguntarle por enésima vez al reportero:

—Pero ¿está seguro de haber visto bien? ¿No sería una erupción parcial del volcán o un meteoro cualquiera?

—No, Cyrus —respondió el reportero—, era sin duda alguna una hoguera encendida por un hombre. Pregúnteles, si no, a Pencroff y a Harbert. Ellos vieron lo mismo que yo vi y confirmarán mis palabras.

Unos días después, el 25 de abril, durante la velada, en el momento en que todos los colonos estaban reunidos en la meseta de Vistagrande, Cyrus Smith tomó la palabra para decir:

—Amigos míos, creo que debo llamar su atención sobre ciertos hechos que han sucedido en la isla y acerca de los cuales me gustaría saber su opinión. Esos hechos son, por así decirlo, sobrenaturales...

—¡Sobrenaturales! —exclamó el marino, exhalando una bocanada de humo—. ¿Es posible que nuestra isla sea sobrenatural?

—No, Pencroff, pero misteriosa indudablemente lo es —respondió el ingeniero—. A no ser que ustedes puedan explicarnos lo que Spilett y yo hemos sido hasta ahora incapaces de comprender.

—Hable, señor Cyrus —dijo el marino.

—Bien —dijo entonces el ingeniero—, ¿entienden cómo es posible que, después de haber caído al mar, me encontraran un cuarto de milla tierra adentro sin que yo tuviera conciencia de ese desplazamiento?

—Puede que, si estaba desvanecido... —dijo Pencroff.

—Eso no es admisible —repuso el ingeniero—. Pero pasemos a otra cosa. ¿Entienden cómo pudo encontrar Top su refugio, a cinco millas de la gruta donde yo estaba tendido?

—El instinto del perro... —respondió Harbert.

—¡Singular instinto! —exclamó el reportero—. Porque, pese a la lluvia y el viento, que no cesaron en toda la noche, Top llegó a las Chimeneas seco y sin una mancha de barro.

—Sigamos —dijo el ingeniero—. ¿Entienden que nuestro perro saliera proyectado sobre las aguas del lago de aquel modo tan extraño, después de su lucha con el dugongo?

—No, no mucho, lo reconozco —respondió Pencroff—. Y la herida que el dugongo tenía en el costado, herida que parecía haber sido hecha con un instrumento cortante, también resulta incomprensible.

—Sigamos —dijo Cyrus Smith—. ¿Entienden, amigos míos, cómo llegó aquel perdigón al cuerpo del joven pecarí, cómo embarrancó tan providencialmente aquella caja sin que hubiera ningún rastro de un naufragio, cómo aquella botella que contenía el mensaje apareció tan oportunamente durante nuestra primera excursión marítima, cómo rompió nuestra canoa la amarra y vino por el río de la Misericordia precisamente en el momento en que la necesitábamos, cómo, después de la invasión de los simios, la escalera nos fue devuelta desde lo alto de Granite-house, cómo, finalmente, el mensaje que Ayrton afirma no haber escrito llegó a nuestras manos?

Cyrus Smith acababa de enumerar, sin olvidar uno solo, los hechos extraños que habían tenido lugar en la isla. Harbert, Pencroff y Nab se miraron sin saber qué responder, pues la sucesión de dichos incidentes, agrupados por primera vez, no dejó de sorprenderlos enormemente.

—¡A fe mía que tiene razón, señor Cyrus! —dijo por fin Pencroff—. ¡Resulta difícil explicar esas cosas!

—Pues bien, amigos míos, un nuevo hecho ha venido a sumarse a estos, y no es menos incomprensible que los otros —añadió el ingeniero.

—¿Cuál, señor Cyrus? —preguntó vivamente Harbert.

—Pencroff, ¿dice usted que, cuando volvían de la isla Tabor, apareció una hoguera en la isla Lincoln?

—Sí —respondió el marino.

—¿Y está completamente seguro de haber visto esa hoguera?

—Tan seguro como que lo estoy viendo a usted.

—¿Tú también, Harbert?

—¡Ah, señor Cyrus! —exclamó Harbert—. ¡Esa hoguera brillaba como una estrella de primera magnitud!

—¿Y no era una estrella? —insistió el ingeniero.

—No —respondió Pencroff—, porque el cielo estaba cubierto de grandes nubes, y en cualquier caso, una estrella no habría estado tan baja. Pero el señor Spilett la vio igual que nosotros y puede confirmar nuestras palabras.

—Añadiré —dijo el reportero— que era un fuego muy vivo y que despedía como un halo eléctrico.

—¡Sí, sí! ¡Exacto! —dijo Harbert—. Y con toda seguridad estaba situado en las alturas de Granite-house.

—Pues bien, amigos míos —dijo Cyrus Smith—, durante aquella noche del 19 al 20 de octubre, ni Nab ni yo encendimos una hoguera en la costa.

—¿Que no encendieron...? —dijo Pencroff, que no salía de su asombro y ni siquiera pudo terminar la frase.

—No salimos de Granite-house —dijo Cyrus Smith—, y si en la costa apareció una hoguera, fueron otras manos las que la encendieron.

Pencroff, Harbert y Nab estaban estupefactos. ¡Imposible que hubiera sido una ilusión! ¡Sus ojos habían visto realmente una hoguera la noche del 19 al 20 de octubre!

Sí, tuvieron que admitirlo, había un misterio. Un poder inexplicable, a todas luces favorable a los colonos pero muy irritante para su curiosidad, actuaba en la isla Lincoln, y en los momentos oportunos. ¿Habría algún ser escondido en sus rincones más profundos? ¡Eso es lo que era preciso averiguar a toda costa!

Cyrus Smith recordó asimismo a sus compañeros la singular actitud de Top y Jup cuando andaban cerca del orificio del pozo que comunicaba Granite-house con el mar y les contó que había explorado ese pozo sin descubrir en él nada sospechoso. Tras aquella conversación, los miembros de la colonia tomaron la firme decisión de registrar toda la isla en cuanto empezara el verano.

Pero a partir de ese día Pencroff pareció preocupado. Tenía la impresión de que esa isla que él consideraba su propiedad personal ya no le pertenecía totalmente, de que la compartía con otro dueño al que, quisiera o no, se sentía sometido. Nab y él hablaban a menudo de esas cosas inexplicables y ninguno de los dos, muy inclinados por su propia naturaleza a creer en lo mágico, distaba mucho de pensar que la isla Lincoln se hallaba bajo el influjo de un poder sobrenatural.

Sin embargo, con el mes de mayo —el noviembre de las zonas boreales— habían venido los días malos. El invierno parecía que iba a ser crudo y precoz. Así pues, emprendieron sin tardanza las tareas para afrontarlo.

Por lo demás, los colonos estaban bien preparados para recibir ese invierno, por duro que fuera. Las prendas de fieltro no faltaban, y los musmones, numerosos entonces, habían proporcionado en abundancia la lana necesaria para la fabricación de esa cálida tela.

Huelga decir que habían provisto a Ayrton de estas confortables prendas. Cyrus Smith le propuso que fuera a pasar el invierno a Granite-house, donde estaría mejor alojado que en el redil, y Ayrton prometió hacerlo en cuanto los últimos trabajos del redil estuvieran terminados. Hacia mediados de abril se trasladó. A partir de ese momento, Ayrton compartió la vida común y fue útil en toda circunstancia; pero, siempre humilde y triste, no participaba nunca en los placeres de sus compañeros.

Durante la mayor parte de ese tercer invierno que pasaban en la isla Lincoln, los colonos permanecieron confinados en Granite-house. Hubo tremendas tormentas y borrascas terribles que parecían sacudir las rocas como para arrancarlas. Fortísimos maremotos amenazaron con cubrir la isla por completo y sin duda alguna todo barco fondeado en sus inmediaciones se habría hundido. En dos ocasiones, durante una de esas tormentas, el río de la Misericordia creció hasta el extremo de que llegaron a temer que arrastrara el puente grande y los dos pequeños, e incluso hubo que reforzar los de la playa, que desaparecían bajo el agua cuando el mar azotaba el litoral.

Ni que decir tiene que semejantes vendavales, comparables a trombas, en los que se mezclaba la lluvia y la nieve, causaron daños en la meseta de Vistagrande. El molino y el corral se vieron particularmente afectados. Los colonos tuvieron que hacer con frecuencia reparaciones urgentes, pues de lo contrario la existencia de las aves se hubiera visto seriamente amenazada.

Cuando hacía tan mal tiempo, parejas de jaguares y grupos de cuadrúmanos se aventuraban hasta la linde de la meseta, y cabía temer que los más ágiles y audaces, empujados por el hambre, consiguieran cruzar el arroyo, que, además, cuando estaba helado les facilitaba el paso. En tal caso, plantaciones y animales

domésticos habrían sido indefectiblemente destruidos de no haberlos sometido los colonos a una vigilancia continua. En repetidas ocasiones tuvieron que disparar para mantener a una respetuosa distancia a esos peligrosos visitantes. Así pues, ocupaciones no les faltaron, porque, sin contar las tareas que había que hacer en el exterior, siempre había mil trabajos de acondicionamiento en Granite-house.

Organizaron también algunas buenas cacerías en los vastos pantanos de las Tadornas. Gedeon Spilett y Harbert, ayudados por Jup y Top, no fallaban ni un tiro en medio de aquellas miríadas de patos, agachadizas, cercetas, lavancos y avefrías. Podían acceder con facilidad a ese territorio tan abundante en caza tanto si iban por el camino del puerto del Globo, después de haber cruzado el puente del río de la Misericordia, como rodeando las rocas de la punta del Pecio, y los cazadores nunca se alejaban más de dos o tres millas de Granite-house.

Así transcurrieron los cuatro meses de invierno, es decir, junio, julio, agosto y septiembre, que fueron realmente rigurosos. Pero, en resumidas cuentas, Granite-house no sufrió demasiado a causa de las inclemencias del tiempo, y lo mismo puede decirse del redil, el cual, menos expuesto que la meseta y protegido en gran parte por el monte Franklin, solo recibía los restos de los vendavales, ya frenados por los bosques y las altas rocas del litoral. Los daños fueron allí, pues, poco importantes, y la mano activa y hábil de Ayrton bastó para repararlos rápidamente cuando, en la segunda quincena de octubre, volvió al redil para pasar unos días.

Durante ese invierno no se produjo ningún otro incidente inexplicable. Nada extraño sucedió, y eso que Pencroff y Nab estuvieron atentos a los hechos más insignificantes que pudieran ser asociados a una causa misteriosa. Los propios Top y Jup habían dejado de dar vueltas alrededor del pozo y ya no manifestaban ningún signo de inquietud. Parecía, pues, que la serie de incidentes sobrenaturales se había interrumpido, aunque hablaron de ello a menudo durante las veladas en Granite-house y mantuvieron su firme propósito de registrar la isla hasta en sus partes más difíciles de explorar. Pero un acontecimiento de la mayor gravedad, y cuyas consecuencias podían ser funestas, vino a disuadir momentáneamente de sus planes a Cyrus Smith y sus compañeros.

Estaban en el mes de octubre. El verano volvía poco a poco. La naturaleza se renovaba bajo los rayos del sol y, en medio del follaje perenne de las coníferas que formaban la linde del bosque aparecía ya el follaje nuevo de los almeces, las banksias y los deodaras.

Recordamos que Gedeon Spilett y Harbert habían fotografiado en varias ocasiones parajes de la isla Lincoln.

Y el 17 de ese mes de octubre, hacia las tres de la tarde, Harbert, seducido por la pureza del cielo, tuvo la idea de reproducir toda la bahía de la Unión, que quedaba frente a la meseta de Vistagrande, desde el cabo Mandíbula hasta el cabo de la Zarpa.

El horizonte aparecía admirablemente dibujado y el mar, que ondeaba bajo una ligera brisa, presentaba al fondo la inmovilidad de las aguas de un lago, salpicadas aquí y allá de destellos luminosos.

El objetivo había sido colocado en una de las ventanas del salón de Granite-house y, en consecuencia, dominaba la playa y la bahía. Harbert procedió como acostumbraba a hacerlo y, una vez obtenido el cliché, fue a fijarlo con las sustancias que estaban guardadas en un cuarto oscuro de Granite-house.

Al volver a plena luz, Harbert, examinando bien el cliché, vio un puntito casi imperceptible que manchaba el horizonte marino. Intentó hacerlo desaparecer mediante un repetido lavado, pero no lo consiguió.

«Es un defecto de la placa», pensó.

Entonces sintió la curiosidad de examinar ese defecto y para ello retiró una potente lente de uno de los anteojos.

Y, nada más mirar, profirió un grito y el cliché estuvo a punto de caérsele de las manos.

Inmediatamente fue corriendo a la habitación donde estaba Cyrus Smith y le tendió el cliché y la lente al ingeniero señalándole la manchita.

Cyrus Smith examinó ese punto. Acto seguido, cogió su catalejo y se precipitó hacia la ventana.

El catalejo, después de haber recorrido lentamente el horizonte, se detuvo por fin en el punto sospechoso. Cyrus Smith lo bajó antes de pronunciar estas palabras: «Un barco».

Y efectivamente, había un barco a la vista en la isla Lincoln.

TERCERA PARTE

EL SECRETO DE LA ISLA

I

¿Perdidos o salvados? – Lllaman a Ayrton – Una conversación importante – No es el Duncan – Barco sospechoso – Precauciones que hay que tomar – La nave se aproxima – Un cañonazo – El bergantín fondea cerca de la isla – Llega la noche

Hacía dos años y medio que los náufragos del globo habían sido arrastrados hasta la isla Lincoln, y desde entonces no habían podido establecer comunicación de ningún tipo con sus semejantes. En una ocasión, el reportero había intentado ponerse en contacto con el mundo habitado confiando a un pájaro un mensaje en el que informaba de su situación, pero no podían tomarse realmente en serio la posibilidad de que llegara a manos de alguien. Tan solo Ayrton, y en las circunstancias de todos conocidas, se había incorporado a la pequeña colonia. Y hete aquí que ese día, 17 de octubre, otros hombres aparecían inopinadamente en ese mar siempre desierto.

No cabía ya ninguna duda. Allí había un barco. Pero ¿continuaría navegando por alta mar o fondearía? Antes de que transcurrieran unas horas, los colonos, evidentemente, sabrían a qué atenerse.

Cyrus Smith y Harbert habían reunido inmediatamente a Gedeon Spilett, Pencroff y Nab en el salón de Granite-house y los habían puesto al corriente de lo que sucedía. Pencroff cogió el catalejo, recorrió rápidamente el horizonte y, deteniéndose en el punto indicado, es decir, en el causante de la imperceptible mancha en el cliché fotográfico, exclamó en un tono que no denotaba una satisfacción extraordinaria:

—¡Por todos los demonios! ¡Es verdad, es un barco!

—¿Viene hacia nosotros? —preguntó Gedeon Spilett.

—Es imposible saberlo todavía —respondió Pencroff—, porque solo asoma la arboladura por encima de la línea del horizonte. No se ve absolutamente nada del casco.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó el joven Harbert.

—Esperar —respondió Cyrus Smith.

Y durante un buen rato, los colonos permanecieron en silencio, absortos en sus pensamientos, dominados por todas las emociones, todos los temores y todas las esperanzas que podía suscitar en ellos este incidente, el más grave que se había producido desde su llegada a la isla Lincoln.

Los colonos, es cierto, no se hallaban en la situación de esos náufragos que, abandonados en un islote estéril, disputan su miserable existencia a una naturaleza cruel y están incesantemente devorados por la necesidad de ver de nuevo las tierras habitadas. Pencroff y Nab sobre todo, que se sentían a la vez tremendamente felices y ricos, no habrían dejado su isla sin pesar. Se habían hecho a esa nueva vida, en ese territorio que su inteligencia había, por así decirlo, civilizado. Pero, en cualquier caso, ese barco suponía noticias del continente, era quizá un trozo de la patria que se dirigía a su encuentro. Llevaba seres semejantes a ellos, y resulta comprensible que su corazón se hubiera estremecido al verlo.

De vez en cuando, Pencroff cogía el catalejo y se acercaba a la ventana. Desde allí, examinaba con extrema atención la nave, que estaba a una distancia de veinte millas hacia el este. Los colonos aún no podían, pues, señalar de ningún modo su presencia. Una bandera no habría sido vista; una detonación no habría sido oída; una hoguera no habría resultado visible.

Sin embargo, no cabía duda de que la isla, dominada por el monte Franklin, no había podido escapar a las miradas de los vigías del barco. Pero ¿qué razón podía tener ese barco para recalar allí? ¿No sería una simple casualidad lo que lo había llevado a esa parte del Pacífico, de la que en los mapas no aparecía ninguna tierra salvo el islote Tabor, el cual no se encontraba incluido en las rutas habituales de los grandes barcos de los archipiélagos polinesios, de Nueva Zelanda y de la costa americana?

A esa pregunta que todos se hacían, Harbert dio de pronto una respuesta:

—Quizá sea el *Duncan* —dijo.

El *Duncan*, como se recordará, era el yate de lord Glenarvan, que había abandonado a Ayrton en el islote y que debía volver en su busca un día u otro. Y el islote no se hallaba tan alejado de la isla Lincoln como para que un barco que se dirigiera a aquel no pudiera pasar cerca de esta. Tan solo los separaban ciento cincuenta millas de longitud y setenta y cinco millas de latitud.

—Hay que avisar a Ayrton y hacerle venir inmediatamente —dijo Gedeon Spilett—. Solo él puede decirnos si es el *Duncan*.

Todos se mostraron de acuerdo y el reportero se acercó al aparato telegráfico que comunicaba el redil y Granite-house para enviar el siguiente telegrama:

«Venga a toda prisa».

Unos instantes después sonó el timbre.

«Voy», respondió Ayrton.

Hecho esto, los colonos continuaron observando la nave.

—Si es el *Duncan* —dijo Harbert—, Ayrton lo reconocerá sin dificultad, ya que navegó a bordo de él durante algún tiempo.

—Y si lo reconoce, ¡la emoción que va a sentir será enorme! —añadió Pencroff.

—Sí —dijo Cyrus Smith—, pero ahora Ayrton es digno de subir a bordo del *Duncan*, y quiera el cielo que efectivamente sea el yate de lord Glenarvan, pues cualquier otro barco me parecería sospechoso. Estos mares los frecuenta gente de poco fiar y siempre he temido recibir la visita de piratas malayos en nuestra isla.

—¡Si así fuera, la defenderíamos! —exclamó Harbert.

—Desde luego, hijo —contestó el ingeniero sonriendo—, pero más vale no tener que defenderla.

—Una simple observación —dijo Gedeon Spilett—. Los navegantes no conocen la isla Lincoln, puesto que ni siquiera aparece en los mapas más recientes. ¿No le parece entonces, Cyrus, que ese es un motivo para que, si un barco avista inopinadamente esta tierra nueva, intente visitarla más que alejarse de ella?

—Sin duda —respondió Pencroff.

—Yo también lo creo —dijo el ingeniero—. Incluso podemos afirmar que el deber de un capitán es señalar y, por consiguiente, reconocer toda tierra o isla que esté todavía sin catalogar, y la isla Lincoln se encuentra en ese caso.

—Bien —dijo entonces Pencroff—, suponiendo que ese barco

recale aquí, que fondee a solo unos cables de nuestra isla, ¿qué haremos?

Esa pregunta, bruscamente formulada, quedó durante un rato sin respuesta. Pero, tras un momento de reflexión, Cyrus Smith dijo con su calma habitual:

—Lo que haremos, amigos míos, lo que tendremos que hacer es lo siguiente: nos comunicaremos con el barco, subiremos a bordo de él y dejaremos nuestra isla después de haber tomado posesión de ella en nombre de los estados de la Unión. Más adelante, regresaremos con todos los que quieran acompañarnos para colonizarla definitivamente y dotar a la república americana de una estación útil en esta parte del océano Pacífico.

—¡Hurra! —exclamó Pencroff—. Y no será un pequeño regalo el que le haremos a nuestro país. La colonización ya está casi terminada, todas las partes de la isla tienen nombre, hay un puerto natural, una aguada, caminos, una línea telegráfica, un astillero, una fábrica... No habrá más que incluir la isla Lincoln en los mapas.

—Pero ¿y si la ocupan durante nuestra ausencia? —dijo Gedeon Spilett.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el marino—. Preferiría quedarme aquí yo solo montando guardia, y palabra de Pencroff que no me la robarían como si fuese un reloj en el bolsillo de un papanatas.

Durante una hora fue imposible decir con certeza si el barco avistado se dirigía o no hacia la isla Lincoln. Se había acercado a ella, pero ¿qué rumbo llevaba? Pencroff no pudo determinarlo. No obstante, como el viento soplaba del nordeste, era verosímil admitir que el barco navegaba amuras a estribor. Además, la brisa era favorable para empujarlo hacia las costas de la isla y, con un mar tan en calma, no podía temer aproximarse a ellas aunque en la carta náutica no estuviera indicada la profundidad.

Hacia las cuatro —una hora después de que lo hubieran llamado —, Ayrton llegó a Granite-house. Entró en el salón y dijo:

—A sus órdenes, señores.

Cyrus Smith le tendió la mano, tal como acostumbraba a hacer, y, conduciéndolo hacia la ventana, le dijo:

—Ayrton, le hemos rogado que venga por un motivo importante. Se avista un barco desde la isla.

En un primer momento, Ayrton palideció ligeramente y la vista se le nubló. Luego, asomándose a la ventana, recorrió el horizonte con la mirada, pero no vio nada.

—Tome el catalejo y mire bien, Ayrton —dijo Gedeon Spilett—, pues es posible que ese barco sea el *Duncan*, venido a estos mares para repatriarlo.

—¡El *Duncan*! —murmuró Ayrton—. ¡Ya!

Esta última palabra escapó como involuntariamente de los labios de Ayrton, que se tapó la cara con las manos.

¿Acaso doce años de abandono en un islote desierto no le parecían suficiente expiación? ¿El culpable arrepentido no se sentía aún perdonado, bien ante sí mismo o bien ante los demás?

—¡No! —dijo—. ¡No! No puede ser el *Duncan*.

—Mire, Ayrton —dijo entonces el ingeniero—, porque es importante que sepamos de antemano a qué atenernos.

Ayrton cogió el catalejo y miró a través de él en la dirección indicada. Durante unos minutos, observó el horizonte sin moverse, sin pronunciar una sola palabra.

—En efecto —dijo al fin—, es un barco, pero no creo que sea el *Duncan*.

—¿Por qué no? —preguntó Gedeon Spilett.

—Porque el *Duncan* es un yate de vapor y no veo ningún rastro de humo ni por encima ni alrededor de ese barco.

—Quizá esté navegando solo a vela —señaló Pencroff—. El viento es bueno para la ruta que parece seguir y, estando tan lejos de tierra, debe de considerar conveniente ahorrar carbón.

—Es posible que tenga usted razón, señor Pencroff —contestó Ayrton—, y que ese barco haya apagado las calderas. Esperemos a que se acerque a la costa y no tardaremos en saber a qué atenernos.

Dicho esto, Ayrton fue a sentarse en un rincón de la sala y permaneció allí en silencio. Los colonos continuaron hablando sobre el barco desconocido, pero sin que Ayrton participara en la conversación.

Todos se encontraban en un estado de ánimo que no les habría permitido continuar trabajando. Gedeon Spilett y Pencroff estaban especialmente nerviosos, caminaban arriba y abajo, no podían estarse quietos. Harbert sentía más bien curiosidad. Nab era el único que conservaba su calma habitual. ¿Acaso su país no estaba

donde estaba su señor? En cuanto al ingeniero, permanecía absorto en sus pensamientos y, en el fondo, temía más que deseaba la llegada de aquel barco.

Entretanto, la embarcación se había acercado un poco a la isla. Con ayuda del catalejo, había sido posible distinguir que se trataba de un barco destinado a la navegación de altura, no uno de esos praos malayos que utilizan habitualmente los piratas del Pacífico. Esto permitía creer que los temores del ingeniero eran injustificados y que la presencia de ese barco en las aguas de la isla Lincoln no constituía un peligro para esta. Pencroff, tras una minuciosa y atenta observación, creyó poder afirmar que aquella nave llevaba aparejo de bergantín y que se desplazaba en sentido oblicuo a la costa, amuras a estribor, con sus velas bajas, sus gaviás y sus juanetes. Ayrton lo confirmó.

Pero, si continuaba con ese rumbo, muy pronto desaparecería detrás del cabo de la Zarpa, pues iba en dirección sudoeste, y para observarlo sería entonces preciso trasladarse a las alturas de la bahía Washington, junto al puerto del Globo. Una circunstancia enojosa, pues eran ya las cinco de la tarde y el crepúsculo no tardaría en dificultar la observación.

—¿Qué haremos cuando anochezca? —preguntó Gedeon Spilett—. ¿Encenderemos una hoguera a fin de señalar nuestra presencia en esta costa?

Era aquella una grave cuestión, y sin embargo, pese al presentimiento que seguía teniendo el ingeniero, fue resuelta en sentido afirmativo. Durante la noche, el barco podía desaparecer, alejarse para siempre, y una vez que hubiera desaparecido, ¿pasaría otro por las aguas de la isla Lincoln? ¿Quién podía prever lo que el porvenir reservaba a los colonos?

—Sí —dijo el reportero—, debemos hacer saber a ese barco, sea el que sea, que la isla está habitada. Desaprovechar la oportunidad que se nos presenta sería causa de lamentaciones futuras.

Decidieron, pues, que Nab y Pencroff irían al puerto del Globo y que, cuando se hiciera de noche, encenderían allí una gran hoguera cuyo resplandor forzosamente atraería la atención de la tripulación del bergantín.

Pero, en el momento en que Nab y el marino se disponían a salir de Granite-house, el barco cambió de rumbo y se dirigió claramente

hacia la isla, para ser exactos hacia la bahía de la Unión. El bergantín era veloz, pues se acercó rápidamente.

Suspendieron, por consiguiente, la salida de Nab y Pencroff y pusieron el catalejo en manos de Ayrton a fin de que pudiera establecer de forma definitiva si el barco era o no el *Duncan*. El yate escocés también llevaba aparejo de bergantín. La cuestión, por lo tanto, era averiguar si se elevaba una chimenea entre los dos mástiles del barco observado, que entonces solo estaba a una distancia de diez millas.

El horizonte estaba todavía muy claro. La comprobación fue fácil, y Ayrton bajó enseguida el catalejo al tiempo que decía:

—No es el *Duncan*. No podía serlo.

Pencroff buscó de nuevo el bergantín a través del catalejo y reconoció que ese barco, con un arqueado de entre trescientas y cuatrocientas toneladas, maravillosamente estilizado, audazmente arbolado, admirablemente preparado para la navegación, debía de recorrer los mares a gran velocidad. Pero resultaba difícil decir a qué nación pertenecía.

—En su cangrejo ondea una bandera —añadió el marino—, pero no distingo los colores.

—Antes de media hora lo sabremos —dijo el reportero—. En cualquier caso, es de todo punto evidente que el capitán de ese barco tiene intención de recalar aquí y, por consiguiente, si no es hoy, mañana como mucho lo conoceremos.

—Eso es indiferente —repuso Pencroff—. Vale más saber con quién vamos a tratar; por eso me gustaría reconocer sus colores.

Y mientras esto decía, el marino continuaba mirando con el catalejo.

El día empezaba a declinar y el viento también amainaba. El pabellón del bergantín, menos tenso, se enredaba en las drizas y resultaba cada vez más difícil observarlo.

—No es un pabellón americano —decía de vez en cuando Pencroff—, ni inglés, pues el rojo se vería fácilmente, no lleva los colores franceses o alemanes, no se distingue el blanco de Rusia, ni el amarillo de España... Se diría que es de un color uniforme... Veamos... en estos mares... ¿qué encontraríamos más comúnmente...? ¿El pabellón chileno? Pero ese es tricolor... ¿El brasileño? Es verde... ¿El japonés? Es negro y amarillo... mientras

que este...

En ese momento, un soplo de brisa tensó la bandera desconocida. Ayrton, tras coger el catalejo que Pencroff había bajado, se lo acercó al ojo y, con voz sorda, exclamó:

—¡La bandera negra!

En efecto, una tela oscura ondeaba en el cangrejo del bergantín. ¡Ahora había motivos sobrados para considerarlo un barco sospechoso!

¿Eran fundados, entonces, los presentimientos del ingeniero? ¿Se trataba realmente de un barco pirata? ¿Recorría esas aguas del Pacífico haciendo la competencia a los praos malayos que todavía las infestaban? ¿Qué venían a buscar sus tripulantes en la isla Lincoln? ¿Veían en ella una tierra desconocida, ignorada, idónea para convertirla en un escondrijo de cargamentos robados? ¿Venían a pedir a sus costas un puerto de amarre para los meses de invierno? ¿Estaban los honrados dominios de los colonos destinados a transformarse en un refugio infame, en una especie de capital de la piratería del Pacífico?

Todas esas ideas acudieron instintivamente a la mente de los colonos. Pero no cabía duda del significado que había que atribuir al color del pabellón enarbolado. ¡Era el de los piratas! ¡Era el que habría llevado el *Duncan* si los convictos hubieran tenido éxito en sus criminales proyectos!

No perdieron tiempo hablando.

—Amigos míos —dijo Cyrus Smith—, quizá ese barco solo quiera observar el litoral de la isla. Quizá su tripulación no desembarque. Es una posibilidad. En cualquier caso, debemos hacer cuanto podamos para ocultar nuestra presencia aquí. El molino construido en la meseta de Vistagrande es demasiado visible. Que Ayrton y Nab vayan a desmontar las aspas. Escondamos también, con ramas más gruesas, las ventanas de Granite-house. Apaguemos todos los fuegos que haya encendidos. Que nada, en suma, delate la presencia del hombre en esta isla.

—¿Y nuestra embarcación? —preguntó Harbert.

—No hay por qué preocuparse —respondió Pencroff—. Está a cubierto en el puerto del Globo, ¡y desafío a esos canallas a encontrarla!

Las órdenes del ingeniero fueron inmediatamente ejecutadas.

Nab y Ayrton subieron a la meseta y tomaron las medidas necesarias para ocultar todo indicio de que la isla estaba habitada. Mientras ellos realizaban esta tarea, sus compañeros fueron a la linde del bosque del Jacamar y cogieron una gran cantidad de ramas y bejucos que, a cierta distancia, debían parecer una espesura natural y cubrir bastante bien las aberturas de la muralla granítica. Además de eso, dispusieron las armas y las municiones de manera que pudieran utilizarlas de inmediato en caso de recibir una agresión inopinada.

—Amigos míos —dijo Cyrus Smith una vez tomadas todas estas precauciones, y se le notaba en la voz que estaba emocionado—, si esos miserables intentan apoderarse de la isla Lincoln, la defenderemos, ¿no?

—Sí, Cyrus —respondió el reportero—, y si es preciso, moriremos todos para defenderla.

El ingeniero tendió la mano a sus compañeros, que la estrecharon con efusión.

Ayrton era el único que se había quedado en un rincón y no se había unido a los colonos. ¡Tal vez el ex convicto aún se sentía indigno!

Cyrus Smith comprendió lo que pasaba en el alma de Ayrton y se acercó a él.

—Y usted, Ayrton, ¿qué hará? —le preguntó.

—Cumplir con mi deber —respondió Ayrton.

Acto seguido, se apostó junto a la ventana y miró a través del follaje.

Eran entonces las siete y media. El sol había desaparecido hacía unos veinte minutos por detrás de Granite-house. En consecuencia, el horizonte iba poco a poco ensombreciéndose por el este. Sin embargo, el bergantín continuaba avanzando hacia la bahía de la Unión. No estaba a más de ocho millas en ese momento, y precisamente frente a la meseta de Vistagrande, ya que, después de haber virado a la altura del cabo de la Zarpa, había avanzado mucho hacia el norte aprovechando la corriente de la marea ascendente. Incluso se podía decir que, a esa distancia, ya había entrado en la vasta bahía, pues una línea recta trazada desde el cabo de la Zarpa hasta el cabo Mandíbula habría quedado al oeste de la nave, en su aleta de estribor.

¿Iba a adentrarse el bergantín en la bahía? Esa era la primera pregunta. Una vez en la bahía, ¿fondearía en ella? Esa era la segunda. ¿No se limitaría a observar el litoral y, sin desembarcar a la tripulación, volvería a hacerse a la mar? Eso lo sabrían antes de una hora. Los colonos, por consiguiente, no tenían más que esperar.

Cyrus Smith había visto con una profunda ansiedad que el barco sospechoso enarbolaba la bandera negra. ¿Acaso no era una amenaza directa contra la obra que sus compañeros y él habían realizado hasta ese momento? ¿Habían estado ya los piratas —no cabía duda de que los marineros de aquel bergantín lo eran— en esa isla, puesto que al acercarse a ella habían izado sus colores? ¿Habían efectuado anteriormente algún desembarco allí, lo que habría explicado ciertas particularidades inexplicables hasta entonces? ¿Había en las zonas todavía no exploradas algún cómplice preparado para comunicarse con ellos?

A todas estas preguntas que se hacía en silencio, Cyrus Smith no sabía qué responder, pero presentía que la llegada del bergantín no podía sino comprometer gravemente la situación de la colonia.

No obstante, sus compañeros y él estaban decididos a resistir hasta el final. ¿Eran más y estaban mejor armados esos piratas que los colonos? Saber eso era importantísimo, pero ¿cómo podían ingeniárselas para llegar hasta ellos?

Había anochecido. La luna nueva había desaparecido junto con la irradiación solar. Una profunda oscuridad envolvía la isla y el mar. Las nubes, densas, arracimadas en el horizonte, no dejaban pasar ningún resplandor. Con el crepúsculo, el viento había caído completamente. Ni una hoja se movía en los árboles, ni una ola murmuraba en la playa. El barco no se veía, pues todas sus luces permanecían apagadas, y si todavía se hallaba a la vista de la isla, era imposible saber dónde estaba.

—¡Quién sabe! —dijo Pencroff—. Tal vez ese maldito barco haya seguido navegando durante la noche y ya no lo veamos cuando amanezca.

Como una contestación al comentario del marino, un vivo resplandor iluminó el mar, seguido del ruido de un cañonazo.

El barco seguía estando allí, y llevaba piezas de artillería a bordo.

Seis segundos habían transcurrido entre la luz y el sonido.

Luego el bergantín se encontraba a una milla y cuarto de la costa.

Y entonces oyeron un ruido de cadenas que chirriaban al pasar por los escobenes.

¡El barco estaba fondeando frente a Granite-house!

II

*Conversaciones – Presentimientos – Una proposición de Ayrton –
La proposición es aceptada – Ayrton y Pencroff en el islote Grant
– Convictos de Norfolk – Sus planes – Tentativa heroica de
Ayrton – Su regreso – Seis contra cincuenta*

Ya no se podía albergar ninguna duda sobre las intenciones de los piratas. Habían echado el ancla a muy poca distancia de la isla y era evidente que al día siguiente pensaban ir en los botes hasta sus orillas.

Cyrus Smith y sus compañeros estaban dispuestos a actuar, pero, por muy decididos que estuvieran, no debían olvidar ser prudentes. Quizá todavía pudiesen ocultar su presencia, en caso de que los piratas se limitaran a desembarcar en el litoral sin adentrarse en la isla. Cabía la posibilidad, efectivamente, de que estos simplemente quisieran aprovisionarse de agua en el río de la Misericordia, y no era descartable que el puente, tendido a una milla y media de su desembocadura, y las instalaciones de las Chimeneas escaparan a sus miradas.

Pero ¿por qué habían enarbolado ese pabellón en el cangrejo del bergantín? ¿Por qué habían disparado un cañonazo? Por pura fanfarronería, seguramente, a no ser que indicara una toma de posesión. Cyrus Smith sabía ahora que el barco estaba formidablemente armado. ¿Y qué tenían los colonos de la isla Lincoln para responder al cañón de los piratas? Tan solo un puñado de escopetas.

—Sin embargo —señaló Cyrus Smith—, nos encontramos en un lugar inexpugnable. El enemigo no puede descubrir el orificio del desagadero, ahora que está escondido bajo las cañas y las hierbas, y por consiguiente le es imposible penetrar en Granite-house.

—Pero ¿y nuestras plantaciones, nuestro corral, nuestro redil...? En fin, todo... ¡Todo! —dijo Pencroff, golpeando el suelo con un pie—. ¡Pueden arrasarlo todo, destruirlo todo en unas horas!

—Así es, Pencroff —contestó Cyrus Smith—, y no disponemos de ningún medio para impedirlo.

—¿Son muchos? Esa es la cuestión —dijo el reportero—. Si solo son una docena, podemos detenerlos, pero si son cuarenta, cincuenta, más tal vez...

—Señor Smith —dijo entonces Ayrton, acercándose al ingeniero—, ¿me da permiso para hacer una cosa?

—¿De qué se trata, amigo mío?

—De ir hasta el barco para averiguar la fuerza de su tripulación.

—Pero, Ayrton —repuso el ingeniero—, pondría en peligro su vida...

—¿Y por qué no, señor?

—Eso va más allá del cumplimiento de su deber.

—Debo hacer algo más que cumplir con mi deber —contestó Ayrton.

—¿Iría hasta el barco con la piragua? —preguntó Gedeon Spilett.

—No, iré a nado. Un hombre puede pasar por sitios por donde la piragua no cabría.

—¿Sabe que el bergantín está a una milla y cuarto de la costa? —preguntó Harbert.

—Soy buen nadador, señor Harbert.

—Le repito que sería jugarse la vida —insistió el ingeniero.

—Eso no tiene importancia —dijo Ayrton—. Señor Cyrus, se lo pido como un favor. ¡Quizá sea un modo de recuperar mi propia estima!

—En tal caso, vaya, Ayrton —dijo el ingeniero, consciente de que una negativa habría entristecido profundamente al ex convicto, reconvertido en hombre honrado.

—Le acompañaré —dijo Pencroff.

—¡No se fía de mí! —repuso vivamente Ayrton. Y en un tono más humilde, añadió—: ¡No es de extrañar!

—¡No, no! —se apresuró a replicar Cyrus Smith—. ¡No, Ayrton! Pencroff no desconfía de usted. Ha interpretado mal sus palabras.

—Así es —dijo el marino—. Lo que le propongo a Ayrton es

acompañarlo solamente hasta el islote. Es posible, aunque poco probable, que uno de esos bribones haya desembarcado, y en tal caso no estará de más que haya dos hombres para impedirle dar la voz de alarma. Yo esperaré a Ayrton en el islote mientras él va al barco, puesto que se ha ofrecido a hacerlo.

Llegados a este acuerdo, Ayrton se ocupó de los preparativos para la marcha. Su plan era audaz, pero se podía llevar a cabo con éxito gracias a la oscuridad de la noche. Una vez llegado al barco, Ayrton, agarrado a los barbiquejos o a las cadenas de los obenques, podría averiguar el número y quizá las intenciones de los convictos.

Ayrton y Pencroff, seguidos de sus compañeros, bajaron a la orilla. Ayrton se desnudó y se frotó con grasa para soportar mejor la temperatura del agua, que todavía era baja. Podía ser, en efecto, que se viera obligado a permanecer varias horas en el mar.

Entretanto, Pencroff y Nab habían ido a buscar la piragua, amarrada unos cientos de pasos más arriba, a orillas del río de la Misericordia, y cuando regresaron Ayrton estaba preparado para partir.

Los colonos echaron una manta sobre los hombros de Ayrton y le estrecharon la mano.

Ayrton embarcó en la piragua con Pencroff.

Eran las diez y media de la noche cuando ambos desaparecieron en la oscuridad. Sus compañeros fueron a las Chimeneas para esperarlos allí.

Atravesaron con facilidad el canal y la piragua llegó a la orilla opuesta del islote. Actuaron con precaución por si algunos piratas andaban por allí. Pero, tras una atenta observación, les pareció indudable que el islote estaba desierto. Así pues, Ayrton, seguido de Pencroff, lo atravesó a paso rápido, asustando a los pájaros alojados en las cavidades de las rocas. Luego, sin vacilar, se zambulló en el mar y nadó silenciosamente en dirección al barco, cuya situación exacta indicaban unas luces encendidas hacía poco.

En cuanto a Pencroff, se acurrucó en una anfractuosidad de la orilla para esperar el regreso de su compañero.

Ayrton nadaba dando vigorosas brazadas y se deslizaba por el agua sin producir el más ligero murmullo. Su cabeza apenas sobresalía y sus ojos estaban clavados en la masa oscura del bergantín, cuyas luces se reflejaban en el mar. Solo pensaba en el

deber que había prometido cumplir y ni le pasaban por la mente los peligros que corría, no solo por la nave, sino además porque los tiburones frecuentaban aquellos parajes. Llevado por la corriente, se alejaba rápidamente de la costa.

Media hora después, Ayrton, sin haber sido visto ni oído, llegó al barco y se agarró con una mano a los barbiQUEJOS del bauprés. Tomó aire y, trepando por las cadenas, logró llegar al extremo del tajamar, donde había algunos pantalones de marinero puestos a secar. Se puso unos y, colocándose en una posición estable, permaneció a la escucha.

A bordo del bergantín nadie dormía. Al contrario. Hablaban, cantaban, reían. Las palabras que, acompañadas de maldiciones, impresionaron más a Ayrton fueron estas:

—¡Buena adquisición, la de este bergantín!

—¡Sí, cómo corre el *Speedy*! ¡Hace honor a su nombre!

—¡Aunque toda la marina de Norfolk se pusiera a perseguirlo, no tendría nada que hacer!

—¡Viva su comandante!

—¡Viva Bob Harvey!

Lo que Ayrton sintió al oír ese fragmento de conversación resultará comprensible cuando se sepa que el tal Bob Harvey era uno de sus antiguos compañeros de Australia, un marino intrépido que había continuado con sus criminales proyectos. Bob Harvey se había apoderado en las proximidades de la isla de Norfolk de ese bergantín, cargado de armas, municiones, utensilios y herramientas de toda clase destinados a una de las Sandwich. Toda su banda había subido a bordo y esos miserables, convertidos en piratas después de haber sido convictos, saqueaban el Pacífico, destruían barcos y masacraban a sus tripulaciones con más ferocidad que los propios malayos.

Los convictos hablaban en voz alta, contaban sus proezas bebiendo más de la cuenta, y de sus palabras Ayrton pudo concluir lo que sigue:

La tripulación actual del *Speedy* se componía únicamente de prisioneros ingleses, escapados de Norfolk.

¿Y qué es Norfolk?

Al este de Australia, a 20° de latitud sur y 165° 42' de longitud este, se encuentra una pequeña isla con un perímetro de seis leguas

y dominada por el monte Pitt, cuya altitud es de mil cien pies sobre el nivel del mar. Es Norfolk, isla convertida en sede de un establecimiento al que se envía a los condenados más rebeldes de las penitenciarías inglesas. Hay allí quinientos presos, sometidos a una férrea disciplina mediante la amenaza de castigos terribles, y vigilados por ciento cincuenta soldados y ciento cincuenta empleados bajo las órdenes de un gobernador. Resultaría difícil imaginar una reunión peor de malvados. A veces —aunque no es frecuente—, pese a la excesiva vigilancia de que son objeto, algunos consiguen fugarse y apoderarse de barcos con los que se dedican a recorrer los archipiélagos polinesios.

Eso es lo que habían hecho Bob Harvey y sus secuaces. Eso es lo que había planeado hacer tiempo atrás Ayrton. Bob Harvey se había apoderado del bergantín *Speedy*, fondeado en aguas de la isla de Norfolk, y había matado a su tripulación. Desde hacía un año, esa nave, convertida en barco de piratas, recorría los mares del Pacífico bajo el mando de Harvey, en otros tiempos capitán de altura y ahora pirata, al que Ayrton conocía muy bien.

La mayor parte de los convictos estaban reunidos en la toldilla, en la popa del barco, pero algunos, tumbados en la cubierta, hablaban en voz muy alta.

La conversación que se desarrollaba en medio de los gritos informó a Ayrton de que tan solo el azar había llevado al *Speedy* hasta la isla Lincoln. Bob Harvey no había estado nunca allí, pero, tal como había presentido Cyrus Smith, al encontrar en su ruta esa tierra desconocida que no aparecía en ningún mapa, había decidido visitarla y, si le parecía apropiada, convertirla en puerto de amarre para el bergantín.

En cuanto a la bandera negra enarbolada en el cangrejo del *Speedy* y al cañonazo disparado, a imagen y semejanza de los buques de guerra cuando izan sus colores, habían sido pura fanfarronería de piratas. No era una señal porque no existía ninguna comunicación entre los evadidos de Norfolk y la isla Lincoln.

Los dominios de los colonos se hallaban, pues, amenazados por un serio peligro. Evidentemente, la isla, con su aguada, su pequeño puerto, sus recursos de todo tipo tan bien aprovechados por los colonos y sus profundidades ocultas de Granite-house, no podía ser más conveniente para los convictos; entre sus manos se convertiría

en un excelente lugar de refugio y, precisamente por ser desconocida, les garantizaría, quizá durante mucho tiempo, impunidad a la vez que seguridad. Evidentemente también, la vida de los colonos no sería respetada; lo primero que harían Bob Harvey y sus cómplices sería matarlos sin piedad. Cyrus Smith y los suyos ni siquiera tenían el recurso de huir, de esconderse en la isla, ya que los convictos pensaban vivir allí y era probable que, cuando el *Speedy* partiera para llevar a cabo una correría, algunos hombres de la tripulación se quedaran en tierra. Por consiguiente, había que luchar, había que acabar hasta con el último de esos miserables, indignos de compasión y contra los cuales sería lícito utilizar cualquier medio.

Eso es lo que pensó Ayrton, y sabía que Cyrus Smith compartiría su manera de ver la situación.

Pero ¿era posible resistirse y acabar venciendo? Eso dependía del armamento del bergantín y del número de hombres que llevara a bordo.

Ayrton decidió averiguarlo a toda costa y como, una hora después de su llegada, el vocerío había empezado a disminuir y muchos de los convictos se hallaban ya sumidos en el sueño de la embriaguez, no dudó en aventurarse por la cubierta del *Speedy*, que los faroles apagados habían dejado en una profunda oscuridad.

Subió hasta la parte superior del tajamar y, por el bauprés, llegó al castillo de proa del bergantín. Sorteando entonces a los convictos tumbados en el suelo, dio la vuelta al barco y vio que el *Speedy* contaba con cuatro cañones que debían de disparar balas de entre ocho y diez libras. Comprobó, tocándolos, que los cañones se cargaban por la culata. Eran, por lo tanto, piezas modernas, de uso fácil y terribles efectos.

En lo que se refiere a los hombres tumbados en la cubierta, debían de ser unos diez, pero era de suponer que había más, quizá bastantes más, durmiendo en el interior del bergantín. Por lo que habían dicho, a Ayrton le había parecido entender que iba una cincuentena a bordo. ¡Era mucho para los seis colonos de la isla Lincoln! Pero al menos, gracias a la abnegación de Ayrton, Cyrus Smith no se vería sorprendido, conocería la fuerza de sus adversarios y tomaría las disposiciones oportunas en consecuencia.

Así pues, a Ayrton solo le quedaba volver para informar a sus

compañeros de la misión que se había impuesto y se preparó para dirigirse a la proa del bergantín a fin de descender por ahí hasta el agua.

Sin embargo, a ese hombre que quería —lo había dicho— hacer algo más que cumplir con su deber, se le ocurrió entonces una idea heroica. Sacrificaría su vida, pero salvaría la isla y a los colonos. Era evidente que Cyrus Smith no podría resistir contra cincuenta bandidos armados hasta los dientes y que estos, bien penetrando por la fuerza en Granite-house o bien matando de hambre a los sitiados, acabarían con ellos. Ayrton no pudo evitar imaginar a sus salvadores, a los que habían vuelto a hacer de él un hombre, y un hombre honrado, a aquellos a los que se lo debía todo, despiadadamente asesinados, imaginó su obra destruida, ¡su isla transformada en una cueva de piratas! El hombre se dijo que, a fin de cuentas, era él, Ayrton, la causa primera de tantos desastres, puesto que su antiguo compañero, Bob Harvey, no había hecho sino llevar a la práctica sus propios proyectos, y un sentimiento de horror se apoderó de todo su ser. Entonces lo dominó ese irresistible deseo de hacer saltar por los aires el bergantín, y con él a todos los que estaban dentro. Ayrton perecería en la explosión, pero sería en cumplimiento de su deber.

Ayrton no lo dudó. Llegar a la santabárbara, situada siempre en la popa, era fácil. En un barco dedicado a semejante oficio, no debía de faltar pólvora, y bastaría una chispa para destruirlo en un instante.

Ayrton se dejó caer con precaución en la entrecubierta, alfombrada de durmientes más embotados por la embriaguez que por el sueño. Había un farol encendido al pie del palo mayor, alrededor del cual colgaba un armero lleno de armas de todo tipo.

Ayrton cogió un revólver del armero y comprobó que estaba cargado y cebado. No le hacía falta más para llevar a cabo su obra de destrucción. Acto seguido se dirigió hacia la popa a fin de acceder a la toldilla, donde debía de estar la santabárbara.

Sin embargo, resultaba difícil avanzar prácticamente a oscuras por la entrecubierta sin tropezar con algún convicto insuficientemente dormido, lo que provocaba maldiciones y golpes. Más de una vez tuvo Ayrton que detenerse. Pero finalmente llegó al tabique que cerraba el compartimento de popa y encontró la puerta

que debía de comunicar directamente con la santabárbara.

Ayrton, obligado a forzarla, se puso manos a la obra. Era una tarea difícil de ejecutar sin hacer ruido, pues se trataba de romper un candado. Pero la mano vigorosa de Ayrton consiguió hacer saltar el candado y la puerta se abrió.

En ese momento, una mano agarró por el hombro a Ayrton.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con dureza un hombre alto que, irguiéndose en la oscuridad, acercó bruscamente una linterna a la cara de Ayrton.

Ayrton retrocedió. Había reconocido a su antiguo cómplice, Bob Harvey, pero este no podía reconocerlo a él, ya que debía de creerlo muerto desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué haces aquí? —repitió Bob Harvey, agarrando a Ayrton por la cintura del pantalón.

Pero Ayrton, sin responder, empujó enérgicamente al jefe de los convictos y trató de meterse en la santabárbara. ¡Un disparo en medio de los barriles de pólvora y todo habría terminado!

—¡A mí, muchachos! —gritó Bob Harvey.

Dos o tres piratas, despertados por sus voces, se habían levantado y, abalanzándose sobre Ayrton, intentaron derribarlo. El vigoroso Ayrton se libró de ellos. Disparó dos veces con el revólver y dos convictos cayeron, pero un cuchillo que no pudo esquivar le hizo un corte en un hombro.

Ayrton se dio cuenta de que ya no podía ejecutar su plan. Bob Harvey había cerrado la puerta de la santabárbara y en la entrecubierta reinaba una agitación que indicaba que los piratas estaban despertándose. Ayrton debía reservarse para combatir al lado de Cyrus Smith. No tenía otra salida que huir.

Pero ¿había aún alguna posibilidad de huida? Era dudoso, aunque Ayrton estaba decidido a intentar lo que fuese necesario para regresar con sus compañeros.

Podía disparar cuatro veces más. Disparó dos, una contra Bob Harvey sin conseguir alcanzarlo, o al menos herirlo gravemente. Aprovechando un movimiento de retroceso de sus adversarios, se precipitó en dirección a la escalera del tapacete a fin de llegar a la cubierta. Al pasar por delante del farol, lo rompió golpeándolo con la culata. Se hizo así una profunda oscuridad que debía favorecer su huida.

Dos o tres piratas, despertados por el ruido, bajaban la escalera en ese momento. Un quinto disparo del revólver de Ayrton derribó a uno de ellos al pie de los peldaños y los otros se quitaron de en medio sin comprender lo que estaba pasando. En dos saltos, Ayrton se plantó en la cubierta, y tres segundos más tarde, después de haber disparado la última bala que le quedaba contra la cara de un pirata que acababa de agarrarlo del cuello, saltó por la borda y se zambulló en el agua.

No había dado Ayrton seis brazadas cuando las balas empezaron a crepitar a su alrededor como si fuera granizo.

Qué emociones debieron de asaltar a Pencroff, refugiado bajo una roca del islote, a Cyrus Smith, al reportero, a Harbert y a Nab, acurrucados en las Chimeneas, cuando oyeron esas detonaciones a bordo del bergantín. Habían salido a la playa armados con las escopetas, dispuestos a rechazar cualquier agresión.

Para ellos no había duda posible. Los piratas habían sorprendido a Ayrton y lo habían matado, y quizá esos miserables pensaran aprovechar la noche para efectuar un desembarco en la isla.

Pasaron media hora atenazados por aquella angustia mortal. Sin embargo, las detonaciones habían cesado y ni Ayrton ni Pencroff aparecían. ¿Habrían invadido el islote? ¿No deberían acudir en auxilio de Ayrton y de Pencroff? Pero ¿cómo? La marea había subido y hacía infranqueable el canal. No tenían la piragua. ¡Imagínese la horrible inquietud que se apoderó de Cyrus Smith y sus compañeros!

Por fin, hacia las doce y media, una piragua con dos hombres a bordo llegó a la playa. Eran Ayrton, levemente herido en un hombro, y Pencroff, sano y salvo, a los que sus amigos recibieron con los brazos abiertos.

Inmediatamente, todos se refugiaron en las Chimeneas. Allí, Ayrton contó lo que había sucedido, sin ocultar el plan de volar el bergantín que había intentado llevar a cabo.

Todas las manos se tendieron hacia Ayrton, el cual no ocultó la gravedad de la situación. Los piratas estaban alertados. Sabían que la isla Lincoln estaba habitada. Desembarcaría un grupo numeroso de ellos, e irían bien armados. No respetarían nada. Si los colonos caían en sus manos, no podían esperar ninguna compasión.

—Muy bien, pues sabremos morir —dijo el reportero.

—Volvamos a casa y permanezcamos alertas —dijo el ingeniero.

—¿Tenemos alguna posibilidad de salir de esta, señor Cyrus? —preguntó el marino.

—Sí, Pencroff.

—¡Hummm! ¿Seis contra cincuenta?

—Sí, seis... sin contar...

—¿A quién? —preguntó Pencroff.

Cyrus no respondió, pero señaló el cielo con la mano.

III

*La bruma se disipa – Las disposiciones del ingeniero – Tres
puestos – Ayrton y Pencroff – El primer bote – Dos
embarcaciones más – En el islote – Seis convictos en tierra – El
bergantín leva anclas – Los proyectiles del Speedy – Situación
desesperada – Desenlace inesperado*

La noche transcurrió sin incidentes. Los colonos habían permanecido alerta y no habían abandonado el puesto de las Chimeneas. Los piratas, por su parte, no parecían haber hecho ninguna tentativa de desembarco. Desde los últimos disparos dirigidos contra Ayrton, ni una detonación, ni siquiera un ruido había indicado que el bergantín se hubiera aproximado a la costa. En realidad, se habría podido creer que, pensando que se enfrentaba a una fuerza excesiva, había levado anclas y se había alejado de aquellos parajes.

Pero no era así, y cuando empezó a clarear, los colonos pudieron distinguir entre la bruma matinal una masa confusa. Era el *Speedy*.

—Amigos míos —dijo entonces el ingeniero—, estas son las disposiciones que me parece conveniente adoptar antes de que esta niebla se haya disipado por completo. Debemos aprovecharla porque impide que los piratas nos vean y podremos actuar sin atraer su atención. Lo más importante es hacer creer a los convictos que en la isla hay numerosos habitantes y que, por consiguiente, son capaces de resistir. Les propongo, pues, dividirnos en tres grupos, el primero de los cuales se apostará aquí mismo, en las Chimeneas; el segundo, en la desembocadura del río de la Misericordia; y el tercero, creo que lo mejor sería situarlo en el islote, a fin de impedir o al menos retrasar cualquier intento de desembarco. Disponemos de dos carabinas y cuatro escopetas, así

que todos iremos armados y, como estamos bien provistos de pólvora y balas, no escatimaremos disparos. No tenemos nada que temer de sus fusiles, ni siquiera de sus cañones. ¿Qué podrían hacer contra estas rocas? Y como no dispararemos desde las ventanas de Granite-house, a los piratas no se les ocurrirá lanzar hacia allí unos obuses que podrían causar daños irreparables. Lo que sí hay que temer es la necesidad de llegar a las manos, puesto que los convictos nos superan ampliamente en número. Debemos oponernos, pues, a que desembarquen, pero sin descubrimos. Así que no escatimemos las municiones. Disparemos sin parar, pero apuntando bien. Salimos a ocho o diez enemigos por cabeza, y es preciso matarlos.

Cyrus Smith había evaluado claramente la situación hablando con la mayor calma, como si estuviera dirigiendo un trabajo y no organizando una batalla. Sus compañeros aprobaron estas disposiciones sin pronunciar una sola palabra. Solo quedaba ya que cada uno ocupara su puesto antes de que la bruma se disipara por completo.

Nab y Pencroff subieron inmediatamente a Granite-house y trajeron municiones suficientes. A Gedeon Spilett y Ayrton, ambos excelentes tiradores, les correspondieron las dos carabinas de precisión, que tenían un alcance de casi una milla. Las otras cuatro escopetas fueron distribuidas entre Cyrus Smith, Nab, Pencroff y Harbert.

Los puestos se formaron del siguiente modo.

Cyrus Smith y Harbert permanecieron emboscados en las Chimeneas, desde donde controlaban en un radio bastante amplio la playa, al pie de Granite-house.

Gedeon Spilett y Nab fueron a meterse entre las rocas, en la desembocadura del río de la Misericordia —cuyos puentes, el grande y los pequeños, habían sido levantados—, a fin de impedir el paso de botes e incluso un desembarco en la orilla opuesta.

En cuanto a Ayrton y Pencroff, empujaron la piragua hasta el mar y se dispusieron a cruzar el canal para ocupar separadamente dos puestos en el islote. De esta forma, al ver que disparaban desde cuatro puntos diferentes, los convictos pensarían que la isla se hallaba a la vez suficientemente poblada y muy bien defendida.

En el caso de que no pudieran impedir que se efectuara un

desembarco, e incluso si vieran que estaban a punto de quedar atrapados entre el bergantín y alguna embarcación enviada por este, Pencroff y Ayrton debían regresar con la piragua y dirigirse hacia el lugar de la costa más amenazado.

Antes de ir a ocupar sus puestos, los colonos se estrecharon la mano. Pencroff consiguió controlarse lo suficiente para contener su emoción cuando abrazó a Harbert, que era como un hijo para él, y se separaron.

Al cabo de unos instantes, Cyrus Smith y Harbert por un lado, y el reportero y Nab por el otro, habían desaparecido detrás de las rocas, y cinco minutos después, Ayrton y Pencroff, tras haber cruzado el canal sin incidentes, desembarcaban en el islote y se escondían en las anfractuosidades de su orilla oriental.

Ninguno de ellos había podido ser visto, pues ellos mismos a duras penas distinguían aún el bergantín entre la niebla.

Eran las seis y media de la mañana.

Al poco, la niebla empezó a rasgarse en las capas superiores del aire y la punta de los mástiles del bergantín emergió entre los vapores. Durante unos instantes más, grandes volutas se desplazaron sobre la superficie del mar; luego se levantó una brisa que disipó rápidamente aquel cúmulo de brumas.

El *Speedy* apareció entero, fondeado con dos anclas, con la proa hacia el norte y presentando a la isla el costado de babor. Tal como había calculado Cyrus Smith, no estaba a más de una milla y cuarto de la orilla.

El siniestro pabellón negro ondeaba en el cangrejo.

El ingeniero pudo ver, con el catalejo, que los cuatro cañones que componían la artillería del barco apuntaban hacia la isla. Evidentemente, estaban preparados para hacer fuego a la primera señal.

Sin embargo, el *Speedy* permanecía mudo. Se veía a una treintena de piratas ir y venir por la cubierta. Algunos habían subido a la toldilla; dos, apostados en las barras del juanete mayor y provistos de catalejos, observaban la isla con gran atención.

Indudablemente, era muy difícil que Bob Harvey y su tripulación tuvieran una idea clara de lo que había sucedido durante la noche a bordo del bergantín. Ese hombre medio desnudo que acababa de forzar la puerta de la santabárbara y contra el que habían luchado,

que había disparado seis veces su revólver contra ellos, que había matado a uno de los suyos y herido a otros dos, ¿había sobrevivido? ¿Había podido llegar a la costa a nado? ¿De dónde venía? ¿Qué había ido a hacer a bordo? ¿Su plan era realmente volar el bergantín, como pensaba Bob Harvey? Todo eso debía de estar bastante confuso en la mente de los convictos. Pero lo que ya no podían poner en duda es que la isla desconocida ante la que el *Speedy* había echado el ancla estaba habitada, y quizá había allí toda una colonia dispuesta a defenderla. Sin embargo, no se veía a nadie, ni en la playa ni en las alturas. El litoral parecía estar absolutamente desierto. Por lo menos, no había rastro de ninguna vivienda. ¿Acaso habían huido los habitantes hacia el interior?

Eso es lo que debía de preguntarse el jefe de los piratas, y seguramente, llevado por la prudencia, trataba de examinar el lugar antes de llevar allí a su banda.

Durante una hora y media, no se observó ningún indicio ni de ataque ni de desembarco a bordo del bergantín. Era evidente que Bob Harvey dudaba. Sin duda alguna sus mejores catalejos no le habían permitido ver a un solo colono agazapado entre las rocas. Ni siquiera era probable que le hubiera llamado la atención aquel velo de ramas verdes y bejucos que ocultaba las ventanas de Granite-house y destacaba sobre la muralla desnuda. ¿Cómo iba a imaginar que había una vivienda excavada en el macizo granítico, y a esa altura? Desde el cabo de la Zarpa hasta los cabos Mandíbula, en todo el perímetro de la bahía de la Unión nada debía de haberle indicado que la isla estaba o podía estar ocupada.

No obstante, a las ocho los colonos observaron que a bordo del *Speedy* se producía cierto movimiento. Tiraban de los aparejos de los portaembarcaciones y lanzaron un bote al mar. Siete hombres subieron a bordo. Iban armados con fusiles; uno de ellos se puso al timón, cuatro se hicieron cargo de los remos y los otros dos, agachados en la proa y preparados para disparar, examinaban la isla. Su objetivo era, sin duda, realizar un primer reconocimiento, pero no desembarcar, pues en tal caso el número de hombres habría sido mayor.

Los piratas, encaramados en la arboladura hasta las barras del juanete, evidentemente habían podido ver que un islote cubría la costa y que estaba separado de esta por un canal de

aproximadamente media milla de ancho. Sin embargo, para Cyrus Smith enseguida se hizo patente, observando la dirección seguida por el bote, que este no intentaría penetrar de momento en el canal, sino que se acercaría al islote, una medida de prudencia, por lo demás, justificada.

Pencroff y Ayrton, escondidos cada uno por su lado en estrechas anfractuosidades de las rocas, lo vieron ir directamente hacia ellos y esperaron a tenerlo a tiro.

El bote avanzaba con extrema precaución. Los remos se sumergían en el agua a largos intervalos. Podían ver también que uno de los convictos situados en la proa tenía una sonda en la mano y estaba explorando el canal abierto por la corriente del río de la Misericordia. Eso indicaba que Bob Harvey tenía intención de acercar todo lo posible el bergantín a la costa. Cerca de una treintena de piratas seguían con atención, desde los obenques, los movimientos del bote y señalaban algunas marcas que les permitirían atracar sin peligro.

El bote se encontraba a tan solo dos cables del islote cuando se detuvo. El hombre que estaba al timón buscaba, de pie, el mejor punto para acostar la embarcación.

De repente sonaron dos disparos. Una pequeña humareda se arremolinó sobre las rocas del islote. El hombre al timón y el que llevaba la sonda cayeron hacia atrás dentro del bote. Las balas de Ayrton y de Pencroff los habían alcanzado a los dos al mismo tiempo.

Casi inmediatamente se oyó una detonación más violenta, un ruidoso chorro de vapor brotó de los costados del bergantín y una bala golpeó e hizo saltar por los aires la parte superior de las rocas que protegían a Ayrton y Pencroff, aunque sin alcanzar a los dos tiradores.

Horribles imprecaciones habían escapado del bote, que reanudó enseguida la marcha. El hombre del timón fue sustituido inmediatamente por uno de sus compañeros y los remos se hundieron con rapidez en el agua.

Sin embargo, en lugar de volver a bordo, como hubiera podido creerse, el bote siguió la orilla del islote para rodearlo por la punta sur. Los piratas remaban con fuerza a fin de ponerse fuera del alcance de las balas.

Avanzaron así hasta que estuvieron a cinco cables del entrante del litoral que remataba la punta del Pecio y, tras haberlo contorneado trazando una línea semicircular, se dirigieron, protegidos en todo momento por los cañones del bergantín, hacia la desembocadura del río de la Misericordia.

Su intención era claramente entrar así en el canal y pillar por la espalda a los colonos que estaban apostados en el islote, de manera que estos, cualquiera que fuese su número, quedaran en una posición muy desfavorable al verse atrapados entre las balas del bote y las balas del bergantín.

Un cuarto de hora transcurrió de este modo, mientras el bote avanzaba en esa dirección. Silencio absoluto, calma total en el aire y en las aguas.

Pencroff y Ayrton, pese a haberse dado cuenta de que corrían el peligro de encontrarse cercados, no habían abandonado su puesto, bien porque no quisieran mostrarse todavía a los agresores y exponerse a los cañones del *Speedy*, o bien porque contaran con la intervención de Nab y Gedeon Spilett, que vigilaban en la desembocadura del río, y de Cyrus Smith y Harbert, que estaban emboscados en las rocas de las Chimeneas.

Veinte minutos después de los primeros disparos, el bote estaba frente al río de la Misericordia, a menos de dos cables. Como la marea empezaba a subir con su violencia habitual, provocada por la estrechez del paso, los convictos se vieron arrastrados hacia el río y tan solo a fuerza de remos lograron mantenerse en medio del canal. Pero, cuando pasaban a poca distancia de la desembocadura, los saludaron dos balas que tumbaron dentro de la embarcación a otros dos de los suyos. Nab y Spilett no habían fallado.

El bergantín lanzó inmediatamente una segunda bala contra el puesto que el humo de las armas de fuego delataba, pero sin otro resultado que arrancar unas esquirlas a las rocas.

El bote solo llevaba ya tres hombres útiles. Atrapado por la corriente, discurrió por el canal con la rapidez de una flecha y pasó por delante de Cyrus Smith y Harbert, quienes, considerando que no lo tenían a tiro, permanecieron inmóviles; luego, tras doblar la punta norte del islote con los dos remos que le quedaban, se colocó en la posición adecuada para volver al bergantín.

Hasta ese momento los colonos no tenían motivos de queja. La

partida había empezado mal para sus adversarios, que tenían ya cuatro hombres gravemente heridos, muertos quizá. Ellos, en cambio, además de estar ilesos, no habían desperdiciado ninguna bala. Si los piratas continuaban atacándolos de ese modo, si hacían más intentos de desembarcar mediante el bote, podían ser eliminados uno a uno.

Las disposiciones tomadas por el ingeniero estaban resultando sumamente favorables a sus intereses. Los piratas podían creer que se enfrentaban a unos adversarios numerosos y bien armados, a los que no conseguirían derrotar fácilmente.

Pasó media hora antes de que el bote, que tenía que luchar contra la corriente, llegara al *Speedy*. Unos gritos terribles resonaron cuando subieron a bordo a los heridos. Los piratas dispararon tres o cuatro cañonazos, pero sin ningún resultado.

Entonces, una docena de convictos, ebrios de cólera y quizá todavía de lo que habían bebido la noche anterior, se metieron en la embarcación. Otro bote, en el que se instalaron ocho hombres, fue lanzado al mar, y mientras el primero se dirigía directamente al islote para desalojar a los colonos, el segundo maniobraba para conseguir entrar en el río de la Misericordia.

La situación se estaba volviendo manifiestamente muy peligrosa para Pencroff y Ayrton, los cuales comprendieron que debían volver a tierra firme.

Sin embargo, todavía esperaron a tener a tiro el primer bote, y dos balas más, hábilmente dirigidas, sembraron de nuevo el desorden en la tripulación. Acto seguido abandonaron su puesto, cruzaron el islote lo más rápido que les permitían las piernas, no sin soportar una lluvia de proyectiles, se metieron en la piragua, pasaron el canal en el momento en que el segundo bote llegaba a la punta sur y fueron corriendo a agazaparse en las Chimeneas.

Nada más reunirse con Cyrus Smith y Harbert, el islote fue invadido y los piratas del primer bote empezaron a recorrerlo en todos los sentidos.

Casi en el mismo instante, otras detonaciones sonaron en el puesto del río de la Misericordia, al que el segundo bote se había acercado rápidamente. Dos de los ocho hombres que iban a bordo fueron heridos de muerte por Gedeon Spilett y Nab, y la propia embarcación, irresistiblemente arrastrada hacia los arrecifes, se

partió en la desembocadura del río. Pero los seis supervivientes, levantando sus armas por encima de la cabeza para preservarlas del contacto con el agua, consiguieron llegar a la orilla derecha del río. Una vez allí, viéndose demasiado expuestos a los disparos, huyeron a todo correr en dirección a la punta del Pecio, fuera del alcance de las balas.

La situación en ese momento era, pues, la siguiente: en el islote, doce convictos, varios de ellos sin duda heridos, pero todavía con un bote a su disposición; en la isla, seis hombres, pero sin posibilidad de llegar a Granite-house, pues no podían cruzar el río, cuyos puentes estaban levantados.

—¡Esto va bien! —había dicho Pencroff al entrar precipitadamente en las Chimeneas—. ¡Esto va bien, señor Cyrus! ¿Qué piensa usted?

—Pienso —respondió el ingeniero— que el combate va a tomar otro cariz, porque no cabe suponer que esos convictos sean tan tontos como para continuarlo en unas condiciones tan desfavorables para ellos.

—No conseguirán cruzar el canal —dijo el marino—. Las carabinas de Ayrton y del señor Spilett están ahí para impedirse lo. Como bien sabe, ¡tienen un alcance de más de una milla!

—Sí, pero ¿qué pueden hacer dos carabinas contra los cañones del bergantín? —repuso Harbert.

—¡Bueno, bueno! ¡El bergantín todavía no está en el canal, supongo! —replicó Pencroff.

—¿Y si viene? —preguntó Cyrus Smith.

—Es imposible, porque se expondría a embarrancar y hundirse.

—No lo es —dijo Ayrton—. Los convictos pueden aprovechar la marea alta para entrar en el canal, aunque encallen cuando baje, y en tal caso, bajo el fuego de sus cañones, nuestros puestos no podrán seguir resistiendo.

—¡Por todos los demonios del infierno! —exclamó Pencroff—. Parece, en efecto, que esos canallas se preparan para levar anclas.

—Quizá nos veamos obligados a refugiarnos en Granite-house —dijo Harbert.

—Esperemos —contestó Cyrus Smith.

—Pero ¿qué pasa con Nab y el señor Spilett? —preguntó Pencroff.

—Se reunirán con nosotros cuando lo consideren más conveniente. Esté preparado, Ayrton. Su carabina y la de Spilett son las que tienen que hablar ahora.

¡Y qué verdad era! El *Speedy* empezaba a virar sobre el ancla y manifestaba la intención de acercarse al islote. La marea seguiría subiendo durante una hora y media más y, una vez interrumpida la corriente, al bergantín le resultaría fácil maniobrar. Sin embargo, en cuanto a entrar en el canal, Pencroff, en contra de lo que opinaba Ayrton, se negaba a admitir que se atreviera a intentarlo.

Mientras tanto, los piratas que ocupaban el islote se habían desplazado poco a poco hacia la orilla opuesta y ya solo los separaba de tierra el canal. Armados simplemente con fusiles, no podían hacer ningún daño a los colonos, emboscados en las Chimeneas y en la desembocadura del río de la Misericordia; pero, como no sabían que estos disponían de carabinas de largo alcance, no creían estar expuestos tampoco ellos a ningún peligro. Así pues, se movían por el islote y recorrían su litoral a pecho descubierto.

Su ilusión duró poco. Las carabinas de Ayrton y de Gedeon Spilett hablaron, y sin duda dijeron cosas desagradables a dos de aquellos convictos, pues cayeron hacia atrás.

Se produjo una desbandada general. Los otros diez, sin entretenerse siquiera en recoger a sus compañeros heridos o muertos, se dirigieron a toda prisa a la otra costa del islote, subieron a la embarcación que los había llevado hasta allí y regresaron remando al bergantín.

—¡Ocho menos! —exclamó Pencroff—. ¡Realmente se diría que el señor Spilett y Ayrton se ponen de acuerdo para disparar a la vez!

—Señores —dijo Ayrton cargando la carabina—, el asunto va a agravarse. ¡El bergantín está aparejando!

—¡El ancla está a pique! —exclamó Pencroff.

—Sí, y ya la levantan.

En efecto, se oía con toda claridad el tintineo del linguete al golpear el cabrestante a medida que la tripulación del bergantín lo hacía virar. El *Speedy*, después de haber gobernado sobre el ancla y haberla arrancado del fondo, empezó a derivar hacia tierra. El viento soplaba de alta mar; izaron el foque mayor y la gavia menor, y la nave se acercó poco a poco a tierra.

Desde los dos puestos, el de la desembocadura del río de la

Misericordia y el de las Chimeneas, lo miraban maniobrar sin dar señales de vida, pero no sin cierta emoción. Sería terrible la situación de los colonos cuando estuvieran expuestos, a corta distancia, al fuego de los cañones del bergantín, ya que no podrían responder a ellos de manera eficaz. ¿Cómo impedirían entonces a los piratas desembarcar?

Cyrus Smith se daba cuenta de eso y se preguntaba qué podían hacer. Tendría que tomar una decisión sin tardanza. Pero ¿cuál? ¿Encerrarse en Granite-house, dejar que los sitiaran, resistir durante semanas, durante meses incluso, puesto que contaban con abundantes víveres? Bien, y luego, ¿qué? Eso no evitaría que los piratas se adueñaran de la isla, y en tal caso sin duda la devastarían a su capricho. Además de que, con el tiempo, acabarían por imponerse a los prisioneros de Granite-house.

Sin embargo, todavía quedaba una posibilidad: que Bob Harvey no se aventurase con su nave por el canal y permaneciese fuera del islote. Media milla lo separaba aún de la costa, y a esa distancia sus cañonazos podían no ser extremadamente dañinos.

—¡Si ese tal Bob Harvey es un buen marino, jamás entrará en el canal! ¡Jamás! —repetía Pencroff—. Sabe perfectamente que, a poco que hubiera mala mar, se expondría a perder el bergantín. ¿Y qué sería de él sin su barco?

Sin embargo, el bergantín se había acercado al islote, y vieron que intentaba llegar a su extremo inferior. La brisa era ligera y, como la corriente había perdido entonces mucha fuerza, Bob Harvey era absolutamente dueño de maniobrar como se le antojara.

La ruta seguida anteriormente por las embarcaciones le había permitido explorar el canal, de modo que se adentró decididamente en él. Su plan era más que evidente: quería acoderarse frente a las Chimeneas y, desde allí, responder con cañonazos a las balas que hasta entonces habían diezmado a su tripulación.

El *Speedy* no tardó en llegar a la punta del islote y la dobló sin ninguna dificultad. Entonces la cangreja fue orientada para recibir el viento y el bergantín se situó frente al río de la Misericordia.

—¡Los muy bandidos vienen hacia aquí! —gritó Pencroff.

En ese momento, Nab y Gedeon Spilett se reunieron con Cyrus Smith, Ayrton, el marino y Harbert.

El reportero y su compañero habían considerado conveniente

abandonar el puesto de la desembocadura del río, desde donde ya no podían hacer nada contra la nave, y había sido una sabia decisión. Más valía que los colonos estuvieran juntos en el momento en que, sin duda alguna, iba a tener lugar una acción decisiva. Gedeon Spilett y Nab habían llegado corriendo por detrás de las rocas, bajo una lluvia de balas que no los había alcanzado.

—¡Spilett! ¡Nab! —había exclamado el ingeniero—. ¿No están heridos?

—¡No! —respondió el reportero—. Solo algunas contusiones. ¡Pero ese maldito bergantín está entrando en el canal!

—¡Sí! —dijo Pencroff—. ¡Y antes de diez minutos habrá fondeado frente a Granite-house!

—¿Tiene algún plan, Cyrus? —preguntó el reportero.

—Debemos refugiarnos en Granite-house mientras todavía estemos a tiempo y los convictos no puedan vernos.

—Yo opino lo mismo —contestó Gedeon Spilett—. Aunque, una vez encerrados...

—Haremos lo que aconsejen las circunstancias —dijo el ingeniero.

—¡En marcha, pues! ¡Y démonos prisa! —dijo el reportero.

—¿No quiere, señor Cyrus, que Ayrton y yo nos quedemos aquí? —preguntó el marino.

—¿Para qué, Pencroff? —repuso Cyrus Smith—. No. No nos separemos.

No había ni un instante que perder. Los colonos salieron de las Chimeneas. Un pequeño esconce que presentaba la muralla impedía que los vieran desde el bergantín, pero dos o tres detonaciones y el estruendo de los cañonazos contra las rocas les indicaron que el *Speedy* se encontraba ya a muy poca distancia.

Precipitarse hacia el ascensor, subir hasta la puerta de Granite-house, donde Top y Jup estaban encerrados desde el día anterior, y entrar en el salón fue cosa de un momento.

Afortunadamente, pues los colonos vieron a través de las ramas al *Speedy*, rodeado de humo, avanzando por el canal. Incluso tuvieron que hacerse a un lado, ya que las descargas eran incesantes y las balas de los cuatro cañones golpeaban ciegamente tanto el puesto de la desembocadura del río, pese a no estar ya ocupado, como las Chimeneas. Las rocas saltaban en pedazos y hurras

entusiastas acompañaban cada detonación.

Cabía esperar que Granite-house se salvara del ataque gracias a la precaución que había tomado Cyrus Smith de cubrir sus ventanas cuando una bala de cañón entró en el corredor rozando el hueco de la puerta.

—¡Maldición! —exclamó Pencroff—. ¿Nos han descubierto?

Quizá los piratas no hubieran visto a los colonos, pero era indudable que Bob Harvey había considerado oportuno enviar un proyectil a través de la sospechosa vegetación que cubría aquella parte de la alta muralla. Y al poco, cuando otra bala, al romper la cortina de vegetación, dejó al descubierto una abertura practicada en el granito, incluso redobló los cañonazos.

La situación de los colonos era desesperada. Su refugio había sido descubierto. No podían oponer resistencia a aquellos proyectiles, ni tampoco preservar la piedra, cuyas esquirlas volaban a su alrededor como metralla. Solo les quedaba el recurso de refugiarse en el corredor superior de Granite-house y abandonar su morada antes de que la devastaran, cuando se oyó un ruido sordo seguido de unos gritos espeluznantes.

Cyrus Smith y los suyos se precipitaron hacia una de las ventanas.

El bergantín, levantado por una especie de tromba líquida, acababa de partirse en dos, y en menos de diez segundos era engullido con su criminal tripulación.

IV

Los colonos en la playa – Ayrton y Pencroff trabajan en el salvamento – Charla durante el almuerzo – Los razonamientos de Pencroff – Examen minucioso del casco del bergantín – La santabárbara intacta – Las nuevas riquezas – Los últimos restos – Un trozo de cilindro roto

—¡Han saltado por los aires! —exclamó Harbert.

—¡Sí! ¡Como si Ayrton hubiera incendiado la santabárbara! —contestó Pencroff metiéndose en el ascensor al mismo tiempo que Nab y el muchacho.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Gedeon Spilett, todavía estupefacto por ese desenlace inesperado.

—¡Ah, esta vez nos enteraremos! —respondió vivamente el ingeniero.

—¿De qué nos enteraremos?

—¡Luego, Spilett, luego! ¡Ahora, venga! Lo importante es que los piratas hayan sido exterminados.

Y Cyrus Smith, arrastrando al reportero y a Ayrton, se reunió en la playa con Pencroff, Nab y Harbert.

Ya no se veía ni rastro del bergantín, ni siquiera su arboladura. Después de haber sido levantado por esa tromba, había caído sobre un costado y se había hundido en esa posición, sin duda a causa de una enorme vía de agua. Pero, como en ese lugar el canal no medía más de veinte pies de profundidad, con toda seguridad el barco sumergido reaparecería al bajar la marea.

Algunos restos flotaban en la superficie del mar. Se veían mástiles y vergas de recambio, jaulas con gallinas todavía vivas dentro, cajas y barriles que subían poco a poco a la superficie tras haber escapado por las escotillas; pero no iba a la deriva ningún

pecio, como por ejemplo tablas de la cubierta o del casco, lo que hacía bastante inexplicable el hundimiento súbito del *Speedy*.

Sin embargo, los dos mástiles, que se habían partido unos pies por encima de la fogonadura tras haber roto estays y obenques, no tardaron en aparecer sobre las aguas del canal con sus velas, unas desplegadas y otras recogidas. Antes de que el refluo se llevara todos esos tesoros, Ayrton y Pencroff se precipitaron hacia la piragua con la intención de amarrar todos esos restos en el litoral de la isla o en el del islote.

Pero, en el momento en que iban a embarcar, una reflexión de Gedeon Spilett los detuvo.

—¿Y los seis convictos que han desembarcado en la orilla derecha del río de la Misericordia? —dijo.

En efecto, no había que olvidar que los seis hombres cuyo bote se había roto al chocar contra las rocas habían pisado tierra en la punta del Pecio.

Miraron en esa dirección. Ninguno de los fugitivos estaba a la vista. Era probable que, después de haber visto al bergantín hundirse en las aguas del canal, hubieran emprendido la huida hacia el interior de la isla.

—Más tarde nos ocuparemos de ellos —dijo entonces Cyrus Smith—. Todavía pueden ser peligrosos, ya que van armados, pero, siendo seis contra seis, estamos en igualdad de condiciones. Así que dediquémonos a lo más urgente.

Ayrton y Pencroff embarcaron en la piragua y remaron vigorosamente hacia los restos.

En ese momento la marea ni subía ni bajaba, y estaba muy alta, ya que había luna nueva desde hacía dos días. Así pues, faltaba una hora larga, como mínimo, para que el casco del bergantín emergiera de las aguas del canal.

Ayrton y Pencroff tuvieron tiempo de amarrar los mástiles y las berlingas con cuerdas, cuyo extremo fue llevado a la playa de Granite-house. Allí, los colonos unieron fuerzas para tirar de ellos. Después recogieron con la piragua todo lo que flotaba —jaulas de gallinas, barriles, cajas— y lo transportaron a las Chimeneas.

Flotaban también algunos cadáveres. Ayrton reconoció, entre otros, el de Bob Harvey, y se lo mostró a su compañero diciendo con voz emocionada:

—¡Lo que yo he sido, Pencroff!

—¡Pero lo que ya no es, Ayrton! —contestó el marino.

Era bastante singular que flotaran tan pocos cuerpos. Apenas se contaban cinco o seis, que el reflujo ya empezaba a llevarse mar adentro. Con toda probabilidad, los convictos, sorprendidos por el hundimiento, no habían tenido tiempo de huir, y como el barco había caído hacia un costado, la mayoría de ellos debían de haber quedado atrapados bajo el empalmetado. La corriente producida por la marea descendente, que iba a arrastrar hacia alta mar los cadáveres de esos miserables, ahorraría a los colonos la triste tarea de enterrarlos en algún lugar de la isla.

Durante dos horas, Cyrus Smith y sus compañeros se dedicaron exclusivamente a transportar los palos arrastrándolos por la arena y a desenvergar y poner a secar las velas, que estaban absolutamente intactas. Tan metidos estaban en el trabajo que hablaban poco, pero qué de pensamientos cruzaban por su mente. Era una suerte contar con ese bergantín, o más bien con todo su contenido. Un barco es, en efecto, como un mundo completo en tamaño reducido, por lo que un buen número de objetos útiles iba a aumentar el material de la colonia. Sería el equivalente, «en grande», de la caja encontrada en la punta del Pecio.

«Y además —pensaba Pencroff—, ¿por qué va a ser imposible reflotar el bergantín? Si solo tiene una vía de agua, se tapa y en paz. ¡Un barco de trescientas o cuatrocientas toneladas es un verdadero barco al lado de nuestro *Buenaventura*! ¡Con uno así se puede llegar lejos! ¡Y se puede ir a donde se quiera! El señor Cyrus, Ayrton y yo tendremos que estudiar el asunto. ¡Vale la pena!»

En efecto, si el bergantín todavía estaba en condiciones de navegar, las posibilidades de repatriación de los colonos de la isla Lincoln iban a verse singularmente incrementadas. Pero, para decidir esa importante cuestión, era conveniente esperar a que la marea bajara del todo a fin de poder examinar el casco del bergantín en su totalidad.

Cuando los restos del naufragio hubieron sido puestos a salvo en la playa, Cyrus Smith y sus compañeros se concedieron unos instantes para almorzar. Estaban literalmente muertos de hambre. Afortunadamente, la despensa no se encontraba lejos y Nab podía ser un cocinero bastante expeditivo. Comieron, pues, junto a las

Chimeneas, y, como cabe imaginar, durante la comida solo se habló del suceso inesperado que tan milagrosamente había salvado a la colonia.

—Milagrosamente es la palabra —repetía Pencroff—, porque hay que reconocer que esos bribones han saltado por los aires justo en el momento oportuno. ¡Granite-house empezaba a volverse inhabitable!

—¿Y tiene usted alguna idea, Pencroff —preguntó el reportero —, de cómo ha ocurrido y quién ha podido provocar esa explosión del bergantín?

—Pues es muy sencillo, señor Spilett —respondió Pencroff—. Un barco de piratas no recibe los mismos cuidados que un buque de guerra. Los convictos no son marineros. Es indudable que los pañoles del bergantín estaban abiertos, ya que no paraban de cañonearnos, y habrá bastado una imprudencia o una torpeza para volar la embarcación.

—Señor Cyrus —dijo Harbert—, lo que me sorprende es que esa explosión no haya producido más efecto. La detonación no ha sido fuerte, y en realidad hay pocos restos y tablas arrancadas. Parece que el barco, más que explotar, se haya hundido.

—¿Eso te sorprende, hijo? —preguntó el ingeniero.

—Sí, señor Cyrus.

—A mí también me sorprende, Harbert —contestó el ingeniero—. Pero cuando examinemos el casco del bergantín sin duda encontraremos la explicación de ese hecho.

—¡Caramba, señor Cyrus —dijo Pencroff—, no irá usted a decir que el *Speedy* se ha hundido simplemente como un barco que choca contra un escollo!

—¿Por qué no, si en el canal hay rocas? —señaló Nab.

—¡Vamos, Nab! —respondió Pencroff—. ¡Eso es que no tenías los ojos abiertos en el momento oportuno! Justo antes de hundirse, el bergantín, yo lo he visto perfectamente, se ha elevado sobre una enorme ola y ha descendido cayendo sobre babor. Y si hubiera chocado sin más, se habría hundido tranquilamente como un barco decente que se va a pique.

—¡Pero es que no era un barco decente! —repuso Nab.

—Bueno, ya veremos, Pencroff —intervino de nuevo el ingeniero.

—Sí, ya veremos —dijo el marino—, pero yo me apostaría la cabeza a que en el canal no hay rocas. En fin, señor Cyrus, ¿lo que usted insinúa es que en ese suceso hay también algo maravilloso?

Cyrus Smith no respondió.

—En cualquier caso —dijo Gedeon Spilett—, se haya tratado de un choque o de una explosión, estará usted de acuerdo, Pencroff, en que ha sido de lo más oportuno.

—Sí... sí... —contestó el marino—, pero no es esa la cuestión. Lo que yo le pregunto al señor Smith es si ve en todo esto algo sobrenatural.

—No me pronuncio, Pencroff —dijo el ingeniero—. Eso es todo lo que puedo responderle.

Respuesta que no satisfizo en absoluto a Pencroff. Él defendía la hipótesis de la explosión y siguió en sus trece. Jamás admitiría que en ese canal, cuyo lecho era de arena fina, como la propia playa, y que él había cruzado a menudo con la marea baja, había un escollo desconocido. Además, en el momento en que el bergantín se había hundido, la marea estaba alta, es decir, que había más agua de la necesaria para salvar, sin tropezar con ellas, todas las rocas que no hubieran visto con la marea baja. Luego no podía haberse producido un choque. Luego el barco no podía haber tropezado con un escollo. Luego había explotado.

Y preciso es reconocer que el razonamiento del marino no carecía de cierta lógica.

Hacia la una y media, los colonos embarcaron en la piragua y se dirigieron al lugar del naufragio. Era una pena que no se hubiera salvado ninguna de las dos embarcaciones del bergantín; una, como sabemos, se había roto en la desembocadura del río de la Misericordia y era absolutamente inutilizable; la otra había desaparecido en el hundimiento del barco y, sin duda aplastada por este, no había reaparecido.

En ese momento, el casco del *Speedy* empezaba a asomar por encima de las aguas. El bergantín estaba algo más que tumbado sobre un costado, pues, al haberse partido los mástiles bajo el peso del lastre desplazado por la caída, tenía la quilla casi apuntando al aire. Realmente había volcado a causa de la inexplicable pero terrible acción submarina, que se había manifestado también con la aparición de una enorme tromba de agua.

Los colonos dieron una vuelta alrededor del casco y, a medida que la marea bajaba, iban pudiendo ver, si no la causa que había provocado la catástrofe, al menos el efecto producido.

En la proa, a los dos lados de la quilla, siete u ocho pies antes del nacimiento del estrave, los costados del bergantín presentaban una espantosa grieta de al menos veinte pies de largo. Ahí se abrían dos anchas vías de agua que habría sido imposible cegar. No solo el forro de cobre y el tablazón habían desaparecido, sin duda reducidos a polvo, sino que ni siquiera quedaba rastro de las cuadernas, las clavijas de hierro y las cabillas que lo unían. A lo largo de todo el casco, hasta la popa, las hiladas, destrozadas, no se sostenían. La sobrequilla había sido arrancada con una violencia inexplicable, y la propia quilla, separada de la carlinga en varios puntos, estaba rota en toda su longitud.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Pencroff—. ¡Va a ser difícil reflotar este barco!

—Yo diría que imposible —dijo Ayrton.

—En cualquier caso —señaló Gedeon Spilett al marino—, la explosión, si es que ha habido explosión, ha producido aquí singulares efectos. Ha reventado las partes inferiores del casco en vez de volar la cubierta y la obra muerta. Estas grandes brechas parecen más el resultado de un choque contra un escollo que de la explosión de la santabárbara.

—¡En el canal no hay ningún escollo! —replicó el marino—. Puedo reconocer todo lo que quiera, salvo el choque contra una roca.

—Intentemos entrar en el bergantín —propuso el ingeniero—. Quizá en el interior descubramos algo sobre la causa de su destrucción.

Era lo mejor que podían hacer, además de que les convenía inventariar todos los tesoros que hubiera a bordo y disponer lo necesario para rescatarlos.

El acceso al interior del bergantín era fácil en esos momentos. El nivel del agua continuaba bajando y la parte de abajo de la cubierta, convertida ahora en la parte de arriba al haber volcado el casco, resultaba practicable. El lastre, compuesto de pesados lingotes de fundición, la había hundido en varios puntos. Se oía el ruido del mar al correr por los boquetes del casco.

Cyrus Smith y sus compañeros avanzaron, hacha en mano, por la cubierta medio rota, sembrada de cajas de toda clase cuyo contenido, dado que habían estado sumergidas en el agua un tiempo muy limitado, quizá no se hubiera estropeado.

Se ocuparon, pues, de llevar toda esa carga a lugar seguro. El nivel del agua no volvería a subir hasta pasadas unas horas, y esas horas fueron empleadas de la manera más provechosa. Ayrton y Pencroff habían atado, en la brecha abierta en el casco, un aparejo que servía para izar los barriles y las cajas. El material era colocado en la piragua y transportado inmediatamente a la playa. Lo cogían todo indistintamente, con intención de realizar más tarde una selección.

En todo caso, lo que los colonos vieron enseguida, con gran satisfacción, es que el bergantín llevaba un cargamento muy variado, un surtido de artículos de toda clase, utensilios, productos manufacturados y herramientas, como los barcos dedicados al gran cabotaje en la Polinesia. Era probable que encontraran allí un poco de todo, y hay que reconocer que eso era precisamente lo que necesitaba la colonia de la isla Lincoln.

Sin embargo —y Cyrus Smith lo observaba con asombro, aunque en silencio—, no solo el casco del bergantín, tal como hemos dicho, se había resentido enormemente como consecuencia del impacto del tipo que fuera que había determinado la catástrofe, sino que la distribución interior también estaba devastada, sobre todo en la parte más cercana a la proa. Tabiques y puntales estaban rotos, como si dentro del bergantín hubiera estallado un formidable obús. Los colonos pudieron ir fácilmente de la proa a la popa después de haber desplazado y extraído las cajas. No eran pesados fardos difíciles de transportar, sino simples paquetes cuya estiba, por lo demás, resultaba ya irreconocible.

Los colonos llegaron a la popa del bergantín, a la parte que antes quedaba bajo la toldilla. Allí era donde, siguiendo las indicaciones de Ayrton, había que buscar la santabárbara. Como Cyrus Smith pensaba que no había explotado, cabía la posibilidad de que se hubiesen salvado algunos barriles y de que la pólvora, habitualmente metida en recipientes de metal, no se hubiera mojado.

Eso fue, en efecto, lo que había pasado. Encontraron, en medio

de una gran cantidad de proyectiles, una veintena de barriles, cuyo interior estaba forrado de cobre y que fueron extraídos con precaución. Pencroff se convenció con sus propios ojos de que la destrucción del *Speedy* no podía atribuirse a una explosión. La parte del casco donde se encontraba situada la santabárbara era precisamente la menos dañada.

—¡Es posible! ¡Pero yo insisto en que no hay ninguna roca en el canal! —dijo el tozudo marino.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó Harbert.

—¡No lo sé! —respondió Pencroff—. ¡No lo sé, señor Cyrus, y nadie lo sabe ni lo sabrá jamás!

Habían transcurrido varias horas mientras llevaban a cabo todas estas operaciones, y el flujo empezaba a dejarse sentir. Hubo que suspender, pues, las tareas de rescate. De todas formas, no había que temer que la carcasa del barco fuera arrastrada por el mar, puesto que estaba bien hundida en la arena, y tan firmemente sujeta como si estuviera amarrada a sus dos anclas.

Podían aguardar, pues, al siguiente reflujo para reanudar las operaciones. Ahora bien, el barco propiamente dicho había que darlo por perdido; es más, habría que apresurarse a salvar los restos del casco, pues este no tardaría en desaparecer en las arenas movedizas del canal.

Eran las cinco de la tarde. El día había sido duro para los trabajadores. Comieron con apetito y, pese al cansancio, no se resistieron al deseo de examinar, acabada la cena, las cajas que componían la carga del *Speedy*.

La mayoría contenían ropa confeccionada, que, como es de suponer, fue bien recibida. Había con qué vestir a toda una colonia, prendas para toda circunstancia y zapatos para todos los pies.

—¡Ahora nadamos en la abundancia! —exclamaba Pencroff—. Pero ¿qué vamos a hacer con todo esto?

Y el alegre marino prorrumpía en hurras a cada instante, al descubrir barriles de aguardiente de caña, bocoyes de tabaco, armas de fuego y armas blancas, balas de algodón, aperos de labranza, herramientas de carpintero, de ebanista y de herrero, cajas de grano de toda clase que su corta estancia en el agua no había alterado. ¡Ah, qué bien hubieran venido esas cosas dos años antes! Pero, en fin, incluso ahora que aquellos industriosos colonos se habían

provisto ellos mismos de los útiles necesarios, esos tesoros encontrarían su uso.

Sitio no faltaba en los almacenes de Granite-house, aunque ese día no tuvieron tiempo para guardarlo todo. No había que olvidar que seis supervivientes de la tripulación del *Speedy* habían desembarcado en la isla, que lo más seguro es que fueran unos tunantes de tomo y lomo, y que había que protegerse contra ellos. Aunque el puente del río de la Misericordia y los puentecillos estuvieran levantados, esos convictos no iban a dejarse detener por un río o un arroyo, y, llevados por la desesperación, semejantes bribones podían ser temibles.

Más adelante verían qué postura convenía adoptar en relación con ellos; pero, mientras tanto, había que vigilar las cajas y los paquetes apilados junto a las Chimeneas, y eso fue lo que los colonos hicieron, por turnos, durante la noche.

Sin embargo, la noche transcurrió sin que los convictos hubieran intentado ninguna agresión. Jup y Top, de guardia al pie de Granite-house, hubieran advertido de su presencia.

Los tres días que siguieron, 19, 20 y 21 de octubre, los dedicaron a salvar todo lo que podía tener un valor o una utilidad cualquiera, bien en la carga o bien en el aparejo del bergantín. Cuando la marea estaba baja, sacaban cosas de la bodega; cuando estaba alta, almacenaban los objetos salvados. Pudieron arrancar gran parte del forro de cobre del casco, que cada día estaba más hundido. Pero, antes de que la arena hubiera engullido los objetos pesados que se habían ido al fondo, Ayrton y Pencroff, que realizaron varias inmersiones hasta el lecho del canal, encontraron las cadenas y las anclas del bergantín, los lingotes que servían de lastre y hasta los cuatro cañones, que, aligerados mediante barricas vacías, pudieron ser llevados a tierra.

El arsenal de la colonia había ganado con el rescate tanto como la despensa y los almacenes de Granite-house. Pencroff, tan entusiasta como siempre en sus proyectos, ya hablaba de construir una batería que dominaría el canal y la desembocadura del río. Con cuatro cañones, se comprometía a impedir que cualquier flota, «por poderosa que fuera», penetrase en las aguas de la isla Lincoln.

En estas, cuando ya no quedaba del bergantín más que una carcasa sin ninguna utilidad, llegó el mal tiempo y acabó de

destruirla. La intención de Cyrus Smith era volarla a fin de recoger sus restos en la costa, pero un fuerte viento del nordeste y una mar gruesa le permitieron ahorrar pólvora.

En efecto, la noche del 23 al 24 el casco del bergantín quedó totalmente desmantelado y una parte de los restos fue a parar a la playa.

En cuanto a los documentos del barco, huelga decir que, por más que registró minuciosamente los armarios de la toldilla, Cyrus Smith no encontró ni rastro. Evidentemente, los piratas habían destruido todo lo relativo tanto al capitán como al armador del *Speedy*, y como el nombre de su puerto de amarre no figuraba en la popa, nada permitía deducir su nacionalidad. Sin embargo, por ciertas formas de la proa, Ayrton y Pencroff pensaron que debía de ser de construcción inglesa.

Ocho días después de la catástrofe, o más bien después del feliz pero inexplicable desenlace al que la colonia debía su salvación, ya no se veía absolutamente nada del barco, ni siquiera durante la marea baja. Sus restos se habían dispersado y Granite-house se había enriquecido con casi todo su contenido.

Sin embargo, a buen seguro el misterio que envolvía su extraña destrucción no habría sido nunca desentrañado si el 30 de noviembre Nab no hubiera encontrado, mientras andaba por la playa, un trozo de un grueso cilindro de hierro que presentaba marcas de una explosión. Ese cilindro estaba retorcido y tenía las aristas rotas, como si hubiera sido sometido a la acción de una sustancia explosiva.

Nab le llevó ese trozo de metal a su señor, que se encontraba en ese momento ocupado con sus compañeros en el taller de las Chimeneas.

Cyrus Smith examinó atentamente el cilindro y a continuación se volvió hacia Pencroff.

—¿Insiste, amigo mío —le dijo—, en afirmar que el *Speedy* no se hundió como consecuencia de un choque?

—Sí, señor Cyrus —respondió el marino—. Usted sabe tan bien como yo que en el canal no hay rocas.

—¿Y si hubiera topado con ese trozo de hierro? —dijo el ingeniero mostrando el cilindro roto.

—¿Cómo? ¿Con ese pedazo de tubo? —exclamó Pencroff en un

tono de incredulidad absoluta.

—Amigos míos —añadió Cyrus Smith—, ¿recuerdan que, antes de hundirse, el bergantín se elevó sobre una verdadera tromba de agua?

—Sí, señor Cyrus —respondió Harbert.

—¿Y quieren saber qué había levantado esa tromba? Pues bien, fue esto —dijo el ingeniero, mostrando el tubo roto.

—¿Eso? —repuso Pencroff.

—Sí. Este cilindro es todo lo que queda de un torpedo.

—¡Un torpedo! —exclamaron los compañeros del ingeniero.

—¿Y quién había puesto allí ese torpedo? —preguntó Pencroff, que no quería rendirse.

—Lo único que puedo decirles es que no fui yo —respondió Cyrus Smith—. Pero el torpedo estaba allí, y ustedes pudieron comprobar su tremenda potencia.

V

Las afirmaciones del ingeniero – Las hipótesis grandiosas de Pencroff – Una batería aérea – Los cuatro proyectiles – Acerca de los convictos supervivientes – Una vacilación de Ayrton – Sentimientos generosos de Cyrus Smith – Pencroff se rinde a regañadientes

Así pues, la explicación de todo lo sucedido era que había explotado un torpedo submarino. Cyrus Smith, que durante la guerra de la Unión había tenido ocasión de conocer esos terribles ingenios de destrucción, no podía equivocarse al respecto. La acción de ese cilindro, cargado de una sustancia explosiva —nitroglicerina, picrato u otra materia de la misma naturaleza—, era lo que había provocado que el agua del canal se levantara como una tromba y el bergantín, con el fondo destrozado, se hundiera instantáneamente, y era lo que explicaba la imposibilidad de reflotarlo, tan considerables habían sido los daños sufridos por el casco. ¡El *Speedy* no había podido resistir un torpedo que habría destruido una fragata acorazada con la misma facilidad que si hubiera sido una simple barca de pesca!

Sí, eso lo explicaba todo, todo excepto... la presencia misma de ese torpedo en las aguas del canal.

—Amigos míos —prosiguió Cyrus Smith—, no podemos seguir poniendo en duda la presencia de un ser misterioso, de un naufrago como nosotros quizá, abandonado en nuestra isla, y lo digo para poner al corriente a Ayrton de las cosas extrañas que vienen sucediendo desde hace dos años. ¿Quién es ese benefactor desconocido que ha intervenido de manera tan favorable para nosotros en repetidas ocasiones? Soy incapaz de imaginarlo. ¿Qué interés tiene en actuar así, en esconderse después de habernos

prestado tantos servicios? Soy incapaz de comprenderlo. Pero eso no hace que sus servicios sean menos reales, y de una naturaleza que tan solo un hombre dotado de un poder prodigioso podría llevar a cabo. Ayrton le debe tanto como nosotros, pues el desconocido no solo fue quien me sacó a mí del agua después de que el globo cayera, sino que evidentemente fue también quien escribió el mensaje, quien puso aquella botella en la ruta del canal y quien nos dio a conocer la situación de nuestro compañero. Añadiré que aquella caja, tan convenientemente provista de cosas de las que carecíamos, fue él quien la llevó a la punta del Pecio y la hizo encallar; que aquella hoguera situada en las alturas de la isla y que les permitió a ustedes regresar a ella, fue él quien la encendió; que aquel perdigón encontrado en el cuerpo del pecarí, fue él quien lo disparó; que ese torpedo que ha destruido el bergantín, ha sido él quien lo ha sumergido en el canal. En una palabra, que todos esos hechos inexplicables, que nosotros no podíamos advertir, se deben a la acción de ese ser misterioso. Por consiguiente, quienquiera que sea, náufrago o exiliado en esta isla, seríamos unos ingratos si nos creyéramos eximidos de manifestarle todo nuestro agradecimiento. Hemos contraído una deuda y confío en que un día la paguemos.

—Tiene toda la razón, querido Cyrus —dijo Gedeon Spilett—. Sí, hay un ser casi todopoderoso escondido en algún lugar de la isla y cuya influencia ha sido singularmente útil para nuestra colonia. Y ese desconocido parece disponer de unos medios que podrían considerarse sobrenaturales, si en los hechos de la vida práctica lo sobrenatural fuera aceptable. ¿Es él quien se pone en comunicación secreta con nosotros a través del pozo de Granite-house y se entera así de todos nuestros proyectos? ¿Fue él quien puso aquella botella en nuestro camino cuando la piragua hizo su primera salida al mar? ¿Fue él quien elevó a Top sobre las aguas del lago y mató al dugongo? ¿Fue él, como todo lleva a creer, quien le sacó a usted del mar, Cyrus, y en unas circunstancias en las que un simple hombre no habría podido actuar? Si es él, posee un poder que lo hace dueño de los elementos.

La observación del reportero era acertada y todos eran muy conscientes de ello.

—En efecto —dijo Cyrus Smith—. Si bien la intervención de un ser humano está ya fuera de toda duda para nosotros, admito que

este tiene a su disposición unos medios de los que la humanidad no dispone. Eso todavía es un misterio, pero, si encontramos al hombre, el misterio quedará desvelado. La cuestión es, pues, esta: ¿debemos respetar el incógnito de ese ser generoso o debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para llegar hasta él? ¿Qué opinan ustedes al respecto?

—Yo opino —respondió Pencroff— que, sea quien sea, es un buen hombre y tiene toda mi estima.

—De acuerdo —dijo Cyrus Smith—, pero con eso no responde a mi pregunta, Pencroff.

—Señor —dijo entonces Nab—, yo tengo la impresión de que, por mucho que busquemos a ese hombre, no lo encontraremos hasta que él quiera.

—No es ninguna tontería lo que dices, Nab —dijo Pencroff.

—Yo estoy totalmente de acuerdo con Nab —dijo Gedeon Spilett—, pero esa no es una razón para no intentarlo. Encontremos o no a ese ser misterioso, al menos habremos cumplido nuestro deber para con él.

—¿Y tú, hijo? Danos tu opinión —dijo el ingeniero volviéndose hacia Harbert.

—¡Ah! —dijo Harbert, cuya mirada cobraba animación—, ¡yo querría dar las gracias a ese hombre que primero lo salvó a usted y después nos ha salvado a todos!

—¡No pides nada, muchacho! —repuso Pencroff—. ¡Y yo también, y todos! No soy curioso, pero daría con gusto uno de mis ojos por ver cara a cara a ese tipo. Creo que debe de ser apuesto, alto, fuerte, con una larga barba y cabellos resplandecientes como rayos, y que debe de estar tumbado sobre unas nubes, con una gran bola en la mano.

—¡Pero, Pencroff —dijo Gedeon Spilett—, la descripción que acaba de hacer es la de Dios Padre!

—Es posible, señor Spilett —contestó el marino—, pero así es como me lo imagino.

—¿Y usted, Ayrton? —preguntó el ingeniero.

—Señor Smith —dijo Ayrton—, no tengo formada una opinión sobre este asunto. Lo que usted haga estará bien. Y cuando quiera incorporarme a su búsqueda, estaré preparado para acompañarlo.

—Se lo agradezco, Ayrton —dijo Cyrus Smith—, pero quisiera

una respuesta más directa a la pregunta que le he hecho. Usted es nuestro compañero; se ha sacrificado varias veces por nosotros y, como todos aquí, debe ser consultado cuando hay que tomar alguna decisión importante. Hable, pues. Le escuchamos.

—Señor Smith —contestó Ayrton—, yo creo que debemos hacer todo lo que podamos para encontrar a ese benefactor desconocido. Quizá esté solo. Quizá esté enfermo. Quizá necesite empezar una vida nueva. Yo también, como usted ha dicho, tengo con él una deuda de reconocimiento que deseo pagarle. Fue él, solo pudo ser él quien visitó la isla Tabor, quien encontró al miserable al que ustedes conocieron, quien les hizo saber que allí había un desdichado al que salvar... Gracias a él, pues, he vuelto a ser un hombre. ¡No, jamás lo olvidaré!

—Está decidido —dijo entonces Cyrus Smith—. Empezaremos la búsqueda lo antes posible. No dejaremos ni un solo lugar de la isla sin explorar. Registraremos hasta sus más secretos rincones, y que ese amigo desconocido nos perdone por ello al ver cuál es nuestra intención.

Durante unos días, los colonos se dedicaron activamente a las tareas de recolección de las mieses. Antes de poner en práctica su proyecto de explorar las partes todavía desconocidas de la isla, querían terminar todos los trabajos indispensables. Era también la época en que se cosechaban las diferentes legumbres procedentes de las plantas de la isla Tabor. Así pues, había que almacenar todo eso, y afortunadamente no faltaba sitio en Granite-house, donde habrían cabido todas las riquezas de la isla. Allí estaban los productos de la isla, metódicamente guardados y cabe creer que en lugar seguro, a salvo tanto de los animales como de los hombres. No había que temer a la humedad en medio de aquel grueso macizo de granito. Varias de las excavaciones naturales situadas en el corredor superior fueron ampliadas, picando o con minas, y Granite-house se convirtió de este modo en un almacén general que contenía las provisiones, las municiones, las herramientas y los utensilios de recambio; en una palabra, todo el material de la colonia.

En cuanto a los cañones del bergantín, que eran unas bonitas piezas de acero fundido, los izaron mediante aparejos y grúas, a instancias de Pencroff, hasta el rellano de Granite-house; practicaron unas aberturas entre las ventanas y muy pronto

podieron ver asomar sus caras relucientes en la pared granítica. Desde aquella altura, esas bocas de hierro dominaban realmente toda la bahía de la Unión. Era como un Gibraltar en pequeño, y todo barco que se hubiera acoderado ante el islote habría estado inevitablemente expuesto al fuego de esa batería aérea.

—Señor Cyrus —dijo Pencroff un día, el 8 de noviembre—, ahora que hemos terminado de instalar este armamento, debemos probarlo para conocer el alcance de nuestras piezas.

—¿Cree que es de alguna utilidad? —preguntó el ingeniero.

—Es más que eso, ¡es necesario! Si no lo hacemos, ¿cómo vamos a saber la distancia a la que podemos enviar una de esas preciosas balas de las que nos hemos aprovisionado?

—Probémoslo, entonces, Pencroff —respondió el ingeniero—. Sin embargo, creo que no debemos hacerlo empleando pólvora corriente, cuyas provisiones es preferible dejar intactas, sino piróxilo, que nunca escaseará.

—¿Podrán soportar esos cañones la deflagración del piróxilo? —preguntó el reportero, que estaba tan deseoso como Pencroff de probar la artillería de Granite-house.

—Yo creo que sí. De todas formas —añadió el ingeniero—, actuaremos con prudencia.

El ingeniero tenía conocimientos más que suficientes para pensar que esos cañones eran de excelente fabricación. Estaban contruidos en acero forjado y se cargaban por la culata, por lo que debían de poder soportar una carga considerable y, en consecuencia, tener un enorme alcance. De hecho, desde el punto de vista del efecto útil, la trayectoria descrita por la bala debe ser lo más tensa posible, y esa tensión solo se puede obtener con la condición de que el proyectil esté animado por una grandísima velocidad inicial.

—Y la velocidad inicial —dijo Cyrus Smith a sus compañeros— depende de la cantidad de pólvora utilizada. Toda la cuestión se reduce a emplear un metal lo más resistente posible para fabricar las piezas, y, de todos los metales, el acero es indiscutiblemente el que mejor resiste. Tengo, pues, motivos para pensar que nuestros cañones soportarán sin peligro la expansión de los gases del piróxilo y darán unos resultados excelentes.

—Estaremos mucho más seguros de eso cuando los hayamos

probado —dijo Pencroff.

Ni que decir tiene que los cuatro cañones estaban en perfecto estado. Desde que habían sido retirados del agua, el marino se había impuesto la tarea de bruñirlos concienzudamente. ¡Cuántas horas había pasado frotándolos, engrasándolos, puliéndolos, limpiando el mecanismo del obturador, el cerrojo, el tornillo de presión! Y ahora esas piezas brillaban tanto como si estuviesen a bordo de una fragata de la marina de Estados Unidos.

Así pues, aquel día, en presencia de todo el personal de la colonia, incluidos Jup y Top, los cuatro cañones fueron sucesivamente probados. Los cargaron con piróxilo teniendo en cuenta su potencia explosiva, que, como se ha dicho, es cuatro veces mayor que la de la pólvora corriente; el proyectil que debían lanzar era cilindrocónico.

Pencroff, sujetando la cuerda del estopín, estaba preparado para hacer fuego.

A una señal de Cyrus Smith, el disparo se produjo. La bala, dirigida hacia el agua, pasó por encima del islote y fue a perderse a alta mar, a una distancia que no pudieron apreciar con exactitud.

El segundo cañón lo apuntaron hacia las últimas rocas de la punta del Pecio y el proyectil golpeó una piedra aguda situada a más de tres millas de Granite-house, haciéndola añicos.

Era Harbert el que había apuntado y disparado el cañón, y se sintió muy orgulloso de su actuación. ¡Solo Pencroff se sintió todavía más orgulloso que él! ¡El honor de semejante disparo recaía en su querido muchacho!

El tercer proyectil, lanzado esta vez contra las dunas que formaban la costa superior de la bahía de la Unión, golpeó la arena a una distancia de al menos cuatro millas y, después de haber rebotado, se perdió en el mar entre una nube de espuma.

Con la cuarta pieza, Cyrus Smith aumentó un poco la carga para comprobar su alcance máximo. Una vez que todos se hubieron apartado por si acaso estallaba, el estopín fue encendido mediante una larga cuerda.

Se oyó una violenta detonación, pero la pieza había resistido y los colonos, precipitándose hacia la ventana, pudieron ver cómo el proyectil pasaba rozando las rocas del cabo Mandíbula, a casi cinco millas de Granite-house, y desaparecía en el golfo del Tiburón.

—Bien, señor Cyrus —dijo Pencroff, cuyos hurras habrían podido rivalizar con las detonaciones producidas—, ¿qué dice de nuestra batería? ¡Que se presenten todos los piratas del Pacífico ante Granite-house! ¡Ni uno solo desembarcará ahora sin nuestro permiso!

—Créame, Pencroff, más vale no hacer la prueba —repuso el ingeniero.

—Por cierto —prosiguió el marino—, ¿qué vamos a hacer con los seis bribones que andan por la isla? ¿Vamos a dejarlos frecuentar nuestros bosques, nuestros campos y nuestros prados? Esos piratas son auténticos jaguares y creo que no debemos dudar en tratarlos como tales. ¿Qué piensa usted al respecto, Ayrton? —añadió Pencroff volviéndose hacia su compañero.

Ayrton no se decidía a responder y Cyrus Smith lamentó que Pencroff le hubiera hecho un tanto atolondradamente esa pregunta. Por eso se sintió muy conmovido cuando Ayrton respondió con humildad:

—Yo he sido uno de esos jaguares, señor Pencroff, y no tengo derecho a hablar.

Y se alejó andando lentamente.

Pencroff comprendió su reacción.

—¡Seré bruto! —exclamó—. ¡Pobre Ayrton! Pero, de todas formas, ¡tiene tanto derecho a hablar aquí como cualquiera!

—Sí —dijo Gedeon Spilett—, pero su reserva le honra, y es conveniente respetar ese sentimiento sobre su triste pasado.

—De acuerdo, señor Spilett —contestó el marino—, esto no volverá a ocurrir. ¡Preferiría tragarme la lengua antes que apesadumbrar a Ayrton! Pero, volviendo a la cuestión, creo que esos bandidos no tienen derecho a ninguna compasión y que debemos librarnos de ellos cuanto antes.

—¿De verdad es eso lo que piensa, Pencroff? —preguntó el ingeniero.

—¡Y tan de verdad!

—Y antes de perseguirlos sin cuartel, ¿no esperarías a que hubieran cometido otro acto de hostilidad contra nosotros?

—¿Acaso lo que han hecho no es suficiente? —preguntó Pencroff, que no comprendía esas vacilaciones.

—Pueden cambiar de actitud —dijo Cyrus Smith— y quizá

arrepentirse...

—¡Arrepentirse esos...! —exclamó el marino.

—Pencroff, piensa en Ayrton —dijo entonces Harbert, cogiéndole la mano al marino—. ¡Se ha vuelto un hombre honrado!

Pencroff miró a sus compañeros uno tras otro. Jamás hubiera creído que su propuesta fuera a suscitar alguna vacilación. Su ruda naturaleza no podía admitir que se transigiera con los bribones que habían desembarcado en la isla, con unos cómplices de Bob Harvey, con los asesinos de la tripulación del *Speedy*, y los miraba como si fuesen fieras a las que había que suprimir sin vacilaciones ni remordimientos.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Tengo a todo el mundo contra mí! ¿Quieren ser generosos con esos canallas? Adelante. ¡Ojalá no tengamos que arrepentirnos!

—¿Qué peligro corremos, si procuramos estar en guardia? —dijo Harbert.

—Hummm... —dijo el reportero, que no acababa de pronunciarse—. Son seis y están bien armados. Si cada uno de ellos se embosca en un rincón y dispara contra uno de nosotros, muy pronto se harán los amos de la colonia.

—¿Y por qué no lo han hecho hasta ahora? —repuso Harbert—. Seguramente porque no les interesa hacerlo. Además, nosotros también somos seis.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo Pencroff, al que ningún razonamiento habría podido convencer—. ¡Dejemos que esos buenos hombres se dediquen a sus cosas y no pensemos más en ellos!

—¡Vamos, Pencroff, no te hagas el duro! —dijo Nab—. Si uno de esos desgraciados estuviera aquí, delante de ti, al alcance de tu escopeta, no le dispararías.

—Le dispararía como si fuese un perro rabioso, Nab —contestó fríamente Pencroff.

—Pencroff —dijo entonces el ingeniero—, usted ha mostrado a menudo mucha deferencia hacia mis opiniones. Le pido que en este caso confíe también en mí.

—Haré lo que usted quiera, señor Smith —contestó el marino, que no estaba en absoluto convencido.

—Pues, entonces, esperemos y ataquemos solo si somos

atacados.

Esa fue la postura que decidieron adoptar en relación con los piratas, aunque Pencroff asegurara que no auguraba nada bueno. No los atacarían, pero permanecerían en guardia. Después de todo, la isla era grande y fértil. Si había quedado algún resto de honradez en el fondo de su alma, esos miserables quizá pudieran enmendarse. ¿Acaso, teniendo en cuenta las condiciones en las que tenían que vivir, no les interesaba empezar una vida nueva? En cualquier caso, aunque solo fuera por humanidad, debían esperar. Los colonos tal vez ya no tendrían, como antes, la facilidad de ir de un lado a otro confiadamente. Hasta entonces solo habían tenido que protegerse de las fieras, mientras que ahora seis convictos, quizá de la peor ralea, vagaban por su isla. Era un hecho grave, sin duda, y para hombres menos arrojados habría significado perder la seguridad.

¿Y qué? En el momento presente, las razones de los colonos habían ganado contra las de Pencroff. ¿Seguirían ganando en el futuro? Ya se vería.

VI

Planes para una expedición —Ayrton en el redil – Visita al puerto del Globo – Observaciones de Pencroff hechas a bordo del Buena Ventura – Envío de un telegrama al redil – No hay respuesta de Ayrton – Partida al día siguiente – ¿Por qué ha dejado de funcionar el hilo? – Una detonación

Sin embargo, la gran preocupación de los colonos era llevar a cabo esa exploración completa de la isla que habían decidido hacer, exploración que ahora tendría dos objetivos: descubrir al ser misterioso cuya existencia ya era indiscutible y, al mismo tiempo, averiguar qué había sido de los piratas, qué refugio habían escogido, qué vida llevaban y qué podían tener que temer de ellos.

Cyrus Smith deseaba partir sin demora, pero, como la expedición duraría varios días, había parecido conveniente cargar en la carreta diversos efectos de acampada y utensilios que facilitarían la organización en los altos que hicieran para descansar. Y resultaba que en ese momento no podían enganchar a uno de los onagros por estar herido en una pata. El animal necesitaba unos días de reposo y pensaron que no había ningún inconveniente en aplazar la partida una semana, es decir, hasta el 20 de noviembre. En esa latitud, el mes de noviembre corresponde al mes de mayo de las zonas boreales. Estaban, pues, en primavera. El sol llegaba al trópico de Capricornio y ofrecía los días más largos del año. La época sería, pues, absolutamente favorable para la expedición proyectada, expedición que, aun suponiendo que no alcanzara su principal objetivo, podía ser fecunda en descubrimientos, sobre todo desde el punto de vista de las producciones naturales, ya que Cyrus Smith se proponía explorar los bosques del Far-West, que se extendían hasta el extremo de la península Serpentina.

Acordaron que, durante los nueve días que faltaban para partir, terminarían los últimos trabajos de la meseta de Vistagrande.

Sin embargo, era preciso que Ayrton volviera al redil, donde los animales domésticos reclamaban sus cuidados. Decidieron, pues, que pasaría allí dos días y que no regresaría a Granite-house hasta haber aprovisionado ampliamente los establos.

En el momento en que se disponía a partir, Cyrus Smith, tras señalarle que la isla era menos segura que antes, le preguntó si quería que uno de ellos lo acompañara.

Ayrton respondió que no valía la pena, que podía hacer solo el trabajo y que, además, no temía nada. Si se producía algún incidente en el redil o en los alrededores, avisaría inmediatamente a los colonos enviando un telegrama a Granite-house.

Así pues, Ayrton partió el día 9 al amanecer en la carreta, tirada por un solo onagro, y dos horas después el timbre eléctrico anunciaba que lo había encontrado todo en orden en el redil.

Durante esos dos días, Cyrus Smith estuvo ocupado en la ejecución de un proyecto que debía poner definitivamente a Granite-house a salvo de toda sorpresa. Se trataba de cubrir por completo el orificio superior del antiguo desagadero, que ya estaba tabicado y medio escondido bajo hierbas y plantas, en el ángulo sur del lago Grant. La cosa no podía ser más fácil, ya que bastaba elevar dos o tres pies el nivel de las aguas del lago para que el orificio quedara totalmente sumergido.

Y para subir ese nivel, no había más que construir un dique en las dos sangraduras practicadas en el lago y a través de las cuales se alimentaban el arroyo Glicerina y el de la Gran Cascada. Los colonos se pusieron a ello y los dos diques, que no sobrepasaban los siete u ocho pies de ancho por tres de alto, fueron levantados rápidamente mediante trozos de roca bien cementados.

Finalizado este trabajo, era imposible sospechar que en la punta del lago existía un conducto subterráneo por el que antes salía el exceso de agua.

Huelga decir que la pequeña derivación que servía para alimentar el depósito de Granite-house y para hacer funcionar el ascensor había sido cuidadosamente respetada y que en ningún caso faltaría agua. Una vez elevado el ascensor, aquel seguro y confortable refugio desafiaba cualquier sorpresa o golpe de mano.

Como no habían tardado mucho en realizar esa obra, Pencroff, Gedeon Spilett y Harbert encontraron tiempo para ir hasta el puerto del Globo. El marino estaba muy deseoso de saber si los convictos habían visitado la pequeña ensenada al fondo de la cual estaba fondeado el *Buenaventura*.

—Esos caballeros desembarcaron en la costa meridional — señaló— y, si han seguido el litoral, es de temer que hayan descubierto el pequeño puerto, en cuyo caso yo no daría medio dólar por nuestro *Buenaventura*.

Los temores de Pencroff no carecían de fundamento, así que los colonos consideraron muy oportuno hacer una visita al puerto del Globo.

El marino y sus compañeros partieron, pues, la tarde del 10 de noviembre, después de comer, e iban bien armados. Pencroff, introduciendo ostensiblemente sendas balas en los cañones de su escopeta, meneaba la cabeza, lo que no presagiaba nada bueno para cualquiera que se le acercara demasiado, «animal u hombre», dijo. Gedeon Spilett y Harbert cogieron también sus escopetas y, hacia las tres, salieron de Granite-house.

Nab los acompañó hasta el recodo del río de la Misericordia y, una vez que hubieron pasado, levantó el puente. Habían acordado que un disparo anunciaría el regreso de los colonos y que Nab, al oír esa señal, iría a restablecer la comunicación entre las dos orillas del río.

La pequeña comitiva se dirigió directamente hacia la costa meridional de la isla por el camino del puerto. La distancia era de tan solo tres millas y media, pero Gedeon Spilett y sus compañeros tardaron dos horas en recorrerla, pues se habían entretenido en registrar el terreno que bordeaba todo el camino, tanto por el lado del espeso bosque como por el del pantano de las Tadornas. No encontraron ninguna huella de los fugitivos, los cuales, dado que aún no conocían el número de colonos ni los medios de defensa de que estos disponían, debían de haber ido a las partes menos accesibles de la isla.

Al llegar al puerto del Globo, Pencroff vio con gran satisfacción al *Buenaventura* tranquilamente fondeado en la estrecha cala. En realidad, el puerto del Globo estaba tan bien escondido en medio de aquellas altas rocas que no se veía ni desde el mar ni desde tierra, a

menos que uno estuviera encima o dentro.

—Bueno, esos bellacos todavía no han llegado aquí —dijo Pencroff—. Las grandes hierbas son más apropiadas para los reptiles, así que seguro que los encontraremos en el Far-West.

—Y es una suerte —añadió Harbert—, porque, si hubieran encontrado el *Buenaventura*, se habrían apoderado de él para huir, lo que nos impediría volver en fechas próximas a la isla Tabor.

—En efecto —dijo el reportero—, es muy importante llevar un mensaje que dé a conocer la situación de la isla Lincoln y la nueva residencia de Ayrton, por si el yate escocés viene a recogerlo.

—¡Pues ya ve que el *Buenaventura* sigue aquí, señor Spilett! —dijo Pencroff—. Su tripulación y él están preparados para partir en cuanto les den la señal.

—Yo creo, Pencroff, que es algo que tendremos que hacer en cuanto la expedición por la isla haya terminado. Después de todo, es posible que ese desconocido, si llegamos a encontrarlo, sepa muchas cosas sobre la isla Lincoln y sobre la isla Tabor. No olvidemos que es el autor indiscutible del mensaje y quizá tenga información acerca del regreso del yate.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Pencroff—. ¿Quién podrá ser? Ese personaje nos conoce, pero nosotros no lo conocemos a él. Si es un simple náufrago, ¿por qué se esconde? Somos buenas personas, supongo, y la compañía de buenas personas no es desagradable para nadie. ¿Ha venido voluntariamente? ¿Puede marcharse de la isla si quiere? ¿Está todavía aquí? ¿Se ha ido ya...?

Mientras mantenían esta conversación, Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett subieron a bordo del *Buenaventura* y recorrieron la cubierta. De pronto, el marino, tras haber examinado la bita en torno a la cual estaba enrollado el cable del ancla, exclamó:

—¡Vaya! ¡Esta sí que es buena!

—¿Qué pasa, Pencroff? —preguntó el reportero.

—¡Pues que no he sido yo quien ha hecho este nudo!

Pencroff mostraba una cuerda que amarraba el cable a la bita para impedir que resbalara.

—¿Cómo que no ha sido usted? —dijo el reportero.

—No. Podría jurarlo. Esto es un nudo liso, y yo tengo la costumbre de hacer dos medios cotes.

—Debió de equivocarse, Pencroff.

—No me equivoqué —aseguró el marino—. Es algo que se lleva en la mano, de forma natural, y la mano no se equivoca.

—Entonces, ¿eso quiere decir que los convictos han subido a bordo? —preguntó Harbert.

—Eso no lo sé —respondió Pencroff—, pero lo que es seguro es que alguien ha levado el ancla del *Buenaventura* y lo ha fondeado de nuevo. ¡Y miren! ¡Otra prueba! Han largado cable del ancla y su guarnición ya no llega al escobén. ¡Les repito que alguien ha utilizado nuestra embarcación!

—Pero, si los convictos la hubieran utilizado, o bien la habrían saqueado, o bien habrían huido...

—¡Huido...! No sé adónde... ¿A la isla Tabor? —replicó Pencroff—. ¿Creen que se habrían arriesgado en un barco de tan poco tonelaje?

—Pero habría que admitir que conocían el islote —repuso el reportero.

—Sea como sea —dijo el marino—, tan cierto como que yo soy *Buenaventura* Pencroff, de Vineyard, es que nuestro *Buenaventura* ha navegado sin nosotros.

El marino era tan categórico en su afirmación que ni Gedeon Spilett ni Harbert pudieron discutírsela. Era evidente que la embarcación había sido desplazada —más o menos, eso estaba por ver— desde que Pencroff la había llevado al puerto del Globo. Para el marino no cabía ninguna duda de que el ancla había sido retirada y posteriormente echada de nuevo al fondo. Ahora bien, ¿con qué finalidad se habían hecho esas dos maniobras, si el barco no había sido utilizado para realizar una expedición?

—Pero ¿cómo podríamos no haber visto pasar el *Buenaventura* por delante de la isla? —señaló el reportero, empeñado en formular todas las objeciones posibles.

—¡Bueno, señor Spilett, no hay más que zarpar por la noche con un buen viento, y en dos horas estás fuera del alcance de la vista! —respondió el marino.

—Pues lo pregunto de nuevo —insistió Gedeon Spilett—: ¿con qué finalidad iban a utilizar los convictos el *Buenaventura* y por qué, después de haberlo utilizado, iban a traerlo de vuelta al puerto?

—En fin, señor Spilett —respondió el marino—, añadámoslo a la lista de cosas inexplicables y no pensemos más en ello. Lo

importante era que el *Buenaventura* estuviese aquí y aquí está. Desgraciadamente, si los convictos lo cogieran otra vez, es muy posible que ya no volviéramos a encontrarlo en su sitio.

—Entonces, Pencroff —dijo Harbert—, quizá sería más prudente llevar el *Buenaventura* frente a Granite-house.

—Sí y no —contestó Pencroff—, o más bien no. La desembocadura del río de la Misericordia es un mal lugar para un barco, y el mar allí es duro.

—Pero ¿y si lo arrastramos por la arena hasta el pie de las Chimeneas?

—Quizá... —respondió Pencroff—. En todo caso, puesto que vamos a hacer una expedición bastante larga que va a mantenernos alejados de Granite-house, creo que el *Buenaventura* estará más seguro aquí durante nuestra ausencia y que haremos bien en dejarlo hasta que la isla esté limpia de bribones.

—Yo soy de la misma opinión —dijo el reportero—. Por lo menos, en caso de que haga mal tiempo, no estará expuesto como lo estaría en la desembocadura del río de la Misericordia.

—Pero ¿y si los convictos vienen a hacerle otra visita? —dijo Harbert.

—Pues en ese caso, hijo —respondió Pencroff—, al no encontrarlo aquí, irían sin pensarlo dos veces a buscarlo por la parte donde está Granite-house, y durante nuestra ausencia nada les impediría apoderarse de él. Por eso creo, como el señor Spilett, que hay que dejarlo en el puerto del Globo. Pero, cuando volvamos, si no hemos librado a la isla de esos tunantes, será prudente trasladar el barco a Granite-house hasta el momento en que ya no haya que temer ninguna visita desagradable.

—Entonces, decidido. ¡En marcha! —dijo el reportero.

Cuando estuvieron de regreso en Granite-house, Pencroff, Harbert y Gedeon Spilett informaron al ingeniero de lo que había sucedido y este aprobó sus disposiciones para el presente y para el futuro. Incluso prometió al marino examinar la porción del canal situada entre el islote y la costa para ver si sería posible hacer allí un puerto artificial mediante diques. De esa forma, los colonos tendrían el *Buenaventura* siempre a mano, a la vista y, en caso de necesidad, bajo llave.

Esa misma noche, enviaron un telegrama a Ayrton pidiéndole

que trajera una pareja de cabras que Nab quería aclimatar a los prados de la meseta. Ayrton, curiosamente, no acusó recibo del telegrama, tal como tenía por costumbre hacer. Al ingeniero aquello le extrañó, pero cabía la posibilidad de que Ayrton no se encontrara en ese momento en el redil, o incluso que estuviera de camino hacia Granite-house. Habían pasado dos días desde su marcha, y se había decidido que el 10 por la noche o, como mucho, el 11 por la mañana estaría de vuelta.

Los colonos esperaban, pues, que Ayrton apareciese en cualquier momento en las alturas de Vistagrande. Nab y Harbert incluso estuvieron vigilando en las proximidades del puente, a fin de bajarlo en cuanto su compañero hiciera acto de presencia.

Pero se hicieron las diez de la noche sin que hubiera ninguna noticia de Ayrton. Consideraron, pues, conveniente enviar otro despacho pidiendo una respuesta inmediata.

El timbre de Granite-house permaneció mudo.

La inquietud de los colonos empezó a ir en aumento. ¿Qué había pasado? ¿No estaba ya Ayrton en el redil o, si todavía se encontraba allí, no tenía libertad de movimientos? ¿Debían ir al redil en medio de esa noche cerrada?

Debatieron el asunto. Unos querían ir y otros quedarse.

—Quizá se ha producido un accidente en el aparato telegráfico y ha dejado de funcionar —dijo Harbert.

—Es posible —dijo el reportero.

—Esperemos hasta mañana —dijo Cyrus Smith—. Podría ser, en efecto, que Ayrton no hubiera recibido nuestro despacho, o incluso que nosotros no hubiéramos recibido el suyo.

Esperaron, y, comprensiblemente, no sin cierta ansiedad.

A primera hora del día —11 de noviembre—, Cyrus Smith lanzó de nuevo la corriente eléctrica a través del cable y no recibió ninguna respuesta.

Repitió la operación con el mismo resultado.

—¡En marcha hacia el redil! —dijo.

—¡Y bien armados! —añadió Pencroff.

Enseguida decidieron que Nab se quedaría en Granite-house. Después de haber acompañado a sus compañeros hasta el arroyo Glicerina, levantaría el puente y, emboscado detrás de un árbol, aguardaría su regreso o el de Ayrton.

En caso de que los piratas se presentaran e intentaran cruzar el arroyo, trataría de detenerlos disparando con la escopeta y en última instancia se refugiaría en Granite-house, donde, una vez elevado el ascensor, estaría seguro.

Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert y Pencroff debían ir directamente al redil, y si no encontraban allí a Ayrton, hacer una batida por el bosque.

A las seis de la mañana el ingeniero y sus tres compañeros pasaron el arroyo Glicerina y Nab se apostó detrás de una ligera escarpadura coronada por unos grandes dragos, en la orilla izquierda del riachuelo.

Los colonos, después de salir de la meseta de Vistagrande, tomaron inmediatamente el camino del redil. Llevaban las armas preparadas para disparar a la menor demostración de hostilidad. Las dos carabinas y las dos escopetas habían sido cargadas con balas.

A ambos lados del camino, la vegetación era muy densa y podía ocultar fácilmente a los malhechores, a los que el hecho de ir armados hacía realmente terribles.

Los colonos caminaban deprisa y en silencio. Top los precedía, a ratos corriendo por el camino y a ratos metiéndose en el bosque, pero siempre callado y sin que pareciera presentir nada insólito. Y podían contar con que el fiel perro no se dejaría sorprender y ladraría ante el menor indicio de peligro.

Al mismo tiempo que el camino, Cyrus Smith y sus compañeros seguían el hilo telegráfico que unía el redil y Granite-house. Después de haber andado durante aproximadamente dos horas, aún no habían observado ninguna solución de continuidad. Los postes estaban en buen estado, los aislantes, intactos, el hilo, correctamente tensado. Sin embargo, a partir de ese punto el ingeniero observó que la tensión parecía menor y finalmente, al llegar al poste número 74, Harbert, que iba delante, se detuvo gritando:

—¡El hilo está roto!

Sus compañeros apretaron el paso y llegaron al lugar donde el joven se había detenido.

Allí, el poste derribado se encontraba atravesado en el camino. Constatada la solución de continuidad del hilo, era evidente que los

despachos de Granite-house no habían podido ser recibidos en el redil, ni los del redil en Granite-house.

—No ha sido el viento lo que ha derribado este poste —señaló Pencroff.

—No —dijo Gedeon Spilett—. Han cavado la tierra alrededor, y ha sido arrancado por manos humanas.

—Además, el hilo está cortado —añadió Harbert, señalando los dos extremos del alambre, que había sido violentamente roto.

—¿Es reciente la rotura? —preguntó Cyrus Smith.

—Sí —respondió Harbert—, no cabe duda de que la interrupción se ha producido hace poco.

—¡Al redil! ¡Al redil! —exclamó el marino.

Los colonos se encontraban entonces a medio camino de Granite-house y del redil, es decir, que les quedaban todavía dos millas y media por recorrer. Se pusieron a andar a paso de marcha.

Era de temer, en efecto, que se hubiera producido algún grave suceso en el redil. Seguramente Ayrton había podido enviar un telegrama que no había llegado, y no era esa la razón que debía inquietar a sus compañeros sino, circunstancia más inexplicable, que Ayrton, quien había prometido regresar el día anterior por la noche, todavía no había aparecido. En resumen, si la comunicación entre el redil y Granite-house había sido interrumpida, no habría sido sin un motivo, ¿y quiénes sino los convictos podrían tener interés en interrumpir esa comunicación?

Los colonos corrían, pues, con el corazón encogido por la emoción. Se habían encariñado sinceramente con su nuevo compañero. ¿Habría sucumbido a manos de aquellos de los que en otros tiempos había sido el cabecilla?

No tardaron en llegar al sitio donde el camino bordeaba el riachuelo derivado del arroyo Rojo que regaba los prados del redil. Habían moderado el paso a fin de no encontrarse sin resuello en el momento en que quizá iba a ser necesario luchar. Las escopetas ya no estaban en posición de reposo, sino montadas. Cada uno vigilaba un lado del bosque. Top profería unos gruñidos sordos que no eran de buen augurio.

Finalmente, el recinto vallado apareció a través de los árboles. No se veía ningún indicio de destrozos. La puerta estaba cerrada, como era habitual. Un profundo silencio reinaba en el redil. No se

oían ni los balidos acostumbrados de los musmones ni la voz de Ayrton.

—¡Entremos! —dijo Cyrus Smith.

El ingeniero avanzó, mientras que sus compañeros, al acecho a veinte pasos de él, estaban preparados para disparar.

Cyrus Smith levantó el pestillo interior de la puerta, e iba a empujar uno de los batientes cuando Top ladró con violencia. Una detonación estalló por encima de la empalizada y un grito de dolor le respondió.

Harbert, herido por una bala, yacía en el suelo.

VII

*El reportero y Pencroff en el redil – Harbert es trasladado –
Desesperación del marino – Consultas entre el reportero y el
ingeniero – Tratamiento – Recobran un poco de esperanza –
¿Cómo avisar a Nab? – Un mensajero seguro y fiel – La
respuesta de Nab*

Al oír el grito de Harbert, Pencroff dejó caer su arma al suelo y corrió hacia él.

—¡Lo han matado! —gritó—. ¡Hijo mío! ¡Lo han matado!

Cyrus Smith y Gedeon Spilett se precipitaron también hacia Harbert. El reportero comprobó si el corazón del pobre muchacho todavía latía.

—Vive —dijo—. Pero hay que trasladarlo...

—¿A Granite-house? ¡Imposible! —contestó el ingeniero.

—¡Entonces al redil! —dijo Pencroff.

—Un momento —dijo Cyrus Smith.

Echó a correr hacia la izquierda para rodear el cercado y se encontró con un convicto que apuntó contra él y le atravesó el sombrero con una bala. Unos segundos después, antes incluso de que hubiera tenido tiempo de disparar otra vez, el pirata se desplomó, alcanzado en el corazón por el puñal de Cyrus Smith, más certero todavía que su escopeta.

Mientras tanto, Gedeon Spilett y el marino habían penetrado en el recinto saltando por encima de la empalizada, derribado los puntales que mantenían atrancada la puerta y entrado en la casa, que estaba vacía. Al cabo de un momento, el pobre Harbert descansaba en la cama de Ayrton.

Unos instantes después, Cyrus Smith estaba junto a él.

Al ver a Harbert inanimado, el dolor del marino fue terrible.

Lloraba, sollozaba, quería darse de cabezazos contra la pared. Ni el ingeniero ni el reportero eran capaces de calmarlo. Ellos también estaban embargados por la emoción y no podían hablar.

Sin embargo, hicieron todo cuanto estaba en sus manos para disputar a la muerte al pobre muchacho, que agonizaba ante sus ojos. Gedeon Spilett, cuya vida había estado sembrada de incidentes, tenía cierta práctica en medicina aplicada. Sabía un poco de todo, y en repetidas ocasiones se había encontrado en la necesidad de tener que curar heridas producidas tanto por arma blanca como por arma de fuego. Con la ayuda de Cyrus Smith, procedió, pues, a dispensar los cuidados necesarios que requería el estado de Harbert.

Lo primero que sorprendió al reportero fue el estupor general que lo tenía postrado, estupor debido bien a la hemorragia o bien incluso a la conmoción, si la bala había golpeado un hueso con la suficiente fuerza para producir una violenta sacudida.

Harbert estaba extremadamente pálido, y su pulso era tan débil que Gedeon Spilett percibía sus latidos con largos intervalos entre uno y otro, como si estuviera a punto de detenerse. Al mismo tiempo, se observaba una interrupción casi total de la actividad de los sentidos y de la inteligencia. Esos síntomas eran muy graves.

Desnudaron a Harbert de cintura para arriba y, después de haber restañado la hemorragia con ayuda de pañuelos, le lavaron el pecho con agua fría.

La contusión, o más bien la herida contusa, apareció. Había un orificio ovalado en el pecho, entre la tercera costilla y la cuarta. Ahí era donde la bala había alcanzado a Harbert.

Cyrus Smith y Gedeon Spilett pusieron entonces boca abajo al pobre muchacho, el cual dejó escapar un gemido tan débil que se habría podido creer que era su último suspiro.

Otra herida contusa ensangrentaba la espalda de Harbert, y la bala que lo había alcanzado salió de ella inmediatamente.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el reportero—. La bala no se ha quedado dentro del cuerpo y no tendremos que extraerla.

—Pero el corazón... —dijo Cyrus Smith.

—No ha tocado el corazón. De lo contrario, Harbert estaría muerto.

—¡Muerto! —gritó Pencroff.

El marino solo había oído la última palabra pronunciada por el reportero.

—¡No, Pencroff! —contestó Cyrus Smith—. ¡No! No está muerto. Su pulso sigue latiendo. Incluso ha dejado escapar un gemido. Pero, por el propio bien de Harbert, cálmese. Necesitamos mantener la sangre fría. No nos haga perderla, amigo mío.

Pencroff se calló, pero entonces se produjo en él una reacción que inundó su rostro de gruesas lágrimas.

Entretanto, Gedeon Spilett intentaba hacer memoria y proceder con método. Según sus observaciones, no cabía duda de que la bala había entrado por delante y salido por detrás. Pero ¿qué estragos había causado a lo largo de su recorrido? ¿Qué órganos esenciales estaban afectados? Un cirujano profesional a duras penas habría podido decirlo en aquel momento, y el reportero mucho menos.

Sin embargo, sabía una cosa: que tendría que prevenir el estrangulamiento inflamatorio de las partes afectadas y combatir la inflamación local y la fiebre resultantes de la herida... ¡una herida tal vez mortal! ¿Y qué tópicos, qué antiflogísticos debía emplear? ¿Cómo debía frenar la inflamación?

En cualquier caso, lo importante era curar las dos heridas sin demora. A Gedeon Spilett no le pareció oportuno provocar otro derrame lavándolas con agua templada y comprimiendo sus labios. La hemorragia había sido muy abundante y Harbert se encontraba muy debilitado por la pérdida de sangre.

El reportero, por lo tanto, creyó que debía lavar simplemente las dos heridas con agua fría.

Habían colocado a Harbert sobre el costado izquierdo y lo mantuvieron en esa posición.

—No debe moverse —dijo Gedeon Spilett—. Está en la posición más favorable para que las heridas de la espalda y el pecho supuren con facilidad, y necesita reposo absoluto.

—¡Cómo! ¿No podemos trasladarlo a Granite-house? —preguntó Pencroff.

—No, Pencroff —respondió el reportero.

—¡Maldición! —exclamó el marino, levantando el puño hacia el cielo.

—¡Pencroff! —dijo Cyrus Smith.

Gedeon Spilett se había puesto a examinar de nuevo al

muchacho herido con extrema atención. Harbert seguía estando tan horriblemente pálido que el reportero se sintió confundido.

—Cyrus —dijo—, yo no soy médico... estoy terriblemente perplejo... ¡Tiene que ayudarme con sus consejos, con su experiencia...!

—Recupere la calma, amigo mío —contestó el ingeniero, estrechando la mano del reportero—. Considere la situación con sangre fría... No piense más que en esto: hay que salvar a Harbert.

Esas palabras devolvieron a Gedeon Spilett ese dominio de sí mismo que, en un instante de desánimo, el vivo sentimiento de su responsabilidad le había hecho perder. Se sentó junto a la cama. Cyrus Smith permaneció de pie. Pencroff había rasgado su camisa y, maquinalmente, sacaba hilas.

Gedeon Spilett le explicó a Cyrus Smith que creía que lo primero que debía hacer era detener la hemorragia, pero no cerrar las heridas ni provocar su cicatrización inmediata, porque se había producido una perforación interna y no había que dejar que el pus se acumulase en el pecho.

Cyrus Smith se mostró totalmente de acuerdo y decidieron que curarían las dos heridas sin intentar cerrarlas mediante una coaptación inmediata. Por suerte, no pareció que fuese necesario desbridarlas.

Pero, para combatir la inflamación que se produciría, ¿poseían los colonos un agente eficaz?

Sí, tenían uno, pues la naturaleza lo prodiga generosamente. Tenían agua fría, es decir, el sedante más potente que se puede utilizar contra la inflamación de las heridas, el agente terapéutico más eficaz en los casos graves y adoptado ya por todos los médicos. El agua fría presenta, además, la ventaja de dejar la herida en un reposo absoluto y preservarla de toda cura prematura, ventaja considerable, puesto que está demostrado por la experiencia que el contacto con el aire es funesto durante los primeros días.

Gedeon Spilett y Cyrus Smith hicieron ese razonamiento guiados simplemente por su sentido común y actuaron como lo habría hecho el mejor cirujano. Aplicaron unas compresas de lienzo sobre las dos heridas del pobre Harbert y las mantuvieron constantemente empapadas de agua fría.

El marino había encendido fuego en la chimenea de la vivienda,

provista de cosas para cubrir las necesidades básicas. Azúcar de arce y plantas medicinales —precisamente las que el joven había cogido a orillas del lago Grant— permitieron preparar unas refrescantes tisanas y se las hicieron tomar sin que él fuera consciente de ello. Tenía una fiebre altísima, y todo el día y toda la noche transcurrieron así, sin que el joven recobrara el conocimiento. La vida de Harbert pendía de un hilo, y ese hilo podía romperse en cualquier momento.

Al día siguiente, 12 de noviembre, Cyrus Smith y sus compañeros recobraron alguna esperanza. Harbert había salido de su largo estupor. Abrió los ojos, reconoció a Cyrus Smith, al reportero y a Pencroff. Pronunció dos o tres palabras. No sabía lo que había sucedido. Se lo contaron, y Gedeon Spilett le suplicó que guardara reposo absoluto, que su vida no estaba en peligro y que sus heridas cicatrizarían en unos días. Por lo demás, Harbert no sentía prácticamente dolor, y el agua fría con que rociaban incesantemente sus heridas impedía que estas se inflamaran. La supuración se producía de una forma regular, la fiebre no tendía a aumentar y cabía esperar que aquella terrible herida no desembocaría en una catástrofe. Pencroff fue sintiéndose poco a poco más aliviado. Era como una hermana de la caridad, como una madre a la cabecera de su hijo.

Harbert se adormiló de nuevo, pero ahora su sueño parecía más normal.

—¡Dígame otra vez que tiene esperanzas, señor Spilett! —dijo Pencroff—. ¡Dígame otra vez que salvará a Harbert!

—Sí, lo salvaremos —contestó el reportero—. La herida es grave, e incluso es posible que la bala haya atravesado el pulmón, pero la perforación de ese órgano no es mortal.

—¡Dios le oiga! —repitió Pencroff.

Como es de suponer, desde que estaban en el redil, hacía veinticuatro horas, los colonos no habían tenido otro pensamiento que cuidar a Harbert. No se habían preocupado ni del peligro que podía amenazarlos si los convictos regresaban ni de las precauciones que debían tomar para el futuro.

Pero aquel día, mientras Pencroff velaba al enfermo, Cyrus Smith y el reportero hablaron de lo que convenía hacer.

Para empezar, recorrieron el redil. No había ni rastro de Ayrton.

¿Se habían llevado sus antiguos cómplices al infortunado? ¿Había sido sorprendido por ellos en el redil? ¿Había luchado y sucumbido en la lucha? Esta última hipótesis era más que probable. Gedeon Spilett había visto perfectamente, mientras trepaba por la empalizada, a uno de los convictos huir por el contrafuerte sur del monte Franklin y a Top precipitarse tras él. Era uno de los hombres que iban en el bote que se había roto al chocar contra las rocas, en la desembocadura del río de la Misericordia. Y el que Cyrus Smith había matado, y cuyo cadáver encontraron fuera del cercado, pertenecía sin duda alguna a la banda de Bob Harvey.

En cuanto al redil, no había sufrido aún ninguna devastación. Las puertas estaban cerradas y los animales domésticos no habían podido dispersarse por el bosque. Tampoco veían ninguna señal de lucha, ningún desperfecto, ni en la vivienda ni en la empalizada. Solamente las municiones de que estaba provisto Ayrton habían desaparecido con él.

—Debieron de sorprender al desdichado —dijo Cyrus Smith— y, como era hombre dispuesto a defenderse, sucumbió.

—Sí, eso me temo —contestó el reportero—. Luego, seguramente los convictos se instalaron en el redil, donde tenían de todo en abundancia, y cuando nos vieron llegar se dieron a la fuga. Es evidente también que en ese momento Ayrton, muerto o vivo, ya no estaba aquí.

—Habrà que hacer una batida por el bosque —dijo el ingeniero— y librar la isla de esos miserables. Los presentimientos de Pencroff no lo engañaban cuando quería que les diéramos caza como si fueran animales salvajes. ¡Eso nos habría evitado muchas desgracias!

—Sí —dijo el reportero—, pero ahora estamos en nuestro derecho de actuar sin piedad.

—En cualquier caso —dijo el ingeniero—, no tenemos más remedio que esperar algún tiempo y permanecer en el redil hasta el momento en que podamos trasladar sin peligro a Harbert a Granite-house.

—Pero ¿y Nab? —preguntó el reportero.

—Nab está seguro.

—¿Y si, preocupado por nuestra ausencia, se aventura a venir?

—¡No debe venir! —repuso vivamente Cyrus Smith—. ¡Lo

asesinarían por el camino!

—Pues es muy probable que intente reunirse con nosotros.

—Si el telégrafo funcionara, podríamos avisarlo. Pero ahora es imposible. En cuanto a dejar solos aquí a Pencroff y Harbert, no podemos... Ya sé, iré yo solo a Granite-house.

—¡No, no, Cyrus! —dijo el reportero—. No debe exponerse. Su valor sería insuficiente. Con toda seguridad, esos miserables vigilan el redil, están emboscados en los densos bosques que lo rodean, y, si se va, muy pronto tendríamos que lamentar dos desgracias en lugar de una.

—Pero ¿y Nab? —insistió el ingeniero—. Hace veinticuatro horas que no tiene noticias nuestras. ¡Querrá venir!

—Y como estará menos en guardia de lo que estaríamos nosotros —contestó Gedeon Spilett—, caerán sobre él.

—¿No hay ninguna manera de avisarlo?

Mientras el ingeniero pensaba, su mirada se encontró con Top, que, yendo de un lado para otro, parecía decir: «¿Y para qué estoy yo aquí?».

—¡Top! —exclamó Cyrus Smith.

El animal saltó al oír que su amo lo llamaba.

—Sí, Top irá —dijo el reportero, que había comprendido la idea del ingeniero—. Top pasará por donde nosotros no pasaríamos. Llevará a Granite-house noticias del redil y nos traerá las de Granite-house.

—¡Deprisa! —dijo Cyrus Smith—. ¡Deprisa!

Gedeon Spilett había arrancado rápidamente una hoja de su cuaderno y escribió estas líneas:

«Harbert herido. Estamos en el redil. Mantente alerta. No salgas de Granite-house. ¿Han aparecido los convictos por los alrededores? Respuesta a través de Top».

Esa lacónica nota contenía todo lo que Nab debía saber y le pedía al mismo tiempo la información que a los colonos les interesaba conocer. La doblaron y la ataron al collar de Top de forma que resultara muy visible.

—¡Top! —dijo entonces el ingeniero, acariciando al animal—. ¡Nab, Top! ¡Nab! ¡Ve con él!

Al oír estas palabras, Top se puso a dar saltos. El animal comprendía, adivinaba lo que le pedían. El camino del redil le era

familiar. En menos de media hora, podía haberlo recorrido, y cabía esperar que allí por donde ni Cyrus Smith ni el reportero habrían podido aventurarse sin peligro, Top, corriendo entre las hierbas o por la linde del bosque, pasaría inadvertido.

El ingeniero fue hasta la puerta del redil y empujó uno de sus batientes.

—¡Nab! ¡Top, Nab! —repitió una vez más el ingeniero, extendiendo la mano en dirección a Granite-house.

Top salió como una flecha y desapareció casi de inmediato.

—Llegará —dijo el reportero.

—Sí, y volverá. ¡Es un animal fiel!

—¿Qué hora es? —preguntó Gedeon Spilett.

—Las diez.

—Dentro de una hora puede estar aquí. Permaneceremos atentos a su regreso.

El ingeniero y el reportero cerraron la puerta del redil y volvieron a la casa. Harbert estaba amodorrado. Pencroff mantenía las compresas en un estado de permanente humedad. Gedeon Spilett, al ver que por el momento no podía hacer nada, se puso a preparar algo de comer vigilando atentamente la parte del cercado adosada al contrafuerte, por la que se podía producir una agresión.

Los colonos esperaron el regreso de Top no sin ansiedad. Un poco antes de las once, Cyrus Smith y el reportero, empuñando sendas carabinas, estaban detrás de la puerta, preparados para abrirla en cuanto oyeran un ladrido del perro. No tenían ninguna duda de que, si Top había llegado sin obstáculos a Granite-house, Nab lo había enviado inmediatamente de vuelta.

Estaban los dos allí desde hacía unos diez minutos cuando se oyó una detonación, seguida de repetidos ladridos.

El ingeniero abrió la puerta y, al ver todavía un resto de humo en el bosque, a unos cien pasos, disparó en esa dirección.

Casi de inmediato, Top entró en el redil, cuya puerta fue rápidamente cerrada.

—¡Top, Top! —dijo el ingeniero, rodeando la cabeza del perro entre sus brazos.

El animal llevaba un mensaje atado al cuello. Cyrus Smith leyó estas palabras, escritas con la tosca letra de Nab:

«Ningún pirata en los alrededores de Granite-house. No me

moveré. ¡Pobre señor Harbert!».

VIII

Los convictos en los alrededores del redil – Instalación provisional – Continuación del tratamiento de Harbert – Los primeros signos de alegría de Pencroff – Examen del pasado – Lo que reserva el futuro – Las ideas de Cyrus Smith sobre esta cuestión

¡De modo que los convictos seguían allí, espiando el redil y decididos a matar a los colonos uno tras otro! Estaba claro que solo se les podía tratar como a animales feroces. Pero había que tomar muchas precauciones, porque en ese momento aquellos miserables tenían la ventaja de que podían ver sin ser vistos, podían sorprender con un ataque repentino y no podían ser sorprendidos.

Así pues, Cyrus Smith organizó las cosas para vivir en el redil, donde contaban con provisiones suficientes para una temporada bastante larga. La casa de Ayrton había sido abastecida de todo lo necesario y los convictos, asustados por la llegada de los colonos, no habían tenido tiempo de saquearla. Era probable, tal como señaló Gedeon Spilett, que los acontecimientos se hubieran producido del modo siguiente: tras haber desembarcado en la isla, los seis convictos habían seguido el litoral sur, recorrido las dos orillas de la península Serpentina y, descartando internarse en los bosques del Far-West, llegado a la desembocadura del río de la Cascada. Una vez en ese punto, subiendo por la orilla derecha del curso de agua, habían llegado a los contrafuertes del monte Franklin, entre los cuales lo más natural era que hubiesen buscado algún refugio y que no hubieran tardado en descubrir el redil, entonces deshabitado. Debían de haberse instalado allí en espera del mejor momento para ejecutar sus abominables planes. La llegada de Ayrton los había sorprendido, pero habían conseguido atrapar al desdichado y... la

continuación podía imaginarse fácilmente.

Ahora, los convictos —reducidos a cinco, es cierto, pero bien armados— merodeaban por los bosques, y adentrarse en ellos era exponerse a sus ataques sin tener la posibilidad ni de hacerles frente ni de eludirlos.

—¡Esperar! ¡Eso es lo único que podemos hacer! —repetía Cyrus Smith—. Cuando Harbert esté curado, podremos organizar una batida general por la isla y acabar con esos convictos. Ese será el objeto de nuestra gran expedición, sin olvidar...

—Sin olvidar la búsqueda de nuestro protector misterioso —añadió Gedeon Spilett, acabando la frase del ingeniero—. ¡Ah, hay que reconocer, querido Cyrus, que esta vez su protección nos ha fallado, y justo en el momento que más la necesitábamos!

—¡Quién sabe! —repuso el ingeniero.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el reportero.

—Que nuestros problemas no han acabado, querido Spilett, y que su poderosa intervención quizá todavía tenga ocasión de manifestarse. Pero ahora la cuestión es otra. Lo primero es la vida de Harbert.

Esa era la preocupación más dolorosa de los colonos. Pasaron unos días sin que, afortunadamente, el estado del pobre muchacho empeorara. Y ganarle tiempo a la enfermedad era mucho. El agua fría, mantenida a la temperatura conveniente, había impedido totalmente que las heridas se inflamaran. Al reportero incluso le pareció que aquella agua, un poco sulfurosa —lo que se explicaba por la cercanía del volcán—, tenía un efecto más directo en la cicatrización. La supuración era mucho menos abundante y, gracias a los incesantes cuidados de que lo rodeaban, Harbert se recuperaba y su fiebre tendía a bajar. Estaba, además, sometido a una dieta estricta y, por consiguiente, su debilidad era y debía ser extrema; pero no le faltaban tisanas, y el reposo absoluto le sentaba muy bien.

Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Pencroff habían aprendido a aplicarle los apósitos al joven herido con una gran habilidad. Toda la ropa blanca de la vivienda había sido sacrificada. Las heridas de Harbert, cubiertas con compresas e hilas, no estaban ni demasiado apretadas ni muy poco, a fin de conseguir que cicatrizaran sin provocar una reacción inflamatoria. El reportero tenía muchísimo

cuidado con esos apósitos, consciente de su importancia, y repetía a sus compañeros lo que la mayoría de los médicos reconocen: que quizá es más raro ver una cura bien hecha que una operación bien hecha.

Al cabo de diez días, el 22 de noviembre, Harbert estaba mucho mejor. Había empezado a tomar algún alimento. Sus mejillas recuperaban el color y sus bondadosos ojos sonreían a sus enfermeros. Hablaba un poco, pese a los esfuerzos de Pencroff, que no paraba de charlar para impedirle tomar la palabra y contaba las historias más inverosímiles. Harbert le había preguntado por Ayrton, extrañado de no verlo a su lado, pues creía que estaba en el redil. Pero el marino, no queriendo afligir a Harbert, le había dicho que Ayrton se había reunido con Nab para defender Granite-house.

—¡Caramba con los piratas! ¡Esos caballeros ya han perdido todo derecho a alguna consideración! ¡Y el señor Smith que quería ganárselos por los sentimientos! ¡Ya les daré yo sentimientos a esos, pero acompañados de plomo de gran calibre!

—¿Y no se les ha vuelto a ver? —preguntó Harbert.

—No, hijo —respondió el marino—, pero los encontraremos, y cuando tú estés repuesto, veremos si esos cobardes, que disparan por la espalda, se atreven a atacarnos cara a cara.

—Todavía estoy muy débil, Pencroff.

—Bueno, irás recuperando las fuerzas poco a poco. ¿Qué pasa porque una bala te atreviese el pecho? Pues nada de nada. En peores me las he visto yo y mírame, como si tal cosa.

En resumen, las cosas parecían ir bien y, si no se producía ninguna complicación, la curación de Harbert podía darse por hecha. Pero ¿cuál habría sido la situación de los colonos si su estado se hubiera agravado, si, por ejemplo, la bala se hubiera quedado alojada en el cuerpo, si hubiera habido que amputarle un brazo o una pierna?

—Nunca —dijo más de una vez Gedeon Spilett—, en ningún momento pensé en esa posibilidad sin estremecerme.

—Pero, si hubiera habido que hacerlo, no lo habría dudado —le contestó un día Cyrus Smith.

—No, Cyrus —dijo Gedeon Spilett—, pero ¡bendito sea Dios por habernos ahorrado esa complicación!

Al igual que en muchas otras coyunturas, los colonos habían

recurrido a esa lógica del simple sentido común que tantas veces les había sido útil, y una vez más, gracias a sus conocimientos generales, habían salido airosos. Pero ¿no llegaría el momento en que toda su ciencia resultara insuficiente? Estaban solos en aquella isla. Y los hombres alcanzan su plenitud viviendo en sociedad, se necesitan unos a otros. Cyrus Smith lo sabía perfectamente y a veces se preguntaba si no se produciría alguna circunstancia que les resultaría imposible superar.

Le parecía, por lo demás, que sus compañeros y él, hasta entonces tan felices, habían entrado en un período nefasto. Desde que habían escapado de Richmond, hacía más de dos años y medio, todo había salido a su gusto. La isla les había proporcionado minerales, vegetales y animales en abundancia, la naturaleza los había colmado constantemente, es cierto, pero ellos, con sus conocimientos, habían sabido sacar partido de lo que les ofrecía. El bienestar material de la colonia era, por así decirlo, completo. Además, en determinadas circunstancias una influencia inexplicable había acudido en su ayuda... ¡Pero todo eso no podía durar indefinidamente!

En resumen, a Cyrus Smith le parecía advertir que la suerte estaba volviéndose en su contra.

El barco de los convictos había aparecido en las aguas de la isla, y si bien esos piratas habían sido, por así decirlo, milagrosamente destruidos, seis de ellos al menos habían escapado a la catástrofe. Habían desembarcado en la isla, y a los cinco que sobrevivían era prácticamente imposible atraparlos. Sin duda alguna Ayrton había sido eliminado por esos miserables, que poseían armas de fuego, y en la primera ocasión en que habían hecho uso de ellas, Harbert había caído, herido casi de muerte. ¿Se trataba, pues, de los primeros golpes que la fortuna adversa asestaba a los colonos? Eso es lo que se preguntaba Cyrus Smith. Eso es lo que le repetía con frecuencia al reportero, y a los dos les parecía asimismo que esa intervención, tan extraña y a la vez tan eficaz, que les había ayudado enormemente hasta entonces, ahora les fallaba. ¿Había abandonado acaso la isla ese ser misterioso, quienquiera que fuese, cuya existencia no podían negar? ¿Había sucumbido también?

Para esas preguntas, no había ninguna respuesta posible. Pero que nadie imagine que Cyrus Smith y su compañero, por el hecho

de que hablaran de esas cosas, eran personas dadas a dejarse llevar por la desesperación. ¡Ni mucho menos! Miraban la situación de cara, analizaban las posibilidades, se preparaban para cualquier acontecimiento, plantaban cara al futuro, firmes y erguidos, y si la adversidad debía acabar golpeándolos, encontraría en ellos a unos hombres preparados para combatirla.

IX

Sin noticias de Nab – Proposición de Pencroff y del reportero que no es aceptada – Algunas salidas de Gedeon Spilett – Un jirón de tela – Un mensaje – Marcha precipitada – Llegada a la meseta de Vistagrande

La convalecencia del joven enfermo seguía su curso normal. Una sola cosa era deseable ahora: que su estado permitiera llevarlo a Granite-house. Por bien acondicionada y aprovisionada que estuviera la vivienda del redil, no se podían encontrar en ella las comodidades de la sana morada de granito. Además, no ofrecía la misma seguridad, y sus ocupantes, pese a la constante vigilancia que mantenían, estaban continuamente bajo la amenaza de ser blanco de los disparos de los convictos. Allí, en cambio, en medio de aquel inexpugnable e inaccesible macizo, no tendrían nada que temer, toda tentativa de agresión contra sus personas forzosamente fracasaría. Aguardaban, pues, con impaciencia el momento en que Harbert pudiera ser trasladado sin peligro para su herida, y estaban decididos a realizar ese traslado pese a que las comunicaciones a través de los bosques del Jacamar fueran muy difíciles.

No tenían noticias de Nab, pero no estaban preocupados por él. El valeroso negro, muy bien atrincherado en las profundidades de Granite-house, no se dejaría sorprender. No habían vuelto a enviarle a Top; les había parecido algo inútil exponer al fiel perro a recibir un disparo que habría privado a los colonos de su más útil ayudante.

Así pues, los colonos esperaban, pero estaban impacientes por encontrarse reunidos en Granite-house. Le resultaba penoso al ingeniero ver divididas sus fuerzas, pues eso suponía dar ventaja a los piratas. Desde la desaparición de Ayrton, eran cuatro contra

cinco, porque con Harbert aún no podían contar, y no era esa la menor preocupación del buen muchacho, que comprendía de sobra los problemas que estaba causando.

La cuestión de saber cómo actuarían contra los convictos en las condiciones actuales fue abordada el día 29 de noviembre por Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Pencroff, en un momento en que Harbert, adormilado, no podía oírlos.

—Amigos míos —dijo el reportero, tras haber hablado de Nab y de la imposibilidad de comunicarse con él—, estoy de acuerdo con ustedes en que aventurarse por el camino del redil sería exponerse a recibir un disparo sin poder devolverlo. Pero ¿no creen que lo que convendría hacer ahora es perseguir abiertamente a esos miserables?

—Eso es justo lo que yo estaba pensando —respondió Pencroff—. No va a frenarnos, supongo, el miedo a recibir un balazo. En lo que a mí respecta, si el señor Cyrus me da su aprobación, estoy dispuesto a adentrarme en el bosque. ¡Qué demonios! ¡Al fin y al cabo, se trata de enfrentarse un hombre contra otro!

—¿Uno contra otro o más bien uno contra cinco? —preguntó el ingeniero.

—Yo acompañaré a Pencroff —dijo el reportero— y los dos, bien armados, acompañados de Top...

—Mi querido Spilett, y usted, Pencroff —prosiguió Cyrus Smith—, razonemos fríamente. Si los convictos estuvieran instalados en un lugar de la isla, si supiéramos cuál es ese lugar y si solo se tratara de desalojarlos, comprendería un ataque directo. Pero ¿no hay motivos para temer que, por el contrario, estén en situación de disparar primero?

—¡Bueno, señor Cyrus, pero una bala no da siempre en el blanco! —protestó Pencroff.

—La que alcanzó a Harbert no se desvió, Pencroff —replicó el ingeniero—. Además, tengan en cuenta que, si los dos salen del redil, me quedaría yo solo para defenderlo. ¿Me garantizan que los convictos no les verán salir, no les dejarán internarse en el bosque y no atacarán el redil en su ausencia, sabiendo que aquí solo queda un jovencito herido y un hombre?

—Tiene razón, señor Cyrus —reconoció Pencroff, dominado por una cólera sorda—, tiene razón. Harán cualquier cosa por recuperar

el redil, pues saben que está bien aprovisionado. ¡Y usted solo no podría resistir su ataque! ¡Ah, si estuviéramos en Granite-house!

—Si estuviéramos en Granite-house —dijo el ingeniero—, la situación sería sin duda muy distinta. Allí no temería dejar a Harbert con uno de nosotros, mientras los otros tres iban a registrar los bosques de la isla. Pero estamos en el redil y lo más conveniente es que nos quedemos hasta que llegue el momento en que podamos irnos todos juntos.

No había nada que objetar al razonamiento de Cyrus Smith y sus compañeros lo comprendieron perfectamente.

—¡Si al menos Ayrton estuviera todavía con nosotros! —se lamentó Gedeon Spilett—. ¡Pobre hombre! Su regreso a la vida social ha sido muy breve.

—Si es que ha muerto... —añadió Pencroff en un tono bastante singular.

—¿Acaso confía usted, Pencroff, en que esos bribones le hayan perdonado la vida? —preguntó Gedeon Spilett.

—Sí, si les ha convenido hacerlo.

—¡Cómo! ¿Supone que Ayrton, al encontrarse con sus antiguos cómplices, olvidando todo lo que nos debe...?

—¡Quién sabe! —contestó el marino, aunque no aventuraba esa enojosa suposición con mucha firmeza.

—Pencroff —dijo Cyrus Smith cogiendo al marino del brazo—, ese es un mal pensamiento, y me afligiría mucho si persistiera en hablar en esos términos. ¡Yo garantizo la fidelidad de Ayrton!

—Y yo también —se apresuró a añadir el reportero.

—¡Sí...! ¡Sí, señor Cyrus...! No es verdad lo que he dicho —repuso Pencroff—. Es un mal pensamiento, en efecto, y está totalmente injustificado. Pero ¿qué quiere que haga? Empiezo a desvariar. No soporto este encierro en el redil, es horrible, nunca he estado tan sobreexcitado.

—Tenga paciencia, Pencroff —dijo el ingeniero—. ¿Cuándo cree usted, querido Spilett, que Harbert podrá ser trasladado a Granite-house?

—Es difícil decirlo, Cyrus —respondió el reportero—, pues una imprudencia podría tener consecuencias funestas. Pero, en fin, se está recuperando sin complicaciones, y si dentro de ocho días ha recobrado las fuerzas, entonces ya veremos.

¡Ocho días! Eso situaba el regreso a Granite-house en los primeros días de diciembre.

En esa época, la primavera ya estaba muy avanzada. Hacía buen tiempo y el calor empezaba a ser fuerte. Los bosques de la isla estaban exuberantes y se acercaba el momento de hacer las cosechas habituales. El regreso a la meseta de Vistagrande iría seguido, pues, de grandes tareas agrícolas que solo serían interrumpidas para realizar la expedición proyectada por la isla.

Es evidente, pues, que esa reclusión en el redil causaba un gran perjuicio a los colonos. Pero, aunque no tenían más remedio que inclinarse ante la necesidad, lo hacían con impaciencia.

El reportero se arriesgó una o dos veces a salir al camino y dar la vuelta al recinto vallado. Top lo acompañaba, y él, con la carabina montada, estaba preparado para cualquier cosa.

No tuvo ningún mal encuentro y tampoco vio ninguna huella sospechosa. El perro le habría advertido de cualquier peligro y, como Top no ladró, se podía concluir que no había nada que temer, al menos en ese momento, y que los convictos estaban ocupados en otra parte de la isla.

Sin embargo, en su segunda salida, el 27 de noviembre, Gedeon Spilett, que se había adentrado un cuarto de milla en el bosque, hacia el sur de la montaña, observó que Top percibía algo. El perro no avanzaba con su indiferencia habitual; iba y venía, buscando entre las hierbas y la maleza, como si su olfato le hubiera indicado la presencia de algún objeto sospechoso.

Gedeon Spilett siguió a Top, lo animó, lo excitó con la voz, manteniéndose ojo avizor, con la carabina en posición de disparar y aprovechando la protección de los árboles para cubrirse. No era probable que Top hubiera percibido la presencia de un hombre, pues, en tal caso, lo habría anunciado con ladridos semicontenidos y una especie de cólera sorda. El hecho de que no emitiera ningún gruñido significaba que el peligro ni era inminente ni estaba cerca.

Así transcurrieron alrededor de cinco minutos, Top buscando y el reportero siguiéndolo con prudencia, cuando, de repente, el perro se precipitó hacia un espeso matorral y sacó de él un jirón de tela.

Era un trozo de una prenda de vestir, manchado y roto, y Gedeon Spilett lo llevó inmediatamente al redil.

Allí, los colonos lo examinaron y lo reconocieron como un trozo

de la chaqueta de Ayrton, un trozo de ese fieltro fabricado únicamente en el taller de Granite-house.

—¿Lo ve, Pencroff? —dijo Cyrus Smith—. El infortunado Ayrton opuso resistencia. ¡Los convictos lo arrastraron en contra de su voluntad! ¿Sigue dudando de su honradez?

—No, señor Cyrus —respondió el marino—, mi desconfianza es cosa pasada. Pero creo que podemos sacar una conclusión de este hecho.

—¿Cuál? —preguntó el reportero.

—Que no mataron a Ayrton en el redil, que se lo llevaron vivo, puesto que se resistió, y que, en consecuencia, quizá todavía vive.

—Es posible, en efecto —dijo el ingeniero, quedándose pensativo.

Había una esperanza a la que podían agarrarse los compañeros de Ayrton. Ellos habían creído que Ayrton, sorprendido en el redil, había recibido un balazo, como Harbert. Pero, si los convictos no lo habían matado al encontrarlo, si se lo habían llevado vivo a alguna otra parte de la isla, ¿no se podía admitir que fuera aún su prisionero? Quizá incluso uno de ellos era algún antiguo compañero de Australia que lo había reconocido como Ben Joyce, el jefe de los convictos evadidos. ¡Y quién sabe si no habían albergado la esperanza imposible de ganar de nuevo a Ayrton para su causa! Les habría sido tan útil, si hubieran podido convertirlo en un traidor...

Ese incidente fue, pues, favorablemente interpretado en el redil, y ya no pareció imposible ver de nuevo a Ayrton. Él, por su parte, si simplemente lo tenían prisionero, sin duda haría lo imposible por escapar de aquellos bandidos y sería una grandísima ayuda para los colonos.

—En cualquier caso —señaló Gedeon Spilett—, si por ventura Ayrton consigue salvarse, irá directamente a Granite-house, porque no está al corriente del intento de asesinato de que Harbert ha sido víctima y, por consiguiente, no puede imaginar que estemos recluidos en el redil.

—¡Cómo me gustaría que estuviera en Granite-house! —exclamó Pencroff—. ¡Y que estuviéramos nosotros también! Porque, aunque los bribones no pueden hacer nada contra nuestra vivienda, sí pueden saquear la meseta, nuestras plantaciones, nuestro corral...

Pencroff se había convertido en un granjero de corazón,

profundamente apegado a sus cosechas. Pero hay que decir que Harbert era el que estaba más impaciente por volver a Granite-house, pues sabía lo necesaria que era la presencia de los colonos allí. ¡Y era él quien los retenía en el redil! Así que esa sola idea ocupaba toda su mente: marcharse del redil, marcharse cuanto antes. Creía poder soportar el traslado a Granite-house. Aseguraba que recuperaría las fuerzas más deprisa en su habitación, con el aire y la vista del mar.

Varias veces apremió a Gedeon Spilett, pero este, temiendo con razón que las heridas de Harbert, mal cicatrizadas, se reabrieran por el camino, no daba la orden de partir.

Sin embargo, se produjo un incidente que empujó a Cyrus Smith y a sus dos amigos a ceder a los deseos del muchacho, ¡y sabe Dios qué dolores y remordimientos podía causarles esa decisión!

Eran las siete de la mañana del 29 de noviembre. Los tres colonos estaban charlando en la habitación de Harbert cuando oyeron ladrar a Top.

Cyrus Smith, Pencroff y Gedeon Spilett cogieron sus escopetas, dispuestos a disparar, y salieron de la casa.

Top, que había ido corriendo hasta la empalizada, saltaba y ladraba, pero era de alegría, no de cólera.

—¡Alguien viene!

—¡Sí!

—¡Pero no es un enemigo!

—¿Será Nab?

—¿O Ayrton?

Apenas habían terminado de intercambiar estas palabras el ingeniero y sus dos compañeros, cuando un cuerpo saltó por encima de la empalizada y cayó en el suelo del redil.

¡Era Jup, Jup en persona, al que Top dispensó un verdadero recibimiento de amigo!

—¡Jup! —exclamó Pencroff.

—Ha sido Nab quien nos lo ha enviado —dijo el reportero.

—Entonces —dijo el ingeniero—, debe de llevar algún mensaje encima.

Pencroff se precipitó hacia el orangután. Evidentemente, si Nab necesitaba dar a conocer algún hecho importante a su señor, no podía emplear un medio más seguro y rápido, un mensajero que

podía pasar por donde ni los colonos ni quizá el propio Top habrían podido hacerlo.

Cyrus Smith no se había equivocado. Jup llevaba colgada del cuello una bolsita, y dentro de esa bolsita había un mensaje escrito por Nab.

Júzguese la desesperación de Cyrus Smith y de sus compañeros cuando leyeron lo siguiente:

Viernes, 6 h mañana.
¡Meseta invadida por los convictos!
Nab

Se miraron sin pronunciar una palabra y entraron en la casa. ¿Qué debían hacer? ¡Los convictos en la meseta de Vistagrande! ¡Eso era la devastación, la ruina!

Al ver entrar al ingeniero, el reportero y Pencroff, Harbert comprendió que la situación acababa de agravarse, y cuando vio a Jup ya no tuvo ninguna duda de que una desgracia amenazaba Granite-house.

—Señor Cyrus —dijo—, quiero que nos vayamos. ¡Puedo soportar el viaje! ¡Quiero que nos vayamos!

Gedeon Spilett se acercó a Harbert y lo miró.

—Vayámonos, pues —dijo.

Decidieron rápidamente si transportar a Harbert en unas parihuelas o en la carreta que había llevado Ayrton al redil. Con las parihuelas, los movimientos habrían sido más suaves para el herido, pero necesitaba dos porteadores, lo que significaba prescindir de dos escopetas para defenderse si se producía un ataque por el camino.

¿No podían, por el contrario, empleando la carreta, dejar todos los brazos disponibles? ¿Era acaso imposible colocar en ella el colchón sobre el que descansaba Harbert y avanzar con la máxima precaución para evitar el zarandeo? Podían.

Pencroff enganchó el onagro a la carreta, que fue llevada ante la casa. Cyrus Smith y el reportero cogieron el colchón de Harbert y lo extendieron sobre el suelo de la carreta, entre los dos adrales.

Hacía buen tiempo. Vivos rayos de sol se deslizaban a través de los árboles.

—¿Están preparadas las armas? —preguntó Cyrus Smith.

Lo estaban. El ingeniero y Pencroff, armados cada uno con una escopeta de dos cañones, y Gedeon Spilett, sosteniendo su carabina, no tenían más que ponerse en marcha.

—¿Estás bien, Harbert? —preguntó el ingeniero.

—¡No se preocupe, señor Cyrus! —respondió el muchacho—. ¡No me moriré por el camino!

Se notaba que, al decir esto, el pobre muchacho hacía acopio de toda su energía, y que ponía una suprema voluntad en retener sus mermadas fuerzas.

El ingeniero sintió que se le encogía dolorosamente el corazón. Dudó un poco todavía en dar la señal de partida. Pero no hacerlo habría sido desesperar a Harbert, matarlo tal vez.

—¡En marcha! —dijo Cyrus Smith.

Abrieron la puerta del redil. Jup y Top, que sabían estar callados cuando las circunstancias lo exigían, se precipitaron al exterior. La carreta salió, la puerta fue cerrada y el onagro, dirigido por Pencroff, avanzó a paso lento.

Ciertamente habría sido preferible tomar un camino que no era el que iba directamente del redil a Granite-house, pero la carreta habría tenido grandes dificultades para moverse entre la maleza. Hubo que seguir, pues, ese camino, pese a que los convictos debían de conocerlo.

Cyrus Smith y Gedeon Spilett caminaban uno a cada lado de la carreta, dispuestos a responder a todo ataque. Sin embargo, no era probable que los convictos hubieran abandonado todavía la meseta de Vistagrande. Evidentemente, Nab había escrito y enviado el mensaje en cuanto los convictos habían aparecido. La hora que figuraba en el mensaje eran las seis de la mañana, y el ágil orangután, acostumbrado a ir con frecuencia al redil, debía de haber tardado apenas tres cuartos de hora en recorrer las cinco millas que lo separaban de Granite-house. El camino, pues, debía de ser seguro en ese momento; si había que disparar, probablemente no sería hasta llegar a las inmediaciones de Granite-house.

Aun así, los colonos permanecían alerta. Top y Jup, este último armado con su garrote, unas veces adelantándose y otras adentrándose en el bosque que bordeaba el camino, no advertían de ningún peligro.

La carreta avanzaba lentamente, guiada por Pencroff. Habían salido del redil a las siete y media. Una hora después, habían recorrido cuatro de las cinco millas sin que se hubiera producido ningún incidente.

El camino estaba desierto, al igual que toda esa parte del bosque del Jacamar que se extendía entre el río de la Misericordia y el lago. En ningún momento se dio la voz de alarma. La espesura parecía tan desierta como el día que los colonos aterrizaron en la isla.

Estaban llegando a la meseta. Una milla más, y verían el pequeño puente del arroyo Glicerina. Cyrus Smith estaba seguro de que ese puente estaría tendido, bien porque los convictos hubieran entrado por ahí, o bien porque, después de haber cruzado uno de los cursos de agua que cerraban el recinto, hubieran tomado la precaución de bajarlo a fin de tener preparado un paso para batirse en retirada.

Finalmente, entre los últimos árboles vieron el horizonte marino. Pero la carreta prosiguió su marcha, pues a ninguno de sus defensores se le pasaba por la mente abandonarla.

En ese momento, Pencroff detuvo al onagro y exclamó con una voz terrible:

—¡Ah! ¡Los muy miserables!

Y señaló con la mano una densa humareda que se elevaba sobre el molino, los establos y las dependencias del corral.

Un hombre se afanaba en medio de esos vapores.

Era Nab.

Sus compañeros profirieron un grito. Él los oyó y corrió hacia ellos...

Los convictos habían abandonado la meseta hacía una media hora, después de haberla devastado.

—¿Y el señor Harbert? —preguntó Nab.

Gedeon Spilett volvió hacia el carro.

Harbert había perdido el conocimiento.

X

Harbert es transportado a Granite-house – Nab cuenta lo que ha ocurrido – Visita de Cyrus Smith a la meseta – Ruina y devastación – Los colonos desarmados ante la enfermedad – La corteza de sauce – Una fiebre mortal – ¡Top ladra de nuevo!

Los convictos, los peligros que amenazaban Granite-house y las ruinas que cubrían la meseta dejaron de ser motivo de preocupación. El estado de Harbert lo dominaba todo. ¿Había sido funesto el traslado, por haberle provocado alguna lesión interna? El reportero no podía asegurarlo, pero sus compañeros y él estaban desesperados.

Llevaron la carreta hasta el recodo del río. Allí, colocaron unas ramas a modo de parihuelas y pusieron encima el colchón sobre el que descansaba Harbert desvanecido. Diez minutos después, Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Pencroff estaban al pie de la muralla, mientras que Nab se encargaba de llevar la carreta a la meseta de Vistagrande.

Accionaron el ascensor, y muy pronto Harbert estuvo tendido en su cama de Granite-house.

Los cuidados que le prodigaron lo devolvieron a la vida. Sonrió un instante al verse en su habitación, pero estaba tan débil que a duras penas pudo murmurar unas palabras.

Gedeon Spilett examinó sus heridas. Temía que se hubieran reabierto, puesto que todavía no estaban completamente cicatrizadas, pero no se trataba de eso. ¿Cuál era, entonces, la causa de esa postración? ¿Por qué el estado de Harbert había empeorado?

El muchacho cayó en una especie de sueño febril y el reportero y Pencroff permanecieron junto a su cama.

Mientras tanto, Cyrus Smith ponía a Nab al corriente de lo que

había sucedido en el redil, y Nab le contaba a su señor los acontecimientos que acababan de tener por escenario la meseta.

Hasta la noche anterior los convictos no habían aparecido en la linde del bosque, en las inmediaciones del arroyo Glicerina. Nab, que vigilaba junto al corral, no había vacilado en disparar contra uno de aquellos piratas, que se disponía a cruzar el curso de agua; pero, en medio de aquella oscuridad, no había podido saber si había alcanzado a ese miserable. En cualquier caso, aquello no había sido suficiente para ahuyentar a la banda y Nab solo tuvo tiempo de subir a Granite-house, donde al menos estaba seguro.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo iba a impedir que los convictos devastaran la llanura? ¿Tenía Nab algún medio de avisar a su señor? Por otro lado, ¿en qué situación se encontraban los ocupantes del redil?

Cyrus Smith y sus compañeros se habían marchado el 11 de noviembre y estaban ya a 29. Hacía, pues, diecinueve días que Nab no había tenido más noticias que las que Top le había llevado, noticias desastrosas: ¡Ayrton desaparecido, Harbert gravemente herido, el ingeniero, el reportero y el marino, por así decirlo, encerrados en el redil!

¿Qué hacer?, se preguntaba el pobre Nab. Personalmente, no tenía nada que temer, pues en Granite-house estaba fuera del alcance de los convictos. ¡Pero las construcciones, las plantaciones, todas las instalaciones estaban a merced de los piratas! ¿No era conveniente que Cyrus Smith pudiera juzgar lo que debía hacer o, al menos, que estuviera informado del peligro que lo amenazaba?

A Nab se le ocurrió entonces la idea de utilizar a Jup y hacerlo depositario de un mensaje. Conocía la gran inteligencia del orangután, puesta a prueba en repetidas ocasiones. Jup comprendía la palabra «redil», que había sido pronunciada con frecuencia delante de él, y se recordará que incluso había conducido a menudo la carreta en compañía de Pencroff. Aún no había amanecido. El ágil orangután se las arreglaría para pasar por el bosque sin llamar la atención, además de que los convictos creerían que era uno de sus habitantes naturales.

Nab no lo dudó. Escribió el mensaje, lo ató al cuello de Jup, condujo al simio a la puerta de Granite-house, desde la cual desenrolló una larga cuerda que llegaba hasta el suelo, y repitió

varias veces estas palabras: «¡Jup! ¡Jup! ¡Redil! ¡Redil!».

El animal comprendió, se agarró de la cuerda, se dejó deslizarse rápidamente hasta la playa y desapareció en la oscuridad, sin atraer en absoluto la atención de los convictos.

—Has hecho bien, Nab —dijo Cyrus Smith—, pero, no previniéndonos, quizá habrías hecho mejor aún.

Al decir esto, el ingeniero pensaba en Harbert, cuyo traslado parecía haber comprometido tan gravemente su convalecencia.

Nab terminó su relato. Los convictos no se habían dejado ver por la playa. Como no sabían cuántos habitantes tenía la isla, podían suponer que Granite-house estaba defendida por un grupo numeroso. Debían de recordar que, durante el ataque del bergantín, los habían recibido disparándoles tanto desde las rocas inferiores como desde las superiores, y sin duda no querían exponerse. Pero a la meseta de Vistagrande podían acceder tranquilamente, así que allí se dejaron llevar por su instinto depredador, saqueando, incendiando, haciendo el mal por puro placer, y no se retiraron hasta media hora antes de la llegada de los colonos, a los que debían de creer confinados todavía en el redil.

Nab había salido entonces de su refugio. Había subido a la meseta, aun a riesgo de recibir un balazo, había intentado apagar el incendio que consumía las dependencias del corral y había luchado contra el fuego, aunque en vano, hasta el momento en que la carreta apareció en la linde del bosque.

Tales eran los graves acontecimientos que se habían producido. La presencia de los convictos constituía una amenaza permanente para los colonos de la isla Lincoln, hasta entonces tan felices, y podían esperar desgracias todavía mayores.

Gedeon Spilett se quedó en Granite-house junto a Harbert y Pencroff, mientras que Cyrus Smith, acompañado de Nab, iba a juzgar por sí mismo el alcance del desastre.

Era una suerte que los convictos no hubieran llegado hasta el pie de Granite-house. Los talleres de las Chimeneas no habrían escapado a la devastación. Aunque, después de todo, ese mal quizá habría sido más fácilmente reparable que las ruinas acumuladas en la meseta de Vistagrande.

Cyrus Smith y Nab se dirigieron hacia el río de la Misericordia y lo remontaron por su orilla izquierda sin encontrar ninguna huella

del paso de los convictos. Al otro lado de la orilla, en la espesura del bosque, tampoco vieron ningún indicio sospechoso.

En resumidas cuentas, esto es lo que se podía admitir, según toda probabilidad: o los convictos estaban al corriente del regreso de los colonos a Granite-house por haberlos visto pasar por el camino del redil, o, tras la devastación de la meseta, se habían adentrado en el bosque del Jacamar siguiendo el curso del río de la Misericordia y desconocían su regreso.

En el primer caso, debían de haber vuelto al redil, ahora sin defensores y provisto de recursos preciosos para ellos.

En el segundo, debían de haber regresado a su campamento y esperaban allí la ocasión para volver a atacar.

Convendría, pues, estar preparado para ello. Sin embargo, toda empresa destinada a eliminar a los piratas de la isla seguía estando subordinada a la situación de Harbert. Cyrus Smith necesitaba contar con todas sus fuerzas, pero en ese momento nadie podía abandonar Granite-house.

El ingeniero y Nab llegaron a la meseta. Era una desolación. Los campos habían sido pisoteados. Las espigas que se disponían a cosechar estaban arrancadas y dispersas por el suelo. Las otras plantaciones se hallaban en condiciones similares. El huerto estaba irreconocible. Afortunadamente, Granite-house poseía una reserva de semillas que permitía reparar esos daños.

En cuanto al molino, las dependencias del corral y el establo de los onagros, el fuego lo había destruido todo. Algunos animales asustados vagaban por la meseta. Las aves, que se habían refugiado durante el incendio en las aguas del lago, ya regresaban a su emplazamiento habitual en las orillas. Allí habría que rehacerlo todo.

El semblante de Cyrus Smith, más pálido que de costumbre, denotaba una cólera interior que el ingeniero dominaba con dificultad, aunque no pronunció una palabra. Miró otra vez sus campos devastados, el humo que aún se elevaba de las ruinas, y volvió a Granite-house.

Los días que siguieron fueron los más tristes que los colonos habían pasado hasta entonces en la isla. La debilidad de Harbert aumentaba a ojos vista. Parecía que una enfermedad más grave, consecuencia de la profunda alteración fisiológica que había

sufrido, amenazaba con declararse, y Gedeon Spilett presentía tal agravamiento en su estado que él se vería impotente para combatirlo.

Harbert, en efecto, permanecía sumido en una especie de sopor casi continuo y empezó a manifestar algunos síntomas de delirio. Tisanas refrescantes eran el único remedio que los colonos tenían a su disposición. La fiebre todavía no era muy alta, pero pronto tendió a presentarse en accesos regulares.

Gedeon Spilett lo reconoció el 6 de diciembre. El pobre muchacho, al que los dedos, la nariz y las orejas se le quedaron extremadamente blancos, al principio fue presa de ligeros escalofríos, horripilaciones, temblores. Su pulso era débil e irregular, tenía la piel reseca y una sed intensa. A ese período no tardó en sucederle un período de calor; su rostro se animó, la piel se le enrojeció y el pulso se le aceleró; luego se manifestó un sudor abundante, a consecuencia del cual la fiebre pareció disminuir. El acceso había durado unas cinco horas.

Gedeon Spilett no se había separado de Harbert, que ahora tenía una fiebre intermitente, eso era más que seguro, y esa fiebre había que cortarla a toda costa antes de que se agravara más aún.

—Y para cortarla —le dijo Gedeon Spilett a Cyrus Smith—, hace falta un febrífugo.

—¡Un febrífugo! —exclamó el ingeniero—. No tenemos ni quinina ni sulfato de quinina.

—No —dijo Gedeon Spilett—, pero a orillas del lago hay sauces, y la corteza de sauce puede sustituir algunas veces la quinina.

—¡Intentémoslo entonces sin perder un instante! —contestó Cyrus Smith.

La corteza de sauce, en efecto, ha sido justamente considerada un sucedáneo de la quinina, al igual que el castaño de Indias, la hoja de acebo, la serpentaria, etcétera. Había que probar esa sustancia, evidentemente, aunque no fuera comparable a la quinina, y utilizarla en estado natural, puesto que carecían de medios para extraer su alcaloide, es decir, la salicina.

Cyrus Smith fue él mismo a cortar del tronco de un sauce negro unos trozos de corteza; los llevó a Granite-house, los redujo a polvo, y ese polvo fue administrado esa misma noche a Harbert.

La noche pasó sin incidentes graves. Harbert deliró un poco,

pero no volvió a tener fiebre ni esa noche ni al día siguiente.

Pencroff recuperó alguna esperanza. Gedeon Spilett no decía nada. Cabía la posibilidad de que las intermitencias no fueran diarias, de que la fiebre fuera terciana, en una palabra, de que reapareciera al día siguiente. Así pues, ese día siguiente lo esperaron con la más viva ansiedad.

Podía observarse, además, que durante el período apirético Harbert permanecía como extenuado, con la cabeza embotada y propensión a los mareos. Otro síntoma que asustó muchísimo al reportero: el hígado de Harbert empezaba a congestionarse, y muy pronto un delirio más intenso demostró que su cerebro también se hallaba afectado.

Gedeon Spilett se quedó aterrado ante esa nueva complicación. Llevó al ingeniero aparte y le dijo:

—Es una fiebre perniciosa.

—¡Una fiebre perniciosa! —exclamó Cyrus Smith—. Se equivoca, Spilett. Una fiebre perniciosa no se declara espontáneamente. Hace falta un germen...

—No me equivoco —repuso el reportero—. Harbert debió de contraer ese germen en los pantanos, y no hace falta más. Ya ha sufrido el primer acceso. Si sobreviene el segundo y no conseguimos impedir el tercero... ¡está perdido!

—¿Y la corteza de sauce?

—Es insuficiente —respondió el reportero—, y un tercer acceso de fiebre perniciosa que no se corta con quinina es siempre mortal.

Afortunadamente, Pencroff no había oído esta conversación. Se habría vuelto loco.

Cabe imaginar la inquietud que dominó al ingeniero y el reportero durante todo ese día, 7 de diciembre, y la noche que lo siguió.

Hacia la mitad del día se produjo el segundo acceso. La crisis fue terrible. Harbert se sentía acabado. Tendía los brazos hacia Cyrus Smith, hacia Spilett, hacia Pencroff. ¡No quería morir...!

Aquella escena fue ciertamente desgarradora. Fue necesario alejar a Pencroff.

El acceso duró cinco horas. Era evidente que Harbert no soportaría otro.

La noche fue terrible. En su delirio, Harbert decía cosas que

partían el corazón a sus compañeros. Divagaba, luchaba contra los convictos, llamaba a Ayrton. Suplicaba a ese ser misterioso, a ese protector, ahora desaparecido, cuya imagen lo obsesionaba... Después caía en una profunda postración que lo anulaba por completo... En varias ocasiones, Gedeon Spilett creyó que el pobre muchacho había muerto.

El día siguiente, 8 de diciembre, no fue más que una sucesión de desvanecimientos. Las manos enflaquecidas de Harbert se contraían sobre las sábanas. Le habían administrado más dosis de corteza triturada, pero el reportero ya no esperaba ningún resultado de ese remedio.

—Si antes de mañana por la mañana no le hemos dado un febrífugo más fuerte —dijo el reportero—, Harbert morirá.

Llegó la noche... ¡sin duda la última noche de aquel jovencito valeroso, bueno, inteligente, infinitamente superior a cualquiera de su edad y al que todos querían como a un hijo! El único remedio que existía contra esa terrible fiebre perniciosa, el único específico que podría vencerla no se encontraba en la isla Lincoln.

Durante esa noche del 8 al 9 de diciembre, Harbert sufrió un delirio más intenso. Su hígado estaba horriblemente congestionado, su cerebro se hallaba también afectado, y ya era imposible que reconociera a nadie.

¿Aguantaría hasta el día siguiente, hasta ese tercer acceso que indefectiblemente se lo llevaría? No era probable. Sus fuerzas se habían agotado y, en los intervalos entre las crisis, estaba como inanimado.

Hacia las tres de la madrugada, Harbert profirió un grito terrible y una atroz convulsión le hizo retorcerse. Nab, que estaba junto a él, se precipitó, aterrado, a la habitación contigua, donde velaban sus compañeros.

En ese momento, Top ladró de un modo extraño.

Todos entraron inmediatamente y consiguieron sujetar al muchacho moribundo, que quería saltar de la cama, mientras Gedeon Spilett le tomaba el pulso y notaba que, poco a poco, empezaba a latir más deprisa.

Eran las cinco de la mañana. Los rayos del sol empezaban a penetrar en las habitaciones de Granite-house. Se anunciaba un hermoso día, y ese día iba a ser el último del pobre Harbert...

Un rayo llegó hasta la mesa que estaba situada junto a la cama.

De pronto, Pencroff dejó escapar un grito señalando un objeto que estaba sobre la mesa.

Era una cajita oblonga, en cuya tapa se leían estas palabras:

SULFATO DE QUININA.

XI

Misterio inexplicable – La convalecencia de Harbert – Las partes de la isla por explorar – Preparativos para la marcha – Primera jornada – La noche – Segunda jornada – Los kauris – La pareja de casuarios – Huellas de pasos en el bosque – Llegada al promontorio del Reptil

Gedeon Spilett cogió la caja y la abrió. Contenía alrededor de doscientos granos de un polvo blanco del que se llevó unas partículas a los labios. El amargor extremo de aquella sustancia no podía engañarlo. Era el precioso alcaloide de la quinina, el antipirético por excelencia.

Había que administrar ese polvo a Harbert sin vacilaciones. Cómo había llegado allí era una cuestión que ya debatirían más tarde.

—Café —pidió Gedeon Spilett.

Unos instantes después, Nab llevaba una taza de esa infusión templada. Gedeon Spilett echó unos dieciocho granos de quinina y consiguieron hacer beber a Harbert aquella mezcla.

Todavía estaban a tiempo, pues el tercer acceso de fiebre perniciosa no se había producido.

Y, permítasenos añadir, no se produciría.

Por lo demás, hay que decir que todos habían recobrado la esperanza. La influencia misteriosa había actuado de nuevo, y en un momento crucial, cuando ya no confiaban en ello.

Al cabo de unas horas, Harbert descansaba más plácidamente. Los colonos pudieron comentar entonces el incidente. La intervención del desconocido era más evidente que nunca. Pero ¿cómo había podido entrar durante la noche en Granite-house? Era absolutamente inexplicable, y, en verdad, la forma de proceder del

«genio de la isla» era tan extraña como el propio genio.

Durante ese día le administraron a Harbert el sulfato de quinina aproximadamente cada tres horas.

Al día siguiente, el joven experimentó cierta mejoría. No estaba curado, claro, y había que tener en cuenta que las fiebres intermitentes están sujetas a frecuentes y peligrosas recidivas, pero le prodigaron toda clase de cuidados. Además, el específico estaba allí, y no muy lejos, con toda seguridad, el que lo había llevado. Una inmensa esperanza inundó por fin el corazón de todos.

Esa esperanza no se vio frustrada. Diez días después, el 20 de diciembre, Harbert comenzaba su fase de convalecencia. Todavía estaba débil y se hallaba sometido a una estricta dieta, pero no se había repetido ningún acceso. Además, el dócil muchacho seguía gustoso todas las prescripciones que le imponían. ¡Tenía tantas ganas de curarse...!

Pencroff era como un hombre al que han sacado del fondo de un abismo. Tenía ataques de alegría que rayaban en el delirio. Después de que hubiera quedado descartado que se produjese el tercer acceso, había estrechado al reportero entre sus brazos casi hasta asfixiarlo. Desde entonces, siempre lo llamó doctor Spilett.

Faltaba por descubrir quién era el verdadero doctor.

—Lo descubriremos —repetía el marino.

¡Y desde luego ese hombre, quienquiera que fuese, debía esperar un fuerte abrazo del buen Pencroff!

El mes de diciembre acabó, y con él el año 1867, durante el cual los colonos de la isla Lincoln se habían visto sometidos a duras pruebas. Empezaron el año 1868 con un tiempo magnífico, muchísimo calor, una temperatura tropical, aunque afortunadamente la brisa marina aportaba un soplo de frescor. Harbert volvía a la vida y desde su cama, situada junto a una de las ventanas de Granite-house, aspiraba ese aire salubre, cargado de emanaciones salinas, que le devolvía la salud. Empezaba a comer, y Dios es testigo de los deliciosos platos, ligeros y sabrosos, que le preparaba Nab.

—¡Dan ganas de haber estado moribundo! —decía Pencroff.

Durante todo ese período, los convictos no habían aparecido ni una sola vez en los alrededores de Granite-house. De Ayrton no había noticias, y si bien el ingeniero y Harbert aún tenían alguna

esperanza de volver a verlo, sus compañeros ya no ponían en duda que el desdichado había sucumbido. Sin embargo, esa incertidumbre no podía prolongarse. En cuanto el joven estuviera en condiciones, emprenderían la expedición, cuyo resultado sería crucial. Pero había que esperar quizá un mes, ya que todas las fuerzas de la colonia no serían demasiadas para vencer a los convictos.

Por lo demás, Harbert mejoraba de día en día. La congestión del hígado había desaparecido y las heridas podían considerarse definitivamente cicatrizadas.

Durante ese mes de enero realizaron importantes trabajos en la meseta de Vistagrande, pero consistieron únicamente en salvar lo que era salvable de las cosechas devastadas, tanto de trigo como de legumbres. Recogieron semillas y plantas a fin de utilizarlas para obtener otra cosecha en la siguiente temporada. En cuanto a reconstruir el corral, el molino y los establos, Cyrus Smith prefirió esperar. Mientras sus compañeros y él no hubieran acabado con los convictos, estos podían hacer otra visita a la meseta, y no era cuestión de darles motivo para ejercer de nuevo su oficio de saqueadores e incendiarios. Cuando hubieran limpiado la isla de malhechores, entonces pensarían en reconstruir.

El joven convaleciente había empezado a levantarse la segunda quincena del mes de enero, al principio una hora diaria, luego dos, luego tres... Estaba dotado de una constitución tan vigorosa que recobraba las fuerzas a ojos vista. Tenía entonces dieciocho años. Era alto y todo indicaba que iba a convertirse en un hombre de noble prestancia. A partir de ese momento, su convalecencia, aun exigiendo todavía algunos cuidados —y el doctor Spilett se mostraba muy severo a este respecto—, progresó de manera regular.

Hacia finales de mes, Harbert recorría ya la meseta de Vistagrande y las playas. Unos baños que se dio en el mar, en compañía de Pencroff y Nab, le sentaron de maravilla. Cyrus Smith consideró que ya podía fijar el día de la partida y eligió el 15 de febrero. Las noches, muy claras en esa época del año, serían propicias para la búsqueda que iban a llevar a cabo por toda la isla.

Los preparativos que exigía esa exploración comenzaron, pues, e iban a ser importantes, pues los colonos se habían jurado no volver

a Granite-house antes de haber logrado su doble objetivo: por una parte, acabar con los convictos y encontrar a Ayrton, si aún vivía; por la otra, descubrir al que dirigía tan eficazmente los destinos de la colonia.

Los colonos conocían a fondo toda la costa oriental de la isla Lincoln, desde el cabo de la Zarpa hasta los cabos Mandíbula, los vastos pantanos de las Tadornas, los alrededores del lago Grant, los bosques del Jacamar situados entre el camino del redil y el río de la Misericordia, el curso de este río y el del arroyo Rojo, y finalmente los contrafuertes del monte Franklin, entre los cuales había sido construido el redil.

Habían explorado, aunque solo superficialmente, el vasto litoral de la bahía Washington desde el cabo de la Zarpa hasta el promontorio del Reptil, la franja forestal y pantanosa de la costa oeste y esas interminables dunas que acababan en la boca entreabierta del golfo del Tiburón.

Pero no habían reconocido de ninguna forma las amplias zonas boscosas que cubrían la península Serpentina, toda la orilla derecha del río de la Misericordia, la orilla izquierda del río de la Cascada y esa maraña de contrafuertes y valles que sostenía tres cuartas partes de la base del monte Franklin, al oeste, al norte y al este, donde sin duda existían profundos refugios. Por consiguiente, varios miles de acres de la isla habían escapado todavía a sus investigaciones.

Decidieron, pues, que realizarían la expedición a través del Far-West, a fin de abarcar toda la parte situada en la orilla derecha del río de la Misericordia.

Quizá fuera mejor dirigirse antes al redil, donde era de temer que los convictos se hubieran refugiado de nuevo, bien para saquearlo o bien para instalarse. Pero, o ya era demasiado tarde para evitar la devastación del redil por ser en esos momentos un hecho consumado, o a los convictos les había parecido conveniente atrincherarse allí, en cuyo caso podían esperar para ir a atacarlos a su refugio.

Así pues, tras debatir el asunto, los colonos mantuvieron el primer plan y decidieron ir a través de los bosques hasta el promontorio del Reptil. Avanzarían abriéndose paso a hachazos y de ese modo trazarían un camino de dieciséis o diecisiete millas de longitud que comunicaría Granite-house con el extremo de la

península.

La carreta estaba en perfecto estado. Los onagros, bien descansados, aguantarían un trayecto largo. Víveres, efectos de acampada, cocina portátil y utensilios diversos fueron cargados en la carreta, así como las armas y las municiones escogidas con cuidado en el arsenal ahora completísimo de Granite-house. Pero no había que olvidar que los convictos tal vez anduvieran por los bosques y que, en medio de aquella espesa vegetación, los colonos podían recibir un disparo en cualquier momento. De ahí la necesidad de que la pequeña comitiva permaneciera unida y no se dividiera por ningún motivo.

Decidieron asimismo que no se quedaría nadie en Granite-house. Incluso Top y Jup formarían parte de la expedición. La inaccesible vivienda podía protegerse sola.

El 14 de febrero, víspera de la partida, era domingo. Fue dedicado por completo al descanso y santificado mediante las acciones de gracias que los colonos dirigieron al Creador. Harbert, totalmente curado pero un poco débil todavía, tendría un sitio reservado en la carreta.

Al día siguiente, al amanecer, Cyrus Smith tomó las medidas necesarias para que Granite-house quedara a salvo de una invasión. Llevaron a las Chimeneas las escaleras que tenían antes para subir y las enterraron profundamente en la arena, a fin de poder utilizarlas a su regreso, pues el tambor del ascensor fue desmontado y no quedó nada del aparato. Pencroff se quedó el último en Granite-house para terminar esta tarea, y bajó mediante una cuerda doble que fue retirada cuando él hubo llegado al suelo, de forma que no quedara ninguna comunicación entre el rellano superior y la playa.

Hacía un tiempo magnífico.

—¡Va a hacer un día caluroso! —dijo alegre el reportero.

—¡Bah, doctor Spilett! —contestó Pencroff—. Caminaremos bajo la sombra de los árboles y ni nos enteraremos de que hace sol.

—¡En marcha! —dijo el ingeniero.

La carreta esperaba en la orilla, delante de las Chimeneas. El reportero había exigido que Harbert fuera montado en ella, al menos durante las primeras horas de viaje, y el muchacho tuvo que seguir las prescripciones de su médico.

Nab se puso delante de los onagros. Cyrus Smith, el reportero y

el marino, delante de Nab. Top correteaba alegremente. Harbert había ofrecido a Jup un sitio en su vehículo, y Jup había aceptado sin hacerse de rogar. El momento de partir había llegado y la pequeña comitiva se puso en marcha.

La carreta dobló el ángulo de la desembocadura y, después de haber seguido durante una milla la orilla izquierda del río de la Misericordia, cruzó el puente en cuyo extremo opuesto comenzaba el camino del puerto del Globo. Una vez allí, los exploradores, dejando ese camino a su izquierda, empezaron a adentrarse en los inmensos bosques que formaban la región del Far-West.

Durante las dos primeras millas, los árboles, muy espaciados, permitieron que la carreta circulara sin dificultad; de cuando en cuando había que cortar bejucos y zarzas, pero ningún obstáculo serio detuvo el avance de los colonos.

El denso ramaje de los árboles ofrecía una fresca sombra. Deodaras, abetos de Douglas, casuarinas, banksias, gomeros, dragos y otras especies ya identificadas se sucedían hasta donde alcanzaba la vista. Todas las aves habituales en la isla se encontraban representadas allí: tetraos, jacamares, faisanes, loris y toda la charlatana familia de las cacatúas, las cotorras y los papagayos. Agutíes, canguros y carpinchos corrían entre las hierbas, y todo eso recordaba a los colonos las primeras excursiones que habían hecho al llegar a la isla.

—Pero veo —señaló Cyrus Smith— que estos animales, sean cuadrúpedos o volátiles, se muestran más temerosos que antes. Eso significa que los convictos han recorrido recientemente estos bosques, y seguro que encontramos huellas de su paso.

En efecto, en muchos sitios pudieron reconocer el paso más o menos reciente de un grupo de hombres; árboles con las ramas partidas, quizá para dejar el camino marcado; cenizas de una hoguera apagada y pisadas que algunas partes arcillosas del suelo habían conservado. Pero, en resumidas cuentas, nada que pareciera pertenecer a un campamento estable.

El ingeniero había recomendado a sus compañeros que se abstuvieran de cazar. Las detonaciones de las armas de fuego habrían podido poner sobre aviso a los convictos, que quizá vagaban por el bosque. Además, los cazadores habrían tenido forzosamente que alejarse algo de la carreta, y estaba

terminantemente prohibido caminar solo.

En la segunda mitad del día, aproximadamente a seis millas de Granite-house, el avance empezó a hacerse bastante difícil. En algunos parajes particularmente frondosos, tuvieron que cortar árboles y abrir un camino. Antes de adentrarse en ellos, Cyrus Smith enviaba a Top y a Jup, que cumplían concienzudamente su cometido, y si el perro y el orangután regresaban sin haber señalado nada, es que no había nada que temer, ni de los convictos ni de las fieras, dos clases de individuos del reino animal cuyos feroces instintos los situaban al mismo nivel.

La noche de ese primer día, los colonos acamparon a unas nueve millas de Granite-house, a orillas de un pequeño afluente del río de la Misericordia cuya existencia desconocían y que seguramente estaba unido al sistema hidrográfico al que aquel suelo debía su asombrosa fertilidad.

Los colonos cenaron copiosamente, pues el ejercicio les había abierto el apetito, y tomaron las medidas oportunas para que la noche pasara sin tropiezos. Si solo hubieran tenido que protegerse de los animales feroces, jaguares u otros, el ingeniero simplemente habría encendido fogatas alrededor del campamento; pero las llamas habrían atraído a los convictos, por lo que en este caso era preferible rodearse de profundas tinieblas.

La vigilancia fue escrupulosamente organizada, por parejas que se relevarían cada dos horas. Y como, pese a sus protestas, Harbert fue dispensado de esta tarea, Pencroff y Gedeon Spilett, por una parte, y el ingeniero y Nab, por la otra, montaron guardia por turnos en las proximidades del campamento.

Por lo demás, apenas hubo unas horas de noche. La oscuridad se debía más a la frondosidad de las ramas que a la desaparición del sol. El silencio apenas fue turbado por roncros rugidos de jaguares y chillidos de monos, que parecían irritar especialmente a Jup.

La noche pasó sin incidentes y al día siguiente, 16 de febrero, reanudaron la marcha, más lenta que penosa, a través del bosque.

Ese día solo pudieron recorrer seis millas, pues a cada instante había que abrirse paso con el hacha. Se comportaban como verdaderos *settlers*, colonos, pues dejaban intactos los árboles grandes y bonitos, que por otra parte les habría costado grandes esfuerzos talar, y sacrificaban los pequeños, pero el resultado era un

camino poco rectilíneo, con numerosos rodeos que lo alargaban.

Durante esa jornada, Harbert descubrió especies nuevas que aún no habían visto en la isla, como helechos arborescentes, con palmas colgantes que parecían desparramarse como las aguas de una balsa, y algarrobos, cuyas largas vainas los onagros ramonearon con avidez y que proporcionaron una pulpa dulce de un sabor excelente. Los colonos encontraron también magníficos kauris, dispuestos en grupos y cuyos troncos cilíndricos, coronados por un cono de vegetación, se elevaban a una altura de doscientos pies. Se trataba de los árboles reyes de Nueva Zelanda, tan célebres como los cedros del Líbano.

En cuanto a la fauna, no presentó otras muestras que las que habían visto los cazadores hasta entonces. No obstante, entrevieron, aunque no pudieron acercarse, una pareja de esas grandes aves que habitan en Australia, una especie de casuare a los que llaman emús, que tienen una altura de cinco pies y plumaje pardo, y que pertenecen al orden de las zancudas. Top echó a correr tras ellos a toda la velocidad que le permitían sus patas, pero los casuare, prodigiosamente rápidos, lo dejaron atrás enseguida.

En cuanto a los rastros dejados por los convictos en el bosque, vieron algunos más. Junto a una fogata que parecía haber sido apagada recientemente, los colonos encontraron unas huellas que fueron observadas con extrema atención. Midiendo su longitud y su anchura, dedujeron que pertenecían a cinco hombres distintos. Los cinco convictos habían acampado allí, eso era evidente. Pero no pudieron descubrir —y ese era el objeto de un examen tan minucioso— una sexta huella, que en caso de haber estado habría sido de Ayrton.

—Ayrton no estaba con ellos —dijo Harbert.

—No —dijo Pencroff—. Y si no estaba con ellos, es que esos miserables ya lo han matado. Pero ¿es que esos canallas no tienen un cubil donde podamos darles caza como a tigres?

—No —respondió el reportero—. Es más probable que vayan a la aventura. Les interesa más vagar así hasta que se conviertan en los amos de la isla.

—¡Los amos de la isla! —exclamó el marino—. ¡Los amos de la isla...! —repitió casi sin voz, como si un puño de hierro lo estuviera estrangulando. Luego, en un tono más tranquilo, añadió—: ¿Sabe

con qué bala he cargado mi escopeta, señor Cyrus?

—No, Pencroff.

—Con la bala que atravesó el pecho de Harbert, ¡y le prometo que no fallará!

Pero esa justa venganza no podía devolver la vida a Ayrton, y el examen de las huellas dejadas en el suelo desgraciadamente solo les permitía concluir que no debían seguir abrigando ninguna esperanza de volver a verlo.

Esa noche acamparon a catorce millas de Granite-house y Cyrus Smith calculó que no debían de estar a más de cinco millas del promontorio del Reptil.

Y en efecto, al día siguiente llegaron al extremo de la península, después de haber atravesado el bosque en toda su longitud. Pero ningún indicio había permitido encontrar el lugar donde se habían refugiado los convictos, ni tampoco ese otro, no menos secreto, que albergaba al misterioso desconocido.

XII

*Exploración de la península Serpentina – Acampada en la
desembocadura del río de la Cascada – A seiscientos pasos del
redil – Reconocimiento realizado por Gedeon Spilett y Pencroff –
Su regreso – ¡Todos adelante! – Una puerta abierta – Una
ventana iluminada – A la luz de la luna*

La jornada del día siguiente, 18 de febrero, estuvo dedicada a explorar toda esa parte boscosa que formaba el litoral desde el promontorio del Reptil hasta el río de la Cascada. Los colonos pudieron registrar a fondo aquel bosque, cuya anchura oscilaba entre las tres y las cuatro millas, ya que se extendía entre las dos orillas de la península Serpentina. Los árboles, por su gran altura y su denso ramaje, constituían una prueba de la enorme fertilidad del suelo, más asombrosa allí que en ninguna otra parte de la isla. Parecía un rincón de esas selvas vírgenes de América o del África central, transportado a esa zona media. Lo cual llevaba a admitir que esos soberbios ejemplares encontraban en el suelo, húmedo en la capa superior, pero calentado en su interior por fuegos volcánicos, un calor que no correspondía a un clima templado. Las especies dominantes eran precisamente los kauris y los eucaliptos, que alcanzaban dimensiones gigantescas.

Pero el objetivo de los colonos no era admirar esas maravillas vegetales. Ya sabían que, desde ese punto de vista, la isla Lincoln habría merecido figurar en el grupo de las Canarias, cuyo primer nombre fue el de islas Afortunadas. Ahora, por desgracia, la isla ya no les pertenecía totalmente; otros habían tomado posesión de ella, unos malvados pisoteaban su suelo, y era preciso destruirlos del primero al último.

En la costa occidental no encontraron ningún rastro, por más

concienzudamente que los buscaron. Ni huellas de pies, ni ramas partidas en los árboles, ni cenizas frías, ni campamentos abandonados.

—No me extraña —dijo Cyrus Smith a sus compañeros—. Los convictos llegaron a la isla por la parte de la punta del Pecio e inmediatamente se internaron en los bosques del Far-West, después de haber cruzado el pantano de las Tadornas. Así pues, siguieron más o menos el camino que nosotros tomamos al salir de Granite-house. Eso explica los rastros que hemos visto en el bosque. Pero, al llegar al litoral, los convictos comprendieron que ahí no encontrarían ningún refugio adecuado y fue entonces cuando se dirigieron hacia el norte y descubrieron el redil...

—Adonde quizá han vuelto... —dijo Pencroff.

—No lo creo —contestó el ingeniero—, porque deben de suponer que los buscaremos por esa parte. El redil no es para ellos más que un lugar de aprovisionamiento, no un campamento estable.

—Estoy de acuerdo con Cyrus —dijo el reportero—. En mi opinión, los convictos deben de haber buscado un refugio en medio de los contrafuertes del monte Franklin.

—¡Entonces, señor Cyrus, vayamos directos al redil! —dijo Pencroff—. ¡Tenemos que acabar con ellos, y lo único que hemos hecho hasta ahora es perder el tiempo!

—No, amigo mío —contestó el ingeniero—. Recuerde que nos interesaba saber si en los bosques del Far-West había alguna vivienda. Nuestra exploración tiene un doble objetivo, Pencroff. Si bien, por una parte, debemos castigar el crimen, por la otra, tenemos que cumplir con un deber de gratitud.

—Bien dicho, señor Cyrus —dijo el marino—. Aunque a mí me parece que solo encontraremos a ese caballero si él quiere que lo encontremos.

Y verdaderamente Pencroff no hacía sino expresar la opinión de todos. Era probable que el refugio del desconocido fuera tan misterioso como él mismo.

Esa noche, la carreta se detuvo en la desembocadura del río de la Cascada. Acamparon como de costumbre y tomaron las precauciones habituales. Harbert, convertido de nuevo en el muchacho fuerte y sano que era antes de su enfermedad, aprovechaba ampliamente esa vida al aire libre, entre la brisa del

océano y la atmósfera vivificante de los bosques. Ya no iba en la carreta, sino en la cabeza de la caravana.

Al día siguiente, 19 de febrero, los colonos se apartaron del litoral, en el que, pasada la desembocadura, se amontonaban tan pintorescamente rocas de basalto de infinidad de formas, y remontaron el curso del río por su orilla izquierda. El camino estaba parcialmente despejado gracias a las excursiones anteriores que habían hecho desde el redil hasta la costa oeste. Los colonos se encontraban entonces a una distancia de seis millas del monte Franklin.

El plan del ingeniero era este: observar minuciosamente todo el valle cuya vaguada formaba el lecho del río y acercarse con mucha precaución hasta las proximidades del redil. Si el redil estaba ocupado, tomarlo por la fuerza; si no lo estaba, parapetarse en él y convertirlo en el centro de las operaciones que tendrían por objetivo la exploración del monte Franklin.

Este plan fue unánimemente aprobado por los colonos, que estaban realmente impacientes por recuperar el dominio total de la isla.

Avanzaron, pues, por el estrecho valle que separaba dos de los contrafuertes más poderosos del monte Franklin. Los árboles, muy juntos en las orillas del río, se espaciaban hacia las zonas superiores del volcán. Era un terreno montañoso, bastante accidentado, muy propicio para las emboscadas y por el que se aventuraron con extrema precaución. Top y Jup formaban una avanzadilla que se adentraba a derecha e izquierda en la espesura, rivalizando en inteligencia y habilidad. Pero nada indicaba que las orillas del curso de agua hubieran sido visitadas recientemente, nada anunciaba ni la presencia ni la proximidad de los convictos.

Hacia las cinco de la tarde, la carreta se detuvo a seiscientos pasos aproximadamente del recinto vallado, todavía invisible para los colonos porque una cortina semicircular de grandes árboles lo tapaba.

Su propósito era averiguar si el redil estaba ocupado. Ir hasta allí abiertamente, a plena luz, era exponerse a recibir un disparo, como le había sucedido a Harbert, en caso de que los convictos estuvieran agazapados. Más valía, pues, esperar a que se hiciera de noche.

Sin embargo, Gedeon Spilett quería reconocer sin demora los alrededores del redil y Pencroff, a quien se le estaba agotando la paciencia, se ofreció a acompañarlo.

—No, amigos —dijo el ingeniero—, esperen a que anochezca. No dejaré que ninguno de ustedes se exponga en pleno día.

—Pero, señor Cyrus... —repuso el marino, poco dispuesto a obedecer.

—Por favor, Pencroff —insistió el ingeniero.

—¡Está bien! —dijo el marino, que desahogó su cólera gratificando a los convictos con los calificativos más rudos del repertorio marino.

Los colonos permanecieron, pues, alrededor de la carreta y vigilaron atentamente las partes vecinas del bosque.

Tres horas pasaron así. No corría un soplo de viento y bajo los grandes árboles reinaba un silencio absoluto. El crujido de una ramita, un ruido de pasos sobre las hojas secas o el de un cuerpo rozando las hierbas habrían sido oídos sin dificultad. Todo estaba en calma. Por lo demás, Top, tumbado en el suelo y con la cabeza entre las patas, no manifestaba ningún signo de inquietud.

A las ocho, la tarde les pareció lo suficientemente avanzada para llevar a cabo el reconocimiento en buenas condiciones. Gedeon Spilett se declaró dispuesto a partir en compañía de Pencroff. Cyrus Smith accedió. Top y Jup tuvieron que quedarse con el ingeniero, Harbert y Nab, porque había que evitar que un ladrido o un grito inoportuno delatasen su presencia.

—Actúen con prudencia —recomendó Cyrus Smith al marino y el reportero—. No tienen que tomar posesión del redil, sino solo averiguar si está ocupado o no.

—De acuerdo —dijo Pencroff.

Y los dos hombres se marcharon.

Bajo los árboles, gracias a la frondosidad de su follaje, cierta oscuridad hacía ya invisibles los objetos en un radio de más de treinta o cuarenta pies. El reportero y Pencroff avanzaban con muchísima precaución y se detenían en cuanto un ruido les parecía sospechoso.

Caminaban separados uno de otro para hacer más difícil que posibles disparos dieran en el blanco. Y, todo hay que decirlo, esperaban que en cualquier instante sonara una detonación.

Cinco minutos después de haberse alejado de la carreta, Gedeon Spilett y Pencroff habían llegado a la linde del bosque, frente al claro al fondo del cual se elevaba el recinto vallado.

Se detuvieron. Una vaga luz bañaba todavía el prado, desprovisto de árboles. A treinta pasos se alzaba la puerta del redil, que parecía estar cerrada. Esos treinta pasos que había que recorrer entre la linde del bosque y el cercado constituían, empleando una expresión tomada de la balística, la zona peligrosa. Una o varias balas disparadas desde lo alto de la empalizada derribarían, en efecto, a cualquiera que se aventurase por esa zona.

Gedeon Spilett y el marino no eran hombres de los que retroceden, pero sabían que, si cometían una imprudencia, ellos serían las primeras víctimas, pero los seguirían sus compañeros. Si los mataban a ellos, ¿qué sería de Cyrus Smith, Nab y Harbert?

Pero Pencroff, sobreexcitado al sentirse tan cerca del redil, donde suponía que los convictos se habían refugiado, iba a lanzarse hacia delante cuando el reportero lo retuvo con mano firme.

—Dentro de unos instantes estará totalmente oscuro —susurró Gedeon Spilett al oído de Pencroff— y entonces será el momento de actuar.

Pencroff, apretando convulsivamente la culata de la escopeta, se contuvo y esperó mascullando.

Los últimos resplandores del crepúsculo no tardaron en desaparecer por completo. La sombra que parecía salir del denso bosque invadió el claro. El monte Franklin se alzaba como una enorme pantalla ante el horizonte del ocaso y la oscuridad se hizo total rápidamente, tal como sucede en las regiones situadas en una latitud baja. Había llegado el momento.

El reportero y Pencroff, desde que se habían apostado en la linde del bosque, no habían perdido de vista el recinto vallado. El redil parecía estar absolutamente abandonado. La cresta de la empalizada formaba una línea un poco más oscura que la sombra circundante y se veía totalmente limpia. Sin embargo, si los convictos estuvieran allí, habrían apostado a uno de los suyos para no verse sorprendidos.

Gedeon Spilett apretó la mano de su compañero y los dos avanzaron reptando hacia el redil, con las escopetas preparadas para disparar.

Llegaron a la puerta del cercado sin que un solo trazo de luz hubiera surcado la oscuridad.

Pencroff intentó empujar la puerta, que, tal como el reportero y él habían supuesto, estaba cerrada. Sin embargo, el marino pudo comprobar que las barras exteriores no estaban puestas.

Se podía concluir, por lo tanto, que los convictos ocupaban en ese momento el redil y que probablemente habían atrancado la puerta para que no pudieran forzarla.

Gedeon Spilett y Pencroff prestaron atención.

Ningún ruido en el interior del recinto. Los musmones y las cabras, sin duda dormidos en sus establos, no turbaban en absoluto la calma de la noche.

Al no oír nada, el reportero y el marino se preguntaron si debían entrar en el redil saltando la valla, lo cual era contrario a las instrucciones de Cyrus Smith.

Es cierto que la operación podía ser un éxito, pero también era posible que fracasara. Y, puesto que los convictos no sospechaban nada, puesto que no tenían conocimiento de la expedición organizada contra ellos, puesto que en ese momento existía una posibilidad de sorprenderlos, ¿debían comprometer esa posibilidad aventurándose irreflexivamente a saltar la empalizada?

El periodista creyó que no. Le pareció razonable esperar a que estuvieran todos reunidos para intentar entrar en el redil. Lo que era seguro es que podían llegar hasta la empalizada sin ser vistos y que el recinto no parecía estar vigilado. Una vez establecido ese punto, no había más que volver a la carreta y allí pensarían lo que convenía hacer.

Probablemente Pencroff compartía esta manera de ver las cosas, pues no se resistió a seguir al reportero cuando este se replegó hacia el bosque.

Unos minutos después, el ingeniero era puesto al corriente de la situación.

—Bien —dijo después de haber reflexionado—, ahora tengo razones para creer que los convictos no están en el redil.

—Lo sabremos con seguridad cuando hayamos saltado la empalizada —contestó Pencroff.

—¡Al redil, amigos míos! —dijo Cyrus Smith.

—¿Dejamos la carreta en el bosque? —preguntó Nab.

—No —respondió el ingeniero—, es nuestro furgón de municiones y de víveres, y en caso necesario, nos servirá de parapeto.

—¡Adelante, entonces! —dijo Gedeon Spilett.

La carreta salió del bosque y empezó a rodar sin hacer ruido hacia la empalizada. La oscuridad era profunda, y el silencio, tan absoluto como en el momento en que Pencroff y el reportero se habían alejado reptando por el suelo. La espesa hierba ahogaba por completo el ruido de los pasos.

Los colonos estaban preparados para disparar. Jup, por orden de Pencroff, iba detrás. Nab llevaba a Top atado con una correa para que no se precipitara hacia delante.

El claro apareció enseguida. Estaba desierto. La pequeña comitiva se dirigió sin vacilar hacia el cercado y recorrió rápidamente la zona peligrosa. No sonó ningún disparo. La carreta se detuvo cuando llegó ante la empalizada. Nab se quedó delante de los onagros para controlarlos. El ingeniero, el reportero, Harbert y Pencroff se dirigieron entonces hacia la puerta, a fin de ver si estaba atrancada por dentro.

¡Uno de los batientes estaba abierto!

—Pero ¿no habían dicho que...? —preguntó el ingeniero volviéndose hacia el marino y Gedeon Spilett.

Los dos estaban estupefactos.

—¡Por mi salvación que esa puerta estaba cerrada hace un momento! —dijo Pencroff.

Los colonos tuvieron unos instantes de vacilación. ¿Estaban, entonces, los convictos en el redil cuando Pencroff y el reportero habían hecho el reconocimiento del terreno? No cabía duda, puesto que la puerta estaba cerrada y solo podían haberla abierto ellos. ¿Estaban todavía allí, o uno de los suyos acababa de salir?

Todos se hicieron mentalmente estas preguntas, pero ¿cómo responder a ellas?

En ese momento, Harbert, que había avanzado unos pasos por el interior del recinto, retrocedió precipitadamente y cogió de la mano a Cyrus Smith.

—¿Qué pasa? —preguntó el ingeniero.

—¡Una luz!

—¿Dentro de la casa?

—Sí.

Los cinco avanzaron hacia la puerta y, efectivamente, a través de los cristales de la ventana que tenían enfrente vieron oscilar un débil resplandor.

Cyrus Smith no lo pensó dos veces.

—Encontrar a los convictos encerrados en esa casa y desprevenidos es una oportunidad única —dijo a sus compañeros—. ¡Son nuestros! ¡A por ellos!

Los colonos penetraron en el recinto con las escopetas preparadas para disparar. Habían dejado fuera la carreta, bajo la vigilancia de Jup y Top, atados a ella por prudencia.

Cyrus Smith, Pencroff y Gedeon Spilett por un lado, y Harbert y Nab por el otro, observaron, siguiendo la empalizada, esa parte del redil, que estaba absolutamente oscura y desierta.

En unos instantes llegaron todos a la casa y se encontraron delante de la puerta, que estaba cerrada.

Cyrus Smith hizo a sus compañeros una seña con la mano indicándoles que no se movieran y se acercó al cristal, débilmente iluminado por la luz interior.

Escudriñó la habitación única que formaba la planta baja de la casa.

Sobre la mesa brillaba un farol encendido. Junto a la mesa estaba la cama donde antes dormía Ayrton.

Sobre la cama reposaba el cuerpo de un hombre.

De repente, Cyrus Smith retrocedió.

—¡Ayrton! —exclamó con voz sofocada.

Inmediatamente, la puerta fue, más que abierta, derribada, y los colonos entraron precipitadamente en la habitación.

Ayrton parecía dormido. Su rostro presentaba muestras de haber soportado largos y crueles sufrimientos. Tenía heridas en las muñecas y los tobillos.

Cyrus Smith se inclinó sobre él.

—¡Ayrton! —dijo el ingeniero, asiendo de un brazo al hombre al que acababa de encontrar en unas circunstancias tan inesperadas.

Al oír la llamada, Ayrton abrió los ojos y miró a Cyrus Smith y a los demás.

—¿Ustedes? —dijo—. ¿Son ustedes?

—¡Ayrton! ¡Ayrton! —repitió Cyrus Smith.

—¿Dónde estoy?

—En la casa del redil.

—¿Solo?

—Sí.

—¡Pero van a venir! —exclamó Ayrton—. ¡Defiéndanse!
¡Defiéndanse!

Y acto seguido cayó sobre la cama, extenuado.

—Spilett —dijo entonces el ingeniero—, pueden atacarnos de un momento a otro. Vayan a por la carreta y métenla en el redil. Luego atranquen la puerta y vuelvan aquí.

Pencroff, Nab y el reportero se apresuraron a ejecutar las órdenes del ingeniero. No había que perder ni un instante. ¡Quizá la carreta había caído ya en manos de los convictos!

El reportero y sus dos compañeros atravesaron rápidamente el redil y llegaron a la puerta, al otro lado de la cual se oía a Top emitir gruñidos sordos.

El ingeniero, dejando un momento a Ayrton solo, salió de la casa preparado para hacer fuego. Harbert iba a su lado. Vigilaban la cresta del contrafuerte que dominaba el redil. Si los convictos estaban emboscados allí, podían matar a los colonos uno tras otro.

En ese momento, la luna apareció por el este sobre la negra cortina del bosque y una blanca capa de luz se extendió por el interior del recinto. Todo el redil, con sus grupos de árboles, el pequeño curso de agua que lo regaba y su amplio tapiz de hierbas, quedó iluminado. Por el lado de la montaña, la casa y una parte de la empalizada destacaban en blanco. En la parte opuesta, hacia la puerta, el cercado permanecía oscuro.

No tardó en aparecer una masa negra. Era la carreta, que entraba en el círculo de luz, y Cyrus Smith pudo oír el ruido de la puerta mientras sus compañeros la cerraban y aseguraban sólidamente sus batientes por el interior.

Pero, en ese momento, Top rompió violentamente la correa ladrando con furia y salió disparado hacia el fondo del redil, a la derecha de la casa.

—¡Atención, amigos! ¡Apunten! —gritó Cyrus Smith.

Los colonos se prepararon para hacer fuego. Top seguía ladrando y Jup, corriendo hacia el perro, empezó a emitir unos silbidos agudos.

Los colonos lo siguieron y llegaron a la orilla del riachuelo, sombreada por grandes árboles.

Y allí, a plena luz, ¿qué vieron?

¡Cinco cuerpos tendidos en el suelo!

Eran los de los convictos que habían desembarcado cuatro meses antes en la isla Lincoln.

XIII

*El relato de Ayrton – Planes de sus antiguos cómplices – Su
instalación en el redil – El justiciero de la isla Lincoln – El
Buenaventura – Búsqueda alrededor del monte Franklin – Los
valles superiores – Ruidos subterráneos – Respuesta de Pencroff –
Al fondo del cráter – Regreso*

¿Qué había sucedido? ¿Quién había matado a los convictos? ¿Ayrton? No, puesto que un instante antes temía que volvieran.

Pero Ayrton se encontraba entonces sumido en un profundo sopor del que fue imposible sacarlo. Después de las pocas palabras que había pronunciado, una modorra irresistible se había apoderado de él y estaba tumbado en la cama, totalmente inmóvil.

Los colonos, sin saber qué pensar y sobreexcitados, esperaron toda la noche sin salir de la casa de Ayrton, sin volver al lugar donde yacían los cuerpos de los convictos. Sobre las circunstancias en las que estos habían hallado la muerte, lo más probable es que Ayrton no pudiera decirles nada, puesto que ni siquiera sabía que él mismo estaba en la casa del redil. Pero al menos podría contarles los hechos que habían precedido a esa terrible ejecución.

Al día siguiente, Ayrton salió de ese sopor y sus compañeros le demostraron cordialmente la gran alegría que sentían de volver a verlo, más o menos sano y salvo, después de ciento cuatro días de separación.

Ayrton contó entonces en pocas palabras lo que había pasado, o por lo menos lo que él sabía.

Al día siguiente de su llegada al redil, el 10 de noviembre, al caer la noche fue sorprendido por los convictos, que habían saltado la empalizada. Estos lo ataron y lo amordazaron antes de llevarlo a una caverna oscura, al pie del monte Franklin, donde se habían

refugiado.

Habían decidido matarlo, pero, al día siguiente, cuando se disponían a hacerlo, uno de los convictos lo reconoció y lo llamó por el nombre que utilizaba en Australia. Aquellos miserables querían matar a Ayrton, pero respetaron a Ben Joyce.

A partir de ese momento, Ayrton estuvo expuesto a las obsesiones de sus antiguos cómplices, que querían que se uniera de nuevo a su causa y contaban con él para apoderarse de Granite-house, para penetrar en esa morada inaccesible, para hacerse amos de la isla después de haber asesinado a los colonos.

Ayrton resistió. El ex convicto, arrepentido y perdonado, habría muerto antes que traicionar a sus compañeros.

Ayrton, atado, amordazado, vigilado, vivió en aquella caverna durante cuatro meses.

Sin embargo, los convictos habían descubierto el redil al poco de llegar a la isla y desde entonces vivían de sus reservas, aunque no lo habitaban. El 11 de noviembre, dos de los bandidos, inopinadamente sorprendidos por la llegada de los colonos, dispararon contra Harbert. Uno de ellos volvió jactándose de haber matado a uno de los habitantes de la isla, pero volvió solo. Su compañero, como sabemos, había caído apuñalado por Cyrus Smith.

¡Cuál no sería la inquietud y la desesperación experimentadas por Ayrton al enterarse de la noticia de la muerte de Harbert! ¡Los colonos no eran ya más que cuatro y estaban, por así decirlo, a merced de los convictos!

Después de este suceso, y durante todo el tiempo que los colonos, retenidos por la enfermedad de Harbert, permanecieron en el redil, los piratas continuaron ocupando la caverna; ni siquiera después de haber saqueado la meseta de Vistagrande les pareció prudente abandonarla.

Los malos tratos infligidos a Ayrton se incrementaron. Sus manos y sus pies todavía conservaban las marcas ensangrentadas de las ataduras que lo tenían inmovilizado día y noche. Esperaba de un momento a otro la muerte, a la que no parecía que pudiera escapar.

Las cosas fueron así hasta la tercera semana de febrero. Los convictos, siempre atentos a una ocasión favorable, raramente se alejaron de su refugio y solo hicieron algunas partidas de caza, bien por el interior de la isla o bien hasta la costa meridional. Ayrton no

tenía noticias de sus amigos y no confiaba en volver a verlos.

Finalmente, el desdichado, debilitado por los malos tratos, cayó en una postración profunda que le impedía ver y oír. Así pues, a partir de ese momento, es decir, desde hacía dos días, no sabía lo que había pasado.

—Pero, señor Smith —añadió—, si estaba encerrado en esa caverna, ¿cómo es que ahora me encuentro en el redil?

—¿Y cómo es que los convictos están tendidos ahí fuera, muertos, en medio del cercado? —repuso el ingeniero.

—¡Muertos! —exclamó Ayrton, incorporándose a medias pese a su debilidad.

Sus compañeros lo sostuvieron. Ayrton quiso levantarse. Le dejaron hacerlo y se dirigieron todos hacia el riachuelo.

Ya había salido el sol.

Allí, en la orilla, en la posición en que los había sorprendido una muerte que debía de haber sido fulminante, yacían los cinco cadáveres de los convictos.

Ayrton estaba aterrado. Cyrus Smith y sus compañeros lo miraban sin pronunciar una palabra.

Obedeciendo a una indicación del ingeniero, Nab y Pencroff se acercaron a los cuerpos, ya rígidos por el frío.

A simple vista, no presentaban ninguna herida.

Tan solo después de haberlos examinado minuciosamente, Pencroff vio en la frente de uno, en el pecho de otro, en la espalda de este y en el hombro de aquel un puntito rojo, una especie de contusión apenas visible y cuyo origen era imposible identificar.

—Ahí es donde los hirieron de muerte —dijo Cyrus Smith.

—Pero ¿con qué arma? —preguntó el reportero.

—Un arma fulminante que no conocemos.

—¿Y quién los ha matado? —preguntó Pencroff.

—El justiciero de la isla —respondió Cyrus Smith—, el que le ha trasladado aquí, Ayrton, aquel cuyo poder acaba de manifestarse de nuevo, el que hace por nosotros todo lo que no podemos hacer nosotros mismos y que, una vez hecho, se escabulle.

—¡Entonces, busquémoslo! —dijo Pencroff.

—Sí, busquémoslo —contestó Cyrus Smith—, pero solo encontraremos al ser misterioso que realiza tales prodigios si por fin tiene a bien salir a la luz.

Esa protección invisible, que reducía a la nada su propia acción, irritaba e impresionaba a la vez al ingeniero. La inferioridad relativa que constataba era de las que podía hacer que un alma orgullosa se sintiese herida. Una generosidad que se las arreglaba para eludir toda muestra de agradecimiento delataba una especie de desdén hacia los agradecidos, lo que, para Cyrus Smith, hasta cierto punto estropeaba el premio de la buena acción.

—Busquemos —repitió—, y quiera Dios que se nos permita un día demostrarle a ese protector altanero que no está tratando con unos ingratos. ¡Qué no daría yo por que pudiésemos pagar la deuda que tenemos con él haciéndole, aunque fuera a costa de nuestra vida, algún servicio señalado!

Desde aquel día, esa búsqueda fue la única preocupación de los habitantes de la isla Lincoln. Todo los empujaba a descubrir la clave de ese enigma, clave que no podía ser sino el nombre de alguien dotado de un poder realmente inexplicable y en cierta manera sobrehumano.

Al cabo de un momento, los colonos volvieron a la casa del redil, donde sus cuidados devolvieron rápidamente a Ayrton su energía moral y física.

Nab y Pencroff transportaron los cadáveres de los convictos al bosque, a cierta distancia del redil, y los enterraron a bastante profundidad.

Luego pusieron a Ayrton al corriente de los hechos que habían acontecido durante su secuestro. Entonces se enteró de las vicisitudes de Harbert y de las pruebas por las que habían pasado los colonos. En cuanto a estos, ya no esperaban volver a ver a Ayrton y temían que los convictos lo hubieran matado despiadadamente.

—Y ahora —dijo Cyrus Smith al terminar su relato— nos queda un deber por cumplir. Hemos hecho la mitad de nuestra tarea, pero, si bien ya no tenemos que temer a los convictos, no es a nosotros a quien debemos haber recuperado el control de la isla.

—¡Pues registremos todo ese laberinto de contrafuertes del monte Franklin! —propuso Gedeon Spilett—. ¡No dejemos ni una cavidad, ni un agujero sin explorar! ¡Ah, amigos míos, si un reportero se ha encontrado alguna vez ante un misterio emocionante, ese soy yo!

—Y no volveremos a Granite-house —dijo Harbert— hasta que hayamos encontrado a nuestro benefactor.

—Sí —dijo el ingeniero—, haremos todo lo que humanamente es posible hacer... pero, lo repito, solo lo encontraremos si él lo permite.

—¿Nos quedamos en el redil? —preguntó Pencroff.

—Quedémonos —respondió Cyrus Smith—. Hay abundantes provisiones y estamos en el centro de nuestro círculo de investigaciones. Además, si es necesario, con la carreta se puede ir rápidamente a Granite-house.

—Bien —dijo el marino—. Solo quisiera hacer una observación.

—¿De qué se trata?

—El verano avanza, y no debemos olvidar que tenemos que hacer una travesía.

—¿Una travesía? —dijo Gedeon Spilett.

—Sí, a la isla Tabor —respondió Pencroff—. Es preciso llevar un mensaje donde se indique la situación de nuestra isla, en la que se encuentra actualmente Ayrton, por si el yate escocés viniera a buscarlo. ¡Quién sabe si no es ya demasiado tarde!

—Pero, Pencroff, ¿cómo piensa hacer esa travesía? —preguntó Ayrton.

—En el *Buenaventura*.

—¡El *Buenaventura*! —exclamó Ayrton—. Ya no existe...

—¿Mi *Buenaventura* no existe? —dijo Pencroff gritando de indignación.

—No —respondió Ayrton—. Los convictos lo descubrieron en el pequeño puerto hace apenas ocho días, se hicieron a la mar y...

—¿Y qué? —preguntó Pencroff con el corazón palpitante.

—Y, como no contaban con Bob Harvey para maniobrar, encallaron en las rocas y la embarcación quedó totalmente destrozada.

—¡Miserables! ¡Bandidos! ¡Canallas! —exclamó Pencroff.

—Pencroff —dijo Harbert, cogiéndole la mano al marino—, haremos otro *Buenaventura*, uno más grande. ¡Tenemos todos los herrajes y todo el aparejo del bergantín a nuestra disposición!

—Pero ya sabes que hacen falta por lo menos cinco o seis meses para construir una embarcación de entre treinta y cuarenta toneladas...

—Dedicaremos el tiempo necesario —dijo el reportero— y renunciaremos a hacer la travesía a la isla Tabor este año.

—¡Qué le vamos a hacer, Pencroff! No hay más remedio que resignarse —dijo el ingeniero—. Espero que este retraso no nos perjudique.

—¡Ah, mi *Buenaventura*, mi pobre *Buenaventura*! —se lamentó Pencroff, realmente consternado por la pérdida de su embarcación, de la que tan orgulloso estaba.

La destrucción del *Buenaventura* era, evidentemente, un hecho lamentable para los colonos, y acordaron que esa pérdida debía ser reparada cuanto antes. Una vez establecido esto, se ocuparon exclusivamente de llevar a cabo la exploración de los rincones más recónditos de la isla.

La búsqueda comenzó ese mismo día, 19 de febrero, y duró una semana entera. La base de la montaña, entre sus contrafuertes y sus numerosas ramificaciones, formaba un laberinto de valles dispuesto de forma harto caprichosa. Era, evidentemente, allí, al fondo de aquellas estrechas gargantas, tal vez incluso en el interior del macizo del monte Franklin, donde convenía proseguir la búsqueda. Ninguna parte de la isla habría sido más apropiada para ocultar una vivienda cuyo ocupante deseara que nadie lo viese. Pero era tal la maraña de contrafuertes que Cyrus Smith tuvo que proceder a explorarlos siguiendo un riguroso método.

Los colonos recorrieron primero todo el valle que se abría al sur del volcán y que recogía las primeras aguas del río de la Cascada. Ahí, Ayrton les mostró la caverna donde se habían refugiado los convictos y en la que él había estado secuestrado hasta su traslado al redil. Esa caverna se hallaba exactamente en el mismo estado en el que Ayrton la había dejado. En ella encontraron cierta cantidad de municiones y de víveres que los convictos habían llevado con la intención de constituir una reserva.

Todo el valle que desembocaba en la gruta, sombreado por bonitos árboles entre los que predominaban las coníferas, fue minuciosamente explorado, y después de haber llegado al extremo del contrafuerte sudoeste, los colonos se adentraron en una garganta más estrecha que comenzaba en ese amontonamiento tan pintoresco de rocas basálticas del litoral.

Allí no había tantos árboles. La piedra reemplazaba a la hierba.

Las cabras salvajes y los musmones triscaban entre las rocas. Ahí empezaba la parte árida de la isla. Ya se veía que, de los numerosos valles que se ramificaban en la base del monte Franklin, solo tres eran arbolados y ricos en pastos como el del redil, que limitaba al oeste con el valle del río de la Cascada, y al este con el valle del arroyo Rojo. Esos dos arroyos, transformados más abajo en ríos gracias a la incorporación de algunos afluentes, se formaban con todas las aguas de la montaña y determinaban la fertilidad de su porción meridional. En cuanto al río de la Misericordia, era alimentado más directamente por abundantes fuentes, perdidas bajo la masa forestal del bosque del Jacamar, y eran asimismo fuentes de esa naturaleza las que, esparciéndose en multitud de hilillos, irrigaban el suelo de la península Serpentina.

Esos tres valles en los que el agua no faltaba podrían haber servido de refugio a una persona solitaria, que habría encontrado en ellos todo lo necesario para vivir. Pero los colonos ya los habían explorado y en ninguna parte habían podido constatar la presencia del hombre.

¿Era, pues, al fondo de esas gargantas áridas, en medio de los desprendimientos de rocas, en los ásperos barrancos del norte, entre las coladas de lava donde encontrarían ese refugio y a su ocupante?

La parte norte del monte Franklin se componía únicamente, en su base, de dos valles anchos, poco profundos, aparentemente sin vegetación, sembrados de bloques erráticos, estriados por largas morrenas, cubiertos de lava, accidentados por grandes tumoraciones minerales salpicadas de obsidiana y labradorita. Esa parte exigió una difícil e interminable exploración. Había innumerables cavidades, sin duda poco confortables, pero totalmente ocultas y de difícil acceso. Los colonos se internaron incluso en oscuros túneles que databan de la época plutónica, todavía ennegrecidos por el paso de fuegos antiguos y que se hundían en el macizo del monte. Recorrieron esas oscuras galerías alumbrándose con antorchas de resina, registraron hasta las más pequeñas cavidades, sondearon hasta las profundidades menos relevantes. Pero en todas partes encontraban silencio y oscuridad. No parecía que a ningún ser humano lo hubieran llevado jamás sus pasos a esos antiguos corredores, que su brazo hubiera desplazado jamás uno solo de aquellos bloques. Estaban tal como el volcán los había proyectado

por encima de las aguas en la época en que la isla había emergido.

Sin embargo, si bien aquellas substrucciones parecían completamente desiertas, si bien la oscuridad era en ellas total, Cyrus Smith se vio obligado a reconocer que no reinaba un silencio absoluto.

Al llegar al fondo de una de esas oscuras cavidades, que se prolongaban a lo largo de varios cientos de pies por el interior de la montaña, le sorprendió oír unos ruidos sordos cuya intensidad se veía incrementada por la sonoridad de las rocas.

Gedeon Spilett, que lo acompañaba, oyó también esos lejanos murmullos que indicaban un reavivamiento de los fuegos subterráneos. Ambos los escucharon atentamente varias veces y estuvieron de acuerdo en que una reacción química estaba produciéndose en las entrañas del suelo.

—¿Acaso el volcán no está totalmente extinguido? —preguntó el reportero.

—Es posible que, después de que exploráramos el cráter —respondió Cyrus Smith—, haya tenido lugar una reactivación en las capas inferiores. Todo volcán, aunque se considere apagado, evidentemente puede entrar de nuevo en actividad.

—Pero, si estuviera preparándose una erupción del monte Franklin, ¿no sería peligroso para la isla Lincoln? —preguntó Gedeon Spilett.

—No lo creo —contestó el ingeniero—. El cráter, es decir, la válvula de seguridad, existe, y por lo tanto, el exceso de vapores y de lava escapará, como lo hacía antaño, por su exutorio habitual.

—¡A no ser que esa lava abra un nuevo paso hacia las partes fértiles de la isla!

—¿Por qué habría de hacerlo, querido Spilett? —repuso Cyrus Smith—. ¿Por qué no habría de seguir el camino que tiene naturalmente trazado?

—¡Pues porque los volcanes son caprichosos! —contestó el reportero.

—Tenga en cuenta —dijo el ingeniero— que la inclinación de todo el macizo del monte Franklin favorece el derramamiento de las materias hacia los valles que estamos explorando en este momento. Sería preciso que un terremoto cambiara el centro de gravedad de la montaña para que ese derramamiento se modificara.

—Pero en estas condiciones siempre es una posibilidad que se produzca un terremoto —insistió Gedeon Spilett.

—Siempre —contestó el ingeniero—, sobre todo cuando las fuerzas subterráneas empiezan a despertar y las entrañas del globo pueden estar obstruidas tras un largo descanso. Así pues, mi querido Spilett, una erupción sería para nosotros un hecho grave y sería muy preferible que este volcán no tuviera la veleidad de despertarse. Pero no podemos hacer nada para evitarlo, ¿verdad? En cualquier caso, pase lo que pase, no creo que nuestros dominios de Vistagrande puedan estar seriamente amenazados. Entre ellos y la montaña, el suelo está considerablemente deprimido, y si la lava se dirigiera hacia el lago, caería sobre las dunas y las zonas vecinas del golfo del Tiburón.

—Todavía no hemos visto en la cima del monte ninguna columna de humo que indique una próxima erupción —dijo Gedeon Spilett.

—No —contestó Cyrus Smith—, precisamente ayer estuve observando la cima y no sale ningún vapor del cráter. Pero es posible que, a lo largo del tiempo, en la parte inferior de la chimenea se hayan acumulado rocas, cenizas y lava endurecida, y que esa válvula de la que hablaba antes esté momentáneamente demasiado cargada. Pero en cuanto los gases ejerzan la menor presión, todo obstáculo desaparecerá, y puede estar seguro, querido Spilett, que ni la isla, que es la caldera, ni el volcán, que es la chimenea, estallarán. No obstante, insisto en que valdría más que no hubiera erupción.

—Sin embargo, está claro que se oyen ruidos sordos en las entrañas mismas del volcán —insistió el reportero.

—Así es —dijo el ingeniero, escuchando de nuevo con extrema atención—, no cabe ninguna duda... Ahí está produciéndose una reacción, y no estamos en condiciones de evaluar ni su importancia ni su resultado definitivo.

Una vez en el exterior, Cyrus Smith y Gedeon Spilett se reunieron con sus compañeros, a los que pusieron al corriente de la situación.

—¡Vaya! —exclamó Pencroff—. ¡Así que el volcán quiere hacer de las suyas! ¡Pues que lo intente y tendrá que vérselas con su señor!

—¿De quién hablas? —preguntó Nab.

—De nuestro genio, Nab, de nuestro genio, que le amordazará el cráter solo con que haga amago de abrirlo.

Como se ve, la confianza del marino en el dios especial de su isla era absoluta, y había que reconocer que el poder oculto que se había manifestado hasta entonces mediante tantos actos inexplicables parecía no tener límites. Pero también supo escapar a la minuciosa búsqueda de los colonos, pues, pese a todos sus esfuerzos, pese al celo o, más que celo, la tenacidad con que habían llevado a cabo la exploración, el extraño refugio no pudo ser descubierto.

Del 19 al 25 de febrero, el círculo de la búsqueda fue ampliado a toda la región septentrional de la isla Lincoln, cuyos más recónditos rincones fueron registrados. Los colonos llegaron a perforar las paredes rocosas, como hace la policía con las de una casa sospechosa. El ingeniero incluso trazó un plano exacto de la montaña y llevó su registro hasta las últimas capas que la sostenían. La exploraron también minuciosamente a la altura del cono truncado en que terminaba el primer rellano de las rocas, y luego hasta la arista superior de ese enorme sombrero al fondo del cual se abría el cráter.

Hicieron todavía más: visitaron el abismo, todavía apagado, pero en cuyas profundidades se oían claramente ruidos. Sin embargo, ni rastro de humo, ni rastro de vapor, ni rastro de calentamiento de la pared que indicaran una próxima erupción. Y ni allí ni en ninguna otra parte del monte Franklin encontraron los colonos huellas del hombre que buscaban.

Entonces dirigieron la búsqueda hacia toda la región de las dunas. Examinaron atentamente las altas murallas de lava del golfo del Tiburón, de abajo arriba, pese a que resultó enormemente difícil llegar al nivel mismo del golfo. ¡Nada! ¡Nadie!

Finalmente, esas dos palabras resumieron tantos esfuerzos inútilmente realizados, tanta obstinación sin ningún resultado, y había como una especie de cólera en el desengaño de Cyrus Smith y de sus compañeros.

No hubo más remedio, pues, que pensar en volver, porque esa búsqueda no podía continuar indefinidamente. Los colonos estaban realmente autorizados a creer que el ser misterioso no residía en la

superficie de la isla, y entonces sus imaginaciones sobreexcitadas elaboraron las hipótesis más descabelladas. Pencroff y Nab, en particular, ya no se limitaban a creer en algo extraordinario y se dejaban llevar al mundo de lo sobrenatural.

El 25 de febrero, los colonos estaban de vuelta en Granite-house y, utilizando la doble cuerda, enviada mediante una flecha al rellano de la puerta, restablecieron la comunicación entre sus dominios y el suelo.

Un mes más tarde, el vigésimo quinto día de marzo, celebraban el tercer aniversario de su llegada a la isla Lincoln.

XIV

*Han pasado tres años – La cuestión del nuevo barco – La
decisión adoptada – Prosperidad de la colonia – El astillero – Los
fríos del hemisferio austral – Pencroff se resigna – La colada – El
monte Franklin*

Tres años habían pasado desde que los prisioneros de Richmond habían escapado, y cuántas veces, durante esos tres años, hablaron de la patria, siempre presente en su pensamiento.

No ponían en duda que la guerra civil hubiera terminado y les parecía imposible que la justa causa del Norte no hubiera vencido. Pero ¿qué incidentes se habían producido en esa terrible guerra? ¿Cuánta sangre había costado? ¿Qué amigos suyos habían sucumbido en la lucha? De todo eso hablaban a menudo, sin vislumbrar aún el día en que les sería dado ver de nuevo su país. Regresar, aunque solo fuera unos días, restablecer el vínculo social con el mundo habitado, comunicar su patria y su isla, y después pasar la mayor parte de su existencia, quizá la mejor, en esa colonia que habían fundado y que dependería entonces de la metrópoli, ¿era eso un sueño irrealizable?

Lo cierto es que ese sueño solo había dos maneras de hacerlo realidad: o bien un barco aparecía un día en las aguas de la isla Lincoln, o bien los colonos construían ellos mismos una embarcación suficientemente fuerte para resistir la navegación hasta la tierra más cercana.

—A no ser —decía Pencroff— que nuestro genio nos proporcione los medios para repatriarnos.

Y realmente, si les hubieran dicho a Pencroff y a Nab que un barco de trescientas toneladas los esperaba en el golfo del Tiburón o en el puerto del Globo, ni siquiera habrían hecho un gesto de

sorpresa. En ese orden de ideas, nada les parecía increíble.

Pero Cyrus Smith, menos crédulo, les aconsejó que volvieran a la realidad, y lo hizo al tratar el asunto de la construcción de un barco, tarea verdaderamente urgente, pues había que depositar lo antes posible en la isla Tabor un mensaje en el que se indicara la nueva residencia de Ayrton.

Dado que el *Buenaventura* ya no existía, serían necesarios al menos seis meses para construir un barco nuevo. Y como estaba llegando el invierno, no podrían hacer el viaje antes de la siguiente primavera.

—Así que tenemos tiempo para estar preparados cuando llegue el verano —dijo el ingeniero, que hablaba de estas cosas con Pencroff—. Yo creo, amigo mío, que, puesto que tenemos que hacer otra embarcación, es preferible que sea de dimensiones mayores. La llegada del yate escocés a la isla Tabor es muy problemática. Es posible incluso que haya venido hace varios meses y se haya marchado después de haber buscado en vano algún rastro de Ayrton. ¿No sería oportuno, pues, construir un barco que, llegado el caso, pudiera llevarnos a los archipiélagos polinesios o a Nueva Zelanda? ¿Qué opina usted?

—Yo creo, señor Cyrus —respondió el marino—, que usted es tan capaz de construir un barco grande como uno pequeño. Tenemos madera y herramientas. No es más que una cuestión de tiempo.

—¿Y cuántos meses exigiría la construcción de un barco de unas doscientas cincuenta o trescientas toneladas? —preguntó Cyrus Smith.

—Por lo menos siete u ocho meses —respondió Pencroff—. Pero no hay que olvidar que el invierno se acerca y que cuando hace mucho frío la madera es difícil de trabajar. Contemos, pues, con unas semanas de inactividad, y si nuestra embarcación está acabada para el próximo mes de noviembre, tendremos que considerarnos muy dichosos.

—Bien —dijo Cyrus Smith—, esa sería precisamente la época favorable para emprender una travesía de cierta importancia, ya sea a la isla Tabor o a una tierra más lejana.

—En efecto, señor Cyrus —contestó el marino—. Usted haga los planos; los obreros están a punto, y supongo que Ayrton podrá

echarnos una mano que nos vendrá muy bien.

Los colonos, tras ser consultados, aprobaron el proyecto del ingeniero, y era en verdad lo mejor que se podía hacer. Es cierto que la construcción de un barco de entre doscientas y trescientas toneladas era una ingente tarea, pero los colonos tenían una confianza en sí mismos sobradamente justificada por los éxitos ya obtenidos.

Por consiguiente, Cyrus Smith se ocupó de trazar el plano del barco y de determinar su gálibo. Mientras tanto, sus compañeros se dedicaron a talar y transportar los árboles que debían proporcionar las curvas, las cuadernas y el tablazón. En el bosque del Far-West fue donde consiguieron los mejores ejemplares de robles y olmos. Aprovecharon el paso abierto durante la última excursión para hacer un camino practicable, que tomó el nombre de camino del Far-West, y llevaron los árboles a las Chimeneas, donde se montó el astillero. En cuanto al camino en cuestión, tenía un trazado caprichoso, determinado en cierta medida por los troncos, pero facilitó el acceso a una considerable porción de la península Serpentina.

Era importante talar los árboles y serrar rápidamente los troncos, pues no se podía emplear la madera verde y era preciso dejar al tiempo la tarea de endurecerla. Los carpinteros trabajaron, pues, con ardor durante el mes de abril, solo turbado por algunos vendavales bastante violentos propios del equinoccio. Jup los ayudaba hábilmente, bien trepando a la copa de un árbol y atando las cuerdas para derribarlo, o bien prestando sus robustos hombros para transportar los troncos desramados.

Toda esa madera fue apilada en un gran cobertizo de tablas que construyeron junto a las Chimeneas, donde esperó el momento de ser utilizada.

El mes de abril fue bastante bueno, como suele serlo el mes de octubre de la zona boreal. Al mismo tiempo, dieron un gran impulso a las labores agrícolas, y muy pronto todo rastro de devastación hubo desaparecido de la meseta de Vistagrande. Reconstruyeron el molino y levantaron nuevas instalaciones en el emplazamiento del corral. Les había parecido necesario hacerlas de mayores dimensiones, ya que la población volátil aumentaba en una proporción considerable. Los establos albergaban ahora a cinco

onagros, cuatro de ellos fuertes y bien domesticados, que se dejaban enganchar o montar, y una cría recién nacida. Un arado había incrementado el material de la colonia y los onagros eran empleados para realizar las faenas de labranza, como verdaderos bueyes de Yorkshire o de Kentucky. Los colonos se repartían el trabajo y los brazos no descansaban. Por eso gozaban de tan buena salud estos trabajadores, y con qué buen humor animaban las veladas en Granite-house, haciendo infinidad de planes para el futuro.

Ni que decir tiene que Ayrton compartía totalmente la vida en común y ya ni se le ocurría instalarse solo en el redil. Sin embargo, seguía estando triste, poco comunicativo, y participaba más en los trabajos que en los placeres de sus compañeros. Pero era un obrero duro, fuerte, hábil, ingenioso e inteligente. Todos lo apreciaban y lo querían, eso no podía ignorarlo.

No obstante, el redil no fue abandonado. Cada dos días, uno de los colonos, conduciendo la carreta o montando uno de los onagros, iba a ocuparse del rebaño de musmones y de cabras y traía leche para aprovisionar la despensa de Nab. Esas excursiones se aprovechaban para cazar. Por eso, Harbert y Gedeon Spilett — precedidos de Top— recorrían más a menudo que cualquier otro de sus compañeros el camino del redil y, con las excelentes armas de que disponían, nunca faltaban en casa carpinchos, agutíes, canguros, jabalíes y cerdos salvajes en lo que a caza mayor se refiere, y patos, tetraos, urogallos, jacamares y agachadizas en lo tocante a caza menor. Los productos del conejar y los del banco de ostras, algunas tortugas que atraparon y unos excelentes salmones que volvieron a adentrarse en las aguas del río de la Misericordia, las verduras de la meseta de Vistagrande y los frutos silvestres del bosque eran riquezas que Nab, el maestro cocinero, apenas daba abasto para almacenar.

Huelga decir que la línea telegráfica tendida entre el redil y Granite-house había sido restablecida y funcionaba cuando uno u otro de los colonos se encontraba en el redil y consideraba necesario pasar allí la noche. Por lo demás, la isla era ahora segura y no había que temer ninguna agresión, al menos por parte de los hombres.

Sin embargo, lo que había sucedido podía repetirse. Un

desembarco de piratas, o incluso de convictos evadidos, era algo que nunca se podía descartar. Quizá unos compañeros, unos cómplices de Bob Harvey todavía presos en Norfolk y al corriente de sus planes, hubieran intentado imitarlo. Los colonos, por lo tanto, no dejaban de observar los lugares de la isla accesibles para un barco y paseaban todos los días el catalejo por ese amplio horizonte que cerraba la bahía de la Unión y la bahía Washington. Cuando iban al redil, examinaban con no menos atención la parte oeste del mar y, desde lo alto del contrafuerte, su mirada podía recorrer un amplio sector del horizonte occidental.

Nada sospechoso aparecía, pero no había que bajar la guardia.

Una noche, el ingeniero hizo partícipes a sus amigos del plan que había concebido para fortificar el redil. Le parecía prudente elevar la altura de la empalizada y construir al lado una especie de fortín en el que, llegado el caso, los colonos pudieran resistir contra una tropa enemiga. Puesto que Granite-house debía considerarse inexpugnable por su posición, el redil, con sus dependencias, sus reservas y los animales que albergaba sería siempre el objetivo de los piratas que desembarcaran en la isla, quienesquiera que fuesen, y si los colonos se veían obligados a encerrarse allí, era preciso que pudieran resistir sin estar en desventaja.

Se trataba de un proyecto que había que madurar y cuya ejecución, por lo demás, fue forzosamente pospuesta para la siguiente primavera.

Hacia el 15 de mayo, la quilla del nuevo barco se extendía en el astillero, y muy pronto el estrave y el codaste, ensamblados cada uno en uno de sus extremos, se alzaron casi perpendicularmente. La quilla, de buena madera de roble, medía ciento diez pies de longitud, lo que permitiría dar al bao maestro una anchura de veinticinco pies. Pero eso fue todo lo que los carpinteros pudieron hacer antes de la llegada del frío y el mal tiempo. Durante la semana siguiente, todavía colocaron las primeras cuadernas de la popa; luego tuvieron que interrumpir los trabajos.

Durante los últimos días del mes, el tiempo fue extremadamente malo. El viento soplaba del este, y a veces con la violencia de un huracán. El ingeniero se sintió preocupado por los cobertizos del astillero —que no habrían podido estar en ningún otro lugar cerca de Granite-house—, pues el islote solo protegía parcialmente el

litoral contra la furia del mar y, cuando había grandes tormentas, las olas azotaban el pie de la muralla granítica.

Pero, afortunadamente, esos temores no se vieron justificados. El viento azotó más la parte sudeste y, en esas condiciones, la orilla de Granite-house se encontraba completamente protegida por el resalte de la punta del Pecio.

Pencroff y Ayrton, los dos constructores más activos del nuevo barco, siguieron trabajando todo el tiempo que pudieron. No eran hombres que se arredraran porque el viento les alborotase el pelo ni porque la lluvia los calara hasta los huesos, y un martillazo podía darse igual de bien con buen tiempo que con mal tiempo. Pero cuando un frío vivísimo sucedió a aquel período húmedo, se hizo muy difícil trabajar la madera, cuyas fibras adquirían la dureza del hierro, y hacia el 10 de junio decididamente hubo que interrumpir la construcción del barco.

Cyrus Smith y sus compañeros habían tenido oportunidad de constatar lo baja que era en invierno la temperatura en la isla Lincoln. El frío era comparable al que hace en los estados de Nueva Inglaterra, situados más o menos a la misma distancia del ecuador que la isla. Pero, si bien en el hemisferio boreal, o al menos en la parte ocupada por Nueva Bretaña y el norte de Estados Unidos, este fenómeno se explica por la conformación llana de los territorios que limitan con el polo, y en los que ninguna protuberancia del suelo pone obstáculos a los vientos hiperbóreos, allí, en la isla Lincoln, esa explicación no podía servir.

—Incluso se ha observado —dijo un día Cyrus Smith a sus compañeros— que, en la misma latitud, las islas y las regiones del litoral se ven menos afectadas por el frío que las regiones mediterráneas. He oído afirmar a menudo que en Lombardía los inviernos son más rigurosos que en Escocia, y al parecer eso se debe al hecho de que el mar restituye durante el invierno el calor que ha recibido durante el verano. Las islas se encuentran, por lo tanto, en las mejores condiciones para beneficiarse de esta restitución.

—Pero, entonces, señor Cyrus —preguntó Harbert—, ¿por qué la isla Lincoln parece ser una excepción de la regla?

—Es difícil de explicar —respondió el ingeniero—. No obstante, estaría dispuesto a admitir que esa singularidad viene determinada por la situación de la isla en el hemisferio austral, que, como sabes,

hijo, es más frío que el hemisferio boreal.

—En efecto —dijo Harbert—. Los hielos flotantes se encuentran en latitudes más bajas en el sur del Pacífico que en el norte.

—Eso es cierto —dijo Pencroff—. Cuando yo era ballenero, vi icebergs hasta delante del cabo de Hornos.

—Quizá se podría explicar, entonces —intervino Gedeon Spilett—, el frío riguroso que sufre la isla Lincoln por la presencia de bancos de hielo a una distancia relativamente corta.

—Lo que dice es muy plausible, querido Spilett —dijo Cyrus Smith—. Evidentemente, nuestros rigurosos inviernos se deben a la proximidad de los bancos de hielo. Le señalaré también que una causa absolutamente física hace el hemisferio austral más frío que el hemisferio boreal: puesto que el sol está más cerca de este hemisferio durante el verano, necesariamente está más lejos de él durante el invierno. Eso explica, pues, que haya excesos de temperatura en los dos sentidos, porque, si bien encontramos los inviernos muy fríos en la isla Lincoln, no olvidemos que los veranos son, por el contrario, muy calurosos.

—Pero, dígame una cosa, por favor, señor Smith —preguntó Pencroff frunciendo el entrecejo—, ¿por qué nuestro hemisferio, como usted mismo asegura, se halla tan mal repartido? ¡No me parece justo!

—Amigo Pencroff —respondió el ingeniero, riendo—, justo o no, no hay más remedio que conformarse. Pero ahora le explicaré de dónde viene esta particularidad. La tierra no describe un círculo alrededor del sol, sino una elipse, tal como exigen las leyes de la mecánica racional. La tierra ocupa uno de los centros de la elipse y, por consiguiente, en determinada época de su recorrido está en su apogeo, es decir, a la distancia más alejada del sol, y en otra época, en su perigeo, es decir, a la distancia más cercana. Y resulta que es precisamente durante el invierno de las regiones australes cuando está en su punto más alejado del sol, y, por consiguiente, en las condiciones requeridas para que en esas tierras haga el frío más intenso. Contra eso no se puede hacer nada. Los hombres, Pencroff, por muy sabios que sean, jamás podrán cambiar el orden cosmográfico establecido por Dios.

—¡Pero el mundo es muy sabio! —repuso Pencroff, que se mostraba un tanto reacio a resignarse—. ¡Qué libro más gordo

escribiríamos, señor Cyrus, con todo lo que sabemos!

—Sí, pero escribiríamos un libro más gordo aún con todo lo que no sabemos —replicó Cyrus Smith.

En fin, por una razón o por otra, el mes de junio llevó de nuevo el frío con su violencia acostumbrada y los colonos estuvieron la mayor parte del tiempo confinados en Granite-house.

¡Ah, qué dura les resultaba a todos esa reclusión, y quizá especialmente a Gedeon Spilett!

—Mira lo que te digo —le dijo un día a Nab—, te cedería encantado, ante notario, todas las herencias que deba recibir un día, si fueras lo suficientemente buen chico para ir a donde fuese necesario para suscribirme a un periódico cualquiera. ¡Decididamente, lo que más echo de menos es enterarme todas las mañanas de lo que pasó el día anterior fuera de aquí!

Nab se había echado a reír.

—Pues a mí —había contestado—, lo que me entretiene son las tareas cotidianas.

La verdad es que, tanto dentro como fuera, trabajo no faltó.

La colonia de la isla Lincoln se encontraba entonces en su punto más alto de prosperidad, gracias a tres años de trabajos continuos. El incidente del bergantín destruido había sido una nueva fuente de riquezas. Dejando a un lado el aparejo completo, que serviría para el barco en construcción, utensilios y herramientas de toda clase, armas y municiones, prendas de vestir e instrumentos llenaban ahora los almacenes de Granite-house. Ni siquiera había sido ya necesario confeccionar gruesos paños de fieltro. Si bien los colonos habían pasado frío durante su primer invierno, ahora la estación fría podía llegar sin que tuviesen que temer sus rigores. La ropa blanca también abundaba y, además, la cuidaban mucho. Del cloruro de sodio, que no es otra cosa que sal marina, Cyrus Smith había logrado extraer fácilmente sosa y cloro. La sosa, transformada en carbonato sódico, y el cloro, convertido en cloruro de cal y de otros tipos, fueron empleados en diversos usos domésticos, uno de ellos, precisamente, el lavado de la ropa. Tan solo hacían cuatro coladas al año, lo cual era la práctica habitual en las familias de los viejos tiempos, y permítasenos añadir que Pencroff y Gedeon Spilett, en espera de que el cartero le llevara su periódico, destacaron como lavaderos.

Así pasaron los meses de invierno: junio, julio y agosto. Fueron muy rigurosos; la media de las observaciones termométricas no superó los 8 °F [13,33 °C bajo cero]. Fue, pues, inferior a la temperatura del invierno anterior. Por eso llameaba incesantemente en las chimeneas de Granite-house un buen fuego, cuyo humo dibujaba largas franjas negras en la muralla de granito. No escatimaban combustible, que crecía espontáneamente a unos pasos de allí. Además, los restos de la madera utilizada en la construcción del barco permitieron ahorrar hulla, cuyo transporte resultaba más dificultoso.

Hombres y animales gozaban de buena salud. Jup era un poco friolero, hay que reconocerlo. Quizá era su único defecto. El caso es que tuvieron que hacerle un batín bien acolchado. ¡Pero qué sirviente! Hábil, diligente, infatigable, nada indiscreto y nada charlatán. ¡Se le habría podido poner justificadamente como modelo a todos sus hermanos bípedos del Viejo y del Nuevo Mundo!

—¡También es cierto —decía Pencroff— que, si uno tiene cuatro manos a su disposición, lo mínimo es que haga bien su trabajo!

Y, de hecho, el inteligente cuadrúmano lo hacía de maravilla.

Durante los siete meses que transcurrieron desde la última búsqueda efectuada alrededor de la montaña y durante el mes de septiembre, que llevó el buen tiempo, no se supo nada del genio de la isla. Su acción no se manifestó en ninguna circunstancia. Es cierto que habría sido inútil, pues no se produjo ningún incidente que pudiera someter a los colonos a alguna penosa prueba.

Cyrus Smith observó incluso que si, por casualidad, la comunicación entre el desconocido y los ocupantes de Granite-house se había establecido alguna vez a través del macizo de granito, y si el instinto de Top la había, por así decirlo, sentido, durante ese período no se produjo en absoluto. Los gruñidos del perro habían cesado por completo, al igual que la inquietud del orangután. Los dos amigos —porque lo eran— ya no rondaban alrededor del orificio del pozo interior, ya no ladraban ni gemían de ese modo singular que desde el principio había llamado la atención del ingeniero. Pero ¿podía este asegurar que estaba todo dicho sobre este enigma y que jamás tendría la clave? ¿Podía afirmar que no se volvería a presentar alguna circunstancia que haría salir de nuevo a escena al misterioso personaje? ¡Quién sabe lo que les

reservaba el futuro!

El invierno acabó por fin. Pero un hecho cuyas consecuencias podían ser graves se produjo precisamente en los primeros días que marcaron el retorno de la primavera.

El 7 de septiembre, Cyrus Smith, observando la cima del monte Franklin, vio una columna de humo que daba vueltas sobre el cráter, cuyos primeros vapores se proyectaban en el aire.

XV

El despertar del volcán – El verano – Reanudación de los trabajos – La velada del 15 de octubre – Un telegrama – Una petición – Una respuesta – Partida hacia el redil – La nota – El hilo suplementario – La costa de basalto – La pleamar – La bajamar – La caverna – Una luz cegadora

Los colonos, avisados por el ingeniero, habían interrumpido sus trabajos y miraban en silencio la cima del monte Franklin.

El volcán había despertado y los vapores habían traspasado la capa mineral acumulada al fondo del cráter. Pero ¿provocarían los fuegos subterráneos una erupción violenta? Eso era una posibilidad que no podían prever.

Sin embargo, aun admitiendo la hipótesis de una erupción, era posible que no toda la isla Lincoln sufriera las consecuencias. Los derramamientos de materias volcánicas no son siempre desastrosos. La isla ya se había visto sometida a esa prueba, tal como demostraban las coladas de lava que surcaban las laderas septentrionales de la montaña. Además, teniendo en cuenta la forma del cráter, el abocardamiento que presentaba su borde superior, las materias vomitadas debían ser lanzadas hacia el lado opuesto a las zonas fértiles de la isla.

No obstante, el pasado no determinaba necesariamente el futuro. Con frecuencia, en la cima de los volcanes se cierran antiguos cráteres y se abren otros nuevos. Esto se ha producido en los dos mundos, en el Etna, en el Popocatepetl y en el Orizaba, y cuando se prepara una erupción hay que temer cualquier cosa. Bastaba, en suma, un terremoto —fenómeno que acompaña a veces los desbordamientos volcánicos— para que la disposición interior de la montaña fuera modificada y se abriesen nuevas vías para la lava

incandescente.

Cyrus Smith explicó estas cosas a sus compañeros y, sin exagerar la situación, les expuso el pro y el contra.

Después de todo, no podían hacer nada. A no ser que se produjese un terremoto que sacudiera el suelo, Granite-house no parecía que tuviese que verse amenazada. Pero por el redil sí había que preocuparse, en caso de que algún nuevo cráter se abriera en las paredes sur del monte Franklin.

Desde ese día, los vapores no dejaron de empenachar la cima de la montaña, e incluso se pudo observar que su altura y su densidad aumentaban, aunque ninguna llama acompañaba las espesas volutas. El fenómeno todavía estaba concentrado en la parte inferior de la chimenea central.

Entretanto, con la llegada del buen tiempo los colonos habían reanudado los trabajos. Adelantaban todo lo posible la construcción del barco y, utilizando la cascada de la playa, Cyrus Smith consiguió montar una sierra hidráulica que cortaba más deprisa los troncos de árbol para convertirlos en tablas y maderos. El mecanismo de ese aparato era tan sencillo como los utilizados en los rústicos aserraderos de Noruega. Se trataba de imprimir un primer movimiento horizontal a la pieza de madera y un segundo movimiento vertical a la sierra, nada más, y el ingeniero consiguió hacerlo mediante una rueda, dos cilindros y unas poleas convenientemente dispuestos.

Hacia finales del mes de septiembre, en el astillero se alzaba el esqueleto del barco, que iba a llevar aparejo de goleta. El armazón estaba prácticamente terminado y, como todas las cuadernas habían sido mantenidas con una cimbra provisional, ya se podían apreciar las formas de la embarcación. La goleta, de proa fina y formas muy abiertas en la popa, sin duda sería apropiada para una travesía bastante larga, en caso de que hubiera que hacerla; pero la colocación del tablazón, del forro interior y de la cubierta exigiría todavía un lapso de tiempo considerable. Por suerte, los herrajes del bergantín habían podido ser salvados después de la explosión submarina. Pencroff y Ayrton habían arrancado las cabillas y una gran cantidad de clavos de cobre de los tablazones y las cuadernas mutilados. Eso ahorró mucho trabajo a los herreros, pero ninguno a los carpinteros.

Los trabajos de construcción tuvieron que ser interrumpidos durante una semana para ocuparse de las diversas cosechas en la meseta de Vistagrande. Finalizada esta tarea, todo el tiempo fue dedicado a terminar la goleta.

Cuando llegaba la noche, los trabajadores estaban realmente extenuados. A fin de no perder tiempo, habían modificado las horas de las comidas: comían a mediodía y no cenaban hasta que se iba la luz del día. Entonces subían a Granite-house y se apresuraban a acostarse.

Algunas veces, sin embargo, la conversación, cuando giraba en torno a un tema interesante, retrasaba un poco la hora de dormir. Los colonos se ponían a hablar del futuro y comentaban gustosos los cambios que aportaría a su situación un viaje con la goleta a las tierras más cercanas. Pero en todos esos proyectos dominaba siempre la idea de un retorno ulterior a la isla Lincoln. Jamás abandonarían esa colonia, fundada con tantos esfuerzos y tanto éxito, y a la que la comunicación con América daría un impulso nuevo.

Pencroff y Nab, sobre todo, confiaban en acabar allí sus días.

—Harbert —decía el marino—, ¿no abandonarás nunca la isla Lincoln?

—Nunca, Pencroff, sobre todo si tú decides quedarte.

—Está completamente decidido, muchacho —contestaba Pencroff—. Te esperaré. Me traerás a tu mujer y a tus hijos, y convertiré a los pequeños en unos buenos barbianes.

—De acuerdo —decía Harbert, riendo y sonrojándose al mismo tiempo.

—Y usted, señor Cyrus —proseguía Pencroff, entusiasmado—, será siempre el gobernador de la isla. ¿A cuántos habitantes cree que podrá alimentar? ¡Por lo menos a diez mil!

Charlaban en estos términos, dejaban a Pencroff fantasear y, como una frase llevaba a otra, el reportero acababa fundando un periódico, el *New Lincoln Herald*.

Así es el corazón del hombre. La necesidad de hacer cosas duraderas, que le sobrevivan, es el signo de su superioridad sobre todo lo que vive en este mundo. Es el fundamento de su dominio y es lo que lo justifica en el mundo entero.

Dicho esto, ¡quién sabe si Jup y Top no tenían también su propio

sueño de futuro!

Ayrton, silencioso, se decía que le gustaría volver a ver a lord Glenarvan y presentarse ante todos rehabilitado.

Una noche, la del 15 de octubre, la conversación, adentrada en estas hipótesis, se había prolongado más que de costumbre. Eran las nueve. Largos bostezos mal disimulados daban ya la señal de irse a descansar. Pencroff se dirigía hacia su cama cuando, de pronto, el timbre eléctrico, situado en el salón, sonó.

Todos estaban allí: Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert, Ayrton, Pencroff y Nab. Ninguno de los colonos estaba, pues, en el redil.

Cyrus Smith se había levantado. Sus compañeros se miraban, creyendo haber oído mal.

—¿Qué significa esto? —dijo Nab—. ¿Es acaso el diablo el que llama?

Nadie respondió.

—El tiempo es tormentoso —señaló Harbert—. ¿La influencia de la electricidad no puede...?

Harbert no acabó la frase. El ingeniero, en el que convergían todas las miradas, movía la cabeza negativamente.

—Esperemos —dijo entonces Gedeon Spilett—. Si es una señal, quienquiera que sea el que la hace, la repetirá.

—Pero ¿quién quiere que sea? —exclamó Nab.

—Pues el que... —contestó Pencroff.

La frase del marino fue interrumpida por otro estremecimiento del vibrador sobre el timbre.

Cyrus Smith se dirigió hacia el aparato y, lanzando la corriente a través del hilo, envió esta pregunta al redil:

«¿Qué quiere?».

Unos instantes después, la aguja, moviéndose en la esfera alfabética, daba esta respuesta a los ocupantes de Granite-house:

«Vengan al redil inmediatamente».

—¡Por fin! —exclamó Cyrus Smith.

¡Sí! ¡Por fin iba a desvelarse el misterio! Ante ese inmenso interés que empujaba a los colonos a ir al redil, todo el cansancio, toda la necesidad de reposo habían desaparecido. Sin haber intercambiado una palabra, en unos instantes, habían salido de Granite-house y se encontraban en la playa. Solo se habían quedado

Jup y Top, pero en este caso podían prescindir de ellos.

Era noche cerrada. La luna, nueva ese día, había desaparecido al mismo tiempo que el sol. Tal como había señalado Harbert, grandes nubes tormentosas formaban una bóveda baja y pesada que el resplandor de las estrellas no podía traspasar. Algunos destellos, producto de una tormenta lejana, iluminaban el horizonte.

Quizá unas horas más tarde empezara a tronar sobre la isla. Era una noche amenazadora.

Pero la oscuridad, por profunda que fuera, no podía detener a unos hombres familiarizados con el camino del redil. Subieron por la orilla izquierda del río de la Misericordia, llegaron a la meseta, cruzaron el puente del arroyo Glicerina y se adentraron en el bosque.

Caminaban a buen paso, dominados por una vivísima emoción. ¡Para ellos no cabía duda de que por fin iban a conocer la clave tan buscada del enigma, el nombre de ese ser misterioso tan decisivo en su vida, tan generoso en su influencia, tan poderoso en su acción! Porque, para haber podido actuar siempre en el momento oportuno, ¿acaso no era preciso que ese desconocido hubiese estado vinculado a su existencia, que hubiese conocido hasta sus más pequeños detalles, que hubiese oído todo lo que se decía en Granite-house?

Absorto cada uno en sus pensamientos, todos apretaban el paso. Bajo aquella bóveda de árboles, la oscuridad era tal que ni siquiera se veía el borde del camino. Cuadrúpedos y pájaros, influidos por la pesadez de la atmósfera, permanecían inmóviles y callados. Ni un soplo agitaba las hojas. Solo los pasos de los colonos sobre el suelo endurecido se oían en la oscuridad.

Durante el primer cuarto de hora de marcha, el silencio solo fue interrumpido por esta observación de Pencroff:

—Deberíamos haber cogido un farol.

Y por esta contestación del ingeniero:

—Encontraremos uno en el redil.

Cyrus Smith y sus compañeros habían salido de Granite-house a las nueve horas y doce minutos. A las nueve y cuarenta siete habían recorrido una distancia de tres millas, de las cinco que separaban la desembocadura del río de la Misericordia del redil.

En ese momento, grandes relámpagos blancuzcos atravesaban el cielo sobre la isla y dibujaban en negro el perfil del follaje. Esos

intensos destellos los deslumbraban. Era evidente que la tormenta iba a estallar de un momento a otro. Los relámpagos se hicieron cada vez más frecuentes y luminosos. Rugidos lejanos retumbaban en las profundidades del cielo. La atmósfera era asfixiante.

Los colonos avanzaban como si los empujase una fuerza irresistible.

A las nueve y cuarto, un vivo relámpago les mostró el cercado, y no habían cruzado la puerta cuando un trueno estalló con una violencia tremenda.

En un instante atravesaron el redil y Cyrus Smith se plantó delante de la vivienda.

Posiblemente la casa estuviera ocupada por el desconocido, puesto que el telegrama había tenido que ser enviado desde allí. Sin embargo, ninguna luz iluminaba la ventana.

El ingeniero llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

Cyrus Smith la abrió y los colonos entraron en la casa, sumida en una profunda oscuridad.

Nab, con ayuda de un eslabón, encendió un farol, con el que recorrieron todos los rincones.

No había nadie. Las cosas estaban igual que las habían dejado.

—¿Hemos sido víctimas de una ilusión? —murmuró Cyrus Smith.

¡No! ¡No era posible! El telegrama decía: «Vengan al redil inmediatamente».

Se acercaron a la mesa reservada para el telégrafo. Todo estaba en su sitio, la pila y la caja que la contenía, así como el aparato receptor y transmisor.

—¿Quién ha sido el último en venir aquí? —preguntó el ingeniero.

—Yo, señor Smith —respondió Ayrton.

—¿Y cuándo fue?

—Hace cuatro días.

—¡Miren! ¡Una nota! —exclamó Harbert, señalando un papel depositado sobre la mesa.

En el papel estaban escritas, en inglés, estas palabras:

«Sigan el hilo nuevo».

—¡En marcha! —dijo Cyrus Smith, comprendiendo que el

telegrama no había sido enviado desde el redil, sino desde el refugio misterioso, que un hilo suplementario, empalmado al antiguo, comunicaba directamente con Granite-house.

Nab cogió el farol encendido y todos salieron del redil.

La tormenta se había desatado ya con una violencia extrema. El intervalo que separaba cada relámpago de cada trueno disminuía sensiblemente. El meteoro iba a dominar muy pronto el monte Franklin y la isla entera. A la luz intermitente de los relámpagos se podía ver la cima del volcán con su penacho de vapores.

En toda la parte del redil que separaba la casa de la empalizada no había ninguna comunicación telegráfica. Pero, después de haber cruzado la puerta, el ingeniero fue directo al primer poste y vio, a la luz de un relámpago, que otro hilo descendía desde el aislante hasta el suelo.

—¡Aquí está! —dijo.

El hilo se extendía por el suelo, pero estaba rodeado de una sustancia aislante, a la manera de los cables submarinos, lo que garantizaba la libre transmisión de la corriente. A juzgar por la dirección que seguía, parecía adentrarse en los bosques y los contrafuertes meridionales de la montaña; por consiguiente, estaba tendido hacia el oeste.

—¡Sigámoslo! —dijo Cyrus Smith.

Y, tan pronto a la luz del farol como en medio de las fulguraciones de los relámpagos, los colonos siguieron el camino trazado por el hilo.

Tronaba de forma tan continua y violenta que no se habría podido oír una sola palabra. De todas formas, no se trataba de hablar, sino de avanzar.

Cyrus Smith y los suyos subieron el contrafuerte que se alzaba entre el valle del redil y el del río de la Cascada, y cruzaron este por su parte más estrecha. El hilo, tendido sobre las ramas bajas de los árboles en unos tramos y por el suelo en otros, los guiaba de modo seguro.

El ingeniero había supuesto que quizá se detendría al fondo del valle y que allí estaría el refugio desconocido.

No fue así. Hubo que subir el contrafuerte del sudoeste y bajar a la árida meseta en que terminaba esa muralla de rocas de basalto tan extrañamente amontonadas. De vez en cuando, uno u otro de

los colonos se agachaba, tocaba el hilo con la mano y rectificaba la dirección si era necesario. Pero ya no cabía duda de que el hilo iba directamente hacia el mar. Seguramente allí, en alguna profunda cavidad de las rocas ígneas, se encontraba la morada tan vanamente buscada hasta entonces.

Parecía que el cielo estuviera ardiendo. Los relámpagos se sucedían ininterrumpidamente. Varios rayos cayeron sobre la cima del volcán y se precipitaron en el cráter, en medio de la densa humareda. Había momentos en que se hubiera dicho que salían llamas del monte.

A las diez menos unos minutos, los colonos habían llegado al borde desde el que se dominaba el mar por el oeste. Se había levantado viento. Las olas mugían quinientos pies más abajo.

Cyrus Smith calculó que sus compañeros y él habían recorrido una distancia de una milla y media desde el redil.

En ese punto, el hilo se metía entre las rocas, siguiendo la pendiente bastante pronunciada de un barranco estrecho y caprichosamente trazado.

Los colonos empezaron a bajar, a riesgo de provocar un desprendimiento de rocas y caer al mar. El descenso era extremadamente peligroso, pero ellos no pensaban en el peligro, habían dejado de ser dueños de sí mismos, una irresistible fuerza los atraía hacia ese punto misterioso como el imán atrae al hierro.

Bajaron casi inconscientemente ese barranco que, incluso a plena luz, habría sido, por así decirlo, impracticable. Las piedras rodaban y resplandecían como bólidos inflamados cuando atravesaban las zonas de luz. Cyrus Smith iba en cabeza. Ayrton cerraba la marcha. Avanzaban paso a paso, pero a veces resbalaban sobre la roca pulida, se levantaban enseguida y continuaban su camino.

Por fin, el hilo, formando de repente un ángulo, tocó las rocas del litoral, un auténtico semillero de escollos que las grandes mareas debían de azotar. Los colonos habían llegado al límite inferior de la muralla basáltica.

Allí se extendía un estrecho rellano paralelo al mar. El hilo lo seguía, y los colonos hicieron lo mismo. No habían dado cien pasos cuando el rellano, formando una pendiente suave, llegó al nivel del agua.

El ingeniero cogió el hilo y vio que se sumergía en el mar.

Sus compañeros, detenidos junto a él, estaban estupefactos.

¡Un grito de decepción, casi un grito de desesperación escapó de sus gargantas! ¿Habría que sumergirse acaso bajo las aguas y buscar allí una caverna submarina? En el estado de sobreexcitación moral y física en que se hallaban, no habrían vacilado en hacerlo.

Una reflexión del ingeniero los detuvo.

Cyrus Smith condujo a sus compañeros bajo una anfractuosidad de las rocas y les dijo:

—Esperemos. Ahora la marea está alta. Cuando baje, quedará libre el camino.

—Pero ¿qué le hace creer que...? —preguntó Pencroff.

—No nos habría llamado si no hubiera modo de llegar hasta él.

Cyrus Smith había hablado con tal convicción que nadie objetó nada. Su observación, por lo demás, era lógica. Al pie de la muralla tenía que haber forzosamente una abertura, obstruida en ese momento por el agua pero practicable durante la marea baja.

Había que esperar unas horas. Los colonos permanecieron acurrucados en silencio bajo una especie de pórtico profundo excavado en la roca. Empezó a llover, y muy pronto las nubes desgarradas por los rayos se condensaron en torrentes. El eco repetía el estrépito de los truenos y los dotaba de una sonoridad grandiosa.

La emoción de los colonos era enorme. Mil pensamientos extraños, sobrenaturales, atravesaban su mente. Imaginaban una gran aparición sobrehumana, pues solo eso podría estar a la altura de la idea que se hacían del genio misterioso de la isla.

A medianoche, Cyrus Smith bajó con el farol hasta la playa a fin de observar la disposición de las rocas. Hacía ya dos horas que la marea había empezado a bajar.

El ingeniero no se había equivocado. Empezaba a aparecer por encima del agua una vasta excavación abovedada y el hilo, doblándose en ángulo recto, se adentraba en ella.

Cyrus Smith regresó junto a sus compañeros y les dijo simplemente:

—Dentro de una hora, la abertura será practicable.

—Entonces, ¿existe? —preguntó Pencroff.

—¿Lo había dudado? —repuso Cyrus Smith.

—Pero esa caverna estará llena de agua hasta cierta altura — señaló Harbert.

—O el agua se retira totalmente de la caverna —contestó Cyrus Smith—, y en tal caso la recorreremos a pie, o no se retira del todo, y entonces algún medio de transporte será puesto a nuestra disposición.

Transcurrió una hora. Todos descendieron bajo la lluvia hasta el nivel del mar. En tres horas, la marea había bajado quince pies. La parte superior del arco de la bóveda quedaba a ocho pies como mínimo del agua. Era como el arco de un puente, bajo el que pasaban las aguas espumeantes.

El ingeniero se inclinó y vio un objeto negro que flotaba en la superficie del mar. Lo atrajo hacia sí.

Era un bote, amarrado con una cuerda a un saliente interior de la pared. El bote era de chapas unidas con pernos. En el fondo, bajo los bancos, había dos remos.

—Subamos —dijo Cyrus Smith.

Un instante después, los colonos estaban en el bote. Nab y Ayrton habían cogido los remos y Pencroff se había hecho cargo del timón. Cyrus Smith, en la proa, apoyó el farol en el estrave para iluminar el recinto en el que se adentraban.

La bóveda, al principio muy baja, se elevó bruscamente; pero la oscuridad era demasiado profunda y la luz del farol demasiado escasa para que pudieran distinguir las dimensiones de la caverna, su anchura, su altura y su profundidad. En medio de aquella substrucción basáltica reinaba un silencio imponente. Ningún ruido del exterior penetraba en ella; los destellos de los relámpagos no podían atravesar sus gruesas paredes.

En algunas partes del globo existen inmensas cavernas, una especie de criptas naturales que datan de épocas geológicas. Unas están inundadas por las aguas del mar; otras contienen lagos enteros. Así, la gruta de Fingal, en la isla de Staffa, una de las Hébridas; las grutas de Morgat, en la bahía de Douarnenez, en Bretaña; las grutas de Bonifacio, en Córcega; las del fiordo de Lyse, en Noruega, y la inmensa caverna del Mamut, en Kentucky, de quinientos pies de alto y más de veinte millas de largo. En varios puntos del globo, la naturaleza ha excavado estas criptas y las ha conservado para que el hombre las admire.

En cuanto a la caverna que los colonos estaban explorando, ¿llegaba hasta el centro de la isla? Desde hacía un cuarto de hora, el bote avanzaba siguiendo las indicaciones que el ingeniero le daba a Pencroff cuando, de pronto:

—¡Más a la derecha! —ordenó.

La embarcación, modificando la dirección que seguía, se acercó inmediatamente a la pared de la derecha. El ingeniero quería, con razón, comprobar si el hilo seguía esa pared.

Allí estaba el hilo, enganchado en los salientes de la roca.

—¡Adelante! —dijo Cyrus Smith.

Los dos remos se sumergieron en las negras aguas y pusieron en movimiento la embarcación.

El bote avanzó durante un cuarto de hora más. Debía de haber recorrido media milla desde la entrada de la caverna cuando se oyó de nuevo la voz de Cyrus Smith:

—¡Alto! —dijo.

El bote se detuvo y los colonos distinguieron una viva luz que iluminaba la enorme cripta, profundamente excavada en las entrañas de la tierra.

Entonces fue posible examinar aquella caverna, cuya existencia nada había podido hacer sospechar.

Una bóveda, sostenida por fustes de basalto que parecían haber sido fundidos todos en el mismo molde, se alzaba a una altura de cien pies. Arranques irregulares y nervaduras caprichosas se apoyaban en esas columnas que la naturaleza había levantado a millares en las primeras épocas de la formación del globo. Los bloques basálticos, encajados unos en otros, medían entre cuarenta y cincuenta pies de altura, y el agua, plácida pese a la agitación del exterior, bañaba su base. El resplandor del foco de luz señalado por el ingeniero, envolviendo las aristas prismáticas y clavándoles agujas de fuego, penetraba, por así decirlo, las paredes como si fueran diáfanas y transformaba en refulgentes cabujones los menores salientes de aquella substrucción.

Como consecuencia de un fenómeno de reflexión, el agua reproducía esos destellos en su superficie, de tal manera que el bote parecía flotar entre dos zonas titilantes.

No había confusión posible sobre la naturaleza de la irradiación proyectada por el centro luminoso, cuyos rayos, limpios y rectos, se

rompían en todos los ángulos, en todas las nervaduras de la cripta. Esa luz provenía de una fuente eléctrica; su color blanco delataba el origen. Era el sol de aquella caverna y la inundaba totalmente.

A una señal de Cyrus Smith, los remos cayeron y levantaron una auténtica lluvia de carbúnculos. El bote se dirigió entonces hacia el foco luminoso, del que enseguida estuvo a una distancia de tan solo medio cable.

En ese lugar, la capa de agua tenía una anchura de unos trescientos cincuenta pies y se podía ver, más allá del centro deslumbrante, un enorme muro basáltico que cerraba la salida por ese lado. La caverna se había ensanchado, pues, considerablemente, y el mar formaba allí un pequeño lago. Pero la bóveda, las paredes laterales, el muro del fondo, todos esos prismas, todos esos cilindros, todos esos conos estaban bañados por el fluido eléctrico, hasta el punto de que el resplandor parecía suyo. Se habría podido decir que esas piedras, talladas como diamantes carísimos, rezumaban luz.

En el centro del lago, un largo objeto fusiforme flotaba sobre la superficie de las aguas, silencioso, inmóvil. El resplandor que despedía escapaba de sus costados como de dos bocas de horno que hubieran sido calentadas al rojo blanco. Ese aparato, semejante al cuerpo de un enorme cetáceo, medía unos doscientos cincuenta pies de largo y se elevaba entre diez y doce pies sobre el nivel del mar.

El bote se acercó lentamente. Cyrus Smith, en la proa, se había levantado. Miraba, presa de una violenta agitación. De pronto agarró al reportero de un brazo:

—¡Pero si es él! —exclamó—. ¡Solo puede ser él...!

Y se sentó murmurando un nombre que solo Gedeon Spilett oyó.

Sin duda el reportero conocía ese nombre, pues su mención le causó una honda impresión.

—¡Él! —dijo con voz sorda—. ¡Un hombre fuera de la ley!

—Sí, él —confirmó Cyrus Smith.

Por orden del ingeniero, el bote se acercó a aquel singular aparato flotante por el costado izquierdo, del que escapaba un haz de luz a través de un grueso cristal.

Cyrus Smith y sus compañeros subieron a la plataforma, donde había una escotilla abierta. Todos se precipitaron por la abertura.

Al pie de la escalera se extendía una crujía interior, iluminada

con luz eléctrica. Al final de la crujía había una puerta. Cyrus Smith la empujó.

Una sala magníficamente decorada, que los colonos atravesaron rápidamente, daba a una biblioteca en la que un techo luminoso vertía un torrente de luz.

Al fondo de la biblioteca, una amplia puerta, también cerrada, fue abierta por el ingeniero.

Un vasto salón, una especie de museo donde se amontonaban, junto con todos los tesoros de la naturaleza mineral, obras de arte y maravillas de la industria, apareció ante los ojos de los colonos, que tuvieron que creerse mágicamente transportados al mundo de los sueños.

Tendido en un lujoso diván, vieron a un hombre que no pareció advertir su presencia.

Entonces Cyrus Smith, ante la sorpresa de sus compañeros, pronunció estas palabras:

—Capitán Nemo, ¿nos ha llamado? Aquí estamos.

XVI

El capitán Nemo – Sus primeras palabras – La historia de un héroe de la independencia – El odio a los invasores – Sus compañeros – La vida submarina – Solo – El último refugio del Nautilus en la isla Lincoln – El genio misterioso de la isla

Al oír estas palabras, el hombre tendido se levantó y su rostro apareció a plena luz: una cabeza magnífica de frente alta, mirada orgullosa, barba blanca, abundante cabellera peinada hacia atrás.

El hombre apoyó las manos en el respaldo del diván del que acababa de levantarse. Su mirada era serena. Se notaba que una lenta enfermedad lo había minado poco a poco, pero su voz pareció fuerte todavía cuando dijo en inglés, y en un tono que expresaba una enorme sorpresa:

—Yo no tengo nombre.

—Yo le conozco —contestó Cyrus Smith.

El capitán Nemo clavó una mirada ardiente en el ingeniero, como si quisiera aniquilarlo. Luego se recostó sobre las almohadas del diván y murmuró:

—Después de todo, qué más da. Voy a morir.

Cyrus Smith se acercó al capitán Nemo. Gedeon Spilett le cogió una mano, tras acercarse también, y la notó muy caliente. Ayrton, Pencroff, Harbert y Nab permanecían respetuosamente apartados en una esquina del magnífico salón, en el que el aire estaba saturado de emanaciones eléctricas.

El capitán Nemo retiró inmediatamente la mano y, haciendo una seña, invitó al ingeniero y al reportero a sentarse.

Todos lo miraban con verdadera emoción. ¡Así que era él el que llamaban «el genio de la isla», el ser todopoderoso cuya intervención había sido tan eficaz en numerosas ocasiones, ese

bienhechor al que debían un agradecimiento infinito! Ante los ojos no tenían más que a un hombre, cuando Pencroff y Nab creían que iban a encontrar un dios, y ese hombre estaba a las puertas de la muerte.

Pero ¿cómo es que Cyrus Smith conocía al capitán Nemo? ¿Por qué este se había levantado tan vivamente al oír pronunciar su nombre, que debía de creer que ninguno de ellos conocía?

El capitán se había tumbado de nuevo en el diván y, apoyado en un brazo, miraba al ingeniero, situado junto a él.

—¿Sabe cuál era mi nombre? —preguntó.

—Lo sé —respondió Cyrus Smith—, como también sé cuál es el de este admirable aparato submarino.

—¿El *Nautilus*? —dijo, con una media sonrisa, el capitán.

—Sí, el *Nautilus*.

—Pero ¿sabe... sabe quién soy?

—Sí, lo sé.

—Hace treinta años que no tengo ningún contacto con el mundo habitado, treinta años que vivo en las profundidades del mar, el único medio donde he encontrado independencia. ¿Quién ha podido desvelar mi secreto?

—Un hombre que nunca contrajo ningún compromiso con usted, capitán Nemo, y que, por consiguiente, no puede ser acusado de traición.

—¿Ese francés al que el azar trajo a bordo de mi barco hace dieciséis años?

—Exacto.

—Entonces, ¿ese hombre y sus dos compañeros no perecieron en el torbellino que había atrapado al *Nautilus*?

—No, no perecieron. Y apareció, con el título de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, una obra en la que se cuenta su historia.

—¡Mi historia de unos meses solamente! —replicó vivamente el capitán.

—Es verdad —contestó Cyrus Smith—, pero unos meses de esa vida extraña bastaron para darle a conocer...

—Como un gran culpable, seguro, ¿no? —dijo el capitán Nemo, dejando que aflorara a sus labios una sonrisa altiva—. ¡Sí, un rebelde, desterrado quizá de la humanidad!

El ingeniero no contestó.

—¿No dice nada?

—No me corresponde a mí juzgar al capitán Nemo —respondió Cyrus Smith—, al menos en lo concerniente a su vida pasada. Ignoro, como todo el mundo, cuáles han sido los móviles de esta extraña existencia, y no puedo juzgar unos efectos sin conocer las causas. Pero lo que sí sé es que una mano benefactora se ha tendido constantemente hacia nosotros desde nuestra llegada a la isla Lincoln, que todos nosotros le debemos la vida a un ser bueno, generoso, poderoso, y que ese ser poderoso, generoso y bueno es usted, capitán Nemo.

—Soy yo —se limitó a decir el capitán.

El ingeniero y el reportero se habían levantado. Sus compañeros se habían acercado, y el agradecimiento que rebosaba de sus corazones iba a traducirse en gestos, en palabras...

El capitán Nemo los detuvo haciendo un gesto y, con una voz sin duda más emocionada de lo que hubiera querido, dijo:

—Cuando me hayan oído.

Y el capitán, en unas pocas frases claras y concisas, contó toda su vida.

Su relato fue breve, y sin embargo, tuvo que emplear toda la energía que le quedaba para llegar hasta el final. Era evidente que luchaba contra una debilidad extrema. Cyrus Smith lo invitó varias veces a descansar un poco, pero él negó con la cabeza, como un hombre que ya no es dueño del mañana, y cuando el reportero le ofreció su asistencia, contestó:

—Es inútil. Mis horas están contadas.

El capitán Nemo era un príncipe indio llamado Dakkar, hijo de un rajá del territorio entonces independiente de Bundelkund y sobrino del héroe de la India, Tip-po-Saíb. Su padre lo había enviado a Europa a la edad de diez años, a fin de que recibiera allí una educación completa y con la secreta intención de que pudiera luchar un día, con las mismas armas, contra los que consideraba opresores de su país.

Desde los diez hasta los treinta años, el príncipe Dakkar, excepcionalmente dotado, de gran corazón y mente privilegiada, se instruyó en todas las disciplinas y alcanzó un elevado nivel tanto en las ciencias como en las letras y las artes.

El príncipe Dakkar viajó por toda Europa. Su cuna y su fortuna

le abrían todas las puertas, pero los placeres mundanos nunca le atrajeron. Pese a su juventud y su apostura, era un hombre serio, sombrío, devorado por la sed de aprender y con un implacable resentimiento arraigado en el corazón.

El príncipe Dakkar odiaba. Odiaba al único país en el que no había querido poner nunca los pies, a la única nación cuyas proposiciones rechazó constantemente; odiaba a Inglaterra, y tanto más cuanto que en muchos aspectos la admiraba.

Este indio reunía en su persona todos los odios feroces del vencido hacia el vencedor. El invasor no había podido conseguir el perdón del invadido. El hijo de uno de esos soberanos a los que el Reino Unido solo ha podido sojuzgar nominalmente, ese príncipe de la familia de Tippto-Saib educado en las ideas de reivindicación y venganza, lleno del ineluctable amor por su poético país sometido al yugo inglés, no quiso pisar jamás esa tierra para él maldita, causante de la servidumbre de la India.

El príncipe Dakkar se convirtió en un artista al que las maravillas del arte impresionaban noblemente, en un sabio al que nada de las altas ciencias le era ajeno, en un estadista formado en las cortes europeas. A quienes lo observaban de modo incompleto podía parecerles uno de esos cosmopolitas deseosos de saber pero poco dados a actuar, uno de esos opulentos viajeros, espíritus orgullosos y platónicos, que recorren incesantemente el mundo y no son de ningún país.

Nada de eso. Ese artista, ese sabio, ese hombre había seguido siendo indio de corazón, indio por el deseo de venganza, indio por la esperanza que abrigaba de reivindicar un día los derechos de su país, de expulsar de él al extranjero, de devolverle su independencia.

Por eso, en el año 1849 el príncipe Dakkar regresó a Bundelkund. Se casó con una noble india cuyo corazón sangraba como el suyo ante las desgracias de su patria. Tuvo dos hijos a quienes quería con ternura. Pero la felicidad doméstica no podía hacerle olvidar la servidumbre de la India. Esperaba una ocasión y esta se presentó.

Quizá el yugo inglés sobre la población india se había endurecido demasiado. El príncipe Dakkar tomó la voz de los descontentos. Les transmitió todo el odio que sentía contra el

extranjero. Recorrió no solo los territorios todavía independientes de la península india, sino también las regiones directamente sometidas a la administración inglesa. Recordó los grandes días de Tippto-Saib, muerto heroicamente en Seringapatam por defender su patria.

En 1857 estalló la gran rebelión de los cipayos, cuya alma fue el príncipe Dakkar. Él organizó el inmenso levantamiento. Puso su talento y sus riquezas al servicio de esa causa. Contribuyó personalmente, luchó en primera línea, arriesgó su vida como el más humilde de esos héroes que se habían sublevado para liberar a su país, fue herido diez veces en veinte refriegas, y no había podido encontrar la muerte cuando los últimos soldados de la independencia cayeron bajo las balas inglesas.

Jamás corrió tanto peligro el poder británico en la India, y si los cipayos hubieran encontrado apoyo en el exterior, tal como habían esperado, quizá la influencia y la dominación del Reino Unido en Asia se habría acabado.

El nombre del príncipe Dakkar se hizo entonces famoso. El héroe que lo llevaba no se escondió y luchó abiertamente. Pusieron precio a su cabeza y, si bien no encontraron a ningún traidor que la entregara, su padre, su madre, su esposa y sus hijos pagaron por él antes incluso de que pudiera enterarse de los peligros que corrían por su causa.

El derecho, una vez más, había sucumbido ante la fuerza. Pero la civilización nunca retrocede, y parece arrogarse todos los derechos de la necesidad. Los cipayos fueron vencidos e Inglaterra ejerció una dominación todavía más asfixiante sobre el país de los antiguos rajás.

El príncipe Dakkar, que no había podido encontrar la muerte, regresó a las montañas de Bundelkund. Allí, ahora solo, dominado por una inmensa repugnancia hacia todo cuanto se llamaba hombre, lleno de odio y de horror hacia el mundo civilizado, decidido a apartarse de él para siempre, vendió los bienes que le quedaban, reunió a una veintena de sus más fieles compañeros, y un buen día todos desaparecieron.

¿Adónde había ido el príncipe Dakkar a buscar esa independencia que la tierra habitada le negaba? Bajo las aguas, en la profundidad de los mares, donde nadie podía seguirlo.

El guerrero fue sustituido por el sabio. Se instaló en una isla desierta del Pacífico, donde construyeron un barco submarino según sus planos. La electricidad, cuya inconmensurable fuerza mecánica había sabido utilizar mediante métodos que un día serán conocidos, y que extraía de inagotables fuentes, fue empleada para satisfacer todas las exigencias de su aparato flotante, como fuerza motriz, fuerza lumínica y fuerza calorífica. El mar, con sus tesoros infinitos, sus miríadas de peces, sus cosechas de varec y de sargazos, sus enormes mamíferos, y no solo con los frutos de la naturaleza, sino también con todo lo que los hombres habían perdido en él, cubrió ampliamente las necesidades del príncipe y de su tripulación. De este modo hizo realidad su más vivo deseo, puesto que no quería mantener ningún contacto con la tierra. Llamó a su aparato submarino *Nautilus*, él se puso el nombre de capitán Nemo, y desapareció bajo los mares.

Durante muchos años, el capitán visitó todos los océanos, de un polo al otro. Excluido del universo habitado, recogió en esos mundos desconocidos tesoros admirables. Los millones perdidos en la bahía de Vigo por los galeones españoles en 1702 le proporcionaron una mina inagotable de riquezas de la que siempre dispuso, y anónimamente, a favor de los pueblos que luchaban por la independencia de su país.

No había tenido ningún contacto con sus semejantes desde hacía mucho tiempo cuando, durante la noche del 6 de noviembre de 1866, tres hombres fueron a parar a bordo de su aparato. Eran un profesor francés, su sirviente y un pescador canadiense. Esos tres hombres habían sido precipitados al mar como consecuencia de un choque entre el *Nautilus* y el *Abraham Lincoln*, fragata de Estados Unidos que trataba de darle caza.

El capitán Nemo se enteró por este profesor de que el *Nautilus*, tomado unas veces por un mamífero gigante de la familia de los cetáceos y otras por un aparato submarino dotado de una tripulación de piratas, era perseguido por todos los mares.

El capitán Nemo habría podido devolver al océano a esos tres hombres a los que el azar había hecho cruzarse en su misteriosa existencia. No lo hizo, los mantuvo prisioneros, y durante siete meses pudieron contemplar todas las maravillas de un viaje bajo el mar a lo largo de veinte mil leguas.

Un día, el 22 de junio de 1867, esos tres hombres, que no sabían nada del pasado del capitán Nemo, consiguieron escapar después de haberse apoderado del bote del *Nautilus*. Pero como en ese momento el *Nautilus* era arrastrado por las corrientes del Maelstrom, en las costas de Noruega, el capitán creyó que los fugitivos se habían ahogado. Así pues, ignoraba que el francés y sus dos compañeros habían sido arrojados milagrosamente a la costa, que unos pescadores de las islas Loffoden los habían recogido y que el profesor, de regreso en Francia, había publicado la obra en la que se relataban y ofrecían a la curiosidad pública siete meses de esa extraña y azarosa navegación del *Nautilus*.

Durante mucho tiempo más, el capitán Nemo continuó viviendo así, recorriendo los mares. Pero sus compañeros fueron muriendo poco a poco y yendo a descansar a su cementerio de coral, en el fondo del Pacífico. El vacío se hizo en el *Nautilus*, y el capitán Nemo fue el único que quedó de todos los que se habían refugiado con él en las profundidades del océano.

El capitán Nemo tenía entonces sesenta años. Cuando se quedó solo, decidió llevar el *Nautilus* a uno de los puertos submarinos donde algunas veces hacía escala.

Uno de esos puertos estaba excavado bajo la isla Lincoln y era el que daba asilo en ese momento al *Nautilus*.

Desde hacía seis años, el capitán estaba allí, sin navegar, esperando la muerte, es decir, el instante en que se reuniría con sus compañeros, cuando el azar le hizo asistir a la caída del globo que llevaba a los prisioneros de los sudistas. Equipado con su escafandra, paseaba bajo las aguas, a unos cables de la orilla de la isla, cuando el ingeniero cayó al mar. Un buen sentimiento movió al capitán y... salvó a Cyrus Smith.

Su primera reacción fue alejarse de aquellos cinco naufragos, pero su puerto de refugio estaba cerrado. Una elevación del basalto provocada por la actividad volcánica le impedía cruzar la entrada de la cripta. Aún había bastante agua para que una embarcación ligera pudiera pasar, pero no la suficiente para el *Nautilus*, que tenía un calado considerable.

Así pues, el capitán Nemo se quedó. Observó a aquellos hombres que habían sido arrojados, sin ningún recurso, a una isla desierta, pero no quiso que lo vieran. Poco a poco, al ver que eran honrados,

enérgicos, que estaban unidos por una amistad fraternal, se interesó en sus esfuerzos. Como a su pesar, se enteró de todos los secretos de su existencia. Equipado con la escafandra, le resultaba fácil llegar al fondo del pozo interior de Granite-house, y, subiendo por los salientes de la roca hasta su orificio superior, oía a los colonos hablar del pasado, así como analizar el presente y el futuro. Se enteró por ellos del inmenso esfuerzo de América contra la propia América para abolir la esclavitud. ¡Sí, esos hombres eran dignos de reconciliar al capitán Nemo con esa humanidad a la que tan dignamente representaban en la isla!

El capitán Nemo había salvado a Cyrus Smith. Fue él también quien llevó al perro a las Chimeneas, quien proyectó a Top sobre las aguas del lago, quien hizo embarrancar en la punta del Pecio esa caja que contenía tantos objetos útiles para los colonos, quien envió la canoa por el río de la Misericordia, quien echó la cuerda desde lo alto de Granite-house durante el ataque de los simios, quien dio a conocer la presencia de Ayrton en la isla Tabor mediante el mensaje metido en la botella, quien hizo saltar por los aires el bergantín a causa del choque con un torpedo puesto en el fondo del canal, quien salvó a Harbert de una muerte segura llevando el sulfato de quinina, quien, por último, mató a los convictos con esas balas eléctricas de su invención que utilizaba para practicar la caza submarina. Esa era la explicación de infinidad de incidentes que debían de parecer sobrenaturales y que demostraban la generosidad y el poder del capitán.

Sin embargo, ese gran misántropo estaba ávido de bien. Tenía útiles consejos que dar a sus protegidos y, por otra parte, sintiendo que había perdido su dureza de corazón ante la proximidad de la muerte, llamó a los colonos de Granite-house, como sabemos, mediante un hilo con el que había comunicado el redil con el *Nautilus* y que estaba provisto de un aparato alfabético... Tal vez no lo habría hecho si hubiera sabido que Cyrus Smith conocía suficientemente su historia para dirigirse a él por el nombre de Nemo.

El capitán había terminado el relato de su vida. Cyrus Smith tomó entonces la palabra. Recordó todos los incidentes que habían ejercido sobre la colonia una influencia tan beneficiosa y, en nombre de sus compañeros y en el suyo propio, dio las gracias al ser

generoso a quien tanto debían.

Pero el capitán Nemo no pensaba en reclamar el pago de los servicios que había prestado. Un último pensamiento agitaba su mente y, antes de estrechar la mano que le tendía el ingeniero, dijo:

—Ahora que conoce mi vida, caballero, júzgueme.

Estaba claro que el capitán aludía a un grave incidente del que los tres extranjeros habían sido testigos, incidente que el profesor francés forzosamente había contado en su libro y que debía de haber tenido una terrible resonancia.

En efecto, unos días antes de la huida del profesor y sus dos compañeros, el *Nautilus*, perseguido por una fragata en el norte del Atlántico, se había abalanzado contra ella como un ariete y la había hundido sin compasión.

Cyrus Smith comprendió la alusión, pero permaneció callado.

—¡Era una fragata inglesa! —dijo el capitán Nemo, reconvertido por un instante en el príncipe Dakkar—. ¡Sí, ha oído bien, una fragata inglesa! ¡Y me atacaba! ¡Yo estaba encajonado en una bahía estrecha y poco profunda...! ¡Tenía que pasar... y pasé!

Luego, en un tono de voz más sereno, añadió:

—La justicia y el derecho estaban de mi parte. En todas partes he hecho el bien que he podido, así como el mal que he debido hacer. ¡Ser justo no siempre es perdonar!

Unos instantes de silencio siguieron a esta declaración, antes de que el capitán Nemo preguntara de nuevo:

—¿Qué piensan de mí, caballeros?

Cyrus Smith le tendió la mano al capitán y, con voz grave, respondió:

—Capitán, su error es haber creído que se podía resucitar el pasado; ha luchado usted contra el progreso necesario. Es uno de esos errores que unos admiran y otros censuran, que solo Dios puede juzgar y que la razón humana debe absolver. A quien se equivoca obrando con una intención que cree buena, uno puede combatirlo, pero no deja de apreciarlo. Su error es de los que no excluyen la admiración y su nombre no tiene nada que temer de los juicios de la historia. La historia ama las locuras heroicas, aunque al mismo tiempo condena los resultados que acarrearán.

El capitán Nemo respiró hondo y alzó una mano hacia el cielo.

—¿Hice mal o tenía razón? —murmuró.

Cyrus Smith respondió:

—Todas las grandes acciones se elevan hacia Dios, pues de Él vienen. Capitán Nemo, los hombres honrados que están aquí y a los que usted ha ayudado le llorarán siempre.

Harbert se había acercado al capitán. El joven se arrodilló, le cogió la mano y se la besó.

Una lágrima brotó de los ojos del moribundo.

—Hijo mío —dijo—, bendito seas...

XVII

Las últimas horas del capitán Nemo – La voluntad de un moribundo – Un recuerdo para los que fueron sus amigos – El féretro del capitán Nemo – Algunos consejos para los colonos – El momento supremo – En el fondo del mar

Se había hecho de día. Ningún rayo luminoso penetraba en aquella profunda cripta. En ese momento, la marea alta obstruía la abertura. Pero la luz artificial que escapaba en largos haces del *Nautilus* no había disminuido y la capa de agua seguía resplandeciendo alrededor del aparato flotante.

Un inmenso cansancio dominaba al capitán Nemo, que había vuelto a recostarse en el diván. No podían trasladarlo a Granite-house, ya que él había manifestado su voluntad de permanecer entre aquellas maravillas del *Nautilus*, que no tenían precio, y esperar allí la muerte, ya cercana.

Mientras una profunda postración lo tenía casi sin conocimiento durante un rato bastante largo, Cyrus Smith y Gedeon Spilett observaron con atención el estado del enfermo. Saltaba a la vista que el capitán se extinguía poco a poco. La fuerza iba a abandonar ese cuerpo en otros tiempos tan robusto y ahora frágil envoltura de un alma que se disponía a escapar. Toda la vida estaba concentrada en el corazón y en la cabeza.

El ingeniero y el reportero habían intercambiado unas frases en voz baja. ¿Había algún tratamiento que dispensar a ese moribundo? ¿Podían, si no salvarlo, al menos prolongar su vida unos días? Él mismo había dicho que no había ningún remedio y aguardaba tranquilamente la muerte, sin temor alguno.

—No podemos hacer nada —dijo Gedeon Spilett.

—Pero ¿de qué se muere? —preguntó Pencroff.

—Se extingue —respondió el reportero.

—Si lo trasladáramos al aire libre —dijo el marino—, a la luz del sol, quizá se reanimaría.

—No, Pencroff —contestó el ingeniero—, todo intento sería inútil. Además, el capitán Nemo no aceptaría abandonar su nave. Hace treinta años que vive en el *Nautilus* y es en el *Nautilus* donde quiere morir.

Sin duda el capitán Nemo oyó la respuesta de Cyrus Smith, pues se incorporó un poco y, con una voz más débil pero todavía inteligible, dijo:

—Tiene usted razón. Debo y quiero morir aquí. Por eso tengo que hacerles una petición.

Cyrus Smith y sus compañeros se habían acercado al diván. Dispusieron los cojines de manera que el moribundo pudiera apoyarse mejor en ellos.

Entonces vieron detenerse su mirada en todas las maravillas de aquel salón, iluminado por los rayos eléctricos que tamizaban los arabescos de un techo luminoso. El capitán Nemo miró, uno tras otro, los cuadros colgados de las paredes espléndidamente tapizadas, aquellas obras maestras de los grandes pintores italianos, flamencos, franceses y españoles, las miniaturas de mármol y de bronce que se alzaban sobre sus pedestales, el magnífico órgano adosado al tabique del fondo, las vitrinas dispuestas en torno a una fuente central, que contenía los productos más admirables del mar, plantas marinas, zoófitos, sartas de perlas de incalculable valor. Por último, sus ojos se detuvieron en la divisa inscrita en el frontón de ese museo, la divisa del *Nautilus*:

Mobilis in mobili

Parecía que quisiera acariciar por última vez con la mirada esas obras maestras del arte y de la naturaleza, a las que había limitado su horizonte durante una estancia de tantos años en el abismo de los mares.

Cyrus Smith había respetado el silencio que guardaba el capitán Nemo. Esperaba a que el moribundo tomara de nuevo la palabra.

Tras unos minutos, durante los cuales sin duda vio pasar toda su vida, el capitán Nemo se volvió hacia los colonos y les dijo:

—¿Green, caballeros, que me deben alguna gratitud?

—¡Capitán, daríamos nuestra vida por prolongar la suya!

—Bien, bien... Prométanme que ejecutarán mi última voluntad

—prosiguió el capitán Nemo—, y habrán pagado todo lo que he hecho por ustedes.

—Se lo prometemos —respondió Cyrus Smith.

Y con esta promesa, se comprometía él y comprometía a sus compañeros.

—Caballeros, mañana estaré muerto —dijo el capitán.

Con un gesto, detuvo a Harbert, que se disponía a protestar.

—Mañana estaré muerto, y no deseo otra tumba que el *Nautilus*. ¡Este es mi ataúd! Todos mis amigos reposan en el fondo del mar y yo también quiero reposar en él.

Un profundo silencio acogió esas palabras del capitán Nemo.

—Escúchenme atentamente, caballeros —prosiguió—. El *Nautilus* está encerrado en esta gruta, en cuya entrada se ha producido una elevación. Pero, si bien no puede salir de su prisión, sí puede, al menos, hundirse en el abismo que esta recubre y guardar ahí mis restos mortales.

Los colonos escuchaban religiosamente las palabras del moribundo.

—Mañana, después de mi muerte, señor Smith —prosiguió el capitán—, usted y sus compañeros abandonarán el *Nautilus*, pues todas las riquezas que contiene deben desaparecer conmigo. Un solo recuerdo les quedará del príncipe Dakkar, cuya historia ahora ya conocen. Ese cofre... sí, ese de ahí... contiene millones en diamantes, la mayoría de ellos recuerdos de la época en la que, como padre y esposo, casi creí en la felicidad, y una colección de perlas que mis amigos y yo hemos recogido del fondo de los mares. Con ese tesoro, algún día podrán hacer cosas buenas. En manos como las suyas y las de sus compañeros, señor Smith, el dinero no puede ser un peligro. Así estaré, desde allí arriba, asociado a sus obras, y con toda tranquilidad.

Tras unos instantes de pausa, impuestos por su extrema debilidad, el capitán Nemo prosiguió en estos términos:

—Mañana, cogerán ese cofre y saldrán de este salón, cuya puerta cerrarán; luego, subirán a la plataforma del *Nautilus*, bajarán la compuerta de acceso y la cerrarán utilizando los pernos.

—Lo haremos, capitán —dijo Cyrus Smith.

—Bien. A continuación embarcarán en el bote con el que han venido. Pero antes de abandonar el *Nautilus*, vayan a la popa y abran dos grandes grifos que se encuentran en la línea de flotación. El agua penetrará en los depósitos y el *Nautilus* se hundirá poco a poco para ir a reposar en el fondo del abismo.

Al ver que Cyrus Smith hacía un ademán como de protesta, el capitán añadió:

—No tema. Solo sepultarán a un muerto.

Ni Cyrus Smith ni ninguno de sus compañeros creyó que debiera hacer ninguna observación al capitán Nemo. Era su última voluntad y no tenían más que acatarla.

—¿Cuento con su promesa, caballeros?

—Cuenta con ella, capitán —respondió el ingeniero.

El capitán hizo un gesto de agradecimiento y rogó a los colonos que le dejaran solo unas horas. Gedeon Spilett insistió en quedarse con él, por si se produjera una crisis, pero el moribundo se negó diciendo:

—Viviré hasta mañana.

Todos salieron del salón, atravesaron la biblioteca y el comedor, y llegaron a la proa, a la sala de máquinas, donde estaban los aparatos eléctricos que proporcionaban al *Nautilus*, además del calor y la luz, la fuerza mecánica.

El *Nautilus* era una obra maestra que contenía obras maestras, y el ingeniero se quedó maravillado.

Los colonos subieron a la plataforma, que se elevaba siete u ocho pies por encima del agua. Allí se tumbaron junto a un grueso cristal lenticular, que cerraba una especie de gran ojo del que brotaba un haz de luz. Detrás de ese ojo se abría una cabina donde estaban las ruedas del gobernalle y en la que se instalaba el timonel cuando dirigía al *Nautilus* a través de las capas líquidas, que los rayos eléctricos debían de iluminar hasta una distancia considerable.

Cyrus Smith y sus compañeros permanecieron al principio en silencio, pues estaban vivamente impresionados por lo que acababan de ver y oír, y se les encogía el corazón cuando pensaban que el hombre cuyo brazo tantas veces los había socorrido, ese protector al que habían conocido apenas unas horas, estaba a punto

de morir.

Cualquiera que fuese el juicio que pronunciase la posteridad sobre los actos de esa existencia, por así decirlo, extrahumana, el príncipe Dakkar sería siempre uno de esos personajes extraños cuyo recuerdo no se puede borrar.

—¡Qué hombre! —exclamó Pencroff—. ¡Es increíble que haya vivido en el fondo del océano! ¡Y pensar que tal vez no haya encontrado más tranquilidad dentro que fuera de él!

—Quizá el *Nautilus* podría habernos servido —señaló Ayrton— para salir de la isla Lincoln y llegar a alguna tierra habitada.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Pencroff—. ¡Yo jamás me aventuraría a pilotar un barco semejante! Navegar sobre los mares, sí, ¡pero bajo los mares, ni hablar!

—Yo creo que debe de ser muy fácil manejar un aparato submarino como el *Nautilus*, Pencroff —dijo el reportero—, y que nos habríamos acostumbrado a él enseguida. No habría que temer ni tempestades ni abordajes. Unos pies por debajo de la superficie, las aguas del mar están tan tranquilas como las de un lago.

—Es posible —replicó el marino—, pero yo prefiero un buen temporal a bordo de un barco bien aparejado. Un barco está hecho para ir sobre el agua, no por debajo.

—Amigos míos —intervino el ingeniero—, es inútil discutir la cuestión de los barcos submarinos, por lo menos en referencia al *Nautilus*. El *Nautilus* no es nuestro y no tenemos derecho a disponer de él. Por lo demás, no podríamos utilizarlo. No solo no puede salir de esta caverna, cuya entrada se encuentra ahora cerrada a causa de una elevación de las rocas basálticas, sino que además el capitán Nemo quiere que se hunda con él tras su muerte. Su voluntad es claramente esa y nosotros la respetaremos.

Tras una conversación que se prolongó un rato más, Cyrus Smith y sus compañeros bajaron de nuevo al interior del *Nautilus*. Allí comieron un poco y volvieron al salón.

El capitán Nemo había salido del estado de postración en que lo habían dejado y sus ojos habían recobrado el brillo. Una sonrisa parecía dibujarse en sus labios.

Los colonos se acercaron a él.

—Caballeros —les dijo el capitán—, son ustedes hombres valerosos, honrados y buenos. Se han entregado sin reservas a la

tarea común. Los he observado a menudo. Los he apreciado, ¡los aprecio...! Su mano, señor Smith.

Cyrus Smith le tendió la mano al capitán, que la estrechó con afecto.

—Está bien —murmuró.

Al cabo de un instante, prosiguió:

—¡Pero ya está bien de hablar de mí! Tengo que hablarles de ustedes y de la isla Lincoln, en la que han hallado refugio... ¿Piensan abandonarla?

—Para volver, capitán —respondió vivamente Pencroff.

—¿Para volver...? Es verdad, Pencroff —dijo el capitán, sonriendo—, sé lo mucho que ama esta isla. La han modificado con su trabajo, y eso la hace suya.

—Nuestro proyecto, capitán —dijo Cyrus Smith—, es que pase a formar parte de Estados Unidos y fundar aquí, para nuestra marina, un puerto magníficamente situado en esta parte del Pacífico.

—Piensan en su país —dijo el capitán—. Trabajan por su prosperidad y por su gloria. Tienen razón. ¡La patria...! ¡Ahí es a donde hay que volver! ¡Ahí es donde hay que morir...! Yo, en cambio, muero lejos de todo lo que he amado.

—¿Tiene usted alguna última voluntad que transmitir —preguntó el ingeniero—, algún recuerdo para los amigos que haya podido dejar en esas montañas de la India?

—No, señor Smith. ¡Yo ya no tengo amigos! Soy el último de mi estirpe... y estoy muerto desde hace mucho tiempo para todos aquellos a los que he conocido. Pero volvamos a ustedes. La soledad y el aislamiento son cosas tristes, sobrepasan las fuerzas humanas... Yo muero por haber creído que era posible vivir solo... Así que ustedes deben hacer todo lo posible para salir de la isla Lincoln y volver a la tierra donde nacieron. Sé que esos miserables destruyeron la embarcación que ustedes habían hecho...

—Estamos construyendo otro barco —dijo Gedeon Spilett—. Uno lo suficientemente grande para que nos lleve a las tierras más cercanas. Pero si antes o después conseguimos salir de aquí, volveremos a la isla Lincoln. ¡Demasiados recuerdos nos unen a ella para que la olvidemos!

—Aquí es donde hemos conocido al capitán Nemo —dijo Cyrus Smith.

—Solo aquí recuperaremos plenamente su recuerdo —dijo Harbert.

—Y aquí es donde yo dormiré el sueño eterno, si...

El capitán vaciló y, en lugar de acabar la frase, se limitó a decir:

—Señor Smith, quisiera hablar con usted... a solas.

Los compañeros del ingeniero, respetando el deseo del moribundo, se retiraron.

Cyrus Smith estuvo solo unos minutos encerrado con el capitán Nemo. Enseguida llamó a sus amigos, pero no les contó nada de lo que el moribundo había querido confiarle.

Gedeon Spilett observó entonces al enfermo con extrema atención. Era evidente que lo único que sostenía al capitán Nemo era su energía moral, que muy pronto ya no podría reaccionar contra su debilitamiento físico.

El día terminó sin que se produjera ningún cambio. Los colonos no salieron ni un momento del *Nautilus*. Había anochecido, aunque era imposible advertirlo dentro de esa cripta.

El capitán Nemo no sufría, pero estaba cada vez más débil. Su noble rostro, empalidecido por la cercanía de la muerte, estaba sereno. De sus labios escapaban a veces palabras casi incomprensibles, relacionadas con diversos incidentes de su extraña existencia. Se notaba que la vida iba retirándose poco a poco de aquel cuerpo, cuyas extremidades estaban ya frías.

Una o dos veces más, dirigió la palabra a los colonos, que estaban a su lado, y les sonrió con esa última sonrisa que se prolonga hasta la muerte.

Finalmente, un poco después de la medianoche, el capitán Nemo hizo un esfuerzo supremo y logró cruzar los brazos sobre el pecho, como si deseara morir en esa postura.

Hacia la una de la madrugada, toda la vida se había refugiado únicamente en su mirada. Un último destello brilló en esas pupilas de las que tantas llamas habían brotado en otros tiempos y expiró dulcemente murmurando estas palabras: «¡Dios y Patria!».

Cyrus Smith se inclinó para cerrar los ojos de quien había sido el príncipe Dakkar y que ya ni siquiera era el capitán Nemo.

Harbert y Pencroff lloraban. Ayrton se secaba una lágrima furtiva. Nab estaba de rodillas al lado del reportero, inmóvil como una estatua.

Cyrus Smith alzó la mano por encima de la cabeza del fallecido.

—¡Que Dios acoja su alma! —dijo. Luego se volvió hacia sus compañeros y añadió—: Recemos por el que hemos perdido.

Unas horas después, los colonos cumplían con la promesa hecha al capitán, ejecutaban la última voluntad del fallecido.

Cyrus Smith y sus compañeros salieron del *Nautilus*, después de haber cogido el único recuerdo que les había legado su benefactor, el cofre que contenía cien fortunas.

El maravilloso salón, que seguía inundado de luz, había sido cuidadosamente cerrado. Atornillaron la puerta de chapa de modo que no pudiese penetrar ni una gota de agua en el interior de las estancias del *Nautilus*.

Luego, los colonos bajaron al bote, que estaba amarrado en un costado del barco submarino.

Fueron con el bote hasta la popa. Allí, en la línea de flotación, había dos grandes grifos que comunicaban con los depósitos destinados a determinar la inmersión del aparato.

Abrieron los grifos. Los depósitos se llenaron y el *Nautilus*, hundiéndose poco a poco, desapareció bajo el agua.

Pero los colonos pudieron seguirlo con la mirada a través de las capas profundas. Su potente luz iluminaba las aguas transparentes, mientras que la cripta se sumía en la oscuridad. Esa vasta emanación eléctrica acabó por desaparecer y el *Nautilus*, convertido en el féretro del capitán Nemo, descansó en el fondo del mar.

XVIII

Reflexiones personales – Reanudación de los trabajos de construcción – El 1 de enero de 1869 – Un penacho en la cima del volcán – Primeros síntomas de una erupción – Ayrton y Cyrus Smith en el redil – Exploración en la cripta Dakkar – Las revelaciones del capitán Nemo al ingeniero

Al despuntar el día, los colonos, silenciosos, llegaron a la entrada de la caverna, a la que pusieron el nombre de cripta Dakkar en recuerdo del capitán Nemo. Como en ese momento la marea estaba baja, pudieron pasar fácilmente bajo la arcada, cuyas jambas basálticas golpeaban las olas.

El bote de chapa se quedó allí, y de tal manera que estuvo protegido de las olas. Como medida de precaución, Pencroff, Nab y Ayrton lo llevaron tirando de él a la pequeña playa que lindaba con uno de los lados de la cripta, a un lugar donde no corría ningún peligro.

La tormenta había cesado con la llegada del día. Los últimos estampidos de los truenos se alejaban por el oeste. Ya no llovía, pero el cielo estaba todavía cargado de nubes. En resumen, ese mes de octubre, comienzo de la primavera austral, no se anunciaba de un modo satisfactorio. El viento tendía a saltar de uno a otro punto del compás, lo que no permitía contar con un tiempo estable.

Al salir de la cripta Dakkar, Cyrus Smith y sus compañeros se habían dirigido al redil. Por el camino, Nab y Harbert fueron recogiendo el hilo tendido por el capitán entre el redil y la cripta, a fin de utilizarlo más adelante.

Mientras caminaban, los colonos hablaban poco. Los diversos incidentes de esa noche del 15 al 16 de octubre los habían impresionado enormemente. Ese desconocido cuya influencia los

había protegido tan eficazmente, ese hombre que su imaginación había convertido en un genio, el capitán Nemo, ya no estaba. El *Nautilus* y él estaban sepultados al fondo de un abismo. Todos se sentían más aislados que antes. Se habían acostumbrado, por así decirlo, a contar con esa poderosa intervención que ahora les faltaba y ni Gedeon Spilett ni el propio Cyrus Smith podían sustraerse a esa impresión. Por eso todos guardaban un profundo silencio mientras se dirigían al redil.

Hacia las nueve de la mañana, los colonos llegaron a Granite-house.

Habían acordado acelerar la construcción del barco, y Cyrus Smith dedicó a esa tarea más tiempo y desvelos que nunca. No sabían lo que les deparaba el futuro. Y para ellos era una garantía tener a su disposición un barco sólido, capaz de navegar incluso con mal tiempo y lo suficientemente grande para intentar, en caso necesario, una travesía de cierta duración. Si, una vez terminado de construir el barco, los colonos no se decidían aún a marcharse de la isla Lincoln para dirigirse a un archipiélago polinesio del Pacífico o a las costas de Nueva Zelanda, por lo menos debían ir cuanto antes a la isla Tabor para dejar el mensaje relativo a Ayrton. Era una precaución indispensable por si el yate escocés regresaba, y respecto a ese asunto no había que descuidar ningún detalle.

Así pues, reanudaron los trabajos. Cyrus Smith, Pencroff y Ayrton, con la ayuda de Nab, de Gedeon Spilett y de Harbert, siempre que no los reclamara otra tarea apremiante, trabajaron sin descanso. Era preciso que el nuevo barco estuviese acabado en cinco meses, es decir, para principios de marzo, si querían ir a la isla Tabor antes de que las borrascas equinocciales hiciesen impracticable la travesía. Por eso, los carpinteros no perdieron ni un momento. No tenían que preocuparse de hacer un aparejo, pues habían salvado entero el del *Speedy*, así que era el casco lo que debían acabar.

El final del año 1868 los colonos se dedicaron a estos importantes trabajos de manera casi exclusiva. Al cabo de dos meses y medio, las cuadernas habían sido colocadas y los primeros tablones estaban ajustados. Ya se podía advertir que los planos trazados por Cyrus Smith eran excelentes y que el barco se navegaría bien. Pencroff dedicaba a este trabajo una actividad febril

y no se privaba de mascullar entre dientes cuando uno u otro cambiaba el hacha de carpintero por la escopeta de cazador. Era necesario, sin embargo, reponer las reservas de Granite-house con vistas al siguiente invierno. Pero eso daba igual. El buen marino no estaba contento cuando los obreros no acudían al astillero. En esas ocasiones hacía, enfadado y refunfuñando, el trabajo de seis.

Todo el verano fue malo. Hacía un calor asfixiante durante algunos días, tras los cuales, la atmósfera estaba saturada de electricidad y estallaban fuertes tormentas que perturbaban profundamente las capas de aire. Era raro que no se oyese un rugido lejano de truenos. Era como un murmullo sordo, pero constante, como el que se produce en las regiones ecuatoriales del globo.

El 1 de enero de 1869 se desencadenó una tormenta de una violencia extrema y cayeron varios rayos en la isla. Grandes árboles fueron alcanzados por el fluido y partidos, entre otros, uno de los enormes almeces que daban sombra al redil en el extremo sur del lago. ¿Había alguna relación entre ese meteoro y los fenómenos que se producían en las entrañas de la tierra? ¿Se había establecido una especie de conexión entre las perturbaciones del aire y las perturbaciones de las partes interiores del globo? Cyrus Smith llegó a creerlo, pues el desarrollo de esas tormentas estuvo marcado por un recrudescimiento de los síntomas volcánicos.

Fue el 3 de enero cuando Harbert, que había subido al amanecer a la meseta de Vistagrande para ensillar uno de los onagros, vio un enorme penacho que se elevaba en la cima del volcán.

Harbert avisó inmediatamente a sus compañeros, que fueron enseguida a observar la cima del monte Franklin.

—¡Vaya! —exclamó Pencroff—. ¡Esta vez no son vapores! Me parece que el gigante ya no se conforma con respirar... ¡Ahora fuma!

La imagen empleada por el marino expresaba muy bien la modificación que se había operado en la boca del volcán. Desde hacía ya tres meses, el cráter emitía vapores más o menos intensos, pero que provenían aún de una ebullición interior de las materias minerales. Esta vez, los vapores habían sido sustituidos por un denso humo que se elevaba en forma de columna grisácea, de más de trescientos pies de ancho en la base y que adoptaba la forma de un inmenso hongo a una altura de entre setecientos y ochocientos

pies sobre la cima del monte.

—El fuego está en la chimenea —dijo Gedeon Spilett.

—Y no podremos apagarlo —contestó Harbert.

—Habría que deshollinar los volcanes —dijo Nab, que parecía hablar con la mayor seriedad del mundo.

—¿Ah, sí? ¿Y te encargarías tú de deshollinarlos, Nab? —dijo Pencroff, soltando una carcajada.

Cyrus Smith observaba con atención la espesa humareda que expulsaba el monte Franklin e incluso aguzaba el oído, como si quisiera descubrir algún rugido lejano. Luego volvió hacia sus compañeros, de los que se había alejado un poco, y dijo:

—En efecto, amigos míos, se ha producido una importante modificación, no debemos ocultárnoslo. Las materias volcánicas ya no están solo en estado de ebullición, sino que arden, y con toda seguridad estamos amenazados por una erupción que no tardará en producirse.

—Muy bien, señor Smith, pues veremos esa erupción —dijo Pencroff—, y la aplaudiremos si lo merece. No creo que eso tenga que ser motivo de preocupación.

—Es cierto, Pencroff —contestó Cyrus Smith—, puesto que el antiguo camino de la lava sigue abierto y, gracias a su disposición, el cráter la ha encaminado siempre hacia el norte. Y sin embargo...

—Y sin embargo, puesto que no podemos obtener ninguna ventaja de una erupción, sería preferible que esta no se produjese —dijo el reportero.

—¡Quién sabe! —repuso el marino—. Tal vez haya en ese volcán alguna materia útil y preciosa que tendrá la bondad de vomitar y de la que nosotros haremos buen uso.

Cyrus Smith meneó la cabeza como hombre que no esperaba nada bueno del fenómeno que se había desarrollado de modo tan súbito. Él no consideraba con tanta ligereza como Pencroff las consecuencias de una erupción. Aunque la lava, dada la orientación del cráter, no amenazase directamente las partes boscosas y cultivadas de la isla, podían presentarse otras complicaciones. En efecto, no es raro que las erupciones vayan acompañadas de terremotos, y una isla de la naturaleza de la isla Lincoln, formada por materias tan diversas, basalto por un lado, granito por otro, lava al norte, suelo blando al sur, materias que, en consecuencia, no

podían estar sólidamente unidas entre sí, correría el peligro de disgregarse. Así pues, si la erupción de sustancias volcánicas no constituía un peligro muy serio, todo movimiento en la estructura terrestre que sacudiera la isla podía acarrear consecuencias gravísimas.

—Me parece oír un ruido sordo —dijo Ayrton, que se había tumbado con el oído pegado al suelo—, como el que haría un carro cargado de barras de hierro.

Los colonos escucharon con extrema atención y constataron que Ayrton no se equivocaba. A ese ruido se sumaban a veces unos mugidos subterráneos que formaban una especie de *rinforzando* y se apagaban poco a poco, como si un fuerte viento corriera por las profundidades de la tierra. Pero todavía no se oía ninguna detonación propiamente dicha. De ello se podía concluir, pues, que los vapores y el humo encontraban paso libre a través de la chimenea central y que, como la válvula era bastante ancha, no se produciría ninguna falla ni había que temer una explosión.

—Bueno —dijo entonces Pencroff—, ¿es que no vamos a volver al trabajo? ¡Que el monte Franklin fume, berree, gima, vomite fuego y llamas hasta que se canse! No es una razón para no hacer nada. ¡Vamos, Ayrton, Nab, Harbert, señor Cyrus, señor Spilett, hoy todo el mundo tiene que ponerse manos a la obra! Vamos a ajustar las cintas, y una docena de brazos no serán demasiados. Quiero que antes de dos meses nuestro nuevo *Buenaventura*... porque conservará ese nombre, ¿no...?, flote en las aguas del puerto del Globo, así que no podemos perder ni una hora.

Todos los colonos, cuyos brazos eran reclamados por Pencroff, bajaron al astillero y procedieron a la colocación de las cintas, gruesos maderos que rodean el costado de un barco y unen sólidamente entre sí las cuadernas. Era una tarea larga y costosa, en la que todos tuvieron que participar.

Trabajaron, pues, sin parar durante toda la jornada del 3 de enero, sin preocuparse del volcán. Desde la playa de Granite-house no podían verlo, pero, en una o dos ocasiones, grandes sombras que taparon el sol, el cual describía su arco diurno sobre un cielo purísimo, indicaron que una espesa nube de humo pasaba entre su disco y la isla. El viento, que venía de alta mar, se llevaba esas columnas de humo hacia el oeste. Cyrus Smith y Gedeon Spilett

observaron perfectamente esos oscurecimientos pasajeros y comentaron varias veces la evolución manifiesta del fenómeno volcánico, pero el trabajo no fue interrumpido. Cada vez era más importante, desde todos los puntos de vista, terminar el barco en el plazo más breve posible. Ante cualquier eventualidad que pudiera presentarse, sería una garantía para la seguridad de los colonos. ¡Quién sabía si ese barco no sería algún día su único refugio!

Después de cenar, Cyrus Smith, Gedeon Spilett y Harbert subieron a la meseta de Vistagrande. Era ya noche cerrada y la oscuridad permitiría distinguir si, entre los vapores y el humo acumulados en la boca del cráter, había llamas o materias incandescentes proyectadas por el volcán.

—¡El cráter está ardiendo! —gritó Harbert, que, más ágil que sus compañeros, había llegado el primero a la meseta.

El monte Franklin, a una distancia de unas seis millas, parecía una gigantesca antorcha en cuya cima se retorcían unas llamas fuliginosas. Las llamas iban acompañadas de tanto humo, tanta escoria y quizá tantas cenizas, que su fulgor, muy atenuado, no penetraba las tinieblas. Pero una especie de resplandor rojizo se extendía sobre la isla y mostraba confusamente el frente de la masa boscosa. Inmensos torbellinos oscurecían las alturas del cielo, y a través de ellos titilaban algunas estrellas.

—Está evolucionando muy deprisa —dijo el ingeniero.

—No es de extrañar —contestó el reportero—. El despertar del volcán data ya de hace algún tiempo. Recuerde, Cyrus, que los primeros vapores aparecieron en la época en que registramos los contrafuertes de la montaña en busca del refugio del capitán Nemo. Si no me equivoco, era hacia el 15 de octubre.

—Sí —dijo Harbert—, y de eso hace ya dos meses y medio.

—Los fuegos subterráneos han estado incubándose, entonces, durante diez semanas —prosiguió Gedeon Spilett—, y no es de extrañar que ahora se desarrollen con esta violencia.

—¿No notan unas vibraciones en el suelo? —preguntó Cyrus Smith.

—Sí —respondió Gedeon Spilett—, pero de ahí a que haya un terremoto...

—No digo que nos amenace un terremoto —contestó Cyrus Smith—, Dios nos guarde de eso. No. Estas vibraciones se deben a la

efervescencia del fuego central. La corteza terrestre no es sino la pared de una caldera, y usted sabe que la pared de una caldera, bajo la presión de los gases, vibra como una placa sonora. Ese efecto es el que está produciéndose en este momento.

—¡Qué magníficos fuegos de artificio! —exclamó Harbert.

En ese momento brotaba del cráter una especie de castillo de fuego, cuyo resplandor los vapores no habían podido atenuar. Miles de fragmentos luminosos y de puntos vivos saltaban en direcciones contrarias. Algunos atravesaban la cúpula de humo y dejaban tras de sí un auténtico polvo incandescente. Este espectáculo fue acompañado de detonaciones sucesivas, como el tableteo de una batería de ametralladoras.

Tras haber pasado una hora en la meseta de Vistagrande, Cyrus Smith, el reportero y el muchacho bajaron a la playa y volvieron a Granite-house. El ingeniero estaba pensativo, incluso preocupado, hasta tal punto que Gedeon Spilett se creyó en el deber de preguntarle si presentía algún peligro inminente cuya causa, directa o indirecta, fuese la erupción.

—Sí y no —respondió Cyrus Smith.

—Sin embargo —dijo el reportero—, un terremoto que sacudiera la isla, ¿no sería la mayor desgracia que podría ocurrirnos? Pero yo no creo que haya que temer que se produzca algo así, puesto que los vapores y la lava han encontrado paso libre para salir.

—Por eso yo no temo un terremoto, en el sentido que normalmente se da a las convulsiones del suelo provocadas por la expansión de los vapores subterráneos. Pero otras causas pueden provocar también grandes desastres.

—¿Cuáles, querido Cyrus?

—No estoy seguro... tengo que ver... tengo que ir a la montaña... Dentro de unos días, tendré una idea clara sobre esto.

Gedeon Spilett no insistió y, pese a las detonaciones del volcán, cuya intensidad iba en aumento y que repetía el eco en toda la isla, los ocupantes de Granite-house no tardaron en sumirse en un profundo sueño.

Transcurrieron tres días, el 4, el 5 y el 6 de enero. Seguían trabajando en la construcción del barco y, sin dar ninguna explicación, el ingeniero aceleraba el trabajo todo lo posible. Una oscura nube de aspecto siniestro cubría entonces la cima del monte

Franklin, que, junto con las llamas, vomitaba rocas incandescentes, algunas de las cuales volvían a caer dentro del cráter. Esto hacía decir a Pencroff, que solo quería ver los aspectos divertidos del fenómeno:

—¡Ahí va! ¡El gigante hace juegos malabares!

Y en efecto, las materias vomitadas volvían a caer en el abismo, y no parecía que la lava, empujada por la presión interior, se hubiese elevado todavía hasta el orificio del cráter. La boca del nordeste al menos, que resultaba parcialmente visible, no vertía ningún torrente sobre la ladera septentrional del monte.

Sin embargo, por apremiantes que fuesen los trabajos de construcción, otros asuntos reclamaban la presencia de los colonos en diversos puntos de la isla. Ante todo, había que ir al redil, donde estaban los rebaños de musmones y de cabras, a fin de renovar la provisión de forraje de estos animales. Acordaron que Ayrton iría allí al día siguiente, 7 de enero, y como él podía hacer solo esa tarea, a la que estaba acostumbrado, Pencroff y los demás manifestaron cierta sorpresa cuando oyeron al ingeniero decir a Ayrton:

—Le acompañaré mañana al redil.

—¡Señor Cyrus! —exclamó el marino—. ¡Tenemos los días contados para terminar el trabajo, y si usted también se va, nos quedaremos con cuatro brazos menos!

—Estaremos de vuelta pasado mañana —fue la contestación de Cyrus Smith—. Necesito ir al redil... Quiero ver cómo evoluciona la erupción.

—¡La erupción! ¡La erupción! —exclamó Pencroff, no muy contento—. ¡Menuda importancia, la dichosa erupción! ¡Pues a mí no me preocupa nada!

Pese a las protestas del marino, la exploración proyectada por el ingeniero se mantuvo para el día siguiente. A Harbert le habría gustado acompañar a Cyrus Smith, pero no quiso contrariar a Pencroff ausentándose.

Al día siguiente, al amanecer, Cyrus Smith y Ayrton, en el carro tirado por los dos onagros, partieron hacia el redil al galope.

Por encima del bosque pasaban gruesas nubes que el cráter del monte Franklin alimentaba incesantemente de materias fuliginosas. Esas nubes, que se desplazaban pesadamente por la atmósfera,

estaban compuestas, evidentemente, de sustancias heterogéneas. Su extraña pesadez y opacidad no se debían únicamente al humo del volcán. Escoria en estado de polvo, como puzolana pulverizada, y cenizas grisáceas tan finas como la más fina fécula, permanecían en suspensión en medio de sus espesas volutas. Esas cenizas son tan tenues que a veces permanecen en el aire durante meses enteros. Después de la erupción de 1783, en Islandia, la atmósfera estuvo cargada durante más de un año de polvo volcánico que los rayos solares apenas traspasaban.

Pero lo más frecuente es que esas materias pulverizadas caigan, y eso es lo que ocurrió en aquella ocasión. Apenas habían llegado Cyrus Smith y Ayrton al redil, cuando una especie de nieve negruzca, semejante a una ligera pólvora de caza, cayó y modificó instantáneamente el aspecto del suelo. Árboles, prados, todo desapareció bajo una capa de varias pulgadas de grosor. Afortunadamente, el viento soplaba del nordeste y la mayor parte de la nube fue a disolverse sobre el mar.

—Esto es muy raro, señor Smith —dijo Ayrton.

—Es muy grave —contestó el ingeniero—. Esa puzolana, esas piedras pómez pulverizadas, en una palabra, todo este polvo mineral demuestra la profundidad de la perturbación en las capas inferiores del volcán.

—Pero ¿no se puede hacer nada?

—Nada, aparte de comprobar la evolución del fenómeno. Así que ocúpese de los establos, Ayrton, mientras yo subo más allá del nacimiento del arroyo Rojo para examinar el estado del monte en su ladera septentrional. Luego...

—¿Luego qué, señor Smith?

—Luego haremos una visita a la cripta Dakkar... Quiero ver... En fin, volveré a por usted dentro de dos horas.

Ayrton entró en el recinto y, en espera del regreso del ingeniero, se ocupó de los musmones y de las cabras, que parecían experimentar cierta inquietud ante los primeros síntomas de una erupción.

Entretanto, Cyrus Smith ascendió por la cresta de los contrafuertes orientales, rodeó el arroyo Rojo y llegó al lugar donde él y sus compañeros habían descubierto una fuente sulfurosa durante la primera exploración.

¡Qué cambio se había producido! En vez de una sola columna de humo, contó trece, que salían despedidas del suelo como si fuesen violentamente impulsadas por un pistón. Era evidente que la corteza terrestre sufría en ese punto del globo una presión tremenda. La atmósfera estaba saturada de gases sulfurosos, de hidrógeno y de ácido carbónico, mezclados con vapores acuosos. Cyrus Smith sentía estremecerse las tobas volcánicas que sembraban la llanura y que no eran sino cenizas pulverulentas que el tiempo había convertido en bloques duros, pero todavía no vio ninguna muestra de lava nueva.

Esto mismo constató el ingeniero de forma más completa al observar la ladera septentrional del monte Franklin. Torbellinos de humo y llamas escapaban del cráter, una granizada de escoria caía sobre el suelo, pero no salía lava por el cráter, lo que probaba que el nivel de las materias volcánicas no había alcanzado todavía el orificio superior de la chimenea central.

«¡Preferiría que eso hubiera ocurrido! —pensó Cyrus Smith—. Al menos estaría seguro de que la lava ha seguido su camino acostumbrado. ¡Quién sabe si no rebosará por una nueva boca! Pero el peligro no es ese. El capitán Nemo lo presintió. No, el peligro no es ese.»

Cyrus Smith avanzó hasta la enorme calzada cuya prolongación enmarcaba el estrecho golfo del Tiburón. Así pues, pudo examinar suficientemente por ese lado los antiguos rastros dejados por la lava. No tenía ninguna duda de que la última erupción se remontaba a una época muy lejana.

Volvió sobre sus pasos, prestando atención a los rugidos subterráneos que se propagaban como un trueno continuo, sobre el que destacaban fortísimas detonaciones. A las nueve de la mañana, estaba de vuelta en el redil.

Allí lo esperaba Ayrton.

—Los animales ya están listos, señor Smith —dijo Ayrton.

—Bien, Ayrton.

—Parecen inquietos, señor Smith.

—Sí, habla su instinto, y el instinto no engaña.

—Cuando usted quiera...

—Coja un farol y un mechero, Ayrton —contestó el ingeniero—, y pongámonos en marcha.

Ayrton hizo lo que se le mandaba. Los onagros, ya desenganchados, vagaban por el redil. Cerraron la puerta por fuera y Cyrus Smith, precediendo a Ayrton, tomó, hacia el oeste, el estrecho sendero que conducía a la costa.

Andaban sobre un suelo alfombrado por las materias pulverulentas caídas de la nube. No se veía ni un solo cuadrúpedo en el bosque. Incluso los pájaros habían huido. A veces, un soplo de brisa levantaba la capa de ceniza, y los dos colonos, envueltos en un torbellino opaco, no podían verse. En esos momentos, tomaban la precaución de taparse los ojos y la boca con un pañuelo, pues corrían el peligro de que la ceniza los cegara y asfixiara.

En esas condiciones, Cyrus Smith y Ayrton no podían andar muy deprisa. Además, el aire estaba pesado, como si parte de su oxígeno hubiese sido quemado y ya no fuera apto para respirar. Cada cien pasos, debían parar para recuperar el aliento. Eran, pues, más de las diez cuando el ingeniero y su compañero llegaron a la cresta del enorme amontonamiento de rocas basálticas y porfídicas que formaban la costa noroeste de la isla.

Ayrton y Cyrus Smith comenzaron a descender esa abrupta costa, siguiendo más o menos el mismo camino que aquella noche tormentosa los había conducido a la cripta Dakkar. En pleno día, el descenso fue menos peligroso y, por otra parte, la capa de cenizas que cubría las resbaladizas rocas permitía afianzar mejor el pie sobre sus superficies inclinadas.

Pronto llegaron al rellano que prolongaba la orilla a una altura de unos cuarenta pies. Cyrus Smith recordaba que ese rellano descendía suavemente hasta el nivel del mar. Aunque en ese momento había marea baja, no quedaba al descubierto ninguna playa y las olas, ensuciadas por el polvo volcánico, azotaban directamente el basalto del litoral.

Cyrus Smith y Ayrton encontraron sin dificultad la abertura de la cripta Dakkar y se detuvieron bajo la última roca, que formaba el tramo inferior del rellano.

—El bote de chapa debe de estar por aquí, ¿no?

—Sí, aquí está, señor Smith —respondió Ayrton, tirando de la ligera embarcación, que había permanecido a resguardo bajo la bóveda de la arcada.

—Embarquemos, Ayrton.

Los dos colonos subieron al bote. Una ligera ondulación de las olas hizo que se adentrara más bajo la cimbra muy rebajada de la cripta y, una vez allí, Ayrton, tras frotar el mechero, encendió el farol. Luego cogió los remos. Con el farol sobre el estrave del bote, de manera que iluminase el camino, Cyrus Smith se puso al timón y dirigió la embarcación hacia las tinieblas de la cripta.

El *Nautilus* ya no estaba allí para iluminar con su luz aquella oscura caverna. Tal vez la irradiación eléctrica, alimentada todavía por su potente foco, siguiera propagándose por el fondo de las aguas, pero ningún resplandor salía del abismo en el que descansaba el capitán Nemo.

La luz del farol, aunque insuficiente, permitió al ingeniero avanzar siguiendo la pared derecha de la cripta. Reinaba un silencio sepulcral bajo aquella bóveda, al menos en su porción anterior, pues muy pronto Cyrus Smith oyó claramente los rugidos de las entrañas de la montaña.

—Es el volcán —dijo.

Al poco, un fuerte olor delató las combinaciones químicas, y unos vapores sulfurosos se agarraron a la garganta del ingeniero y su compañero.

—¡Esto es lo que temía el capitán Nemo! —murmuró Cyrus Smith, cuyo rostro palideció ligeramente—. Pero es preciso ir hasta el final.

—¡Vayamos! —contestó Ayrton, que se inclinó sobre los remos e impulsó el bote hacia el fondo de la cripta.

Veinticinco minutos después de haber cruzado la entrada, el bote llegó a la pared terminal y se detuvo.

Cyrus Smith se subió al banco y paseó el farol por las diversas partes de la pared, que separaba la cripta de la chimenea central del volcán. ¿Qué grosor tenía esa pared? Imposible saber si tenía cien pies o diez. Pero los ruidos subterráneos eran demasiado perceptibles para que fuese muy gruesa.

Tras haber explorado la muralla siguiendo una línea horizontal, el ingeniero sujetó el farol al extremo de un remo y lo paseó de nuevo, a mayor altura, por la pared basáltica.

Allí, por ranuras apenas visibles, a través de los prismas mal unidos, emanaba un humo acre que infectaba la atmósfera de la caverna. La pared estaba surcada de grietas, algunas de las cuales,

más claramente dibujadas, descendían hasta dos o tres pies tan solo de las aguas de la cripta.

Cyrus Smith se quedó pensativo antes de murmurar de nuevo:

—¡Sí! ¡El capitán tenía razón! ¡Aquí está el peligro, y es un peligro terrible!

Ayrton no dijo nada, pero, obedeciendo a una seña de Cyrus Smith, volvió a coger los remos. Media hora después, el ingeniero y él salían de la cripta Dakkar.

XIX

El relato que hace Cyrus Smith de su exploración – Aceleran los trabajos de construcción – Una última visita al redil – El combate entre el fuego y el agua – Lo que queda en la superficie de la isla – Se deciden a botar el barco – La noche del 8 al 9 de marzo

Al día siguiente, 8 de enero, tras un día y una noche pasados en el redil y cumplidos ya sus objetivos, Cyrus Smith y Ayrton regresaron a Granite-house.

El ingeniero reunió inmediatamente a sus compañeros y les anunció que la isla Lincoln corría un inmenso peligro que ningún poder humano podía conjurar.

—Amigos míos —dijo, con una voz que delataba su profunda emoción—, la isla Lincoln no va a durar tanto como el globo. Está condenada a una destrucción más o menos próxima, cuya causa está en ella misma y a la que nada podrá sustraerla.

Los colonos se miraron entre sí y miraron al ingeniero. No comprendían sus palabras.

—Explíquese, Cyrus —dijo Gedeon Spilett.

—Me explico —contestó Cyrus Smith—, o más bien me limitaré a transmitirles la explicación que, durante la conversación secreta de unos minutos que mantuvimos, me dio el capitán Nemo.

—¡El capitán Nemo! —exclamaron los colonos.

—Sí, fue el último servicio que quiso prestarnos antes de morir.

—¡El último servicio! —exclamó Pencroff—. ¡El último servicio! ¡Ya verán cómo, incluso muerto, seguirá prestándonos servicios!

—Pero ¿qué le dijo el capitán Nemo? —preguntó el reportero.

—Voy a decírselo, amigos —respondió el ingeniero—. La isla Lincoln no está en las mismas condiciones que las otras islas del Pacífico. Una disposición particular, de la que me puso al corriente

el capitán Nemo, provocará tarde o temprano la fractura de su estructura submarina.

—¡Una fractura! ¡La isla Lincoln! ¡Vamos, qué idea! —exclamó Pencroff, que, pese al respeto que sentía por Cyrus Smith, no pudo tomárselo en serio.

—Escúcheme, Pencroff —prosiguió el ingeniero—. Voy a explicarles lo que había observado el capitán Nemo y lo que yo mismo vi ayer explorando la cripta Dakkar. La cripta se prolonga bajo la isla hasta el volcán, de cuya chimenea central solo está separada por la pared del fondo. Y resulta que esa pared está surcada de grietas y ranuras que dejan pasar los gases sulfurosos que se desarrollan en el interior del volcán.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Pencroff, con el entrecejo fruncido.

—Pues que observé que esas grietas están agrandándose debido a la presión interior, que la muralla basáltica está resquebrajándose poco a poco y que, en un plazo más o menos corto, dejará paso libre a las aguas del mar que llenan la caverna.

—Muy bien —dijo Pencroff, intentando bromear una vez más—. Así el mar apagará el volcán y todo habrá acabado.

—Sí, todo habrá acabado —contestó Cyrus Smith—. El día que el mar se precipite a través de la pared y penetre por la chimenea central hasta las entrañas de la isla, donde borbotean las materias eruptivas, ese día, Pencroff, la isla Lincoln saltará por los aires como saltaría por los aires Sicilia si el Mediterráneo se precipitara en el Etna.

Ante esta frase tan categórica del ingeniero, los colonos no hicieron ningún comentario. Habían comprendido el peligro que los amenazaba.

Hay que decir, por lo demás, que el ingeniero no exageraba lo más mínimo. Muchos han pensado que quizá podrían apagarse los volcanes, casi todos los cuales se alzan a orillas del mar o de un lago, abriendo paso a sus aguas. Pero no sabían que eso sería exponerse a hacer estallar una parte del globo, como una caldera cuyo vapor se concentra súbitamente por efecto de una llamarada. El agua, al precipitarse en un medio cerrado cuya temperatura puede ser estimada en miles de grados, se evaporaría con una energía tan súbita que ninguna envoltura podría resistir.

No cabía duda, pues, de que la isla, amenazada por una espantosa e inminente fractura, solo duraría mientras resistiese la pared de la cripta Dakkar. ¡Y no era una cuestión de meses, ni siquiera de semanas, sino de días, de horas tal vez!

Lo primero que sintieron los colonos fue un profundo dolor. No pensaron en el peligro que los amenazaba directamente, sino en la destrucción de ese suelo que les había dado asilo, de esa isla que ellos habían fecundado, de esa isla que amaban y que querían hacer un día floreciente. ¡Cuántos esfuerzos inútilmente invertidos, cuánto trabajo perdido!

Pencroff no pudo contener una lágrima, que resbaló por su mejilla sin que él tratara de disimularlo.

Siguieron conversando un rato más. Sopesaron las posibilidades a las que todavía podían aferrarse, pero reconocieron, a modo de conclusión, que no había tiempo que perder, que debían acelerar la construcción y el acondicionamiento del barco y que esa era la única posibilidad de salvación para los habitantes de la isla Lincoln.

Hacían falta, pues, todos los brazos. ¿De qué habría servido ya sembrar, cosechar, cazar, incrementar las reservas de Granite-house? Las que quedaban en el almacén y las despensas bastarían y sobrarían para aprovisionar el barco, por larga que fuese la travesía. Lo que hacía falta era que el barco estuviese a disposición de los colonos antes de que se consumase la inevitable catástrofe.

Reanudaron el trabajo con un ardor febril. Hacia el 23 de enero estaba hecha la mitad del tablazón. Hasta entonces no se había producido ninguna modificación en la cima del volcán. El cráter continuaba despidiendo vapores, humo mezclado con llamas y atravesado por piedras incandescentes. Pero, durante la noche del 23 al 24, la presión de la lava, que llegó al nivel del primer piso del volcán, arrancó el cono que formaba como un sombrero. Se oyó un ruido espantoso. Los colonos creyeron que la isla se estaba fracturando y salieron precipitadamente de Granite-house.

Eran alrededor de las dos de la madrugada.

El cielo estaba en llamas. El cono superior —un macizo de mil pies de altura, que pesaba miles de libras— había sido precipitado sobre la isla, cuyo suelo tembló. Afortunadamente, el cono estaba inclinado hacia el norte y cayó sobre la llanura de arena y tobas que se extendía entre el volcán y el mar. El cráter, que había quedado

ampliamente abierto, proyectaba hacia el cielo una luz tan intensa que, por el simple efecto de la reverberación, la atmósfera parecía incandescente. Al mismo tiempo, un torrente de lava que crecía en la nueva cima caía en largas cascadas, como el agua que rebosa de una balsa demasiado llena, y mil serpientes de fuego reptaban por las laderas del volcán.

—¡El redil! ¡El redil! —gritó Ayrton.

Era hacia allí, en efecto, a donde se dirigía la lava, como consecuencia de la orientación del nuevo cráter, y por lo tanto lo que estaba amenazado de sufrir una destrucción inmediata eran las partes fértiles de la isla, el nacimiento del arroyo Rojo y los bosques del Jacamar.

Al oír el grito de Ayrton, los colonos se habían precipitado hacia el establo de los onagros para engancharlos al carro. Todos tenían un solo pensamiento en mente: ir al redil para poner en libertad a los animales.

Antes de las tres de la mañana habían llegado al redil. Espantosos gritos indicaban lo aterrorizados que estaban los musmones y las cabras. Un torrente de materias incandescentes, de minerales licuados, caía ya del contrafuerte sobre el prado y devoraba ese lado de la empalizada. Ayrton abrió bruscamente la puerta y los animales, enloquecidos, escaparon en todas direcciones.

Una hora después, la lava borboteante inundaba el redil, volatilizaba el agua del riachuelo que lo atravesaba, incendiaba la casa, que prendió como un puñado de rastrojos, y devoraba hasta la última estaca del cercado. Del redil no quedaba nada.

Los colonos habían intentado luchar contra esa invasión, pero había sido un intento tan insensato como inútil, pues el hombre está inerme ante esos grandes cataclismos.

Había amanecido. Era 24 de enero. Antes de regresar a Granite-house, Cyrus Smith y sus compañeros quisieron observar la dirección definitiva que iba a tomar la inundación de lava. La pendiente general del suelo descendía del monte Franklin a la costa este, y era de temer que, pese a los espesos bosques del Jacamar, el torrente se propagase hasta la meseta de Vistagrande.

—El lago nos protegerá —dijo Gedeon Spilett.

—¡Eso espero! —dijo Cyrus Smith por toda respuesta.

Los colonos hubieran querido llegar hasta la llanura sobre la que

se había abatido el cono superior del monte Franklin, pero la lava les cerraba el paso. Por una parte, seguía el valle del arroyo Rojo, y por otra, el valle del río de la Cascada, y a su paso iban evaporando ambos cursos de agua. No había ninguna posibilidad de cruzar ese torrente; al contrario, obligaba a retroceder. El volcán, descoronado, resultaba irreconocible. Una especie de mesa rasa lo remataba, en sustitución del antiguo cráter. Dos abocardamientos en los bordes sur y este vertían incesantemente la lava, que formaba así dos corrientes distintas. Por encima del nuevo cráter, una nube de humo y de cenizas se confundía con los vapores del cielo acumulados sobre la isla. Sonaban fuertes truenos que se confundían con los rugidos de la montaña. De su boca salían rocas ígneas que, proyectadas a más de mil pies, estallaban en la nube y se dispersaban como metralla. El cielo respondía con relámpagos a la erupción volcánica.

Hacia las siete de la mañana, la situación se hizo insostenible para los colonos, refugiados en la linde del bosque del Jacamar. No solo comenzaban a llover proyectiles a su alrededor, sino que la lava, al desbordar el cauce del arroyo Rojo, amenazaba con cortar el camino del redil. Las primeras hileras de árboles se incendiaron y su savia, súbitamente transformada en vapor, los hizo estallar como fuegos artificiales, mientras que otros, menos húmedos, quedaron intactos en medio de la inundación.

Los colonos habían tomado de nuevo el camino del redil. Caminaban lentamente, como retrocediendo. Debido a la inclinación del suelo, el torrente avanzaba súbitamente por el este y, en cuanto las capas inferiores de lava se endurecían, inmediatamente otras capas borboteantes las cubrían.

Mientras tanto, la principal corriente del valle del arroyo Rojo se volvía cada vez más amenazadora. Toda esa parte del bosque estaba ardiendo, y enormes volutas de humo pasaban por encima de los árboles, cuya base ya crepitaba en la lava.

Los colonos se detuvieron junto al lago, a media milla de la desembocadura del arroyo Rojo. Una cuestión de vida o muerte para ellos iba a decidirse.

Acostumbrado a evaluar las situaciones difíciles y consciente de que se dirigía a hombres capaces de oír la verdad, fuera cual fuera, Cyrus Smith dijo:

—O el lago detiene esta corriente y una parte de la isla es preservada de una devastación completa, o la corriente invade los bosques del Far-West y no deja ni un solo árbol, ni una sola planta en la superficie del suelo. ¡No nos quedará otra perspectiva sobre estas rocas desnudas que la muerte, y la explosión de la isla no nos hará esperarla mucho!

—Entonces —dijo Pencroff, cruzando los brazos y golpeando la tierra con un pie—, es inútil seguir trabajando en el barco, ¿no?

—Pencroff —respondió Cyrus Smith—, hay que cumplir con el deber hasta el final.

En ese momento, el río de lava, tras haberse abierto paso a través de los hermosos árboles que devoraba, llegó casi al límite del lago. Allí, el terreno presentaba cierta elevación que, si hubiera sido más considerable, tal vez habría bastado para contener el torrente.

—¡Manos a la obra! —gritó Cyrus Smith.

Todos comprendieron al instante la idea del ingeniero. Había que contener el torrente mediante un dique, para obligarlo así a verterse en el lago.

Los colonos fueron corriendo al astillero. Volvieron con palas, espiochas y hachas, y amontonando tierra y cortando árboles consiguieron levantar en unas horas un dique de tres pies de altura a lo largo de unos cientos de pasos. Cuando acabaron les pareció que apenas habían trabajado unos minutos.

Habían terminado a tiempo. Las materias licuadas alcanzaron casi enseguida la parte inferior del rellano. El río de lava se hinchó como un río en plena crecida a punto de desbordarse y amenazó con rebasar el único obstáculo que podía impedirle invadir todo el Far-West... Pero el dique logró contenerlo y, tras un minuto de vacilación que fue terrible, se precipitó al lago Grant en cascada, desde una altura de veinte pies.

Los colonos, jadeantes, sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra, contemplaron entonces esa lucha de los dos elementos.

¡Qué espectáculo el de ese combate entre el agua y el fuego! ¿Qué pluma podría describir esa escena, de un horror maravilloso, qué pincel podría pintarla? El agua silbaba al evaporarse en contacto con la lava borboteante. Los vapores, lanzados al aire, se arremolinaban a una altura inconmensurable, como si las válvulas de una inmensa caldera hubiesen sido abiertas súbitamente. Pero,

por considerable que fuese la masa de agua del lago, terminaría por ser absorbida, puesto que no se renovaba, mientras que el torrente, al alimentarse de una fuente inagotable, arrastraba sin cesar nuevos raudales de materias incandescentes.

La primera lava que cayó al lago se solidificó inmediatamente y se acumuló de tal modo que no tardó en emerger. Por su superficie se deslizó lava nueva, que se petrificó a su vez, pero avanzando hacia el centro. De este modo se formó una escollera que amenazó con colmar el lago, el cual no podía desbordarse, pues el agua iba transformándose en vapor. Silbidos y chisporroteos rasgaban el aire con un ruido ensordecedor, y el vaho, arrastrado por el viento, caía en forma de lluvia sobre el mar. La escollera iba alargándose y los bloques de lava solidificados se amontonaban unos sobre otros. Allí donde antes se extendían aguas apacibles aparecía un enorme amontonamiento de rocas humeantes, como si una elevación del suelo hubiera hecho surgir miles de escollos. Imagínense esas aguas agitadas por un huracán y acto seguido solidificadas por una temperatura de veinte grados bajo cero, y se tendrá el aspecto del lago tres horas después de que el irresistible torrente de lava hubiese hecho irrupción.

Esa vez, el agua sería vencida por el fuego.

Con todo, fue una suerte para los colonos haber dirigido la lava hacia el lago Grant. Tenían ante sí unos días de tregua. La meseta de Vistagrande, Granite-house y el astillero estaban momentáneamente a salvo. Ahora bien, esos días había que emplearlos en terminar el tablazón del barco y calafatearlo con cuidado. Luego lo botarían y se refugiarían en él, dejando la tarea de aparejarlo para cuando estuviera en su elemento. Ante el peligro de la explosión que amenazaba con destruir la isla, permanecer en tierra ya no ofrecía ninguna seguridad. El refugio de Granite-house, tan seguro hasta entonces, podía venirse abajo de un momento a otro.

Durante los seis días siguientes, del 25 al 30 de enero, los colonos trabajaron en el barco como podrían haberlo hecho veinte hombres. Apenas descansaban; el resplandor de las llamas que salían del cráter les permitía trabajar día y noche. El flujo continuaba, pero quizá era menos abundante. Afortunadamente, pues el lago Grant estaba prácticamente lleno, y si nuevas masas de

lava se hubieran deslizado sobre la superficie de las antiguas, inevitablemente habrían invadido la meseta de Vistagrande y desde allí la playa.

Pero, si bien por ese lado la isla estaba en parte protegida, no ocurría lo mismo en la parte occidental.

En efecto, la segunda corriente de lava, que había seguido el valle del río de la Cascada, un valle ancho cuyo terreno se deprimía a ambos lados del arroyo, no había encontrado ningún obstáculo. El líquido incandescente se había extendido, pues, por el bosque del Far-West. En esa época del año en que la vegetación estaba seca a causa del tórrido calor, el bosque se incendió instantáneamente, de tal modo que el fuego se propagó a la vez por la base de los troncos y por las ramas altas, cuyo enmarañamiento contribuía a su avance. Incluso parecía que la corriente de llamas avanzaba más deprisa por las copas de los árboles que la de lava por su base.

Enloquecidos por el pánico, los animales, feroces o no, jaguares, jabalíes, carpinchos, koalas, aves, se refugiaron en las inmediaciones del río de la Misericordia y en el pantano de las Tadornas, pasado el camino del puerto del Globo. Pero los colonos estaban demasiado ocupados con su tarea para prestar atención incluso a los más temibles de esos animales. Por otra parte, habían abandonado Granite-house y no habían querido buscar refugio en las Chimeneas, sino que se habían instalado en una tienda de campaña junto a la desembocadura del río de la Misericordia.

Cyrus Smith y Gedeon Spilett subían todos los días a la meseta de Vistagrande. Algunas veces Harbert los acompañaba, pero nunca Pencroff, que no quería ver el nuevo aspecto de la isla, tremendamente devastada.

Era un espectáculo desolador, en efecto. Toda la parte boscosa de la isla estaba ahora pelada. Solo un pequeño grupo de árboles verdes se alzaba al final de la península Serpentina. Algunos tocones lisos y renegridos salpicaban el suelo. La superficie de los bosques destruidos era más árida que el pantano de las Tadornas. La invasión de la lava había sido total. Allí donde antes crecía una magnífica vegetación, el suelo no era más que un increíble amontonamiento de tobas volcánicas. Los valles del río de la Cascada y del río de la Misericordia ya no vertían una sola gota de agua al mar, y los colonos no habrían tenido ningún medio de

saciar su sed si el lago Grant hubiese quedado totalmente seco. Pero, afortunadamente, el extremo sur se había salvado y formaba una especie de estanque, que contenía toda el agua potable que quedaba en la isla. Hacia el noroeste se perfilaban las ásperas y vivas aristas de los contrafuertes del volcán, que parecían una garra gigantesca apoyada en el suelo. ¡Qué doloroso espectáculo! ¡Qué aspecto tan horrible! ¡Y qué tremendo disgusto para los colonos, que se habían visto transportados en un instante de unos dominios fértiles, cubiertos de bosques, regados por ríos y enriquecidos por cultivos, a una roca devastada en la que, sin sus reservas, no habrían encontrado ni siquiera un sitio donde vivir!

—¡Esto parte el corazón! —dijo un día Gedeon Spilett.

—Sí, Spilett —asintió el ingeniero—. ¡Que el cielo nos dé tiempo para acabar el barco, ahora nuestro único refugio!

—¿No le parece, Cyrus, que el volcán parece que quiere calmarse? Todavía vomita lava, pero menos, si no me equivoco.

—Eso casi es lo de menos —respondió Cyrus Smith—. El fuego sigue ardiendo en las entrañas de la montaña, y el mar puede precipitarse en él en cualquier momento. Estamos en la situación de unos pasajeros cuyo barco es devorado por un incendio que no pueden apagar, y que saben que antes o después llegará a la santabárbara. Venga, Spilett, venga, no perdamos ni un minuto.

Durante los ocho días siguientes, es decir, hasta el 7 de febrero, la lava continuó extendiéndose. Pero la erupción se mantuvo en los límites señalados. Cyrus Smith temía sobre todo que las materias licuadas llegasen a la playa, en cuyo caso el astillero no se salvaría. Sin embargo, esos días los colonos notaron en la estructura de la isla unas vibraciones que los inquietaron enormemente.

Estaban a 20 de febrero. Hacía falta un mes más para que el barco estuviera en condiciones de hacerse a la mar. ¿Resistiría la isla hasta entonces? La intención de Pencroff y de Cyrus Smith era botar el barco en cuanto el casco fuera suficientemente estanco. La cubierta, la obra muerta, el acondicionamiento interior y el aparejamiento se harían después. Lo importante era que los colonos tuviesen un refugio asegurado fuera de la isla. Tal vez incluso fuera conveniente llevar el barco al puerto del Globo, es decir, lo más lejos posible del centro eruptivo, pues en la desembocadura del río de la Misericordia, entre el islote y la muralla de granito, corría el

peligro de ser aplastado si la isla se fracturaba. Todos los esfuerzos de los trabajadores se concentraron, pues, en terminar el casco.

Llegaron así al 3 de marzo, día en que calcularon que la botadura se llevaría a cabo diez días más tarde.

Los colonos, tan duramente sometidos a prueba durante ese cuarto año de su estancia en la isla Lincoln, recobraron la esperanza. El propio Pencroff pareció salir un poco de la sombría taciturnidad en la que lo habían sumido la ruina y la devastación de sus dominios. Es verdad que entonces solo pensaba en el barco, en el que depositaba todas sus esperanzas.

—Lo acabaremos —le dijo al ingeniero—, lo acabaremos, señor Cyrus, y a tiempo, porque la estación avanza y pronto estaremos en pleno equinoccio. Pero, si es necesario, fondearemos en la isla Tabor para pasar allí el invierno. ¡Aunque la isla Tabor después de la isla Lincoln...! ¡Maldita sea! ¡Jamás hubiera creído que iba a ver una cosa semejante!

—Apresurémonos —respondía invariablemente el ingeniero.

Y seguían trabajando sin perder un instante.

—Señor, si el capitán Nemo estuviese todavía vivo, ¿cree que todo esto habría ocurrido? —preguntó Nab unos días más tarde.

—Sí, Nab —respondió Cyrus Smith.

—Pues yo no lo creo —musitó Pencroff al oído de Nab.

—¡Ni yo! —contestó muy serio Nab.

Durante la primera semana de marzo, el monte Franklin se tornó otra vez amenazador. Miles de hilos de cristal, hechos de lava fluida, cayeron como una lluvia sobre el suelo. El cráter se llenó nuevamente de lava, que se deslizó por todas las laderas del volcán. El torrente fluyó por la superficie de las tobas endurecidas y acabó de destruir los pocos esqueletos de árboles que habían resistido la primera erupción. La corriente, siguiendo esta vez la orilla sudoeste del lago Grant, llegó más allá del arroyo Glicerina e invadió la meseta de Vistagrande. Este último golpe asestado a la obra de los colonos fue terrible. Del molino, de los establos y de las instalaciones del redil no quedó nada. Las aves, espantadas, desaparecieron en todas direcciones. Top y Jup daban muestras de estar muy asustados; su instinto les advertía de la inminencia de una catástrofe. Muchos animales de la isla habían perecido durante la primera erupción. Los que habían sobrevivido no hallaron otro

refugio que el pantano de las Tadornas, salvo unos cuantos a los que la meseta de Vistagrande ofreció asilo. Pero este último retiro acabó quedando cerrado, y el río de lava, tras pasar la arista de la muralla granítica, empezó a precipitar sobre la playa sus cataratas de fuego. El sublime horror de ese espectáculo es absolutamente indescriptible. Durante la noche, parecía un Niágara de fundición líquida, con sus vapores incandescentes arriba y sus masas borboteantes abajo.

Los colonos estaban acorralados en su último reducto y, pese a que las costuras superiores no estaban todavía calafateadas, decidieron hacerse a la mar.

Pencroff y Ayrton procedieron a los preparativos de la botadura, que debía tener lugar al día siguiente, 9 de marzo, por la mañana.

Pero durante esa noche del 8 al 9, una enorme columna de vapor escapó del cráter y se elevó, entre tremendas detonaciones, a más de tres mil pies de altura. La pared de la caverna Dakkar había cedido, evidentemente, bajo la presión de los gases, y el mar, precipitándose por la chimenea central al abismo ignívomo, se evaporó súbitamente. Pero el cráter no pudo dar suficiente salida a ese vapor. Una explosión que se habría oído a cien millas de distancia sacudió violentamente las capas del aire. Trozos de montañas cayeron al Pacífico y al cabo de unos minutos el océano cubría el lugar donde había estado la isla Lincoln.

XX

*Una roca aislada en el Pacífico – El último refugio de los colonos
de la isla Lincoln – La muerte en perspectiva – El auxilio
inesperado – Por qué y cómo llega – La última buena acción –
Una isla en tierra firme – La tumba del capitán Nemo*

Una roca aislada de treinta pies de largo, quince de ancho, y que emergía apenas diez: ese era el único punto sólido que no habían inundado las aguas del Pacífico.

¡Eso era todo lo que quedaba del macizo de Granite-house! La muralla había sido derribada y destrozada, y algunas de las rocas del salón se habían amontonado para acabar formando ese punto culminante. A su alrededor, todo había desaparecido en el abismo: el cono inferior del monte Franklin, destruido por la explosión, las mandíbulas de lava del golfo del Tiburón, la meseta de Vistagrande, el islote de la Salvación, las rocas graníticas del puerto del Globo, las basálticas de la cripta Dakkar, la larga península Serpentina, tan alejada, sin embargo, del foco eruptivo. De la isla Lincoln solo se veía ya esa pequeña roca que servía de refugio a los seis colonos y a su perro Top.

Los animales habían perecido en la catástrofe, tanto las aves como los demás representantes de la fauna de la isla, todos aplastados o ahogados. El infortunado Jup, desgraciadamente, también había encontrado la muerte en alguna grieta abierta en el suelo.

Si Cyrus Smith, Gedeon Spilett, Harbert, Pencroff, Nab y Ayrton habían sobrevivido, era porque, reunidos entonces en su tienda de campaña, habían salido despedidos hacia el mar en el momento en que los fragmentos de la isla volaban por todas partes.

Cuando salieron a la superficie, solo vieron, a medio cable de

distancia, ese amasijo de rocas hacia el cual nadaron y al que se subieron.

¡Sobre esa roca desnuda vivían desde hacía nueve días! Algunas provisiones sacadas antes de la catástrofe del almacén de Granite-house, un poco de agua dulce que la lluvia había vertido en un hueco de la roca, eso era todo lo que los infortunados poseían. Su última esperanza, su barco, había sido destrozado. No disponían de ningún medio para dejar ese arrecife. No tenían fuego ni nada con qué encenderlo. ¡Estaban condenados a perecer!

Ese día, 18 de marzo, les quedaban conservas solo para dos días, pese a que habían consumido lo estrictamente necesario. Todos sus conocimientos y toda su inteligencia se revelaban impotentes en aquella situación. Estaban exclusivamente en manos de Dios.

Cyrus Smith estaba tranquilo. Gedeon Spilett, más nervioso, y Pencroff, presa de una cólera sorda, iban de un lado a otro de la roca. Harbert no se separaba del ingeniero y lo miraba como pidiéndole una ayuda que este no le podía dar. Nab y Ayrton estaban resignados a su suerte.

—¡Qué desgracia! —repetía a menudo Pencroff—. ¡Si tuviéramos aunque solo fuese una cáscara de nuez para que nos llevara a la isla Tabor! ¡Pero no! ¡Nada, nada!

—El capitán Nemo hizo bien en morir —dijo una vez Nab.

Durante los cinco días que siguieron, Cyrus Smith y sus desdichados compañeros vivieron con la mayor frugalidad, comiendo justo lo necesario para no morir de hambre. Su debilitamiento era extremo. Harbert y Nab empezaron a manifestar síntomas de delirio.

En esa situación, ¿podían conservar siquiera una sombra de esperanza? ¡No! ¿Cuál era su única posibilidad? ¿Que un barco avistara el arrecife? ¡Pero ellos sabían por experiencia que los barcos no pasaban nunca por esa parte del Pacífico! ¿Podían contar con que, por una coincidencia realmente providencial, el yate escocés fuera justo entonces a buscar a Ayrton a la isla Tabor? Era improbable, y además, suponiendo que lo hiciera, como los colonos no habían podido dejar un mensaje indicando los cambios acaecidos en la situación de Ayrton, el comandante del yate, después de haber registrado el islote sin resultado, se haría de nuevo a la mar para dirigirse a latitudes más bajas.

¡No! ¡No podían conservar ninguna esperanza de ser salvados! ¡Una horrible muerte, la muerte causada por el hambre y la sed, los esperaba en esa roca!

Ya estaban tumbados sobre esa roca, inanimados, sin conciencia de lo que sucedía a su alrededor. Tan solo Ayrton, haciendo un esfuerzo supremo, levantaba todavía la cabeza y lanzaba una mirada de desesperación a ese mar desierto.

Pero he aquí que, la mañana del 24 de marzo, Ayrton alargó los brazos hacia un punto del espacio, se incorporó, se puso primero de rodillas, luego de pie, pareció hacer una seña con la mano...

¡Había un barco a la vista! Y esa embarcación no navegaba a la aventura. El arrecife era para él un objetivo hacia el que se dirigía en línea recta, a toda máquina, y haría ya unas horas que los infortunados lo habrían visto, si hubieran tenido fuerzas para escrutar el horizonte.

—¡El *Duncan*! —murmuró Ayrton, y acto seguido se desplomó.

Cuando Cyrus Smith y sus compañeros recobraron el conocimiento, gracias a las atenciones que les fueron prodigadas, se encontraban en el camarote de un barco de vapor sin comprender cómo habían podido escapar a la muerte.

Una palabra de Ayrton bastó para que salieran de su estupor.

—El *Duncan* —murmuró.

—¡El *Duncan*! —repitió Cyrus Smith. Y, levantando los brazos hacia el cielo, añadió—: ¡Ah, Dios todopoderoso, has querido salvarnos!

Era el *Duncan*, en efecto, el yate de lord Glenarvan —entonces bajo el mando de Robert, el hijo del capitán Grant—, que había sido enviado a la isla Tabor para recoger a Ayrton y repatriarlo después de doce años de expiación.

Los colonos estaban salvados, se hallaban ya camino de casa.

—Capitán Robert, ¿cómo se le ocurrió, después de partir de la isla Tabor sin haber encontrado a Ayrton, poner rumbo al nordeste a lo largo de cien millas? —preguntó Cyrus Smith.

—Señor Smith —respondió Robert Grant—, lo hice para ir a buscar no solo a Ayrton, sino a sus compañeros y a usted.

—¿A mis compañeros y a mí?

—¡Por supuesto! ¡A la isla Lincoln!

—¡La isla Lincoln! —exclamaron al unísono Gedeon Spilett, Harbert, Nab y Pencroff, sin salir de su asombro.

—¿Cómo conoce la isla Lincoln —preguntó Cyrus Smith—, si esa isla ni siquiera figura en los mapas?

—Por el mensaje que ustedes habían dejado en la isla Tabor —respondió Robert Grant.

—¿Un mensaje? —dijo Gedeon Spilett.

—Sí, este —contestó Robert Grant, presentando un papel en el que se indicaba la longitud y la latitud de la isla Lincoln, «residencia actual de Ayrton y de cinco colonos americanos».

—¡El capitán Nemo...! —dijo Cyrus Smith, tras haber leído la nota y reconocido que estaba escrita por la misma mano que la encontrada en el redil.

—Entonces —dijo Pencroff—, fue él quien cogió el *Buenaventura*... y se aventuró a ir solo a la isla Tabor...

—Para dejar ese mensaje —añadió Harbert.

—¡Tenía yo razón al decir que, incluso después de su muerte, el capitán nos prestaría un último servicio! —exclamó Pencroff.

—Amigos míos —dijo Cyrus Smith con una voz que delataba una profunda emoción—, ¡que Dios misericordioso acoja en su seno el alma del capitán Nemo, nuestro salvador!

Los colonos se descubrieron al escuchar esta frase de Cyrus Smith y murmuraron el nombre del capitán.

En ese momento, Ayrton, acercándose al ingeniero, le preguntó sin más:

—¿Dónde hay que dejar este cofre?

Ayrton había salvado el cofre del capitán Nemo arriesgando su vida en el momento en que la isla se hundía y ahora se lo entregaba al ingeniero.

—¡Ayrton! ¡Ayrton! —dijo Cyrus Smith, profundamente emocionado.

Luego, dirigiéndose a Robert Grant, añadió:

—Señor, donde dejó a un culpable, encuentra a un hombre al que la expiación ha devuelto la honradez y al que me siento orgulloso de dar la mano.

Robert Grant fue puesto al corriente de la extraña historia del capitán Nemo y de los colonos de la isla Lincoln. A continuación,

una vez determinada la posición de lo que quedaba de ese escollo que en lo sucesivo debía figurar en los mapas del Pacífico, dio la orden de virar de bordo.

Quince días más tarde, los colonos desembarcaban en América y encontraban su patria pacificada, después de esa terrible guerra que había traído el triunfo de la justicia y el derecho.

La mayor parte de las riquezas que contenía el cofre legado por el capitán Nemo a los colonos de la isla Lincoln se empleó en la adquisición de un vasto terreno en el estado de Iowa. Una sola perla, la más hermosa, fue apartada del tesoro y enviada a lady Glenarvan en nombre de los náufragos repatriados por el *Duncan*.

Allí, en aquella propiedad, los colonos ofrecieron trabajo, es decir, fortuna y felicidad, a todos aquellos a los que habían pensado ofrecer hospitalidad en la isla Lincoln. Allí fundaron una gran colonia a la que pusieron el nombre de la isla desaparecida en las profundidades del Pacífico. Había un río al que llamaron río de la Misericordia, una montaña que tomó el nombre de Franklin, un pequeño lago que fue el lago Grant, unos bosques que se convirtieron en los bosques del Far-West. Era como una isla en tierra firme.

Allí, bajo la inteligente mano del ingeniero y sus compañeros, todo prosperó. No faltaba ni uno solo de los antiguos colonos, pues habían jurado vivir siempre juntos: Nab, allí donde estuviera su señor; Ayrton, dispuesto en todo momento a sacrificarse; Pencroff, tan granjero como antes marino o incluso más; Harbert, que acabó sus estudios bajo la dirección de Cyrus Smith; y el propio Gedeon Spilett, que fundó el *New Lincoln Herald*, el periódico mejor informado del mundo.

Allí, Cyrus Smith y sus compañeros recibieron en varias ocasiones la visita de lord y lady Glenarvan, del capitán John Mangles y de su mujer, hermana de Robert Grant, del propio Robert Grant, del mayor Mac Nabbs, en fin, de todos los que habían estado implicados en la doble historia del capitán Grant y del capitán Nemo.

Allí, finalmente, todos fueron felices, tan unidos en el presente como lo habían estado en el pasado. Pero jamás olvidarían aquella isla a la que habían llegado pobres y desnudos, aquella isla que durante cuatro años había subvenido a sus necesidades y de la que

solo quedaba un trozo de granito azotado por las olas del Pacífico,
tumba de quien fue el capitán Nemo.



JULES VERNE nació en Nantes en 1828. Estudió leyes en París y allí conoció a Victor Hugo y a Alexandre Dumas padre, y más adelante a su hijo. Bajo la influencia de Edgar Allan Poe —que leyó en las traducciones de Baudelaire— empezó a interesarse por la escritura y la ciencia ficción. En 1857 se casó con Honorine de Viane, una joven viuda madre de dos hijos. Ejerció de corredor de bolsa hasta la publicación, con gran éxito, de *Cinco semanas en globo* (1863), a la que seguirían obras como *Viaje al centro de la Tierra* (1864); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1872), basada en el viaje del americano George Francis Train (1829-1904); *La isla misteriosa* (1874), y *La casa de vapor* (1880). Compartió editor con Balzac y George Sand. A lo largo de su vida realizó muchos viajes que le sirvieron de inspiración para algunas de sus novelas, como su visita a Estados Unidos o sus travesías a bordo de su propia embarcación. Murió en 1905.